

NOE CASADO

QUIERO
LO MISMO QUE TÚ



se

LA NOVELA
ERÓTICA MÁS
GAMBERRA

Lectulandia

Helen está deprimida; solo quiere encerrarse en casa, atiborrarse de calorías y escuchar música romántica.

Resignada, traza nuevos objetivos, empezando por buscar un empleo en el que el jefe (condición indispensable) no sea atractivo, en el que pueda pasar desapercibida y en el que, además, se valore su esfuerzo. Así que cuando encuentra un puesto hecho a su medida, cree que su vida recuperará, por fin, la normalidad, pero, de nuevo, el universo se alía en su contra y se empeña en estropearlo todo.

¿Qué ocurre cuando por casualidad tropiezas con un ídolo de tu adolescencia y lo achicharras con el café? ¿Qué puedes hacer cuando tienes de vecino al tipo más atractivo y metomentodo del mundo? ¿Por qué nadie entiende tu cambio de look y todos cuestionan tu ropa? ¿Cómo te las apañas para aguantar los caprichos de una rubia famosilla? ¿Quién es capaz de trabajar con el tipo más narcisista del planeta?

Lectulandia

Noe Casado

Quiero lo mismo que tú

Serie Gamberra - 1

ePub r1.0

Titivillus 05.09.2018

Título original: *Quiero lo mismo que tú*

Noe Casado, 2014

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Esta alocada historia está dedicada a los maridos, novios, amantes (fijos u ocasionales), compañeros, parejas de hecho y demás hombres que protestan cuando estamos absortas en la lectura de una novela y les hacemos poco o ningún caso. Tranquilos, al final disfrutaréis de los beneficios colaterales de dejarnos leer en paz y consideraréis este libro como una excelente y productiva inversión.

No era el mejor de los días para subirse a la báscula.

Especialmente porque llevaba algo más de tres meses subsistiendo a base de comida basura o con cualquier precocinado de supermercado que en dos minutos se calienta en el microondas. ¿Para qué matarse a cocinar?

Nada que ver con su dieta habitual, que durante tantos años había seguido a rajatabla: una de esas saludables que todos los endocrinos recomiendan pero que resultan más aburridas que una carrera de caracoles.

Por si acaso, tampoco se acercó al espejo; hay cosas que es mejor no ver antes de pasar por la ducha. Una puede llegar a asustarse de sí misma y hay imágenes que es preferible no contemplar.

Abrió los grifos y se metió en la pila sin comprobar antes la temperatura del agua, dispuesta a recuperar cuanto antes su rutina diaria, aquella que nunca debió abandonar... pero, que te pongan de patitas en la calle por haberte desvivido y cuidado, atendiendo y satisfaciendo cualquier deseo de tu jefe no tiene razón de ser; sin embargo, así había sucedido.

No obstante, si algo debía sacar tras todo ese desastre era que nunca más volvería a trabajar con un superior mínimamente atractivo, por lo que su primer objetivo tenía que ser encontrar un trabajo en el que, para empezar, el jefe fuera feo.

Si además sumaba a eso la condición de persona desagradable o la presencia de algún defecto físico evidente —a saber: cojera, miopía galopante, calvicie o similares—, sería perfecto.

Respecto a la edad, no tenía ninguna predilección, pero si el futuro patrón rondaba los sesenta, pues tanto mejor, ya que entonces la probabilidad de repetir alguno de los errores anteriormente mencionados sería más escasa.

Con las ideas claras, cerró los grifos y se envolvió en una toalla para dar un paso al frente. Se armó de valor y se miró en el espejo; tuvo que desempañarlo con la mano antes de que su reflejo fuera visible.

Parecía un gato escaldado: su melena morena, en otro tiempo tan cuidada y de corte impecable, ahora resultaba una maraña de pelo negro sin orden ni concierto.

Solo un estilista de prestigio podría dejarla otra vez decente, pero ni de lejos iba a pisar una peluquería; ahora odiaba a las «peluqueras» que se casaban con los jefes a los que una les había dedicado todo su tiempo para después ser desechadas como colillas.

Bien, con un plan en mente, abrió el cajón del tocador y extrajo lo necesario para que su cabello no se asemejara a unas greñas descuidadas.

Con decisión, agarró unas tijeras y, siguiendo ese viejo principio de que una mujer, cuando está deprimida, precisa un cambio radical de *look*, empezó a cortar

mechones de cualquier manera hasta parecer una oveja mal esquilada.

Con la cara ahora despejada podía dar el siguiente paso: probarse las gafas sin graduar que se había comprado por Internet y comprobar si su aspecto era el de una mujer práctica, profesional, poco dada a perder el tiempo en maquillajes.

Para completar su disfraz, se extendió fijador por el pelo, aplastándolo, como si de una hospiciiana de otros tiempos se tratara.

—Perfecto —murmuró antes de recoger el baño y dirigirse a su dormitorio.

Allí concluiría la fase de transformación, con un traje sastre, azul marino, de esos adquiridos en una cadena textil de bajo coste, cuyas costuras van por libre y que no sientan bien ni a una modelo de pasarela.

Por suerte disponía de un buen surtido de impecables blusas blancas para rematar el modelito y, como estas quedan bajo el traje, nadie se fijaría en la calidad.

Empezó a vestirse rápidamente: ropa interior, medias, traje y zapatos negros planos. Todo pensado para pasar desapercibida en su entrevista de trabajo, la única a la que había prestado interés, ya que no tenía nada que ver con su anterior ocupación.

Con su experiencia y currículum, además de una excelente carta de recomendación de su anterior jefe, los despachos de abogados se la rifarían, pero ni borracha volvería a trabajar cerca de un letrado ni nada que se le pareciese.

Nunca más se convertiría en la sierva y esclava de un hombre para después ni siquiera recibir un «gracias» a cambio. Tantos años esforzándose, cuidando hasta el más mínimo detalle, ocupándose además de menesteres que no formaban parte de su competencia, para nada, pues él jamás se dignó a verla como mujer.

Se gastó cantidades ingentes de su sueldo en adecuar su vestuario, en sesiones de peluquería para estar impecable y, por supuesto, siempre lucía un maquillaje perfecto para sentarse tras su mesa y que nadie pudiera ponerle un solo pelo.

Todo había sido en vano.

—Gilipollas —se dijo a sí misma para tener bien presente sus objetivos ahora que, al parecer, había abierto los ojos tras casi cinco años con una venda en los mismos.

La oferta de empleo que estaba considerando, ya que su vecino le había estado dando la tabarra con ello, hablaba de un puesto en una pequeña productora de televisión, un trabajo en el que se tendría que limitar a llevar los asuntos relacionados con la administración y a desempeñar las funciones de secretaria del propietario.

Lo había investigado por Internet; si pasaba la entrevista de cualificación y, por tanto, John Mills se convertía en su jefe, estaría segura de sí misma, pues la posibilidad de encandilarse de un tipo de cincuenta y cinco, casado y sin escándalos a su alrededor quedaba prácticamente descartada.

Comprobó su aspecto frente al espejo de su cuarto y, sí, notó una especie de escalofrío al observar su metamorfosis. Sintió un ápice de arrepentimiento por aquellas pintas con las que iba a afrontar su futuro; no obstante, ya no podía poner la marcha atrás, empezando por su indescriptible corte de pelo y la vestimenta, pues su

anterior guardarropa estaba en manos de la parroquia, así que ese punto ya no tenía vuelta de hoja.

—Andando —murmuró cogiendo su bolso de mercadillo, un modelo de abuela, muy práctico, de un marrón que a buen seguro no combinaba con nada, aunque sí lo hacía con su nueva personalidad.

En ese instante llamaron a la puerta y con un bufido se acercó a abrirla; no quería llegar tarde y a quien quisiera que fuese lo mandaría a paseo.

—El que faltaba —masculló Helen tras comprobar por la mirilla que Ryan elegía ese preciso instante para visitarla y ejercer de buen vecino.

Entornó la puerta impaciente dispuesta a no tolerar ni una sola tontería.

Él silbó sin una pizca de consideración antes de decir:

—Aún estoy borracho... —adujo mientras negaba con la cabeza. Pensó que el alcohol ingerido la noche anterior todavía no se había diluido de su organismo.

—Son las diez de la mañana —lo informó ella como si nada—. ¿Me acompañas o me presento yo sola? —le preguntó impaciente.

—Cariño, si alguien me ve contigo puede que mi reputación nunca se recupere. ¡Por favor! —Puso cara de asco—. Al final conseguirás que me despidan a mí por recomendarte en la productora.

—No exageres —lo contradujo Helen—. Tú trabajas como guionista, rodeado de frikis, así que déjate de bobadas.

—Sinceramente, si en vez de haberte pasado el día suspirando por un tipo, que hay que reconocer que estaba buenísimo, te lo hubieras follado en la oficina, como hubiese hecho cualquier otra en tu lugar, como cualquier secretaria normal, ahora no estarías en la etapa de conversión a doña adefesio, por lo que no me causarías dolor de cabeza con solo mirarte.

Helen resopló.

—Olvida los consejos de portera —lo reprendió poniendo los ojos en blanco.

—Ya sé que en esta casa está prohibido mencionarlo, pero, hija mía, es que necesitas un revolcón, y rápido, para olvidarlo; ahora que, con esas pintas... —negó con la cabeza—. ¡Ni pagando!

—¿Te ofreces voluntario? —lo pinchó ella mirándolo por encima de sus gafas. Lo cierto era que Ryan resultaba muy atractivo y no tenía mayores problemas para conseguir compañía femenina o masculina, ya que su amigo no era partidario de hacer distinciones.

—Si con ello logro que vuelvas a vestirme decentemente... —Le guiñó un ojo risueño y seductor, pese a que tenía muy claro que jamás se acostaría con ella: la consideraba una buena amiga y no iba a mandar al carajo esa excelente sintonía por un polvo, y más aún cuando ella se encontraba en ese estado de bajón anímico y de autoestima.

—Bah —murmuró ella dispuesta a no seguir diciendo ni escuchando tonterías—, mejor será que no llegue tarde a mi entrevista laboral.

—Te llevaré en la moto; con el casco puesto al menos no te reconocerá nadie, porque, la verdad, si se te ocurre coger el metro, puedes causar un descarrilamiento.

—Gilipollas —rezongó sonriendo ante las tonterías de Ryan.

Al final accedió a montarse con él, ya que en transporte público acabaría por llegar tarde y eso no causaría muy buena impresión por muy brillante currículum que ella tuviese.

Caminó junto a Ryan por las dependencias de la productora sin decir ni pío, pese a que él saludaba a todos cuantos se cruzaban en su camino, halagando a diestro y siniestro. Helen llegó a la más que evidente conclusión de que él hacía algo más que trabajar allí, pero ella no era nadie para criticarlo.

Ryan la acompañó hasta el despacho principal y llamó suavemente con los nudillos.

—¡Adelante!

Los dos oyeron la orden procedente del interior. Helen inspiró profundamente antes de entrar, quería estar preparada.

—¡Hola, jefe! —exclamó Ryan como si estuviera con alguno de sus colegas en el bar, hecho que la sorprendió.

El hombre levantó la vista y le sonrió.

—Déjate de mariconadas —le respondió cortante pero con cariño.

Ella miró a uno y a otro alternativamente. ¿Qué clase de relación empleado-jefe era esa?

—Muy bien. Te presento a tu nueva secretaria —mencionó con énfasis—, la mejor que puedas imaginar: lista, trabajadora, eficiente, educada... eso sí, tiene un defecto, solo uno.

Mills arqueó una ceja y miró a la susodicha; le parecía extraño que alguien como Ryan, tan tiquismiquis con las tonterías de la moda, le presentase a una mujer como la que tenía delante, así que debía tratarse de una pariente pobre o algo por el estilo.

—Al grano —lo instó mientras se recostaba en su sillón. Necesitaba una secretaria que se ocupara de ese caos que era su oficina cuanto antes; si tenía pinta de chica *Playboy* o de catequista, le traía sin cuidado.

Helen, que conocía la afición de Ryan a dar rodeos, no en vano era guionista, dio un paso al frente y dejó sobre la mesa su currículum para evitar que el payaso que tenía por amigo y vecino dilatase aquella situación.

John Mills cogió la carpeta y la abrió para leer de forma somera los datos en él reflejados; le importaba un pimiento si allí ponía que tenía tres másteres o veinticinco, gilipollas con títulos había a patadas, lo que buscaba era gente con ganas de trabajar, con iniciativa.

—Bradley, déjate de tonterías y dime cuál es su defecto.

—¿No es evidente? —murmuró Ryan señalándola al tiempo que hacía una mueca disculpándose.

Sin embargo, John no prestó atención a sus insinuaciones.

—Me llamo Helen Fisher —se adelantó ella cansada de que la trataran como el convidado de piedra—, he trabajado como secretaria en un reputado bufete de abogados, por lo que estoy cualificada para ocupar el puesto. No soy de las que se quejan por tonterías ni tampoco amiga de perder el tiempo. No me asusta trabajar duro y estoy convencida de poder cumplir sus exigencias.

Mills se atusó su cuidada perilla canosa mientras evaluaba a la chica. Su actitud resuelta y segura no cuadraba con su pinta de reprimida; sin embargo, su expediente laboral, aparte de imaculado, era un referente importante. Miró de reojo a Ryan antes de preguntarle:

—Y dime, ¿qué defecto es ese tan relevante que te mueres por contarme?

—¿No salta a la vista? —inquirió este sonriendo como un tonto, antes de acercarse a la aludida y señalar su atuendo cual estilista horrorizado.

—Al grano... —le instó dispuesto a dejar zanjado el asunto de su nueva secretaria, a ser posible, antes de la hora de comer.

—Ryan, por favor —se quejó ella fulminándolo con la mirada.

—Tiene mal genio y últimamente su gusto a la hora de elegir vestuario deja mucho que desear, como puede comprobarse.

—Sandeces —atajó John poniéndose en pie—; Ryan, vete a tu puesto, que los guiones de «Platos rotos» no se escriben solos.

—Ya estamos acabando los dos primeros de la segunda temporada —apuntó intentando quedarse hasta el final de la entrevista.

—¡Fuera! —ordenó su jefe abriendo la puerta e invitándolo a que se largara de su despacho, porque cuando Ryan se ponía en plan chistoso no había quien lo parase.

—Ya me voy —murmuró fingiendo sentirse ofendido; nada más alejado de la realidad, simplemente disfrutaba pinchando un poco a su jefe y por Helen no estaba preocupado, confiaba en que ella se quedaría con el puesto—. Nadie me agradece mis esfuerzos —masculló cerrando la puerta tras de sí.

—Siéntese, por favor —le indicó a Helen—. Seré franco con usted. Yo tampoco soporto las tonterías, a excepción de las del señor Bradley, y solo porque escribe como nadie. —Sonrió dando a entender que le tenía un gran cariño a ese gamberro—. Debe saber que trabajar aquí supondrá, entre varias cosas, ocuparse de casi todo, aguantar mis cambios de humor, acostumbrarse a las paranoias y los egos de los actores, acabar tarde... y muchos días ni siquiera tendrá tiempo de ir a la cafetería a comer un triste bocadillo.

A ella no le sorprendía nada de lo que estaba escuchando; a excepción de las paranoias de los actores, todo lo demás le resultaba familiar, así que se limitó a dejarlo terminar.

—Responderá única y exclusivamente ante mí; eso sí, le tocará batallar con toda esta jaula de grillos que es la productora y tendrá que aprender a mandarlos a todos a paseo para que no me molesten, a no ser que sea estrictamente necesario que los atienda.

—Puedo hacerlo.

John miró a la chica y arqueó una ceja; no sabía dónde se estaba metiendo, hasta él mismo algunos días pensaba en mandarlo todo a paseo y retirarse junto a su mujer a vivir tranquilamente; sin embargo, no era amigo de permanecer mucho tiempo ocioso y por ello continuaba al frente de la productora y de la serie que le estaba dando sus mayores alegrías en ese instante, «Platos rotos».

—Muy bien, contratada. —Le tendió la mano—. Empieza ahora mismo.

—Perfecto —aceptó ella estrechándose.

Helen levantó la vista cuando oyó que se abría la puerta del despacho de John y sonrió. Estaba encantada con su trabajo, a pesar de que muchos días salía tarde, apenas tenía tiempo para comer y lidiaba con los egos de los actores, en especial con Maggie, la protagonista de «Platos rotos», una rubia espectacular y espectacularmente estúpida pero muy querida por la audiencia, ya que solo la conocían en su papel de Angélica, una desdichada mujer que, tras ser abandonada por su marido, se refugiaba en sus amigos, vivía de las rentas y, por supuesto, no tenía problemas económicos, pues pertenecía a una adinerada familia, pero «sufría», debido a que no tenía suerte con los novios, sus amigas le copiaban el modelito o su estilista no la podía peinar a tiempo.

Incomprensiblemente la serie gozaba de buenos índices de audiencia, por lo que ya estaban metidos de lleno en la producción de la segunda temporada, así que en el último mes todos los que allí trabajaban se mostraban nerviosos, frenéticos, hecho que a Helen no debía afectarle, pues ella se encargaba de los temas administrativos, no de los artísticos. Aunque resultaba imposible no contagiarse del ambiente tenso, tal y como John le prometió el día que la contrató.

—Aproveche ahora para irse a comer —sugirió su jefe—, después tengo una entrevista muy importante y quiero que esté disponible por si surge cualquier imprevisto.

—De acuerdo —aceptó sonriente. Resultaba muy simple complacer al dueño, pues este, lejos de comportarse con esa autoridad exasperante propia de gente de su posición, siempre intentaba mostrarse comprensivo, paciente y sobre todo pacificador; parecía más bien el padre de todos ellos.

Helen abandonó su puesto y caminó hasta la oficina donde trabajaba Ryan, a ver si con un poco de suerte este podía sentarse con ella y así no comía sola.

En el mes que llevaba trabajando para la productora apenas se había relacionado con sus compañeros, pues allí, en un entorno que se suponía glamuroso, ella desentonaba, por decisión propia, la que más y, a excepción de su buen amigo y crítico número uno, pocos cruzaban con ella más de unas palabras de cortesía. Pero no le importaba, estaba allí para trabajar, nada de relaciones potencialmente peligrosas, en especial con los del género masculino, y para evitar cualquier tipo de suspicacia de igual modo esquivaba a sus compañeras para que estas no preguntaran y, así, no tener que mentir sobre su, por ahora triste y anodina, vida personal.

Encontró a Ryan enfadado, refunfuñando y despeinado. Hasta en esa situación resultaba jodidamente atractivo. Qué pena no desearlo, aunque, de haberlo hecho, dudaba mucho de que él hubiese accedido, ya que debería pillarlo en uno de esos extraños y tontos días en los que no tenía un plan para pasar la noche.

Algo altamente improbable, pues, cuando no se hacen distinciones de sexo, siempre se tienen mayores probabilidades de éxito.

—¿Y si me hago lesbiana? —murmuró mientras levantaba la mano para que la viera y se acercara.

Ryan se aproximó rápidamente, no sin antes dar dos voces a uno de sus colaboradores para que hiciera las correcciones que consideraba oportunas.

—Vamos —indicó él cambiando automáticamente de insoportable a encantador.

Juntos bajaron a la primera planta, donde se ubicaba la cafetería, y, tras escoger su comida, llevaron las bandejas hasta una de las mesas y se sentaron.

Como era de esperar, Ryan comenzó a quejarse por todo, en su habitual tono lastimero, como si él fuera el único que se dejaba la piel allí.

—Relájate —aconsejó ella riéndose ante los estrambóticos gestos de su amigo.

—Eso es fácil de decir —resopló como un niño mimado mientras abría su lata de Coca-Cola *light*—, empezamos a grabar dentro de dos semanas y no tenemos las ideas claras, cosa que me pone de mal humor.

—Pensé que a estas alturas ya habíais cerrado los primeros capítulos —dijo ella, quien, a pesar de no estar en contacto directo con los temas artísticos, oía los comentarios y, en especial, lo escuchaba a él.

—Eso creía yo —se lamentó mientras atacaba su lasaña vegetal y fruncía el ceño al comprobar que ella solo iba a alimentarse con una ensalada sin aliño, imprescindible en el menú de una cafetería frecuentada por actrices—. ¿Todavía sigues con esas estupidez de hacer dieta?

—Es evidente que debo perder peso —se defendió Helen señalándose a sí misma para dar más énfasis a sus palabras.

—Es evidente que eres tonta —respondió Ryan—. Puede que tu nuevo y esperpéntico aspecto necesite una renovación, pero solo en lo que a peluquería y vestuario se refiere. Tu físico no precisa retoques exactamente... —Esto último lo mencionó en un tono marcadamente provocador.

—No empieces —lo advirtió, porque tenía muy claro lo que venía a continuación.

—Pues entonces abandona de una jodida vez ese disfraz tan rancio y, por favor, ve a la peluquería. Después, si es posible, date un buen revolcón, a ver si con un poco de suerte se te quita esa cara de amargada. Y por tu cuerpo, no sufras, a mí me gustas más ahora; antes, y perdona que te lo diga, cuando trabajabas para ese abogado estirado, parecías una escoba, tan delgada y tan tiesa...

Helen puso mala cara; le había advertido miles de veces de que ni se le ocurriera mencionar a cierto picapleitos si quería conservar su integridad física, pero al parecer Ryan tenía la fea costumbre de arriesgarse más de la cuenta.

—Ahora, si tú quisieras, tendrías a cualquier tipo a tus pies dispuesto a muchas cosas, y no me refiero a invitarte a cenar, precisamente.

—¿En ese lote de admiradores que se supone que tengo, estás incluido? —lo provocó sabiendo de antemano la respuesta.

—¿De verdad quieres acostarte conmigo? —la desafió Ryan sonriéndole.

Ella lo pensó con detenimiento; era posible que necesitase, como él afirmaba, un buen revolcón; sin embargo, no quería arriesgarse a que, tras ese más que improbable encuentro sexual, cambiara su relación.

—Tienes razón —admitió ella—, no serías lo suficientemente bueno como para satisfacerme.

Él arqueó una ceja ante el reto.

—¿Perdón?

—Recuerda que estoy muy necesitada —dijo burlándose de su propia situación.

Ryan se recostó en la silla, se cruzó de brazos y, adoptando la pose de chico Martini, se pasó el pulgar por el labio inferior mirándola de forma elocuente.

—Quizá tenga que reconsiderar una de mis normas —murmuró todo seductor.

—¿Cuál de todas? —preguntó sin achicarse esperando alguna que otra tontería, porque, en lo que a relaciones se refería, Ryan, que ella supiera, no tenía ninguna regla específica.

—La de la alternancia —contestó él todo ufano.

—¿Alternancia? —le planteó descolocada por la respuesta. No esperaba algo así; no obstante, en seguida saldría de dudas.

—Soy firme seguidor de la alternancia, es decir, chico, chica, chico... y ayer estuve con una mujer, así que esta noche, de aceptar tu reto, rompería una de mis normas, pero, por ti, merecería la pena —concluyó satisfecho.

Helen estalló en carcajadas y puso los ojos en blanco ante las ocurrencias de Ryan.

Miró el reloj y comprobó que llevaba demasiado tiempo parloteando y que debía regresar a su puesto, así que recogió su bandeja, limpió los cristales de sus gafas y se levantó, adoptando de nuevo su papel de secretaria seria para dejar al provocador de su amigo y ocuparse de otros menesteres menos personales.

De nuevo tras su mesa, se puso a trabajar en sus papeles; tenía pendiente revisar unos contratos y quería dejarlos listos antes de marcharse.

Mientras leía las cláusulas oyó voces procedentes del despacho de John, así que supuso que ya estaba metido de lleno en esa importante cita que le había mencionado.

Sabía que entre sus funciones no estaba el ocuparse de preguntar a los invitados si deseaban tomar algo, y de hecho John así se lo había repetido, pero le resultaba difícil abandonar ciertos hábitos y, como nada costaba ser amable y detallista, se levantó y llamó suavemente con los nudillos.

—¡Adelante!

Helen empujó la puerta y con discreción entró en el despacho. Su jefe estaba de pie atendiendo a un hombre increíblemente atractivo que estaba sentado en uno de los sillones y sostenía varios documentos en las manos.

El desconocido primero la miró y, tras seguramente asumir su extraña apariencia, le sonrió.

—¿Qué ocurre, Helen? —inquirió John con amabilidad.

—Me preguntaba si desearían tomar alguna cosa —murmuró con educación, como corresponde a una secretaria eficiente.

John miró a su visitante y este negó con la cabeza.

—No, gracias —respondió el desconocido sin perder la sonrisa, hecho que a Helen la inquietó; no quería, bajo ningún concepto, relacionarse con tipos así, y este olía a abogado.

—Les dejo entonces —susurró ella haciendo el amago de retirarse sin llamar la atención.

—Espere un instante —la interrumpió John—, me gustaría que echase un vistazo a estos papeles. —Le tendió unos cuantos folios.

—Muy bien, señor Mills —contestó sabiendo que a su jefe no le gustaban mucho esos formalismos; sin embargo, en presencia de invitados, ella pensaba que no estaba de más dar una impresión más seria.

Helen forzó una sonrisa a modo de despedida y se dispuso a dejarlos solos para que continuaran con su reunión, pero de nuevo su retirada se vio interrumpida.

—Quédese con nosotros, Helen —sugirió el desconocido—, así podrá ir tomando nota de las correcciones que vayan surgiendo.

Ella mantuvo su sonrisa, aunque se tensó de inmediato, pues no se sentía cómoda. Quizá ese provocador de Ryan y sus malditas tonterías sobre sus necesidades la habían afectado y, claro, era ver un hombre con traje y que se le disparasen sus fantasías más calientes e insatisfechas.

Pero no, de ninguna manera podía recaer en los errores del pasado.

Desde luego, iba a tener que pedirle a su amigo que le concertara una cita a ciegas, porque de no ser así...

—Excelente idea —apostilló John señalándole la silla vacía al lado del desconocido—. Le presento a Ewan Farley, representante.

A Helen no le quedó otra que aceptar la sugerencia y se acomodó junto al señor Farley; por suerte, entre ambos asientos había una prudente separación.

—Prosigamos —indicó John.

—De acuerdo —aceptó Ewan mirando de reojo a la tensa secretaria. Demonios, ¿es que nadie podía asesorarla mínimamente sobre moda? Debía de ser extremadamente buena en su trabajo si pasaban por alto ese descuido—. Mi representado podría incorporarse a la grabación antes de un mes, siempre y cuando nos hagan llegar los guiones para que los estudie.

—Me parece estupendo, aunque nos interesaría poder anunciar su incorporación cuanto antes, la publicidad nos vendría de fábula —apuntó Mills.

—Lo comprendo, desde luego en estos tiempos no se puede desperdiciar cualquier oportunidad. No obstante, me gustaría que, antes, se firmara un preacuerdo que garantizara lo que aquí acordamos y, por supuesto, se efectuara la entrega de una cantidad a modo de anticipo.

Helen escuchaba atentamente y por si acaso tomaba notas, pese a que John no se lo había pedido, pero prefería adelantarse.

Estaba logrando seguir la conversación sin mirar o, mejor dicho, sin comerse con los ojos al señor Farley, y eso ya era todo un avance. Sonrió complacida consigo misma.

—Veo que a su secretaria le agrada la propuesta —dijo Ewan al comprobar que esta sonreía, lo cual le traía sin cuidado, pero siempre resultaba conveniente aprovechar cualquier gesto para relajar el ambiente y, por descontado, salirse con la suya.

Ella, que no quería entrar al trapo, miró a su jefe en espera de ayuda.

—Dejemos a la señorita Fisher con sus notas.

Ewan anotó mentalmente el apellido de la mujer, cuyo nombre ya había oído antes; lo hizo por deformación profesional, pues dudaba de que esta, por su apariencia, tuviera algo que esconder.

—De acuerdo, entonces —convino el representante y repitió las palabras una por una—: dejemos a la señorita Fisher... con sus notas.

De nuevo, ante esa educada y sofisticada amabilidad, sin duda ensayada, ella sintió esa pequeña inquietud y por ello consideró que sería mejor buscar una excusa para salir de allí pitando, claro que... ¿cómo escaquearse sin parecer grosera? La mujer responsable que habitaba en su interior no permitiría nunca desatender a su superior.

No, se quedaría, soportaría a la mujer desesperada que pedía guerra, la relegaría unas horas hasta poder llegar a casa para que Willy, su fiel vibrador, hiciera el resto.

«Debo de estar mucho peor de lo que creía», pensó mientras respiraba y disimulaba su malestar y el calentón que la traía por el camino de la amargura.

—Solo nos queda discutir el asunto del número de intervenciones en la serie —prosiguió Ewan retomando el tema principal de su visita, olvidándose, por el momento, de la secretaria reprimida.

—La idea inicial, como bien le expliqué por teléfono, es que el personaje empiece con unas apariciones esporádicas, para así no confundir a la audiencia —alegó John mirando de reojo a su secretaria. ¿Qué demonios le pasaba a esta mujer ahora?

—Como comprenderá eso resulta insuficiente para mi cliente —replicó rápidamente el señor Farley defendiendo sus intereses.

—Por supuesto, a medida que avance la trama, su papel irá aumentando, pero siempre dependiendo de la aceptación que tenga por parte del público. Debe entender que «Platos rotos» es una serie vista mayoritariamente por mujeres, y que de repente aparezca el marido infiel puede causar confusión —explicó John—, en especial cuando se lo ha descrito como el peor de los hombres; no queremos que provoque rechazo.

—Lo entiendo perfectamente, pero creo que su excelente equipo de guionistas sabrá adecuar toda la trama al nuevo personaje para que resulte tolerable y creíble —

dijo el representante dando la coba justa para no tensar la cuerda en exceso—; además, uno de los principales activos del nuevo personaje es, sin duda, su atractivo físico.

Helen arqueó una ceja; rara vez un hombre hablaba así de otro. Sin embargo, siguió a lo suyo, es decir, escribir sin despegar el bolígrafo del papel ni levantar la mirada.

—Por no mencionar su gran tirón entre el público femenino —añadió esperando la reacción de la señorita Fisher.

A ella le traía sin cuidado quién sería el nuevo actor que iba a incorporarse a la serie; se limitaría a redactar el contrato según las especificaciones de John y punto.

—Señor Farley, sabe tan bien como yo que ese «tirón», como usted lo define, supone un gran riesgo para la productora; no es ningún secreto que su representado tiene cierta tendencia a llevar una vida bastante desordenada —contraatacó Mills, ganándose así la aprobación de su secretaria por saber estar a la altura de las circunstancias y no amilanarse ante un representante, muy atractivo, pero ciertamente agresivo.

—Precisamente ese es uno de sus puntos fuertes, ¿no cree? —sugirió dando la vuelta a la tortilla en beneficio propio. Solo esperaba que Patrick no fuera tan imbécil como para desaprovechar esa oportunidad. «Lo que tiene que hacer uno por un amigo...», pensó.

John se atusó su perilla canosa, tal y como siempre hacía cuando reflexionaba sobre algún asunto. Helen esperaba que no dilatase en exceso ese proceso para salir escopetada de allí, pues notaba cómo Ewan la miraba a la menor oportunidad, eso sí, sin perder el hilo de su argumentación.

—De acuerdo, firmaremos un contrato para toda la segunda temporada y, dependiendo de los índices de audiencia y la aceptación del público, revisaremos la posibilidad de continuar.

Farley se puso en pie, sonriente; había jugado sus cartas y tenía lo que quería, ya que al entrar en la reunión dudaba de que alguien quisiera contratar a Patrick así por las buenas, por lo que había elevado sus exigencias, sabedor de que así, al rebajarlas, se quedarían dentro de sus objetivos iniciales.

—¿Señorita Fisher? —la llamó su jefe preguntándose por enésima vez qué estaba anotando esa mujer con tanto ahínco.

—¿Sí? —respondió ella levantando la mirada.

—Pase nota a recursos humanos y que preparen el contrato —le dijo extendiendo la mano para sellar el pacto con Farley—, Patrick Baker se incorpora a «Platos rotos».

A Helen le dio un pumba.

Helen aguantó como pudo y suspiró, para nada aliviada, cuando por fin se acabó la reunión.

Si pensaba que en ese trabajo podría librarse de las tentaciones, iba muy desencaminada. Pero que muy desencaminada.

¡Cielo santo!

¿De verdad había oído bien?

John, al ver la cara que había puesto, sin duda de atontada, se preocupó por ella y la mandó a tomar lo que fuera, pero Helen, profesional ante todo, negó con la cabeza.

Para más inri, Ewan se había acercado «demasiado», también inquieto por su extraño comportamiento.

«Si tú supieras...», quiso decirle, aunque la prudencia hizo acto de presencia y se mantuvo callada.

Aun así, un nombre seguía dando vueltas en su mente...

¿Patrick Baker iba a trabajar allí?

El ídolo de su adolescencia.

En el instituto llevaba las carpetas forradas con fotos de él, se compraba cualquier revista donde apareciera e incluso las fotocopiaba para poder decorar el interior de su armario. En aquellos días, cuando Internet no existía y, por tanto, debía conformarse únicamente con lo que se publicaba de él, no le quedaba más remedio que gastarse sus ahorros en cualquier cosa de su ídolo que se pusiera a la venta.

Había sido una fan de manual, de las que acampaban varios días delante del hotel donde se alojaba para verlo durante apenas tres segundos. Se había saltado clases del instituto para poder estar en primera fila cuando asistía a algún estreno. Ni que decir tiene que sabía su signo del zodiaco, su color favorito, el color de sus ojos, su estatura... y, por supuesto, se había enfrentado a quienes lo calificaban como un producto mediocre para adolescentes histéricas y a quienes no apostaban por él arguyendo que, cuando alcanzara la madurez, sería un juguete roto.

Como de hecho ocurrió.

A diferencia de muchos artistas juveniles que encandilaban durante unos años y después desaparecían, pues no sabían reciclarse, Patrick Baker se arriesgó y probó otros registros, aunque su vida privada, para nada reservada, parecía seguir a rajatabla el guion de malcriado de excesos varios, lo que desembocó en la pérdida del apoyo por parte de su público, que iba creciendo y dándose cuenta de que no era oro todo lo que relucía.

Helen, como muchas de sus seguidoras, le fueron dando la espalda cuando, día sí y día también, aparecían noticias suyas de lo más escandalosas en los medios de comunicación. El que cambiara de pareja como de camisa podía hasta ser un juego de

niños comparado con sus arrestos por conducción temeraria, borracheras, agresiones y demás salidas de tono propias de una estrella venida a menos.

Hacía ya mucho que solo se hablaba de él debido a sus andanzas y no a su trabajo, ya que nadie estaba tan loco como para contratar a un tipo que con toda probabilidad aparecería bebido y puesto hasta las cejas el primer día.

Así que Helen no llegaba a comprender el motivo por el cual su jefe había tomado una decisión como esa, a todas luces suicida.

Cierto que entre el público femenino causaba sensación, porque, a pesar de su mala vida, conservaba ese atractivo que enamoró a millones de jovencitas; por no hablar del innegable imán que supone para cualquier fémina acercarse a un chico malo. Pero en ese caso no era simplemente el chico malo con corazoncito tierno, aquello resultaba mucho más peligroso.

«Pero ¿quién no ha tenido un ídolo en la adolescencia?», se preguntó mientras terminaba de recoger sus cosas para marcharse a casa. Seguramente, al recordar aquellos días, estaba poniendo cara de tonta; sin embargo, le traía sin cuidado.

—¡Dime que no es cierto el rumor que corre por ahí! —exigió Ryan deteniéndose a su lado, completamente alterado, adoptando esa postura de mariquita mala que ella tanto odiaba y que él se empeñaba en exagerar cuando quería ponerla de los nervios.

—Especifica —le pidió ella sabiendo de sobra a qué se refería—, trabajamos rodeados de dimes y diretes y algunos a la hora de comer ya han quedado sin fuerza —se guaseó y lo miró por encima de las gafas para cabrearlo aún más.

—Serás... —Achicó los ojos para intimidarla, cosa que desde luego no consiguió—. Está bien, se dice, se rumorea, se comenta que el representante de Patrick Baker ha estado reunido con el gran jefe.

—¿Y? —preguntó mientras continuaba con su actitud indiferente; bastante tenía ella con lo suyo: primero, un amago de recaída ante un tipo trajeado y, segundo, un viaje a su adolescencia.

Más histerismos no, por favor.

—Helen, deja de tocarme los huevos —masculló él ahora en el papel de macho dominante—. Tú estabas ahí metida —señaló el despacho de John—, así que tienes que saberlo y no me mientas ni me des evasivas.

—Sí, el señor Farley ha estado aquí —confirmó y, al hacerlo, se dio cuenta de que ahora ya no tenía pensamientos calenturientos con el representante y ese era un gran paso.

—Te la estás jugando...

—Baja la voz, ¿quieres? De momento no puede salir de aquí. ¿Serás capaz de no cacarear la noticia?

—Yo no cacareo —protestó con una fingida mueca de disgusto.

Ryan se acercó a ella y la cogió en volandas antes de plantarle un sonoro beso en los labios.

—¿A qué ha venido eso? —inquirió recolocándose las gafas, ya que ante la

efusividad de su amigo estas habían quedado torcidas.

Él sonrió con picardía y le susurró en el oído:

—No disimules... —le mordió la oreja provocándola aún más— estabas coladita por él. El pobre Willy no va a dar abasto.

—¡Gilipollas! —exclamó dándole un buen manotazo en el brazo para que se apartara.

—Sí, sí, disimula. ¿Aún guardas sus fotos? ¿Tu carnet del club de fans? ¿Los pósteres? —se pitorreó sin piedad.

—Como se te ocurra decir una palabra... —lo amenazó en balde, claro, pues, como a Ryan se le antojara dar por saco, iba lista.

—Tranquila. Es una información demasiado valiosa como para desaprovecharla —se rio—, ahora te tengo en mis manos... ¡Oh, por favor, qué siniestro me he vuelto de repente!

—¿Vas a chantajearme?

—¿Lo dudabas acaso? Helen, cielo, esta es una oportunidad única.

—No sé por qué te lo conté —farfulló mientras agarraba su horripilante bolso marrón y se abrochaba la chaqueta.

—Porque estábamos los dos como una cuba —respondió él.

Helen le hizo burla y lo dejó allí plantado dispuesta a encerrarse en su apartamento e intentar no pensar en las amenazas de su amigo.

—Lo que me faltaba —murmuró entre dientes mientras salía del edificio. Antes de esconderse en su casa debía pasar por el súper y comprar suministros, a ser posible con alto contenido de alcohol, pero, claro, si intentaba olvidar empinando el codo, al día siguiente, aparte de presentarse al trabajo hecha una mierda, su pequeño secreto en manos de ese traidor continuaría constituyendo una amenaza.

Su amigo nunca la traicionaría, eso lo tenía claro; sin embargo, la provocaría una y otra vez hasta que ella terminara explotando o perdiendo los nervios.

Ryan y ella se reunían en diversas ocasiones para pasar un buen rato juntos, en los que bebían, hablaban o incluso jugaban al póquer.

Ambos hablaban sin tapujos de lo que se les pasaba por la cabeza; él le confesó un día sus gustos a la hora de encontrar amantes, lo que la dejó completamente pasmada. Ese sería un buen secreto que airear para contrarrestar su amenaza: el único problema residía en que Ryan era el primero que lo proclamaba a los cuatro vientos, por lo que no servía.

Llegó a casa cargada con las bolsas de la compra y entró en su apartamento dispuesta a prepararse una cena rápida, aunque primero deseaba darse una ducha que, con un poco de suerte, surtiría efecto y la relajaría.

Antes llamó a casa de sus padres para conversar un rato con ellos de su nuevo trabajo, ya que apenas les había dado detalles; ahora que más o menos le iba bien, podía hablarles con tranquilidad. Su madre se mostró encantada y charlaron una rato más sobre la familia y demás cosillas hasta que se despidieron.

Helen, como era lógico, omitió algún que otro detalle para no preocuparlos, pues no deseaba que se presentaran en su apartamento creyendo que la niña, de nuevo, había recaído. Ni que decir tiene que tampoco mencionó a cierto actor...

Y es que no acababa de asumirlo...

Iba a trabajar en el mismo espacio que Patrick Baker.

Tras la tonificante ducha, se miró en el espejo y se sintió ridícula por comportarse a su edad como una adolescente, y, en su caso, con pinta de pollo escaldado con ese pelo de corte imposible. Como esa parte de su nueva vida no tenía remedio hasta por lo menos transcurridos tres meses, se lo peinó hacia atrás y se puso una cinta para sujetárselo.

Se encaminó hacia su dormitorio y miró de reojo el cajón de la mesilla, donde Willy la esperaba; sin embargo, descartó la idea inmediatamente, debía controlarse.

Vestía un pantalón de deporte azul y una horrenda camiseta de un sospechoso color naranja, pero no le importaba ni lo más mínimo: estaba en su casa, a solas y dispuesta a prepararse una cena de *gourmet*, es decir, descongelar alguna cosa precocinada y punto pelota.

Sentada en uno de los taburetes de la cocina, cenó tranquilamente con la única compañía de la televisión. Se acordó de que aún conservaba aquellas ridículas carpetas del instituto, las que con tanta paciencia decoró y de las que presumió delante de sus compañeras... con fotografías en las que el chico de moda parecía mirarla solo a ella...

—Qué tonta era —murmuró con una sonrisa casi de arrepentimiento, pero que tire la primera piedra quien no se haya comportado así con quince años.

Recogió la cocina y se sentó en su pequeño sofá dispuesta a holgazanear. Ahora ya no se llevaba el trabajo a casa y, por tanto, disponía de más tiempo libre; el problema era que no sabía muy bien qué hacer con él.

Oyó ruidos procedentes de la terraza y no hizo falta que saliera para saber que Ryan, el chantajista, había llegado ya a su casa, acompañado; por lo visto llevaba su norma de la alternancia a rajatabla, pues se oía la voz de otro hombre.

«No debería haberle dejado unir las terrazas», pensó con una mueca. Aunque resultaba muy práctico para ambos poder pasar de un apartamento a otro sin necesidad de salir al rellano, por lo que hacía tiempo que habían mandado derribar el murete que las separaba.

Como no estaba por la labor de oír a Ryan y a su compañía nocturna, subió el volumen de la tele y cerró la puerta para así no tener, de nuevo, pensamientos calenturientos, ya que le resultaba patético pensar en el tiempo que llevaba en el dique seco.

Se había esforzado mucho por llegar a ser una persona recta, trabajadora, respetable. Nada de habladurías, nada de excesos. Claro que la contrapartida era estar sola noche sí y noche también. Bajo ningún concepto quería arriesgarse a que alguien la viera por ahí, despendolada, ligándose a un desconocido.

Su último intento de relación había sido hacía más de un año, con un tipo como ella, educado y responsable, que conoció durante sus vacaciones y con quien terminó acostándose para arrepentirse a la mañana siguiente. Ni siquiera la parte del sexo resultó interesante, por lo que llevaba una eternidad apañándose con Willy.

Las risas procedentes del apartamento contiguo la sacaban de sus casillas; precisamente ahora era cuando no necesitaba que le restregasen por la cara lo divertido que era gozar de compañía para pasar la noche.

Se levantó mosqueada del sofá y se encerró en su cuarto. Allí rebuscó entre sus cosas hasta dar con una caja de cartón donde guardaba sus secretos, entre ellos un montón de fotografías que ninguno de sus amigos actuales habían visto. En su día estuvo a punto de destruirlas, pues se avergonzaba de aquella época de su vida; sin embargo, acabó por conservarlas, eso sí, muy bien escondidas.

—¿Cómo pude estar tan loca? —se preguntó en voz alta al sacar la primera y mirar el reverso para comprobar la fecha. Apenas tenía dieciocho años.

Continuó martirizándose mientras observaba esas instantáneas, sintiéndose estúpida y avergonzada por una época de su vida que bajo ningún concepto debía salir a la luz.

También había fotos de su adolescencia, donde, peinada de forma cursi, parecía otra.

Por supuesto, no podían faltar algunas de su época seria, profesional y, ahora que lo pensaba, amargada. De acuerdo, nadie podía acusarla de nada, pero lo cierto era que su estilo anodino aburría a cualquiera.

Furiosa consigo misma, lo recogió todo mientras se llamaba estúpida, inconsciente y gilipollas. De nuevo relegó al fondo del armario aquella caja que le servía como aliciente para comportarse de forma correcta. Si ello significaba no echar un polvo memorable, en al menos cinco años, pues que así fuera.

Después, dispuesta a deprimirse como Dios manda, porque hacerlo a medias no tiene sentido y en estos casos es imprescindible llorar, gritar, tirarse de los pelos o lo que sea, buscó entre sus cedés y extrajo uno de los más tontorrones, una de esas recopilaciones que se hacen para San Valentín y que todas las chicas sin pareja deberían tener; lo puso en el equipo de música y, cuando oyó los primeros acordes de *Have you ever really Loved a Woman?*, lloró a moco tendido.

Y eso solo era el principio, quedaban catorce temas más.

—Podrías hacer un esfuerzo y fingir que estás interesado —murmuró Ewan mirando de reojo a su representado mientras conducía en dirección a la productora Mills.

Patrick ni siquiera se molestó en levantar la vista por encima de sus gafas de sol de espejo. Tenía una resaca de cuidado, así que lo único en lo que pensaba en ese instante era en poder volver cuanto antes a su cama y descansar. Con un poco de suerte las dos golfas que se llevó a casa la noche pasada se habrían largado; no le apetecía compartir y menos aún aguantarlas, ya que ni tan solo se las tiró. Las dejó a su aire, que se lo montaran solas, pues él no estaba de humor para esforzarse. Le ofrecieron un espectáculo más o menos caliente, pero no lo suficiente como para que se animara a desabrocharse el pantalón.

Las contempló durante un buen rato pero, en cuanto verificó que esas tetas estaban desproporcionadas con el resto del cuerpo, supo que la silicona tenía más protagonismo del necesario y el poco ánimo que tenía se diluyó.

Es lo que suele pasar cuando lo has visto casi todo.

Cuando recibió la llamada de su agente, dos días atrás, se sorprendió como el que más y, si bien debería haberse mantenido sobrio por lo menos las veinticuatro horas previas, no lo consiguió, ya que se puso a celebrarlo.

Una cosa llevó a la otra... y acabó como siempre: hasta el amanecer, después de haberse bebido hasta el agua de los floreros.

—¿Patrick? —insistió su agente confiando en que se mostrara mínimamente interesado.

—Sigo vivo —admitió con voz rasposa mientras cambiaba de postura en el asiento del coche sin preocuparse de nada.

—Oye —intervino Ewan molesto con la actitud manifiestamente pasota de su amigo—, te juegas mucho. ¿De acuerdo? Me he esforzado por buscarte este trabajo y sabes tan bien como yo que lo necesitas. ¡Joder! Llevas más de dos años sin currar, te fundes lo poco que tienes en juergas y, por si fuera poco, te lo tomas a cachondeo.

—Si tu objetivo es hacer que entre en razón, felicidades, lo has logrado. Fin de la conversación —dijo el aludido con voz cansada; con tal de quitárselo de encima, firmaría cualquier cosa. Tenía la cabeza a punto de estallar y no requería un sermón a primera hora de la mañana, ya estaba bastante jodido soportando la luz del sol.

—No me des la razón como a los tontos, maldita sea —se quejó una vez más Ewan a punto de perder los estribos.

—Relájate —sugirió arrastrando las palabras—. Anda, que sé que te hace feliz, cuéntame lo duro que has peleado para conseguirme este papel y la oportunidad tan fantástica que supone para mi carrera.

A su representante no le pasó desapercibido el tono de guasa empleado.

—Eres imposible, no sé por qué me molesto en buscarte papeles y en ser tu amigo —adujo negando con la cabeza.

Tentado estaba de dejarlo tirado en la cuneta. Hasta los cojones estaba de observar cómo se autodestruía día a día.

—Porque eres un tío estupendo, nos conocemos desde niños y me quieres mucho, como la trucha al trucho —apuntó continuando con su choteo.

Patrick agradecía, en silencio eso sí, el interés de su mejor amigo por salvarle el culo cuando muchos otros le habían dado una patada precisamente en sus posaderas. Le debía la vida, eso no lo olvidaría jamás.

Pero era como echar margaritas a los cerdos, pues hacía tiempo que nada le atraía, que nada le resultaba mínimamente interesante y, a su edad, ya iba a ser muy difícil cambiar, por no decir imposible.

Hay hábitos adquiridos muy complicados de erradicar y, en su caso, ni se planteaba tal posibilidad. Vivía como quería, hacía mucho que todo le resbalaba.

—Sí, será eso —masculló Ewan mientras aparcaba su Jaguar frente al edificio que ocupaba la productora Mills.

—Por cierto, me gusta tu coche, tienes que dejármelo un día —le dijo bajándose del mismo con la lentitud propia de un anciano, no de un treintañero.

—Ni lo sueñes, colega; te retiraron el carnet por conducir borracho, así que te jodes y te apañas con el transporte público.

—O bien te doy por el culo para que me lleves de un sitio a otro —apostilló sonriendo de medio lado. Le importaba una mierda, pues, sin que nadie lo supiera, tenía un coche en el garaje; eso sí, se había prometido a sí mismo no volver a conducir bebido—. Por cierto, ¿le has contado ya a mi *querido* y responsable hermano que por fin tengo ocupación? Calla, no me lo digas, todo lo que no sea analizar índices bursátiles y jugar al Monopoly no es serio.

No era ningún secreto que su hermano, junto con su representante, se preocupaban constantemente por él y, aunque aquello se agradecía, lo cierto era que a veces resultaba cargante aguantar a los dos tipos más responsables del planeta.

—Sabes perfectamente que Owen se interesa por ti. Y ahora concéntrate, tienes que causar buena impresión y, por favor, si tienes incontinencia verbal, muérdete la lengua y déjame a mí. ¿De acuerdo? Recuerda que eres actor y que puedes fingir, aunque sea durante una hora, que esto te importa —continuó aleccionándolo para que aquello llegara a buen puerto.

—Que sí... —murmuró sin prestar atención.

—Por lo menos te has afeitado y puesto decente, aunque si hubieras vestido un traje la cosa hubiera estado muchísimo mejor —añadió Ewan, que siempre iba hecho un pincel a ocuparse de sus asuntos laborales.

—Por supuesto —se burló—, mis mejores galas para causar impresión. —La verdad era que su asistente, Davinia, además de paciente, era un sol, pues lo cuidaba

como a un hijo, en su caso un hijo descarriado, y no tuvo mayor dificultad en elegir una camisa negra perfectamente planchada junto con unos vaqueros.

—Además, en principio tus apariciones serán breves —prosiguió sin hacer caso de la guasa de Patrick—. Así que no te vas a matar de sol a sol trabajando. Sé amable, cuida tu lengua y sonríe, que eso es lo que quieren ver.

—Como si fuera un jodido mono de feria —apostilló con sorna a la vez que entraba en el edificio sin quitarse las gafas de sol.

Joder, los fluorescentes resultaban más dañinos que la luz solar.

—No te voy a engañar, sabes perfectamente que tu cara aún vende, así que aprovéchalo —sentenció el representante dando por concluido el diálogo de besugos.

Patrick siguió desganado a su amigo y consejero, a veces un pesado, pero el único que estaba a su lado en los malos momentos... y desde que cumplió los treinta hacía tiempo parecía que solo había tenido de esos.

Con la espalda de su agente como única referencia, caminó, arrastrando los pies, hasta llegar a la zona de oficinas sin molestarse en saludar a quienes salían a su paso, sin duda sorprendidos por verlo allí.

—Vas a causar sensación —murmuró a su lado Ewan no sin cierto sarcasmo, al oír los comentarios de la gente en cuanto cayeron en la cuenta de quién pisaba las instalaciones.

—Mira qué bien —respondió con su habitual indiferencia esperando que no lo atosigaran con preguntas sobre su futuro, y mucho menos con tonterías como pedirle autógrafos y cosas por el estilo. No estaba para numeritos, la cabeza estaba a punto de reventarle.

Su representante sonrió socarronamente y prosiguió andando hasta llegar junto a una mesa, donde una morena de pelo corto trabajaba concentrada en su ordenador.

—¿Señorita Fisher? —preguntó suavemente Ewan para no asustarla.

La mujer se giró, abandonando su monitor, y lo miró.

Inmediatamente, como debe ser en una secretaria, se puso de pie.

—Señor Farley...

Patrick, tras su representante, resopló jorobado por la jodida formalidad reinante. ¡Por favor, qué asco!

Helen tragó saliva, nerviosa y temerosa de hacer alguna tontería. Como tropezar y caer de culo..., balbucear..., o simplemente babear.

Se aclaró la garganta antes de comportarse debidamente.

—Avisaré al señor Mills de que están aquí, si me disculpan un momento...

Salió de allí, forzando una sonrisa.

—¿Es real o producto de mi borrachera? —preguntó Patrick poniendo cara de desagrado sin terminar de creérselo.

—No te pases... —lo advirtió. No quería arriesgarse a que fuera impertinente y molestara a la chica, quien al fin y al cabo era una simple trabajadora.

—Pero es que no se puede ser más fea —protestó con énfasis sin preocuparse de

bajar la voz.

—Joder, cállate —lo increpó mirando a su alrededor; menos mal que de momento estaban solos, porque vaya impresión que causarían...

—Pero ¿tú la has visto bien? —continuó sin salir de su asombro y pasándose por el arco de triunfo las recomendaciones de Ewan.

Su amigo puso los ojos en blanco. Claro que se había fijado; sin embargo, la diplomacia debía mandar en estos casos.

—Déjalo estar... —masculló molesto por si alguien escuchaba esta bochornosa conversación.

Patrick se bajó las gafas para mirar a Ewan, totalmente confundido. Su amigo era un ejemplo perfecto de sofisticación, por no mencionar que siempre se rodeaba de mujeres de bandera, incluyendo a sus ayudantes, así que... ¿qué se le estaba escapando?

—¿Has sufrido una especie de revelación divina que te impulsa a tirarle los tejos a una fea? —inquirió sentándose de cualquier manera en una de las sillas allí dispuestas.

—No seas desagradable, por favor. Helen es una profesional.

—¿Helen? Vaya, vaya, si ya nos tuteamos... —se pitorreó sin piedad arqueando una ceja ante la familiaridad de su colega.

«A saber qué tipo de negociaciones ha llevado este hombre en mi nombre», pensó.

—Oye, no todas las secretarias tienen por qué ser modelos de pasarela —comentó volviendo a ser políticamente correcto—. Y calla, que viene.

A Patrick le importaba un pimiento. En cuanto la mujer se detuvo junto a ellos no pudo reprimirse y murmuró:

—Mira, otra que se ha pasado la noche de fiesta y no ha tenido tiempo de arreglarse antes de venir al trabajo.

Helen, que aún no había controlado su nerviosismo, abrió los ojos desmesuradamente, sabedora de que ese comentario se refería a ella, pues el señor Farley iba impecable con su traje gris oscuro, a diferencia de ella, que llevaba un pantalón verde pistacho y una camisa azul marino, el pelo echado hacia atrás de cualquier manera y sus gafas de pasta.

Ewan negó con la cabeza mientras sentía vergüenza ajena; vaya imagen que estaban dando y aún no tenían el contrato firmado.

Helen esquivó el chaparrón de críticas, respiró, aguantó las ganas de réplica y, como una profesional, dijo procurando que su voz sonara serena:

—El señor Mills les está esperando en su despacho, si son tan amables de pasar...

—Les indicó con un gesto educado la puerta.

—Ya te vale —le reprendió Ewan mientras accedían al interior, seguidos por la pobre mujer.

—Buenos días. ¿Desean tomar algo, señores? —preguntó John.

—Un *whisky* con hielo —respondió rápidamente Patrick.

—No le haga caso —se apresuró a decir Ewan con una sonrisa dando a entender que se trataba de una broma—. Un café nos vendrá bien.

—En seguida —murmuró Helen acercándose al mueble donde estaba dispuesta la cafetera para ocuparse de ello.

Patrick no se perdió detalle de los movimientos de la fea; parapetado como estaba tras sus gafas de sol, nadie podía saber dónde miraba.

No encontraba explicación a lo que veía, ya que nadie puede tener tan pésimo gusto a la hora de vestir. Ni un daltónico. Además, físicamente no tenía mal cuerpo, las curvas estaban en su sitio..., era proporcionada..., altura media... Entonces, ¿por qué dejar que su peor enemiga le cortase el pelo?

Parpadeó e intentó prestar atención a la conversación que se desarrollaba delante de sus narices y de la que él era el tema principal.

La *poco afortunada eligiendo vestuario* completó diligentemente una bandeja que llevó hasta la mesa del propietario, y sirvió allí las tazas de una forma impecable.

—Gracias, Helen —adujo dulcemente el pelota de su representante, que debía tener intereses ocultos que por el momento se le escapaban.

—Gracias... Helen —lo imitó Patrick recurriendo a sus dotes de actor para resultar convincentemente seductor.

Joder, por alguna extraña e inexplicable razón, sintió una necesidad imperiosa de competir nada más y nada menos que por una fea.

Helen, ajena a ese curioso pensamiento, se acercó a su ídolo de la adolescencia controlando el temblor de sus manos, segura de que él ni siquiera la estaba mirando.

Justo en el momento en que extendía la taza de café caliente, él sonrió y se desprendió de sus gafas de sol.

La reacción de ella fue inmediata.

Vertió todo el contenido de la taza sobre su camisa negra, quemándole el pecho y parte de una pierna.

—¡Joder! —exclamó el accidentado incorporándose de repente, con tan mala suerte que empujó a la torpe y fea secretaria hacia atrás mientras separaba la camisa empapada de su cuerpo preocupado únicamente por sí mismo.

—¡Helen! —exclamó su jefe inquieto, saliendo raudo y veloz de detrás de su escritorio para ayudarla.

—¡Ay, Dios mío! —chilló ella presa del histerismo.

Helen perdió el equilibrio y, en un intento de buscar un punto de apoyo, se agarró al brazo de quien estaba más cerca, es decir, Patrick, desestabilizándolo, de tal modo que lo arrastró consigo cuando inevitablemente cayó de culo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó John inclinándose sin poderse creer lo que acababa de ocurrir en su despacho.

Patrick arqueó una ceja; se suponía que él era la estrella achicharrada, aunque, la verdad, la mujer había resultado bastante mullidita y había amortiguado su caída; sin embargo, eso no la eximía de la responsabilidad de ser una patosa de cuidado.

La combinación de mala leche, cabreo instantáneo y una noche sin pegar ojo hicieron mella en su escasa contención verbal.

—Si querías que te tumbara en el suelo, podías haberlo dicho, *guapa* —adujo en tono de burla—, y ahórrate todo este numerito de la fan histérica y descontrolada. Últimamente soy menos exigente, así que hasta lo hubiera pensado si te hubieses mostrado educada y hubieses pedido las cosas directamente.

Helen, roja como la grana, no solo por la vergüenza de haberlo quemado y arrastrado al suelo, intentó moverse bajo su peso, ya que aquel comentario final era simple y llanamente un insulto directo.

—Patrick, ha sido un accidente —apuntó Ewan en tono conciliador para que no se cebara con la chica, mientras ayudaba a la mujer a levantarse una vez que el maleducado de su amigo se apartó de ella.

Ella desvió la mirada; no se atrevía a enfadarlo de nuevo, así que consideró que era mejor permanecer con la vista baja hasta que pasara el temporal.

Pero el actor no dejaba de soltar *lindezas* dedicadas a ella, a su familia y a sus limitaciones psicomotrices, por lo que Mills decidió intervenir.

—Helen, acompaña al señor Baker al vestuario, estoy seguro de que allí podrá encontrar ropa limpia que pueda servirle. Y no se preocupe por esto —señaló el desastre—, llamaré a los del servicio de limpieza. Y después, por favor, tómese el tiempo que necesite para recuperarse, no me importa esperar lo que sea preciso.

—¿¡Qué?! —preguntó Patrick abriendo desmesuradamente los ojos, ofendido a más no poder por lo que estaba oyendo—. ¡Yo no voy con esta loca ni a la esquina! ¡A saber qué puede hacerme en cuanto tenga la menor oportunidad! ¡Ni hablar!

—¡Por favor! —lo increpó Ewan, tenso ante las palabras hirientes y su no menos injustificable comportamiento con esa pobre mujer—. Ha sido un jodido accidente —estalló perdiendo las formas.

—No me toques las pelotas —retrucó mosqueado—. Más que nada porque no sé si van a volver a ser como antes, esa loca me las ha achicharrado —continuó lamentándose cual niño hipermimado.

—Le pido disculpas, señor Baker —indicó Mills intentando que las aguas volvieran a su cauce—. La señorita Fisher no pretendía comportarse como una de sus admiradoras, simplemente tropezó, puede pasarle a cualquiera. Le pido que comprenda la situación; afortunadamente no ha causado daños graves y su ropa puede recuperarse.

Helen, abochornada, no sabía dónde esconderse o qué hacer para serenarse. Nunca pensó que él sería capaz de comportarse de ese modo, tan sumamente déspota. Esperaba un poquito más de comprensión.

«Desde luego no se puede empezar con peor pie», se reprendió ella en silencio.

El mismo pensamiento se cruzó por la cabeza de Ewan, quien se acercó a ella y, sin importarle para nada la posterior reprimenda de su amigo, la consoló y hasta se ofreció a acompañarla a la cafetería para tomar una tila o lo que ella necesitara para calmarse.

Y, claro, el niño mimado y envidioso estalló:

—Oye, que yo soy el que se ha escaldado. La próxima vez que te sirva a ti el café, ya veremos lo que opinas de su curioso modo de tratar a los invitados —adujo con toda la saña de la que fue capaz sin querer olvidarse del incidente—. Ya verás cómo cambias de idea cuando te achicharre las pelotas.

Todos los allí presentes, menos el señor *me quejo por todo*, comprendían que la secretaria solo había intentado ser amable y cumplir su cometido, así que, además de injusto, estaba siendo maleducado.

—Joder, es que parece que lo ha hecho aposta —continuó su diatriba de quejas sin la menor consideración.

A Helen se le acabó la paciencia.

Pero ¿qué se creía ese tipo?

—Mira, estirado de mierda —dio un paso al frente e inspiró profundamente—, sí, por si lo dudabas, lo he hecho aposta, por gilipollas —le espetó mirándole fijamente a los ojos, echando chispas y dejándolo momentáneamente sin palabras.

Él se los frotó, como si le dolieran, lo cual era cierto, ya que la escasez de sueño pasaba factura.

—¡Será posible! —masculló sin poderse creer que, encima de burro, fuera apaleado.

Ella le apuntó con un dedo mientras disparaba de nuevo.

—No has dejado de criticarme desde que has llegado y es lo mínimo que mereces —estalló dejando a todos, en especial a su jefe, que la consideraba un ejemplo

perfecto de contención y mesura, anonadados con sus palabras—. Y ahora, si el señorito quiere, lo acompañaré a buscar ropa limpia, para que pueda seguir tocando la moral a los presentes. —Hizo una pausa para dar por finalizado su tono impertinente y, volviendo a ser la Helen ejemplar, apostilló—: Si es tan amable de seguirme, señor Baker.

El aludido achicó los ojos y miró a la fea.

Vale, por lo menos no era una tímida ratoncilla que se amilanaba a la primera voz.

—Joder, qué carácter —masculló avanzando hacia ella, mínimamente calmado, pese a que para lograrlo plenamente necesitaría mucho más que un sermón histérico-femenino; en el último instante, antes de salir por la puerta, se giró y le dijo al dueño de la productora—: Espero que su servicio de lavandería se encargue de dejar mi camisa y mis pantalones en perfecto estado. —Y, por último, se dirigió a su representante—: Asegúrate de ello. —Esto último lo dijo en tono imperativo, como si le fuera la vida en ello en caso de no cumplirlo, pese a que le importaba una mierda la ropa; simplemente debía mantener una imagen de estrella exigente.

Ewan arqueó una ceja; más tarde tendría una conversación con ese estúpido.

Patrick siguió a la chica *difícil de mirar* preguntándose cuál sería su talento oculto para haber logrado un puesto de secretaria en una productora que, si bien no era de las más importantes, tenía un nombre y una fama de respetabilidad dentro del mundillo.

Por no mencionar el comportamiento despertado en Ewan, tan cercano al caballero de brillante armadura.

—Por aquí —indicó ella empujando unas puertas dobles.

Patrick se mantuvo en silencio; sus procesos mentales iban más despacio de lo que se espera de un hombre de su edad a media mañana, pero eso tenía una causa bien definida llamada «alcohol».

Cuando una mujer así obtiene un puesto como ese inmediatamente utilizas la técnica de piensa mal y acertarás y, claro, puede que sus neuronas no tuvieran ciento por ciento de cobertura en ese instante, pero sí la suficiente como para pensar que, una de dos: o era la pariente lista pero fea a la que hay que colocar sin importar nada más o la *torpe* hacía horas extra en el despacho de su jefe, de rodillas, dejándole contento, o al menos lo suficiente como para que la mantuviera en su puesto.

Desde luego esos trabajitos suplementarios no se los remuneraban en dinero, porque por lo visto no le alcanzaba para poder comprar ropa decente.

Caminó tras ella, mientras continuaba su evaluación, a pesar de no tener todos los datos para ello. Sí, en efecto estaba siguiendo un buen trasero; pero horriblemente cubierto con un no menos horripilante pantalón que ni una jubilada osaría ponerse para arreglar el jardín trasero o para ir al bingo un domingo por la tarde.

«Muévelo un poco, ese culo, joder, que para algo lo tienes. Alégrame el día», pensó.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó ella deteniéndose estupefacta ante la osadía que

por desgracia acababa de oír.

—Yo no hablo con usted. —Intentó jugar al despiste, ya que por lo visto lo había dicho en voz alta.

«Mierda. Última vez que salgo de casa sin haber dormido ocho horas seguidas», se recordó.

Ella, con las manos en la cintura, en clara pose combativa, no era tan tonta como para tragarse esa estupidez; había oído perfectamente sus palabras.

—¿Podemos ir de una puta vez a por ropa limpia?

Helen achicó los ojos.

—¿Sabe qué? A lo mejor doy un buen rodeo antes de llegar al vestuario —lo amenazó solo por tocarle un poco la moral: ya estaba bien de su chulería.

Podía entender su disgusto por la inusual torpeza, pero de ahí a montar semejante numerito...

«Tiene un par de ovarios», pensó él sin apartar la vista de la mujer.

—Y yo puedo poner una demanda —rebatía cruzándose de brazos cual estrellita caprichosa dispuesta a que, cuando dijera: «Mierda», todos gritaran en respuesta: «¡presente!».

—Sígame —reuló ella retomando su actitud servil; bajo ningún concepto quería perjudicar a la empresa por su arrebato, muy justificado desde luego, ante las quejas de una estrella totalmente desaconsejable.

A pesar de todo, Helen no eligió el camino más corto entre dos puntos, es decir, la línea recta, y se preocupó de, para sorpresa de sus compañeros de trabajo, saludar a diestro y siniestro, de tal forma que lo que al principio era una camisa con un líquido caliente derramado ahora resultaba un trapo helado sobre míster intratable.

—Empezaba a pensar que cumplías tu amenaza —observó él cuando por fin llegaron a la estancia donde se guardaba el vestuario.

Helen encendió las luces; un montón de fluorescentes chisporrotearon a medida que se iban iluminando hasta dejar todo el espacio visible.

Aquello era, sencillamente, un caos.

Un montón de perchas, sin un criterio visible, colgaba de los percheros móviles y, al fondo, cajas y cajas, unas apiladas y otras abiertas de mala manera, llenas de ropa desordenada.

Patrick maldijo creativamente, no por aquel caos, sino por la jodida luz. Rápidamente se colocó sus gafas de sol y luego volvió a maldecir.

—¿Alguna preferencia? —preguntó ella en ese tono falsamente servil que empezaba a enervarlo, hecho del que ella ya se había percatado y que pensaba exagerar.

Él enarcó una ceja y, con tal de salir de allí en el menor tiempo posible, dijo:

—Búscame algo sencillo y, ya de paso, mira a ver si aprovechas la ocasión y tú también te cambias de ropa. Ah, y procura que combine, yo no soy tan valiente como para salir de cualquier manera a la calle.

—Faltaría más —murmuró.

Ella también deseaba salir de allí cuanto antes y olvidarse de que en un tiempo adoró a ese tipo, soñó con él e imaginó que lo conocía.

Definitivamente nadie debería conocer a su ídolo, pues siempre es mejor seguir creyendo que este es perfecto.

No hacía falta más que remitirse a las pruebas.

—Necesito también ropa interior —exigió el quejica número uno del universo.

Ella, de espaldas a él, le hizo burla repitiendo entre dientes sus palabras al tiempo que movía perchas hasta encontrar una camisa de su talla lo más parecida posible a la que tenía empapada para no darle ni un solo motivo de queja.

—Pruébese esta. —Le tendió una azul marino de seda.

Patrick la agarró de malos modos y la miró con detenimiento; pese a que le importaba un pimiento si era de un diseñador famoso o no, pues hacía mucho que no prestaba atención a tales nimiedades, tenía que mantenerse en su papel.

—Yo no me pongo cualquier cosa. —Le tiró la camisa a la cara y empezó a desabrocharse la suya, ya que acabaría con un resfriado si permanecía más tiempo con la ropa empapada—. Supongo que podréis pagar ropa de marca, ¿verdad?

—¿Como la que lleva puesta? —contraatacó ella señalando el logotipo bordado de la camisa negra, de unos conocidos grandes almacenes de precios asequibles a todos los bolsillos.

Él refunfuñó y comenzó a desabotonársela.

Helen empezó a perdonarlo al mismo tiempo que iba vislumbrando su pecho desnudo.

—¿Qué ocurre? —preguntó él frunciendo el ceño ante la cara de tonta de ella.

—Nada —respondió en voz baja, efectivamente como una tonta.

Él sospechó de inmediato y tardó más de lo necesario en establecer la conexión.

—¡Joder! ¡No me digas que me has dejado marcas!

Helen negó con la cabeza.

—No.

—Eso espero —masculló desabrochándose el cinturón para continuar con el botón de los pantalones, que también habían pagado las consecuencias de la fea torpe—. ¿Viene o no viene esa ropa interior?

Ella tragó saliva; iba a desnudarse delante de sus narices y ella no podía hacer nada por evitarlo ni tenía un móvil a mano para sacar fotos.

Vaya dilema.

Helen desconocía si tenían ropa interior almacenada allí, pero no podía seguir babeando o almacenando imágenes lujuriosas en su memoria, según se mirase, porque la prima donna iba a quejarse de un momento a otro si no encontraba lo que él precisaba.

—¿Hay o no unos putos calzoncillos disponibles? —protestó, como era de esperar, la estrellita decadente una vez más.

Ella rebuscó rápidamente en las cajas donde él no alcanzaba a verla, rezando en silencio para dar con ellos.

Ahora bien, ¿de verdad quería dar con ellos?

Y, en el caso de hacerlo, cuando se los acercara, ¿estaría ya desnudo?

Hubo suerte y en una de las taquillas aparecieron varios paquetes de esos que venden en los supermercados al por mayor y sacó unos al azar.

—¿Está visible? —preguntó por si acaso antes de darse la vuelta.

Él, que había enseñado el culo en público y en privado y que, por tanto, a esas alturas le daba igual, decidió ver si a *la difícil de mirar* se le empañaban las gafas.

—Rapidito, que no tengo todo el día —gritó para que ella se acercara sin temor.

Helen, confiada, se dio la vuelta con los calzoncillos en la mano y estos cayeron al suelo.

Qué pena haber dejado el móvil en su mesa...

—Helen, debo hablar con John, rapidito, *porfa...*

La secretaria apartó la vista de su monitor con más parsimonia de la necesaria, pues cada vez que oía la voz chillona de Maggie se le crispaban los nervios ante tanta estupidez concentrada, pero en su sueldo se contemplaba esa eventualidad.

«Un “*por favor*”, no estaría de más», pensó mientras se giraba en la silla y contemplaba a la rubia protagonista de «Platos rotos».

—Está ocupado; en cuanto acabe, te aviso —respondió, y de nuevo se concentró en su tarea. Tenía orden de que, a no ser que se tratara de un caso extremo, nadie lo molestara con bobadas. Aunque explicarle a Maggie la diferencia entre urgencia y tontería significaba media hora de infructuosa charla.

—Oye, me parece que hoy no te has lavado bien las orejas —atacó Maggie en plan diva mirándola como si fuera un arbusto un poco mustio por falta de riego.

Lo cierto era que esa mañana Helen se había *esmerado* con la ropa y había elegido un vestido vaquero acampanado lavado a la piedra que seguramente a mediados de los noventa dejó de estar de moda; se lo había comprado en la sección de oportunidades a un precio ridículo.

Maggie chasqueó los dedos, al más puro estilo impertinente, para que sus demandas fueran atendidas en el menor tiempo posible para evitar que se enfurruñase.

Helen empezaba a habituarse a ese hecho, pues por esa productora rondaban muchos egos sueltos, encabezados por quien tenía delante, exigiendo, que no solicitando, educadamente.

—Mira, guapa. Tengo que hablar con él. ¿Entendido?

Solo le faltaba el chicle de fresa para dar la imagen de consentida perfecta.

Ella, sonriendo, contó hasta diez para no responderle de forma contundente.

—En seguida lo aviso...

Para no seguir discutiendo, ya que Maggie jamás iba a ceder, levantó el auricular, pulsó una extensión inexistente y fingió hablar con su jefe para así quitársela de encima y no provocarle un cabreo a la rubia intransigente.

—Ahora mismo te atiende.

Maggie frunció —lo justo, no fuera a ser que el bótox perdiera efecto— los labios y se sentó frente a la secretaria a la espera de molestar al dueño con alguna más que segura nimiedad, pero, claro, Helen no podía mandarla directamente a tomar viento.

—Por cierto, ¿sabes si Patrick va a venir hoy por aquí? —preguntó emocionada—. Tengo unas ganas locas de empezar a trabajar con él. ¿Te das cuenta de lo que supone?

Helen puso cara de circunstancias; ella, debido a su torpeza, estaba en la lista

negra del actor, solo faltaba una orden de alejamiento. Menos mal que él terminó estampando su firma en el contrato y así todos pudieron respirar tranquilos, aunque en la productora ya nadie se atrevía a tomar café cerca de ella.

Las bromas habían durado más de una semana, puesto que pensar en la discreción del actor había sido una estupidez: él se lo había pasado en grande gritándolo a los cuatro vientos para que nadie dudara de que Helen, la secretaria fea, era, además de lo dicho, una torpe.

—¡Tú qué vas a saber! —se respondió a sí misma considerándola poco menos que un mueble de oficina—. Por cierto, espero que no te acerques por el set de rodaje, para que él no se sienta violento al verte.

Helen resopló y dejó que continuara con su diálogo de *superstar*. ¿Para qué interrumpirla y explicarle las cosas si ella no iba a entenderlas ni con un dibujo de niño de primaria?

—No veo el momento de conocerlo. —Se ahuecó la melena rubia como si estuviera delante de todo un auditorio—. Puede que sea un chico malo, pero está buenísimo. ¿Has visto sus últimas fotos?

La que no tenía ni idea de estas cosas puso los ojos en blanco. Podía corroborar lo de que estaba buenísimo porque ella había sido testigo privilegiada de su cuerpo sin una sola prenda de ropa encima; sin embargo, prefería guardarse esa información, no convenía quedar por encima de la *superstar*.

—Tengo que hablar con Ryan y que me escriba rápido alguna escena muy *hot* con él; vamos a ser la pareja televisiva de la temporada —canturreó entusiasmada.

Helen solo puso los ojos en blanco, porque con esa mujer delante, que parecía vivir en la calle de la gominola, no podía reírse abiertamente de su imaginación. Parecía el cuento de la lechera, ni siquiera habían empezado y Maggie ya alucinaba sola y sin ayuda. De acuerdo, podía comprenderla, en apariencia Patrick era un imán, ella bien lo sabía; no obstante, una vez que lo conocías, la libido se quedaba a la altura del betún.

Claro que hay quien dice que para un paseo cualquier bicicleta vale, pero ¿cómo aguantar su desmesurado ego antes, durante y después?

Definitivamente, conocer a un tipo al que se ha idolatrado en la distancia nunca es bueno: se caen todas las ilusiones y te sientes rematadamente estúpida al pensar en la cantidad de horas perdidas soñando con él.

—Tú no puedes entenderlo, porque nadie se fija en las secretarias —remató su monólogo con ese tonito de menosprecio.

Sin embargo, *la que no podía entenderlo* se encogió de hombros y, mientras aguantaba la chapa, se limpió las gafas.

—Pediré a vestuario un impresionante y escotado camisón negro...

Sacó punta a todos los lapiceros de su escritorio con parsimonia, porque el discursito iba para largo.

—Miraré directamente a cámara y sonreiré antes de que me bese...

Abrió la grapadora y relleno el cargador.

—Llevaré el pelo recogido para que él me lo suelte y yo pueda mover la melena...

«Lo que hay que oír por tener oídos», pensó Helen en presencia de esa Paris Hilton de pacotilla mientras recogía con las manos las virutas de los lápices y se giraba para tirarlas en la papelera.

En ese momento, gracias a Dios, se abrió la puerta del despacho y salió John, con cara de pocos amigos; cuando vio a su actriz principal miró a Helen con gesto interrogativo, esperando que esta le hiciera un rápido y preciso resumen para no tener que perder el tiempo con Maggie y sus bobadas.

—¡Hola, jefe! —exclamó la *superstar* sonriente nada más verlo, adelantándose a Helen.

—Espero que sea rápido, Maggie. He quedado para comer con mi esposa y no quiero llegar tarde —adujo John anhelando que la rubia entendiera el mensaje. Se dirigió a su secretaria—: ¿Algún recado urgente? —preguntó y así le daba tiempo a la actriz para que pensara.

—No, ya me he ocupado de reorganizar sus compromisos para mañana.

—¡Qué eficiente! —se burló Maggie—. En fin —suspiró sobreactuando—, quería hablar contigo para que me confirmaras cuándo se incorpora Patrick Baker al rodaje. ¡Me muero por actuar con él!

—De momento tenemos que esperar a que se escriban los guiones. —Le dio unas palmaditas a la mujer para que se quedara tranquila y no diera más la tabarra con sus tontas preguntas—. Hale, ve a probarte el nuevo vestuario, que me han comentado que ya está aquí.

Eso pareció despistarla y, con un besito al aire, los dejó a solas, para tranquilidad de John y alivio de Helen.

—No ha llegado nada —comentó ella, que controlaba todos esos menesteres.

—Ya lo sé —sonrió cómplice—, de lo contrario usted me hubiera puesto al corriente. Solo quería quitármela de encima. Y ya sabe que las indirectas no son su fuerte.

Helen sonrió porque entendió perfectamente la estratagema de su jefe. Poco podía objetar, pues ella hacía prácticamente lo mismo cuando Maggie, con sus aires de grandeza, aburría al personal, impidiéndoles trabajar con normalidad.

John se dispuso a marcharse y en el último momento se giró para preguntarle una última cosa:

—Antes de que se me olvide. ¿Baker ya firmó el contrato?

Helen agradeció en silencio que no mencionase el incidente, tan bochornoso, del que ella fue protagonista, no como otros que se descojonaban a su costa. Y eso que solo tenían conocimiento de la versión para todos los públicos; si alguna vez llegaban a enterarse de la versión para mayores de dieciocho, se iba a armar una buena.

—Sí —respondió—, esta mañana a primera hora. Así que ya está todo en marcha.

—Ahora solo falta que no tenga que arrepentirme de tomar una decisión así. Bueno, ya no tiene sentido dar más vueltas al asunto. Buenas tardes, Helen. Y que no se le ocurra hacer horas extra —la advirtió antes de marcharse.

Negó con la cabeza, para que su jefe se quedara tranquilo. Además, si decidía alargar la jornada laboral hasta tarde, él no iba a enterarse.

Terminó sus cosas y se fue en busca de Ryan, con quien había quedado para ir a cenar, ya que por una de esas casualidades de la vida él no tenía ninguna cita, según sus propias palabras porque de vez en cuando tocaba descansar para recargar pilas.

Ella sospechaba que más bien estaba intentando dar esquinazo a su último ligue, que no debía de estar informado del concepto «rollo de una noche» e insistía en volverlo a ver; como eso chocaba de pleno con su teoría de la alternancia, necesitaba pasar la noche con una mujer.

Y ella era la elegida.

Pasó primero por el aseo y sintió un pequeño escalofrío al ver su cara lavada e hidratada, pero sin maquillaje, su pelo echado hacia atrás y sus gafas de pasta. Por no mencionar el modelito vaquero.

—Déjate de frivolidades —se dijo a sí misma dándose la vuelta para salir de allí.

Encontró a Ryan charlando y coqueteando con una becaria y esperó a que finalizara su tanteo —sin duda, tras la noche de descanso retomaría sus actividades —, hasta que él la vio y, tras besar a la chica en la mejilla, se acercó hasta ella.

—Vamos, que a partir de este momento solo voy a tener ojos para ti —le comentó a modo de saludo con su sonrisa irresistible—, aunque acabe con dolor de cabeza... —Dio un paso atrás para horrorizarse convenientemente—. Hoy te has superado a ti misma. Anda, vamos, compraré comida y cenaremos en mi casa, no quiero tener que defender tu honor si se nos ocurre ir a un restaurante.

Helen hizo oídos sordos a sus comentarios; por mucho que le diera la lata, día sí y día también, no daría marcha atrás de ninguna de las maneras. Ahora trabajaba para un hombre al que respetaba, con el que jamás tendría pensamientos remotamente sexuales y, además, con la suerte añadida de que este valoraba su dedicación, pasando por alto su aspecto físico.

No podía pedir más.

Y si deseaba que su nuevo y de momento factible proyecto vital siguiera hacia delante, solo debía mantener sus principios fundamentales y no pisar el área creativa de la empresa, por donde circulaban actrices y cierto actor con tendencias exhibicionistas.

Solo de recordarlo sufría un recalentamiento interno que ni Willy con pilas nuevas podría aplacar.

—¿Estás bien? —preguntó Ryan mirándola extrañado—. ¿Tienes fiebre? —Le puso la mano en la frente para comprobar su temperatura corporal.

Helen negó con la cabeza.

—Estoy bien —murmuró; menos mal que su mano estaba en la frente y no en otra

parte de su anatomía donde el calentón resultaba evidente e incuestionable.

—Pues no lo parece —añadió Ryan.

Abandonaron las instalaciones de la productora y se encaminaron hacia la moto de él; allí, antes de entregarle el casco, él hizo amago de bromear.

—Ahórrate el chiste de lo bien que me queda el casco y la suerte que tengo de que así nadie puede reconocirme. Me lo sueltas todos los días —se adelantó ella colocándoselo correctamente y esperando a que él hiciera lo mismo y pudieran emprender el regreso a casa.

Él sonrió como un tonto, aunque no dijo nada.

Una vez en el apartamento, él se encargó de llamar a un restaurante de confianza cercano y pidió cena para dos. Por supuesto, ni se le ocurrió consultarle: si tenía un pésimo gusto vistiendo, con los vinos la cosa podía ser mucho peor.

Cuando la mesa estuvo lista, se sentaron y él sirvió los platos y le dio cuartelillo hasta el postre antes de preguntar o, más bien, interrogar.

—Ahora, querida, vas a ser buena y le vas a contar al tito Ryan la verdad sobre tu excursión al vestuario con Patrick Baker. Y no me vengas con pamplinas, ¿lo viste o no sin ropa?

Helen resopló.

—Pues sí, lo pude contemplar a placer completamente desnudo —respondió burlona a ver si con la pura verdad conseguía despistarlo.

—Mmmmm, ¿le estás mintiendo al tito Ryan?

Ella puso los ojos en blanco, se levantó de la mesa y empezó a recoger todos los platos y demás para ponerlos en el lavavajillas.

Él, que no podía dejar el asunto, la siguió.

—¿Tiene algún tatuaje? ¿Marca? —insistió.

Ella negó con la cabeza.

—No. —Hecho que a ella también la sorprendió, pues normalmente los famosos se empeñaban en utilizar su piel como agenda y dejar allí constancia de los acontecimientos vitales.

Ryan entrecerró los ojos.

—No me jodas... ¡serás guarra!

—Oye, contrólate.

—Entonces es cierto... ¡Me muero de envidia! —exclamó exagerando al máximo—. ¡Qué calladito te lo tenías...! En fin, supongo que tendré que recurrir al plan B para poder verlo yo también.

—¿El plan B?

—Escribiré una escena... sí, una de esas de cama en las que acaban cubiertos solo con una sábana. Así tendrá que quedarse desnudo de cintura para arriba y podré contemplarlo a placer.

—Si no recuerdo mal, hace tiempo circulaba un vídeo suyo bastante subidito de tono.

—Bah, me lo pasaron. La grabación era de pésima calidad. Yo lo quiero al natural.

—Pues mira por dónde Maggie te lo va a agradecer eternamente.

Primer día de rodaje.

Por fin, tras innumerables quebraderos de cabeza para adaptar el guion a las nuevas necesidades, este estaba listo y Ralph, el personaje interpretado por Patrick, hacía su primera aparición.

No había resultado sencillo, pues ya tenían establecidos los temas y las pautas de la trama de acuerdo con la idea inicial; sin embargo, trabajaron contrarreloj para poder insertar las modificaciones precisas y que aquello echara a andar en las fechas previstas.

Por supuesto, la flamante nueva incorporación había levantado muchas expectativas entre las seguidoras de «Platos rotos», lo cual, si bien no suponía un éxito seguro, al menos sí auguraba un buen arranque de la segunda temporada, que, dependiendo de la aceptación, incluiría los cambios que fueran oportunos.

Se las habían arreglado para que él regresara a la vida de la protagonista, Angélica, tras haberla abandonado por otra. Ahora aparecía de nuevo en su horizonte dispuesto a reconquistarla; eso sí, le iba a costar lo suyo, pues ella no estaba dispuesta a perdonarlo sin más.

La idea era que él se esforzara con todo tipo de demostraciones de amor para convencerla de tal forma que la serie pudiera explotar todo el catálogo de tópicos situaciones, dirigidas al mayoritario público femenino. Cenas románticas, pruebas de amor eterno, declaraciones plagadas de palabras tiernas, momentos de arrepentimiento, encuentros íntimos...

Todo ello, faltaría más, en los ambientes precisos, a saber: restaurantes de lujo, mansiones de revista, playas paradisíacas... cualquier escenario con glamur y que, con ayuda de los efectos especiales, se pudiera recrear para satisfacer al público.

Todos esperaban, cruzaban los dedos más bien, no solo que el fichaje estrella apareciera puntual y con el guion aprendido, sino que, paradojas de la vida, preferían que no se metiera demasiado en el papel de alcohólico dispuesto a rehabilitarse para reconquistar a la chica.

Puede que experimentar en primera persona la vida y milagros de su personaje fuera, para otros actores, un buen método para actuar; sin embargo, en el caso de Patrick no era en absoluto necesario, pues tenía experiencia para dar y tomar.

Todos andaban revueltos, nerviosos, expectantes... incluso se habían hecho apuestas, pues no era ningún secreto que la nueva incorporación causaba problemas allá por donde iba, de ahí que nadie fuera tan tonto como para arriesgarse y contratarlo; solo, y a saber por qué, John Mills le había ofrecido firmar un contrato.

—¿No vas al set de rodaje? —preguntó Ryan acercándose a su amiga.

La había visto a primera hora, cuando salieron juntos de casa, pero no terminaba

de asimilar el indescriptible conjunto de chaqueta a cuadros azul y verde, con la falda a juego, y blusa celeste.

—No —le respondió sin dejar de teclear.

Él, divertido, se sentó en una esquina de la mesa y decidió pincharla un poco. Se había tomado un descanso y nada mejor para relajarse que pasar un rato con la Fea, tal como todos la apodaban ya en la productora.

A él le molestaba que los compañeros la llamaran así de forma despectiva, ya que él, que la conocía perfectamente, podía atribuirle ese adjetivo solo en plan de broma, pero el resto se fiaba únicamente de sus pintas.

Cierto que el mote pecaba de falta de originalidad; sin embargo, cumplía a la perfección su cometido y la definía divinamente.

Además, si deseaba contradecirles, solo precisaba un espejo en casa y la voluntad de volver a elegir su ropa con gusto, pasar por la peluquería y mandar esas horribles e innecesarias gafas a paseo.

—¿No te pica la curiosidad? —insistió en tono chinche para hacer que saltase y lo acompañara.

Ella, que lo veía venir, optó por ignorarlo, confiando en que se aburriera y la dejara tranquila.

—No. —Se levantó para archivar unos documentos y regresó rápidamente a su puesto para seguir a lo suyo.

Pero a obstinado no lo ganaba nadie, así que volvió a la carga.

—Helen, sé buena y ven conmigo. Si quieres, puedes ocuparte tú del café.

Ella, aburrida de sus tonterías, se giró en la silla y lo miró de forma asesina.

—Mi trabajo consiste en llevar los temas administrativos, así que olvídate —contestó resuelta; ya estaba hasta la coronilla de aguantar las bromitas de todo el mundo, en especial de Ryan, al que consideraba su amigo.

—Venga... va... —repitió zalamero.

—Pero, vamos a ver, ¿qué pinto yo allí? —le preguntó mirando al techo pidiendo paciencia. Ni loca se pasaría por el set de rodaje. A ser posible, evitaría en la medida de lo posible a cierto actor con tendencias nudistas.

Ryan, cansado de tanta estupidez, la agarró de un brazo y tiró de ella para levantarla de su cómoda silla ergonómica.

—O dejas de esconderte o le cuento a todo el mundo tu secreto adolescente.

Helen bufó; sin embargo, no le quedaba más remedio que ceder. Le seguiría la corriente y, al menor descuido, se escabulliría y se parapetaría de nuevo a salvo tras su mesa.

¿Por qué Ryan no entendía de una maldita vez que prefería mil veces pasar desapercibida?

—¿Señorita Fisher? —Los interrumpió una voz suave, seductora y conocida—. No sé si es buen momento, pero me gustaría comentar algunos asuntos con John, ¿está en su despacho?

Helen sonrió a Ewan. Una podía recrearse la vista mirando a ese hombre, esa mañana, como siempre, deslumbrante con su traje azul marino y una sonrisa de zorro a punto de entrar en el gallinero... que ponía los pelos de punta y otras partes de su cuerpo en ebullición.

A Ryan no le pasó desapercibida esa sutil reacción y sonrió para sus adentros. «Vaya vaya con la reprimida de nuevo cuño, resulta que sigue excitándose con los hombres trajeados», pensó.

—Por supuesto —respondió ella solícita levantando el teléfono para comunicarse con su jefe. Tras intercambiar unas palabras, añadió—: Pase, le está esperando.

—Debo decir que con el señor Farley no me importaría alterar mi norma —murmuró con aire picarón para ver su reacción.

Como era de esperar, fingió indiferencia, pero nunca había sido buena actriz.

—Todo tuyo.

Ryan negó con la cabeza.

—Me parece que este no es de los que juegan en mi liga, así que mejor será que eches el anzuelo a ver si esta noche te desmelenas un poco.

—¡No digas bobadas! —exclamó molesta por mencionar en voz alta sus propios pensamientos.

Él, cansado de ese juego de descaradas mentiras, se acercó hasta ella, se colocó detrás, la abrazó poniendo las manos en su cintura y, adoptando una postura de lo más íntima, susurró en su oído:

—No me lo niegues, Helen, no puedes resistirte a los tipos como él. Seguros de sí mismos, educados, de éxito. Ves una corbata y te pones cardíaca, te excita...

Ella resopló intentando librarse de ese metomentodo cotilla; sin embargo, él no estaba por la labor de dejar el dichoso temita ahí.

Con voz seductora, continuó su calvario.

—Podrías provocarlo un poco... —Para asombro y estupefacción de ella, las manos empezaron a subir por su cuerpo, pasaron de largo su pecho y se detuvieron en el botón superior de su blusa, que sin miramientos desabrochó— a todos los hombres como él, acostumbrados a obtener lo que desean, las secretarias con pinta de necesitadas como tú les ponen cachondos...

—¡Ryan! —gimió poniéndose más colorada que un tomate maduro.

Este, en vez de detenerse ahí, prosiguió con su malévolo plan.

—Ahora, cuando salga de hablar con John, le esperarás sentadita en tu puesto, pero no te limitarás a ser cortés... —Desabrochó otro botón de tal forma que con total descarado mostraba su sujetador negro a quien quisiera mirar.

—Te estás pasando tres pueblos —protestó ella intentando volver a taparse.

Él, aprovechando su desconcierto y el estropicio de su pelo corto, acercó los labios a su oreja y empezó a mordisqueársela sin ningún tipo de reparo.

—Lo mirarás por encima de tus horrendas gafas y aguardarás a que él se dé cuenta de tu estado... No tendrás que hacer nada más, los hombres como Ewan no

titubean. —Acompañó sus palabras de lametones en la oreja al tiempo que con las manos acariciaba por encima de la tela sus cada vez más duros pezones.

Ella gimió de nuevo, completamente frustrada y cabreada por lo que oía. Su amigo la estaba calentando y él ni siquiera reaccionaba, pues al tenerlo pegado a la espalda podía saber a ciencia cierta su grado de excitación.

—¿Quieres que piense que soy una cualquiera que se lía con el primero que pilla? —preguntó gruñona.

Ya vería más tarde la forma de devolverle a esa ladilla el golpe.

—¿Y a ti qué más te da? No seas boba y, sobre todo, antigua. Lo que crea o no carece de importancia. Solo debe preocuparte el número de condones que llevas en el bolso y dónde os lo podéis montar.

En ese instante se abrió la puerta y Ryan, listo y hábil, se separó de ella como si nada y sonrió a Ewan, quien arqueó una ceja al ver el estado de Helen.

Muy diferente al que lucía cuando había llegado.

—Luego seguimos hablando y me cuentas. —Fue la traicionera despedida de Ryan, que la dejó sola ante el peligro e irremediadamente acalorada.

Helen ahogó una contundente respuesta y sonrió a modo de disculpa ante el representante. Ni loca iba a hacer lo que ese insensato sugería.

—¿Va todo bien? —preguntó Ewan, que había permanecido en silencio, analizando el lenguaje corporal de esos dos.

—Sí, muchas gracias —respondió un poco más, que no mucho, serena mientras se disponía a sentarse en su silla. Hubiera querido abotonarse la blusa de nuevo hasta arriba, pero hacerlo significaba dar demasiada información.

—¿Segura? —insistió él.

Ella asintió fervorosamente.

Y a Ewan, que rara vez se le escapaba un detalle, le picó de inmediato la curiosidad respecto a esa mujer.

Puede que el traje de chaqueta y falda desfasado ahora lo llamasen *vintage* y así diseñadores sin inspiración tuvieran una colección nueva todos los años sin esforzarse; sin embargo, como con todo en esta vida, había que saber leer entre líneas, o fijarse en lo no evidente.

Helen, ahora mostrando un buen escote, parecía otra. Al menos quedaba descartada la posibilidad de que fuera un androide, pues su disfraz de respetabilidad no podía ocultar un buen cuerpo, proporcionado; como hombre que no se quedaba en la superficie y que ya había pasado la etapa de culos y tetas a gogó, se planteó una pregunta instantáneamente: «¿Qué esconde esa extraña combinación textil?».

Desde luego podía llevarse un chasco y que la mujer en cuestión fuera insoportable, más estrecha que el coño de una Barbie y que bajo ese cuestionable aspecto encontrara otro mucho peor. Pero dudaba de ello, pues si algo había sacado en claro era que Helen era al menos inteligente y eso ya suponía un gran avance.

Además, hacía apenas una hora que había conocido a una mujer

impresionantemente guapa e igualmente impresionantemente gilipollas. Casi sentía pena por lo que le iba a tocar aguantar a Patrick día a día en su trabajo.

No, para él hacía tiempo que las pechugonas, las adictas al colágeno y a provocar dolor de cabeza con su insustancial conversación, quedaban relegadas al capítulo de último recurso de su agenda.

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó amablemente a la chica con la idea de establecer una conversación ajena a temas laborales y tantear un poco el terreno, pues dudaba que ella y ese guionista fueran más que amigos.

Helen inspiró, más nerviosa que al principio, pues había sido ciento por ciento consciente del repaso visual de Ewan.

No podía permitir que se hiciera una idea equivocada, ella no era, como ese tonto de Ryan sugería, una mujer que aprovechaba su puesto de trabajo para ligar.

De acuerdo, negar que se sentía atraída por él suponía negar la evidencia, pero, si quería dejar atrás los malos hábitos, no debía dejarse llevar por ellos ante la primera tentación.

—Muy amable, pero me es imposible ausentarme ahora de mi puesto.

Ewan, que no se sintió decepcionado con esa respuesta, ya que se la esperaba, dio un paso más y sin demasiadas ceremonias llamó con los nudillos al despacho de Mills; este gritó «¡Adelante!» y él empujó la puerta.

—¿Necesita a su secretaria durante la próxima media hora? —inquirió al propietario pasando por alto el ruidito femenino de protesta que oyó a sus espaldas.

—Mmmm, no. ¿Por qué?

—La veo un poco acalorada y quiero llevármela a la cafetería.

—Ah, muy bien —respondió para agrado de él y suplicio de ella.

—Gracias —dijo Ewan cerrando la puerta. A continuación se giró para ver la reacción de Helen, que por lo visto no estaba por la labor—. Tienes vía libre.

Ella, sabiendo que negarse resultaría contraproducente y, por tanto, incentivaría la decisión de Ewan, se levantó y pidió permiso para ir un instante al aseo y poder así volver a ser una respetable secretaria poco dispuesta a convertirse en la fantasía de ejecutivos trajeados, por mucho que estos la invitasen a tomar un café.

—Por supuesto —accedió él sin perder la sonrisa. Sin embargo, en el último momento decidió abandonar su cortesía profesional—: Te agradecería que no abrocharas esos botones —añadió dejándola boquiabierta.

—¿Te estás tirando a la secretaria? —preguntó Patrick atragantándose con la comida, ya que reírse, sorprenderse, poner cara de asco y comer al mismo tiempo causaba ese efecto.

Alargó la mano para poder coger su bebida y dar un buen trago.

Ewan, con total parsimonia, dio un sorbo a su copa de vino mientras se recordaba que eran amigos desde hacía mucho tiempo y que seguramente la vuelta al trabajo le había sentado fatal tras más de dos años tocándose las pelotas entre juerga y juerga.

Por no mencionar a la inaguantable compañera de rodaje a la que ni el tipo más necesitado se acercaría.

Su legión de fans la mandarían a paseo si la conocieran fuera de sus calculadas apariciones, pero había que reconocerle al menos ese mérito: la mujer se esforzaba en parecer encantadora delante del público; ahora que, en privado...

Así que le dejaría desfogar su mala leche y soportaría sus bromas; tarde o temprano se cansaría de tocarle los cojones con ese tema.

—Si te lo pregunto no es para que me cuentes los detalles más morbosos —de nuevo compuso esa expresión de horror—, no, demonios, que se me revuelve el estómago —prosiguió el actor en tono de guasa—; simplemente es, ya sabes, por solidaridad masculina y esas chorradas. —Terminó riéndose a carcajada limpia.

Ewan, haciendo oídos sordos a sus comentarios jocosos, continuó comiendo en silencio a la espera de que se le pasara el momento «El club de la comedia» para poder mantener una conversación mínimamente decente que excluyera a Helen de la misma. Ni loco iba a comentar con él sus pensamientos, pues sin duda tendría munición para hacer chistes durante mucho tiempo.

—Es que no se habla de otra cosa —continuó Patrick sin importarle para nada que sus comentarios pudieran resultar ofensivos—; cuando el otro día lo oí en los pasillos... pensé que de nuevo estaba borracho, joder, la Fea y tú. —Lo señaló con el tenedor—. Sabía que eras tan perverso como yo, pero lo cierto es que me superas. —Ese último comentario lo impregnó de un tono casi dolido; eso de quedar el segundo en la competición de perversos no le gustaba.

—No sufras, a ti, a vicioso y retorcido, no te gana nadie —rezongó Ewan manteniendo la calma.

Es lo que suele suceder cuando entre dos personas existe tan alto grado de confianza.

—No sé yo... —se burló tentado de beberse toda la botella de vino, y a morro, ya que tras el paréntesis de la comida debía volver al estudio y cada vez se le hacía más cuesta arriba eso de seguir un patrón de rodaje, por no mencionar a la morritos *star* de compañera que tenía, que le volvía loco, en el mal sentido de la palabra, por supuesto.

Entonces cayó en la cuenta de un hecho habitual en su representante, una hábil maniobra para evadir el verdadero tema de conversación, así que volvió a preguntar, dispuesto a llegar al fondo de la cuestión para poder dormir tranquilo o buscarle el teléfono de un buen psicólogo, o psicóloga, para que fuera más entretenido—: ¿Te has tirado o no a la Fea?

—¿Te interesa a ti? —preguntó Ewan a su vez, esquivando de nuevo la cuestión.

—Podría ser —mintió, porque solo de imaginarlo se estremecía.

—¿Y por qué no la compartimos? —lo tentó sin perder la calma, ya que no merecía la pena enervarse.

Cualquiera que los escuchara los mandaría directamente al infierno por hablar así de una mujer.

—Hace mucho que no hacemos algo así, la verdad —convino Patrick rememorando viejos tiempos mientras sonreía al recordarlos—. ¿Qué nos ha pasado, Ewan? ¿Por qué? ¿Cómo hemos llegado a este punto muerto? Dime, por remota que sea, que existe una posibilidad de arreglar lo nuestro —recitó en tono bromista, imitando a esas parejas que después de un tiempo ya no saben por qué siguen juntas o por qué se separaron.

—La edad, supongo —adujo esbozando media sonrisa por el tono de guasa empleado.

Como excusa era una mierda, pero no tenía ninguna otra a mano y seguía un poco la estela del cachondeo.

—Habla por ti, que a mí me quedan aún unos cuantos para los cuarenta y que la cosa vaya a menos —dijo rápidamente para evitar cualquier error. Aunque, si lo pensaba con detenimiento, con el ritmo de vida que había llevado... cumpliría los cuarenta bastante más estropeado que el resto de los mortales... pero no se arrepentía de nada.

Bueno, de casi nada, porque había cosas de las que ni se acordaba, pero eso no venía a cuento.

Ewan, a quien le faltaban dos primaveras para cumplirlos, dudaba de que a partir de los cuarenta las cosas fueran a menos, como afirmaba Patrick, que al tener treinta y seis lo veía mucho más lejos.

—Me cuesta creer que sea así —comentó Ewan dando por hecho que había vida «interesante» más allá de los cuarenta, y añadió con una sonrisa cómplice—: Pero, por si acaso, no perdamos el tiempo.

—Amén —convino el actor levantando su copa de agua con gas y volvió a la carga con el tema favorito del día—. Entonces, ¿invitamos a la Fea a una sesión *revival* especial con los dos o la quieres para ti solito? Te lo pregunto porque no me gustaría enemistarme contigo por una mujer. —Esto último lo dijo riéndose, ya que consideraba una remota posibilidad que acabaran enfadados por la secretaria.

Como hasta la fecha ninguna fémica se había interpuesto entre los dos, no iba a hacerlo precisamente ahora la menos indicada.

Ewan, sin embargo, no quiso continuar por esos derroteros y cambió a un tono más serio, pese a que se arriesgaba a ser el objeto de burla.

—Solo la invité a un café, la vi... —pensó bien qué adjetivo le iba a la situación, para definirla sin faltar a la verdad pero sin dar tampoco excesiva información— rara —eso servía para todo— y pensé que quizá necesita relajarse un poco.

—¿Y no te la llevaste al cuarto oscuro? Lo de «oscuro» lo digo no por el morbo, sino por ahorrarte un disgusto, ya sabes: ojos que no ven... —Patrick no cedía tan fácilmente y continuó con su tono de pitorreo, porque, para ser sinceros, era para descojonarse.

—Deja de meterte con la chica. No pasó nada, así que dejemos aquí el tema, por favor. —Llamó al camarero para que les trajera la cuenta y así poder acompañarlo de regreso al set de rodaje y, una vez que se asegurase de que lo dejaba donde debía estar, él se dedicaría a tantear a la secretaria, más que nada porque, si bien su interés inicial no pasaba de la curiosidad, a medida que pasaban los días esta aumentaba.

Quizá producto de los tocapelotas que pululaban a su alrededor y sus constantes pullas sobre su acercamiento, o simplemente porque se sentía a gusto junto a ella.

Por lo poco que Helen hablaba —Ewan evitaba referirse a ella como la Fea—, había sacado una más que evidente conclusión: ella, por algún motivo, se mostraba excesivamente cautelosa y evitaba mostrarse tal y como era. De todas formas, no le extrañaba que algún cabrón se la hubiera jugado en el pasado y ahora le resultara muy difícil volver a confiar.

Y si a eso se le sumaba un entorno laboral hostil, con la excepción de su jefe, pues la cosa no mejoraba. A su supuesto amigo, el guionista con el que se relacionaba, aún no tenía muy claro si meterlo en el grupo de los enemigos o no.

—No puedes vivir sin ella, ¿eh? —se guaseó sin piedad Patrick mientras se acercaban al coche de Ewan.

—Sí, me has pillado. —Fingió sentirse desolado cual enamorado rechazado y hasta se llevó una mano al corazón para dar más teatralidad a sus palabras.

Una vez de vuelta en las instalaciones de la productora, Patrick se fue al vestuario y él se encaminó hacia la zona administrativa, en busca de Helen, para ver si con un poco de suerte esta se mostraba algo más proclive a mantener una conversación.

No hubo suerte, pues ella no estaba en su mesa ni por los alrededores y, claro, si se le ocurría preguntar por Helen a cualquiera de sus compañeros, de nuevo tendrían tema de choteo para burlarse de ella y cuando le llegaran los chismorreos a Patrick este se descojonaría a su costa sin piedad.

Helen abrió la puerta de los aseos de señoras de la planta de oficinas y asomó la cabeza para ver si ya era seguro regresar a su escritorio.

Desde luego, parecía una chavalita de quince años escondiéndose de su madre para que no la pillara tras haberse pintado como una puerta, pero no podía evitarlo.

Llamarse estúpida una y mil veces no resolvía la situación; sin embargo, no quedaba más remedio que evitarlo, porque cuando lo vio aparcar el coche desde su puesto supo que tarde o temprano se pasaría por su mesa y no tenía ganas de mostrarse grosera o de tener que aceptar una invitación para que todos sus compañeros se burlasen después.

Empezando por ese traidor de Ryan... tenía que buscar algo realmente bueno para vengarse, por chinche y por idiota.

Por fortuna, no se topó con nadie de vuelta a su escritorio y retomó su trabajo; quería dejar acabados unos documentos y así adelantar quehaceres, pese a que John no lo necesitaba. No obstante, si tenía tiempo, ¿iba a perderlo cotilleando o pintándose las uñas?

Estaba tan concentrada en la pantalla de su ordenador que no se dio cuenta del tiempo que había pasado hasta que oyó una especie de grito, probablemente procedente de Maggie.

No andaba desencaminada, pues en seguida entró en su campo de visión.

—Hola, hola —canturreó y, por supuesto, miró de reojo su reflejo en el cristal para comprobar, innecesariamente, que su atuendo, peinado y demás eran espectaculares.

Helen puso los ojos en blanco ante tanta tontería reunida delante de su mesa. Pero, para colmo de males, no estaba sola: tras ella, con expresión de aburrimiento, se encontraba Patrick, mirándola como si quisiera asesinarla por estúpida.

Era un consuelo saber que a ella solo la ignoraba.

—Nos ha llamado John —indicó Maggie cantarina.

Helen ni se inmutó ante el resoplido del actor tras ella, que permanecía en silencio; saltaba a la vista que preferiría estar en otra parte y en otra compañía.

Patrick miró a la secretaria, quería saber el motivo por el que Ewan se había fijado en ella. Tenía que ser algo que no saltara a la vista, pues hoy se había superado a sí misma con ese vestido de color ¿marrón? o algo parecido. Con dos volantes en el cuello y sin forma alguna.

Helen, profesional ante todo, levantó al auricular y anunció a su jefe que los dos actores ya estaban allí y este indicó que pasaran.

Sin preámbulos y sin ceder el paso a una mujer, Patrick entró en el despacho del propietario sin molestarse a esperar a que lo siguieran o mantener la puerta abierta.

Helen también entró, aunque a diferencia de las dos estrellas se mantuvo de pie, al fondo del despacho, alejada de la cafetera y a la espera de que John hablara para entender el motivo por el cual la quería allí.

—Bien, os he reunido para comunicaros que este año, como todos los anteriores, hemos recibido las invitaciones para los premios de la televisión.

—¡Qué ilusión! —exclamó Maggie interrumpiendo a su jefe.

—Sí, querida —murmuró John en tono paternal—. Normalmente acudo, en representación de la productora, junto a mi esposa, pero este año me es imposible.

—¿Y quién va a sustituirte? —preguntó la petarda *star* con la esperanza de tener ella el boleto ganador.

—Así que he pensado en vosotros dos —señaló a los actores.

Y a Maggie casi se le salta un implante del bote que dio.

—¡Gracias, gracias, gracias! —se apresuró Maggie a gritar levantándose para abrazar a su compañero de reparto, que hábilmente la esquivó; no obstante, como tenía que manifestar su efusividad de alguna manera, corrió hacia John y este soportó los saltitos y demás tonterías hasta que se tranquilizó para empezar a hablar sin parar sobre cómo debería ir vestida, el peinado... aburriendo a los presentes.

—¿Es obligatorio? —preguntó Patrick intentando escaquearse. Miró de reojo a la candidata y casi le da un patatús; si aguantar por motivos de trabajo resultaba cada vez más cansino, y eso que para lograrlo recurría constantemente al asunto monetario, soportarla fuera de contrato iba a ser imposible.

No tenía reparos en acudir a una fiesta, pero siempre y cuando pudiera asistir sin llevar, en primer lugar, a una petarda colgada del brazo y, en segundo, a alguien llamativo, porque odiaba que se fijaran en él, y Maggie era un neón con flecha incorporada y eso suponía tener que comportarse medianamente bien. Es decir, saludar, conversar, sonreír y demás muestras de aptitudes sociales de las que él no hacía gasto desde hacía siglos.

—Digamos que recomendable —indicó John, afable pero autoritario, dando a entender que no admitiría negativas a sus sugerencias porque intuía que el actor no estaba muy por la labor, aunque tendría que claudicar.

—Oh, vamos, Patt, nos lo pasaremos genial... —apuntó la morritos *star* emocionada, acercándose a él para demostrar su inmensa alegría.

—Joder... —masculló el aludido apartándose—. Quita, bicho —dijo entre dientes.

Odiaba el diminutivo recalcitrantemente pijo que esa rubia le había puesto.

Y mira que la había advertido por lo menos cien veces en la última semana sobre lo contraproducente de llamarlo así.

Helen ahogó la risa como bien pudo; puede que Maggie fuera inaguantable, pero ahí había tenido su gracia. Solo por ver la expresión impagable de Patrick podía hasta llevarse mejor con ella.

—Tranquila, cielo —medió John aguantando también las ganas de reír—. Señor Baker, es importante que, debido a la expectación que ha creado su incorporación a «Platos rotos», aparezcan ambos en esa gala.

—Ella es la estrella —señaló a la rubia intentando quitarse de encima el marrón, cediéndole todo el protagonismo. Nada mejor que hinchar el ego de la gente para convencerla de algo.

—*Porfa...* Patt... —insistió Maggie sin darse cuenta de que así empeoraba las cosas, pero la pobre solo podía ocuparse de una cosa a la vez y la emoción la nublabla.

Helen se acordó de Patt el Cartero y, claro, sus risas, mal sofocadas, hicieron que

el aludido se diera la vuelta y la fulminara con la mirada.

—No se hable más —intervino John—. Helen, haz el favor de encargarte de todo lo necesario para que ambos acudan a la fiesta. Los gastos de transporte, vestuario y demás correrán a cargo de la productora.

—Muy bien, señor Mills —convino Helen todavía sonriendo.

—¿Tendremos limusina? —preguntó Maggie emocionada.

—Por supuesto —respondió John dándole unas palmaditas en el brazo—. Señor Baker, ¿alguna petición?

Patrick entrecerró los ojos, vaya encerrona...

Sin embargo, su perversa mente buscó la forma de dar una vuelta de tuerca a esa situación y, ya que no podía escaquearse, al menos se llevaría el consuelo de haberse salido con la suya.

Una tontería como otra cualquiera, pero siempre le vendría bien a su orgullo.

—Sí, desde luego, tengo una sola condición —anunció cruzándose de brazos tal y como había visto hacer a Ewan cuando negociaba en su nombre.

—Usted dirá.

—Asistiré, pero quiero que me acompañe ella —señaló a la Fea, dejándolos a todos boquiabiertos.

—¿Cómo?! —chilló Maggie con su voz de pito clavándose en los oídos de los presentes.

—¿Cómo?! —exclamó Helen parpadeando atónita ante lo que acababa de pedir ese insensato.

—Es la única condición que pongo —reiteró Patrick aguantando las ganas de cantar el *We are the champions*, ya que seguramente Mills, con buen criterio, lo mandaría a paseo y decidiría que Maggie fuera sola.

—John, eso es completamente... o sea... no puede ser... —titubeó la actriz evidenciando su falta de vocabulario.

—Es incomprensible y absurdo —apuntó Helen.

—Eso, eso, absurdo —se sumó Maggie.

John se pasó la mano por su perilla y después por su calva intentando combinar el ego de un actor famoso venido a menos, el de una actriz con relativa popularidad y el de una secretaria eficiente pero con dificultades para las apariciones en público.

Así que, como siempre en estos casos, había que elegir el mal menor.

La inclinación del actor por meterse en jaleos podría ser contrarrestada por la serenidad y el buen juicio de su secretaria, pues, si lo acompañaba Maggie, le daría esquinazo a la primera de cambio y a saber qué podía ocurrir. Helen, podía poner la mano en el fuego, se comportaría y, aunque terminara de los nervios, lograría mantenerlo en su sitio. Además, por alguna extraña razón, Patrick tenía fijación con ella, así que lo más probable era que se pasara la velada martirizándola en vez de hacer el ridículo.

Ya compensaría generosamente a la mujer por esa misión de riesgo. Y a la

actriz... bueno, ya buscaría un tratamiento nuevo de belleza para distraerla.

—De acuerdo, Helen te acompañará —claudicó finamente sabiendo que iba a necesitar de todos sus recursos para tranquilizar a dos féminas enfadadas y, a su edad, no estaba precisamente para histerismos femeninos, aunque, ciertamente, no le quedaba más remedio.

A saber por qué a Patrick se le había ocurrido tal temeridad, pues cabrear a dos mujeres al mismo tiempo tenía su mérito.

Maggie rompió a llorar.

Patrick estuvo a punto.

—¡Me muero de la envidiaaaaaa! —gritó Ryan mientras la seguía por su pequeño apartamento, desquiciándola con sus constantes alaridos—. ¡Me muero de la envidiaaaaaa! —repitió entusiasmado como si le hubiera tocado el premio gordo de la lotería.

Desde que habían salido del trabajo, él no había hecho otra cosa que atosigarla, con gritos, exclamaciones y demás expresiones de júbilo, y Helen, que al principio lo ignoraba, estaba a punto de mandarlo a la mierda y no volver a hablarle.

Por plasta.

—Estás de un pesadito... —se quejó al situarse tras la barra de la cocina y empezar a sacar cacharros con la idea de preparar la cena para dos; sin embargo, empezaba a considerar la idea de dejarlo sin alimentos a ver si así él abandonaba de una maldita vez su particular cruzada de tocapelotas, porque últimamente no hacía otra cosa.

Ryan se calló mientras ella preparaba los platos y él iba llevándolos a la mesa; de momento le convenía no exaltarla más, le daría un poco de cuartelillo pero no mucho, pues tenía varios temas de vital importancia que tratar con ella, empezando por el más obvio: lo que esa insensata era capaz de ponerse el día de la gala si él no lo impedía primero.

—A Maggie, según creo, le ha dado un ataque de histeria —comentó distraídamente al tiempo que alargaba la mano, inspeccionaba todas las piezas de fruta y elegía una para después pelar el plátano con una parsimonia desesperante, mientras la miraba a la espera de su reacción—. Ha estado llorando por todos los rincones y llamándote de todo menos bonita. —Le dio un buen bocado al plátano todo satisfecho a la vez que comenzaba a regar la semilla del ego.

Helen, como era de esperar, se encogió de hombros, indiferente ante las noticias que oía, de las que por cierto ya estaba al tanto, pues Maggie, en su afán de protagonismo, había estado encerrada en el despacho de John intentando desesperadamente hacerle cambiar de opinión, sollozando, lo justo, para que su maquillaje no se echara a perder.

Por supuesto, dentro de aquella magnífica interpretación hubo miradas fulminantes dedicadas a ella en exclusiva por ocupar un puesto que según la actriz le iba grande.

—Si de mí dependiera, sabes perfectamente que ella podría ir a todas las fiestas habidas y por haber —apuntó desdeñando la invitación como si fuera un evento mortalmente aburrido o, peor aún, uno de esos actos familiares a los que se asiste por obligación.

—Ya... pero tú te has llevado el gato al agua, es decir, te has quedado con el

guaperas y ella tendrá que verlo por la tele —comentó recostándose en su silla y añadió, no sin cierta malicia—: ¿Qué les das, pájara? Porque también tienes al buenorro del representante rondándote...

Ella no podía más con ese maldito tema, de ahí que se empeñara en esquivarlo con tal de evitar cotilleos malintencionados por parte de las *comadreja*s envidiosas como Ryan.

—¡Solo fui a tomar un café con él! —repitió por enésima vez, aburrida de ese asunto. Como si en la productora nadie tomara un café con una visita.

Ryan fingió meditar su peregrina justificación antes de seguir pinchándola, por pura diversión, ya que le parecía estupendo que se tomara uno o mil cafés con ese tipo.

—Fíjate, al principio pensé que te habías vuelto majara, con ese aspecto de huerfanita, pero comienzo a creer que es una especie de plan retorcido —se guaseó de nuevo sin piedad—. ¿Psicología inversa?

Helen resopló.

—No digas bobadas —le espetó poniendo los ojos en blanco ante la película que él estaba rodando en su cabeza, hecho al que era bastante aficionado, por cierto, pero en ese caso la jorobaba aún más porque quería convertirla, pese a su oposición, en la protagonista.

—Me estoy planteando hacer yo lo mismo y ver qué tal —reflexionó como si de verdad considerase esa opción.

—Si vas a seguir en ese plan, te vas por donde has venido —lo advirtió a ver si con un poco de suerte abandonaba la idea de tocarle la moral, aunque lo dudaba bastante. Ryan no era de los que se bajaban del burro con facilidad.

—Vale, vale —levantó las manos en señal de rendición.

En todo caso, tendría que continuar investigando esa teoría. Puede que él, como bisexual, pasara por alto ciertos puntos en los que un hetero convencido, como estaba seguro de que Ewan era, se fijaría y, claro, puede que la huerfanita provocase dolor de cabeza con su aspecto, pero debajo de esas cuestionables prendas había una mujer atractiva. Él bien lo sabía, así que solo era cuestión de rascar la superficie para llegar al fondo y por lo visto estos tipos rascaban la mar de bien.

No debía sorprenderse de ello, pues saltaba a la vista que estaban más que aburridos de ver a féminas de todos los colores y tamaños; a él le pasaba parecido, pero pasaba por alto esas cuestiones con tal de triunfar cada noche.

Ahora esa petarda tenía la oportunidad de su vida y dar en el morro a más de uno y a más de una acudiendo a esa gala del brazo de un actor. Muchas matarían por estar en su lugar, pese a que el tipo en cuestión resultaba insoportable y no estaba precisamente en su mejor momento; sin embargo, podía aplicarse ese dicho de «quien tuvo, retuvo».

Y puede que Patrick Baker fuera un tipo poco recomendable, uno de esos que las madres señalaban como el hombre al que jamás deberían acercarse sus hijas; no

obstante, aún se conservaba bien, seguía manteniendo ese atractivo de chico malo que todas las mujeres desean rehabilitar y, claro, candidatas no le faltaban.

Y si solo la mitad de las habladurías que sobre él circulaban fueran ciertas, desde luego resultaba de lo más adictivo.

Pero por lo visto estaba en casa de la única idiota del planeta femenino dispuesta a desperdiciar una oportunidad irrepetible.

—Gracias por la cena —expresó a modo de introducción, dispuesto a darle caña en breve; se levantó, dejó la servilleta junto al plato tras limpiarse con suma educación y, acercándose a ella como si de una cita se tratase, propuso—: Y ahora... —le guiñó un ojo todo provocador y bajó el tono para añadir—: vamos a tu dormitorio.

—¿Perdón? —inquirió a punto de dejar escapar un plato y que este acabara hecho añicos en la fregadera.

—Es lo normal, ¿no? Primero una cena y después te desnudas... —indicó Ryan como si tal cosa, desconcertándola todavía más.

—No voy a desnudarme delante ti ni harta de vino —le respondió ceñuda dejando muy clara su postura.

Ryan tenía cada cosa...

—No seas puritana —rezongó dejándola en la cocina y, sin mirar atrás y sin esperarla, se encaminó hacia su alcoba y más concretamente a su armario, que a buen seguro podía ser denominado como «el de los horrores».

Sin contemplaciones, lo abrió y empezó a murmurar toda clase de desagradables adjetivos a medida que iba moviendo perchas.

Aquello no había por dónde cogerlo.

—Inconcebible... —masculló sin dejar de negar con la cabeza; dio un paso hacia atrás dando por finalizada la inspección ocular y llegó a la conclusión de que allí no iba a encontrar lo que se precisaba para una noche apoteósica.

—Espero que luego lo dejes todo ordenado —le espetó ella sentada en la cama, de brazos cruzados, esperando a que a su vecino le diera la gana de marcharse a su casa y se olvidara de su fondo de armario y de ella para siempre.

—Cariño, ¿no tienes nada decente! —exclamó como si le fuera la vida en ello—. ¿Dónde está ese vestido negro de cóctel que te pusiste para la boda de tu hermano? Te quedaba divinamente, un escote en su justa medida, sin parecer chabacano, y te marcaba bien el culo... —comentó mientras volvía a menear las perchas en busca del vestido perdido.

Helen, que hasta el momento había observado en silencio al metomentodo de Ryan mientras hurgaba entre sus cosas, se encogió de hombros.

—Supongo que en la parroquia.

Él se giró, con una expresión de alarma reflejada en el rostro.

—¿Lo regalaste?! —chilló llevándose una mano al corazón completamente anonadado ante semejante pecado mortal.

—Sí —respondió sencillamente restando importancia al hecho en sí.

—Está bien, que no cunda el pánico —se dijo a sí mismo para serenarse—. Nos queda una semana, así que tenemos tiempo de sobra para, uno, ir de compras; dos, encontrar el vestido ideal, y tres, ajustarlo a tu cuerpo para que vayas divina de la muerte.

Helen se levantó, caminó hasta su desordenado armario y sacó una percha de la que colgaba una funda blanca. Bajó la cremallera y mostró un conjunto de color azul marino estilo jubilada, consistente en una pieza con forma de tubo y un volante blanco, tipo blonda de pastelería, con encaje y todo, digno de una tía abuela dispuesta a ser el alma de una boda de pueblo.

Una vez desenfundado, se lo colocó sobre el cuerpo para que «admirase» su elección.

—Uno, no es necesario ir de compras; dos, he aquí el resultado, y tres, ya me lo he probado y es de mi talla. ¿Algo más?

Ryan puso cara de repugnancia ante la sugerencia de esa loca.

—Perdona, bonita, pero ese vestido va a la basura. Y si andas mal de pasta, tranquila, mañana me voy a vestuario y seguro que te apaño algo mono para que deslumbres. ¡Es una oportunidad única y tú vas a tirarla por el retrete! —Suspiró exageradamente antes de añadir—: Y yo no puedo permitirlo.

—Mira, Ryan, seamos sinceros. Me ha invitado a ir con él para reírse de mí —adujo ella adoptando una postura menos frívola que su amigo, quien parecía estar en un extraño estado de excitación máxima—. No soy tan tonta como para no haberme dado cuenta. Cree que haré el ridículo.

—Y tú, por si acaso, se lo pones fácil con este trapo mal cosido, ¿verdad?

Él, que entendía su temor, abandonó por un momento su operación «rescate estético» y se sentó en la cama, apartando por supuesto todas esas prendas que le daban picores con solo verlas.

Dio unos golpecitos para que se sentara a su lado y mantener una de esas conversaciones de chicas a las que Ryan era tan aficionado.

—Ryan... —protestó intentando escaquearse, pues se temía el percal.

Lo conocía perfectamente y ahora él se ocuparía de darle mil razones para convencerla y ella terminaría por ceder con tal de que dejase de taladrarle la cabeza con sus argumentos.

—Ven aquí —ordenó tirando de ella para caer hacia atrás y permanecer tumbados mientras mantenían, a su juicio, una crucial conversación—. Antes de nada, tenemos que resolver esta situación, hablar de una vez del motivo por el que te comportas así —le dijo con voz comprensiva—; así que, por mucho que te joda, o lo exteriorizas o te sacudo, tú verás.

Helen no estaba por la labor de hablar de ello y menos con él, porque había sido testigo del vergonzoso comportamiento, casi servil, que manifestó en su anterior trabajo.

—Si quiero mirar hacia delante no puedo estar recordando lo que pasó —alegó Helen no sin cierta razón.

—Eres demasiado lista para mi gusto —bromeó él sin dejarse engañar—. Muy bien, ya hablaremos otro día de eso, ahora centrémonos en la gala de la televisión y en tu aspecto.

Ella arrugó el morro, lo miró de reojo y acabó por claudicar, ya que en el fondo Ryan estaba en lo cierto y no podía presentarse en un acto público hecha una piltrafa.

—Vale, elige mi vestido, pero, por favor te lo pido, que sea de un color discreto, no muy escotado y ni se te ocurra ponerme unos tacones de doce centímetros.

—Pues no pides tú nada... —murmuró sonriendo, aunque fue lo suficientemente astuto como para callarse y no decirle lo que realmente tenía pensado para ella, porque de no ser cauto Helen terminaría por protestar y ponerse el horroroso trapo azul marino-abuela. Por si acaso, tendría que colarse en su apartamento en horas de oficina y hacer el trabajo sucio, es decir, deshacerse de aquello—. Vas a ir a un fiestorro con tu ídolo de la adolescencia —le dio un suave codazo para llamar su atención—, ¿eso no te pone a cien?

Helen suspiró y acabó por sonreír. No había querido pensar en ese aspecto, ya que acabaría por cometer otra estupidez memorable tipo «café» o superarse a sí misma cayéndose de culo delante de un montón de gente dispuesta a inmortalizar el momento y a darle la publicidad que se merecía.

—¿Sinceramente? —Él asintió—. Es algo con lo que siempre sueñas, que imaginas; sin embargo, a medida que vas cumpliendo años te das cuenta de que tus fantasías de quinceañera se van diluyendo —explicó con cierta añoranza, recordando los sueños, ahora tontos, de una época.

—A mí me pasó lo mismito con George Michael, ni te haces una idea de lo que se me pasaba por la cabeza, y eso que en aquella época era exclusivamente hetero —comentó con cierto tono nostálgico.

—¿Tú o él? —preguntó divertida.

—Los dos —convino riéndose.

—¿Sabes? Creo que conocer a un ídolo debería estar prohibido, se rompen muchas ideas y te llevas un chasco —reflexionó—. Así no te llevas desengaños ni te sientes gilipollas por haber adorado a un tipo que resulta tan común como una misma.

Ryan entendió perfectamente esas palabras y decidió ver el lado bueno de las cosas para animarla un poco.

—Puede ser. Aunque, en tu caso, por lo menos, ¡está buenísimo! —exclamó en tono picarón, dando a entender que, si pudiera, le tiraría los tejos.

—Eso no lo es todo —refunfuñó; por mucho que fuera cierto, no compensaba un carácter intratable y su desmesurado ego.

—Porque habrá llevado una mala vida... pero se conserva estupendamente —prosiguió Ryan como si nada—. Las chicas de vestuario están como locas por ponerle la mano encima. Creo que hasta le han confeccionado algunas prendas de forma

incorrecta para que Patrick tenga que probárselas una y otra vez y, así, las muy pájaras, puedan verlo en paños menores.

—No te creo... —murmuró ella mirándolo como si se lo estuviera inventando, lo cual, conociéndolo, era factible.

Se ganaba la vida escribiendo guiones, así que podía ser un defecto profesional.

—¡Te lo juro! —confirmó él entre risas—. No veas lo espitosas que se ponen algunas cuando ven a un tío buenorro.

—¿Y por qué no lo intentan contigo, que te tienen más a mano? —preguntó Helen entrando en su juego.

Esta conversación ya no podía resultar más tonta, pero era agradable perder el tiempo comentando chorradas que no iban a ninguna parte.

—Porque... bueno... —arqueó las cejas sugestivamente—, a uno lo tienen muy visto y son unas viciosas de cuidado y yo no doy abasto.

Ambos estallaron en carcajadas ante el ego sin fronteras del que Ryan hacía gala a la menor oportunidad posible.

—Y que conste que, si esas salidurras se aprovechan, yo pienso hacer lo mismo en los ensayos. ¡Faltaría más!

Helen negó con la cabeza ante las ocurrencias de su vecino y amigo. Lo más probable era que no fueran unos simples comentarios; conociéndolo, llevaría la teoría a la práctica cuando se le presentara la menor ocasión.

Una hora antes de que llegara la limusina para recogerla, Helen seguía tranquilamente sentada en el sofá de su apartamento observando a un histérico Ryan, quien estaba al borde del infarto.

Lo más probable era que exagerase algo, pero no pensaba preocuparse por eso.

Si al menos estuviera ya preparada para salir, la cosa cambiaría; no obstante, ella, recién duchada, no sentía la menor preocupación por el hecho de que se le echara el tiempo encima.

—¡Haz el favor de maquillarte! —estalló él perdiendo la paciencia ante la inexplicable pasividad de la mujer más insensata del planeta.

Observó sus uñas, cortadas y sin pintar, como si les acabaran de hacer la mejor de las manicuras.

—Tengo tiempo de sobra —replicó sin inmutarse, sabedora de que en otra época estaría tirándose de los pelos a medida que se acercaba la hora, retocando una y otra vez su peinado, su vestido o su maquillaje para aparecer radiante, sin ni un solo defecto.

Pero lo bueno de haber abandonado su etapa perfeccionista era que ahora el estrés constituía un vago recuerdo.

Para arreglarse necesitaba apenas veinte minutos.

Por supuesto, en ese cometido se incluía su más que adecuado vestido azul marino, porque ni loca iba a llevar el que ese traidor que tenía enfrente había elegido para ella.

Y lo suyo había costado esconderlo del inquisidor mayor de la moda, dispuesto a mandar a la hoguera todo aquello que no fuera aprobado por sus inflexibles normas estéticas, así que, como lo conocía, había optado por sacar su elección del armario y ocultarlo hasta el día D para que Ryan no lo estropease.

Pero, para colmo de males, Ryan, desatendiendo sus explícitas instrucciones, se había presentado con un «modelito *fashion* total, muy ponible, especial para la ocasión»; aquella había sido la descripción exacta.

¿Cómo pretendía que apareciera en público con un vestido azul eléctrico?

¿Qué quería...? ¿Dejar ciegos a todos los presentes en cuanto la luz hiciera reflejo en el mismo?

¿Cómo iba a pasar desapercibida, su principal objetivo, si parecía un neón andante?

¿Cómo iba a sentarse con algo tan ajustado sin arpar las costuras?

¿Podría llevar ropa interior?

Y no solo el color era ya lo suficientemente llamativo: para rematar la faena, el escote palabra de honor, aparentemente inocente, no lo era tanto en su caso: como

disponía de una delantera de serie bien equipada, aquello se complicaba bastante, pues para sujetar el vestido iba a tenerlo bastante difícil.

—Mira, bonita, haz el favor de mover tu lindo culo. ¡No puedes hacer esperar a la gente! —chilló nervioso intentando contagiarla.

Ella, cansada de tanto histrionismo, terminó por ceder, ya que de no hacerlo acabaría con un buen dolor de cabeza.

—Ya voy, ya voy. Qué plasta te pones —aceptó ella tras apagar el televisor con el mando, dejarlo caer de cualquier manera sobre el sofá y levantarse dispuesta a prepararse.

Él, como si le fuera la vida en ello, la empujó hacia el cuarto de baño y, como ya se había ocupado de rebuscar convenientemente entre los armarios para comprobar los efectivos de maquillaje con los que contaban (ninguno), se había preocupado de traer una buena remesa.

—Siéntate —ordenó tras bajar la tapa del retrete y señalarla para que ella obedeciera—. A ver si con un poco de suerte te dejo presentable —murmuró empezando a sacar bases de maquillaje hasta encontrar la que él consideraba idónea.

Allí había pintura como para ganar un concurso de *drag queens*, ¡vaya arsenal cosmético!

—¿De dónde has sacado todo eso? —le preguntó intrigada.

—Es un maletín de lo más básico —respondió—. Lo imprescindible para salir de un apuro.

—Si tú lo dices...

Helen cerró los ojos y le dejó hacer. Hacía siglos que no se maquillaba, otra ventaja más de abandonar su ideal de mujer perfecta. Ahora, cuando llegaba a casa tras su jornada laboral, no debía dedicarse a la engorrosa operación de desmaquillarse, solo a hacer la cena.

Ryan revoloteó a su alrededor, probando diferentes texturas de maquillaje hasta aburrirla para encontrar la más parecida a su tono de piel; luego dio toquitos con la esponja, difuminando así el producto por cuello y orejas para no crear el horrible efecto careta que muchas lucían tras utilizar incorrectamente el cosmético.

No se contuvo a la hora de sacar correctores y demás productos hasta lograr un efecto satinado, como él murmuraba a cada etapa del engorroso proceso de chapa y pintura.

Él hizo un gesto de aprobación tras sus atentos cuidados y de nuevo metió la mano en el neceser profesional que había afanado en la empresa, y que pensaba devolver, y sacó el lápiz y las sombras de ojos, así como la máscara de pestañas y el colorete.

—Voy a parecer un payaso —se quejó resignada, pidiendo en silencio que acabara cuanto antes.

—Eso no te lo discuto, porque con ese pelo de gallina desplumada... —negó con la cabeza—, veremos qué puedo hacer. Yo no soy peluquero profesional; sin

embargo, en pos de una noche memorable y como ayuda a una buena, aunque desagradecida, amiga, pondré todos mis conocimientos a tu servicio.

—No lo dudo —masculló con sarcasmo.

Tras permanecer quince minutos quieta y callada, pese a las ganas que tenía de salir pitando, y soportar a Ryan mientras utilizaba su cara como lienzo, dando así rienda suelta al pintor frustrado que al parecer llevaba dentro, y aguantar a la peluquera que por lo visto también habitaba en su interior, él dio por finalizada su tarea creativa y tiró de ella para que se incorporara.

No sin antes ahogarla en una nube de laca fijadora.

—Cierra los ojos —indicó antes de apretar otra vez el pulsador del bote.

—Oh, joder... —masculló ella al verse en el espejo.

De nuevo volvía a ser la que no deseaba ser. Otra vez contemplaba a una Helen perfecta. Todos sus esfuerzos a la basura.

Extendió la mano dispuesta a coger una toallita para limpiarse la cara; sin embargo, Ryan fue más rápido y se interpuso entre ella y el desastre.

—¡Ya vale! —exclamó en tono serio, muy alejado de la mariquita mala con aires de maquilladora de hacía un momento—. Estoy hasta los cojones de que te comportes como una imbécil —prosiguió en el mismo tono—. No eres una niña a la que castigar sin postre, pero, si insistes en tocarme la moral, te sacudo, pero a base de bien. ¿Entendido?

La agarró de la muñeca y la zarandeó.

—¿Entendido? —preguntó de nuevo esperando que tras ponerse serio ella abandonara sus tonterías, al menos por esa noche.

Ella asintió, en el fondo porque Ryan tenía más razón que un santo; no obstante, él no entendía sus sentimientos, jamás lo haría.

Cedería por una noche, no más.

No contento con echarle laca a discreción, cogió un bote de gomina y, tras verter una pequeña cantidad en sus manos, extendió el producto por su corte de pelo hospiciano, despeinándola de una forma aparentemente casual, con lo que obtuvo un efecto elegante.

—Creo que poco más se puede hacer con esto —murmuró él mientras se lavaba las manos refiriéndose a su cabello, ahora medianamente decente tras ocuparse de él—. Venga, y ahora el paso definitivo —anunció arrastrándola hasta su alcoba y señalando la funda que colgaba de la puerta donde se escondía el vestido elegido por él.

Helen sabía que si iniciaba una confrontación directa tenía las de perder, así que creyó que sería mejor perder el tiempo, a solas en su cuarto, y luego salir de ahí vestida con su elección justo en el momento en el que llamaran a la puerta, para evitar que él tomara represalias.

—Muy bien —dijo ella mostrándose inusualmente conforme, tanto que él sospechó de inmediato—. Espérame fuera.

Lo empujó con la intención de llevar a cabo sus planes, pero él, que se olía la tostada, se resistió todo cuanto pudo y, debido a su envergadura, ella tenía realmente difícil echarlo por la fuerza, así que decidió que debía utilizar sus dotes ladinas y jugar sucio.

—No voy a desnudarme delante de ti —murmuró mostrándose absurdamente tímida, ya que él, en una de sus apariciones inesperadas a horas imprevistas, la había pillado paseando por casa escasa de ropa.

Ryan se cruzó de brazos y arqueó una ceja mirándola como si fuera tonta o algo peor.

—Ni hablar, tengo que supervisar también tu ropa interior, porque, en el plan que llevas últimamente, eres capaz de ponerte unas bragas blancas de cuello alto con uno de esos sujetadores reductores que te empeñas en usar y te recuerdo que con un escote palabra de honor es mejor no llevar nada.

—¿Pretendes que vaya con las... lolas al aire? —preguntó poniendo las manos en las caderas.

—Me recuerdas a mi madre, solo te falta la bata de flores, porque por lo demás... ¡eres igualita!

—Deja de hacer el ganso y lárgate —insistió Helen.

—Vaaaaale, pero te lo advierto: antes de salir de casa pienso levantarte la falta y supervisar la ropa interior, así que elige bien las braguitas. —Dio un paso fuera del dormitorio y se detuvo justo en el umbral para añadir—: O mejor, no te pongas nada, así evitaremos odiosas y antiestéticas marcas en tu culo.

—Gilipollas —masculló aguantando la risa mientras terminaba de empujarlo para cerrar la puerta, con pestillo, por si las moscas.

Echó un último vistazo al conjunto elegido por Ryan, y reconoció en silencio que no solo era elegante y sofisticado, sino también apropiado para que cualquier mujer se sintiera la reina de la fiesta. Siempre y cuando la susodicha quisiera serlo, lo que no era su caso.

Acarició el suave tejido y llegó a la misma conclusión que cuando lo vio por primera vez.

—Esto no es para mí.

Cerró la cremallera, fue a su armario y sacó del fondo, donde estaba a buen recaudo para que esa ladilla que tenía por vecino no lo encontrara y por tanto acabara en la basura, su traje, dispuesta a vestirse para terminar de una vez por todas con ese calvario.

Una vez arreglada, se atrevió a mirarse en el espejo de cuerpo entero y, si bien su peinado y maquillaje obtendrían un más que merecido notable alto, no así su elección de vestuario, pero ya no había posibilidad de dar marcha atrás.

Oyó el timbre del portero automático e inspiró, el momento había llegado. También oyó a Ryan contestar, así que desbloqueó el pestillo de la puerta para salir.

La reina de la fiesta hizo su aparición estelar; ahora, según lo previsto, tocaban

los comentarios de admiración ante su aspecto divino y sofisticado.

—Pero ¡qué cojones has hecho! —gritó él a pleno pulmón nada más verla.

Se llevó la mano al pecho intentando sosegar y no tirarla por la ventana, porque, ya puestos, si quería ir hecha un asco...

—¡La madre que te parió! —prosiguió increpándola como si hubiera cometido el peor de los crímenes.

—Ya vale. Adiós —sentenció ella caminando muy digna, o todo lo digna que una puede ir con zapatos planos y un vestido de jubilada, hasta la puerta.

Él se adelantó y la atrancó con la mano para impedirle el paso, mostrándose inflexible.

Para evitar que ella se escapara con ese horripilante aspecto, agarró el volante superior o blanda de pastelería y lo rasgó de lado a lado y, sin detenerse en su proceso destructivo, levantó la falda y tironeó de ella para que se descosiera la costura lateral, rasgando en el proceso toda la tela.

—¡Serás...! —le gritó ella viendo horrorizada cómo destrozaba su ropa delante de sus narices—. ¡Cómo te atreves!

—Vamos a hacer una cosa —sugirió Ryan en tono falsamente pacífico—: te vas a cambiar ahora mismo mientras yo bajo a hablar con tu acompañante y lo distraigo con el típico cuento de que las mujeres tardáis una eternidad en arreglaros. ¿Estamos?

—No. —Se cruzó de brazos, completamente cabreada y sin dar muestras de aceptar su sugerencia.

—No me obligues a tomar medidas desesperadas.

—Pero ¿se puede saber por qué te importa tanto mi aspecto? —preguntó ya completamente ofuscada.

—Porque te quiero, joder —respondió en el mismo tono de enfado—. Y no puedo permitir que por una estupidez cometas una locura de la que luego te vas a arrepentir. Mira, vamos mal de tiempo; he aguantado tus bobadas de los últimos meses mordiéndome la lengua, pero esta sí que no te la paso. —Abrió la puerta y le advirtió con la mirada de que no se molestara en replicar—. Ahora vuelvo.

Ryan bajó rápidamente y salió al exterior, donde la limusina esperaba a Helen. Vio al chófer y lo llamó para contarle la milonga.

El hombre se encogió de hombros y señaló la parte trasera del vehículo.

—Hable con el señor Baker —dijo dando a entender que a él, como le pagaban por horas, lo mismo le daba, que quien mandaba era el pasajero.

Así que, como no quedaba otra, golpeó la ventanilla tintada a la espera de que Patrick se mostrara comprensivo, circunstancia que veía poco probable.

—¿Qué pasa? —preguntó en tono manifiestamente impertinente el actor tras bajar la ventanilla y ver a ese tipo en vez de a la Fea.

Le importaba poco o nada llegar tarde, es más, hasta lo prefería, pero ni hablar de tener que ser él quien esperase.

—Esto... verás... Ya sabes cómo son las chicas... —comenzó a decir Ryan

utilizando todo su encanto seductor para amortiguar el golpe— siempre tardan más de la cuenta, siempre quieren estar divinas y, claro, se les echa el tiempo encima...

Patrick puso los ojos en blanco, vaya novedad. Menos mal que llevaba una petaca con un excelente *whisky* a buen recaudo y a medida que pasaban los minutos cada vez le importaban menos las cosas.

Además, bien mirado, si llegaban tarde se ahorraría bastantes presentaciones.

—Ya me imagino —comentó pareciendo resignado.

Ryan respiró tranquilo; primera parte del plan superado.

—Gracias.

—Claro que, en su caso, lo de arreglarse tiene que suponer un ejercicio titánico. Con esa cara... —No hizo nada por ocultar su burla.

«Qué gilipollas es este hombre», pensó el aspirante a mejor amigo dándose la vuelta para subir a toda prisa al apartamento de Helen y comprobar que había seguido sus indicaciones.

Para su total sorpresa, oyó cómo se abría la puerta del vehículo y salía el actor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ryan mosqueado.

—¿Sabes? Me pica la curiosidad por ver la cueva donde se esconde esa mujer, así que, como me importa un carajo llegar tarde, quiero ver dónde vive la Fea; de este modo, cuando me meta con ella, tendré más elementos de peso para hacerlo.

A Ryan no le quedó más remedio que ejercer de buen anfitrión y le indicó «amablemente» el camino; no convenía cabrear a la cita de esa loca, bastante estaba haciendo ella solita.

Una vez dentro del apartamento, Ryan vio en el suelo, arrugado, el vestidito de la discordia, pero no a ella, por lo que supuso que se había encerrado en su dormitorio.

—Voy a buscarla, ahora vuelvo. Tómate algo si lo deseas —le indicó a Patrick sin perder la sonrisa y reconociéndole el buen aspecto al tipo, que con ese traje, de Hugo Boss supuso, completamente negro, incluso la corbata, estaba para atarlo al sofá, mandar sola a Helen a esa fiesta y devorarlo entero; pero, claro, dudaba de que el actor estuviera conforme.

Patrick le hizo un gesto de indiferencia con la mano, ya que le importaba un carajo, y se dedicó a husmear por el minúsculo piso.

Por el número de puertas calculó que solo contaba con un dormitorio y un aseo, que, sumados al espacio donde se encontraba, junto con la cocina que se veía tras la barra, no superaban los sesenta metros cuadrados.

¿Cómo podía vivir en tan poco sitio?

Su propio dormitorio, sin contar el vestidor, medía prácticamente lo mismo. «Qué agobio», pensó y se llevó una mano al bolsillo interior de su chaqueta en busca de su petaca para poder dar un buen trago.

—Joder —masculló al darse cuenta de que se la había dejado en la limusina.

Puesto que tenía invitación de ese tipo, abrió el frigorífico, buscó sin ningún tipo de reparo algo que llevarse a la boca con contenido alcohólico y sacó una lata de

cerveza; sin más, tiró de la anilla para dar un largo sorbo.

Parapetado tras la barra, contempló el reducido espacio/cueva de la Fea y llegó a la conclusión de que, al menos, en decoración tenía buen gusto y que debería aplicar los mismos principios a su persona para el buen funcionamiento de las cosas, aunque a saber el motivo por el que esa mujer *achicharraactores* parecía un adefesio.

Tan sumido en sus pensamientos estaba que no se percató de que la puerta del dormitorio se abría y un llamativo vestido azul eléctrico hacía su aparición en el centro del salón; dentro del mismo estaba ¿la Fea?

Patrick se atragantó con la cerveza.

—Joder, me cago en la puta... —exclamó al salpicarse la americana del traje.

Ryan, atento y deseoso, por qué no decirlo, de ponerle la mano encima, corrió a ayudarlo y sacó unas cuantas servilletas de papel para limpiarlo.

—No creo que quede mancha —murmuró tras ocuparse de la cerveza derramada, dejando la tela impecable, para lo que se arrimó todo lo que pudo y disfrutó de su colonia, que no identificó. En otra ocasión le preguntaría la marca, porque olía divinamente.

—Gracias —graznó Patrick apartando al servicial amiguito y volviendo a mirar a la secretaria, mosca, sin duda, por ese repentino cambio.

Como representante de una especie, los XY, poco o nada dada a saber leer entre líneas, y menos aún si quien «escribe» es una mujer, no llegaba a entenderlo y necesitaba una explicación para asimilar por qué ahora Helen se presentaba ante él como si fuera *Miss Universo* justo antes de ser coronada.

Entrecerró los ojos y directamente puso en funcionamiento su escáner para averiguar qué clase de artificios había utilizado la Fea. Entonces se acordó de su representante y su, digamos, afinidad con esa chica, sospechando de inmediato que ese mal llamado amigo había visto algo que él, debido a una combinación adversa de factores, había pasado por alto.

Claro, cuando a uno le intentan achicharrar las pelotas, no se muestra, lo que se dice, muy perceptivo.

Siguió observándola; podía ser que el alcohol ingerido desde que lo recogieron en su casa hubiera producido un efecto «embellecedor» y que, en cuanto este se evaporase, volviera a verla como siempre. Además, también podía deberse a la calidad del *whisky*, pero esta última posibilidad prácticamente quedaba descartada: no se acercaba a una botella que no indicara doce años o más.

—¿Ocurre algo? —preguntó Ryan rompiendo ese tenso silencio y se acercó hasta su amiga para que esta, en vez de seguir como un pasmarote, diera un paso al frente, ya que lo había dejado sin palabras y podría aprovechar la ventaja.

Negó con la cabeza; vaya pánfila estaba hecha: cualquier otra hubiera, uno, movido las caderas como Dios manda; dos, inspirado para que el escote se tensara, y tres, y no por ello menos importante, relamido sus labios con picardía para insinuar la posibilidad de que quizá, a lo mejor... algún tipo iba a tener suerte esa noche y que, si no se esforzaba, ese podía ser cualquiera.

—Vámonos —masculló Patrick como respuesta, finiquitando la cerveza sin molestarse en tirar a la basura la lata vacía.

Helen, dando pequeños pasos debido a sus taconazos, no iba a poder seguirlo, así

que se concentró en no caer de bruces antes de llegar al ascensor.

Él, fiel a su política de no intervención, salió a la calle, sin mantener la puerta entornada, sin ofrecerle el brazo y sin esperar a que el chófer abriera el coche para que ella montase primero.

Como buenamente pudo, Helen se sentó con la precaución de no estropear el maldito vestido y se concentró en sonreír, como si todas las semanas tuviera dos fiestas en su agenda y los famosos se rifaran su compañía.

—¿Te apetece un trago? —preguntó él unos minutos después mostrándole su petaca. Un ofrecimiento poco o nada apropiado, más acorde con una juerga entre colegas que como acompañante de una mujer, pero eso le traía sin cuidado.

—No, gracias —respondió una Helen recatada y prudentemente distante, pues no iba a arriesgarse a que él se enfadara, así que lo mejor era tener contenta a la estrellita y que fueran pasando los minutos sin mayor contratiempo.

—Tú te lo pierdes —murmuró indiferente encogiéndose de hombros y esperando que las costuras de la parte superior de ese vestido fueran resistentes, ya que, cada vez que la secretaria cogía aire, porque saltaba a la vista que intentaba controlar su respiración y que estaba nerviosa, podía tener problemas de incontinencia textil.

Eso animaría el cotarro, pero la pobre no podría soportarlo. Se sorprendió hasta él mismo de tener un pensamiento tan mínimamente solidario, cuando lo normal hubiese sido que estuviera regodeándose ante la posibilidad de que ella hiciera el mayor de los ridículos delante de tanta gente relevante y con cámaras de por medio.

«Me estoy haciendo mayor», se dijo en silencio mientras el vehículo avanzaba a buen ritmo.

Helen, por su parte, ya no sabía dónde fijar la mirada para olvidarse, aunque fuera durante un mísero minuto, de que estaba encerrada en una lujosa limusina a menos de un metro de un actor con el que había tenido sueños adolescentes no aptos para menores de edad.

Y, pese a su desastroso primer encuentro, ella había retomado algunos de esos sueños, ampliando el catálogo de posibilidades eróticas, teniendo por ello que utilizar unas cuantas equis si deseaba calificar dichos sueños. Si hablara, su infalible Willy pediría unas vacaciones.

—Hagamos un trato —dijo él al ver cómo el coche disminuía la velocidad—. Yo finjo ser una excelente persona, hasta puedo ofrecerte el brazo para dar el pego, y tú, a cambio, sonríes, contestas a lo que te pregunten de forma rápida y concisa... —antes de concluir dio buena cuenta de su *whisky*— y te abstienes de acercarte a la máquina del café. —Le ofreció la mano—. ¿Trato hecho?

—De acuerdo —convino ella obligando a sus músculos faciales a sonreír. Y, por si acaso, le arrebató la bebida y dio un buen sorbo de licor, comportándose como él.

Patrick asintió complacido, por fin un gesto espontáneo.

—¿Preparada?

—Sí —mintió ella deseando que él le hubiera dejado más *whisky* para infundirse

valor antes de salir al ruedo.

Nada más abrirse la puerta se oyó el bullicio procedente del exterior y Helen tembló ligeramente, y no solo por llevar los hombros desnudos. El temor a tropezar se iba acentuando y tarde o temprano iba a caer, quizá más por la sugestión que por otro motivo.

Helen observó de reojo a su acompañante, que la esperaba fuera para acceder juntos al recinto; con toda probabilidad mutaría su comportamiento, adquiriendo en un visto y no visto una personalidad amable, considerada y con los demás atributos propios del perfecto caballero. Además, en el caso de Patrick, como en el de muchos de su profesión, solo debía actuar y todo iría sobre ruedas.

—Vaya mierda —masculló entre dientes refiriéndose al barullo allí montado, sin molestarse en fingir una sonrisa cuando ella se colocó a su lado.

—Pues esto no ha hecho más que empezar —murmuró ella tensando sus músculos faciales de tal forma que hasta parecía sonreír.

Patrick emprendió la marcha y ella, a paso de *geisha*, lo siguió sin decir ni pío, ya que por lo visto su comportamiento ni iba a sufrir, a corto plazo, mejora alguna.

Una vez dentro, les indicaron dónde debían sentarse y, cuando por fin atenuaron las luces, empezó a relajarse; ahora solo tendría que aguantar unas dos horas, dos y media en el peor de los casos, allí sentada, aplaudir cuando lo hicieran los demás y rezar para que nadie los enfocase.

Después pondría alguna que otra excusa creíble para escabullirse de la fiesta posterior a la menor oportunidad y a eso de medianoche podría estar en su casa, tumbada enfundada en su pijama y respirando tranquila.

No llevaban ni diez minutos de gala cuando vio de reojo cómo él sacaba otra petaca del interior de su chaqueta y, sin molestarse en disimular, daba un buen trago para acto seguido estirar las piernas, cerrar los párpados y colocar las manos sobre el pecho, evidenciando que le importaba un pimiento todo aquello.

—No puedes beber aquí —le recriminó en voz baja mirando a su alrededor y confiando en que nadie se hubiera percatado.

—Tranquila... —sonrió de forma seductora para convencerla— tengo experiencia.

—No lo dudo.

Por suerte los minutos fueron pasando y a nadie parecía afectarle si uno de los asistentes empujaba el codo o se recostaba como si estuviera en el sofá de su casa, por lo que los nervios iniciales fueron remitiendo, que no desapareciendo, hasta ser controlables.

La gala finalizó sin mayores contratiempos y los asistentes se fueron levantando dispuestos a menear el bigote en la recepción y de paso darle a la sin hueso, y ver y dejarse ver... lo normal en estos eventos.

La sala prácticamente se había desocupado, pero uno de los asistentes seguía tan pancho en su butaca, ajeno a todo.

Helen puso cara de disculpa ante uno que pasaba por allí y, con sumo cuidado, le dio un toque en el hombro a Patrick para que se despertase y poder unirse al resto.

No hubo suerte, él ni se inmutó.

—Tenemos que irnos —insistió ella moviéndolo con más vehemencia.

—¡Vete al cuerno! —refunfuñó él, reacomodándose.

—Esto ha finalizado, tenemos que marcharnos.

—Joder, ahora que había pillado la postura —se quejó y, como si fuera un octogenario, terminó por incorporarse y la miró con mala cara.

No estaba por la labor de discutir y siguió a la pelma del vestido azul hasta la gran sala donde los invitados ya estaban dando buena cuenta de la comida y, sobre todo, lo que a él más le interesaba: la bebida.

«Buen culo», pensó para animarse un poco, pues cada vez se le hacía más cuesta arriba mantenerse en pie.

Helen observó suspicaz su repentino cambio, pero, cuando lo vio dirigirse en línea recta y sin titubear hasta la barra, sentarse y en menos de un minuto sostener una copa en las manos, lo entendió perfectamente.

Patrick, lejos de actuar bajo los focos, iba a ser, por desgracia, él mismo.

No sabía qué hacer allí, sola, sin conocer a nadie y sin ganas de mezclarse con la gente, así que no le quedó más remedio que arrimarse a su acompañante, con la idea de perder diez minutos de cortesía y después marcharse.

Él ni se inmutó cuando la vio morderse el labio ante la dificultad de subirse al jodido taburete de diseño; bien podía hacer una obra social y ayudarla, pero se encogió de hombros y siguió a lo suyo, es decir, mantener su nivel de alcohol en sangre.

—¿Qué le pongo, señora? —preguntó atento el camarero acercándose a ella.

—Un agua mineral.

Patrick escupió todo el alcohol al oír semejante barbaridad. Se giró rápidamente para fulminarla con la mirada y, por si acaso el jodido barman cumplía su orden, dijo:

—Ponle lo mismo —indicó levantando su vaso para que no tuviera dudas.

—No —lo contradijo ella, tensa—. Un agua mineral —insistió.

—No saben lo que quieren —comentó Patrick con condescendencia sonriendo al camarero, dando a entender que ella era poco menos que tonta.

El pobre chico, que seguramente estaba allí para sacarse unos ingresos extra, prefirió no contrariar al famoso y acató su sugerencia en detrimento de la petición de la mujer, quien seguramente era una don nadie adosada.

—Venga, no disimules, estoy seguro de que, cuando nadie te ve, das buenos lingotazos.

Helen gruñó o algo parecido, pues él tenía parte de razón, ya que le había arrebatado la petaca y dado muestras de un comportamiento poco o nada apropiado.

Para no seguir discutiendo, se llevó la copa a los labios y dio un sorbo, con tan mala suerte que se le fue por el otro lado y acabó tosiendo y siendo lo que menos

deseaba: el centro de atención.

—No ha sido nada —consiguió decir ella entre tos y tos para que no se acercara la gente a interesarse por ella.

—Está acostumbrada a los licores fuertes, no os preocupéis —añadió Patrick, siempre al *rescate* de una dama en apuros.

Helen terminaría cometiéndolo una locura; eso siempre y cuando se recuperase, porque le ardía la garganta, ahora sí que necesitaba ese botellín de agua.

Por una vez y sin que sirviera de precedente, el actor se ocupó de servirle agua para que ella pasara ese mal trago.

Ella, ahora ya recuperada, bebió con más tranquilidad; sus diez minutos de aguante ya se habían cumplido, así que una vez acabada la copa le diría buenas noches y buena suerte.

Cuando estaba a punto de disculparse, se acercaron dos espectaculares mujeres que a dúo corearon el nombre del actor. Observó cómo Patrick, en vez de mandarlas a la mierda, como era de esperar, se dio la vuelta y les sonrió.

—¡Cuánto tiempo sin verte! —canturreó la pelirroja luciendo el colágeno de sus morros y posando la mano en su muslo, dejando claro que, si nadie se lo impedía, la movería a su antojo.

—¿Qué es de tu vida, Patrick? —ronroneó la rubia desplazando a Helen sin ninguna clase de vergüenza para arrimarse al actor y frotarse convenientemente.

—Te echamos de menos —añadió la primera sin dejarle responder.

—Sí, querido, no veas lo mucho que te extrañamos... —El suspiro que siguió a sus palabras fue, de verdad, espectacularmente peliculero y provocador.

Helen puso los ojos en blanco.

—Yo también os he echado de menos —mintió él desplegando sus dotes de seductor y tocándoles el culo como si fuera una obligación, ya que, la verdad, esas dos eran tan sintéticas como un táper de cocina.

Eran la consecuencia lógica de una combinación compuesta por maridito rico adicto al trabajo y mucho tiempo libre dedicado casi en exclusiva a detener el paso del tiempo para que el tipo en cuestión no las abandonase por una más joven, estropeando así su calidad de vida. Eso sí, podías tirártelas cuando quisieras, siempre y cuando no te importara follar con una muñeca hinchable.

—Las fiestas en el club no son lo mismo sin ti —dijo la rubia haciendo pucheros mientras le acariciaba la mejilla para así mostrar sus carísimas uñas decoradas de porcelana y los quilates de su anillo.

—Podrías venir hoy... —sugirió la otra—, me han dicho... —bajó la voz para darle a la confidencia el matiz de secreto— que esta noche va a ser increíble, tú ya me entiendes.

A Helen, que no tenía por qué esforzarse en escuchar, pues ambas radiaban perfectamente la conversación, lo que más le extrañaba era que él, con la poca paciencia y la mala leche que se gastaba, no las mandaba a paseo por pedorras.

—¿Ah, sí? —preguntó Patrick al tiempo que hacía un gesto al camarero para que le rellenara el vaso; lo necesitaba para aguantar a ese par. Si no fuera porque el marido de la rubia era un importante productor al que quería meterse en el bolsillo...

—Pues sí —confirmó ella emocionada con la posibilidad de hincarle el diente.

La convidada de piedra puso los ojos en blanco ante tanta estupidez concentrada, aunque se mantuvo callada, y quizá un poco curiosa por ver cómo el antisocial se libraba de ellas.

—Anda... anímate... —canturreó emocionada y zalamera para atraerlo. Eso sí, con frotamiento de implante mamario incluido.

—Ah, sí, Patt, *porfa*...

«Otra con lo de Patt», pensó Helen aguantando las ganas de explicarle a la chica que ese nombre le ponía de los nervios, pero, por lo visto, ese día estaba tolerante.

—Depende —dijo él estirando el cuello para controlar a la Fea y que no lo dejara plantado, ahora que la necesitaba.

—¿De qué, *amore*? —preguntó la gata en celo sin dejar de restregarse.

Patrick sonrió, divirtiéndose por primera vez esa noche, y estiró el brazo para agarrar a su acompañante para que entrara en escena de una jodida vez, pues había observado que la muy ladina estaba disfrutando a su costa viéndolo en apuros... y eso sí que no podía permitirlo.

—De si mi última conquista se anima a acompañarnos.

—¿Qué?! —gritó Helen apartándose de ese trío como si este fuera radiactivo.

Ni loca iba a ir a donde quisiera que fuesen a hacer lo que se les ocurriese; por mucho que le intrigase, prefería mil veces seguir en la ignorancia de cómo se lo monta un famoso con dos muñecas hinchables.

Ella, de allí, se iba a su casita y punto. Nada de poner un pie en a saber qué antro de mala muerte o de gente rara.

—De momento se muestra muy prudente, pero en cuanto entra en el cuarto oscuro se desmelenan y no hay quien la pare —apuntó Patrick serio como si sus palabras fueran una verdad universal.

—¿Cómo?! —exclamó atónita una Helen que, por lo visto, era aspirante a descocada viciosa y a la que no le habían informado con tiempo suficiente para prepararse ante semejante currículo.

Tenía que hacer algo para pararle los pies, pero sin llamar la atención de los allí presentes, pues Patrick, estaba segura, se vendría arriba para no defraudar a su público.

—No le hagáis caso —interrumpió él todo ufano aguantando la risa—, dadnos una media hora y estaremos allí —prometió añadiendo una de esas sonrisas seductoras que convencían a cualquiera; claro que, con ese par, no había que esforzarse demasiado.

Esto último no pareció gustarles mucho, especialmente a la rubia, que tenía intención de disfrutar en exclusiva de los talentos ocultos de Patrick.

—Vale, pues nos vemos en el club —aceptó sin arrugar demasiado los labios, comportamiento que era de esperar en mujeres como ella.

«Seguramente para que el colágeno no se estropee o algo peor», pensó Helen.

Cuando por fin esas dos liantas se marcharon a petardear por ahí, Helen se puso en pie, con más dificultad de la prevista debido a lo ajustado de su maldito vestido, y se encaró con él, dispuesta a parar esa locura.

—No pienso ir contigo a ninguno de esos antros de gente rara que a saber qué guarradas hacen. ¿Entendido? —Inspiró profundamente, consiguiendo que casi se desbordara su escote.

Hecho del que él se percató, valorando positivamente lo que veía.

Ella, cabreada al comprobar que Patrick permanecía impassible ante sus palabras, continuó al ataque.

—Ahora mismo voy a llamar a un taxi y...

—¿Problemas? —preguntó un hombre acercándose hasta ellos y examinándola con descaro para al final sonreír evidenciando su aprobación—. ¿Cómo estás? —preguntó a Patrick esperando a que este se explayara y le contara quién era su

acompañante.

—Aquí, discutiendo con la dama, empeñada en llevarme la contraria —respondió él sin entrar en más detalles.

De momento, todo dependía de que esa pirada supiera estar a la altura de las circunstancias, cosa que dudaba.

—Como todas —convino el recién llegado—. He oído que vas a pasarte por el club esta noche...

«Joder, las noticias vuelan...».

—Eso parece —murmuró sin comprometerse—, aunque primero tengo que convencerla. —Hizo un gesto burlón señalando a Helen y así de paso le echaba toda la culpa, de tal forma que él quedaba indemne.

—Pues que tengas suerte, chaval —lo animó palmeándole la espalda para después dirigirse a ella—. Señora, yo no lo pensaría tanto; con él —señaló a Patrick—, la diversión está asegurada.

—Me voy —sentenció Helen harta y cansada de las bromas de mal gusto de esa gente que por lo visto tenía demasiado tiempo libre.

Su sueldo no alcanzaba para tantos agravios ni tantos malos ratos y, de no frenar a tiempo aquello, tenía toda la pinta de ir a peor.

Lo veía en la cara de él, que se lo estaba pasando bomba viéndola en apuros.

—Os dejo solos —murmuró sonriendo cómplice el desconocido, en ese tono tan estúpidamente soberbio que utilizan los hombres cuando creen que tienen altas expectativas para el fin de fiesta.

Era una pena que tuviera que morderse la lengua para no montar un escándalo y defraudar a John. Lo a gusto que se habría quedado...

—Eh, eh, eh... ¡quieta ahí! —Patrick anduvo listo y estiró el brazo para agarrarla y que no se escabullera—. Ahora no puedes dejarme tirado —advirtió dejándole claro que él era el único que tenía poder de decisión.

—¿Cómo dices? —inquirió ella intentando liberar su mano, con escaso éxito, pues él la sujetaba con firmeza.

—Eres mi acompañante, ¿no? Pues apechuga y cumple tu papel, así el lunes podrás recibir la medallita de empleada del mes —adujo con ironía.

Como saltaba a la vista que no se lo iba a poner fácil, él se puso de pie y se pegó a ella, para, en una de sus mejores actuaciones, arrimar los labios a su oreja, bajar la voz y murmurar:

—Vamos a tomar una copa, dejar que esos imbéciles se larguen y después...

—¡No pienso ir contigo a uno de esos sitios llenos de pervertidos con mucho dinero y poco sentido común! —interrumpió ella temblando ante su cercanía.

Respecto a la otra cuestión, la proposición altamente indecente, de momento no tembló.

¿No podía hablarle sin acercarse tanto?

—¿Pervertidos con mucho dinero y poco sentido común? —repitió burlándose

descaradamente de ella—. ¡Joder, qué buen eslogan! Se lo comentaré al dueño en cuanto lo vea para que lo utilice en su publicidad.

Helen logró separarse y establecer lo que podría denominarse una distancia de seguridad, aunque, si la aumentaba, sería mucho mejor.

—No estoy para aguantar ni una sola tontería más —lo advirtió poniendo especial cuidado en no levantar la voz y no enfadarlo; cualquiera lo soportaba después.

—Escucha, no tengo intención de llevarte a un club de intercambio...

Esa afirmación bastó para que respirase tranquila, menos mal que por lo menos le quedaba una brizna de decencia.

—Gracias.

—... porque con toda probabilidad no podría cambiarte por nada decente y me lo tendría que montar contigo, ¿de acuerdo? Así que deja de ilusionarte.

Helen abrió la boca completamente anonadada con lo que estaba oyendo; «desagradable» se quedaba muy corto para definirlo.

Y él aprovechó su repentino mutismo para terminar su alegato.

—La cuestión es bien simple —prosiguió él indiferente a si sus palabras la molestaban o no—: no quiero tener que dar explicaciones a esos dos loros, ¿me sigues? —Hizo la pertinente pausa para beber—. Así que nos quedaremos un rato por aquí, que nos vean tomar unas copas de tal forma que al final crean, cuando tú y yo nos larguemos, que, animados por el alcohol, la noche y demás tópicos, nos hemos calentado y no hemos podido esperar más, por lo que acabaremos follando en la limusina.

—Pe... pero... —farfulló indignada ante tal sugerencia.

Puede que estuviera acostumbrado a esas situaciones; sin embargo, a ella le iba a costar Dios y ayuda disimular tal circunstancia. Además, pero ¿quién iba a creerse semejante pantomima?

Él tenía, lo que podría decirse, un currículum, así que difícilmente los allí congregados darían por buena semejante estupidez.

—Pero nada. —Llamó al camarero y le indicó que sirviera de nuevo dos copas; después, cosa extraña, no fue el primero en dar un trago, sino que le pasó una a ella—. Bebe, disimula, sonrío y calla —ordenó confundiéndola con una radiante y falsa sonrisa.

Lógico, era actor, sabía muy bien cómo hacerlo.

—No quiero beber más —protestó rechazando su ofrecimiento.

—Tú eliges, o sigues mi plan o...

No hacía falta exponer la alternativa.

Hizo una mueca y esbozó una tímida sonrisa, para que los posibles observadores no sospechasen.

—De acuerdo —aceptó entre dientes, dispuesta a beber a pequeños sorbos y a soportar aquello, rezando para que él recurriera al catálogo de comportamiento habitual y se aburriera a la menor brevedad posible.

Sin posibilidad de escapatoria y sin nada mejor que hacer, ya que exponerle sus argumentos era como dar margaritas a los cerdos, Helen aceptó la bebida y, asumiendo que la consideraba poco menos que un llavero, sin voz ni voto, se acomodó como pudo en el taburete de diseño.

Al principio sin mucho entusiasmo, pues con cada sorbo notaba arder el estómago, fue probando el licor; poco a poco se fue relajando y el *whisky* cada vez entraba mejor.

Allí nadie la conocía ni se molestaban en saludarla cuando se acercaban a Patrick para comentarle el último cotilleo, para preguntarle por su trabajo, para frotarse, para invitarlo a fiestas, para pedirle una cita...

Así que ella solo tenía que mantenerse callada, no reírse de las bobadas que la gente decía animada por el alcohol y esperar a que la estrellita decidiera que ya habían «disimulado bastante».

Una copa fue sustituida por la siguiente y como el camarero, todo solícito, iba recogiendo las vacías, no fue consciente del número exacto que acabó por beberse, así que, cuando ¡por fin! Patrick consideró oportuno abandonar la fiesta, ella estaba como una cuba.

Él miró el reloj y decidió que ya estaba bien. Se giró y prestó toda su atención al ajustado vestido azul al que había tenido controlado de reojo mientras un sinfín de idiotas lo habían interrumpido. No se le habían pasado por alto las curiosas miradas que le echaban los hombres, sin duda intentando desnudarla; las féminas la miraban procurando averiguar quién era. Resumiendo, un expediente X.

—Venga, vamos —dijo malhumorado haciendo de nuevo gala de su impertinencia, sobresaltándola.

Helen parecía estar sorda, porque ni se inmutó cuando oyó la voz.

Él, resoplando, se puso tras ella y la movió para que reaccionara de una jodida vez; además de fea, sorda.

Cojonudo.

—He dicho que vamos —repitió impaciente.

—No he dicho una palabra —protestó en voz baja evitándolo antes de apurar su bebida—, así que déjame en paz.

Patrick la miró y cayó en la cuenta.

—Joder, lo que me faltaba, la Fea se me ha emborrachado —masculló como si él no tuviera nada que ver con ese hecho.

—Puedo caminar... —acertó a decir, pero su pronunciación poco clara la contradecía, así como sus lentos movimientos.

—Sí, ya lo veo —masculló sabedor de que tendría que comportarse como una persona educada y evitar que se cayera de culo.

Con resignación, la ayudó a ponerse de pie y, sin soltarla, pues corría el riesgo de desplome inminente, la condujo hacia la salida, rezando para que nadie los interrumpiera, porque si estaba hasta los cojones de esa fiesta ahora encima debía

encargarse de devolver a la reprimida sana y salva a su casa.

Se suponía que él era el borracho, así que no estaba acostumbrado al intercambio de papeles. Debería haber controlado lo que ella bebía, pero estaba tan cabreado por tener que permanecer allí, a la vista de todos, que ni se había molestado.

Bueno, siendo sinceros, no se hubiera preocupado de vigilarla bajo ninguna circunstancia, no era la niñera de nadie, pero en esa ocasión debería haber hecho un esfuerzo.

—Joder —protestó de nuevo mientras esperaba, con ella adosada al costado, a que la limusina los recogiera—. No eres ningún peso pluma, guapa —se quejó.

Cuando por fin la dejó en el asiento, respiró tranquilo y se acomodó. La chica no era precisamente ligerita como esas a las que, por desgracia, había tenido que habituarse últimamente. Vale, como a cualquier tipo, le gustaba tener donde poder agarrarse cuando abrazaba a una mujer, pero, claro, cargarla encima era contraproducente para sus riñones.

Helen, ajena a todos esos extraños razonamientos masculinos, echó la cabeza hacia atrás intentando no marearse, porque respecto al otro asunto, es decir, evitar sonrojarse, ya era tarde. Había hecho el ridículo más espantoso y se moría de la vergüenza.

Evitó mirarlo, ya que a buen seguro él adoptaría su postura favorita, es decir, criticarla y reírse de ella, así que, como en boca cerrada no entran moscas, se aplicó el cuento y únicamente pensó decirle buenas noches y gracias cuando llegaran a casa.

Al fin y al cabo, no la había dejado tirada, borracha y rodeada de desconocidos cuando tuvo la oportunidad de ello, así que en el fondo debía estar agradecida.

Se llevó la mano al estómago y se concentró en respirar de forma profunda mientras el vehículo rodaba en dirección a su apartamento, contando mentalmente los segundos que faltaban para poder bajarse y respirar el aire fresco de la noche.

Si hubiera podido quitarse el vestido, le habría resultado más fácil, pero tendría que resistir como fuera.

De repente el coche frenó en seco, impulsándolos hacia delante para después, en una reacción lógica, caer hacia atrás.

—Pero ¿qué cojones pasa? —vociferó cabreado pulsando el botón que bajaba la mampara que los separaba del chófer.

—Lo siento, señor —se disculpó este—, hay varios vehículos detenidos delante de nosotros.

—Ve a ver qué narices ocurre —le ordenó sin un «por favor» ni nada y después se dirigió a ella—: Como se te ocurra echar una vomitona en el coche, te largas con viento fresco.

Helen bajó la ventanilla y se sintió aliviada al notar el aire nocturno, por lo cual, con un poco de suerte, su amenaza no se cumpliría.

Patrick se impacientó, a pesar de no haber pasado ni dos minutos desde que envió al chófer en busca de información. Miró de reojo a la borracha, que parecía

contenerse, y masculló algún que otro creativo improprio cuando se dio cuenta de que no tenía nada de alcohol en la petaca para amenizar la espera.

—Ha habido un accidente, señor, me temo que tardarán un rato hasta que despejen esta calle, pues al ser de un único sentido resulta más complicado.

—Maldita sea, lo que me faltaba. —Subió de malos modos la mampara y miró a su acompañante—. Cierra la jodida ventanilla.

Ella fue a obedecer; sin embargo, estaba cansada de aguantar sus continuos desaires, de sus salidas de tono, de sus insultos y, en especial, uno que ninguna mujer quiere oír, a pesar de que la idea del intercambio de parejas no entrase en sus planes.

Así que, quizá envalentonada por el alcohol, por su carácter (hasta ahora reprimido) o porque estaba hasta la peineta, se volvió en su asiento y de nuevo dio lo mejor de sí.

—Mira, no voy a decir nada que no sepas, pero eres insufrible. No hay quien te aguante; desprecias a todo el mundo y yo no voy a pasarte ni una más. ¿Entendido? —Respiró profundamente.

Patrick la miró indiferente ante su arranque histérico y se encogió de hombros. Ella tenía razón, intentaba que su comportamiento fuera como ella lo definía, así que se podía dar por satisfecho.

—Y lo peor de todo —prosiguió ella— es que parece que te da igual ofender a la gente con tal de salirte con la tuya. No te preocupas ni lo más mínimo de medir tus palabras. La palabra «diplomacia» no está en tu diccionario. Todos tenemos que bailar al son que toca el señorito y aguantar sus impertinencias sin abrir la boca.

«Vaya, tiene cuerda para rato», pensó, y esperó unos segundos, por si quería añadir algo, pero al parecer se lo estaba replanteando, así que decidió aprovechar la ventaja.

—¿Has acabado? —murmuró recostándose en el asiento a la espera de que ella dejase de tocarle la moral, que no eran horas ni estaba el horno para bollos.

Qué manía tenía la gente de dar la lata... Con lo mucho que se estaba esforzando por obviarla y ella erre que erre.

—Sí.

—Muy bien.

Helen se cruzó de brazos y evitó mirarlo; no obstante, había un asunto que debido a su ofuscado discurso se había dejado en el tintero.

—No, no he acabado —estalló de repente.

—Perdona, *guapa* —ese «guapa» sonó igual que el consabido «fea» al que la tenía acostumbrada—, que se me está pasando la borrachera y no tengo más material a mano, así que cierra el pico. No me toques los cojones y ahórrame el dolor de cabeza.

Sin embargo, a Helen, en ese momento, no la callaba nadie.

El alcohol suelta la lengua y en ella no iba a hacer una excepción.

Además, quedaba la cuestión que, dentro de su larga sarta de desplantes, más le

había escocido:

—¿Se puede saber por qué, si te hubiese acompañado a un club de intercambio, no habrías podido ser como los demás?

Patrick sonrió al escuchar la pregunta.

Vaya, vaya, la Fea, no tan fea tras pasar por el departamento de chapa y pintura, tenía su orgullo y enseñaba las garras.

Eso, sin duda, en su situación actual, que podría denominarse aburrimiento total, ya suponía un estímulo diferente.

Excelente, ya empezaba a cansarse de su docilidad. Sin saber muy bien por qué, deseaba ponerla de nuevo en el disparador para desquiciarla un poco y así animarse.

Decidió atormentarla algo más y lo pensó muy bien antes de responder.

Tenía que encontrar algo realmente bueno para provocarla y que de nuevo adoptara esa pose guerrera que por lo visto le gustaba.

«Desde luego, a lo que tengo que recurrir para pasar el rato...», se dijo sin arrepentirse de su actitud claramente guasona, pero, oye, necesitaba distraerse con algo y la secretaria tenía todas las papeletas para serlo.

La miró, sonrió, recorrió de nuevo las curvas que el vestido azul marcaba, sonrió, enarcó una ceja, sonrió, se fijó en su escote... sonrió, se fijó en el contorno de sus caderas, no dejó de sonreír y miró su cuello...

Y de repente se le borró la sonrisa.

Y si...

Joder, no, el simple hecho de pensar en acercarse a ella ya suponía un gran motivo para hacer caso a Ewan y a los demás pelmas que lo instaban, día sí y día también, a dejar la bebida.

Pero...

Mierda, qué disyuntiva.

¿Buscar una respuesta cortante o meterle mano para divertirse un rato? Porque, así con la tontería de llevarla a cuestras, se había animado tras tocar carne y no pinchar en hueso.

Y otra razón a favor de su causa era que una mujer como ella agradecería enormemente un «apaño», porque a saber cuándo la pobre le daba una alegría a ese cuerpo.

—Estoy esperando una respuesta —apuntó ella con bastante mala leche, molesta por ser objeto de estudio.

A saber qué nuevas maldades se le estaban pasando por la cabeza...

—Parece que se está despejando el camino —comentó el chófer por el intercomunicador, interrumpiéndolos.

—Sí, eso parece —convino distraído sopesando el conflicto de intereses creado en su cabeza y también un poco más abajo, porque así, con la tontería, ¡se estaba animando!

El vehículo avanzó lentamente hasta detenerse de nuevo y eso para Patrick supuso un contratiempo o un alivio, según se mirase.

Debía dejarse de elucubraciones y actuar de inmediato, pues de nuevo se produjo un pequeño avance sobre el asfalto y, si tardaba más de la cuenta en tomar una determinación, se presentarían en la cueva de la Fea y entonces ya no servirían de nada las neuronas activadas en pensar.

Y ya había perdido unas cuantas ahogadas en alcohol.

Hizo amago de acercarse y, como un adolescente gilipollas e indeciso ante su primera oportunidad de meter mano a una chica, reuló creyendo que un buen bofetón no compensaba.

Se movió en su asiento, disimulando, como si estuviera inquieto, pero llegó a la conclusión de que no tenía edad ni ganas de andarse con zarandajas, así que, como siempre es mejor pedir perdón que pedir permiso, cambió de postura hasta pegarse a ella, quien, sorprendida, lo miró como si fuera un monstruo verde y baboso y se apartó lo poco que pudo.

—La mejor forma de comprobar... —hizo una pausa y sin cortarse ni un pelo recorrió su hombro desnudo con el dedo, quedándose tranquilo al ver que ni tenía escamas ni le salía un sarpullido por tocarla— si en un club de intercambio triunfas es presentarnos allí y ver qué pasa. —Esto último lo dijo con voz ronca, poniéndole los pelos de punta.

Helen disimuló un jadeo, algo aturullada por, uno, tenerlo tan cerca, dos, el tipo de proposición, y tres, la peor, tener la intención de aceptar.

—No tienes más que decírmelo y ahora mismo le doy la dirección al conductor —remató él en tono seductor, haciendo estragos en su determinación.

Ella tragó saliva, lo miró de reojo y optó por no volver a mirarlo, ya que al tenerlo tan cerca cualquier mujer se sentiría confusa; en su caso, además, tal confusión se multiplicaba por cien debido a dos factores: su nivel etílico en sangre y las fantasías que había acumulado en su mente desde hacía años.

El factor estupidez propia también debía tenerse en cuenta, ya que últimamente no daba una a derechas.

—Qué, ¿te decides? —Se pegó aún más a ella, acorralándola entre su cuerpo y la puerta de tal forma que o aceptaba o saltaba del coche en marcha y, la verdad, él no estaba lo que se dice para rescates nocturnos.

Helen quería encontrar una salida digna a ese dilema, en el que estaba, dicho sea de paso, por bocazas. ¿Cómo iba ella a entrar en un sitio de esos?

Además, lo más seguro era que, conociéndolo, él aceptara intercambiarla con el más feo del club con tal de descojonarse de risa y, claro, cualquiera de los posibles candidatos estaría emocionado y encantado de llevarse al huerto a la acompañante de Patrick Baker, porque si de algo tenía fama ese hombre era de, además de vicioso, tener el morro fino a la hora de elegir compañía.

Y si bien el hecho de que la considerasen poco menos que una delicia por ser la

«amiguita» de turno (pese a que nadie podría averiguar la verdad) inflaba su ego, no estaba dispuesta a arriesgarse.

Ella no iba a ser el bocadito tierno de ningún ricachón aburrido y menos aún mono de feria para divertimento de actores asqueados y desencantados.

Tenía que haber algo que le parase los pies...

—¿Y si de verdad nadie quiere y al final tienes que ocuparte tú del asunto? —Se arrepintió inmediatamente de abrir la boca para soltar semejante desafío, como estaba segura de que él lo interpretaría.

Eso pareció frenarlo un poco, o al menos esa fue la impresión que tuvo ella al notar cómo se apartaba unos míseros centímetros.

«Es lista la jodida», pensó Patrick aguantando la risa y, la verdad, su respuesta le había gustado más de lo que debería, pues significaba que, en primer lugar, Helen tenía suficiente agilidad mental como para entretenerlo, algo difícil últimamente, y, en segundo, no tenía nada mejor que hacer, así que... de perdidos al río.

—Tienes razón —convino él y fingió apartarse solo para poder maniobrar mejor.

Ella lo observó de reajo... «Esto no puede ser tan fácil», pensó desconfiando de su aparente rendición.

Patrick reuló en el asiento y así pudo agarrarla de las piernas, tirar de ella y tumbarla sobre la tapicería de cuero sin darle un segundo para defenderse o procesar lo que estaba pasando.

De repente, Helen pasó de ver el asiento delantero a ver el techo y eso no era lo que se dice muy lógico. Menos aún cuando el vehículo avanzaba a paso de tortuga y no había efectuado ningún giro brusco.

Y, por si no estaba lo suficientemente confundida, pasó de contemplar el techo a contemplar unos ojos oscuros que la miraban como si fuera un plato de comida; lo que no le quedó muy claro era si formaba parte de un menú *gourmet* o de McAuto.

—Antes de llevarte a un sitio de esos tengo que estar seguro de lo que ofrezco a mis amigos, no vaya a ser que luego hagamos el ridículo y me retiren el carnet de socio —adujo como si encima le estuviera haciendo el favor de su vida.

Helen gruñó cabreada por lo que sus palabras insinuaban de nuevo, no iba a pasar ni un insulto más.

Sin embargo, se encargó de inmovilizarla bajo su peso y sin mucha resistencia, la verdad —hecho del que debía preocuparse pero más adelante—, consiguió acomodarse entre sus piernas y adoptar una postura de lo más explícita.

—¿Decías? —inquirió burlón al sentir bajo su cuerpo cómo ella se iba amoldando al suyo propio demasiado bien, sinceramente.

Ya sabía lo «cómoda» que resultaba, así que no debía sorprenderse, pero, claro, ahora, al no tener los huevos abrasados, podía fijarse con mayor detalle.

Helen apoyó ambas manos en sus hombros con la intención de quitárselo de encima; no obstante, la gravedad y la envergadura de él jugaban en su contra.

—¡Aparta! —jadeó cuando él movió de forma realmente provocadora su pelvis,

que «casualmente» encajaba con la de ella.

—Me parece que no.

Sin darle más tiempo para replicar o para que le soltara un bofetón, porque las mujeres son siempre imprevisibles y uno, por mucha experiencia que tenga, nunca sabe a qué atenerse, bajó la cabeza y atrapó sus labios, dejándola sin posibilidad de respuesta.

Ella abrió los ojos como platos al percibir lo que debía considerar un asalto en toda regla, aunque fuera suave, persuasivo, estimulante...

«Dejo que me bese y así cumplo una de mis fantasías», se dijo Helen separando los dedos de sus manos y atrayéndolo hacia sí, dispuesta a disfrutar de ese breve instante.

El beso fue ganando en intensidad y ninguno de los dos se dio cuenta de un hecho fundamental: la limusina ya circulaba a velocidad normal, lo que significaba, entre otras cosas, que el final de trayecto se acercaba y que el chófer, ejerciendo sus funciones, podía interrumpir en cualquier momento.

Pero Patrick ni se preocupó, encantado como estaba de tener debajo a una mujer que no protestaba por que la despeinasen o se le arrugase el modelito, o por adoptar una postura horizontal sin previo paso por caja, es decir, llevarla a cenar o gastos similares; ella actuaba de forma natural y le devolvía el beso apasionadamente.

Joder con las feas.

Abandonó su boca y comenzó a estimular la infinidad de puntos sensibles de su cuello, satisfecho con la respuesta de ella y, por supuesto, feliz de que no inundara sus fosas nasales con uno de esos carísimos y asfixiantes perfumes que enmascaran el olor natural de la piel.

Helen no daba crédito a lo que sucedía: se estaba besuqueando con Patrick Baker en el asiento trasero de un coche, muy lujoso, eso sí. Definitivamente había perdido el norte.

—Pellízcame —gimió ella como si quisiera cerciorarse de que eso no era más que un sueño del que iba a despertar en el mejor momento.

—Ahora, en seguida —convino él interpretando a su manera aquella súplica, encantado por cómo se estaban desarrollando los acontecimientos.

Helen ahogó un grito cuando sintió un mordisco en el lóbulo de la oreja, un dolor que, lejos de molestarla, la incendió aún más. Abandonando ya la idea de conformarse con un simple besuqueo, le rodeó el cuello con un brazo y con la mano libre recorrió su espalda; quería llegar a ese firme trasero y palparlo a placer.

Y lo hizo, lo manoseó a su antojo, confirmando con el tacto lo que la vista había avanzado el inolvidable día del derramamiento del café.

Él no protestó ni empezó a indicarle lo que debía o no hacer, tendencia muy habitual en los hombres cuando una tomaba la iniciativa, especialmente cuando la iniciativa abarcaba un estupendo culo.

Tuvo un instante de indecisión cuando, llevada por el entusiasmo, movió esa

mano hacia delante y la detuvo justo sobre su bragueta, notando en el acto su erección, la cual, por cierto, prometía algo más que un revolcón.

Patrick, encantado con los toques de ella, sin duda animada y dispuesta a permitirle continuar, fue dibujando una línea invisible desde el cuello hasta su escote hasta detenerse en la tela que obstruía su camino. Pero nada en ese instante podía frenarlo, así que, sin miramientos y aprovechando que era un escote palabra de honor, tiró de él hacia abajo y liberó una delantera para la que no estaba en absoluto preparado.

—¡Joder! —exclamó atónito, abriendo desmesuradamente los ojos, apartándose y rompiendo en mil pedazos el clímax.

Al oír aquello, Helen cerró los ojos y de repente bajó de las nubes, aterrizando de culo.

Tenía que haberlo imaginado.

Aquello no podía continuar.

—¡Madre del amor hermoso! —prosiguió él en el mismo tono y ajeno a la vergüenza de ella, sin apartar la vista de su pecho.

Helen intentó cubrirse y ya de paso retomar la verticalidad para aguantar como fuera hasta que el coche se detuviera y pudiera escapar corriendo.

—Ni hablar —gruñó Patrick al ser privado de lo que consideraba algo inusual.

Ella, mortificada, aguantó su desvergonzado escrutinio visual, aunque todavía fue peor cuando él tomó en su mano la teta izquierda y la elevó para dejarla caer; después la movió de dentro hacia fuera, como si quisiera comprobar alguna teoría.

Y no contento con ello, procedió a repetir toda la operación con la derecha.

—Dios existe —murmuró desconcertándola incluso más con ese tono de ¿admiración?

—Pe... pero ¿qué...?

Patrick hizo de nuevo las oportunas comprobaciones; el movimiento de sus pechos, tras balancearlos a ambos lados, bambolearlos cual postres de gelatina y elevarlos varias veces, le sirvió para establecer, tras el momento empírico, una teoría ciento por ciento fiable:

—Yo pensé que nunca más iba a poder ver un par de tetas como estas. ¡Sin un gramo de silicona!

Helen cerró los ojos e intentó despertar de esta fantasía reconvertida en pesadilla; con un poco de suerte, al abrirlos se encontraría en su cama, sola.

—Joder, es que no me canso —murmuró él emocionado sin parar de sobetearla.

No podía ser, le estaba tomando el pelo, una vez más, y en esa ocasión ya la cosa pasaba de castaño oscuro, pues había traspasado una línea muy personal, burlándose de su físico.

—Quítate de encima —le instó revolviéndose.

—¿No lo dirás en serio? —inquirió él utilizando su superioridad física para controlarla y que se estuviera quieta—. Tienes una delantera por la que muchos

pagarían una fortuna para poder tener.

—¿Muchos? —inquirió confundida. En todo caso serían muchas.

—Sí —contestó sin apartar la vista de sus pezones, ahora duros, pidiéndole guerra —, muchos tipos pagarían un dineral para que su florero de turno luciera una buena delantera, pero, si te soy sincero, ningún cirujano puede competir con la naturaleza.

¿Eso había sido un cumplido?

—Deja de burlarte de mí.

Patrick, que si de algo podía presumir era de saber manejar los hilos de la gente en beneficio propio —por supuesto—, se estiró hasta el intercomunicador y con voz normal, como si no tuviera una erección, como si debajo no le esperase una delantera impresionante, ordenó al chófer que condujera hasta nueva orden.

—¿Tú crees que esto —mover sus caderas adelantando la pelvis— es broma?

—Entonces, ¿por qué me miras de esa forma tan rara? —preguntó ella con toda la lógica.

—Porque —le juntó de nuevo ambos senos para después dejar que la gravedad se encargara de ponerlos en su sitio— hacía tanto tiempo que no veía algo así que debes comprender que lo disfrute a mi manera. —Lo explicó de una forma tan prosaica como si le hubiera mencionado que debía coger el paraguas ya que iba a llover: su voz habría sonado igual.

—¿Lo dices en serio? —inquirió no solo por asegurarse, quizá llevada un poco por la necesidad de que le regalaran los oídos.

—Sí, tus tetas son dignas de un club de intercambio y seguramente, si me presentara contigo semidesnuda, muchos tipos solo podrían pensar en correrse encima de ti... Hale, ¿ya estás contenta?

Helen negó con la cabeza, pero no por el significado del extraño piropo, siempre y cuando pudiese considerarse aquello como tal, sino por el tono desapasionado que había utilizado.

El mismo que se emplea para contentar a un niño.

Patrick no quería demorar más aquello: había decidido follarse a la Fea en ese momento, animado por lo que esta escondía, y no podía permitirse el lujo de perder el tiempo y acabar reconsiderando la cuestión.

Rebuscó en su cartera y sacó un condón, que dejó convenientemente cerca.

—Veamos qué más escondes —murmuró metiendo las manos bajo su vestido y levantándose hasta dejarlo arrugado en torno a las caderas.

Helen agradeció en silencio que en el último segundo ese metomentodo de Ryan la obligase a ponerse un tanga negro. Porque si su idea original, de bragas blancas de algodón, hubiese prosperado, ahora él, con toda probabilidad, se estaría descojonando de la risa.

Por suerte no tenía que preocuparse por ese detalle, solo tenía que disfrutar, aprovechar esa oportunidad única que nunca iba a volver a repetirse. Así que ella misma lo ayudó a que se deshiciera de su ropa interior y se subió aún más la falda del

vestido para estar cómoda, sintiendo en el acto el cuero del asiento en su trasero.

Vio el preservativo y ella misma lo cogió, rasgó el envoltorio y se levantó como pudo para acercarse a él, que luchaba con su ropa, para enfundárselo.

—Chica lista —la animó ante su iniciativa.

Patrick adelantó las caderas y ella se ocupó de colocárselo con bastante acierto, pese a que le temblaban ligeramente las manos.

De inmediato amoldaron sus posturas para encajar las piezas.

Helen arqueó sus caderas invitándolo a continuar sin más demoras injustificadas y gimió al sentir el primer contacto, cuando él se posicionó para, sin más preámbulos, empujar con fuerza y decisión, de tal forma que se la metió hasta el fondo.

Ni siquiera se había molestado en comprobar si estaba preparada para ello, lo cual añadió a aquella escena un matiz aún más excitante.

No iba a presentar una reclamación por ello, pues, debido a su ímpetu, ese primer contacto, cuando el cuerpo se adecuó en apenas unos segundos a la invasión, resultó mucho más intenso.

—Sí —murmuró ella en voz muy bajita.

Bajo ningún concepto quería que llegara a pensar lo necesitada que estaba, lo cual, por otro lado, era bien cierto.

Él, concentrado en sí mismo, inspiró profundamente; consideró que el primer empujón era el mejor: el brusco contraste de temperatura sobre la parte más sensible de su cuerpo era lo que, a pesar de conocer el procedimiento a la perfección, siempre le resultaba tan adictivo, como si antes de follar su cerebro sufriera una especie de *reset* y se pusiera a cero.

Se apoyó sobre sus antebrazos dispuesto a darle al clásico misionero un poquito más de emoción, ya que, si se limitaba a empujar y frotarse, él seguramente se correría pero dudaba mucho que a ella le ocurriera lo mismo.

—Eso es... —gruñó acomodándose para que el suave cuero de la tapicería no resultara un factor adverso y estropeará aquello.

Sin olvidar que, por alguna extraña e irracional razón, deseaba ver la expresión de la Fea a medida que se iba acercando a su orgasmo, porque de ninguna manera iba a dejarla a medias, y eso, considerando sus antecedentes amatorios, que en la mayoría de las ocasiones podían tildarse de egoístas, ya suponía una importante diferencia.

Helen ahogó un chillido a causa del ímpetu con el que la embestía; por desgracia, hacía demasiado tiempo que no se encontraba en una situación similar; quería controlarse, no parecer tan desesperada y que él no pensara que era un polvo por compasión, así que se mordió el labio.

—Más alto —ordenó sin perder comba al percatarse de su disimulo. Odiaba esa contención en una mujer y no lo iba a permitir; si el chófer los oía, pues muy bien, tan solo confirmaría lo que a buen seguro imaginó cuando le indicó que diera vueltas desviándose de su destino.

Continuó rotando su pelvis y empujándola en el proceso contra la puerta; quería oírla gritar, nada de gemidos solapados ni cosas por el estilo.

—Mmmm —consiguió decir a duras penas.

—Me gusta saber que estoy haciendo bien las cosas —gruñó él sin aminorar el

ritmo.

Ella se llevó un instante la mano a la coronilla al tiempo que intentaba sujetarse de algún modo, ya que entre empujón y empujón su cuerpo iba desplazándose hacia atrás y la carrocería la limitaba bastante.

No quería acabar con un par de chichones, ya que sus envites iban cogiendo cada vez más brío; ese hombre cuando se ponía... no conocía el significado de «poco a poco».

Patrick se dio cuenta y rápidamente la recolocó una vez más, agarrándola de las caderas para poder continuar follando sin mayores contratiempos.

—La próxima vez en una cama, como la gente decente —jadeó sin perder comba, que aquello estaba resultando una faena complicada logísticamente hablando, pero muy satisfactoria en el plano sexual.

Helen suspiró aliviada y pudo al fin concentrarse en lo que estaba sucediendo, más concretamente entre sus piernas. Con los ojos entrecerrados, pudo comprobar que sí, que se lo estaba haciendo con Patrick Baker y que, si no se metía en el partido y olvidaba su nombre para pensar que solo era un hombre, iba a estropearlo todo.

No quiso pararse a pensar lo que significaban sus palabras: eso de la «próxima vez» podía ser peligroso. Muy tentador, desde luego, aunque poco probable, pues la lógica decía que aquello no era nada más que un accidente.

—Y en una cama *king size* —apostilló dejando clara su postura y a ella más confundida.

«Disfruta del momento», se dijo en silencio cerrando completamente los ojos para dejarse llevar; ya tendría tiempo al día siguiente, y durante algunos incontables días, de recordar el nombre de él asociado a lo que estaba ocurriendo.

Eso sí, ponía especial cuidado en no chillar como una posesa y, ni mucho menos, en comportarse como una mujer desesperada por follar con alguien de carne y hueso.

—Quiero oírte gritar —insistió él machacándola, literalmente.

Ella articuló algo parecido a un grito o a un gruñido, completamente absorta; sin embargo, a él no le pareció suficiente. Debía dar una imagen discreta, comedida, aunque acabara con los labios destrozados de tanto mordérselos y la garganta resentida de tanta contención.

Ya que exigiendo no lograba su cometido, cosa extraña, pues por lo que observaba podía decir sin temor a equivocarse mucho que ella, a saber por qué, se reprimía, Patrick eligió un camino mucho más contundente: como hasta la fecha todas, aunque protestaban al principio debido a la sorpresa, lo agradecían enormemente, bajó la cabeza para atrapar uno de esos ricos y duros pezones con los labios y, tras humedecer el primero que pilló con la lengua, lo acogió entre sus labios y tiró de él levemente.

—¡No! —exclamó levantando la voz como él deseaba.

No podía permitírselo, ya que sus pezones, al mínimo contacto, siempre la excitaban sobremanera, y no digamos ya cuando además se añadía un poquito de

dolor.

—Ahora sí —murmuró él satisfecho, pero no del todo al escuchar el primer grito verdaderamente agónico—. Cada vez que gritas se me pone más dura aún.

Estaba seguro de que podía mejorarlo, lo que significaba que, sin saber por qué, se estaba implicando más de lo habitual con ella, pero, ¡qué coño!, se estaba follando a la Fea y bien podía hacer una excepción.

—Por favor... —pidió ella sin tener otras palabras mejores para reclamar lo que necesitaba; su control se iba diluyendo cada vez más y a ese paso no iba a quedar ni un ápice.

La presión del cuerpo masculino aplastándola, la fricción permanente acompañada de los ruidos propios del sexo frenético y casi obsceno, las respiraciones entrecortadas, el sudor acumulado, la constante y certera entrada y salida de su polla entre sus piernas y esos inapropiados ramalazos de dolor en sus pezones lograban que la excitación se fuera acumulando por todo su cuerpo. Que todos los músculos, en especial los pélvicos, se tensaran de anticipación, a la espera de un desenlace que conllevase el alivio.

—¿Más fuerte? —inquirió medio burlón embistiéndola sin descanso para acto seguido desesperarla al frenar de repente—. ¿O más despacio?

Ella, sin tener muy claro de dónde le vino el valor, en respuesta, lo azotó en el trasero, sin calibrar las consecuencias de sus actos; seguramente ya no quedaba ni una brizna de control y él, sin saberlo, había desatado a la mujer que Helen siempre se afanaba en esconder.

—Deja de jugar conmigo —gimió ella levantando las caderas para no separarse ni un solo milímetro.

Él se rio; vaya vaya, se estaba follando a una fiera, lo cual, aparte de gustarle, le daba la oportunidad de esforzarse un poco más, ya que le cansaban en extremo las tías decididas a complacerlo, fingiendo descaradamente; esta al menos se comportaba siguiendo sus instintos. Por supuesto tal atrevimiento exigía una inmediata respuesta.

En ese momento eligió el otro pezón para poder morderlo; no obstante, él nunca era amigo de repetirse y en esta ocasión lo humedeció y tanteó con la lengua para después atraparlo con dos dedos y apretarlo y soltarlo al ritmo de sus embestidas.

—Uno... —Empujón, apretón—. Dos... —Apretón, empujón—. Tres...

Ella, respirando cada vez con mayor dificultad, volvió a atizarle en el trasero, cansada de tanta tontería; para hacerle saber que no iba a permitirselo, le tiró del pelo.

—¡Hazlo ya! —le instó sin importar ya el tono de voz utilizado, muy cercano a la histeria.

Patrick la miró sin entender muy bien qué tipo de reacción interna había sufrido esa mujer para ese cambio tan repentino, el cual, por supuesto, no lo molestaba lo más mínimo, pues sin duda era lo que buscaba desde el primer momento. Odiaba a las mujeres que fingían, tanto para bien como para mal.

—¡Joder, qué fiera! —exclamó en tono divertido, para nada intimidado.

—¡No digas eso! —jadeó molesta con su adjetivo.

Sentía la camisa pegada a su espalda debido al sudor —si de él dependiera, siempre haría aquello desnudo—, pero tenía que adecuarse a las circunstancias, ni harto de vino se detendría para llevarla a una cama, que luego uno se enfría y no hay manera de recuperar el ritmo o, peor aún, ella podía mandarlo a paseo con un recalentón de huevos de regalo.

Sabía que estaba bastante cerca de correrse, pues, con el ritmo que había impuesto, cualquier tipo medianamente sano no resistiría mucho más. El calor con el que ella lo envolvía y la presión que los músculos vaginales ejercían sobre su polla determinaban su tiempo de aguante y este se acortaba por momentos.

Por no mencionar los azotes que ella le propinaba en el trasero y que espoleaban aún más su libido, ya de por sí suficientemente animada.

Iba a suceder lo inevitable y dejarla insatisfecha; sin embargo, ya no podía más. La tensión acumulada iba a romper los diques y en su caso llovía sobre mojado, por lo que retrasar lo inevitable ya quedaba descartado.

—Estoy a punto —jadeó él para advertirla de que su orgasmo iba a ser inminente—. Córrete conmigo... luego no me vengas con que te has quedado a medias.

Helen también había llegado casi a la meta, solo un último esfuerzo y podría gritar con conocimiento de causa.

No pudo ser, tanto esfuerzo y sudor para nada.

De repente, notó cómo él se sacudía encima de ella, tensaba el cuerpo y acababa desplomándose sin el más mínimo cuidado.

No le quedó más remedio que cerrar los ojos y esperar a que él considerase oportuno liberarla y, de esa forma, intentar recobrar mínimamente la compostura, recolocarse la ropa y no mirarlo a la cara, así él no se daría cuenta de que llevaba la palabra «insatisfecha» pintada en la frente.

«Debería haberme quedado quieta», se dijo en silencio mirando el techo cual integrante del cada vez más abarrotado club de las insatisfechas de la que ella podía denominarse socia fundadora, ya que lo más probable era que su comportamiento lo hubiera descolocado. Los tipos como Patrick eran de esos que presumen de dominantes, de llevar las riendas, así que ella, con su desmelene, había terminado por asustarlo y, en consecuencia, se había limitado a correrse para así dar por finalizado el asunto y mandarla a casa como si tal cosa, porque a buen seguro en ese cacareado club encontraría a una dispuesta a seguir sus instrucciones.

«Malditas hormonas, no se las puede tener a pan, agua y vibrador durante tanto tiempo, porque he aquí el resultado».

Patrick pareció recobrar el conocimiento y, sin ni tan siquiera mirarla, se echó hacia atrás y se ocupó de las pruebas del delito: cogió un pañuelo de papel para envolver el preservativo usado y luego otro para limpiarse. Todo ello, ignorándola convenientemente, ajeno a sus pensamientos.

Supuso que ya estaba arreglado cuando le oyó dar las nuevas instrucciones al

conductor y eso pareció sacarla de su ensoñación.

No esperaba nada de él, así que sin ayuda se apoyó en los codos y consiguió sentarse procurando parecer todo lo digna que en esos casos tan desafortunados se puede llegar a ser.

Ahora venía la parte incómoda tras el sexo, cuando una no sabe qué decir o cómo comportarse. Cualquier gesto o palabra podía hacerle quedar como una auténtica estúpida y ya se sentía lo bastante idiota como para aumentar su inquietud.

Y por si eso no fuera suficiente, en su caso tenía un plus añadido, su más que seguro deplorable aspecto.

Si al menos la consecuencia del desaguisado fuera un buen orgasmo...

De reojo vio cómo Patrick se recostaba en el asiento, echaba la cabeza hacia atrás y tenía la decencia de ignorarla para que pudiera volver a poner en su sitio el vestido, aunque lo más seguro era que para él, simplemente, resultaba lo más cómodo.

Batallando con la cremallera consiguió volver a poner el corpiño donde debía estar y miró a su alrededor en busca de su tanga. Al no verlo, decidió no preguntarle, de todas formas el vehículo la llevaría hasta la puerta y caminar unos metros con el culo al aire no era sino una anécdota más de esa desastrosa noche.

Se entretuvo alisando inútilmente las innumerables arrugas del vestido hasta que por fin se abrió la puerta y pudo apearse. No se llevó por delante al solícito conductor por poco; claro que ni loca iba a mirarlo a la cara, no necesitaba saber lo que ese hombre había pensado de ella.

No miró atrás, no se despidió ni tampoco lo oyó decir nada.

Tambaleándose sobre sus tacones, llegó hasta el portal de su edificio y por fin respiró cuando vio alejarse la limusina.

En el ascensor contempló su reflejo en el espejo del fondo y confirmó lo que ya intuía, así que no merecía la pena darle más vueltas. Una ducha y a la cama, con la firme intención de olvidarse de todo; al fin y al cabo, lo más probable era que a él jamás se le ocurriría comentar que alguna vez tuvo un momento tonto, muy tonto, y acabó tirándose a la menos guapa.

Así que por ese frente todo estaba cubierto.

Si además, como cualquier tío, gustaba de alardear de sus proezas, de lo buen amante que era y de lo contentas que se quedaban las mujeres, esas pocas afortunadas que disfrutaban con él, también podía tranquilizarse, ya que, como con ella había sido un fiasco, podía poner la mano en el fuego por que él, como hombre vanidoso, y en su caso con el agravante de famoso, no iba a hablar con nadie de su pésima actuación.

Cerró la puerta y se quedó un minuto apoyada contra la madera, respirando y concentrándose en no ver solo el lado negativo; como diría Ryan, «por lo menos has follado, algo es algo».

Sí, pero, cuando el componente emocional hacía su aparición, jodía las cosas, y si llegar a casa insatisfecha iba unido a un desconocido, al menos podría sobrellevarlo, pero no era así en este caso.

—Seré idiota... —se dijo a sí misma dejándose caer hasta quedar sentada en el suelo con la cabeza entre las manos intentando no convertirse en un guiñapo; para ello nada mejor que no dar vueltas al asunto, lo cual resultaba altamente improbable —. Pero una idiota de proporciones olímpicas.

¿Qué cara pondría al día siguiente cuando su vecino cotilla apareciese a la hora del desayuno y preguntara?

¿El vestido tendría alguna que otra evidencia visible, aparte de las arrugas, de lo que había sucedido?

¿Había alguna tintorería que abriera en domingo?

Unos golpecitos en la puerta la sacaron de sus absurdos pensamientos y se incorporó rápidamente.

¿Quién sería a esas horas?

A buen seguro, Ryan, impaciente y cotilla a partes iguales como el que más, la había oído llegar y, tras dejar a su amante de turno en la cama, porque con toda probabilidad no había pasado la noche del sábado a solas, había ido a indagar.

Aunque...

¿Para qué llamar a la puerta cuando se tienen llaves?

¿Para qué utilizar la puerta principal cuando puedes entrar directamente por la terraza?

Echó un vistazo por la mirilla, nunca está de más ser precavida, y se cayó de culo. Literalmente.

De nuevo golpearon la puerta y de mala manera se levantó, mientras se llevaba una mano a la cabeza, que iba a estallarle en cualquier momento.

El alcohol nunca es buen compañero de viaje, siempre te deja un dolor de tarro de recuerdo y en esos momentos, cuando sus efectos se iban desvaneciendo, aparecían los indeseables remordimientos.

Por si aquello no fuera suficiente castigo, ahora tendría que enfrentarse a ellos, en vez de autoflagelarse, como desearía, a solas.

Respiró; llevó la mano al cerrojo pero no lo abrió.

Más golpes, esta vez más fuertes, lograron que mandara la prudencia de vacaciones y terminara por entornar la puerta, no sin antes mirar de nuevo para cerciorarse de que no era producto de su imaginación y realmente él estaba allí.

—Déjame pasar —gruñó él haciendo gala por enésima vez de su falta de educación e impaciencia—, que no soy el hombre del saco.

Helen se apartó e intentó no hacer más el ridículo preguntándole qué pretendía apareciendo en su apartamento, así que esperó a que Patrick se explayara.

Él, por su parte, actuando como siempre, a su aire, se adentró en el piso y sin pedir permiso se sentó en el taburete anexo a la barra y miró a su alrededor sin entender cómo una persona normal podía vivir en un espacio tan reducido.

Solo de pensarlo le daba claustrofobia.

Ella, aún vestida para la ocasión pero hecha un asco, se acercó a la nevera y preguntó:

—¿Te apetece tomar algo? —La cuestión, además de absurda, resultaba improcedente, pues los dos habían bebido considerablemente, pero a falta de un tema mejor para romper el silencio debía recurrir a los tópicos.

No soportaba ese silencio.

—Agua mineral, Veen Velvet, a ser posible —indicó con cierto desdén pasándose la mano por el pelo, sorprendido hasta él mismo con lo inusual de la petición, ya que en contadas ocasiones bebía algo diferente al *whisky*.

Ella, que se abstuvo de hacer ningún comentario al respecto, sacó una jarra del frigorífico y se dispuso a servirle cual cenicienta obediente, pues así se sentía, pero él puso la mano delante para impedirselo.

—He dicho Veen Velvet, pero si no tienes me conformo con Fiji. No soporto el agua del grifo —alegó al más puro estilo caprichoso como si le fueran a salir ronchones si se acercaba a la jarra.

Sin replicar, Helen optó por la salida fácil; estaba molida, insatisfecha y sin ganas de pelea, por lo que abrió de nuevo el refrigerador, sacó una lata de cerveza y se la puso delante de forma brusca.

Si debido al golpe contra la encimera le salpicaba la ropa cuando tirase de la anilla, podría considerarlo un justo castigo, por su larga lista de impertinencias.

—Buenas noches —le dijo con la firme intención de meterse en su cuarto; eso sí, al tener a tan «ilustre» invitado en casa, la ducha quedaría pospuesta.

No iba a arriesgarse a desnudarse tras una endeble puerta de madera y un no menos debilucho cerrojo.

Patrick apartó la jodida cerveza, que ni siquiera era de importación, y se levantó para seguirla. Se chocó contra ella cuando esta de repente se detuvo y se giró para encararlo.

—Mira, voy a hacer como que no estás aquí, como si fueras un producto de mi imaginación anegada de alcohol, así que —le señaló el sofá que a todas luces parecía un instrumento estropeacolumnas—, buenas noches.

—Lo que ha ocurrido en la limusina ha sido lamentable —murmuró sujetándola del brazo para que no se encerrara en su cuarto y le diera con la puerta en las narices.

No la sorprendió aquel calificativo, pues coincidía del todo en su apreciación, aunque seguramente desde puntos opuestos; para él había supuesto una gran decepción acabar la noche con una simple secretaria poco o nada dada a seguir un patrón de comportamiento estándar.

—Yo también lo siento —murmuró ya hastiada del asunto, soltándose de su agarre.

Sin embargo, Patrick no estaba por la labor de dejar el tema en ese punto y entró tras ella a la alcoba.

Se quedó mirando a su alrededor, esperaba algo más «femenino» o mejor dicho «recargado»; en cambio, se encontró una estancia en la que la sencillez dominaba: una cama, no muy grande eso sí, en el centro; enfrente, un gran armario de puerta de espejo (excelente idea), y solo un cuadro sobre el cabecero, de esos abstractos que lo mismo te pinta un niño o un genio.

—Quiero meterme en la cama y dormir —le indicó señalándole la puerta para que captara la indirecta y la dejara sola.

—Yo tampoco estoy para muchos trotes —dijo él consiguiendo despistarla incluso más que tras verlo llamar a su puerta—, así que, como por suerte dos calles más abajo había una farmacia de guardia... —Sacó del bolsillo de su chaqueta un paquete de ¡doce! condones variados y los tiró sobre la cama.

—¿Has ido a comprar preservativos? ¿Para qué?

Él puso los ojos en blanco ante esas dos preguntas, a cuál más estúpida.

—No seas boba, he mandado al chófer, que para eso está —explicó en ese tonito de déspota que irritaba a cualquier plebeyo—. Respecto a la segunda cuestión... tú misma, estoy seguro de que puedes sacar la conclusión evidente.

Helen gimió frustrada ante la contestación de ese hombre. Se frotó las sienes intentando establecer una línea de pensamiento coherente para llegar a una conclusión entendible, al menos para ella.

Evidentemente, no lo logró.

Cada uno de sus argumentos la parecía más absurdo que el anterior, pues siempre dejaba a un lado la opinión de los demás, solo se preocupaba de su punto de vista.

Patrick, que tampoco se explicaba el arrebató que le había llevado hasta ese miniapartamento, se sentó en la cama y, siguiendo en su papel de aquí mando yo y a quien no esté de acuerdo que lo zurzan, se desprendió de la chaqueta y la corbata e iba a por la camisa cuando ella lo detuvo.

Levantó la vista y la miró unos cinco segundos antes de retomar su idea de desnudarse, que eso de dormir la mona vestido no le gustaba.

—Como broma ya ha durado bastante —le indicó devolviéndole la caja de preservativos, la chaqueta y la corbata.

«Vaya, tenemos escenita», se dijo él poniendo los ojos en blanco.

—Deja de comportarte como una idiota —espetó negando con la cabeza—, sé perfectamente que lo del coche ha sido un fiasco y por eso estoy aquí.

Espera, ¿había oído bien?

—Vaya... —susurró ella sorprendida, y esa vez de modo agradable por sus palabras.

Por lo visto se había percatado de que se había quedado a las puertas, a ver si no iba a ser tan bruto como pensaba al principio...

—No puedo permitir que por tu culpa me baje la media de satisfacción. —Se encogió los hombros mientras se ponía en pie para bajarse los pantalones indiferente al efecto de sus palabras.

Helen, al oírlo, sintió una especie de ebullición espontánea, a la par que se decía a sí misma que tonta era quedarse corta.

¿Cómo podía comportarse de esa forma, como si le estuviera haciendo un favor?

—No estoy para tus estupideces; por favor, déjame sola.

Él se acercó a ella, ahora tan solo llevaba sus bóxers azules, y buscó la cremallera del vestido para desnudarla; eso sí, debía aplicar a la mujer un poco de artes amatorias para calmarla y así evitar entrar en discusiones.

Podía hacerlo.

—Vamos a hacer una cosa —empezó él bajando la voz hasta adoptar ese tono íntimo que derrite a cualquiera por muy cabreado que esté, y en este caso el cabreo alcanzaba cotas muy altas—, te desnudaré y, a medida que vaya descubriendo tu piel, podré ir posando mis labios sobre cada centímetro que quede visible...

Helen no se lo podía creer: de repente, la versión ampliada y mejorada de un seductor o galán de película romántica había aparecido en su alcoba dispuesto a meterle de todo menos miedo. Incluso así no se mostraba todo lo convencida que debiera, pues en el fondo sabía perfectamente quién estaba actuando, eso sí, en exclusiva para sus oídos.

—Después —prosiguió él—, cuando estés completamente excitada, anhelante y con ganas de que me muestre más contundente, puede que...

—No sigas —mintió queriendo apartarse para ni siquiera tener la tentación de olerlo y caer a las primeras de cambio.

«Voluntad», se recordó.

—Puede que me dedique únicamente a contemplarte, tumbada, desnuda, caliente...

«¡Por Dios! ¡Qué buen actor es!», pensó ella derritiéndose poco a poco con cada pasada suave de su mano por la espalda... por el contorno de sus pechos, evitando deliberadamente llegar al centro... Así no había manera de ser fuerte.

Patrick se lo estaba pasando en grande, pues hacía bastante tiempo que no se topaba con una mujer con carne en los huesos, así que, a pesar de que su polla tensaba el tejido de sus bóxers, se entretuvo deslizando las manos por todo el cuerpo femenino, encantado con lo que tocaba.

Bajó desde los costados hacia su cintura y sonrió contra su pelo. Por fin una mujer a la que no podía rodear con ambas manos y tocarse los dedos, una a la que podía agarrarse sin miedo a romperla.

Llegó a la curva de su estómago y de nuevo tuvo que detenerse para comprobar una cosa. Sin mucha delicadeza, la giró y dio un paso atrás para verificar con la vista lo que su tacto había sentido.

—¡No tienes el vientre plano! —exclamó sacándola de repente de su ensoñación romántico-erótica.

Eso era justo lo que ninguna mujer quería oír, menos aún después de unos meses de desorden alimentario.

—Se acabó —sentenció ella apartándose para agarrar lo primero que pilló, una camiseta, y cubrirse—. Fuera de aquí —le ordenó sin levantar la voz.

«¿Cuántos insultos dirigidos a mi persona hacen falta para que abra los ojos y le eche de mi piso de una vez por todas?».

—Pero ¿tú estás mal de la cabeza o qué? —preguntó Patrick acercándose a ella sin entender cómo un halago la molestaba tanto, para una vez que le había salido de forma natural...

Ella, con cuidado de no gritar para no dar la voz de alarma, pues tenía un vecino con un oído extremadamente fino, lo miró y se relamió ante lo que tenía delante, porque al menos disfrutaría de ello, pero al final dijo:

—Como broma, esto ya ha durado bastante. ¿De acuerdo? Ya tienes material suficiente para reírte de mí, así que márchate.

Patrick se pasó la mano por la cara antes de hablar; esa mujer lo iba a volver loco con sus cambios bruscos de humor.

—Definitivamente estás como una puta regadera. Vamos a ver, tú crees que esto es broma —se agarró el paquete con decisión antes de continuar—. Simplemente he dicho la verdad, ¡tu vientre no es plano! —exclamó intentando convencerla de que tal hecho era algo de lo que estar orgullosa.

Sin embargo, Helen no se lo tragó.

Se agachó para recoger del suelo su ropa y se la entregó.

Él, indiferente a la propuesta de expulsión, dejó caer sus prendas de nuevo. La miró sin saber muy bien a qué atenerse; con aquella mujer, uno, por lo visto, fallaba siempre.

Entonces cayó en la cuenta de que muchas como ella, ciento por ciento equivocadas al respecto, estaban convencidas de que su cuerpo necesitaba unos cuantos retoques para parecer atractivas y entonces decidió explicarse, utilizando para ello un tono amable y paciente.

—Vamos a ver, estoy hasta los huevos —la amabilidad brillaba por su ausencia— de palos de fregona con faldas, sin curvas, sin tetas y sin culo. Tú tienes el cuerpo de una mujer normal. ¿Por qué coño te enfadas cuando te lo comento? —Todo lo soltó con actitud exasperada ante los retrasos injustificados que su plan inicial iba sufriendo.

Helen abrió los ojos como platos. ¿Eso era un cumplido?

¡Pues vaya forma de decirlo! Le estaba hablando como si fuera poco menos que tonta o, lo que era peor, queriendo convencerla, a esas alturas, de que ella, la secretaria, era poco menos que la mujer más deseada del planeta, hecho totalmente improbable, ya que había más de un espejo en su apartamento y gozaba de buena vista.

Ante su extraño silencio, Patrick se acercó hasta ella para ver si obtenía un poco de colaboración por su parte, pues resultaba altamente complicado satisfacer a una mujer que se empeñaba constantemente en frenar sus avances con absurdas cuestiones.

—Una... cosita... —murmuró ella estirando el brazo a modo de escudo—. ¿No conoces el significado de la palabra «diplomacia»? —le preguntó con sarcasmo.

Quizá él tuviera razón, pero la forma de expresar una opinión puede cambiar completamente la intención y, claro, si a su extraño tono de perdonavidas le sumas un ego desmesurado, la combinación resultante era de lo más ambigua.

—¿Tú crees que estoy yo ahora como para diplomacia? —inquirió él arrinconándola contra la pared, de nuevo en un tono indolente.

—Pues...

—Tienes que estar de miedo con una camiseta mojada...

No dejó que dijera ni una sílaba más, ya que inclinó la cabeza hasta poder atrapar sus labios y meterle la lengua, de tal modo que ella o respondía a su beso o se asfixiaba.

Al mismo tiempo metió la mano bajo su camiseta y buscó una de las dos razones por las que se había presentado en su casa. Pellizcó, ahora sí, sin titubeos, un pezón, comprobando que ya estaba tan duro como se marcaba bajo la camiseta y, además, que ella dejaba de resistirse.

Helen jadeó, gimió, pero todo ello en voz baja, de forma delicada, como se supone que se comportan las chicas elegantes.

Nada de meterle mano, aunque se muriese por hacerlo, dentro de esos ajustados bóxers.

Nada de clavar uñas, nada de exigir; que él llevara la voz cantante.

Patrick se aplicó bastante, disfrutando de lo que sus manos recorrían, de, ¡oh, milagro!, un cuerpo femenino como Dios manda, disfrutando de su textura y restregándose, por qué no admitirlo, como un perro contra ella.

Definitivamente la metería en la ducha con una camiseta blanca de esas que se pegan bien y marcan a la perfección cada curva. O no, mejor pensado, con una de sus carísimas camisas de seda, que además de adherirse al contorno dan ese toque masculino al cuerpo de una mujer que tanto excita.

Podía sentir cierto pánico al comprobar lo bien que encajaban ambos allí, de pie; sin embargo, lo único que sentía era la imperiosa necesidad de despojarla de la camiseta, tumbarla y disfrutar de un buen polvo, porque si de algo se percató durante el interludio en el coche fue de la fiera que habitaba dentro de la Fea.

—Eso es —murmuró sin apartar apenas los labios de su piel—, deja que ocurra...

De sus duros y apetecibles pezones pasó a su entrepierna; encontró su sexo empapado, sensible, lo que corroboró al meterle dos dedos y acariciar todas las terminaciones nerviosas de su interior.

La penetró con dos dedos y entonces, a diferencia del episodio automovilístico, se dedicó a estimular cada punto interno, para que ella se sintiera cada vez más excitada, más ansiosa por devorarlo y así poder disfrutar, como era debido, de un buen revolcón.

Así que, diez minutos después, cuando la fase de manoseo intenso estaba muy avanzada, cuando solo quedaba un camino que seguir y él, contra todo pronóstico, aún tenía una prenda de ropa encima, se apartó disgustado y preguntó frunciendo el ceño:

—¿Dónde coño está la fiera que me he follado en el coche?

—¿Perdón?! —inquirió parpadeando ante el repentino frenazo de sus avances.

Hasta el momento todo iba perfecto.

¿Por qué se detenía?

—Ya me has oído —protestó Patrick junto a su boca, mordiéndole el labio inferior, de manera claramente provocadora y agresiva, dispuesto a que ella dejara de contenerse de una jodida vez.

Con aquella mujer uno no sabía a qué atenerse, pero no estaba dispuesto a regresar a su casa empalmado y de mala hostia, así que tenía dos opciones: volver a echar un deprimente y rápido polvo para que al menos uno de los dos se quedara medianamente satisfecho, o dos, zurrarla, si era preciso, y así espabilarla de una vez, porque estaba bastante seguro de que la intuición no le fallaba: la Fea escondía algo interesante.

En la limusina le había ofrecido un pequeño avance y él, egoísta como nadie, lo quería todo, de ahí que se hubiera presentado en la guarida de la secretaria.

—No sé qué quieres decir —alegó ella respirando profundamente para no gritarle o empujarlo y acabar con esa tortura de una maldita vez.

—¿No? —preguntó chulesco.

—Nunca hablas claro —le espetó mientras regularizaba su respiración.

Desde luego, qué suerte la suya. ¿Es que ese tipo no podía ser como los demás e ir al grano?

Él resopló, si pensaba que iba a hacerle un croquis...

—Quítate la camiseta —ordenó impaciente.

Helen se cruzó de brazos, «Hasta aquí podíamos llegar», no pensaba acatar ninguna orden.

—Dime qué has querido decir con eso de «fiera» —le instó sin amedrentarse ante la mirada fulminante que un actor famoso, casi desnudo y con una erección evidente, le lanzó antes de levantar los brazos, apoyarse en la pared, bajar la cabeza y volver a atrapar su labio.

—Fiera... —repitió obviando su demanda.

Esperaba algún tipo de explicación; sin embargo, lo que obtuvo fue una sonrisa un tanto siniestra antes de avasallar directamente su boca.

Ella quería, de verdad que quería, no sucumbir; no obstante, resultaba complicado devolver su beso cruzada de brazos, así que los elevó y, tras gemir en su boca, se restregó contra él.

Patrick, complacido, se ocupó de mandar a paseo la cuestionable camiseta y por fin la tuvo completamente desnuda, a excepción de unos zapatos de tacón que no pensaba quitarle hasta después de al menos dos polvos. Una fantasía muy extendida,

desde luego, pero sencilla y fácil de llevar a cabo.

Helen se excitó al máximo al sentir la rugosidad de la pared en su espalda al mismo tiempo que presionaba sus doloridos pezones contra el torso de él, disfrutando de la estimulación que con ello lograba.

Empezaba a darse cuenta de que «fiera» no era un mero insulto.

—Ya era hora —gruñó él complacido cuando por fin ella decidió mandar la contención a paseo y metió la mano dentro de sus bóxers, agarrándole la polla con decisión pese a que en esa postura el movimiento de la mano femenina quedaba limitado.

Iba a poner remedio a ese hecho en breve. Dio un paso atrás y, tras quedarse pasmado, literalmente, con la expresión de ella, mezcla de determinación y deseo, le puso una mano en la garganta de tal forma que ella quedaba obligada a echarse hacia atrás para desde ahí ir bajando la otra mano, con los dedos extendidos, percibiendo en el proceso su respiración agitada, los latidos, arañándola hasta detenerse en su pubis.

Ella aún no había soltado su erección, de la que tiró bruscamente en respuesta a ese pésimo numerito de dominación y él sonrió de medio lado. Ese gesto la puso más cachonda y la irritó a partes iguales, ¿qué se creía, que no era capaz de sorprenderlo?

Sin soltar su pene, levantó la otra mano y se la puso en el pecho, obligándolo a retroceder y liberarla. Después, sin miramientos, le hizo lo mismo, clavándole con mucha más saña las uñas, dejando claro que si quería jugar duro tendría enfrente una digna rival.

—Joder, esto mejora por momentos —dijo él en tono juguetón, dispuesto a todo.

No tenía miedo a lo que ella pudiera hacerle; es más, estaba impaciente por averiguarlo.

«No debo quemar todos los cartuchos en este instante, pero ¿cuándo volveré a tener la oportunidad de traer a mi dormitorio a un hombre así?», pensó sin soltarlo.

La respuesta simple y llanamente podía decepcionarla, *otra vez*, por lo que volvió a empujarlo hasta que él sintió el borde del colchón.

Patrick pensó en sentarse y darle el poder, podía asegurar que ahora ya no lo decepcionaría; sin embargo, fingió presentar batalla y esperar a que ella reaccionase en consecuencia.

Y lo hizo, con decisión se inclinó y le mordió una tetilla mientras que con las manos lo desnudaba por completo y, al más puro estilo *dominatrix*, le bajó los bóxers para después tirarlos por encima de su hombro y, acto seguido, empujarlo para tumbarlo sobre la cama.

—Ni hablar —murmuró él, que nada más sentirla encima se impulsó hacia arriba, la agarró de las muñecas y la inmovilizó sujetándoselas a la espalda.

Helen comenzó a retorcerse para liberarse y con ello consiguió que su sexo se friccionara adecuadamente sobre su erección.

—Suéltame —ordenó mostrando su furia.

—Lo llevas claro —se burló y, aprovechando su fortaleza física, logró tumbarla y

que se quedara quietecita bajo su peso, al menos durante un rato—. Fiera... —murmuró en tono ronco y provocador con la más que evidente idea de que ella reaccionara, a ser posible agresivamente.

Helen intentó levantar la rodilla y asestarle, si no un rodillazo, sí al menos un toque que le diera un susto para que no abusara, porque esa escenita de *machoman* empezaba a sacarla de sus casillas; estaba excitada, cachonda y sudada, la situación menos idónea para un combate cuerpo a cuerpo, por mucho cuerpo masculino que tuviera encima.

—Eres la rehostia —dijo él adulándola, divertido por sus reacciones.

Helen intentó liberarse de nuevo doblando las piernas y apoyando los talones en la cama, pero el hecho de llevar aún los taconazos dificultaba muy mucho su objetivo.

Él, que se había percatado a la primera de sus para nada convenientes intenciones, siguió riéndose completamente encantado con la situación. Puede que *a priori* fuera lo más alejado de un interludio erótico, pero su erección se mantenía.

Metió una mano entre sus piernas, rozando primero con la yema de los dedos su vello púbico antes de introducirlos en su sexo y empaparse con sus fluidos.

—Me encanta esto... —adujo él llevándose un dedo a la boca y lamiéndolo lascivamente sin dejar de mirarla a los ojos.

Tan lascivamente que ella tuvo que apretar los muslos, pero, no contenta con eso, le agarró de la muñeca para ser ella quien se encargara de ese dedo.

Patrick casi se cae de la cama mientras la lengua de ella recorría su dedo, e inmediatamente sintió la imperiosa necesidad de comprobar cómo sería sobre su polla.

La tenía debajo, a su merced, más o menos, así que solo debía desplazarse un poco y ella podría separar los labios y succionarle.

—¿Qué haces? —preguntó ella innecesariamente al ver cómo se iba acercando con una intención más que evidente.

—¿Te lo explico con un dibujo o abres la boca y aprendes sobre la marcha? —preguntó él a su vez en su tono de perdonavidas, como si le estuviera haciendo un favor a ella.

—Deja de hacerte el gracioso —masculló.

Helen tragó saliva, en aquella posición las cosas, su erección para ser más exactos, se veía mucho más grande y además él controlaría la profundidad, la velocidad y cualquier otro asunto, quedando ella casi como un simple receptáculo.

Sin embargo, la extraña idea de que así fuera le produjo una reacción contradictoria, en la que su parte lógica se negaba a colaborar pero su cuerpo, más concretamente su sexo, respondía humedeciéndose ante la insólita propuesta.

Quizá la simple posición de ambos invitaba a lanzarse de cabeza a la piscina y punto.

Mientras, él cumplió uno de sus sueños, frotándose entre sus pechos, apretándolos

una y otra vez para que su polla se viera aprisionada.

—Tienes unas tetas multiuso...

¿Se ofendía de nuevo por aquel comentario o disfrutaba sin más?

Ella se humedeció los labios, una, dos veces y esperó a que él terminara de metérsela entre las tetas. Levantó un instante la mirada y lo observó: con los ojos entrecerrados, una media sonrisa en los labios y completamente despeinado, estaba para comérselo, empezando desde abajo. Y en su caso no iba a tener que esperar mucho para poder lamerlo.

—Te veo impaciente —comentó él un poco burlón—, pero no sufras, vas a poder chupármela todo cuanto quieras.

Dicho esto, avanzó un poco más y pasó la mano por debajo de su nuca para ayudarla a alcanzar su erección.

Ella gimió al sentir cómo se introducía profundamente en su boca e inspiró por la nariz, evitando así que aparecieran las inoportunas arcadas.

Dejó que se la sacara y de nuevo separó los labios, previamente humedecidos, y atrapó el glande, recorriendo con la lengua todo el contorno, saboreando cada punto.

—¿Quieres más? —preguntó jadeando ante la mamada del siglo, pues se la estaba chupando estupendamente, ejerciendo la presión justa y sin rozarle con los dientes.

Sintió cómo ella ponía las manos en su trasero para acercársele aún más, ante lo cual solo pudo sonreír complacido.

Se limitó a dejarla hacer, que ella marcara el ritmo, pues lo llevaba condenadamente bien. Además, él no era de esos tipos que se «alarmaban» en cuanto le tocaban la retaguardia.

Además de estar en la gloria y de ser egoísta, a lo que no podía poner remedio, decidió tensar un poco más la cuerda y ver hasta qué punto ella le seguía el juego. Se la sacó de la boca y, sujetándose él mismo la erección, le indicó que le lamiera también debajo.

No lo defraudó: la boca femenina se encargó de apresar cada uno de sus testículos y proporcionarle sensaciones que le iban a llevar al orgasmo de un momento a otro.

Podía ser un poco más considerado, pero ya que estaban en este punto decidió que no, así que sin miramientos volvió a meterle la polla y esta vez con más violencia, agarrándola incluso del pelo; lástima que lo tuviera tan corto.

Helen se tensó al sentir el dolor pero para su propia sorpresa rápidamente se transformó en algo excitante, y respondió aplicándose incluso más en la tarea de chuparle.

—Joder...

Y todo se descontroló, de repente él empezó a arquear sus caderas, embistiéndola salvajemente y ella aceptando cada uno de los envites sin ningún resquicio de temor, sintiendo a cada momento cómo él se acercaba a su clímax y que de un instante a otro se correría en su boca.

Podía apartarse y devolverle así la pelota por su lamentable comportamiento; sin

embargo, no lo hizo, continuó succionándole y manteniéndolo entre sus labios.

No tardó apenas un minuto, llenándole la boca con su semen caliente y sin apartarse, pues mantuvo su erección hasta que él quiso. Ella, por su parte, cerró los ojos, estiró las piernas y los brazos, casi tan satisfecha como si hubiera sido ella la del orgasmo explosivo.

—Joder... —murmuró él apartándose para quedarse tumbado a su lado— estás en mi *top five* de mamadas. Y te aseguro que esas posiciones siempre están muy reñidas.

Helen podía enfadarse, primero por no ser correspondida, y ya iban dos a cero, y segundo por el comentario; no obstante, eligió reírse. Prefería ser positiva y pensar que esta escena le serviría en un futuro para montárselo a solas con Willy.

Patrick la liberó para tumbarse a su lado y, como cualquier tipo satisfecho, cerró los ojos dispuesto a relajarse y acabar durmiéndose.

Él no parecía dispuesto a mucho más, así que se incorporó y, una vez sentada en el borde de la cama, se dobló con la idea de desabrochar las tiras de sus zapatos.

—Ni se te ocurra, he dicho que vamos a follar con los zapatos y punto. Túmbate, saca un condón y prepárate.

Ella arqueó una ceja ante el tono de superioridad, de mandón y de tú aquí no tienes ni voz ni voto, pero se dejó caer de nuevo hacia atrás.

—De acuerdo —le dijo esperando que por fin igualaran un poco el marcador orgásmico. Estaba más caliente que una plancha y apenas tendría que esforzarse, así que bien podía hacer un pequeño intento por pulsar la tecla indicada.

—Tu faceta sumisa no engaña a nadie.

Patrick la observó un instante y tuvo que admitir que lo de fea debería empezar a reconsiderarlo; puede que la culpa de tal apelativo fuera la suma de dos factores evidentes: su pésimo estilismo y el desafortunado incidente cafetero, pero si la tenía desnuda y alejada de la cafetera podía pasárselo jodidamente bien y prueba de ello era lo que acababa de hacerle.

—Pues agárrate, que ahora voy a devorarte viva —apostilló al más puro estilo *machoman* de película porno.

«Ay, cielo santo, ojalá sea cierto», pensó ella, pese a que ya únicamente por el tono empleado podía gemir de satisfacción, como de hecho ocurrió.

Él la colocó en el centro de la cama y, teniendo la precaución de situar los condones a buen recaudo, le separó las piernas, doblándoselas y forzando un poco la pose debido a sus taconazos.

Helen tragó saliva; no se podía estar más expuesta ante un hombre, si exceptuamos al ginecólogo. Intentó no cubrirse ni ruborizarse en exceso.

Ahora era cuando la tocaba...

Cuando por fin se ocupaba de ella...

Cuando recibía el toque preciso para correrse de una vez...

Sin embargo, él debía de tener otros planes, mucho más siniestros, para ella, pues en vez de acariciarla entre las piernas empezó a recorrer la parte interior de las

mismas, todo con una delicadeza y lentitud exasperantes, y más aún en su caso, cuando estaba tan sumamente deseosa de alcanzar al menos un orgasmo, porque aquella noche parecía evitarla.

Arqueó la pelvis intentando llamar su atención o mostrarle el camino por si acaso él no lo tenía muy claro, pero no hubo suerte. Patrick se limitó a alzar la pierna derecha, colocársela al hombro y deslizar la mano arriba y abajo.

No podía negar que esa estimulación, tan sutil, podía ser un incentivo, un adelanto, pero en aquel instante del todo innecesario.

—No puedo más —protestó ella procurando recuperar su extremidad.

—Sé paciente, la recompensa valdrá la pena —alegó indiferente a su ruego sin mirarla, pues dedicaba su atención al pie femenino—. Se nota que no llevas tacones a menudo, no tienes los dedos deformados.

Helen bufó, ¿de verdad había dicho eso? ¿De verdad en ese instante, cuando la tenía dispuesta y preparada, se estaba fijando en aquello?

Pero tenía razón, en su anterior trabajo usaba tacón bajo, elegante y discreto, nunca se puede destacar más que los jefes o que los clientes.

—No me lo puedo creer... —suspiró negando con la cabeza ante la escena sexual más surrealista de su vida.

¿A ver si va a ser verdad que los famosos son raros?

—Pues créetelo, ni te imaginas la cantidad de mujeres con los pies hechos un asco que van por ahí —confirmó tranquilamente malinterpretando su comentario.

Helen volvió a refunfuñar, ya sin ningún tipo de disimulo.

—Cómo se nota que tú... —Señaló su miembro, que estaba en fase de recuperación.

—Cómo se nota que te conformas con cualquier cosa —retrucó llamándola poco menos que simplona—, el que me haya corrido no significa que haya disfrutado. A ver si nos informamos un poco mejor.

—¿Cómo dices? —preguntó ya sin esperar una respuesta decente, pues él contestaba de una forma carente de toda lógica. De repente se mostraba sexualmente interesado para un momento después distraerse con unos pies.

—Funciono como cualquier otro hombre, es meterla en caliente y zas, se acabó, pero de ahí a disfrutarlo existe una gran diferencia —le explicó tildándola una vez más de ignorante.

—Debo suponer entonces que finges —lo provocó. Ya no quedaba espacio para temerlo; al fin y al cabo era, como él bien había mencionado, como cualquier otro hombre.

—No —aseveró.

Y de nuevo ella se sintió gilipollas.

Patrick dejó la pierna sobre la cama y examinó la otra, le importaba poco menos que un pimiento lo que ella pidiera, primero debía satisfacer su curiosidad; después, por supuesto en breve, se ocuparía de que gritara y de que se corriera

convenientemente.

Cuando lo consideró oportuno, se acercó a ella, colocó ambas manos en la cara interior de sus muslos, con los dedos separados y fue subiendo hasta que sus pulgares rozaron el vello púbico, empapado, para acto seguido separar sus labios vaginales.

Cuando pensaba que ya no iba a ocurrir...

Helen gimió completamente entregada al sentir la primera pasada de su lengua. Ahora que por fin la tocaba, toda la maldita espera pasaba a un segundo plano, ya solo contaba el instante en el que se encontraba.

¡Y qué instante!

—Sensible, húmedo, caliente... Tienes un coño de primera —murmuró separando apenas la boca de su sexo para así continuar buscando y acariciando con la lengua cada recoveco, logrando de ese modo que cada nervio se activara.

Pero quedaba el plato fuerte, que, cómo no, dejó para el final.

Separó aún más sus pliegues hasta que tuvo su clítoris hinchado al alcance de sus labios, lo atrapó entre ellos y tiró con acierto para estimularlo aún más.

Sintió cómo ella se tensaba, se restregaba contra su boca y hacía lo indecible para permanecer tumbada, todo ello señal inequívoca de que estaba a punto de correrse.

Iba a dárselo, podía ser un cabrón sádico si le apetecía, pero esa faceta ya la había explotado bastante durante toda la noche, así que decidió darle el toque de gracia.

La penetró con dos dedos, bien curvados, y con el índice y el corazón de la otra mano golpeó sin piedad el clítoris, oyendo, por fin, un verdadero grito de placer.

Esperó a que ella asumiera su orgasmo y estiró el brazo para coger un preservativo y romper el envoltorio con los dientes, pero antes de colocárselo se restregó contra ella para que la lubricación fuera abundante y después se lo enfundó.

—Ven aquí, fiero —ordenó tirando de ella hacia arriba para que se sentara sobre él y lo montara.

«Vete a freír espárragos», quiso decirle, no por la sugerencia, sino por el maldito tono perdonavidas. Pese a todo, accedió autoengañándose al decirse que lo hacía por voluntad propia, pero sin reconocer que ese tono la excitaba mucho más de lo que hubiera imaginado en un principio.

—Y ahora... —le asestó una palmada en el culo a modo de incentivo, encantado con la posibilidad de contemplar su piel enrojecida y con la sensación de tocar un estupendo culo con sus manos—, a montar.

Helen acató la orden a su manera, nada de mostrarse sumisa. Se posicionó encima de él y le apartó la mano con la que él se sujetaba su erección para ser ella misma quien la guiara a su interior, dejándole bien claro que nada de creerse el amo y señor.

—¿Así? —le preguntó junto a su boca robándole prácticamente el aliento mientras se acoplaban a la perfección.

—Sí —aceptó él mirándola de forma extraña, pero no era para menos, nadie podía haber previsto un final de fiesta de tal calibre y mucho menos haber acertado con la compañía. Si alguien se hubiera atrevido a sugerirlo, Patrick se hubiese

descojonado de la risa.

Helen, moviéndose sobre él, frotándose, gimiendo al tener todo su sexo hipersensibilizado, se inclinó hacia él y con descaro, decisión y ganas, bajó la cabeza para ser ella quien en esta ocasión mordiera su labio inferior.

Patrick gruñó satisfecho y la correspondió pellizcándole los pezones alternativamente mientras ella, ahora sí, lo montaba con desenfreno.

La sujetó con la otra mano, deleitándose con la suavidad de su trasero, el cual no se cansaba de manosear y palmear, consiguiendo que ella lo follara con mucha más devoción y entrega.

—Joder, me vas a dejar seco —acertó a decir empujando hacia arriba tan entregado como ella.

Con ese ritmo, la noche que llevaban, la excitación acumulada y sus respectivos sexos sensibles a no poder más, resultaba inevitable correrse en un tiempo récord.

Él sintió un mordisco en el hombro y a una mujer estremeciéndose en sus brazos. No tardó ni diez segundos en imitarla.

Helen se despertó, como siempre, a primera hora; aun sabiendo que era domingo y que podía haraganear en la cama un buen rato, siempre prefería seguir una rutina. Al menos en ese aspecto no había variado ni un ápice, odiaba el desorden.

Quiso estirarse en la cama y se dio cuenta de que no podía: él seguía allí, pegado como una lapa a su espalda y roncando suavemente.

Giró la cabeza y lo observó por encima del hombro, lamentando no tener el móvil a mano y sacarle una foto para use y disfrute personal.

Había que reconocerlo: maleducado, insolente, egoísta, pero jodidamente guapo. Una combinación irresistible para toda madre superiora que cada mujer lleva dentro. Esa vocación reformadora no resultaba muy oportuna, pero debía estar grabada en el ADN femenino.

Podía ser mala y chafarle su apacible sueño, una pequeña e insignificante venganza por todos los comentarios despectivos sobre su apartamento, su cama y su decoración, porque no se había callado nada; sin embargo, prefirió no despertarlo, ya que, debido al tamaño reducido de la cama, cualquier movimiento lo alertaría y, conociéndolo, se desquitaría volviendo a la carga con su lengua afilada.

En cualquier otra situación, tener a un tipo adosado a la espalda podía considerarse de lo más normal, pero en este caso ella no quería tenerlo tan cerca. Además, por supuesto, de conveniente, ya que un domingo por la mañana podían hacerse muchas cosas interesantes con un tipo así antes del desayuno, pero Helen no podía ver toda aquella situación con la normalidad de otros casos.

Especialmente a medida que iba recordando punto por punto todo lo que, en un momento de locura avivada por la ingesta de alcohol y espoleada por un tipo proclive a sacarla de sus casillas, había sido capaz de hacer. Sin embargo, no podía refugiarse en una excusa tan pobre como absurda, ya que, una vez liberada, como él decía, su fiera interior, no había sido capaz de ponerle freno.

La mano de él sujetaba uno de sus pechos, del cual no se había separado desde que optaron por apagar la luz e intentar dormir.

Y en esos momentos, si se movía, terminaría por despertarlo y lo cierto era que deseaba evitar el mal trago de no saber cómo comportarse y fingir naturalidad.

¿Cómo se comporta una ante un tipo como él, tan imprevisible y faltón como caprichoso?

No acostumbraba a tener rollos de una noche y menos aún con hombres como Patrick. Si a eso le sumabas un entorno de trabajo común, la situación solo podía complicarse por momentos.

Pero ¿dónde había dejado su sensatez la noche anterior?

En el cubo de la basura, desde luego; al igual que en ese instante pues, a pesar de

los miles de inconvenientes, debía reconocer lo bien que sentaba sentir un cuerpo caliente junto al suyo a primera hora de la mañana.

Patrick se apretó aún más contra su espalda, aferrado a su teta y dando muestras de animarse, hecho del todo contraproducente, pues complicaba su idea inicial de levantarse, ducharse y esperarlo ya vestida.

Al menos con la ropa puesta podía presentar batalla, pese a que él, en cuanto hablara, se adueñaría de la situación, dejándola, por enésima vez, desarmada.

Si ya era insoportable durante la mayor parte del día... ¿cómo se mostraría nada más levantarse?

¿Más ofensivo?

¿Más imbécil?

¿Cariñoso?

Esto último parecía poco o nada probable, pero le vino a la cabeza debido a lo que a su espalda sucedía.

Pero, claro, una cosa es lo que una desea y otra bien distinta la naturaleza mañanera masculina, así que optó por quedarse quieta a ver si el patrón de los amantes de una sola noche se compadecía de ella y de su resaca.

Ya que aquello era otra variable que tener en cuenta. Parecía tener una banda de percusión durante el ensayo general metida dentro de su cabeza.

Cuando parecía que la suerte le sonreía, pues solo le tocaba un pecho, oyeron un ruido, procedente del interior del apartamento, que los sobresaltó a ambos; sin embargo, ella en seguida supo de quién podía tratarse.

Y se lamentó en silencio.

Otra complicación más.

Aquello iba a parecer un sainete.

—Silencio —ordenó Patrick, de repente alerta.

Ella también se tensó, aunque seguramente su inquietud tenía un cariz muy diferente.

Él agudizó el oído hasta que de nuevo oyó sonidos, de alguien abriendo y cerrando las puertas de los armarios. Y Patrick, comportándose como el superhéroe de una película de acción, se levantó completamente en silencio, algo extraño para alguien que ha ingerido alcohol en cantidad considerable, y se puso los bóxers y los pantalones, sin hacer el mínimo ruido; todo ello con una cara de concentración increíble.

Ella se sentó en la cama dispuesta a vestirse también e intentar buscar una excusa convincente.

Porque la iba a necesitar.

—Joder, que te quedes quieta —siseó él metido en su papel de salvador.

—Es que...

—Maldita sea, hay un intruso en tu casa... qué pretendes, ¿que nos pille desprevenidos? —la interrumpió mirando a su alrededor en busca de un arma

contundente con la que defender a la chica.

—Deja que yo...

—Joder, pero ¿quieres tener la puta boca cerrada?

Se llevó un dedo a los labios indicándole que se mantuviera calladita y con la endeble lamparita de noche en la mano entornó la puerta y se asomó al exterior, dispuesto a atizar a quien fuera que estuviera merodeando a esas horas de la mañana, por dos motivos: primero, por lo obvio, intentar robar no está bien, y segundo, y más importante, por joderle el sueño, para una vez que dormía de un tirón...

—Maldita sea —graznó al reconocer al intruso que como Pedro por su casa trasteaba en la cocina.

Saltaba a la vista que ese tipo acostumbraba a aparecer por allí, pues el hombre tan solo llevaba un pantalón deportivo y una camiseta de tirantes, de andar por casa. Un atuendo nada apropiado para una visita formal.

Ryan se giró al notar la presencia de alguien, sonriente y con un plato en la mano, y por poco no se le cae al suelo al ver a un actor sin camisa, descalzo y con cara de pocos amigos. Se fijó en su pantalón entreabierto y decidió comprarse unos bóxers del mismo color; sentaban divinamente.

—¿Café? —le preguntó fingiendo normalidad, como si fuera lo más habitual del mundo encontrarlo allí, un domingo por la mañana y con evidentes signos de haber dormido en el apartamento.

Ahora únicamente le faltaba averiguar si antes, durante o después de dormir había hecho algo interesante con cierta amiga petarda.

Esperaba que la respuesta fuera afirmativa, para luego sonsacarle los detalles a Helen, por supuesto.

—Gracias —rezongó acercándose a la barra y sentándose en uno de los taburetes. Se deshizo de su arma defensiva dejándola de cualquier manera sobre la encimera.

—¿Un cruasán? Acabo de comprarlos, están recién hechos. —Ryan, en su papel de perfecto anfitrión, esperaba la aparición estelar de Helen en cualquier momento.

Nada más ver su cara sabría a ciencia cierta qué había pasado, porque ella llevaría, de confirmarse sus sospechas, la palabra «culpabilidad» pintada en la cara.

Y él, por supuesto, tras sonsacarle todos los detalles jugosos, la mortificaría un ratito para divertirse y, por qué no decirlo, morirse de envidia.

Patrick no era muy aficionado a la bollería; sin embargo, tenían una pinta estupenda, así que cogió uno para acompañar el café.

Miró al tipo sin entender qué cojones hacía allí metido, en casa de la Fea y moviéndose con total confianza.

Arrugó el entrecejo... ¿qué clase de relación tenían esos dos?

¿Qué más secretos escondía la secretaria?

Porque, hasta donde él sabía, al tipo ese le gustaba tocar todos los palos y dudaba mucho que simplemente se levantara un domingo temprano para traerle cruasanes a la Fea.

Unos minutos después, la protagonista apareció vestida con un chándal que ya en Los Ángeles 84 estaba desfasado y farfulló un buenos días antes de acomodarse en el taburete más alejado del actor principal; como solo había uno libre, no le quedó más remedio que aguantarse.

Ryan, feliz en su rol de cocinero, les sirvió a todos y a sí mismo, sin perder la sonrisa tonta, a la espera de ver quién de los dos rompía el hielo.

Patrick comprobó la hora y, sin molestarse en disimular, se levantó.

—Tengo que irme —anunció sin ningún tipo de mentira inocente de por medio. Se fue al aseo y después se metió en el dormitorio, de donde salió vestido.

Por alguna razón extraña, Helen esperó una despedida menos abrupta, quizá un «hasta luego» y una sonrisa amable, pero iba lista. Él abrió la puerta y, tras cerrar suavemente, se marchó sin ni tan siquiera mirarla.

Nada más oír el clic del pestillo, Ryan pasó de amigo servil a interrogador profesional.

Le quitó el café, la bollería y por poco no la tira del asiento cuando se colocó a su lado.

—Ahora mismo quiero saberlo todo, hasta el detalle más insignificante. ¡Todo! —exigió adoptando su tono inflexible y dominante.

Ella recuperó su desayuno; necesitaba un analgésico, no un tercer grado.

—No me atosigues —farfulló para luego tomarse el café; a ver si con un poco de suerte la cafeína conseguía despabilarla.

—Oye, me importa un carajo lo que opines. Esta noche ahí —señaló el dormitorio — ha pasado algo realmente serio y tú no puedes quedarte como una pánfila sin contarme nada —dijo él elevando poco a poco el tono de su discurso—. Así que venga, desembucha.

Ella arqueó una ceja; quería mandarlo a paseo, pero iba a resultar imposible, ya que Ryan no se conformaría con un resumen, era de los que querían un pormenorizado informe.

—¿No podemos dejarlo para otro rato? —le pidió con voz cansada.

Además de su dolor de cabeza estaba intentando no sentirse estúpida y dolida por cómo se había marchado Patrick.

—No.

—Está bien, pesado...

Helen inició su relato por la parte más aburrida, contándole el inadecuado comportamiento de su acompañante durante toda la gala y la posterior recepción.

Ryan sonreía como un tonto, encantado; puede que esas andanzas fueran poco menos que un aperitivo antes del plato principal, pero nada mejor que dejarla hablar para que se fuera soltando y acabara narrando toda la velada.

—O sea, que los dos terminasteis bebiendo mano a mano y luego, borrachos como cubas, acabasteis en la limusina. ¿Y allí... hubo tema?

—Al principio no —respondió sin mirarlo; sin duda aún iba a ruborizarse unos

cuantos días más al recordarlo—. ¿Crees que fui yo la que lo provoqué? —preguntó molesta por la cara que ponía.

—La verdad, y no te mosquees, es que anoche, con ese vestido, tus tetas pedían a gritos un poco de acción.

—Gilipollas —le espetó fulminándolo con la mirada y, como él continuaba burlón, arrugó una servilleta de papel y se la tiró.

—Vale, no vuelvo a decir nada de tus tetas. Continúa —pidió tras cruzar los dedos a su espalda; ni loco iba a abandonar el tema de su delantera.

—Surgió un tema... —buscó la palabra adecuada, no porque Ryan se escandalizase, sino para no sentirse incómoda— en fin, unas mujeres de la fiesta lo invitaron a un club de intercambio.

—¿Y te llevó allí? —preguntó emocionado y a la vez con un deje de envidia.

—No. Porque dijo que, de haberlo hecho, habría salido perdiendo, ya que iba a resultar casi imposible intercambiarme. —Hizo una mueca triste.

—Un momento, que me aclare. No te llevó a ese local pero... ¿Qué le hiciste para traerlo a tu casa, so picarona?

—¡Nada! —exclamó completamente sincera—. Simplemente una cosa llevó a la otra y bueno, en la limusina él... se acercó..., demasiado..., y...

—Y follasteis, dilo todo. —Ella asintió—. Joder, y yo mientras en casa con una rubia de bote que no sabía ni chuparla... —se quejó amargamente—. ¿Y cómo lo engañaste para que subiera?

Helen no sabía muy bien cómo responder a esa pregunta, pues cuando se bajó de la limusina en ningún momento dijo nada ni mucho menos hizo nada para atraerlo.

—Eso es lo más extraño... —reconoció Helen—. Ni siquiera se despidió de mí cuando el chófer me abrió la puerta. Ni me miró. Él se había quedado satisfecho, así que supuse que ya no tenía fuerza para más...

—¿Tú estás tonta o qué te pasa? Ay, lo que tienes que aprender de los hombres —sugirió llamándola poco menos que ignorante.

Otro que la insultaba, qué manía.

—Oye, que no es el primer tío con el que me acuesto —alegó enfurruñada.

—Pues no lo parece. Mira, si el tipo se lo pasó medianamente bien contigo en un espacio tan reducido como un vehículo, lo más probable es que se quedara con ganas de más —aseveró convencido de que Helen necesitaba creérselo del todo y nada mejor que subirle la autoestima para ello.

—Se presentó más tarde y bueno... tampoco fue muy amable que digamos.

—Si consiguió quitarte las bragas, lo fue. ¿Qué te dijo?

Helen puso los ojos en blanco.

—Por lo visto opina lo mismo que tú respecto a mi pecho y, además, me dijo que no tenía el vientre plano.

—Mmmmm.

—Mmmmm, ¿qué?

—Es que si te digo lo que pienso, dejarás de hablarme —se burló Ryan con la intención de crear expectación porque iba a soltarlo sí o sí.

—Como me vengas con esa tontería de que los tíos prefieren a las rellenitas...

—¡Es la puta verdad! —adujo sonriente y, para dar más énfasis a sus palabras, adoptó un tono seductor y añadió—: Me encanta ver a una mujer con carne en los huesos, abarcar sus tetas con las manos... —se colocó tras ella para así poder hablarle al oído— acariciar un buen culo antes de follármelo y no tener miedo a que se me clave un hueso al agarrarla.

Helen tembló ligeramente, no sabía quién era más peligroso, si el Ryan tocapelotas o el seductor.

—Eso decís todos, pero luego no invitáis a salir a una cajera de supermercado, siempre lleváis del brazo a una tía despampanante. Y tú el primero —lo señaló de forma acusatoria—, así que ahórrate el discursito políticamente correcto porque no me lo trago.

—Eso lo dices por lo que «tragaste» anoche, ¿no?

—Me voy a la ducha —anunció al sentirse colorada como un tomate maduro por su insinuación.

—Vale, so guarrilla, pero, la próxima vez que te ligan a un famoso, llámame y ¡deja que mire un poco! —se cachondeó Ryan a su espalda.

Helen hizo caso omiso de sus carcajadas, levantó el dedo corazón y se encerró en el baño.

—Jodido sol —masculló saliendo del edificio y poniéndose una mano a modo de visera para que sus sensibles ojos no sufrieran—. Esto me pasa por madrugar.

Lamentó haberse olvidado unas gafas de sol, pero no le quedaba más remedio que aguantarse; claro, su idea inicial cuando salió de casa hacía unas horas no era terminar pasando la noche fuera: siempre se mostraba bastante quisquilloso a la hora de dormir y por eso prefería, una vez realizadas las actividades oportunas, regresar a la comodidad y soledad de su dormitorio; nada peor que una mujer a primera hora de la mañana esperando cierta amabilidad.

Le hubiera gustado quedarse en la cama, la suya, como cualquier hijo de vecino en un día festivo, al menos hasta la hora de comer, y no tener que ejercer de salvador y todo para nada, porque el numerito del vecino amistoso tenía guasa.

Hacía mucho que no quedaba como un gilipollas ante desconocidos; su orgullo en situaciones como aquellas se resentía. Igual que cuando tropiezas y caes al suelo: te preocupas más de que nadie te haya visto caer que de los posibles daños.

Y para colmo de males, iba vestido de traje, desentonando como el que más; a esas horas solo los domingueros se aventuran a salir a la calle para comprar la prensa o sacar al perro.

A él le enviaban los periódicos a casa y no tenía chucho.

Caminó con las manos en los bolsillos, con cara de mal humor; esperaba que por lo menos apareciera un taxi sin tener que esforzarse demasiado. Menos mal que la Fea no vivía en el más allá, es decir, a las afueras, y en seguida divisó uno.

No estaba acostumbrado a ocuparse de esas minucias, pero hizo un esfuerzo y levantó el brazo. Esperaba que el taxista no lo reconociera y pudiera llegar a su refugio en el menor tiempo posible y sin mayores contratiempos; nunca se mostraba amable con la gente y ese no era buen día para cambiar de parecer. Que uno tenía ya una edad y ciertas costumbres muy arraigadas.

Si en su momento no le hubieran pillado conduciendo puesto hasta las cejas, no solo de alcohol, ahora podría circular como una persona normal, cosa que hacía ocasionalmente, pero... ¿qué tipo de famoso sería sin un escándalo adecuado a sus espaldas?

¿Qué iba a contar un día a sus sobrinos y demás parientes cuando no fuera más que una simple vieja gloria necesitada de gente que le prestara atención?

Pues ese frente ya lo tenía bien cubierto, batallitas para entretener no le faltaban, y la noche anterior podía considerarse una más que sumar a la lista, pues se había lucido.

Su resistencia a la bebida le permitía, más o menos, soportar el dolor de cabeza; ahora bien, la otra actividad nocturna realizada, ya era otro cantar, pues últimamente

no se prodigaba mucho en lo que a desenfreno erótico se refería, ya que se encontraba en una especie de apatía sexual, quizá alentada por la cantidad de petardas que pululaban a su alrededor: ni viéndolas desnudas se excitaba, sino más bien todo lo contrario.

Así que había sido ver un buen par de tetas y volverse casi un maniaco sexual y si encima le estaba haciendo un favor a la chica...

Sonrió con cinismo, joder con la Fea, por lo visto andaba tan necesitada como él, porque no concebía otra explicación posible.

O era un caso de necesidad extrema o sencillamente se había topado con una devoradora de hombres camuflada, porque, ¡joder, qué fiera!

Así que, con toda lógica, su cuerpo pedía a gritos una cama amplia, en concreto la suya, donde estirarse, porque precisaba un buen sueño reparador, ya que la Fea le había dejado seco. Por supuesto, en el buen sentido de la palabra, eso no podía negarlo, pero aun así un buen descanso le vendría de perlas.

Tuvo suerte y el conductor no le molestó e hizo el recorrido de forma diligente, así que en menos de media hora se encontraba a las puertas de su casa unifamiliar, donde por fortuna ese domingo podría tirarse despreocupadamente en el sofá, comer cualquier cosa o sencillamente vagar a gusto, ya que Davinia tenía órdenes de cogerse el día libre.

No estaba de humor para meterse a aguantar el sermón de mamá gallina preocupada de su asistenta y que le estallara la cabeza; después de una noche ciertamente extenuante, su resistencia estaba bajo mínimos y, si cierto guionista metido a intruso no hubiera aparecido, ahora estaría durmiendo, apretujado eso sí, pero la mar de a gusto.

Caminó despacio hasta la entrada principal y abrió la puerta con un único pensamiento en mente...

—¿Dónde cojones te habías metido? —preguntó una voz desde el interior, sobresaltándolo.

—Joder, qué susto, tío —protestó Patrick, llevándose una mano al corazón y mirando a su mejor amigo como si fuera el demonio, con rabo y cuernos incluidos—, que no es hora de un sermón; además, es festivo, hoy no trabajas —le espetó negando con la cabeza; por lo menos podía haberle advertido de su presencia, no aparecer de la nada.

Con el sobresalto se le habían caído las llaves al suelo y, mientras se agachaba para recogerlas, se dio cuenta de que haberle dado un juego a su amigo por si tenía una emergencia no tenía por qué ser buena idea, ya que este podía colarse en su casa, como de hecho había sucedido.

Pero le debía la vida a Ewan, y este respetaba, más o menos, su intimidad; además, él había prometido no volver a cometer ninguna tontería, así que consideraba conveniente que su representante tuviera unas copias, por si acaso.

—Te lo advierto, no estoy para charlas moralizantes ni nada que se le parezca.

—Buenos días, a ti también —le contestó Ewan con ironía percatándose del atuendo de Patrick.

Saltaba a la vista que había pasado la noche fuera y con toda probabilidad acompañado. Esperaba que en los brazos de una mujer y no cometiendo alguna estupidez, que últimamente estaba bastante tenso y podía recaer.

Patrick refunfuñó y entró en su chalet con la vana esperanza de cumplir sus objetivos, así que se dirigió directamente hacia su dormitorio, con la firme intención de tumbarse a la bartola, pero, claro, si Ewan se empeñaba en tocarle la moral, la cosa no saldría bien.

Y su amigo, a la hora de joder planes, no tenía rival.

Jodido Ewan y sus inoportunos rapapolvos.

Como era de esperar su representante lo siguió, obviando sus deseos; sin embargo, a Patrick le traía sin cuidado si tenía público en esos instantes, pues había empezado a desnudarse nada más pisar su cuarto; ya había tirado la chaqueta del traje de cualquier manera y en breve la seguirían sus pantalones y demás prendas.

—Se supone que habíamos quedado a primera hora para ir a correr —le espetó el representante cruzándose de brazos, en una actitud odiosamente responsable. Actitud, por otra parte, que Ewan se obstinaría en mantener cuanto más se empeñara Patrick en mandarlo a la mierda.

El aspirante a vago, sentado en el borde de la cama, lo miró de reojo mientras se quitaba los zapatos y los calcetines.

—Ah, pues pensé que con esa ropa ibas a la oficina —ironizó regresando a su tarea nudista tras señalar su atuendo deportivo perfectamente conjuntado y de marca.

—Hoy estás más gracioso de lo habitual —murmuró Ewan paseándose por el dormitorio, indiferente al hecho de que su amigo se fuera a quedar en pelotas, no sería la primera vez—, pero no vas a darme esquinazo. ¿Dónde has pasado la noche?

Patrick sonrió enigmáticamente.

—¿No vas a preguntarme también con quién? —Ya completamente desnudo, se incorporó y se encaminó hacia la ducha, confiando en que allí se quedaría a solas.

No hubo suerte.

Abrió los grifos de su cabina y programó el termostato para obtener la temperatura adecuada, aun sabiendo que tenía público. Si con un poco de suerte Ewan solo se dedicase a mirar y no a tocarle las pelotas...

—Supongo que con una gata salvaje, tienes el cuello y los hombros con marcas, así que esa parte de la historia me la imagino yo solo —le espetó sonriendo de medio lado y, como la conversación iba para largo, se sentó en uno de los bancos de madera a la espera de que acabara; así lo martirizaba un poco y terminaba por enterarse de toda la historia.

Al menos pudo respirar tranquilo, no había cometido ninguna locura.

Patrick lo miró extrañado antes de acercarse a toda prisa al lavabo, alarmado por los comentarios de Ewan.

—Maldita sea —exclamó mirándose en el espejo y comprobando que esa fiera le había marcado con uñas y dientes—, y deja de mirarme como si a ti nunca te hubiera pasado algo así. Joder —repitió examinándose la piel.

—Vaya, pues debiste de pasártelo bien —se pitorreó sonriendo de oreja a oreja al ver la cara de disgusto que ponía el afectado al comprobar sus heridas de guerra.

—Mierda... —se giró una y otra vez para contemplarse desde todos los ángulos posibles sin poder creerse lo que veía—, la Fea se cebó conmigo —masculló evidenciando su cabreo por tener que lucir marcas en su cuidada piel.

Ewan abrió los ojos como platos y se levantó inmediatamente.

—¿Has dicho la Fea?

Patrick gruñó; así, a lo tonto, en un despiste, había abierto la boca más de lo necesario y ahora iba a tener que armarse de paciencia para soportar al perro de presa que le miraba el culo.

—Espero que desaparezcan, a ver cómo me presento yo en el trabajo con esta pinta... Joder, y encima con la afición que tienen por sacarme en camiseta de tirantes de currante pobre.

Ewan se rio entre dientes ante el tono quejica que había utilizado. Cierto que las chicas de vestuario andaban como locas por no vestirlo; no podía culparlas, pero tampoco era para tanto.

De todas formas, ese dato perdía su gracia, pues el tema realmente interesante era confirmar con quién se había «peleado» la noche anterior.

—Anda, date una ducha mientras preparo el desayuno —terminó diciéndole para que se confiara y así poder sonsacarle después debidamente. Aún no se acababa de creer que un tipo tan «especial» a la hora de elegir compañía femenina hubiera terminado acostándose con una mujer como Helen.

Porque, hasta donde él sabía, «la fea» solo podía ser la secretaria. Dudaba de que hubiera conocido a otra mujer a la que poner el mismo calificativo, al parecer Helen tenía la exclusiva.

Y no, porque desde su punto de vista, ella no fuera apetecible, simplemente no coincidía con los estándares de «calidad» que Patrick, en su faceta de gilipollas, exigía.

A saber el motivo por el cual había cambiado de opinión...

Con todo esto en la cabeza, salió del cuarto de baño elaborando mentalmente una lista de preguntas para su amigo, porque se moría de curiosidad.

Patrick, ajeno a esos tejemanejes pues ya bastante tenía con los propios, se metió en su cabina de los mil chorros sabiendo que su amigo solo le había concedido un aplazamiento y que en cuanto bajara a la cocina iba a tener que confirmarle la identidad de la fiera.

No le gustaba, pero nada, tener que admitirlo, ya que, después de haberse explayado con comentarios despectivos dirigidos a su persona, nadie podría haber imaginado, empezando por él mismo, que acabaría follando con ella.

Y follando en mayúsculas. «No, ese dato mejor no mencionarlo», se recordó en silencio.

Desde luego, era para darse de cabezazos, porque a bocazas no lo ganaba nadie, menos mal que había merecido la pena.

Farfullando de todo, acabó de darse una ducha, sin aprovechar el efecto relajante de los chorros, pues su mala leche iba en aumento.

¿Dónde tenía la puta cabeza para desnudar a la secretaria? Bueno para desnudarla, manosearla, lamerla, follarla y dormir con ella, para ser exactos.

Esa pregunta no tenía respuesta o al menos una que le gustase, así que era mejor olvidarla.

El problema venía ahora, no por ella, pues sabía cómo ignorar a una mujer para que no le diera la turra, de eso iba sobrado de experiencia; además, dudaba que ella quisiera atosigarlo en público, más que nada porque, con el primer rechazo y el consiguiente ridículo, desistiría.

La verdadera complicación lo estaba esperando abajo haciéndole el desayuno, pues sabía que Ewan tenía una especie de afán protector con la Fea, o, como empezaba a sospechar, un interés que iba más allá de la cortesía.

Menudo cabronazo estaba hecho Ewan, camuflaba el cazador que todo tío lleva dentro con su disfraz de hombre tierno y comprensivo. Y así, como bien sabía, se las llevaba de calle.

Él nunca había necesitado montar ningún numerito para llevarse a una mujer al huerto; desde que tenía memoria más bien su problema era el contrario, pero de vez en cuando imitaba a su amigo, para divertirse y probar cosas nuevas.

—Joder, ha habido ensañamiento —farfulló mientras se secaba y volvía a examinarse. Incluso se miró el trasero por si acaso también allí llevaba la firma de esa maníaca sexual.

Le hubiera gustado quedarse así, en pelotas, pero haría un esfuerzo y se pondría algo encima para bajar a la cocina.

Daba gusto abrir los cajones del vestidor y encontrarse toda su ropa planchada y ordenada; Davinia era un sol de mujer y lo cuidaba como una gallina a sus polluelos, hecho del que a veces se cansaba, pero que agradecía en silencio.

Con un pantalón de deporte y una camiseta, decidió que había llegado el momento de enfrentarse al inquisidor general y posponer su deseado sueño reparador, aunque buena falta le hacía: su rostro reflejaba el cansancio.

Y allí lo encontró, tan cómodo en su cocina ultramoderna, tomándose un café.

—Creí haber entendido que me prepararías un succulento desayuno —murmuró con sarcasmo sirviéndose una taza de ese café recién hecho.

—Si quieres puedo intentar hacerte unas tostadas —comentó.

Ambos se conocían perfectamente y ninguno de los dos hubiera sabido prepararlas, así que mejor no quemar ningún cacharro de Davinia.

—Déjalo, ya me han dado de comer.

Ewan arqueó una ceja; no hacía falta decir dónde, por lo que se sentaron cómodamente. Aquel era uno de esos escasos momentos en los que podían relajarse y hablar sin disimulos, sin mantener las apariencias, especialmente Patrick, que pocas veces se mostraba tal cual era en realidad.

—¿No vas a preguntarme qué pasó?

—¿Vas a contármelo?

Patrick se pasó la mano por el pelo aún húmedo e hizo una mueca, no de desagrado, sino todavía de asombro, y es que no terminaba de asimilarlo.

—Joder, es que no me lo explico ni yo. Y... oye, lo siento, si de verdad estabas interesado en ella... —Desde luego qué cosas pasaban... si veinticuatro horas antes alguien le hubiese mencionado que dos tipos, de buen ver (no había por qué ser modestos), iban a mantener una conversación así, con una fea de protagonista...

—Esa no es la cuestión —comentó Ewan—, lo importante aquí es si lo has hecho para reírte de ella. Sé que a veces eres cruel y un cabronazo, pero no creo que una mujer como Helen se merezca algo así.

—Joder, hablas como mi querido hermano. Ya tengo a Owen para dar por el culo con la responsabilidad, así que no me des la tabarra con eso —se defendió molesto; solo se la había tirado, por favor, ni que fuera un monstruo, que había sido consensuado y, además, así ella tendría algo que contar a sus nietos.

Un dos por uno.

—Te lo menciono porque nos conocemos... —Lo señaló con el dedo—. A veces, casi siempre, no miras, no preguntas. Actúas sin tener en cuenta la opinión de los demás, solo te preocupas de ti mismo.

—Pero ¡por el amor de Dios! ¡Sí que te ha dado fuerte con ella! —Levantó las manos en señal de rendición—. Pues toda tuya, colega, pero permíteme que te dé un consejo, búscate unas protecciones, mira cómo me ha dejado.

Ewan negó con la cabeza; ese precisamente era el tipo de comentarios que le hacían parecer un imbécil insensible.

—Yo no he dicho que esté interesado en Helen —apuntó con cautela, pues no estaba siendo del todo sincero. Si bien se le había pasado por la cabeza invitarla a salir, luego tampoco se había esforzado en llevarlo a cabo.

—Entonces aclárate. Y deja de darme el coñazo con el temita. Tengo la cabeza como un bombo —dijo de mal humor.

—Lo que intento decirte es muy simple, colega. Helen no es una de esas petardas con las que vas y de las que puedes burlarte indefinidamente, ya que son incapaces de entender el sarcasmo. Estamos hablando de una mujer a la que vas a ver con toda probabilidad a diario y que no se merece ser el centro de tus burlas.

—Vale, muy bien. Ya me has tocado suficientemente los cojones —estalló cabreado—; si tan lista crees que es, estoy seguro de que sabrá defenderse, y si tan buena parece, ¿por qué tengo la espalda hecha un asco?

Ewan puso de nuevo la cafetera en funcionamiento, iban a discutir un buen rato.

Lunes, 9.00 a.m., aparcamiento.

—Definitivamente hoy pareces la hormiga atómica.

Helen se bajó de la moto con cierta dificultad debido a su atuendo, poco apropiado para ir sobre dos ruedas, se quitó el casco y se lo pasó de malas maneras a su admirador número uno, quien llevaba veinticuatro horas de atosigamiento intensivo.

Bastante tenía ella con ese runrún interior a medida que se acercaba la hora de ir a trabajar. No necesitaba precisamente al enemigo en casa recordándole constantemente su episodio del fin de semana.

Porque Ryan, a la hora de acosar, no tenía rival, era un perro de presa, dispuesto a aburrirla con tal de sonsacar hasta el último detalle de algo de lo que no deseaba hablar.

Para eso ya estaba una vocecilla interior que no cejaba en su empeño de recordárselo, pese a los mil y un intentos de concentración que llevaba a cabo.

Y por si eso no fuera suficiente, en cuanto John la viera aparecer se dedicaría a preguntarle sobre los pormenores de la fiesta, todo con muy buena intención, desde luego, pero para ella supondría un gran esfuerzo no ponerse como un tomate.

—Es que ese «modelito» me trae por el camino de la amargura —prosiguió Ryan sin darle espacio, mientras entraban en el ascensor.

Para dar más énfasis a sus palabras, se apartó de ella tratándola cual pirada recién salida del hospital psiquiátrico.

«De acuerdo, un peto vaquero, largo hasta los pies, y una camiseta marrón no entran en ningún catálogo de tendencias», reflexionó ella mordiéndose la lengua para no darle más munición con la que atacarla.

—Mira, si tu intención es presentarte a «Granjero busca esposa», ya tienes mi voto, pero, chica, es que no le veo otra utilidad a eso. —Al decirlo señaló la prenda, sin tocarla y poniendo cara de absoluto asco.

Helen se ajustó las gafas y prefirió concentrarse en respirar, respirar y respirar, para no responderle de forma contundente. Sonrió para sí; cuando se enterase de que tenía otro muy similar, con estampado a cuadros escoceses... iba a caerse muerto del susto y del disgusto, pero en la tienda había una oferta de dos por uno y no pudo resistirse.

Qué más daba, eran prendas bien confeccionadas, así que cumplían su misión: cubrir su desnudez, nada de marcar curvas o insinuar.

—Por lo menos lo podrías haber cortado y enseñar un poco las piernas, así tendrías esa imagen de granjera revoltosa dispuesta a ir al pajar a pasar un buen

rato... Sexo campestre, ya me entiendes. —Ryan seguía al ataque. Ni loco iba a ceder con su amiga. Se había propuesto «reformularla» y su primer objetivo iba a ser que desechara su vestuario—. Joder, es que hoy es uno de esos días en los que podrías pavonearte delante de todas las mujeres que trabajan aquí y de mí, por supuesto, restregándonos por la cara que te has tirado a...

—Baja la voz —siseó ella interrumpiéndolo; ni loca admitiría algo así en público.

Todos pensarían que lo había drogado o, lo que era peor, que él solo había hecho un acto de caridad. O, sencillamente, que se lo estaba inventando cual fan desesperada. Y tenían suficientes argumentos para criticarla como para añadir uno más.

Ya estaba lo suficientemente mortificada con la idea de que él se fuera de la lengua para que encima Ryan lo proclamara a los cuatro vientos, cosa que se moría por hacer y que ella debía impedir.

—No te entiendo... Si yo me hubiera follado a... —riéndose ante el apuro de su amiga, miró alrededor por si tenían oyentes indiscretos al salir del ascensor— ese tipo, ahora mismo todos los aquí presentes estarían verdes de la envidia.

—Yo no soy como tú.

—Eso es evidente —masculló siguiéndola para observarla desde atrás; quizá desde otra perspectiva el modelito tuviera una segunda oportunidad.

Ni aun así...

Llegaron hasta la mesa de trabajo de Helen y ella, toda profesional, encendió su ordenador e intentó ignorar a Ryan.

—Bueno, ya veo que estás imposible. Me voy a producir un poco, ahora estamos metidos de lleno en el capítulo donde tu amante se lía con su exmujer —se guaseó sin piedad antes de marcharse.

—Ten amigos para esto —dijo entre dientes.

Lunes, 10.30 a.m., despacho de John.

—Gracias, Helen —indicó Mills sonriendo ante el resumen de su secretaria.

No se sentía para nada sorprendido de la actitud de su fichaje estrella, aunque hubiera preferido, obviamente, que su comportamiento hubiese sido diferente.

Pobre Helen, lo que tuvo que soportar. Se alegró enormemente de haberla contratado, cualquier otra ya hubiera puesto el grito en el cielo quejándose sobre el señor Baker y sus costumbres.

—¿Alguna cosa más? —preguntó ella sintiéndose liberada al haber pasado ya ese mal trago. Después de todo, contarle a su jefe cómo fue la cosa, por supuesto ofreciendo la versión para todos los públicos, había sido menos sofocante de lo que pensó en un principio.

Además, el hombre se lo había puesto realmente fácil, pues, al haber leído ya las

crónicas oficiales aparecidas en la prensa, solo le había preguntado por asuntos generales y, como ninguna noticia reflejaba nada alarmante sobre el comportamiento de Patrick, podía sentirse satisfecho.

Recogió unos documentos que le tendía su jefe y se encaminó hacia la puerta dispuesta a cumplir con sus obligaciones rápidamente.

—No, y gracias de nuevo. Ah, y si Maggie pasa por aquí, hazme el favor de decirle que no estoy. Esta mañana ya me ha calentado la cabeza en la cafetería.

—Por supuesto.

Perfectamente consciente de que la *superstar* no se rendiría con tanta facilidad, regresó a su puesto de trabajo, decidida a continuar con sus labores; pudo llevarlas a cabo medianamente bien, ya que, mientras iban avanzando los minutos y nadie iba a preguntar ni a interesarse por su fin de semana, dio por hecho que su secreto estaba a salvo y que, por tanto, ya podía sentirse segura.

Lunes, 12.30 p.m., cafetería.

Se tomó un respiro y se dirigió tranquilamente hasta la zona de descanso, dispuesta a servirse un café y algo de picar (a ser posible de color verde, sin sabor y sin aliño).

Con su bandeja, caminó tranquilamente sin tener en cuenta la mirada guasona de la camarera y se sentó a una de las mesas, junto a la ventana, que si bien solo ofrecía una triste panorámica industrial, al menos desde allí podría distraerse observando al personal ir y venir.

Gracias a Dios todavía no había mucha gente, así que acabaría su descanso y todo resuelto.

No se percató de que alguien se sentaba en la silla de enfrente, sin pedir permiso, dispuesto a atormentarla un poco más, porque al parecer no había tenido suficiente.

—Te lo advierto... —se adelantó ella antes de que Ryan abriera la boca—, no quiero oír ni una sola palabra más del tema. Así que, si has venido a meterte conmigo... —levantó su taza de café en una clara indirecta—, sabes que soy peligrosa con esto.

—Solo iba a decirte que he mantenido la boca cerrada, siguiendo tus absurdas indicaciones —replicó con sorna.

Ryan hizo una mueca, divertido; vale, mejor retroceder que perderse en el camino, así que podía hacer un esfuerzo de contención y, al cabo de veinticuatro horas, volver a la carga.

Pero el destino tenía otros planes o, mejor dicho, estaba de su parte, ya que desde la ventana observaron cómo un actor famoso se bajaba de un taxi, miraba a su alrededor como si le molestara el mundo y entraba en las instalaciones.

No se perdió detalle de la reacción de su amiga; saltaba a la vista que lo estaba pasando realmente mal, por tonta, desde luego, pues si él hubiera pasado la noche,

desnudo, retozando en la cama con ese tipo, ahora brillaría como si tuviera un neón enchufado en el culo.

Helen gimió.

Ryan sonrió de oreja a oreja y movió sugestivamente las cejas para, sin palabras, seguir divirtiéndose con el tonto apuro de Helen. Porque había que ser muy tonta para tomárselo así de mal.

—Ya vale —lo advirtió por enésima vez, sabedora de que Ryan, en esos casos, nunca o casi nunca hacía caso.

Helen hizo una mueca; ahora entendía por qué nadie sabía nada: él no había llegado aún; por tanto, ya podía volver a inquietarse.

—Corre, ve a recibir a tu amante —se burló Ryan al tiempo que hacía gestos provocadores, tales como poner morritos, pasarse el pulgar por el labio inferior o jadear suavemente, todo con la firme intención de pincharla.

—Te odio —masculló cerrando los ojos para concentrarse en mantener la respiración porque a partir de entonces sí que se podían poner las cosas muy cuesta arriba.

Nadie mejor que un buen amigo para conocerla y tener bien claro que ella se estaba engañando a sí misma; en primer lugar, con su jodido disfraz, y en segundo, reprimiéndose. Podía equivocarse, desde luego, pero tenía la firme convicción de que Helen necesitaba desfogarse, sacar su verdadera personalidad, muy oculta en los últimos tiempos por cuestiones absurdas según él.

Ella apuró su taza y apartó el plato de comida, ya sin hambre, por el nudo en el estómago que sentía ante el inminente peligro.

—Me gustaría hablar contigo —los interrumpió una voz chillona.

—La que faltaba —dijo Helen entre dientes procurando sonreír como si nada la ofendiese.

Ryan, más dotado para la diplomacia, se giró en su asiento y sonrió a Maggie amablemente, confiando en alentar el ego de ella para que no chillara de nuevo.

—Lo que tú quieras, mi vida —respondió todo sumiso.

Helen puso los ojos en blanco; desde luego lo que tenía que ver...

A la actriz le lamía el culo y a ella se lo mordía.

Ten amigos para esto...

—Me ha llegado el borrador del episodio del reencuentro y... —Mohín de niña petarda consentida para llamar la atención antes de continuar—: Ay, Ryan, es que a mí me gustaría algo un poco más...

Helen quiso gritarle o algo, ¿de verdad era así de tonta o fingía porque era lo que se esperaba de ella?

Porque al fin y al cabo conseguía aprenderse los guiones, así que algo de cerebro sí debía de tener la chiquilla; otra cosa era que no lo pusiera siempre en funcionamiento.

Cansada de esperar a que Maggie arrancara, intentó ayudarla, aportando un

adjetivo.

—¿Emocionante?

La actriz le dedicó una mirada fulminante por osar interrumpir su «interesante» conversación: era evidente que no la consideraba «apta» para opinar sobre la parte creativa del negocio.

—¿Tú qué sabes de esto, si eres una simple secretaria? —La palabra «secretaria» fue pronunciada como si fuera «cucaracha».

—Dime, cariño, ¿qué propones? —preguntó el traidor dispuesto a complacer a la petarda *star* a cualquier precio.

Como no necesitaba un enfrentamiento, a todas luces probable si continuaba allí, con Maggie, se levantó de la mesa y, sintiéndose un poco mejor al saber que su amigo cotilla iba a tener que soportar las estupideces de esa consentida, se marchó para parapetarse de nuevo tras su escritorio y ocuparse de sus quehaceres; al menos en su puesto pisaba terreno seguro.

Por lo poco que pudo escuchar mientras se alejaba, Ryan, para satisfacerla, tenía que modificar prácticamente todo el guion e incluir una escena tórrida, pero con estilo, para complacerla a ella y, por supuesto, al público, que, bajo la «experta» opinión de la actriz, deseaba fervientemente ver a los dos protagonistas disfrutar de su primera noche de amor tras la prolongada separación.

La chica quería hincarle el diente en el primer encuentro.

Comprensible.

Lunes, 16.55 p.m., escritorio de Helen.

Comprobó la hora y suspiró aliviada: en cinco minutos podría marcharse. Tenía sus papeles en orden y Ryan no había aparecido de nuevo, lo que había supuesto avanzar enormemente en sus quehaceres y disminuir su ansiedad, así como poder prescindir del antiácido que había comprado.

Nadie se había acercado a su mesa a importunar... Ni tampoco recibió llamadas inquietantes.

Perfecto.

Antes de volver a casa debía asegurarse de que no se cruzaba con nadie inapropiado en los pasillos, por lo que llamó a la oficina de Ryan, donde le respondieron de malas maneras que no molestara, que el guionista estaba en una reunión de contenidos.

Excelente.

Podía marcharse ya, al fin y al cabo John ya lo había hecho y nadie iba a recriminarle el haberse ido dos minutos antes de la hora; no obstante, prefería regalar cinco minutos de su tiempo y no arriesgarse.

Ordenó su inmaculada mesa, revisó el estado del cargador de su grapadora y

comprobó el número de folios que tenía la impresora. Cerró el escritorio con llave y se aseguró de no dejar ningún fluorescente encendido.

Por supuesto revisó las existencias del mueble bar de la oficina principal e hizo la lista de lo que debía reponerse para que los de mantenimiento se ocuparan de ello. Bajo ningún concepto quería que John se sintiese molesto ante la petición de algún visitante.

Ya podía irse.

A esas horas ya no quedaba nadie en la zona administrativa pero, por si acaso, revisó que los teléfonos estuvieran bien colgados y todos los ordenadores apagados.

Justo cuando estaba buscando sus llaves en el bolso, sonó el teléfono de su mesa.

Se mordió el labio; teóricamente había finalizado su jornada laboral; por otro lado, pocas personas conocían su número, solo podía ser algo relacionado con sus quehaceres, o simplemente su jefe que necesita cualquier cosa.

Dudó unos instantes mientras se mordía el labio; podía ser John para comprobar que aún continuaba en su mesa y regañarla por ello.

También podía tratarse de una equivocación.

O Ryan con algún mensaje obsceno, antes de invitarla a una cena para seguir sonsacándola.

A oscuras, se dirigió hasta el teléfono y descolgó.

Mejor salir de dudas.

—Despacho de John Mills, ¿en qué puedo ayudarle?

—¿Diga? —insistió al obtener un largo silencio como respuesta.

Miró el auricular: alguien permanecía al otro lado de la línea, pues no se oía el tono de haber cortado.

—Por lo visto lo que se dice de ti por los pasillos es cierto —murmuró una voz a sus espaldas, sobresaltándola—; eres asquerosamente eficiente —remató sin modificar ni un ápice el tono burlón de sus palabras.

—No puede ser...

Helen se llevó una mano al pecho y colgó el auricular torpemente, de tal modo que cayó al suelo y tuvo que agacharse para recuperarlo.

Con los nervios no se dio cuenta de que le mostraba su enorme trasero en una postura poco o nada favorecedora, pero a esas alturas hacer el ridículo entraba, por lo visto, dentro de sus atribuciones habituales.

—Ejem...

Cuando se incorporó, aún con el susto en el cuerpo, distinguió la figura de Patrick, apoyado en la pared y jugando con su móvil.

Menos mal que las luces continuaban apagadas.

Ahora solo debía preocuparse de salir de allí, pues intuía, por sus palabras, que buscaba divertirse un rato a su costa.

—¿Necesitas algo? —preguntó intentando tomarse ese encuentro de forma profesional, como si no hubiera pasado nada.

—Lo dicho, asquerosamente profesional —repitió guasón sin moverse de su sitio a la espera de que ella se comportase de modo diferente. «Al menos me ha obsequiado con una panorámica increíble de su retaguardia», pensó.

Como cualquier representante de su género, ahora tendría que mostrarse más relajada o, al menos, fingir normalidad; él no necesitaba nada, maldita fuera, simplemente se había acercado a última hora confiando en que nadie, en especial la pesadilla *star*, advirtiese su interés por saber de la Fea.

Había estado todo el santo día algo preocupado, ya que las mujeres tienen esa horrible tendencia de contar a sus amigas con quién se lo montan (hasta ahí exactamente igual que los hombres) y añaden detalles inquietantes sobre los pormenores técnicos; no contentas con eso, además, para rematar la jugada, incluyen lo que él más odiaba: los jodidos sentimentalismos.

Y eso no podía permitirlo.

Por todo aquello, seguía sin comprender el motivo de que ni un alma hubiera mencionado nada, ni siquiera el guionista, que al parecer tenía línea directa con la Fea.

—El señor Mills ya no está, si quieres dejarle un mensaje puedo...

Patrick resopló disgustado; quizá su ego se estaba resintiendo: una mujer que no aprovechaba las circunstancias, es decir, haber follado con él, para arrimarse un poco más, o al menos intentar repetir, no estaba bien de la cabeza.

—¿Tu jefe sabe que haces horas extra? —inquirió refiriéndose no a los minutos que en esos instantes pasaban de la hora.

Helen tragó saliva.

—Sí —admitió escogiendo la opción menos mala, es decir, obviar su insidiosa insinuación.

Él sonrió de medio lado; la jodida no era tonta; cualquier otra hubiera exclamado un «¡oh!» o un «¡ah!», y además hubiese reproducido soniditos gilipollas para fingir sentirse avergonzada, pero ella, en cambio, escogía la ruta inteligente.

—¿Y eres convenientemente remunerada por ello? —insistió Patrick, quien, por alguna extraña razón, deseaba sacarla de sus casillas.

Porque, la verdad, le resultaba estimulante hacerlo.

—Sí —respondió concisa.

Abandonando su postura indiferente, Patrick caminó hasta ella; quizá la suma de su ego desatendido y la curiosidad por saber el motivo de que la secretaria fuera tan prudente hizo que quisiera acercarse más de lo necesario.

Una de las cosas que más le seguían intrigando era la contención, el aguante de Helen. Y eso no era nada bueno: una mujer que habla poco es que maquina mucho.

—Ven aquí —ordenó moviendo el dedo como si ella fuera una marioneta dominada por los hilos manejados por su amo.

—¿Para qué? —preguntó distanciándose, o al menos intentándolo, porque a medida que él se acercara, sus problemas solo podían ir en aumento.

«Chica lista», pensó disimulando sus ganas de decirlo en voz alta. Sin embargo, la diversión poco a poco iba cambiando a otra sensación bien diferente a la par que inexplicable.

Nada mejor que uno mismo para conocer sus reacciones y en ese instante su cuerpo no pedía precisamente un monólogo de «El club de la comedia», ya que empezaba a calentarse y a excitarse, algo totalmente contraproducente, pues se había propuesto no volver a repetir, pero por lo visto su polla iba por libre y ahora pedía pasar a la acción.

Y si encima ella le replicaba, la cosa solo podía ir a peor, ya que su instinto le pedía a gritos dominarla o, mejor aún, dejarse dominar por la fiera.

Por no mencionar el modelito antierótico con el que se había decidido sorprenderlo; joder, había que tenerlos bien puestos para salir así de casa.

Echó un vistazo a su alrededor: ni un alma rondaba a esas horas la zona administrativa; excelente. Hizo una especie de inventario y recordó que sí, que efectivamente tenía un par de condones en la cartera. Genial. Miró de reojo la mesa de la secretaria, en perfecto estado de revista, una pena, porque no había nada mejor que lanzar los mil cachivaches al suelo de un barrido para crear un estupendo

escenario para el sexo.

Sin miramientos, se plantó delante de ella y la aferró de la muñeca para que dejara de esquivarlo.

—Pero ¿qué...? —farfulló Helen tirando de su mano con ímpetu para recuperarla y porque no deseaba mantener ningún tipo de contacto corporal.

—Dejémonos de tonterías, ¿de acuerdo?

En un movimiento rápido, la colocó sobre el escritorio y él se situó entre sus piernas, aunque con el largo de la falda sus avances no fueron todo lo precisos que hubiese querido; pero ahora solo debía preocuparse de meter mano bajo esa tela.

—No, ni hablar —protestó empujándolo, decidida a bajarse de allí y salir escopetada.

Patrick sonrió y se inclinó hacia ella, sujetándola de la nuca para, acto seguido, morderle el labio inferior, tentándola, provocándola para que ella se dejase de disimulos.

Helen gimió, a caballo entre la repentina excitación por ese simple gesto y la estupefacción por reaccionar de ese modo tan impropio.

Otra vez.

Y en esa ocasión sin la triste excusa del alcohol.

Y además sin resistirse, porque, en cuanto él atacó, ella no se defendió.

Levantó los brazos y lo atrajo hacia sí, separando completamente los labios para que él devorase su boca a placer.

—Parece que nos vamos entendiendo —murmuró él contra sus labios, lamiéndolos y disfrutando cada embestida de su lengua y, en especial, la respuesta tan entusiasta de ella.

No se había equivocado: lo ocurrido la noche del sábado había sido real y ahora tenía la oportunidad de confirmarlo.

Recorrió con la lengua el contorno de sus labios, consiguiendo humedecérselos y así lograr que ella se entregara aún más.

Quería tenerla de nuevo a su completa disposición, pero no como una obediente mujercita dispuesta a hacer lo que él quisiera, sino a presentarle batalla, a retarlo, a enfrentarlo, a probarlo, todo con tal de estimular todos sus sentidos y que no se durmiera de aburrimiento con el proceso meramente mecánico del sexo.

Empujar, meter y sacar... ya estaba un poco crecido para eso.

Sus manos, inquietas y deseosas de tocar piel, buscaron un acceso; primero lo intentó por el reducido espacio que ofrecía la parte superior, pero aquel peto vaquero resultaba inexpugnable y no estaba precisamente para virguerías.

El peto cerraba por completo su delantera: llegó a esa conclusión tras dos infructuosos minutos de lucha con los cierres metálicos de delante. Intentó bajarle los tirantes, pero debido a lo ajustados que estaban tampoco pudo.

Así que optó por meter la mano bajo la falda, aunque por más que removía tela no alcanzaba piel.

Frustrado, cabreado y excitado, tuvo que hacer una pausa para establecer el siguiente paso que seguir, porque a su edad no iba a rendirse tan fácilmente y menos aún ante algo tan insignificante como un vestido de rebajas.

—No te muevas —advirtió antes de separarse de ella y rodear el escritorio para abrir un cajón.

No tuvo que rebuscar demasiado, pues la organización jugó a su favor y localizó a la primera el arma que iba a darle acceso a su cuerpo. Extrajo unas tijeras de oficina y se posicionó de nuevo delante de ella, esgrimiendo su herramienta, y sin contemplaciones empezó a cortar la tela desde el dobladillo inferior; una vez practicado el corte, tiró las tijeras al suelo y agarró los dos extremos para rasgar violentamente la tela hasta la altura del muslo.

Así dejó expuestas un buen par de piernas desnudas.

¡Los esfuerzos que debía hacer uno para echar un buen polvo!

—¡Estás loco! —exclamó Helen mirando horrorizada cómo dejaba su vestido inservible—. ¿Cómo voy a volver después a casa?

Él se encogió de hombros, solo tenía espacio en la cabeza para una cuestión.

—Ese no es mi problema —dijo tranquilamente mientras observaba sus muslos a contraluz al igual que su ropa interior—. Por lo menos a la hora de elegir bragas tienes buen gusto —mencionó con indolencia antes de rasgárselas.

—¡Ten cuidado! —chilló cuando ya era demasiado tarde.

Pese a su grito, Helen se excitó aún más; puede que tuviera que volver a casa hecha una piltrafa, pero desde luego la humedad entre sus piernas indicaba que el vestido de saldo bien podía acabar en la basura.

«Bueno, por lo que me ha costado y el resultado dado, creo que ha sido un buen negocio», se dijo a sí misma.

Helen se envalentonó y con ambas manos lo agarró de la camisa, imitando su descaró y su violencia; tiró de ella, sin importarle cómo quedara después la prenda, se la sacó de los pantalones y después fue soltando los botones con impaciencia hasta desnudar su pecho para, una vez conseguido, acercarse y atrapar una de sus tetillas con los dientes.

—Por fin... —gruñó encantado al sentirse expuesto a lo que la fiera y sus garras quisieran hacer con él.

Patrick echó la cabeza hacia atrás y sujetó la de ella contra su torso, indicándole sin palabras que su agresividad era más que bien recibida.

—Pero no me dejes marcas... —advirtió con voz ronca.

Helen arqueó una ceja. Separó levemente los labios mostrándole la lengua y tuvo que reconsiderar la cuestión.

—¡Qué carajo! ¡Ataca, fiera!

Y no lo defraudó; notó cada pellizco, cada lametazo sobre su pecho, demorándose con ferocidad sobre sus tetillas, logrando con ello excitarse aún más. Dejó que continuara, que se desquitara sobre su cuerpo disfrutando cada arañazo, cada

mordisco, hasta que notó unas impacientes manos a la altura de su cinturón, el cual desabrochó sin mayor dificultad, con lo que tuvo así acceso a su erección.

Helen metió la mano hasta agarrarle la polla y empezó a masturbarlo con deliberada lentitud, frenando así, de momento, sus impulsos más salvajes, y dándole también tiempo a que él actuara y la tocara; no deseaba que la dejara insatisfecha.

Patrick, encantado con no tener nada que hacer, consintió que lo manoseara a su antojo, aunque, si pudiera meneársela con un poco más de brío, disfrutaría el doble. Bien mirado, eso le daba cierta ventaja, pues de ese modo aguantaría mucho más antes de correrse.

—Túmbate —ordenó apartándola de su polla y sonriendo de medio lado al ver su cara—. Tranquila, dentro de poco podrás retomar tus trabajos manuales.

Él la fue recostando sobre la mesa, lamentando en silencio no poder desnudarla por completo y tener acceso a su impresionante delantera; tendría que conformarse con acariciarla de cintura para abajo.

Pero ella no lo soltaba y, como podía, intentaba meter de nuevo la mano dentro de sus pantalones, hasta que por fin lo logró; sintió aquella mano fría alrededor de su erección y provocó que gimiera como un loco antes de morderla en el cuello. Iba a dejarle una buena marca en represalia por las que ella, tan «amablemente», le había obsequiado.

Helen se arqueó aún más separando completamente las piernas; era una lástima que en esa postura no pudiera seguir acariciándole la polla.

—No te muevas —murmuró él con esa voz de ordeno y mando tan provocativa.

Se echó hacia atrás y se distanció de ella, únicamente lo imprescindible, y colocó ambas manos en sus muslos, inmovilizándola antes de inclinarse y empezar a lamer la delicada piel de su no tan plano estómago.

Lentas pasadas, tentadores mordisquitos antes de llegar al meollo de la cuestión. Acarició con una mano su vello púbico antes de tirar de él para desencadenar unos cuantos gemidos más de la fiera y así saber que iba por buen camino.

Ella aguantaba como podía las ganas de bajar su propia mano y masturbarse para así mandarlo a paseo.

¿Por qué este no podía ser como todos e ir directo al grano?

No necesitaba más tensión, ni crear más expectativas, estaba húmeda, ansiosa por acabar cuanto antes y él se las ingeniaba para torturarla un poco más.

«Claro que, si no da rodeos, terminaré decepcionada, véase el episodio motorizado», pensó.

Cuando ya no podía más, cuando su lengua había recorrido el interior de sus muslos, sus labios vaginales, el ombligo y demás zonas adyacentes, sintió el contacto sobre su clítoris.

—Por fin —jadeó estirando los brazos para sujetarle la cabeza y aferrarse a su pelo, todo ello sin dejar de arquear las caderas para obtener la máxima fricción posible.

Patrick no se lo podía creer; cuando había decidido subir a las oficinas para divertirse un poco y atormentarla, no había imaginado, ni de lejos, que llevaría a cabo sus planes de forma tan literal, ya que en ningún momento había albergado pensamientos sexuales.

Pero ahí estaba, entre sus piernas, lamiéndola de rodillas y gozando enormemente de que ella, en vez de limitarse a los consabidos «¡Sí!», «¡Más!», «¡Oh, Dios mío!», se dedicase a contonearse descaradamente, pero de una forma natural. Sin las exageraciones propias de las que intentaban complacerlo, bien por dinero o bien por interés.

La secretaria no fingía, y ese era un gran punto a su favor.

—¿Quieres correrte en mi boca? —preguntó antes de utilizar el pulgar para penetrarla y dilatar aún más su sexo, rozando cada terminación nerviosa. Preguntárselo resultaba absurdo, pues conocía la respuesta, pero siempre se mostraba partidario de una buena comunicación.

Helen quería gritar que sí, que la idea resultaba perfecta; sin embargo, intuyó que él solo la estaba poniendo a prueba.

—Haz lo que quieras... —acertó a decir entre jadeos, más o menos controlados, pues nunca se sabía quién podía aparecer por allí.

Y en cuanto fue consciente de hasta dónde le había permitido llegar y en dónde se encontraban, sintió una súbita revolución interior, propiciada sin duda por el morbo de follar en un espacio público, que, si bien a esas horas carecía de actividad, todavía entrañaba un pequeño riesgo.

Patrick, con su mano libre, se ocupó de sus pantalones para tenerlo todo a punto. Le hubiera gustado quedarse un ratito más allí, disfrutando entre sus piernas, pero se incorporó, buscó en su cartera y extrajo uno de los dos preservativos.

—Joder... —masculó al no poder romperlo a la primera.

Helen, impaciente, nerviosa, se lo arrancó de las manos y ella misma rasgó el envase con los dientes, sacó el condón y tiró de él para que se acercara lo suficiente y así poder enfundarlo.

Él apartó los brazos, acercó las caderas y dejó en sus manos, encantado, todo el operativo de seguridad sexual, sin perderse ni un detalle de cómo ella se ocupaba de colocárselo, con bastante diligencia, la verdad.

Era una lástima que no hubiera más luz para poder apreciar hasta el más mínimo detalle.

—Ya está —anunció ella con voz ronca indicándole que podía proceder.

Se recostó de nuevo y él le dobló las piernas para que apoyara los talones en el borde de la mesa, dejándola así en una postura de lo más sugerente.

—Vamos allá...

Patrick se posicionó entre sus muslos, la sujetó con una mano de la cintura para que ella no se desplazase hacia atrás y colocó la punta de su erección de tal modo que con un único empujón quedaría completamente insertado.

«Qué acto tan simple y tan placentero al mismo tiempo», pensó.

Sin embargo, en el último segundo, se detuvo ahí, para darse un último capricho: quitarle las gafas de secretaria reprimida y lanzarlas sin preocuparse de dónde iban a parar.

—¡Eh!

—No las necesitas —adujo sin saber hasta qué punto aquella afirmación resultaba cierta.

Ella inspiró profundamente y se aferró a sus hombros nada más tenerlo recostado sobre ella, al tiempo que con sus pies le rodeaba las caderas. Levantó la vista y lo miró fijamente; también respiraba de forma errática, acelerada... ¿a qué esperaba?

Metió la mano entre sus cuerpos y, decidida como nunca, le agarró la polla de tal modo que, moviéndose convenientemente, se la metiera; hizo presión con sus pies, empujándolo desde el trasero para lograrlo.

—Así me gusta —gruñó encantado con la agresividad de la secretaria.

Dejó que ella llevara el ritmo, quedándose balanceando suavemente las caderas, propiciando que ella se arqueara y contorsionara alrededor de su erección, exprimiéndole con cada uno de sus músculos vaginales.

Él bajó la cabeza y de nuevo atrapó su labio inferior, tirando de él, sabiendo que ese simple gesto la aceleraría aún mucho más.

Como así ocurrió.

Y él se olvidó de todo lo demás, para comenzar a embestirla con dureza, con agresividad, y para ello se separó, quedándose de pie, mientras la mesa de oficina traqueteaba bajo ellos y solo pudo pensar en llevársela a su casa, donde una cama, de pared a pared, los esperaba cual cuadrilátero para un estupendo combate sexual.

Tenía una mano libre y la utilizó para frotar su clítoris, una y otra vez, con la misma urgencia con la que se introducía en ella. No por el simple hecho de correrse en cinco minutos, sino por la descarga de adrenalina que suponía esa forma tan violenta de follar.

Una forma violenta y peligrosa, pues con muy pocas mujeres podía mostrarse tal cual era, ya que no todas eran capaces de entenderlo.

No quería pensar más en ese asunto y se concentró únicamente en las respuestas y exigencias de su cuerpo, en la tensión acumulada en la parte baja de la espalda, en la humedad que impregnaba sus dedos, en los jadeos de ella, en el sudor que le caía por la espalda y en la expresión, de completo deleite, de la Fea.

Eso significaba que lo estaba haciendo realmente bien.

Ella bajó también la mano, uniéndola a la de él: precisaba un poco más de presión, un toque más para que aquello fuera perfecto.

No la defraudó, con las manos unidas frotaron su clítoris una y otra vez, sin perder el ritmo de sus embestidas. Algunas frenéticas, otras lentas, alternándolas para que la estimulación fuera la idónea, sintiendo cada respuesta femenina y lamentando no poder montarla a pelo, porque le encantaría sentir el calor y la humedad sobre su

pene, verlo reluciente de sus fluidos e incluso proponerle que se lo chupara antes de volver a penetrarla. Sí, esa era una idea que cabía tener en cuenta; podía intuir que ella lo devoraría vivo y tembló encantado con las posibilidades de todo aquello.

Con aquel ritmo en el que en ningún momento se sentía desatendida, con el morbo de follar sobre su mesa de trabajo, con la visión de él, sudando y jadeando sobre ella, no se podía posponer lo inevitable... Helen echó la cabeza hacia atrás y gritó.

No necesitaba ninguna señal más para saber que ahora era su turno.

—Vamos... —la animó él—, haz que me corra, exprime mi polla, déjame seco...

Cada palabra iba acompañada de un empujón, de un gruñido.

Helen sentía todo su sexo caliente, extremadamente sensible tras el increíble orgasmo, por lo que cada fricción, en aquel instante, lograba que se sintiera ardiendo.

Buscó su boca y esta vez fue ella quien atrapó el labio inferior entre los suyos, gesto que fue bien recibido, pues inmediatamente después él cogió aún más brío.

Levantó la mano y le limpió el sudor de la frente antes de besarlo y apretar sus músculos internos, acogiéndolo de tal forma que él enterró la cabeza en su cuello, gimiendo descontroladamente al sentir su orgasmo.

A Helen no le importó ni lo más mínimo el mordisco que sintió.

—Eso es imposible.

Patrick no se amilanó ante la negativa de John; de hecho, era lo que esperaba, pero si algo sabía hacer muy bien era comportarse como un cretino caprichoso; así que como tal se estiró en la cómoda butaca del despacho principal mientras observaba al dueño desesperarse al no saber cómo complacer a la estrella de turno.

Si algo había aprendido de su hermano a la hora de negociar era a no desesperarse ante las negativas y a aguantar la cara de póquer sin dejar que los demás vieran su desesperación.

Se mantuvo unos instantes en silencio, para ponerlo más nervioso antes de hablar en su habitual tono de perdonavidas.

—Me parece una petición de lo más razonable, dadas las circunstancias.

Ewan, que no aprobaba tal disparate, permanecía inusualmente callado, esperando no tener que intervenir, a ver si con un poco de suerte Mills ponía a Patrick en su sitio, porque esta vez había ido demasiado lejos; sin embargo, no iba a mencionarlo delante de los demás, esperaba a pillarlo a solas y exigirle una explicación.

Dudaba que John lo frenara, aunque se lo veía apurado, y Patrick, sin esforzarse demasiado, podía ser un cabrón arrogante, como en ese mismo instante podía comprobarse.

—La señorita Fisher no está cualificada para ser su asistente personal —apuntó John confiando en hacerlo desistir.

El actor, sin quitarse las gafas de sol, hizo una mueca, pero sin levantar la voz insistió en su demanda.

—Permítame que disienta —interrumpió en el mismo tono falsamente educado; joder, se estaba emocionando; ahora entendía a Owen y su afán negociador—. Por lo que sé, realiza su trabajo de forma impecable, es ordenada, puntual, abnegada... —Enumerar las virtudes de la secretaria modelo cuando le importaban un pimiento simplemente suponía una táctica de despiste; en ningún caso esos podían ser los motivos para querer tenerla bajo su mando, en todos los sentidos.

—Sí, lo sé —dijo Mills intentando mostrarse paciente—, es la mejor que ha trabajado aquí, por eso sé de lo que hablo; me causaría gran perjuicio perderla —razonó controlándose para no cantarle las cuarenta.

—Yo necesito una asistente, alguien que se encargue de todos mis asuntos, incluyendo los personales —miró de reojo a Ewan para que no se le ocurriera abrir el pico y ni mucho menos se sintiera ofendido, ya que él siempre tendría la exclusiva a la hora de darle la tabarra sobre su comportamiento moral y responsabilidades varias —, y no se me ocurre nadie mejor.

Mills arrugó el entrecejo y se frotó la cuidada perilla; intuía problemas, ya que de

todos era conocida la animadversión del señor Baker por la pobre Helen, por lo que si esta trabajaba directamente para él solo cosecharía humillaciones a diario.

Así que reflexionó.

¿Qué se ocultaba bajo ese repentino interés por la mujer?

¿Qué podía hacer para evitarle a Helen aquel mal trago?

Para empezar, si se empeñaba en negarle el capricho, más se obstinaría él, así que lo mejor podía ser ceder en apariencia para contentarlo. Ya vería el modo de que ella regresara a su puesto, donde nadie la molestaba y donde le llevaba los asuntos como ninguna otra.

Tenía que buscar la manera de ganar tiempo, o de, al menos, lograr que la decisión no dependiera de él, y así quitarse aquella responsabilidad de encima. Era una actitud cobarde, desde luego, pero la única que se le ocurría.

—Déjeme, señor Baker, que hable primero con ella. Le expondré su petición y si ella acepta... —Lo dijo dando a entender que la última palabra la tenía la señorita Fisher, y dudaba que aceptara tan descabellada idea.

—Ni hablar —aseveró Patrick—, usted y yo sabemos perfectamente que no aceptará. A no ser que sea una orden directa.

Ewan resopló, cada vez más inquieto; quería pillar cuanto antes a ese insensato por banda y enterarse de sus intenciones, que a buen seguro no iban a ser tan inocentes como quería dar a entender.

Ello le llevaba a sospechar... ¿qué se le había pasado a ese hombre por la cabeza?

Cierto que la sola cuestión de haber acabado acostándose con Helen ya sorprendería a propios y extraños, pero ¿tanto le había afectado?

Patrick no se caracterizaba precisamente por la paciencia, y menos aún con las mujeres; se aburría con facilidad y rara vez se interesaba por alguna más allá de lo estrictamente necesario para llevársela al huerto, hecho en el que no tenía que poner demasiado empeño, ya que estaba acostumbrado a que se le lanzaran al cuello.

—Hablaré primero con ella, le expondré la situación. No voy a obligarla, me parece absurdo.

—En eso tiene razón —intervino Ewan por primera vez—, si la presionamos demasiado puede optar por dejar su puesto actual, pero no aceptar el nuevo.

—Señor Farley, como siempre, es usted la voz de la razón —le felicitó complacido Mills.

Patrick refunfuñó. «Ten amigos para esto», pensó cabreado. Pero sí, Ewan y su razonamiento no iban del todo desencaminados, así que tenía que esforzarse en que su pataleta de caprichoso fuera más creíble.

—Muy bien —asintió sonriendo de medio lado antes de dar la puntilla—, pues entonces quien se replanteará su continuidad seré yo.

Ewan decidió que ya había oído suficientes tonterías por ese día, así que se disculpó y sacó casi a rastras a su amigo, con la idea de comprender qué se le pasaba a este insensato por la cabeza, antes de darle un buen pescozón, por gilipollas.

Hablar de ello en la cafetería de la productora suponía alertar al enemigo, así que se lo llevó a un buen restaurante, alejado del polígono industrial. Durante el trayecto ni se le ocurrió mencionar el asunto, para que Patrick no empezara a buscar excusas, a cuál más estrafalaria. Esperó pacientemente a estar sentados a la mesa para preguntar:

—¿Te has vuelto loco?

El camarero apareció con una botella dispuesto a rellenar las copas, lo hizo y los dejó a solas. Patrick dio un sorbo y lo desdeñó como si fuera vino barato de supermercado.

—No me apetece vino. —Levantó la mano para llamar al camero y pedirse un buen *whisky* y así aguantar el chaparrón.

—Te lo juro, o recapacitas o te abandono —lo amenazó malhumorado.

—No somos amantes —arqueó una ceja—, ¿verdad? Lo pregunto porque, como en más de una ocasión me has llevado a casa completamente borracho, a lo mejor te has aprovechado de mí y yo no me he enterado —se burló dando buena cuenta de su bebida sin molestarse en pedir la carta y elegir el menú.

—Te he visto desnudo, no es para tanto —respondió Ewan a su dardo—. Y no me desvíes la conversación. ¿Qué pretendes ahora con tu inconcebible idea?

—Joder, «inconcebible», vaya palabreja, la voy a tener que buscar en la Wikipedia —adujo en tono cansado.

No iba a explicarle a Ewan sus razones, en especial porque ni él mismo terminaba de entenderlo y porque con toda seguridad tendría que soportar otro de sus eternos discursos sobre lo que está bien o está mal.

—Déjate de bobadas y céntrate —alegó completamente serio su representante—. Llevas dos años sin trabajar en serio, sin nadie que te llame porque hacerlo supone problemas de inmediato. Me he partido el culo para conseguirte este papel y no vas a joderlo por un capricho y menos aún a reírte de una mujer que no te ha hecho nada. ¿Estamos?

Patrick hizo una mueca; eso de que no le había hecho nada habría que demostrarlo, porque cada vez que se arrimaba a ella salía herido, literalmente.

De todas formas, su intención distaba mucho de «reírse», pero eso tampoco tenía por qué contárselo.

A Helen no le dio buena espina cuando, tras su parada para almorzar, supo que en el despacho de John estaban reunidos Ewan y Patrick con su jefe. Y menos aún cuando aquella cita no había sido programada, como correspondía, en la agenda del día.

Ese secretismo solo podía significar una cosa: que ella iba a ser el tema de conversación, y lo más probable era que al final de la jornada, cuando fuera informada, se llevara un buen disgusto.

Se mordió el pulgar, intentando contener las ganas de irrumpir en el despacho; en

su calidad de secretaria podía preguntar si necesitaban cualquier cosa, o llamar a Ryan, por si este, que normalmente estaba al cabo de cualquier chismorreo, había oído algo, pero desestimó esta última opción, ya que de haber sido así su amigo ya estaría dándole la tabarra desde primera hora de la mañana.

No, mejor despellejarse el dedo y aguantar.

Pero ¿cómo hacerlo sin parecer tonta? Es decir, allí, delante de su ordenador, a pesar de los nervios, inexplicablemente se había excitado, pues ya no podría volver a mirar su mesa sin recordar lo sucedido sobre su superficie.

Apretó los muslos en un inútil intento de controlarse.

—Deja de ponerte cachonda y trabaja —se reprendió malhumorada.

«Sí, claro, como que es tan fácil. Después de un largo período de autosatisfacción llega un hombre al que idolatrabas desde la adolescencia y follas con él de la manera más surrealista posible y pretendes olvidarlo como si esto le pasara a la mayoría de las personas».

La puerta se abrió, sacándola de sus elucubraciones, que, aparte de no llevarla a ningún sitio, la estaban poniendo en el disparador; en primer lugar, parapetado tras sus gafas de sol, apareció Patrick, con cara de pocos amigos, ignorándola descaradamente, aunque en el último segundo se dio la vuelta y con un gesto de la mirada señaló la impoluta mesa de trabajo.

Un gesto casi imperceptible e insignificante para cualquiera, pero no para ella.

Helen tragó saliva y confió en no haberse puesto roja como la grana.

Después salió Ewan, derrochando amabilidad, como siempre. Se interesó por ella e intercambió un par de comentarios educados, antes de seguir al enfurruñado actor que lo esperaba.

«De acuerdo —reflexionó—, nada de lo que deba preocuparme».

Sin embargo, apenas dos minutos después, su jefe le indicaba que pasara a su despacho y, por la voz, dedujo que no se trataba de algo agradable.

Nada más cerrar la puerta confirmó sus peores temores.

—Tenemos que hablar —dijo él.

Las tres palabras más impredecibles que una persona puede escuchar, pese a que en la mayoría de los casos signifiquen algo malo, nunca se sabe.

No obstante, por la cara de John...

—Siéntese, por favor —indicó él visiblemente incómodo al ocupar su puesto tras el escritorio—. Verá, Helen, puedo afirmar, sin riesgo a equivocarme, que es la mejor secretaria que he tenido. Valoro mucho su trabajo, su dedicación...

Este discurso, en otro contexto, podía haber conseguido que esbozara una sonrisa, complacida por sus palabras; no obstante, por algún extraño presentimiento, relacionado con la visita de hacía unos minutos, no podía sonreír.

—Y, créame, esta situación no me gusta nada.

De eso estaba segura, pues, por su expresión, el hombre lo estaba pasando realmente mal.

—Señor Mills, sea lo que sea, dígamelo, por favor —exigió intuyendo por dónde iban los tiros; alguien se había cansado de ella y ahora prefería guardar las apariencias mandándola a la calle.

Bueno, otra vez despedida por ser diligente. Como diría Ryan, al menos en esa ocasión había disfrutado de un revolcón, o dos, para compensar.

—Está bien, no voy a dar más vueltas a este asunto, aunque debo decir que me duele más que a usted. —Hizo una pausa, nervioso, antes de añadir—: A partir del próximo lunes, será la asistente —tosió incómodo— del señor Baker.

¿Había oído bien?

—¡¿Cómo?! —exclamó poniéndose de pie, completamente anonadada con el anuncio. Ya estaba pidiendo número en la cola de la oficina de desempleo cuando de repente le comunicaban una noticia aún peor.

—Sé que resulta difícil de entender... pero... —Se encogió de hombros totalmente impotente ante los dictados de una estrella caprichosa.

—¡Yo no tengo ni idea de qué hace una asistente personal! —apuntó a la desesperada para intentar librarse de semejante aprieto.

—Lo sé, Helen, lo sé —admitió en tono paternal, comprendiendo a la perfección el apuro de la mujer—. Eso mismo le dije yo. Sin embargo, el señor Baker ha enumerado todas sus cualidades; está claro que no le han pasado desapercibidas sus excelentes formas y capacidades, así que ha pedido expresamente que sea usted quien se ocupe de todos sus asuntos.

Ella dudaba de que sus aptitudes profesionales fueran la causa determinante de tan descabellada petición; presentimiento que, por otro lado, no podía compartir con su jefe.

—¿Y no podemos contratar a alguien más idóneo para ese puesto? —sugirió sabedora de que ni la persona mejor cualificada ni cualquier otra le harían cambiar de opinión.

En ese caso la cuestión era puramente personal; por alguna extraña y retorcida razón, Patrick había decidido atormentarla y qué mejor forma de hacerlo que teniéndola a su entera disposición, prácticamente durante todo el día.

—También lo planteamos, pero fue del todo inútil, la quiere a usted —concluyó John confundido.

Helen empezó a pasearse por el despacho, frotándose la frente; le dolía la cabeza de solo pensarlo. Su indolencia, sus comentarios ofensivos, su presencia... ¡y durante toda la jornada!

Para volverse loca.

—Yo he pensado... —titubeó John algo avergonzado de lo que iba a proponer—. Nadie puede poner en duda su profesionalidad... por eso creo que debería aceptar el puesto.

Helen gimió. «Esto no está pasando», se dijo.

—Señor Mills, de verdad, prefiero que me despida...

—Eso nunca, se lo garantizo. Por eso creo que lo mejor es que, por una vez... no sea tan competente.

Helen abrió los ojos como platos.

—¿Me está pidiendo que haga mal mi trabajo?

—Exactamente —reconoció el hombre algo avergonzado—. No es mi proceder habitual, la verdad es que esto no puede salir de aquí, pero es la única manera. En cuanto pasen unos días y se dé cuenta de lo confundido que está, terminará aceptando que usted no es la persona idónea para ese puesto y que, por tanto, debe regresar a su escritorio. De ese modo evitaremos un enfrentamiento directo, ya sabe cómo puede llegar a ser la gente como él.

«¿Qué me va a contar que no sepa?».

—¿Cree que funcionará? —inquirió dudando ella misma, pues al caprichoso señor Baker lo que menos le importaba era su profesionalidad. La razón de su pregunta era más bien no desanimar a su jefe, pues bastante mal lo estaba pasando ya.

Había que reconocer la actitud comprensiva de John, su interés por apoyarla y el malestar por tener que claudicar ante los antojos de un actor; sin embargo, entendía el compromiso del hombre, ya que se jugaba mucho y, si Patrick optaba por boicotear el proyecto, todos saldrían muy mal parados.

Helen se sentó, ya resignada; poco o nada podía hacerse, pues abandonar la empresa y dejar a su patrón le parecía un gesto desleal.

—Sí. Los actores son personas exigentes, les gusta que todo esté en su sitio, que no se escape ningún detalle y que, por supuesto, se alabe su ego. Helen, ¿podrá hacerlo todo mal?

—Golfa, golfa, más que golfa —canturreó Ryan, muerto de la envidia, mientras la guiaba, en su primer día como asistente personal, hasta el camerino del actor, no porque ella desconociera el camino, sino porque la muy cobarde podía darse media vuelta.

Helen, que bastante calentita iba con su nueva ocupación, no necesitaba más recordatorios, así que mandó a paseo a su amigo y llamó suavemente a la puerta con los nudillos, mientras sujetaba con firmeza su agenda.

No obtuvo respuesta y optó por golpear de nuevo; entrar sin ser invitada no era de recibo. Así que esperó pacientemente.

Nada, no se oía nada, así que lo más probable era que aún no estuviera allí.

Por si acaso, decidió esperar junto a la puerta a que él apareciera.

—Contigo quería yo hablar.

«La que faltaba», pensó Helen fingiendo una sonrisa para no enfadar a la petarda *star*.

—Buenos días, Maggie.

La actriz, antes de hablar, sobreactuó fulminándola con la mirada.

—Mira, bonita, a mí no me la das. Sé que te han puesto como asistente porque eres una inútil como secretaria. Yo llevo aquí desde el principio y nunca he tenido ayudante, así que espero que admitas la verdad y abandones este proyecto —aseveró recorriendo con la vista su atuendo y poniendo morritos.

Helen se armó de paciencia, pero con una rubia atosigándola resultaba difícil.

—Piensa lo que quieras —explicó paciente, sin querer entrar al trapo e iniciar una discusión, que no conduciría a ninguna parte, en medio del pasillo.

—¡Me voy ahora mismo a hablar con John! —chilló enojada al no poder enzarzarse en una pelea como era debido con la Fea—. ¡Pienso protestar! —continuó gritando—. ¡Y voy a exigir responsabilidades!

De repente, la puerta en la que Helen estaba apoyada se abrió y ella, sin poder sujetarse a nada, cayó hacia atrás, de culo, ya que Patrick se apartó a un lado para evitar ser su colchón.

—¿Se puede saber a qué vienen esos gritos? —inquirió molesto mirando a su nueva ayudante en el suelo y a su compañera de reparto alternativamente, todo ello sin desprenderse de sus gafas de sol, ya que los fluorescentes también le dañaban los ojos.

—Oh, Patrick, perdona, no sabía que estabas... —alegó Maggie adoptando su tono más seductor, mano en la cadera y levantamiento de escote incluidos.

«Solo le ha faltado sacarse una teta», pensó Helen incorporándose sin ayuda de nadie.

—Entonces, ¿por qué cojones gritas? —preguntó él de mala leche, sin importarle lo más mínimo herir la sensibilidad de la rubia.

«Por lo menos es el único que no le lame el culo», reflexionó la secretaria.

—Ella tiene la culpa. —Señaló a Helen, sin perder la sonrisa ni la estudiada pose—. Ya sabes lo impertinente que es.

Patrick miró a la «impertinente» y negó con la cabeza; esa mujer siempre tenía que llamar la atención.

—¿Y qué ha hecho exactamente para que me destroces los tímpanos? Joder, ¡que no son horas!

Helen comprobó la hora, casi las doce del mediodía; no obstante, prefirió no azuzar.

—Ella... bueno... —farfulló intentando encontrar a toda velocidad un motivo coherente para acusar a la Fea; claro que tenía dos factores en contra: primero, no existía ninguno, y segundo, los retoques de silicona no incrementaban más que la talla de sujetador, nunca el coeficiente intelectual.

—Hale, guapa, mira a ver si te das una vuelta por maquillaje, con tanto esfuerzo creo que se te ha estropeado.

—¡Oh, Dios mío! —Maggie se llevó las manos a la cara, tapándosela, sobreactuando de nuevo.

—¡Adiós! —exclamó con guasa Patrick cuando por fin echó a correr dejándolo a solas con su nueva asistente—. Anda, pasa y dime qué tenemos hoy en la agenda —añadió con el mismo tonito de recochineo.

Helen estaba dispuesta a llevar a cabo el plan de John para desanimarlo, así que el día anterior había planeado cuidadosamente cómo no hacer nada a derechas y así desesperarlo, aunque luego llegó a una interesante conclusión.

Si realmente quería que él la mandara a paseo, no debía comportarse como una incompetente, sino todo lo contrario. Para un tipo como Patrick, acostumbrado a hacer de su capa un sayo, el orden, la rutina planificada y la estricta presencia de una mujer como Helen supondrían un claro dolor de cabeza.

Helen comenzó su nuevo cargo atosigándolo, informándole cuidadosamente de todo cuanto debía hacer a lo largo del día, hora a hora, comprobando cómo, mientras iba detallándole las actividades, su humor empeoraba.

Excelente.

—A ver si me ha quedado claro: entre las catorce treinta y las catorce cuarenta y cinco puedo ir a mear, ¿no? Lo pregunto para aguantar hasta ese momento y no joderte el plan —apuntó sin haber escuchado atentamente: la había dejado parlotear, ya se cansaría—. Y todo a costa de que en un futuro tenga problemas de próstata.

Ella pasó por alto su sarcasmo y continuó su diatriba; él, por supuesto, la ignoró, sentándose tranquilamente en el sofá, a la espera de que finalizara ese tostón. Para amenizar dicha espera, sacó su petaca y fue dando sorbos mientras ideaba la forma de deshacerse de ese incalificable vestido de cuadros escoceses.

Se estaba calentando, y no por la bebida precisamente; verla allí, de pie, en su terreno, cumpliendo el primero de sus caprichos, daba qué pensar.

¿De verdad Helen pretendía que trabajasen juntos sin más?

—¿Alguna pregunta? —inquirió ella, estilográfica en mano, dispuesta a anotar cualquier detalle, sacándolo de sus inquietantes pensamientos, de los que si ella fuera partícipe se enfadaría sin dudarlo.

—Sí —respondió mirándola por encima de sus gafas e importándole poco menos que una mierda el *planing* del día—, ese conjuntito, ¿lo tienes más corto?

—¿Por qué? —preguntó arriesgándose a darle pie para que pudiera soltar alguna impertinencia.

—Porque, si lo que pretendes es sorprenderme con un disfraz de adolescente revoltosa, no te preocupes, levántate un poco la falda y ya se me ocurrirá algo.

—Seamos serios, por favor —indicó señalando sus notas.

Él se levantó y se acercó a ella, quien refuló, algo asustada de lo que pudiera llevar a cabo; sin embargo, no la tocó, se limitó a caminar a su alrededor, evaluándola con la manos.

Tras un examen visual, se situó junto a su oreja, adoptó un tono ronco y susurró:

—Nos vamos de compras.

Helen tembló, quizá algo decepcionada por la sugerencia, pues esperaba algo más excitante; no obstante, era una profesional, así que no quedaba sitio para los encuentros sexuales furtivos laborales.

—¿De compras? —preguntó tontamente intentando recomponerse.

—Sí, necesito un vestuario nuevo —sentenció sin dar oportunidad a réplica, ya que cuando ella quiso hacerlo él ya estaba saliendo por la puerta.

A partir de aquel instante, Patrick se comportó de la forma más arrogante posible.

Así que media hora después un taxi se detenía en la dirección que él había indicado y, con la misma actitud, ni la ayudó a bajarse.

Como obediente chica de los recados, lo siguió sin protestar, corriendo por la calle hasta que él se detuvo a la puerta de un edificio, llamó al timbre y apenas unos segundos después sonó un zumbido y entraron.

Fiel a su política de mutismo absoluto, Patrick esperó el ascensor, obviándola por completo hasta que pudieron subir.

Helen no fue consciente de adónde se dirigían hasta que vio una pequeña placa de latón que indicaba que estaban en el *atelier* de un reconocido modisto.

No podía dar crédito: Berto era, sin duda alguna, uno de esos diseñadores del momento, adorado por los famosos. En su anterior vida Helen había comprado alguna que otra prenda de él, sin importarle el precio. Piezas que fueron a parar a la parroquia.

«No pienses en eso», se recordó.

—Pasad, pasad —anunció el anfitrión sonriendo—. Pero ¿a quién me traes hoy?

Ella nunca imaginó que él en persona los atendiera. Por lo visto su nuevo «jefe»

debía haberlo avisado de su inminente llegada, porque, si no, hubiera aparecido cualquier subalterno.

A favor del modisto había que decir, en primer lugar, que no perdía aceite, lo cual agradeció, pues ya estaba hasta la coronilla del modisto gay, y en segundo, que disimuló muy bien su desconcierto cuando la miró. Respecto a esto último había que reconocerle el mérito, porque resultaba muy complicado.

Helen, como buena chica, debía quedarse al margen y dejar que su «jefe» se gastara una fortuna en ese establecimiento, apuntando, eso sí, lo que le indicasen y sin hacer ningún tipo de interrupción.

—Una amiga —respondió Patrick sorprendiéndola, ya que esperaba uno de sus inadecuados adjetivos, tipo «pesada que me sigue a todas partes».

—Con un cuestionable gusto en el vestir —apostilló Berto sin andarse con rodeos; ya no podía reprimirse más en sus comentarios.

Helen se inquietó; aquellos dos pretendían hablar de ella, o criticarla más bien, aunque debería mantenerse callada. «Bueno, al menos puedo recrearme la vista», se consoló, porque vaya dos tipos que tenía delante.

—Por eso estamos aquí —añadió Patrick todo ufano mirándola de reojo.

Ella esperaba asistir a una larga y tediosa sesión (no por ver a su jefe vestirse y desvestirse indefinidas veces, sino por aguantar sus caprichos) de moda, pero ahora resultaba que, sin comerlo ni beberlo, querían convertirla en la protagonista.

Cuando sintió la mirada de esos dos pedazos de hombres mirándola fijamente, se inquietó, y con razón.

—Excelente, veamos qué se puede hacer —murmuró el modisto observándola con ojo profesional.

Helen dio un paso atrás mientras negaba con la cabeza.

—No, ni hablar —alegó ella sujetando la agenda contra su pecho como si fuera un escudo, uno muy endeble, por otra parte.

—Desnúdate —ordenó el diseñador, mostrándose inflexible, a pesar de sonreír mientras se cruzaba de brazos y la observaba con ojo crítico al tiempo que empezaba a imaginarse distintas opciones para la amiguita de Patrick, a quien, por cierto, tendría que preguntar el motivo de ese cambio radical en lo que a gustos femeninos se refería.

—He dicho que no —se reiteró en su decisión.

¿Esos dos estaban locos o muy locos?

¿Cómo se atrevían a sugerir algo así?

¿Pretendían acaso que se quedara sin ropa delante de ellos?

¿Podría soportar el examen de dos tipos impresionantes sin más?

—Es testaruda, por lo que veo —dijo Berto como si ella no estuviera presente.

Helen inmediatamente se dio cuenta de que entre esos dos había una especie de comunicación no verbal.

La peor de todas, porque ella no se iba a enterar de nada.

—No lo sabes tú bien —aseveró sonriendo un Patrick que, por lo visto, por algún oculto motivo disfrutaba viéndola sufrir.

El actor, que no quería perder más el tiempo, se situó delante de ella, le quitó la jodida agenda y la tiró al suelo de cualquier manera. Después se inclinó y le susurró:

—Vas a hacerlo...

Una aparente sugerencia, expresada en voz baja, pero una orden en toda regla. Le causó un escalofrío, del que debía empezar a preocuparse, ya que de no hacerlo significaba que él podía acabar convenciéndola.

—Levanta los brazos —indicó Patrick quitándose, por fin, las gafas de sol e inmovilizándola con la mirada.

—No seas tímida —apuntó Berto a su espalda dejándola aún más aturdida.

Helen giró la cabeza; aquello era otro de esos extraños sueños medio eróticos: estar atrapada entre dos hombres dispuestos a todo, solo que en ese caso pretendían desnudarla con fines muy alejados de los que ella hubiera deseado.

Eh, un momento, ¿de verdad ese pensamiento había sido ciento por ciento suyo?

«Contrólate, que aquí va a pasar algo muy serio si no lo haces», se dijo.

Patrick, sin esperar que ella obedeciera a la primera, llevó sus manos a los cierres superiores del peto y los soltó sin contemplaciones. Por si acaso ella se rebelaba, elevó sus brazos con rapidez y Berto se encargó de subir la camiseta, sacándosela por la cabeza para tirarla al suelo como si fuera la bayeta de limpiar el polvo.

—Dejadme en paz —siseó ella intentando cubrirse, dar un manotazo a Patrick, apartar al modisto y no parecer una gallina desplumada.

Patrick la giró para que su amigo pudiera verla, mientras la mantenía con los brazos elevados para que la secretaria evitara cubrirse.

El modisto hizo un gesto evidenciando su aprobación.

—Hacía tiempo que no veía algo así —murmuró.

—Ni un gramo de silicona —confirmó Patrick, que se acercó al oído de ella para susurrar—: Te lo puedo garantizar.

Berto le sonrió con cierta picardía.

Helen no podía entender por qué no empujaba a esos dos y salía de allí como alma que lleva el diablo. De nuevo su otro yo, ese que tanto se esforzaba en someter sin éxito, tomaba el control de su voluntad o, mejor dicho, la cedía por completo a quienes en ese momento se empeñaban en desnudarla.

Pero no iban a conformarse con ver su cuerpo de cintura para arriba; con los brazos aún por encima de la cabeza, vio, casi impotente, cómo le bajaban el vestido, hasta quedarse en bragas, lo cual afortunadamente podía ser elegante, ya que su ropa interior no seguía los mismos dictados... pero siempre había un pero, y en su caso eran las horrendas botas marrones, de suela de goma, amorfas y que conseguían que sus piernas parecieran mucho más gruesas de lo que ya de por sí eran.

Berto dio un paso hacia atrás para admirarla completamente, y reiteró su opinión sobre la chica: merecía la pena, y mucho.

—¿Sabes? Resulta tremendamente alentador observar a una mujer como tú. —
Deslizó un dedo por encima del borde de su sujetador negro.

Ella tragó saliva. ¿Cómo permitía Patrick tal atrevimiento?

¿No se supone que los hombres son territoriales por naturaleza?

Sin embargo, Helen se percató de un detalle: su toque, aunque pudiera parecer sexual, distaba mucho de serlo, pues parecía más un roce profesional, como si pretendiera memorizarla con el tacto.

Después Berto se acercó a una mesa y cogió una libreta y un lápiz, para distanciarse después de la pareja mientras plasmaba sus ideas en el papel.

Patrick no la soltó en ningún momento.

—No me digas que esta situación no te parece excitante —murmuró Patrick tras ella en cuanto vio que su amigo se marchaba de la estancia, concentrado en su trabajo; sin duda al verla le había llegado un momento de inspiración y no le importaba dejarlos a solas con tal de no perder ese fogonazo de creatividad.

Helen cerró los ojos, cómo no; Patrick sí tenía pensamientos poco profesionales.

Y ella, ¿para qué negarlo? También.

Las manos de él, que permanecía a su espalda, se posaron en su cintura y fueron subiendo hasta posarse sobre sus pechos, amoldando perfectamente cada uno de ellos, arriesgándose, ahora que le había liberado los brazos, a que ella forcejeara para escaparse.

—En el fondo quieres que suceda —apuntó seductor adivinando los pensamientos de ella—. La vergüenza es un potente afrodisíaco, ¿verdad?

Ella gimió, ¿cómo no hacerlo?, y se recostó sobre él, sintiendo la suavidad de su camisa contra su espalda y la presión de sus manos en el escote.

—No deberías... —lo advirtió refiriéndose a que con toda probabilidad podía aparecer un tercero y presenciar algo indebido.

Aunque él opinaba lo contrario, pues sus manos se dedicaban a tocarla sin ningún tipo de censura. Después de endurecer sus pezones por encima de la tela, decidió bajarle las copas del sujetador y eliminar barreras textiles.

Helen jadeó de nuevo, cada vez más excitada, apretando los muslos con fuerza ante el hormigueo que sentía entre los mismos, por no mencionar la humedad que empapaba sus bragas, que no a mucho tardar él comprobaría.

Patrick se mostraba encantado con su respuesta y no veía el momento de liberar su erección para rematar la jugada, aunque por el buen funcionamiento de las cosas debía tentarla, provocarla hasta el límite, y así obtener un resultado mucho más satisfactorio.

—Te estás deshaciendo —dijo él en ese tono tan indolente que la desesperaba, pero que en los momentos como aquel causaba estragos en su libido.

Ella bien lo sabía y poco o nada podía alegar al respecto.

Pero sí tenía a su alcance la posibilidad de tocarlo y devolverle parte de las atenciones que recibía. Manióbró como pudo, metió las manos entre ambos cuerpos y comenzó a rozarlo por encima de sus pantalones. Automáticamente él apretó con más fuerza el pezón, ya de por sí suficientemente torturado.

Con la otra mano, él fue descendiendo hasta meterla dentro de sus bragas, para rozar sus labios vaginales, separándolos y calentándola para inmediatamente después penetrarla solo con un dedo. Helen se recostó sobre él y dejó que sus caricias fueran subiendo de intensidad. Separó ligeramente las piernas y gimió.

Todo estaba calculado para que aquello discurriera de la forma más lenta posible, que ambos fueran calentándose mutuamente, disfrutando de cada uno de los sutiles toques, sin apresurarse y sin saltarse ninguna etapa.

Quería, ahora que ya había disfrutado de la versión acelerada, otra bien distinta. Deseaba, en la medida de lo posible, que los dos recorrieran el camino al mismo ritmo, por lo que mantuvo ese único dedo en su vagina, rozando sus paredes internas para que la sensibilidad a flor de piel jugara a su favor.

Ella, en respuesta, le agarró de la muñeca, instándole sin duda a profundizar un poco más, y él decidió ser buena persona. Ahora con dos dedos, se dedicó a repetir todo el proceso, deleitándose con los gemidos femeninos y con las uñas de ella, clavadas en su brazo, síntoma inequívoco de que la presión iba en aumento.

—Eso es... —la animó—, siente, deja que tu cuerpo hable por ti...

—Lo mismo digo —le rebatió mientras metía la mano por el hueco de la bragueta. No era ni medianamente justo que solo ella estuviera en el disparador.

Allí de pie poco más podía hacerse, así que optó por conducirla hasta el diván de cuero blanco situado al fondo, donde seguramente se sentaban los clientes de Berto para ver sus creaciones.

Sin dar más explicaciones, la tumbó boca abajo y, tras eliminar aquellas inconvenientes botas, le bajó las bragas, dejándole el sujetador puesto, aunque con las copas bajadas, creando así un efecto de lo más sugerente.

La reacción por parte de ella al sentir el frío cuero bajo su cuerpo, y en especial en sus pezones, fue arquearse, lo que le ofreció a él una inmejorable panorámica de su culo, el cual, por cierto, tendría que follarse un día de aquellos.

Palmeó una de sus nalgas para después pasar un dedo entre la separación de ambas, un pequeño adelanto de lo que llegado el momento sucedería.

—Prometedor —musitó.

Helen se estremeció ante el tono empleado.

Pero para ello necesitaba crear ambiente y no tener prisa. Únicamente se mostró expeditivo cuando extrajo de su cartera el imprescindible preservativo, asunto del que por cierto tendría que hablar con ella.

Helen lo observó, impaciente, avergonzada ante la humedad entre sus muslos que a buen seguro dejaría mancha en el cuero blanco, sin perderse detalle de las maniobras, incluso torpes por las prisas, de bajarse los pantalones y colocarse el condón sobre esa impresionante erección que en breve sentiría en su interior.

Se mordió el labio, expectante, reprimiéndose para no gritarle que se diera más maña. Clavó las uñas en el cuero.

—Joder... —gruñó él cabreado consigo mismo, pero resultaba complicado enfundarse con los pantalones por debajo del culo, de rodillas y desviando constantemente la vista a un cuerpo que pedía a gritos un buen polvo.

Helen, cansada de la interminable e injustificable demora, se incorporó y le arrebató el condón de la discordia. Aquello empezaba a ser una costumbre.

Gateando, se acercó a él y se inclinó, separó los labios, para lubricarlo perfectamente. Lo lamió de arriba abajo, y él, encantado, movió sus caderas, embistiendo dentro de su boca, conteniéndose para no hacerlo a lo bestia.

—La chupas jodidamente bien —jadeó él sujetándola del pelo corto para ayudarla en aquella postura, pues a cuatro patas ella no gozaba de una buena estabilidad.

Lamentó en silencio que no lo tuviera más largo para así atraparlo en su puño y tirar de él a modo de doloroso incentivo.

Dejó que ella le succionara durante unos minutos más; al fin y al cabo, ¿qué hombre con sangre en las venas, y en ese caso mayoritariamente acumulada en una parte muy concreta, podía negarse a tal práctica?

Ella, que había mantenido los ojos cerrados, los abrió y jadeó sorprendida y totalmente anonadada cuando se dio cuenta de un detalle que hasta el momento le había pasado desapercibido, quizá como consecuencia del extraño ambiente.

Al ver su reflejo en los espejos situados enfrente del diván, se quedó mirando fijamente la imagen de ambos, en aquella postura tan sumamente obscena y perversa; sin embargo, no perdió su erección.

El componente visual resultaba un ingrediente extra de lo más inspirador.

Lejos de separarse o de abochornarse como en principio hubiera pensado, se aplicó aún más en la tarea de hacerle una perfecta mamada y, a juzgar por los jadeos y gruñidos de él, no iba muy desencaminada.

—Hoy no quiero correrme en tu boca —indicó él dando por hecho que cualquier otro día lo llevaría a cabo y ella tendría que mostrarse encantada y agradecida por ello —. Pónmelo.

Ella dejó de succionarle y cogió el preservativo que él tenía en la mano. Sin más, se lo colocó sobre su erección, ahora excelentemente lubricada.

—A cuatro patas —indicó una vez enfundado, y ella adoptó la postura inicial.

Patrick, antes de penetrarla, metió una mano entre sus piernas, desde atrás, insertando el pulgar mientras que con los dedos provocaba su clítoris para así enardecer aún más cada una de las terminaciones nerviosas tanto externas como internas, encantado de ver cómo la secretaria movía el culo buscando el máximo contacto.

Extrajo el dedo, empapado de sus fluidos, y posicionó su polla para, de un único empujón, clavársela profundamente y, sin perder ni un segundo, colocar ese pulgar sobre su ano y estimularlo para que poco a poco fuera abriéndose.

Sabía su respuesta...

Pero le daba igual.

—¡No...! —farfulló ella intentando evitarlo con el vaivén de sus caderas, lo cual, lejos de desalentarlo, lo animaba mucho más.

—Pues yo creo que sí...

Helen debía de ser consciente, a esas alturas, de que negarle cualquier capricho al nene significaba, inmediatamente, que él lo deseara y se empecinara con más ahínco.

Aunque... la verdad..., si lo pensaba mejor... aquello... no era... tan malo...

Porque su cuerpo respondía de forma positiva a aquella estimulación; si antes quería «evitar» ese dedo, ahora lo ansiaba y se contorneaba sobre él. Y no solo eso, intentaba retenerlo, apretando sus músculos, lo cual repercutía directamente sobre él o, más concretamente, sobre su erección.

Patrick, encantado con su reacción, continuó embistiéndola, con fuerza, sin detenerse un solo instante, ni para coger aire.

Estaba follando a lo grande; aun así, podía ser mejor...

—¿Te gusta? —gruñó en voz baja, presionando de nuevo sobre su ano, conociendo de antemano la respuesta.

Helen quiso gritarle: «¿Importa?».

Porque, la verdad, ¿qué necesidad había de hablar en voz alta? Su cuerpo ya se mostraba lo suficientemente explícito, no era pertinente vociferarlo a los cuatro vientos.

—¡Responde! —exigió elevando la voz.

Ella negó con la cabeza, ¿pretendía ese insensato que chillara cual actriz porno para así alertar al anfitrión?

Por lo visto debía obedecer, pues mantenerse callada significaba que él reducía la velocidad y de seguir así ella se quedaría a medias, hecho que seguramente a él le traería sin cuidado.

—Sí... —acertó a decir entre jadeos manteniendo un tono bajo, a ver si con un poco de suerte se conformaba.

—Estamos follando, pon algo más de énfasis —se burló él entrando y saliendo de su cuerpo con una deliberada y desesperante lentitud.

—Sí, me gusta —concedió sin obedecer del todo.

—Si pretendes dilatar todo esto, hasta que Berto diseñe una colección completa y venga a mostrártela...

—¡Maldita sea! —protestó Helen mirándolo por encima del hombro. ¿Siempre tendría que ser así?—. Sí, me gusta, me gusta mucho —gritó a pleno pulmón, quizá con algo de rabia, por tener que ceder.

—Excelente. —Empujó con renovado brío—. Parece que nos vamos entendiendo.

A partir de ese instante, cada vez que él exigía una respuesta, Helen se la daba.

Cuando la tocaba donde no esperaba, ella lo disfrutaba.

Helen no encontró más argumentos para resistirse. Puede que su cabeza dictara seguir otro camino, quizá condicionada por determinadas ideas preconcebidas; sin embargo, todas se estaban yendo al carajo, una detrás de otra, a medida que en su interior se acumulaba la tensión, la vergüenza y el morbo. Ingredientes indispensables para alcanzar un buen orgasmo.

Nunca lo hubiera reconocido, y menos aún en voz alta, aunque aquellos tejemanejes que Patrick se traía entre manos resultasen altamente productivos.

Por algún extraño motivo, o simplemente por morbo (la causa más probable),

contempló de nuevo la imagen de ambos, en esa ocasión ella a cuatro patas, sobre el immaculado diván, moviéndose, resbalando sobre el cuero...

Él debió de darse cuenta y cruzó la mirada con la de ella, sonriéndole de una forma mucho más provocativa de lo que legalmente está permitido, como dando a entender que sabía perfectamente con quién follaba.

—Viciosa... —gruñó.

Helen no sabía muy bien cómo interpretar su gesto, y ni mucho menos el suyo propio, pues desde el minuto uno se había repetido una y otra vez que aquello no era más que otro capricho de don antojos; en cuanto se le cruzara por delante otra mujer que le hiciera gracia, acabaría mandándola a paseo y si te he visto no me acuerdo.

Ella se mostró tímida. Su aspecto, sudada y despeinada, no la ayudaba precisamente a mostrarse seductora; aunque, bien pensado, él ya la había visto tal cual era, sin adornos, así que ese punto lo tenía superado.

—Estoy a punto —gruñó él embistiendo con más brío—. Vas a dejarme seco... y lo mejor de todo es que quiero que me dejes seco.

Helen aceptó cada uno de sus envites, saliendo a su encuentro, apretando sus músculos internos... cualquier cosa para complacerlo y de paso complacerse a sí misma.

Extraño, inexplicable y de manicomio, desde luego, pero, a pesar de su altivez, su comportamiento insufrible y demás, ella, ahora que había tenido la suerte de acostarse con él, solo debía concentrarse en el increíble momento que compartían.

Ya vendrían luego los consabidos arrepentimientos y los más que seguros lloros.

El sudor se deslizaba por su espalda, las rodillas le temblaban y se resbalaban sobre el cuero, pero su cuerpo pedía, exigía, más.

Él, sin haberle dicho una palabra, entendió sus necesidades y metió la mano entre sus piernas, localizando a la primera su clítoris para frotarlo sin piedad.

Ella gimió, con fuerza, completamente desinhibida, ajena o no a la posibilidad de ser descubiertos.

—Me encanta desatar a la fiera. —Así fue como se lo agradeció Patrick, sin querer razonar, al menos por el momento, el porqué de su obsesión por la Fea.

Ambos oyeron el inconfundible sonido de unos pasos que se acercaban.

Helen se tensó y se quedó inmóvil.

Él, tan consciente como ella, ni se inmutó.

Sabía quién se aproximaba.

Cruzó la mirada con su amigo, y se entendieron en el acto, sin palabras.

Helen quería salir pitando de allí, a ser posible cubriéndose antes; sin embargo, Patrick la tenía bien sujeta por las caderas.

Berto se aproximó, sonriente, y se colocó delante de ella; se agachó para quedar a la altura de sus labios, los cuales acarició delicadamente por el pulgar antes de acercarse y depositar un suave beso.

Helen parpadeó antes de sentir uno de los orgasmos más inexplicables de su vida.

—Eres increíble —susurró el diseñador junto a sus labios, en un tono íntimo, cariñoso, mientras la peinaba con los dedos.

—No te he dado permiso para tocarla —indicó Patrick entre jadeos sintiéndose de repente posesivo.

Ese comentario fue el detonante, Helen, en precario estado de equilibrio, estiró un brazo y atrajo hacia sí al modisto, devorándole la boca. Encantada, atrevida y perversa con su descarado comportamiento, sintió cómo Patrick se estremecía tras ella y Berto gemía en su boca.

¿Dónde se estaba metiendo?

¿Por qué no lo había hecho antes?

Su plan inicial de conseguir regresar a su puesto comportándose de manera asquerosamente eficiente como asistente personal no estaba funcionando ni de lejos y eso que se estaba esmerando para que él la despidiera, atribuyéndose tareas que en ningún caso eran de su competencia. Tareas que rayaban el servilismo, pero necesarias para lograr su objetivo.

Ese día, por ejemplo, había llegado media hora antes a su puesto y se había ocupado de limpiarle personalmente el camerino, porque por alguna extraña razón la señora de la limpieza se negaba a entrar en él desde hacía una semana.

Lo más probable era que Patrick, en su afán de demostrar a todo el mundo lo imbécil que se puede llegar a ser cuando uno se lo propone, le hubiera dicho a la buena mujer algo sumamente desagradable, o sea, Patrick en estado puro.

Y allí estaba ahora, sentada en el sofá donde él se tiraba a la bartola para descansar el triple que el resto del equipo, esperando a que regresara del set de rodaje, con toda probabilidad despotricando sobre lo insufrible de trabajar con la *Petarda star*.

Bueno, en eso podía darle al menos la razón.

Sonrió; esa manera de denominarla se había generalizado, ¡vaya mote! Lo cierto era que no podía estar más de acuerdo, pues todos opinaban más o menos lo mismo, incluyendo a John, pero la audiencia se había encariñado con ella y no quedaba bien mandar a paseo a la protagonista.

Aunque para alias estaba el suyo, pero ese era otro cantar.

Vaya papeleta para todos los que se afanaban en sacar la serie adelante. Un déspota y una petarda como pareja protagonista...

Sin otra cosa que hacer, agarró el guion del episodio donde Patrick, en su papel de Ralph, regresaba y se encontraba a su exmujer, que por lo visto no lo había olvidado, pese a haber tenido multitud de citas en las que se explotaba la vena romántica y cómica de la actriz. Eso sí, todos esos candidatos estaban cortados por el mismo patrón: guaperas insustanciales.

Él, a diferencia de ella, no había llevado una buena vida y a su regreso aparecía cansado, arrepentido y deseoso de retomar la relación, pese al daño causado.

Los guionistas habían pensado que ella le hiciera sufrir durante al menos tres capítulos, pese a que Maggie estaba ansiosa por reconciliarse.

Claro que, si lo pensaba detenidamente, ella misma era en sí un caso para ser estudiado con detalle, pues su comportamiento de hacía tan solo dos días en casa de un famoso diseñador era de loquero.

No se había probado ni un solo modelito, y no porque, con toda probabilidad, la talla estándar que allí utilizaban no le entrara ni con calzador.

Lo más curioso de aquello era que Berto, en vez de darse la vuelta y observar (si ese era su deseo o la indicación de su «jefe») desde una posición discreta, se había acercado a ella y disfrutado como si él hubiera estado en la posición de Patrick, hecho que, ciertamente, la inquietaba, pues ¿cuánto había visto?

Y lo que es peor, ¿qué pensaba de ella?

Y si por si acaso esto no era ya lo suficientemente bochornoso, ¿qué hubiera pasado de haberse presentado diez minutos antes? Porque dado el estado de..., llamémoslo locura sexual transitoria, ¿de qué hubiera sido capaz?

Y, ya puestos a martirizarse, ¿cuántas habían pasado por ese extraño ritual, inducidas por la locura sexual transitoria o, también, por la impresión causada por dos hombres impresionantes?

Porque no había que ser especialmente lista para darse cuenta de que ambos se sentían cómodos juntos y daba la impresión de que compartir no suponía ningún contratiempo. No hubo reacciones acompañadas de juramentos e imprecaciones típicas masculinas.

Así que, ¿qué número ocupaba en la lista de mujeres compartidas por esos dos?

¿Debería ponerse de mal humor por haberse dejado llevar como otras tantas?

¿Enfadarse con él, bueno, enfadarse aún más, por tratarla como a las demás?

«¿Y cómo esperabas que te tratara, pedazo de tonta?», se respondió ella misma, a punto de tirarse de los pelos, no solo por su comportamiento, sino por autoflagelarse mentalmente una y otra vez.

Y por si sus disquisiciones no la traían ya suficientemente por el camino de la amargura, su plan hacía aguas por todas partes.

Él se divertía, y mucho además, riéndose de ella y de diversas formas.

De repente Patrick había descubierto que el orden no era tan malo para su vida; eso sí, solo ella podía organizarle la ropa, incluyendo la interior, que guardaba en el camerino. La consecuencia inmediata era la eterna enemistad del departamento de vestuario por no poder atenderlo como era debido, ya que ella tenía la «envidiable» misión de ayudarlo a vestir y de anotar las indicaciones a la hora de realizar cambios; Patrick, tocando la moral, no tenía precio.

Menos mal que no tenían constancia de que a veces lo había desvestido, por completo; de ser así, esas ansiosas la despellejarían viva.

Y por si no tuviera suficientes enemigos, Maggie se empeñaba en culparla por todas sus «desgracias», incluyendo el par de granos que estropeaban su bonita cara, puesto que se había atiborrado de chocolatinas para superar el hecho de que un tipo, Patrick, no cayera rendido a sus pies.

Oh, maldito ego...

A esa lista de «enemigos» quizá debería añadir a Ryan, quien se pasada día sí y día también persiguiéndola por los pasillos con el único fin de provocarla, ya que él se mordía las uñas por saber qué estaba pasando exactamente entre ellos, y Helen ni loca iba a contarle nada; su amigo tenía la suficiente inventiva, y muy creativa, por

cierto, como para rellenar por sí mismo esas lagunas de información.

En ese instante llamaron a la puerta y se incorporó rápidamente con la intención de cumplir con su obligación.

Abrió y se encontró con una desagradable cara, con dos relucientes espinillas y con evidentes ganas de estrangularla.

—¿Qué haces con eso? —Maggie señaló el guion que ella sostenía en una mano como si fuera un secreto de Estado que una simple secretaria no debería ni atreverse a tocar—. ¿Aprendértelo para quedarte también con mi papel en la serie? —Formuló la pregunta riéndose, ya que la más que remota posibilidad de que ella supiera interpretar quedaba descartada.

Helen contó hasta diez para soportar su estridente risa.

—Apartar moscas —respondió sabiendo que no captaría el chiste ni con un detallado dibujo de colores para niños.

Maggie parpadeó; efectivamente no entendía la indirecta y decidió seguir en plan belicoso.

—Te he estado observando... y sé perfectamente que eres la culpable.

—¿De qué, si puede saberse? —preguntó siguiéndole el juego; en ese momento podía permitirse el lujo de perder el tiempo.

—De que Patt se muestre tan agresivo conmigo —se quejó, puchero incluido con voz chillona.

—Quizá si dejaras de llamarlo Patt... —indicó Helen burlándose al imitarla.

—Es un apelativo cariñoso, pero ¿tú qué vas a saber? No eres más que una sirvienta.

Como no tenía más argumentos que esgrimir, siempre y cuando las palabras anteriores pudieran considerarse como tales, se dio la vuelta, dando la oportunidad a quien estuviera pasando por allí de apreciar sus carísimas extensiones rubias.

—¡Adiós! —exclamó Helen entrando en el camerino y cerrando la puerta—. ¡Qué cruz! —murmuró para sí.

De nuevo a solas, hastiada, empezó a pensar en el próximo fin de semana, para el que no tenía planes. Podía marcharse y hacer una visita a sus olvidados padres, pero no estaba por la labor de recibir los cuidados de su madre, que a buen seguro insistiría en que comía mal, como cualquier progenitora. También podía aprovechar y pintar el apartamento, hacía tiempo que deseaba hacerlo. El impoluto blanco que eligió cuando lo decoró por primera vez ahora la aburría y precisaba un poco de color.

Sí, ese podía ser un buen plan para dos largos días sin trabajo.

Cuando estaba considerando los posibles colores y tonos que utilizar, se abrió la puerta de par en par y un actor cabreado hizo acto de presencia, seguido de su no menos insoportable compañera de reparto.

—Paaaatt, por favor, no te pongas así..., —canturreó la morritos *star* con la idea de engatusarlo.

Helen hizo una mueca; Maggie se la estaba jugando por llamarlo así. Cruzó una

mirada con él y aguantó la risa... Pero lo pensó mejor, ¿por qué no hacía ella lo mismo?

—Lárgate, tengo cosas que hacer con mi asistente —espetó señalando la puerta a la rubia con granos.

Aguantarla por trabajo ya le suponía un verdadero esfuerzo, así que ni borracho iba a dejarla entrar en su camerino, el cual por cierto ya no daba asco.

Helen abrió su agenda y fingió comprobarla detenidamente.

—Hasta las cuatro dispones de tiempo, Patt —le indicó toda seria ganándose una mirada asesina.

Patrick, mosqueado por la falsa amabilidad de la Fea, tomó cartas en el asunto. Estaba claro que esas dos, pese a que se llevaban a matar, podían establecer una de aquellas extrañas alianzas femeninas que con tal de joder la vida a un hombre se llevaban a cabo.

Agarró a su compañera de reparto y sin miramientos la sacó a empujones de su camerino, pasando por alto sus protestas y sin preocuparse de si terminaba cayéndose de culo por llevar unos tacones tan ridículamente altos.

—¡Es culpa tuya! —gritó Maggie acusando a Helen en un último y desesperado intento por ganarse la atención de Patrick.

Después él cerró de un portazo y se encaró con la secretaria, antes de meterle mano debía dejarle claro un asunto de vital importancia.

—Vuelve a llamarme Patt y...

—¿Y qué? —lo interrumpió cansada de que la situaran en el centro de atención sin pedirlo.

Para eso estaba Maggie, que se moría si no era objeto de todas las miradas.

—Y te...

—Me voy a tomar un café.

Patrick abrió los ojos como platos ante el repentino descaro de su asistente: lejos de ponerle de mal humor, su osadía le hizo esbozar una sonrisa.

—Vaya vaya, ¿ya estamos enseñando las garras? —Sonrió de medio lado olvidando la afrenta—. Pues nada, me desnudo en un segundo y listo.

Helen maldijo entre dientes y, como dos no pelean si uno no quiere, se acercó a la puerta con la firme intención de dejarlo a solas para que se calmara y, de paso, serenarse ella también, que buena falta le hacía.

Él detuvo su huida, apoyándose indolentemente en la única vía de escape y mirándola de una forma que no podía significar nada bueno.

Estaba especialmente «adorable» con su traje azul marino amorfo y su camisa abrochada hasta el cuello, a juego con los zapatos planos y ese pelo corto aplastado que se moría por despeinar.

La catequista perfecta para pervertir...

Joder, debería ir al médico y hacérselo mirar, porque excitarse con semejante cuadro daba que pensar.

—Déjame salir —insistió ella dispuesta a no enfrentarse a él, pese a que él estaba especialmente guapo con los vaqueros una o dos tallas más pequeñas que las arpías salidurras de vestuario se empeñaban en ponerle; se le marcaba «to-do» y ella tenía constancia de ese «to-do».

Por si acaso, dio unos pasos hacia atrás por precaución, que nunca se sabe.

—Levántate la falda —ordenó sin alterar su voz, como si le pidiera la hora.

—No, ni hablar, aquí no.

—Por tus palabras, ¿debo entender que quieres hacerlo pero en otro lugar? Porque puedes ir llamando a un taxi y nos encerramos en un motel de carretera en menos de lo que canta un gallo. A ser posible uno de esos económicos, para darle un componente más perverso a todo esto. Por ti estoy dispuesto a sacrificarme.

Helen negó con la cabeza, un no era un no. Aquí no había concesiones de ningún tipo, ya estaba bien de bailar al son que él marcaba.

—No voy a hacerlo.

Patrick echó el pestillo y abandonó su pose indolente para caminar hasta ella y, una vez frente a frente, quitarle la agenda, abrirla por el día en curso y escribir en el hueco que tenía libre: follar con la secretaria.

Después se lo mostró durante unos segundos para que comprendiera su mensaje antes de cerrarla sonoramente y tirarla sin miramientos al suelo.

—Deja de fingir —dijo él mirándola fijamente—. Siempre pasa lo mismo: quieres hacerlo, pero esperas a que sea yo el que tome la iniciativa y luego te desmelenas, cosa que agradezco. Así que ahorrémonos la discusión y vayamos al grano. Y que conste que no me importa seguir siendo el malo de la película mientras tú te crees una buena chica. —Y por si quedaban dudas de su teoría, añadió—: Las «decentes» sois las mejores en la cama.

—Habla por ti —adujo molesta porque en parte llevaba bastante razón y jodía que él, así a lo tonto, se hubiera dado cuenta.

Patrick la rodeó por la cintura y la pegó a su cuerpo; en aquella postura podía decirle lo que se le pasaba por la cabeza directamente al oído, lo cual implicaba mucha más intimidad y, sobre todo, efectividad.

—Muy bien, si tú no deseas... digamos... recibir beneficio alguno... —Lamió su oreja antes de morderle el lóbulo y continuar—: Límitate a ponerte de rodillas, ser una buena chica y dejar a tu jefe contento...

Helen gimió, maldita fuerza, si hasta estaba dispuesta a hacerlo. Definitivamente necesitaba unas vacaciones o cambiar de trabajo.

Nada más escuchar semejante proposición debería haber gritado un «no» rotundo.

—... eres afortunada, ni te imaginas la cantidad de mujeres que en tu lugar se mostrarían encantadas con la idea de satisfacerme... —prosiguió aprovechando la ventaja para posar ambas manos en su culo y así apretarlo a placer—. Tú llevas mi agenda, sabes la cantidad de llamadas que recibo...

—Yo no soy como las demás —se defendió.

Al menos ya no quería serlo.

—Precisamente por eso quiero montármelo contigo.

Ella se mordió el labio, ¿había sonado tan sincero como parecía?

¿O simplemente estaba actuando para convencerla?

Sea como fuere, no tenía ni la fuerza de voluntad ni las ganas de resistirse, ya que, por enésima vez, su cuerpo iba por libre y reaccionaba a su contacto.

Maldición. Y él lo sabía.

Era un hecho por completo contraproducente aunque real, muy real. Vaya si lo era, y la prueba palpable estaba entre sus piernas, que por cierto temblaban.

—Como bien sabes, no tengo nada pendiente hasta las cuatro... —susurró él mordisqueándola a placer en el cuello, para, por supuesto, apretarse contra ella para sacarle la camisa y poder meterle mano bajo la tela y llegar a ese apetecible par de tetas que se afanaba en ocultar; claro que para eso estaba él, para ocuparse de que no permanecieran por más tiempo atrapadas bajo aquellas horribles prendas.

Sin duda tendría que llevarla de nuevo a casa de Berto; no obstante, en esa próxima visita se ocuparía de elegir un guardarropa, aunque, eso sí, no por ello renunciaría a otro revolcón.

—No me apetece —mintió intentando liberarse.

Patrick colocó una de sus manos tras la nuca y, después de inmovilizarla, la besó, mejor dicho la avasalló, apoderándose de su boca de tal forma que derribó sus exiguas defensas sin mucho esfuerzo.

La arrastró en dirección al sofá, donde se pasaba las horas muertas y al que, hasta la fecha, solo consideraba como un mueble útil; de camino, se detuvo con ella entre sus brazos y empezó a quitarle la chaqueta, liberándola de tan horripilante prenda.

Helen, en respuesta, inspiró profundamente y dejó que él llevara a cabo sus propósitos. Ya no pensaba impedirlo, iba a suceder, otra vez, y entonces, en el momento más inoportuno, realizó una escalofriante, a la par que esclarecedora, reflexión: ¿para qué discutir?, ¿por qué negarse?, ¿por qué no aprovechar la situación?

De acuerdo, para él solo era un juguete con el que entretenerse, y al parecer Patrick, como todos los niños mimados y consentidos, hartos de tener a su disposición lo más exclusivo, de vez en cuando se encaprichaba de lo más sencillo y, claro, tenía que conseguirlo a cualquier precio; por lo visto ella era en ese instante el antojo del nene.

Y, como tal, después, si causaba daño o no, le daba igual.

—Estas pintas de catequista calentorra me están volviendo loco —murmuró encantado con la idea que iba tomando forma en su mente.

Helen, consciente del trasfondo de toda aquella locura, sabía que debía cuidarse y no complicarse. Debía mentalizarse poco a poco de que, más temprano que tarde, él acabaría por aburrirse de su nuevo capricho y buscaría a otra.

—¿Has echado el pestillo? —preguntó verdaderamente preocupada; su reciente incursión en el mundo del exhibicionismo no significaba que quisiera repetir a todas horas.

Lo detuvo con aquella pregunta mirándolo inquieta ante la posibilidad de que alguien de la productora los pillase in fraganti, porque, de ser así, directamente se armaría tal escándalo que tendría que abandonar su trabajo, amén de la multitud de comentarios y chismes de los que sería objeto.

—Eres como la comida sin sal —gruñó él más preocupado de romperle la blusa —: le quitas toda la gracia al asunto.

Aquella reprimenda absurda no respondía a la cuestión, pero él, ya sin su camisa, preocupado principalmente por su cuerpo y no por sus palabras, dirigió sus manos hacia su delantera, complacido al encontrarse los pezones bien duros.

Una delicia para llevarse, a ser posible cuanto antes, a su boca.

—Puede que tú estés acostumbrado a esto, pero si nos encuentra alguien... —murmuró mitad preocupada, mitad expectante ante tal probabilidad.

A pesar de su desasosiego, se echó hacia atrás para que pudiera desnudarla sin mayores contratiempos, ya que no deseaba regresar a casa con la ropa hecha trizas, pues ese hombre no titubeaba a la hora de arrancar cualquier barrera textil.

Patrick perdió momentáneamente el hilo de la conversación, pues, aparte de importarle un pimiento, tenía delante de sus ojos algo mejor con lo que distraerse; no obstante, terminó por hablar, puesto que por el tono de ella dedujo que le preocupaba y, claro, lo que a ella le preocupaba a él le divertía.

—Si alguien nos encuentra, te aseguro que el más perjudicado seré yo —alegó mordiéndola en el hombro y apartando de paso las tiras de su sujetador.

«Qué extraño», pensó ella sin molestarse por el dolor causado por ese mordisco tan erótico, especialmente cuando después lamió la zona afectada. Al fin y al cabo, se suponía que los tipos como él se tiran todo lo que se menea, así que, ¿qué importancia tenía una más?

—No entiendo por qué... —jadeó cuando él la empujó y cayó sobre el sofá, de forma poco elegante, para inmediatamente después bajarle con brusquedad las copas del sujetador y sentirlo encima atacando sin piedad uno de sus pezones, que por cierto se endureció aún más con sus certeros mordiscos.

Patrick levantó un instante la cabeza para mirarla y darle una explicación y para ello adoptó su característico tono de perdonavidas.

—Imagínate qué dirán, tengo una reputación que mantener —alegó con una sonrisa tan grande como su ego antes de inclinarse y darse el gustazo de abarcar el otro pezón con la boca.

Una respuesta que no la sorprendió.

«¿Para qué preguntas?», se reprendió en silencio.

Helen podía haberse enfadado nada más oír tan desagradable opinión, pero el tono había variado ligeramente. Ya no sonaba tan despectivo como al principio; seguía siendo burlón, pero apreció un matiz distinto y eso, junto con sus manos subiéndole la falda, hizo que se dejara de consideraciones fonéticas y lo ayudara a deshacerse de la mayor cantidad posible de ropa.

—¿Satisfecha? —preguntó al ver su expresión reflexiva tras la explicación.

Una explicación a caballo entre la verdad y la mentira, pues nunca le había importado qué dijeran de él y mucho menos de quien estuviera con él; sin embargo, por una de esas extrañas razones, no quería perjudicarla públicamente.

—Aún no —lo provocó.

—Excelente respuesta —convino complacido ante el tono de reto.

Ella tuvo un momento muy peligroso y tonto cuando él le sonrió de una forma bastante afable. Cerró los ojos: hay cosas que es mejor no ver.

Él se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no mostraba esa faceta medianamente tierna, ya que el cinismo campaba a sus anchas dentro de su personalidad; por eso cambió con rapidez su expresión por una más acorde con ese instante.

La de cachondo a punto de follar le podría servir, relegando la actitud de «oso amoroso» al armario de los sentimientos pasados de moda.

—Este par de tetas deberían ser patrimonio nacional —declaró y ella terminó por

aceptarlo como un cumplido.

Patrick regresó a lo que sin duda podía definir como la parte preferida de su cuerpo; parecía obsesionado con sus pechos y a ellos se entregó por completo.

Las pasadas de aquella perversa lengua y los tenues mordiscos sobre sus pezones lograron que se arqueara en busca de mayor contacto. Se sujetó a su cabeza para que él no se separase ni un milímetro de su cuerpo.

Gimió ya totalmente descontrolada ante la creciente excitación, hecho extraño, ya que en lejanas y anteriores experiencias sexuales no reaccionaba así.

Separó todo lo que pudo las piernas para que así Patrick se acomodara entre ellas mientras se restregaba sin pudor, notando la aspereza de la tela vaquera entre sus muslos.

Él decidió que sus pechos ya estaban lo suficientemente estimulados y fue descendiendo, sin separar los labios de su piel, dejando un rastro invisible pero húmedo hasta su ombligo, con el que jugó, tanteando con la lengua.

—Ya falta menos... —comentó en tono divertido levantando un instante la vista y observando a la fiera allí tumbada, agazapada, a la espera de atacar.

Y él se moría por que sacara sus afiladas garras y saltara sobre él.

Metió las manos bajo su falda hasta encontrar sus bragas y tiró de ellas, bajándoselas por las piernas. Recorrió con cada una de sus manos la piel hasta llegar a su sexo, al tiempo que arrugaba la falda en su cintura.

Una escena típica del catálogo del sexo apresurado, sudoroso y casi ilícito, que si bien podía resultar preocupante (no quería detenerse a analizarlo por si acaso), le había devuelto el apetito sexual y aquello ya era todo un logro que tener en cuenta.

—Joder, pensaba que no iba a llegar a este punto —rezongó él observando su sexo húmedo.

Helen esperaba que hiciese algo más que contemplarlo y dedicarle alabanzas.

Estaba a punto de bajar la cabeza y darse un buen festín, pues no hay nada más atrayente para un hombre que el olor natural, sin rastro de perfumes ni sustancias químicas, de una mujer excitada; sin embargo, sus planes más inmediatos sufrieron un repentino e inesperado vuelco.

Ante lo que ella consideró inaceptable indecisión, se apoyó en los codos y, dejándole agradablemente sorprendido, pudo incorporarse lo suficiente como para empujarlo y tomar las riendas, empezando por llegar al botón de esos apretadísimos vaqueros y soltarlo.

—Así me gusta... —la animó encantado.

Él se ocupó de quitarle las odiosas gafas de ratón de biblioteca.

Ella metió la mano dentro de sus pantalones y lo acarició por encima de los bóxers, arriba y abajo, apreciando su longitud y conteniéndose para no lamerse los labios, evitando así el odioso cliché de la secretaria salidorra.

—Déjate de manoseos —sugirió él en ese tono tan indolente como lascivo, agarrándola por la muñeca; en aquellos instantes no podía consentirle tales roces,

precisaba algo mucho más contundente.

Helen recuperó su mano y se puso de rodillas frente a él para desnudarlo, y todo ello de forma brusca, expeditiva. Primero le arrancó la camisa sin detenerse a soltar los botones. Cuando por fin descubrió su torso, se inclinó y le mordió en el pecho.

—¡Joder, eres una loba!

Él aulló y echó la cabeza hacia atrás pero no la apartó, todo lo contrario: la sujetó para que ella continuara. Joder, aquella agresividad lo volvía loco, y el motivo era bien simple: a diferencia de la larga lista de pedorras deseosas por agradarle que fingían, esta se mostraba tal cual. Costaba desatarla; sin embargo, una vez esquivada esa inexplicable barrera, se mostraba como a él más le gustaban las mujeres: peleonas, decididas y, por qué negarlo, con un buen par de tetas de esas naturales como las que la secretaria se esforzaba en esconder.

Sentía la boca femenina, los dientes sobre su piel, pellizcándole al tiempo que las manos de ella se afanaban en bajarle los pantalones. Fue rápido y, antes de que ella se los arrugara por debajo del trasero, extrajo su cartera para coger el preservativo que todo *boy scout* con esperanzas de triunfar debe llevar.

Helen fue descendiendo hasta que su boca se encontró con una impresionante erección. Le agarró de la base y comenzó a meneársela, mientras que con la lengua humedecía únicamente la punta.

—Otro día me chupas la polla, hoy prefiero tumbarte y follarte como es debido —gruñó él en un estado cercano a la ebullición, ya que ella, con sus constantes avances y retiradas, le causaba aquel efecto tan extraño a la par que acojonante.

—No —zanjó ella empujándolo para que fuera él quien permaneciese tumbado.

—Aquí mando yo —la contradijo sonriendo ladinamente.

Joder con la Fea, qué ímpetu.

Si no cedía a sus demandas era por simple cabezonería, para que ella no se le subiera a la chepa y terminara dominándolo, aunque, la verdad, la idea de quedarse quietecito tenía su punto. Pero, no, no era el día para dejarse dominar.

Helen lo fulminó con la mirada, aunque colaboró; se dejó caer hacia atrás intentando que su maniobra resultara elegante.

A él se le secó la boca, literalmente, ante aquel gesto, el de una mujer segura de sí misma que por alguna razón fingía...

Se detuvo un instante a pensarlo, pero en su estado pensar, lo que se dice pensar, más bien poco, por lo que decidió apartar para la etapa poscoital sus divagaciones y colocarse el condón, que con la tontería aún estaba sin enfundar y a punto de meterla.

Helen parpadeó ante su súbito frenazo; la miraba de una forma bastante rara...

No obstante, no tuvo tiempo de analizar esa reacción, pues él se situó entre sus piernas, balanceando las caderas hasta encajar en las suyas. Se humedeció los labios resecaos y cogió aire, quedando totalmente a su entera disposición.

—Sé que te gusta así —gimió embistiéndola con fuerza. Tuvo que quedarse unos segundos quieto, para saborear como era debido aquel momento.

La miró de nuevo, como si necesitara comprobar algo, estar seguro de a quién se estaba tirando, porque, a pesar de no ser la primera vez, no terminaba de encajar las piezas.

¿Cómo era posible seguir deseándola?

«Pero ¿tú la has visto bien, tío?», pensó volviendo a meterse en el partido.

Resultaba inevitable pasar por alto todas las carencias que cualquier otra mujer se ocuparía de no acentuar como hacía esa insensata cuando estaba montándose con ella de esa forma tan convencional pero a la vez tan increíble.

Era como si su cerebro borrara todos los datos antes de excitarse de nuevo, logrando así disfrutar de cualquier pequeño detalle, por tonto o repetitivo que fuera.

Y para él, que a esas alturas se aburría con facilidad, estar entre los muslos de la secretaria resultaba todo un estímulo al que era muy difícil renunciar.

—¿Estás bien? —preguntó ella jadeando, con la espalda sudorosa debido a la tapicería acrílica del sofá, al notar que él se mostraba distante, no tan locuaz como era de esperar.

Patrick hizo una mueca de esas perversas, dando a entender que no podía estar mejor, y abandonó su extraña línea de pensamiento para concentrarse en el plano meramente físico.

Ella lo ayudó, apretando las piernas alrededor de sus caderas, atrayéndolo todo lo posible hacia sí y enredando sus dedos en su cuero cabelludo, despeinándolo vehementemente, todo ello sin dejar de balancearse con él, responder a cada uno de sus envites.

—Patt... —gimió sin poder evitarlo.

Era consciente del riesgo que entrañaba llamarlo de ese modo; no obstante, su vena perversa había tomado por completo el control, mientras elevaba las caderas al encuentro de cada una de sus embestidas.

Nadie mejor que una misma para saber que en aquella postura el orgasmo resultaría más esquivo, por lo que permanecer pasiva bajo él era el billete seguro a la insatisfacción.

—Eres mala... muy mala —jadeó prometiéndole con la mirada que su osadía obtendría una respuesta acorde con la misma.

Miró un instante hacia abajo, en concreto allí donde sus cuerpos se unían, disfrutando de una visión tan explícita, carnal y básica, encantado con los movimientos pélvicos, casi desesperados, de ella; lógicos por otra parte, pues en esa postura cualquier mujer con ganas de correrse haría lo mismo.

Patrick bien lo sabía y, apoyándose en el brazo del sofá, metió la otra mano entre sus cuerpos y con el dedo índice buscó su clítoris, acariciándolo superficialmente para ir poco a poco aumentando la fricción, para que ella fuera revolucionándose y, si era preciso, aminorar el ritmo para que aquello pasara de ser un buen polvo a uno memorable.

Nada más efectivo que pegar un acelerón para después frenar en seco: la

confusión y la excitación simultánea formaban una estupenda combinación.

—¿Qué... qué haces? —jadeó ella clavándole las uñas en la muñeca con tal de que continuara estimulándola.

Patrick, representando un papel al que no era muy aficionado, el de dominante, arqueó una ceja ante ese tonito de la secretaria cachondona y consiguió liberar su mano del agarre de la fiera, acercándose a los labios para que ella misma disfrutara de su propio sabor.

Helen le chupeteó el dedo sin ningún tipo de reparos, humedeciéndole aún más con su saliva y dándole a entender que, si quisiera, le chuparía otra parte de su cuerpo, aplicándose de igual modo... o más.

Él la privó de tan acertado entretenimiento para besarla concienzudamente y volvió a utilizar su dedo, presionando primero sobre uno de sus pezones, humedeciéndoselo para inmediatamente después arrastrarlo en sentido descendente y acariciar de nuevo su coño hasta pulsar el punto exacto que ella precisaba, conduciéndola a un intenso clímax, al que él también se unió en el acto; se robaron mutuamente el aliento, pues no hay gesto más intenso que respirar boca contra boca al alcanzar el orgasmo y absorber cada respiración.

Helen tensó todo su cuerpo y apretó los muslos, aprisionándolo entre ellos, para luego dejar que poco a poco sus músculos se fueran relajando tras la intensidad con la que se había corrido.

Su cuero cabelludo también pagó las consecuencias de su intenso orgasmo, pero no le importó, pues de nuevo significaba la espontaneidad que tanto le atraía de ella.

Con renuencia, se apartó y se quitó el preservativo; tenía que hablar con ella de aquel asunto. «Si por lo visto voy a follármela con cierta regularidad, qué menos que hacerlo eliminando ciertas limitaciones», pensó él con toda lógica.

Se puso en pie y terminó de desnudarse, siendo consciente en todo momento de que ella no le quitaba ojo de encima, lo que no le molestaba lo más mínimo: si ella quería contemplar su culo, no pondría ninguna objeción, aunque el motivo de darle la espalda no era otro que vestirse con ropa de su talla; estaba hasta los mismísimos de tener que llevar los huevos apretados.

Movió las perchas hasta encontrar algo cómodo de su vestuario habitual y empezó a vestirse organizando sus pensamientos sobre lo que debería hacer respecto a su última compañera de cama o, más concretamente, de sofá.

La miró un instante por encima del hombro; sin embargo, poco o nada tenía que decirle. Su cabeza, ahora que su riego sanguíneo volvía a funcionar con relativa normalidad —aunque, si ella no se adecentaba, podía no ser así—, no dejaba de darle vueltas al asunto de la inexplicable doble personalidad, a falta de una denominación mejor, de la secretaria.

La causante de sus divagaciones, ajena a ellas, se incorporó y buscó sus prendas, desperdigadas por el suelo; de nuevo cada uno retomaba su posición y ya no quedaba espacio para los sentimentalismos, hecho al que por lo visto con un tipo como Patrick

debería acostumbrarse. Nada de palabras bonitas, ni arrumacos... sexo puro y duro, para después actuar como si nada. No tenía sentido verse afectada por ello, al fin y al cabo ya había llegado a la conclusión de que, si estaba preparada, si era consciente de cuál debía ser su postura y no se lamentaba por ello, podría sobrellevar toda esa locura sin sentirse mal o terminar perjudicada.

Convencida del camino que debía seguir para no salir herida, empezó por subirse las bragas; justo en ese instante llamaron a la puerta.

Él, sin camisa, con los pantalones de vestir medio abrochados, caminó descalzo con la intención de abrir ante la insistencia de quienquiera que fuese.

—¿Estás loco? —siseó ella alarmada, intentando adecentarse contrarreloj.

Él se encogió de hombros y entornó la puerta.

—¿Patrick? ¡Abre la jodida puerta!

De nuevo golpearon con insistencia.

Helen reconoció inmediatamente esa voz y ese tono, pese a ser muy diferente del educado y sereno habitual de Ewan, y se puso en el acto más nerviosa de lo que ya estaba y, en consecuencia, se sintió mucho más torpe a la hora de realizar una tarea tan sencilla como vestirse.

—¿Qué coño quieres? —preguntó el actor interponiéndose para que su amigo no viera nada.

No porque le importara, pues aquel no iba a sorprenderse por pillarlo a medio vestir tras follar, sino porque Ewan tenía la malsana costumbre de ejercer de conciencia y como se había erigido, sin que nadie se lo hubiese pedido, en defensor a ultranza de la moral y las buenas costumbres en lo que a la secretaria se refería, no estaba de humor para aguantarlo y menos aún que le jodiera su satisfactorio estado anímico poscoital.

—Lo primero, que me dejes pasar —respondió empujándolo, sin éxito, hecho que lo puso en alerta—. No voy a ponerme a discutir contigo en medio del pasillo. ¿A qué viene ahora de repente este secretismo? Que nos conocemos desde el colegio, no voy a ver nada que no haya visto antes —comentó burlón en clara referencia a las mil y una ocasiones en las que lo había visto con el culo al aire, y viceversa.

Por una vez Patrick dejó a un lado una oportunidad para ponerla en evidencia e intentó salvar la situación.

—Ahora no es buen momento —dijo sin soltar la puerta, deseando que la secretaria estuviera ya decente; así al menos se ahorraría una parte del sermón, pensó.

—¿Por eso estás a medio vestir? —preguntó el siempre perspicaz de su representante, arqueando una ceja y dando a entender que no iba a ser la primera vez que lo pillara con los pantalones en los tobillos—. Venga, tío, que nos conocemos, aparta —insistió.

—Joder, que no —se obstinó sujetando la puerta como si le fuera la vida en ello. Quiso mirar por encima del hombro y comprobar así si la Fea estaba ya lista; no quería dar la oportunidad al plasta de su amigo para que se adentrara en el camerino.

Sin embargo, Ewan fue hábil y consiguió colarse; se encontró a una Helen despeinada, sin gafas, sonrojada hasta las cejas y con la ropa en un estado deplorable.

Ella, tras cruzar la mirada con Patrick, que se mostraba enfurruñado por no haber sido más espabilada, caminó rápidamente hasta la puerta y se despidió con un sucinto «adiós».

—Ahórrate la charla, porque no pienso escucharte —lo advirtió mientras buscaba una camisa planchada entre sus cosas.

Lo cierto era que empezaba a disfrutar eso de tener una asistente; su camerino no era una pocilga en ciernes y su ropa estaba siempre planchada, como en casa. Quizá, una vez que se le pasara ese recalentón que parecía no tener fin respecto a su asistente, podría mantenerla en ese empleo; siempre, como decía el práctico de su hermano Owen, hay que rodearse de los mejores en tu trabajo.

—Ya hemos tenido antes esta conversación y veo que sigues empeinado en joder la marrana —adujo Ewan cruzándose de brazos, adoptando su pose favorita de plasta implacable dispuesto a aburrirle hasta la saciedad.

—Dejémoslo en joder a secas —rezongo Patrick situándose frente al espejo y comprobando los daños colaterales en sus hombros y cuello tras el asalto en toda regla de ella. Nada que la ropa no cubriera, así que no tenía de qué preocuparse. Terminó de abotonarse la camisa y colocarse bien los pantalones, que al ser de su talla no le dejaban los huevos aprisionados.

¿A ver si ese iba a ser el motivo por el cual se empalmaba nada más ver a la Fea?

Parpadeó para apartar tan ridículo pensamiento; ahora tenía enfrente al guardián de la moralidad dispuesto a sermonearlo, mejor prestarle la atención justa.

—Dejémoslo en joder una oportunidad única. Pero ¿tú la has mirado bien? —insistió señalando la puerta por la que acababa de marcharse Helen.

Patrick hizo una mueca; de acuerdo, no era ninguna beldad, pero por lo demás... estaba la mar de buena. Claro que Ewan en ese aspecto no contaba con toda la información para opinar. Sonrió; por una vez él manejaba información confidencial.

—Nunca pensé que fueras tan exigente —le reprochó con guasa ya en perfecto estado de revista, mientras se peinaba con los dedos.

—¡Sabes perfectamente que esa no es la cuestión! —protestó Ewan exasperado ante la actitud déspota de su amigo—. En fin, da igual, por más que te aconseje vas a terminar haciendo lo que te dé la puta gana.

—Entonces, si no es a darme la paliza con tus repentinos principios morales, ¿a qué has venido? —preguntó ciertamente aliviado de que no ahondara con el dichoso temita de la pobre secretaria.

—Tu querida «exmujer» me ha abordado en la entrada rogándome, bueno, exigiéndome que consiga que despidan a tu asistente y que de paso te haga entrar en razón para que le hagas más caso —comentó Ewan disimulando su malestar por tener que haber soportado dos minutos a la actriz y sus tonterías.

Patrick hizo un gesto despectivo con la mano, dando a entender que le importaba una mierda lo que esa rubia sin dos dedos de frente pidiera, bastante tenía con acercarse a ella durante algunas escenas.

—Tíratela, a ver si con un buen revolcón se le quita esa cara de lechuguina que tiene —sugirió completamente en serio; así de paso su amigo también echaba un polvo, porque últimamente estaba de un pesadito...

—¡Joder, tíratela tú! —exclamó ofendido ante la sugerencia—. Al fin y al cabo, para eso eres el famoso que no hace ascos a nada.

Patrick se rio; comprendía perfectamente el apuro de su colega y sus razones para evitar a la Petarda *star* en la medida de lo posible.

—En peores plazas has lidiado —lo animó Patrick en tono de choteo—. Mira que si es la mujer de tu vida y estás dejando pasar la oportunidad...

—A otro perro con ese hueso. Sabes tan bien como yo que es imposible sudar a gusto con una mujer así.

No tuvo que fingir estremecerse ante la sola idea de llevar a cabo tan desatinada idea.

—¿Por qué, si empujas demasiado, corres el riesgo de desarmarla?

—Efectivamente —corroboró Ewan sonriendo—, por no mencionar que no se prestaría a ello.

—Pues es una pena, porque yo creo que si algún alma caritativa le hiciera ese favor hasta podría ser una tía decente —sugirió Patrick buscando entre sus cosas perfectamente ordenadas la petaca de *whisky* que se había traído esa mañana de casa.

Ewan observó el camerino y llegó a la conclusión de que una mano, seguramente femenina, tenía mucho que ver con el orden y limpieza de todo aquello y dudaba de que el departamento de limpieza estuviera implicado, ya que también le habían llegado desde allí los comentarios sobre el carácter intratable de Patrick.

Como siempre, el actor haciendo amistades allá por donde iba.

—Joder, ya me la ha escondido... —refunfuñó cual crío tras ser castigado sin postre después de abrir el cajón donde siempre guardaba su alijo.

—¿Qué buscas? —preguntó acercándose hasta él.

—La petaca... —respondió revolviendo en el armario sin éxito a la hora de encontrar la bebida, porque a la hora de dejarlo hecho un asco cumplió su objetivo—. La muy... zorra, me la ha escondido.

Ewan negó con la cabeza, con lo ordenadito que estaba todo...

—Pues me parece una buena idea, así por lo menos descansas un poco y le das tiempo a tu cuerpo para poder destilar todo el alcohol que llevas dentro —apuntó el policía de la abstinencia sonriendo.

—Muy gracioso... —farfulló pensando en cómo vengarse de ella una vez la tuviera de nuevo enfrente, lo cual hizo que recordara una cuestión de vital importancia que había pasado por alto por escuchar las sugerencias, absurdas, de Ewan—. Por cierto, quiero que la investigues.

—¿A Maggie?, ¿por qué? —preguntó extrañado.

Patrick se sentó en el sofá donde hacía poco había sudado bien a gusto y aceptó un botellín de agua mineral que Ewan le ofrecía para relajarse charlando un poco con su amigo; al fin y al cabo, este era de los pocos que realmente lo conocían y con los que podía mostrarse distendido.

—No, maldita sea, a la Fea —aclaró pensativo; estaba dispuesto a encajar las piezas de ese rompecabezas femenino, o al menos a intentarlo, porque ningún hombre tiene los medios y el valor para hacerlo.

Y en su caso, precisaba datos ya.

—¿Has vuelto a las drogas? —inquirió Ewan más sorprendido aún al saber de quién se trataba.

—Que no, joder —se defendió sabiendo que aquellos oscuros años de su vida ya quedaban suficientemente lejos, aunque nunca lo bastante, y que gracias a amigos como Ewan ahora podía contarlos—. Simplemente siento curiosidad, quiero saberlo todo de ella. Dónde nació, qué estudió, dónde ha trabajado.

Ewan analizó aquella petición, muy extraña, desde luego. Normalmente Patrick no se mostraba tan interesado en una persona; solía relacionarse lo justo y en el caso de las mujeres ni eso, por lo que se sintió mucho más intrigado.

—Seamos serios, por favor. No hace falta investigarla, Helen no tiene pinta de esconder nada... —Ewan se pasó la mano por el pelo, despeinándose lo justo, ya que no sabía cómo enfrentarse a las absurdas paranoias del actor.

—Tú límitate a hacerlo —reiteró sin rastro de burla en su voz—. Ah, y averigua qué relación tiene con ese guionista, Ryan creo que se llama; pasan demasiado tiempo juntos.

Ewan arqueó una ceja, así que la había estado vigilando... eso daba que pensar.

—No creo que él sea una competencia desleal, si es lo que te preocupa —le dijo para tranquilizarlo.

—¿Y eso?

—No es ningún secreto. Al tipo le gusta tanto la carne como el pescado, pero a ella la trata como a una hermana, así que solo debes preocuparte por si te pasas con ella y viene a partirte la cara, no va a levantarte a la chica.

—Aun así, quiero saberlo todo de ella.

—Explícame por qué, dame un motivo, razones por las que debería seguir tus instrucciones —sugirió Ewan en tono claramente escéptico; duda de que pudiera aportar una coherente.

Se cruzó de brazos y esperó.

Patrick imitó el gesto; de acuerdo, el siempre pragmático Ewan y sus asquerosamente razonables palabras podían con él, así que ahora tocaba esforzarse para convencerlo sin desvelar demasiado, ya que sus dudas habían surgido en un momento poco ortodoxo para compartir con su amigo. En el pasado no hubiera dudado en detallarle ese hecho, pero por alguna razón prefería mantener silencio; además, no era ningún secreto que Ewan defendía a ultranza a la Fea.

—Finge —dijo finalmente como argumento irrefutable.

—¿Finge? —preguntó el representante poniendo cara de «te estás quedando conmigo», porque aquello no tenía ni pies ni cabeza.

—Exactamente —confirmó esperando acabar con esa gilipollez de justificar sus motivos.

Él daba una orden y los demás la acataban, joder. Estaba seguro de que a su hermano nadie le discutía nada en su trabajo.

—¿Y no lo hacen todas? —inquirió intentando asimilar la paupérrima información.

—Me trae sin cuidado lo que hagan otras, esta finge y quiero saber por qué. Punto —sentenció sin darle oportunidad a rebatir.

—Finge, ¿has dicho?

—Sí.

—¿Podrías explayarte? —preguntó en tono de mofa, porque, cuanto más hablaba, menos sentido le encontraba a todo aquello.

—Finge en la cama —terminó diciendo para total desconcierto de su amigo, que no sabía muy bien cómo afrontar aquello.

Ewan se pellizcó el puente de la nariz; joder, esta conversación, a surrealista, no la superaba nadie.

—Vamos a ver si soy yo, que hoy estoy espeso, o sencillamente me estoy haciendo mayor y no capto las cosas a la primera. ¿Me estás pidiendo que investigue a una mujer, que dicho sea de paso no es lo que se dice muy sospechosa de nada, porque finge en la cama? —No podía dar crédito a todo eso, nadie lo haría.

—Eso es, veo que no estás perdiendo facultades —confirmó todo serio pasando por alto el tonito de guasa empleado por Ewan.

—Y si no es mucho preguntar, ¿investigas a todas las mujeres que fingen contigo en la cama?

—Esta finge de forma... diferente —se justificó incómodo.

El representante ya no sabía si sentarse, pedir una botella de *whisky* y bebérsela sin respirar o partirse de risa ante las cada vez más estrafalarias ideas de Patrick.

Decidió seguirle el juego.

—Muy bien, finge y por alguna extraña razón, la cual no quieres compartir conmigo, no haces como en otras ocasiones y pasas olímpicamente de la mujer. Y, te lo advierto, porque en el futuro te va a volver a pasar, lo hacen constantemente. — Ewan le habló como si fuera tonto y acabase de descubrir una verdad universal.

Patrick captó perfectamente la burla implícita en su comentario, y eso lo enervó.

—Esta finge... pero ¡al revés! —estalló frustrado por no ver cumplidos sus deseos, como esperaba, a la primera.

—¿Qué quieres decir?

—Que me oculta algo... —murmuró pensativo.

—A tu edad ya deberías saber que todas ocultan algo —le replicó con ese matiz en su voz de «hoy estás muy tonto».

—Deja de tocarme los huevos y haz lo que te pido —ordenó en tono impertinente ante tan injustificable rechazo, y añadió burlón—: por favor.

—Vale, como quiera el señorito. Si tu deseo es malgastar tiempo y dinero, del que precisamente no andas muy sobrado, pese a que tu familia dirija un banco, ¡nada! Se hará como ordene el señor.

Patrick puso los ojos en blanco, qué paciencia había que tener...

Se imaginó por un momento a su hermano, sentado en su despacho, dictando órdenes a sus empleados y que estos, en vez de dirigirse inmediatamente a cumplirlas, se pusieran a cuestionarle cada palabra. Podía apostar cualquier cosa a que Owen, aparte de dirigirles una mirada asesina, levantaría el teléfono y a la hora de comer todos estarían en el despacho de personal firmando el finiquito.

—Haz lo que te pido y deja de discutir —exigió adoptando un acento serio.

Ewan, ante su tozudez, decidió que haría una pequeña investigación, lo justo para dejarlo satisfecho y que se le quitara semejante idea de la cabeza.

Sacó el móvil e inició una conversación con alguno de sus contactos, dándole los datos precisos para llevar a cabo la tarea. Mientras se los dictaba a su interlocutor, a Patrick no le pasó desapercibido el tono burlón, pero le trajo sin cuidado.

Estaba dispuesto a enterarse de los pormenores de la vida y milagros de su asistente. Podía colarse en el departamento de personal y camelarse a alguna; sin embargo, para eso estaban los subalternos, para hacer el trabajo sucio.

El sábado perfecto...

O eso al menos es lo que pensó mientras deambulaba por la tienda de bricolaje, metiendo en el carrito brochas, pinceles, cinta protectora, plásticos... y contemplaba las muestras; estaba eligiendo el color de pintura adecuado para que su casa, empezando por el salón, no pareciera una cámara frigorífica, así que al final optó por un rojo de cuya elección, de vuelta en su piso, casi se arrepentía.

Tenía decidido por dónde comenzar, así que se había afanado en proteger los muebles y encantar marcos para dar la primera capa, que por cierto lucía muy diferente a lo que Helen había visto en el muestrario.

Ahora debía tomar una decisión de vital importancia: continuar ensangrentando la pared o volver a la tienda y comprar blanco para tapar ese desaguisado.

¿Por qué, al igual que sucede con los libros de cocina, nunca queda igual que en la foto?

Mira que había seguido las instrucciones al pie de la letra: para evitar accidentes, se había esforzado en preparar la pared y evitar manchas y, cómo no, se había preocupado de aplicar la pintura como el dependiente le había indicado.

Sentada sobre un cubo dado la vuelta, se limpió el sudor de la frente y contempló de nuevo «su obra de arte» y, cuando continuaba sin tener muy claro el camino que seguir, se abrió la puerta de la terraza y Ryan, hecho un pincel, entró en el campo de batalla pictórico para abrir la boca desmesuradamente ante lo que vio.

—Dime que ha sido un accidente —comentó Ryan espantado con su habitual sentido del humor contemplando aquel desatino sin entender qué nuevo ataque de locura había sufrido su amiga.

—No estoy de humor —resopló Helen advirtiéndolo de que no estaba para una sesión de monólogos cínicos aplicados a su persona, pese a que su primera incursión en el mundo de la pintura no estaba siendo muy acertada que digamos.

Con él a modo de estímulo, se puso en pie y agarró el rodillo, lo metió en el cubo de pintura y, tras escurrirlo en la rejilla, atacó sin piedad la pared. Arriba y abajo, haciendo desaparecer el blanco impoluto con cada pasada y obviando por completo al tipo que la miraba estupefacto.

Que de paso incontables gotas mancharan su pañuelo protector podía considerarse como un daño colateral.

—Estás insoportable, ¿lo sabías? —comenzó a decir Ryan apartando el plástico de uno de los taburetes para sentarse—. Se supone que mantienes una relación secreta y apasionada con tu actor favorito y, en vez de dulcificar tu carácter, te vuelves más rancia.

Helen resopló y continuó pintando, con más furia si cabía ante la mención de

ese... individuo, a falta de un apelativo más apropiado.

Las cosas se estaban complicando por momentos; el día anterior John la había llamado a su despacho para preguntarle qué tal con su plan de ser la peor asistente del mundo y ella no había podido ser todo lo sincera que hubiese querido, lo que provocó que se sintiera desleal. Mills se mostró comprensivo y reiteró su confianza en ella.

Y Helen salió del despacho de su jefe y, al pasar por delante de su antigua mesa, observó con cierta envidia a la becaria que la sustituía.

Todo su plan de pasar desapercibida, de no llamar la atención, al garete, y todo por el capricho de un actor venido a menos.

Así que, como las circunstancias no le eran todo lo propicias que esperaba, prefirió no mentir más y dejó a su jefe algo preocupado.

Aquel hombre era un santo.

Ryan, cruzado de brazos, la observaba, sabiendo que quizá con su silencio la ponía más nerviosa que con sus comentarios, esperando que estallara; a juzgar por cómo manejaba el rodillo, aquello iba a suceder pronto.

—Vale, muy bien —resopló ella—, di lo que tengas que decir y déjame terminar, quiero tenerlo todo acabado a la hora de cenar.

—Me tienes completamente anonadado —murmuró pensativo—, así que no sé muy bien qué pensar de todo esto, por lo que te dejo con tu pintura, que he quedado. Ya pensaré en otro momento qué opino al respecto.

—¿No vas a echarme una mano? —le preguntó intuyendo una respuesta cercana a la negación.

—Pues no —corroboró como si agarrar una brocha fuera un pecado mortal—. Cuando quiero redecorar mi apartamento, llamo a un diseñador de interiores que está la mar de bueno. Siempre dejo estas cuestiones en manos de profesionales.

Ryan la abandonó a su suerte en medio de cubos de pintura y plásticos; sin duda tenía un plan mucho mejor que ella para pasar el sábado y seguramente el domingo. No podía culparlo, así que se aplicó con el rodillo para poder cumplir sus objetivos.

Con su último comentario había dejado varias cosas claras: primero, que era una incompetente y un peligro con un rodillo en las manos, y segundo, que no desaprovechaba, como ella, ninguna oportunidad para ligotear.

A la hora de la cena, mientras se comía un bocadillo —fue lo único capaz de hacerse pues le dolía todo el cuerpo—, contempló las paredes y se percató de que al menos tenía que dar dos manos más de pintura si quería que aquello cogiera el color exacto.

Así que, como le dolían hasta las pestañas, se dio una ducha rápida y se metió en la cama, confiando en que el sueño fuera lo más reparador posible para tener un productivo domingo pictórico.

No supo cuánto llevaba dormida cuando oyó un leve chasquido, muy parecido al ruido de alguien forzando una cerradura, aunque en seguida cayó en la cuenta de que era su cerradura la que emitía aquel ruido y no la estaban forzando, sino abriendo

limpiamente.

Abrió los ojos desmesuradamente y se aferró, presa del miedo, al nórdico, tapándose hasta la nariz, confiando en que, si iban a robarle, por lo menos no le hicieran ningún daño.

Intentó controlar su respiración, ralentizándola lo máximo posible para no advertir a quien quiera que fuese de su presencia.

Que desvalijaran su apartamento sin ningún impedimento; aunque cayó en la cuenta de que normalmente donde primero buscan es en el dormitorio principal y, como en aquel instante ella no se había acostado en el dormitorio de invitados, más que nada porque carecía de él...

Escuchó con un nudo en la garganta el clic del pestillo al cerrarse, cada vez con más ansiedad por lo que pudiera pasar.

—¡Joder! Pero ¿quién cojones ha puesto esta mierda en medio del salón?

Helen cerró los ojos y aflojó los puños al escuchar esa frase precedida del ruido característico de un cubo al volcar.

Se dejó caer hacia atrás en la cama, dándose unos segundos para acompasar su respiración antes de salir dispuesta a presentar batalla.

Poco o nada relajada, terminó por levantarse, mosqueada, cabreada y con ganas de encararlo. Se puso un albornoz y salió de su dormitorio sin acordarse de sus gafas y lo encontró allí en medio, despeinado, con la camisa arrugada, mirando su pared y frotándose la espinilla.

Y un cubo de pintura roja volcado, con el contenido desparramado por todo el plástico protector; solo faltaba la silueta en blanco del cadáver para que pareciese la escena de un crimen.

—¿Has realizado algún rito vudú o algo por el estilo y pretendes cubrir las huellas? —preguntó Patrick sin mirarla.

—¿Cómo has entrado en mi casa? —preguntó ella a su vez gritándole por tomarse tantas libertades.

—Por la puerta —respondió como si fuera tonta.

Ella gruñó ante su contestación.

—Y cómo, ¿si puede saberse?

—El otro día me hice unas copias de tus llaves por si acaso —explicó todo ufano enervándola aún más.

—¿Cómo?

—Si tuvieras una cerradura como es debido no te pasarían estas cosas —replicó siguiendo con su actitud de la tonta eres tú.

—No me lo puedo creer... —dijo negando con la cabeza.

Comprobó la hora en el reloj del horno y se dio cuenta de que ese insensato se había presentado en su casa a las dos de la madrugada, con unas no autorizadas copias de sus llaves, sin avisarla primero, a saber con qué intención.

Ninguna buena, eso seguro.

—Yo tampoco —retrucó él, molesto por haberse lastimado—. Ahora, si pretendías ahuyentar a los ladrones... —señaló el cubo de pintura—, no es mala idea, porque con la mierda de puerta que tienes.

Helen contó hasta diez.

Luego hasta veinte, y no se serenó.

—Aún no me has dicho por qué estás aquí.

Patrick por fin se dignó a mirarla a los ojos y ella se percató de que los tenía enrojecidos; eso, sumado a la pinta que traía, la apaciguaron levemente.

Se sintió estúpida por apiadarse de él, aunque fue inevitable.

—No quería estar solo —contestó a la defensiva y ella percibió la amargura interior, pero él se encargó de ponerla en su sitio—. Y como eres mi asistente y se supone que debes atenderme, me he venido a tu casa, que, por cierto, es una caja de cerillas.

Ella no iba a explicarle que el precio del metro cuadrado construido y su sueldo no hacían buenas migas.

—¿A las dos de la mañana? —preguntó incrédula ante el descaro de sus palabras—. ¡Mi jornada laboral es de lunes a viernes! —añadió por si acaso no tenía en cuenta ese dato.

Patrick la ignoró; no se había desplazado a su apartamento para discutir tecnicismos. Como si fuera el dueño y señor, se acercó al frigorífico y, pasando por alto que el agua mineral no fuera de su marca favorita, sacó una botella y bebió.

Ella no sabía muy bien cómo comportarse. Saltaba a la vista que algo le sucedía; sin embargo, no se atrevía a preguntarle directamente. Hasta el momento, en lo que a intimidades se refería, solo habían tratado una parte, por no mencionar que con toda probabilidad él soltaría alguna perla, desagradable, dejándola sin palabras.

—¿Qué necesitas? —le preguntó intentando mostrarse amable pero profesional; nada de sentimentalismos, por si acaso.

Él se acercó a la ventana e hizo un gesto para que mirase también.

—¿Ves ese coche en doble fila?

Helen llegó a la conclusión de que a esas horas, aunque el ciudadano en cuestión tuviera poco sentido cívico, no iba a obstaculizar el tráfico, así que...

—¿Te están siguiendo? —inquirió algo más preocupada, pues él no dejaba de mirar por la ventana con cara extraña.

Patrick se giró y le clavó la vista como si estuviera mal de la cabeza.

—Joder, no. —Metió la mano en el bolsillo y sacó unas llaves—. Baja a aparcarlo —indicó tranquilamente.

Helen se hubiera dado de cabezazos en la pared si esta no estuviera recién pintada.

Entonces recordó cierto detalle de vital importancia.

—Pero ¡si tú no puedes conducir! —le espetó señalando tal circunstancia, ya que él mismo se encargaba de darle la tabarra con la frasecita de «búscame un taxi».

—No hace falta que señales lo obvio —gruñó.

Por alguna extraña razón estaba aburrido en casa, sin poder pegar ojo y cansado de empinar el codo, porque ya no le veía la gracia a eso de beber sin conocimiento, así que sin pensarlo dos veces había terminado arrancando el coche y presentándose en el microapartamento de la Fea con la vaga esperanza de sentirse mejor.

—¿Y si llegan a pillarte? —le soltó verdaderamente preocupada.

—A estas horas no tenía ganas de esperar un taxi —adujo él como si lo explicara todo—. Toma, baja y déjalo bien aparcado.

Helen cogió las llaves y las observó en su mano. Acatar la orden no solo suponía sentirse gilipollas por seguirle la corriente: implicaba que él iba a pasar la noche en su piso, y esto último sí era una gran contrariedad.

—Por favor —apostilló Patrick en un tono tan humilde que ella se compadeció.

Sin pararse a pensarlo, se puso un chándal y unas deportivas y bajó a la calle, confiando en que a esas horas encontraría un hueco con facilidad.

La verdad es que la sorprendió que no tuviera uno de esos vehículos deportivos, extracaros, extrallamativos, extratuneados, extrasaturados de decibelios y extrahorterías de los que hacía gala la gente con mucho dinero.

En una calle lateral encontró sitio y maniobró hasta dejarlo correctamente estacionado; se quedó allí unos instantes, sentada, agarrada al volante sin saber cómo se había dejado convencer, pues, pensándolo con detenimiento, él no había hecho más que entregarle las llaves y ella, cual sirvienta abnegada, había obedecido.

—Es para darme de tortas —murmuró.

Terminó reaccionando y caminó lo más rápido que pudo hasta su edificio, ya que a pesar de ser un barrio poco problemático no quería arriesgarse.

—¿Has bajado así a la calle? —fue el recibimiento que obtuvo nada más regresar.

Helen tenía sueño, los brazos doloridos y pocas ganas de discutir, así que se acercó a él con intención de devolverle las llaves.

—No, quédatelas, te lo regalo —indicó de forma amable dejándola momentáneamente sin palabras.

Cualquier otra hubiera dado muestras de agradecimiento ante tal obsequio, pero esta, por lo visto, era más lista.

Helen negó con la cabeza al caer en la cuenta.

—No, gracias —alegó sabiendo que aceptar el presente la convertía automáticamente en el chófer no oficial.

—Pues yo no pienso volver a tocarlo. —Se cruzó de brazos, negándose a recoger las llaves de la discordia—. Y ahora, si me permites, me voy a la cama.

Ella abrió los ojos como platos; hasta donde sabía, en ese apartamento solo había una cama, la suya.

—Ni hablar, duerme en el sofá.

Patrick, que se estaba descalzando, se sorprendió por tan inconcebible sugerencia. La miró un instante y después al mueble en cuestión.

No podía estar hablando en serio, ¿verdad?

Pero a juzgar por la expresión de ella, la respuesta era afirmativa, así que se vio obligado a ponerla en su sitio.

—Ni hablar —la imitó él—, duerme tú en él. —Señaló el mueble cubierto de plástico protector—. Voy a darte un consejo, si tratas así de mal a los invitados, no me extraña que estés más sola que la una. Buenas noches.

Entró en el dormitorio, dejándola con la palabra en la boca; sin embargo, ella se repuso en treinta segundos, los que tardó en seguirlo.

Dispuesta a ponerle los puntos sobre las íes, abrió la puerta y se quedó sin palabras al verlo medio desnudo, apartando las sábanas para meterse entre ellas.

—Está bien, duerme aquí, pero no me toques —le advirtió antes de deshacerse de su chándal «de andar por casa» y apagar la luz.

—Me temo que eso va a ser imposible —murmuró él en la oscuridad.

Helen no necesitaba preguntarle el porqué, pues a buen seguro en breve él le ofrecería una explicación inverosímil.

—Esta cama es una mierda, si hubieras comprado una más grande, quizá podría evitarte, pero lo cierto es que ya verás cómo dentro de poco tengo tu trasero pegado a mi polla y se desmadra el asunto. —Y añadió con guasa—: Buenas noches, que duermas bien.

Si al menos caer rendida nada más cerrar los ojos fuera posible...

De esa forma, aparte de recuperarse tras darse la paliza, para nada, con el rodillo, podría evitar la tentación, ya que las reducidas dimensiones de su cama «favorecían» el roce y, claro, si a eso le sumabas que «rozarse» le proporcionaba un perverso placer...

«Concéntrate», se reprendió en silencio, medio destapada, ya que recuperar su manta suponía alertarlo.

Pero escuchando algo tan simple como su respiración no lograba dormirse, sino todo lo contrario, era como estar a dieta y tener dos tabletas de chocolate negro en el armario.

No supo cuánto tiempo llevaba en ese estado, pero al parecer él, como cualquier hombre, ya se había dormido, por lo que decidió recuperar su edredón. Para ello se movió hasta quedar tumbada boca arriba y, sin mirarlo demasiado, pues no quería correr riesgos, fue tirando hasta poder taparse sin molestar a su excelencia.

Ahora, mirando las sombras que se reflejaban en el techo, suspiró, enfadada por completo, ya que no había manera.

«Si me pinchan, no sangro», pensó ella, desvelada, separada de él lo máximo que permitían las medidas de su cama, intentando no darle la razón en cuanto cayera en los brazos de Morfeo.

—Deja de darle vueltas, no me dejas dormir —refunfuñó él tirando de la manta con la idea de quedarse con ella al completo.

Helen lo miró de medio lado, fulminándolo con la mirada; claro que tener la luz apagada se cargaba el efecto intimidante.

—¿Vas a decirme el motivo real por el que has venido? —preguntó en voz baja

confiando en que al no poder verse la confianza ganara terreno.

Por el sonido poco o nada elegante, supuso que no iba a responderle, pero lo hizo.

—Me aburría solo en casa —murmuró indiferente, aunque era la jodida realidad y eso lo molestaba.

—¿Por qué no has llamado a un amigo? —sugirió eligiendo una idea inocua y lógica, pero en seguida cayó en la cuenta—. No tienes amigos que te aguanten, ¿verdad? —Lo cierto es que decirle tal cosa suponía meterse en algo muy personal y, de ser así, echar sal a las heridas, aunque, la verdad, estaba hasta el moño de ser correcta con él.

Tener una conversación, de madrugada y en susurros resultaba muy íntimo dadas las circunstancias; no obstante, a él no pareció sacarle de quicio, por lo que continuó hablando.

—Ewan tenía una cita —contestó dejando claro que sí tenía amigos, uno para ser exactos—, y por lo que me comentó ella no tenía pinta de querer que me uniera a ellos, así que... aquí estoy.

Así, de un plumazo, había vuelto a dar la vuelta a la tortilla y de paso la había llamado plato de segunda mesa.

—¿Y no podías quedarte viendo la tele como todo el mundo? —probó de nuevo dispuesta a no enfadarse.

—No había ninguna peli porno interesante —respondió aguantando las ganas de taponarle la boca de forma poco ortodoxa.

Helen terminó resignándose a que él, dijera lo que dijese, siempre acabaría por salirse con la suya, así que optó por acostarse de medio lado, dándole la espalda y confiando en que la conversación hubiera tocado a su fin.

Su intento de caer dormida, pese al dolor de brazos, no resultó, no había manera, ya que la respiración de él la distraía constantemente, por no mencionar la tentación que suponía su presencia.

Y vuelta a empezar, porque tenía una sensación de *déjà vu*...

Tras varios infructuosos cambios de postura, se colocó mirándolo y, aun a riesgo de tener que soportar después algún tipo de impertinencia, estiró la mano y buscó su rostro en la oscuridad, acariciándolo suavemente.

Patrick suspiró agradecido por el detalle, aunque, la verdad, le costaba asimilar ciertos gestos tan tiernos como aquel; solo existía una mujer a la que se lo permitía, su madre, ya que el resto de las féminas simplemente lo llevaban a cabo, como casi todo, para engatusarlo. Desde hacía mucho tiempo sabía distinguir a las víboras que primero se acercaban para tantearlo y después, cuando estaba de bajón, como esa noche, se aprovechaban y le clavaban los incisivos.

—Continúa, no me importa —murmuró cuando ella hizo amago de apartarse.

Esperaba que tras las caricias le preguntara por los motivos reales; sin embargo, no lo hizo, continuó recorriendo su rostro, en la oscuridad, sin decir nada, logrando que se relajara.

Ni él mismo sabía explicar por qué de vez en cuando sufría esos bajones de moral, pues sin venir a cuento se encontraba desencantado; en ese caso, el simple hecho de trasladarse hasta la casa de la secretaria ya le había levantado parcialmente el ánimo y no solamente por la posibilidad de darse un buen revolcón (eso podía obtenerlo de múltiples maneras), sino por el hecho de pelearse con ella, al menos así resultaba mucho más satisfactorio desnudarla.

A pesar de encontrarse tranquilo, sereno, su vena sádica pudo con él.

—Se supone que a las tías, cuando os han follado un par de veces, os gusta preguntar por lo que nos pasa por la cabeza, así que venga, tú ya has obtenido ese privilegio.

—Prefiero no saberlo —susurró dejándolo mudo.

—Tú te lo pierdes...

Helen sonrió en la oscuridad; él no podía verla, pero terminó riéndose hasta que él, extrañado por su reacción, ya que esperaba un enfado o al menos un ligero mosqueo, buscó a tientas el interruptor y encendió la luz.

No se esperaba para nada lo que vio.

Nunca antes había sonreído de ese modo en su presencia; por una u otra razón, ella siempre se mostraba seria, o excitada, o con cara de concentración... mil expresiones, pero jamás una sonrisa auténtica.

Y joder, si hasta parecía otra...

Helen parpadeó para acostumbrarse a la repentina claridad y se puso una mano a modo de visera, hasta que sus pupilas se adecuaron.

Se le borró inmediatamente la sonrisa de la cara.

Lamentó en silencio no tener sus gafas a mano, pues siempre eran un buen escudo.

—¿Por qué pones esa cara? —preguntó ella a la defensiva, apartándose lo máximo posible.

Patrick frunció el ceño, ¿qué coño le pasaba a esa tía?

Bueno, él tampoco era el más indicado para juzgar los cambios de humor.

—Deberías sonreír más a menudo —murmuró pensativo.

Definitivamente Ewan debería aplicarse y averiguarlo todo sobre la Fea, cada día que pasaba la intriga aumentaba.

—No soy actriz —alegó empezando a ponerse nerviosa, ya que él, lejos de dejarle un espacio para respirar, se iba acercando cada vez más.

A Patrick esa respuesta le gustó, porque mentía descaradamente. Nadie como él para saber que su actitud en público distaba mucho de la que adoptaba en privado.

—Ya descubriremos más adelante tus dotes artísticas —comentó tirando de las sábanas con las que se tapaba hasta las axilas, a lo que ella, como era de esperar, se resistió con todas sus fuerzas.

—No —aseveró ella.

Él arqueó una ceja ante su resistencia y ella negó con la cabeza, lo que podía

desembocar en una inútil discusión, cargada de tonterías verbales, a lo cual decidió poner remedio.

—Vamos a dejar claras un par de cuestiones —comenzó a decir mientras sonreía de forma perversa—: yo, como hombre sensible que soy... —en un ágil movimiento le quitó la sábana y, sin decir nada sobre el pijama corto que llevaba, se puso encima de ella, para tenerla así controlada— quería compartir mis sentimientos contigo pero...

«¡Tendrá morro!», pensó Helen colocando las manos sobre sus hombros para separarse, aunque él tenía las de ganar.

—... como parece que solo piensas en una cosa, ¿qué puedo hacer yo sino someterme a tus deseos? —apostilló en tono desvalido.

Fue el turno de ella de arquear una ceja.

—Muy bien, hablemos —sugirió ella.

Sin embargo, Patrick no le dio tiempo a pronunciar ni una sola palabra más, pues se abalanzó a por su boca, metiéndole la lengua, sin tanteos previos ni nada.

Además, en esa posición no tuvo que esforzarse mucho para ir acomodándose entre las piernas femeninas y para ello nada mejor que ir frotándose contra ella y así de paso darle una alegría a su entrepierna, que desde el revolcón del camerino no había tenido ninguna. Hecho considerablemente extraño, pues, de haber querido, solo con levantar el teléfono hubiera tenido a la puerta de su casa a alguna *follamiga*, pero, y de nuevo debía preguntarse por qué, solo se ponía cachondo pensando en la secretaria con un cuestionable gusto en el vestir, sin olvidarse de sus estrafalarias gafas. Oh, joder, la cosa tenía guasa, empalmarse pensando en unas gafas de pasta.

—¿De qué? —preguntó con la voz amortiguada por no querer separarse ni un milímetro de la piel de su cuello.

—De... —titubeó echando la cabeza hacia atrás para que él pudiera recorrer cada centímetro.

Dejó de intentar apartarlo con las manos y extendió los brazos hacia atrás, abandonándose por completo a lo que él quisiera hacerle.

—Mucho mejor, dónde va a parar.

Patrick imitó su gesto y la sujetó de las muñecas, quedando de esa forma ambos cuerpos perfectamente alineados, lo que aprovechó para refrotarse aún más contra ella, para que no tuviera ninguna duda de que ya poco o nada tenían que decirse.

Helen intentó liberar sus brazos; esa postura de indefensión solo conseguía que su vena rebelde se acentuara aún más. Se retorció bajo su cuerpo sin éxito, ya que él con su peso llevaba ventaja.

—Tranquila —gruñó aferrándola aún más fuerte, sabiendo que la estaba llevando a ese punto de ebullición que después disfrutaba.

De nuevo invadió su boca, mordiéndole incluso el labio inferior para apartarse y comprobar su reacción. Joder, ella, con esa mirada, le prometía sin palabras una buena pelea.

Helen lo sorprendió levantando la cabeza para ser ella quien esta vez atrapara su labio, tirando de él incluso con más fuerza, logrando que Patrick empujara con las caderas entre sus muslos como si ya la hubiera penetrado.

Consiguió liberar su brazo derecho y no tuvo reparos en enredar sus dedos entre el cabello de él para darle un par de tirones, causándole cierto dolor.

—No me gusta que me sometan —le indicó en voz baja, jadeante.

—Ya me he dado cuenta —respondió entrecerrando los ojos.

Él apretó aún más la mano con la que le sujetaba la muñeca y ella volvió a tirarle del pelo, pero no se quedó ahí: buscó su boca y fue ella quien inició uno de esos besos agresivos a los que él parecía tan aficionado.

Encantado de que ella tomara, por fin, la iniciativa, dejó que llevara las riendas y, pese a que corría un gran riesgo soltándola, lo hizo e inmediatamente pagó las consecuencias, pues sintió una mano palmeándole el trasero por encima de sus bóxers.

—Quítamelos —sugirió conforme con todo cuanto ella quisiera hacerle.

Ella lo desconcertó negando lentamente con la cabeza, sin sonreír, manteniendo una expresión ambigua.

—Actúa para mí —le pidió con descaro.

Ya estaba bien de ser la tonta de la película, tenía delante de sus ojos una oportunidad única de verlo, de ser una espectadora de primera fila, así que, ¿por qué desperdiciar la ocasión?

Patrick puso morritos pero no se negó. Se echó hacia atrás, separándose lentamente hasta quedar de rodillas frente a ella.

—Necesito una musa —indicó guasón.

Helen agarró el dobladillo de su fea parte superior del pijama y fue subiéndola hasta mostrar solo la curva inferior de sus pechos.

Patrick la obsequió con una pasada de su pulgar por los labios, cual chico de anuncio; sin embargo, se detuvo ahí.

Entendió perfectamente que necesitaba inspirarlo un poco más y por ello se incorporó para poder sacarse la camiseta por la cabeza y mostrarle su delantera.

—Con ese par de tetas no cubres ni la centésima parte de mi desorbitado caché —indicó cruzándose de brazos—. Esfuérzate un poco, aquí hay mucha calidad —añadió.

Quería jugar con ella y Helen no iba a poner objeción.

Se llevó un dedo a la boca y comenzó a chupetearlo cual viciosilla de peli porno, exagerando los sonidos propios de la succión, y disimulando una sonrisa cuando él inspiró profundamente.

—Aún no cubres ni gastos —indicó llevándose una mano a la entrepierna y agarrándose la erección por encima de los bóxers, en un claro gesto obsceno y provocador.

No quedaba más remedio que esforzarse, así que Helen deslizó el dedo

humedecido hasta uno de sus pezones para mojarlo y después pinzarlo. Todo ello aguantándole la mirada y preguntándose una y otra vez cómo podía ser tan afortunada de poder contemplarlo así.

Patrick gruñó solo una palabra:

—Más...

Metió un dedo dentro del elástico de sus bóxers y se los bajó lentamente, dejando a la vista más piel, hasta que se movió para poder desnudarse por completo y quedarse ante ella, de rodillas, con una erección impresionante que se agarró con una mano, pero que mantuvo quieta.

—Inspírame...

Esa única palabra suponía un reto en toda regla. Un reto que aceptaba encantada.

Bajó la mano por su abdomen hasta detenerse en el elástico de su pijama y lo apartó para que se viera solo un ápice de vello púbico, creando expectación, pues logró que él aguantara la respiración.

—Insuficiente —adujo con indolencia.

—No he terminado aún —murmuró bajándose los por completo para mostrarle su sexo justo unos segundos antes de separar sus labios vaginales y recorrerlos con el índice, dejando que sus propios fluidos lo impregnaran.

—Nos vamos entendiendo —musitó comenzando a mover su mano, despacio, arriba, abajo, apretándose la polla, de momento sin mucho brío, a la espera de que su musa obrara su influencia.

«Necesita inspiración, perfecto», pensó ella.

Añadió un dedo más y realizó unas cuantas pasadas, mostrándole absolutamente todo, aunque no se limitó a tocarse de forma superficial, más bien todo lo contrario, pues se penetró a sí misma.

Vio cómo Patrick tragaba saliva al tiempo que su mano cogía velocidad, apretujándose su pene dentro del puño y pasándose el pulgar por la punta.

—Vas acercándote —jadeó él dudando entre mirarla a los ojos o entre las piernas, cualquiera de las dos miradas le parecía imprescindible.

Helen se lamió los labios resecos y continuó masturbándose delante de sus narices, sin atreverse a pensar cómo había terminado haciéndolo sin beberse antes media docena de copas.

Pero en ese instante únicamente pensaba en dar un paso más, en continuar aquella surrealista escena de masturbación a dúo, así que sus dedos, como si tuvieran vida propia, continuaron entrando y saliendo de su sexo, más empapado por momentos.

Gimió y movió sus caderas, cada vez más cerca de correrse y nada mejor para ello que presionar sobre su clítoris, de tal forma que su motor interno se revolucionó considerablemente.

Patrick andaba en condiciones muy parecidas, meneándose cada vez con más ímpetu; sin embargo, quería estar más cerca, por lo que, sin dejar de tocarse, avanzó de rodillas hasta poder unir sus dedos a los de ella.

Nada más tocarla, reaccionó apretando con fuerza su erección y sintió cómo la humedad se expandía entre sus dedos. El calor y la suavidad de su sexo lo atrapaban. Los gemidos femeninos le ponían a mil por hora y su propio cuerpo se tensaba hasta resultar insoportable.

Helen no podía aguantar mucho más; movía, ya sin ningún tipo de control, sus piernas, apretando los músculos internos, soportando a duras penas las sensaciones que cada una de sus terminaciones nerviosas enviaban a su cerebro y, por si todo aquello no fuera suficiente, la sola visión de él masturbándose entre sus piernas suponía un gran esfuerzo por mantener los ojos abiertos y contemplar hasta el último detalle.

—Tienes un coño verdaderamente adictivo —jadeó acercándose todavía más.

Sustituyó los dedos por la punta de su erección y, sin llegar a metérsela, se dedicó a frotarla entre sus pliegues, presionando su clítoris mientras ella, al igual que él, gemía cada vez de forma más escandalosa.

Él fue testigo del momento exacto en que la expresión de su rostro le indicó que se estaba corriendo, pues se mordió el labio y le atenazó con las piernas.

A partir de aquel instante ya no pudo contenerse y, dando muestras de un excelente juego de muñeca, junto con el roce de sus labios vaginales, acto seguido sintió los primeros espasmos de su clímax; en esa postura solamente podía correrse de una forma.

Helen no dijo nada cuando observó cómo eyaculaba sobre su vello púbico para después caer sobre ella sin la más mínima consideración.

Bueno, bien mirado, tampoco podía sentirse molesta, pues, para su completa estupefacción, Patrick la besó de esa manera extrañamente cariñosa.

De aquello no podía salir nada bueno.

Desde luego había ocasiones en las que hubiese querido estamparle algo, cualquier objeto contundente, en la cabeza, porque un gilipollas de su calibre no podía besar de esa forma.

No podía besarla como si realmente le importara la mujer que en ese momento, producto sin duda de una gran anomalía en su vida, estaba junto a él en la cama, tan sudorosa, despeinada y excitada como él.

Patrick tampoco tenía muy claro el porqué de su reacción, pero le traía sin cuidado, deseaba besarla así y punto.

¿Antes se había visto en una situación similar?

¿Acaso era relevante?

Se demoró lo que quiso en sus labios, alternando suaves y delicadas pasadas de su lengua, lamiendo el contorno de su boca para después profundizar.

Y ella le respondió.

Y lo más curioso de aquello no era besuquearse como dos adolescentes, o en concreto como un púber cachondo que sabe que lo más probable es que la chica no le permitirá pasar de ahí; lo realmente curioso era que no estaban precisamente ni en la adolescencia ni en los preliminares.

De acuerdo, unos minutos antes cada uno había alcanzado el orgasmo con sus propias manos, una forma «diferente» pero igual de efectiva, lo cual, en principio, debería haberlo dejado lo suficientemente relajado como para echar un sueñecito.

Sin embargo, notaba cómo su polla pedía de nuevo paso entre los muslos femeninos y por ello se frotó convenientemente, aprovechando la coyuntura y la humedad existente.

Helen, por su parte, no entendía qué sucedía exactamente. No estaba en absoluto preparada para tales atenciones, tan... podía decirse que amables, atentas, alejadas completamente de su actitud borde-repelente habitual.

En todo aquel proceso, su deseo, su excitación, iba subiendo poco a poco. Además, sentir cómo él rozaba constantemente sus ahora hipersensibilizados labios vaginales ayudaba bastante.

—El lunes por la mañana quiero que me acompañes a ver a mi médico.

Helen despertó de repente del extraño sueño que él había creado, y lo miró sin comprender ni una sola palabra.

Parpadeó confusa, esperando que le diera más información para entender a qué se refería.

Patrick se echó hacia atrás y la miró antes de sacarla de dudas.

—Quiero que te haga una revisión.

—¿Una revisión? —inquirió igual de confundida que al principio.

Patrick, lejos de sentirse incómodo por el asunto en cuestión, se sentó tranquilamente frente a ella y le explicó su petición como si fuera una niña pequeña.

—Exacto. Verás, no tengo nada en contra del uso de condones, es más, los considero uno de los mejores inventos de la humanidad —comenzó su disertación en tono prosaico— y recomiendo su empleo, por supuesto.

Helen lo observó sin tener muy claro si aún se encontraba sumida en un sueño o en una pesadilla en la que todo carecía de sentido.

Nunca pensó tener una conversación de ese tipo con un hombre desnudo después de mantener relaciones sexuales.

Se mantuvo en silencio a la espera de encajar las piezas.

—Bien —prosiguió él—, yo no digo que para un par de polvos ocasionales no haya que utilizarlos; soy el primero que protege su polla como si fuera lo más valioso del mundo.

«No me digas», pensó ella, sabedora de que todos los hombres estaban cortados por el mismo patrón en lo que a la conservación de sus atributos se refería.

O al menos deberían estarlo.

—No voy arriesgándome a meterla en cualquier parte, faltaría más. Sin embargo, tú y yo ya hemos pasado esa fase de follar a lo tonto. Por lo visto parece que en un futuro próximo vamos a repetir y claro... —hizo un gesto de desagrado— esto de estar pendiente de las gomas me cansa. Le quita gracia al asunto, incluso si te empeñaras en ponérmelo con la boca.

Helen se frotó los ojos, confundida por completo, estupefacta más bien por lo que oía.

—¿Y?

—De ahí que, antes de nada, quiera quedarme tranquilo y follar sin preocuparme. Mi médico habitual se encargará de todo y sabremos si estás sana. Ya me entiendes.

—Cretino... —masculló levantándose de la cama y buscando su pijama; quería mandarlo a paseo y con el culo al aire no resultaría muy convincente.

—Será discreto, por si te lo estabas preguntando... —apuntó intentando convencerla a la vez que la miraba con absoluta tranquilidad; no había dicho nada del otro mundo, así que no entendía su reacción.

—¡Grrrr!

Una vez tapada, se dedicó a recoger la ropa de Patrick, desparramada por el suelo del dormitorio, y tirársela a la cara. Un gesto infantil, pero a esas horas no estaba para sutilezas ni reacciones elegantes.

Él apartó de un manotazo su propia ropa devolviéndola al suelo e hizo una mueca; al día siguiente tendría que convencerla para que la planchase un poco.

Se incorporó con desagrado para ocuparse de ella.

—Para quieta un momento —exigió siguiéndola y demostrando una paciencia desconocida para él.

¿Qué le pasaba ahora a esa mujer?

¿Por qué se mostraba tan molesta con una petición de lo más razonable?

¿Es que la Fea no estaba al corriente de las enfermedades de transmisión sexual?

Ella, demostrando su agresividad, se agachó de nuevo para coger pantalones, calcetines, lo que fuera de él, y poder arrojárselos otra vez.

—Ya vale —dijo con voz severa.

Negando con la cabeza ante la tozudez femenina, esquivó la ropa que ella le lanzaba cual proyectil, sin importarle lo más mínimo continuar desnudo, pese a que se acercaba una de esas peleas que a ellas les gustan tanto, pero iba lista si pensaba hacerle desistir de sus propósitos.

—Vete a tomar viento fresco —le respondió irritada.

—No entiendo tu mosqueo, joder, es una petición coherente.

Ella gruñó.

—¿Coherente?

—Eso he dicho. —Patrick intuyó que eso iba para largo, así que salió de la habitación, abrió la nevera y buscó algo de beber.

—¡Ja!

—Sé razonable.

—Podrías vestirte —sugirió Helen con acritud.

—Estoy siendo razonable —indicó en tono petulante, haciendo caso omiso de su sugerencia.

—¡Ja!

—No seas cría —la acusó—. Sé que tu agenda no está repleta de citas, pero antes de conocerme digo yo que algo habrás follado por ahí. Así que exigirte un reconocimiento médico no me parece tan descabellado.

Cerró los ojos. «Esto no está pasando, esto no está pasando», se dijo mientras se calmaba para no levantar la voz y echarle a gritos. Y encima, así, de pasada, como si nada, lo había vuelto a hacer: para justificarse, de nuevo la dejaba a ella a la altura del betún, porque con sus palabras poco menos que la había llamado necesitada sexual severa.

—¿Y qué me dices de ti? —contraatacó dispuesta al menos a presentar batalla.

—Estoy limpio. Y si insinúas que la meto en cualquier sitio, te garantizo que no me conformo con cualquier coño. —Hizo una mueca como reflexionando sus propias palabras—. No al menos desde que cumplí los treinta, hasta entonces reconozco que fui un poco suicida.

Y de nuevo ella tenía que soportar cómo le restregaba por la cara sus múltiples conquistas.

—¿Y por qué supones que yo puedo tener algo?

—En tu caso sé que es difícil de creer —ella puso los ojos en blanco—, pero andas medio liada, o eso dicen, con el guionista y él no es lo que podríamos considerar muy selectivo.

¿Pensaba que tenía un lío con Ryan?

¿Eso se rumoreaba?

Helen no sabía si enfadarse —primero, por tratarse de una burda invención, y segundo, por lo de «selectivo», ya que otra vez ella quedaba a la altura del betún— o aplaudir, pues a pesar de ser totalmente falso significaba que al menos le concedían la posibilidad de tener un rollo; aunque, si de verdad conocieran a Ryan, la mentira se vendría abajo en un santiamén.

—¿Eso dicen? —preguntó fingiendo indiferencia.

—Según cotorrean algunas, tu amigo juega a dos barajas, no hace excepciones.

—Ah —murmuró ella; por lo visto «selectivo» se refería a la hora de elegir sexo, lo que le dio la posibilidad de devolverle un poco la pelota y ser mala—. ¿Te ha tirado los tejos?

—Pues no —confesó.

Y ella se sorprendió, pero no por la respuesta, sino porque, por la forma de contestar, daba a entender que se sentía ¿molesto?, como si el hecho de no haber sido objeto de atención hubiera herido su enorme ego.

—Y dejemos de hablar de tu amiguito el guionista. —Se acabó la cerveza y dejó la lata en medio de la barra de la cocina, sin preocuparse de recogerla—. Me voy a la cama.

—Oye, oye, un momento —lo interrumpió ella mordiéndose el labio e intentando mantenerse serena mientras contemplaba ese trasero—. No has aclarado las cosas.

—Yo creo que sí.

Y sin más se encaminó al cuarto de baño, donde, a juzgar por los ruidos, se ocupó de la llamada de la naturaleza; luego salió tan pancho para meterse en la alcoba, ajeno al cabreo y malestar de Helen.

Ella pareció salir de su letargo, producido por la suma de un orgasmo y la visión de un culo de primera, para entrar tras él y continuar la discusión, pese a que con toda probabilidad caería derrotada en la contienda verbal.

Lo encontró tumbado tranquilamente en la cama, ocupando más de la mitad, despreocupado y, con seguridad, pensando que ella tendría que obedecer a ciegas.

Aunque, si lo pensaba detenidamente, y eso ya suponía ablandarse, puede que no fuera tan descabellado. Tenía parte de razón: si, como todo parecía indicar, él seguía encaprichado de ella (a saber por qué), prescindir de los preservativos era una consecuencia lógica, además de cómoda. Puede que la seguridad fuera importante, pero debía reconocer que ese momento, llamémosle Operación Funda, siempre frenaba un poco el erotismo.

De acuerdo, consideraría la opción, pero, y era un pero muy grande, enorme, antes él también estaría obligado a responder.

—¿Cómo sé que tú estás limpio? —inquirió acostándose en el reducido espacio que él tan «amablemente» le había reservado.

Patrick ni se inmutó mientras ella se acostaba a su lado y ni mucho menos hizo amago de moverse para dejarle más espacio.

—Por eso vamos a mi médico habitual, él te dará todos los informes que quieras —respondió con tranquilidad.

No obstante, quedaba una importante cuestión por considerar.

Y lo cierto era que no sabía muy bien cómo planteárselo; puede que Patrick hablara de esos temas como si se tratara de recitar la lista de la compra, pero ella no lo veía tan sencillo; al fin y al cabo, eran asuntos muy íntimos.

—¿Tomas algún método anticonceptivo? —inquirió adelantándose a sus dudas.

Tragó saliva, si respondía la verdad, es decir, que no, podría hacer una de sus estúpidas suposiciones y de nuevo dejarla a la altura del betún.

—¿Tomas o no tomas algo? —insistió.

—No —contestó en voz baja, recolocando sin necesidad las sábanas.

—De acuerdo —murmuró sin darle mayor importancia.

Esa respuesta y ese aparente pasotismo la dejaron casi horrorizada.

Giró la cabeza y lo miró; pues sí, para él debía de ser un asunto sin relevancia.

Y entonces cayó en la cuenta...

—Ni hablar —dijo ella.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó molesto—. Joder, vaya cambios de humor...

—No pienso ocuparme yo sola —enfaticó las palabras— de *ese asunto*.

Patrick negó con la cabeza.

—A ver si escuchas cuando te hablan —la increpó en tono perdonavidas.

—¿Perdón?

—Cuando te he mencionado que podrás formularle cualquier pregunta a mi médico, me refiero a cualquier pregunta. Y si en vez de interrumpirme con tus constantes tonterías me hubieses escuchado, tendrías las cosas claras.

—¿Ahora me vas a contar una milonga para salirte con la tuya?

—Joder, qué obtusa. Cuando te he dicho que hasta los treinta fui un suicida, hablaba en serio. Me di cuenta de que las mujeres con las que me acostaba, bueno, no recuerdo si también hubo hombres... —Hizo una pausa para hacer memoria, pero había demasiados años borrosos en su vida como para ponerse ahora a desempañarlos—. El caso es que la mayoría de ellas eran brujas dispuestas a engañarme para que las dejara preñadas y así sacarme los cuartos. Ni te imaginas de lo que son capaces de hacer... pinchar condones... decir que toman la píldora... mentirme y hacerme creer que ya están embarazadas...

Helen no salía de su asombro; puede que lo contara medio en broma, pero aquello era muy serio y debió de afectarlo, pese a que se mostrara tan ufano.

Ahora podía entender sus temores...

—De ahí que decidiera hacerme una vasectomía. Joder, qué a gusto me quedé.

Desde luego con ese hombre nunca iba dejar de sorprenderse...

Es la reflexión que hizo tras escuchar su sorprendente revelación.

—Cierra la boca, que no es para tanto —indicó él. Normalmente no compartía con sus amantes tal información, ya que así evitaba controversias; sin embargo, había considerado oportuno hacerlo con la Fea porque no pertenecía a ese club de «vamos a pillarlo como sea» y, como por lo visto ella le divertía y no tenía intención de mandarla a paseo en breve, nada mejor que dejar las cosas claras.

Como parecía completamente anonadada por la noticia, él mismo se encargó de cerrarle la boca rozándole suavemente la mandíbula.

Patrick sabía perfectamente qué estaba pensando; las afortunadas con las que compartía semejante revelación reaccionaban del mismo modo, no podían evitarlo. Al igual que muchos tipos, quienes pensaban, erróneamente, que con la vasectomía se perdía «fuerza» o bien opinaban que se había vuelto loco por haber tomado una decisión tan radical.

Nadie mejor que uno mismo para saber lo que se quiere y lo que no, y él prefería celebrar el día del padre acordándose del suyo, no con un montón de críos regalándole una horrible maqueta hecha de palillos.

Una forma de ver la vida ¿egoísta? Puede ser, aunque coherente al ciento por ciento. No engañaba a nadie, así que no tenía por qué comerse el coco.

—¿Alguna pregunta? —inquirió él en tono de guasa acechándola, literalmente, al invadir su limitado espacio.

Para su sorpresa ella negó con la cabeza.

—Pues yo sí tengo una —prosiguió él—. Ahora que ambos sabemos a qué atenernos...

—Ni se te ocurra —lo advirtió al notar cómo se arrimaba a ella con intenciones muy alejadas de acurrucarse para dormir.

Patrick se rio entre dientes. Vaya petarda reprimida que estaba hecha; siempre, de entrada, la respuesta era no, pero nada más tocarla cambiaba de idea.

—Tienes condones, supongo... —preguntó colocándose sobre ella, sin darle opción a rechazarlo y arrugando el entrecejo por tener que ocuparse de nuevo de desnudarla; si al menos llevara uno de esos conjuntitos tan monos para levantarle la moral a un hombre...—. Como verás soy fiel a mi palabra; el lunes, en cuanto salgamos de la consulta, montaré a pelo, pero, hasta entonces, me aguantaré.

Dicho esto le levantó la camiseta y se lanzó en picado a por sus pezones, los cuales, por cierto, estaban esperando bien duros a que los lamiera y apretara entre sus labios.

El primer contacto hizo que se arqueara...

—Estoy como una cabra... —jadeó cerrando los ojos y rindiéndose a lo inevitable.

—No te preocupes... —murmuró él sin apenas despegarse de su piel—, es un dato con el que ya contaba.

Helen le tiró del pelo, aunque empezaba a creer que esos gestos agresivos le encantaban, porque en vez de reprenderla gimió con más fuerza sin soltar su sensible y ahora húmedo pezón.

Y además lograba que se aplicara mucho más en la succión.

Giró levemente la cabeza y comprobó, ya no tan horrorizada, que eran cerca de las cuatro de la madrugada y ella estaba tumbada, boca arriba, con un hombre encima dispuesto a todo con su cuerpo.

Ver para creer.

Él fue arrastrándose hacia abajo sin separar los labios de su piel, recreándose en la curva de su estómago y mordiéndola a la menor oportunidad, encantado de saber que iba dejando su huella en forma húmeda y de pequeña marca roja.

Llegó al borde del elástico de sus cuestionables pantaloncitos de dormir, incluso se planteó regalarle lencería, y los fue bajando, dando de sí tanto como pudo la goma a ver si con un poco de suerte reventaba y acababan en la basura. Si de paso ella se creía que tal actuación era un ejemplo de agresividad sexual masculina, pues mejor que mejor.

Afortunadamente ella no dijo ni pío y por fin tuvo a su alcance su sexo, en el que iba a entretenerse un rato.

Se relamió incluso antes de saborearla, pues saber que la encontraría caliente, receptiva y húmeda resultaba un excelente incentivo.

Separó los labios de su coño con el dedo índice, recorriendo cada centímetro, impregnando la yema del dedo de sus fluidos y esparciéndolos delicadamente hasta llegar a su clítoris y frotarlo con suavidad, con cuidado, pues ella podía cerrar las piernas y dejarle atrapado entre ellas.

—Mmm —ronroneó completamente desmadejada en la cama.

No tenía ningún sentido reprimirse.

Relajó sus extremidades y cerró los ojos, dispuesta a disfrutar de una buena dosis de sexo oral. Podía pasar por alto sus salidas de tono, sus caprichos, sus tonterías... si después se aplicaba tan bien entre sus piernas.

—Lo mismo digo —convino él lamiéndola, encantado con la precaución de poner las manos en la parte superior de sus muslos para mantenerla abierta.

Helen empezó a retorcerse, inquieta, ansiosa, necesitada, pues a pesar de la precisión de esa certera lengua se percató de que él evitaba deliberadamente darle el toque de gracia.

Recorría cada pliegue, cada recoveco, incrementando sus sensaciones, poniéndola en el disparador; sin embargo, precisaba un toque más infalible, que se olvidase de calentarla poco a poco, esa etapa ya estaba más que superada, ahora necesitaba que

tocasen el punto exacto.

Patrick sonrió, cual zorro, al notar cómo ella le tiraba cada vez con más fuerza del pelo, o levantaba las caderas buscando el máximo contacto, pero no iba a ser tan tonto de dárselo así, por las buenas.

Antes quería conducirla hasta el borde, que no aguantara más, para que se comportara de forma más desesperada; cualquier cosa con tal de conseguir que la fiera saliera a la superficie.

Dejándola cabreada y sobre todo insatisfecha, gateó sobre su cuerpo y se lanzó a por su boca, compartiendo con ella su propio sabor.

Ella le respondió con mucho más ardor y entusiasmo del que esperaba y eso le agradó.

—Condomes... —jadeó junto a su oreja sabiendo que tal circunstancia, afortunadamente, tenía los días contados.

—En la mesilla —respondió lamiéndole concienzudamente los labios que hasta hacía unos instantes estaban entre sus piernas.

Con el lógico malestar, se estiró sobre ella y abrió el cajón indicado para sacar los preservativos.

—¡No! ¡Espera! —lo interrumpió ella saliendo de su ensoñación sexual, moviéndose de cualquier manera para salir de debajo de él al acordarse de un detalle de vital importancia si no deseaba ser de nuevo el centro de sus burlas.

Patrick maniobró hasta llegar con el brazo al tirador.

—Ya me ocupo yo —indicó como si ocuparse de la tarea de sacarlos fuera obligación de la asistente pero que por una vez él iba a dignarse a realizarla.

—Que no, espera, ya los cojo yo... —insistió manifestando su nerviosismo.

Patrick tenía las de ganar al estar encima de ella y, la verdad, tanto énfasis lo hizo sospechar. Así que se medio incorporó, abrió totalmente el cajón y sonrió como un tonto al darse cuenta del motivo del apuro de la secretaria.

—Vaya, vaya... pero ¿qué tenemos aquí?

Como un niño en la mañana del día de Reyes, extrajo el juguete de la mesilla y se puso a manipularlo, ignorando completamente a su dueña, que intentó un par de veces, sin éxito, recuperarlo.

—Ya vale —protestó enfadada al descubrir a Willy—. Dámelo.

—Interesante... —reflexionó examinándolo con atención.

Ella se cruzó de brazos a la espera de que el idiota dejara de hacer comentarios sobre la calidad del material, la resistencia, el consumo de energía, el color, la flexibilidad y demás características con tal de molestarla y reírse a su costa.

Incluso llegó a preguntar si se podía meter en el lavavajillas.

—¡Que me lo des! —gritó alargando la mano, pero él fue rápido y se apartó.

Ella aguantó como pudo todas sus salidas de tono, confiando en que se aburriría, aunque reconoció para sí que el jodido tenía gracia, pero ni loca pensaba admitirlo, pues eso significaría darle más munición para su monólogo particular.

Cuando pensaba que al muy tonto se le había acabado la cuerda, se puso frente a ella, se agarró la polla con una mano y situó a Willy a su lado para... ¿medírsela?

—Las comparaciones son odiosas —insinuó ella estirando el brazo para que su amigo de pilas regresara a su escondite y dar por finalizada la actuación estelar.

Patrick se apartó, con el ceño fruncido, ya que ella no le dejaba llevar a cabo las oportunas comprobaciones.

—Hay que joderse... —murmuró mirando su erección y el juguete colocados en paralelo, evidenciando que el amigo de la Fea ganaba la partida.

—Dámelo —insistió ella.

—Yo me pregunto... ¿de verdad esto da placer? Quiero decir, ¿te lo metes y ya está? —preguntó sosteniéndolo en sus manos cual arma sospechosa.

—Vibra —apuntó sarcástica, cansada de sus estupideces.

¿Cómo entender a un tipo que a punto de follar se pone en plan «El club de la comedia» y empieza a formular preguntas a cuál más estafalaria?

—Eso ya lo sé —masculló dispuesto a desenmarañar los misterios de los vibradores esa misma noche, ahora que tenía la oportunidad de indagar; con otras mujeres, la verdad, no se hubiese molestado en preguntar—. Me refiero a que, por más que lo pienso, no llego a comprenderlo, ¿por qué elegir la versión de plástico pudiendo tener la real? En lo único que aventaja a una polla de verdad es en el tamaño —añadió con humor, pese a que en esa comparación salía perdiendo.

Helen miró de nuevo la hora en el despertador y suspiró.

Tenía dos opciones, seguirle la corriente o ignorarlo. Con toda probabilidad, si se decidía por la segunda, como quería, él insistiría en aburrirla con sus cuestiones, así que optó por la salida que menos le gustaba pero que a buen seguro acabaría con ese bochornoso espectáculo.

—Si no me contestas... —insinuó él—, tendré que hacer las oportunas comprobaciones... —amenazó señalándola con el objeto de la discordia.

Como seguía sin responder, se inclinó con Willy entre las manos con la sospechosa intención de introducirse y pasar de las palabras a los hechos.

Helen cerró las piernas, negándole el acceso.

—Es muy sencillo de entender —comenzó dispuesta a explicarle a un hombre el uso y disfrute del jodido vibrador. Se retrepó en la cama, alejándose lo máximo posible antes de continuar—. Ese aparato funciona «siempre», no te da la tabarra, basta con tener alguna que otra fantasía y listo.

—Fantasías... —murmuró pensativo.

A ella se le aceleró el corazón; si entraban en ese terreno, lo iba a pasar aún peor, por lo que era mejor reconducir la conversación.

—Están perfectamente diseñados para adecuarse al cuerpo femenino, se lavan después de cada uso y se guardan. ¿Alguna pregunta más?

Patrick sopesó la información y, como era de esperar, no se dio por aludido.

—¿Cuándo fue la última vez que lo lavaste? —preguntó oliéndolo

descaradamente y sonriendo al comprobar el apuro de Helen.

Tragó saliva, quizá algo avergonzada. Confesarle la verdad implicaba reconocer que parte de su teoría resultaba cierta, pues, desde el primer encuentro sexual con él, Willy había disfrutado de un merecido descanso.

—Esta mañana —mintió.

Patrick sonrió complacido sin querer poner en duda sus palabras. Tiró a la competencia de cualquier modo dentro del cajón y cogió un condón.

—Dejémoslo entonces que descanse —comentó en tono indulgente y acechó de nuevo a la mujer dispuesto a echar un buen polvo.

Con habilidad, rasgó el envoltorio y se enfundó correctamente antes de estirar los brazos y agarrarla de los tobillos para que quedara tumbada en la cama.

—¿Ya has saciado tu curiosidad? —inquirió con intención de provocarlo un poco, aun sabiendo que podía volverse en su contra.

—Pues no —contestó—, pero sé que si insisto en hacer un trío te opondrás y, la verdad, es tarde para camelarte. —Sonrió cuando la vio respirar tranquila y, claro, eso era ponérselo en bandeja—. Ya lo probaremos otro día. Ahora date la vuelta, me apetece ver ese espectacular trasero mientras follamos.

Deliberadamente despacio, se giró sobre su estómago y se quedó tumbada a la espera, sin ofrecerle ninguna facilidad, aunque él no las precisaba.

Se acomodó encima de ella y separándole las piernas con la rodilla y sin esperar más, metió la mano bajo su estómago para levantarle el trasero y poder penetrarla.

Sin etapas, de una sola vez, logró que ella gimiese sorprendida y agradecida y que el cabecero de la cama chocase contra la pared; acto seguido colocó ambas manos junto a las muñecas de ella y se las atenazó, mientras comenzaba a embestirla como un loco.

Por alguna extraña razón deseaba mostrarse más agresivo de lo habitual, más primitivo, y por suerte ella no oponía resistencia, pues jadeaba bajo su cuerpo, sudando igual que él, arqueándose en respuesta a cada empuje, mostrándose inusualmente sumisa.

Helen no era muy amiga de esas posturas, se sentía vulnerable, como si el compañero de cama de turno ni siquiera deseara mirarla a la cara; sin embargo, en aquella ocasión fue diferente.

Notaba contra la piel de su espalda el roce de su vello corporal, el peso del cuerpo masculino, la presión de sus manos sobre las muñecas y su respiración mezclada con gruñidos y jadeos de lo más eróticos.

—Me encanta follarte así —gimió junto a su oreja y apretó aún más su agarre—, saber que entra hasta el fondo...

—No... no hables —acertó a decir entre empujón y empujón girando la cabeza para poder así respirar mejor.

Como era de esperar, Patrick no hizo ni caso.

—Un día de estos me ocuparé de este precioso trasero —arremetió con más

ímpetu—. ¿Te lo imaginas?

Helen negó con la cabeza ante la sugerencia o promesa que implicaban sus palabras.

Él sonrió encantado con la idea y más aún cuando la secretaria se empeñaba en negarle lo que tanto le apetecía.

Le soltó una de las muñecas con la idea de tentarla, de provocarla más, y con rapidez llevó un dedo a su ano y lo presionó, hasta introducirse y moverlo en su interior.

Ella cerró los ojos, completamente descolocada ante lo que experimentó, un orgasmo instantáneo.

Chilló, se revolvió y quedó laxa, ya indiferente a lo que él quisiera hacerle.

Patrick se percató de su reacción y sin abandonar sus empujones murmuró:

—Y solo ha sido un dedo... imagina cuando sea mi polla la que te dilate, la que te provoque un dolor que te haga gritar de placer...

Nada más decirlo, sintió una presión en sus testículos, advirtiéndola de que su orgasmo era inminente.

A pesar de llevar un preservativo, salió de ella y se lo arrancó para dejar que su eyaculación salpicara el trasero de Helen.

La marcó. Ese día estaba de un posesivo...

Despertarse con todo el cuerpo dolorido un domingo por la mañana no es lo que suele decirse muy apropiado ni tampoco ofrecía buenas perspectivas. Si al acostarse le dolían los brazos, ahora tenía agujetas hasta en las uñas de los pies.

A pesar de necesitarlo como el comer, no había descansado ni pegado ojo, ya que no estaba acostumbrada a dormir en cuarenta centímetros y, por si eso fuera poco, además los nervios le habían jugado una mala pasada.

No se estiró en la cama ni se atrevió a moverse por no molestar al gruñón que dormía junto a ella y que a buen seguro, en cuanto lo rozara, empezaría a despotricar sobre el tamaño reducido de sus posesiones, así que consideró mejor intentar salir del lecho con el menor ruido posible.

Se giró con sumo cuidado, ralentizando al máximo sus movimientos, cual amante furtiva abandonando a su amado (ironías del destino), sin mirar atrás, por supuesto; no obstante, la curiosidad venció a la prudencia y miró por encima del hombro.

Helen se quedó con la boca abierta.

—¡Será posible! —exclamó frotándose los ojos para despertarse por completo y darse cuenta de que no la engañaban.

Estaba sola en la cama. Ni rastro de don caprichoso.

Tantas precauciones, tanta tontería por no importunarlo, y resultaba que el señorito ya se había levantado.

Y sin hacer el menor ruido...

—No me lo puedo creer... —se dijo llamándose tonta, entre otras cosas, por comportarse de aquella forma. Estaba en su casa, ¿verdad? Pues al cuerno con las visitas.

Cayó hacia atrás y aprovechó para, ahora sí, estirarse y pensar si alguien se podía comportar de manera más gilipollas que ella.

Tras unos minutos de infructuosa reflexión, y tras llegar a una evidente conclusión —que a gilí nadie la superaba—, pensó en dónde se habría metido el señor antojos, pues su apartamento no se caracterizaba por tener metros cuadrados de sobra.

Dispuesta a averiguarlo, se acercó al armario y sacó algo de ropa deportiva *de marca*: una camiseta de una marca de cerveza y el pantalón con el logo de una marca de coches. Después salió con la intención de pasar por el baño, pero al salir al salón se detuvo en seco.

Un tipo, vestido únicamente con unos vaqueros medio caídos, lo cual permitía llegar a la conclusión de que no llevaba ropa interior, con su gorra de pintar puesta con la visera hacia atrás, como un aspirante a rapero, y que por lo visto era actor, estaba en medio de su salón, canturreando cual obrero de la construcción, rodillo en

mano, pintando la pared con total precisión.

Inexplicable...

Solo le faltaba el cigarrillo medio caído entre los labios para protagonizar uno de esos anuncios en los que lo que menos importa es el producto que se vende, solo te quedas con el culo impresionante del macizorro que lo publicita o con la colección de músculos que se mueven a cada segundo.

«Quizá debería mirar en la nevera y comprobar el *stock* de refrescos para sacarle uno y que me ofreciera el espectáculo al completo», pensó sin poder apartar la vista.

Con la garganta seca, se quedó allí, traspuesta, viendo cómo su pared se iba enrojeciendo, pero de lo que realmente disfrutaba no era otra cosa que esa espalda en acción.

«¿En el proceso se habrá salpicado el torso?», se preguntó mordiéndose el labio, deseando que él se diese la vuelta para comprobarlo...

—Deja de poner cara de tonta y aprende —indicó él sacándola de su ensoñación erótico-publicitaria.

Helen bajó de las nubes, aterrizando de culo, a lo cual debería estar ya más que acostumbrada, pero por lo visto no terminaba de espabilar, porque cada vez que se descuidaba él se encargaba de ponerle las pilas.

—¿Ves? —prosiguió él sorprendiéndola con un estupendo manejo del rodillo—. Hay que extender bien la pintura para evitar dejar manchas. —Señaló la pared que ella había pintado el día anterior—. Ahora, una vez seca, es más complicado que quede bien, así que habrá que esforzarse, lijar por encima y repintar. De no hacerlo así, estos colores tan fuertes quedan hechos una puta mierda.

Helen parpadeó. ¿Él, precisamente él, el tipo más alérgico al trabajo manual, le estaba dando clases de pintura?

—¿Perdón? —preguntó sin recuperar la normalidad ante el aluvión de sorpresas que ese hombre le daba.

Patrick metió el rodillo en el cubo y después lo escurrió con habilidad en la rejilla antes de proseguir con su explicación técnica.

—Lo primero es emplear la cantidad justa de pintura; de no ser así, aparte de desperdiciarla, solo conseguirás dejar manchas en la pared.

Ella en lo único que se fijó de toda aquella clase magistral pictórica fue en que, al agacharse para untar el rodillo, le vio el trasero, confirmando sus primeras impresiones de que no se había puesto ropa interior debajo de los vaqueros.

—Mmmm —murmuró tragando saliva.

—¿Qué ocurre? —preguntó al oírla.

—Nada, que tengo hambre —se apresuró a responder.

Para evitar hacer el tonto, más en todo caso, se parapetó tras la barra de la cocina y se dispuso a hacer café, lo que la llevó a otra interesante revelación: el «pintor» ya se había ocupado de ese menester.

Se sirvió una taza, aún en silencio, sin poder dejar de mirarlo.

¿Qué extraña razón explicaba su no más extraño comportamiento?

Porque, hasta donde ella sabía, Patrick, alérgico al trabajo, le mandaba hasta descorchar una botella por no hacer un simple giro de muñeca.

—Toma, las llaves de mi casa —dijo él sacándola de sus desvaríos—. Anoche te di el coche, así que ve a buscarme ropa limpia.

Helen parpadeó. ¿Algún día lo entendería?

Patrick chasqueó los dedos, para que abandonara ese trance.

—¿Qué? —preguntó volviendo a la realidad.

—Ropa limpia —recordó él tratándola de tonta—; no pretenderás que me ponga unos calzoncillos sucios —añadió alarmado con la sola idea de que esa posibilidad fuera factible.

—No voy a...

—Es tu obligación, ocuparte de mis asuntos —interrumpió sin pizca de remordimientos por su actitud déspota.

—Hoy es domingo —farfulló ella dándose la vuelta para lavar la taza—. Hasta mañana a las nueve no empieza mi jornada laboral.

Patrick acabó de pintar la pared en la que estaba ocupado, ya que dejarla a medias significaba tener que trabajar el doble, pues quedaría hecha un asco.

Ella, mientras, no sabía muy bien cómo interpretar su repentina actitud; ese hombre no se caracterizaba precisamente por claudicar así como así.

De todas formas, lo que la seguía intrigando, y mucho, era el porqué de sus conocimientos de obrero, pues hasta donde ella sabía había sido una estrella juvenil, por lo que dudaba que alguna vez hubiese tenido que ganarse el pan con el sudor de su frente.

Aun sabedora del riesgo que entrañaba preguntar, lo hizo:

—¿Dónde aprendiste a pintar? —Se sentó en uno de los taburetes a la espera de algún comentario despectivo.

Él la miró por encima del hombro y se fijó en su aspecto. Ninguna mujer, con dos dedos de frente, se atrevería a estar en su presencia con esa pinta tan horrorosa. El procedimiento habitual hubiera sido esconderse en el baño durante al menos tres cuartos de hora para maquillarse y peinarse y aparecer transcurrido el tiempo fingiendo naturalidad.

Como establecer una conexión entre su aspecto y el porqué de su interés en ella lo llevaría directo al sillón de un psicólogo de moda, optó por responder.

—Un verano, mi hermano y yo decidimos jugar al fútbol dentro de casa, ya ves, a pesar de que la finca tenía los suficientes metros cuadrados exteriores como para perderse. Entre patadón y patadón, rompimos alguna que otra cosa y dejamos las paredes hechas una mierda, llenas de marcas de balón. Mi padre era partidario de un castigo constructivo y, como pagar los desperfectos suponía un esfuerzo mínimo, nos obligó a ayudar a los pintores y dejar el jodido salón en perfecto estado.

Vaya... por lo visto en casa sí le cantaban las cuarenta.

—¿Y no te rebelaste? —preguntó con sorna.

—Para empezar, éramos menores de edad. —Hizo una mueca mientras se ocupaba de limpiar el rodillo y tapar el cubo de pintura—. Como era de esperar, mi hermano obedeció a la primera.

Helen sonrió interesada en conocer el final de la historia.

—Conmigo tuvieron que utilizar el chantaje —prosiguió él tras quitarse la gorra y limpiarse el sudor de la frente de nuevo cual modelo publicitario deleitando a su público y a ella, por supuesto.

—¿Cómo es eso?

—Me habían ofrecido una campaña para anunciar una marca de chicles y mis padres tenían que firmar, al ser yo menor de edad, así que o pintaba o nada.

—Pero a tu familia le vendría bien el dinero —apuntó ella.

—En mi familia el dinero nunca ha sido un problema —contestó él.

Helen se sorprendió, no por la afirmación, pues cualquier otro hubiera aprovechado para restregarle por los morros el ambiente adinerado en el que se había criado, sino más bien por el tono ligeramente avergonzado con el que lo decía.

—En fin... —Patrick miró a su alrededor—. No ha quedado tan mal, habrá que esperar a que seque y dar otra capa, pero eso lo haces tú cuando vuelvas de recoger ropa limpia de mi casa.

«Vaya, el momento entendimiento se ha acabado abruptamente», pensó ella.

—No voy a ir a tu casa —afirmó.

—Yo voy a ducharme —apostilló él dando a entender que le importaba una mierda su negativa, pues al final iba a acceder y cumplir su petición—, así que te sugiero que te des prisa. Ah, y acuérdate de traer mis cosas de afeitarse.

—He dicho que no —reiteró dispuesta a mantener su postura a cualquier precio.

—Pues tú dirás cómo lo hacemos... —se guaseó él—, el travestismo no es lo mío y, por mucha pinta de marimacho que tú tengas, dudo que en tu armario encuentre ropa de hombre o de mi talla.

Helen bufó; de acuerdo, no podía considerarse un referente de estilo, pero de ahí a llamarla marimacho había una gran diferencia.

Responderle implicaba entrar al trapo y que al final fuera a por lana y saliera trasquilada, así que no dijo ni mu mientras buscaba una alternativa viable.

—Ryan —sugirió ella de repente dudando en preguntarle si entre sus atribuciones se incluían frotarle la espalda; al fin y al cabo ocuparse de ese detalle, estando en su casa, podía considerarse una labor de buena anfitriona.

—¿Perdón? —inquirió sin entender por qué mencionaba a ese tipo, al que por cierto también debería investigar; por si acaso, se dijo.

—Puedo pasar a su casa y coger algo de ropa.

—¡Ni hablar! ¿Estás mal de la azotea?

—No creo que le importe —apuntó sabiendo que a Ryan le encantaría compartir ropa con él.

—No pienso ponerme ropa usada de otro.

Su indignación y estupidez la hicieron reír.

Además, le ofreció la posibilidad de vengarse callándose un dato importante: Ryan siempre tenía ropa sin estrenar, ya que sus constantes invitados podían necesitarla.

—Vamos —indicó ella acercándose a la terraza para acceder al apartamento de su amigo.

—Te he dicho que ni borracho voy a ponerme los gayumbos de otro, joder, qué asco —repuso mientras la sujetaba del brazo para que esa insensata no se largara y lo dejara allí solo, pues podía sufrir un ataque de claustrofobia.

Helen puso los ojos en blanco ante su comportamiento.

—Eres un tiquismiquis —lo acusó.

—Prefiero denominarme exigente.

—Es lo que hay. O te las apañas con la ropa de Ryan o te pones la tuya sucia —arguyó mostrándose inflexible.

—Joder, vaya guarrada... —rezongó él soltándola.

Helen salió al exterior y, ya que podía ser mala, aprovechó esa oportunidad única para serlo aún más.

—¿Vienes o elijo yo por ti? —le preguntó en cierto tono de pitorreo y, como era de esperar, él prefirió no correr riesgos.

Patrick gruñó, jurando por lo bajo que esa afrenta iba a tener consecuencias más temprano que tarde.

Observó cómo ella pasaba por la terraza que comunicaba ambas viviendas con total normalidad y eso lo llevó a la más que evidente conclusión de que entre el guionista ambiguo y la Fea existía una relación, puede que extraña, pero sin duda una relación.

Ello, en principio, le debería preocupar poco menos que nada; sin embargo, por algún motivo solo explicable bajo supervisión psicológica, le jodía bastante.

Helen entró en casa de su vecino con tranquilidad, accediendo directamente al salón, donde no había nadie; lógico, un domingo por la mañana Ryan no madrugaría ni por todo el oro del mundo.

A su espalda, pegado como si fuera una misión de alto riesgo, la seguía Patrick, dispuesto a supervisar la elección de vestuario, pues conociendo el gusto de esa mujer podía acabar vestido de dominguero con calcetines y sandalias incluidos.

Y la ineludible riñonera.

Se estremeció solo de pensarlo.

Helen se acercó a la puerta del dormitorio y llamó con los nudillos por si acaso era mal momento, pues con Ryan nunca se sabía.

Patrick, mostrándose impaciente, negó con la cabeza y se dio cuenta de que o tomaba cartas en el asunto o, con ella y su maldita educación, les daban las uvas.

¿No eran amigos?

—Entra de una jodida vez —ordenó él bajando la manilla para acabar con la espera—. Esto de andar sin calzoncillos queda muy bien, pero me pican los huevos —añadió en su habitual tono indolente.

Sin miramientos, empujó primero la puerta y después a ella, pues al fin y al cabo gozaba de la confianza del vecino, dispuesto a coger algo y meterse en una ducha.

Helen se tambaleó a causa de la fuerza del empujón, por lo que tardó unos interesantes segundos en darse cuenta de lo que ocurría en ese dormitorio.

Abrió los ojos como platos al percatarse de lo que allí pasaba: no era lo habitual de un domingo por la mañana cualquiera y se giró, dispuesta a salir escopetada de allí, pero chocó con el torso desnudo de un hombre que sonría como un tonto.

—¡Joder! —exclamó Patrick—. Anoche me confundí de apartamento...

—Joder —repitió Patrick sin poder apartar la mirada y sin borrar una sonrisa de oreja a oreja de su cara.

Por el tono de sus palabras se desprendía que no le molestaba lo más mínimo interrumpir en dormitorio ajeno, y ni mucho menos se había incomodado por ello, más bien parecía que, si pudiese, se unía a la menor oportunidad posible.

Por no mencionar la evidente envidia por no ser él el objeto de atención.

Helen, colorada y avergonzada, intentaba desviar los ojos, aunque resultaba imposible: aquella escena resultaba adictiva, por mucho que quisiera negarlo.

Y si pensaba huir lo llevaba claro, ya que Patrick, a modo de puerta, le cortaba la retirada.

Debería haber pensado un poco antes de colarse en casa de su vecino, ya que este raramente pasaba la noche del sábado sin compañía.

Ella murmuró entre dientes algo parecido a un «vámonos» y él respondió algo similar a «no seas petarda y quita, que no veo bien».

Ryan, tumbado cual marajá en el centro de la cama, completamente desnudo, disfrutaba de las atenciones que dos mujeres, una rubia y otra morena, prodigaban a su polla.

Por lo visto ambas se lo pasaban bomba disputándose su erección y de paso se besaban de forma provocadora, calentando aún más el ambiente.

Las dos se afanaban en lamerlo de arriba abajo, emitiendo durante el proceso gemidos, un tanto exagerados, por lo mucho que les gustaba, acompañados en todo momento de los que emitía el receptor de sus atenciones, que no se quedaba atrás en cuanto a sonidos sexuales; eso sí, sin moverse apenas ni prestarles demasiada atención. Como mucho les acariciaba el pelo o lo apartaba para, de esa forma, ver bien cómo su polla desaparecía en la boca de una o de la otra, alternativamente.

—Eso es, preciosas —animó Ryan a sus amiguitas.

Aquellos ruiditos característicos de quienes se encontraban imbuidos en una relación sexual tapaban las exclamaciones de sofoco de Helen, quien no se lo podía creer. Debería haber salido corriendo de allí nada más abrir la puerta en vez de quedarse atornillada al suelo.

Patrick la apartó de un empujón para ver mejor aquella escena, pues por algún extraño motivo se empeñaba en privarlo parcialmente de tan estupenda visión.

—¿Os apetece uniros? —sugirió el hombre que según todos los de su género era el más afortunado del planeta mientras miraba a los visitantes imprevistos sin inmutarse.

—¡Por supuesto! —exclamó un encantado, raudo y veloz Patrick llevándose una mano al botón de sus vaqueros para que estos desaparecieran en el menor tiempo

posible.

Ante una oferta así no podía negarse.

—Hemos venido a por ropa —intervino Helen, dándose la vuelta para no abrir más la boca.

Una de las chicas la miró como si hubiera dicho una estupidez olímpica antes de lamerse los labios con exageración y poder retomar sus actividades bucales.

Aunque, la verdad, Helen no debería alarmarse ni mucho menos llevarse las manos a la cabeza: Ryan no era conocido precisamente por la contención y aún menos por reprimirse a la hora de interrelacionarse con ambos sexos, aunque por lo visto en su salida del sábado había hecho doblete.

—No seas aguafiestas —intervino Patrick en actitud desdeñosa con los pantalones desabrochados con idea de desprenderse de ellos en breve y subirse a esa cama para comprobar cuál de las dos era más experta, porque así, desde lejos, no sabría decir quién la chupaba mejor.

Ahora se alegraba de la decisión tomada a primera hora de ponerse a pintar sin ropa interior o, como se suele decir, ir de comando; así, solo tenía que ocuparse de los vaqueros y explicarles a ese par de tías quién mandaba ahí, porque el guionista ambiguo no les estaba sacando todo el partido posible.

Desde la cama Ryan observaba a esos dos, en especial a la mojigata de su amiga, quien disimulaba muy mal su intento de no mirar, pues se le iban los ojos mientras que sus dos compañeras de cama se afanaban en chupársela con bastante voracidad.

No era la primera vez que se lo montaba delante de la gente, la única diferencia era que en esa ocasión había sido algo improvisado, así que, para nada molesto, sino más que encantado con la idea de tener público, optó por elevar aún más la temperatura, por si lo que se desarrollaba entre las sábanas no resultaba ya lo suficientemente explícito.

—Sí, oh, joder sí, eso es, métetela hasta el fondo...

Sus palabras surtieron un efecto inmediato en la otra mente masculina de la habitación.

—¡Aparta! —exclamó Patrick al notar cómo su erección le pedía, elevándose por momentos, entrar en acción por mucho que su asistente se empeñara en sujetarlo por la muñeca.

—Vámonos —farfulló Helen tirando de él.

Como se interponía entre él y la diversión, obtuvo una respuesta acorde:

—No seas pelma —masculló el actor mirando a las dos mujeres en acción; con su asistente a modo de obstáculo estaba tardando más de lo recomendable en realizar las oportunas comprobaciones.

—Aquí hay sitio para uno más... —canturreó la morena mirando a Patrick con deseo, invitándolo a ser el siguiente en probar sus habilidades bucales.

«Como si necesitase animarle aún más...».

Y Ryan prosiguió dando cuenta de sus actitudes interpretativas.

—Mmmm, qué boca, nena... —gimió cual actor porno consagrado, logrando que Helen gimiera abochornada y que Patrick sonriera como un tonto.

Ella, dispuesta a salir de aquel embrollo con un mínimo de dignidad, se acercó a las puertas correderas del armario y movió una para poder escoger entre las prendas de Ryan y así marcharse cuanto antes. Si el imbécil con el que había pasado la noche quería apuntarse a la miniorgía, allá él, que no esperase su colaboración.

Ni loca iba a seguir sus sugerencias, ya bastante mortificada se sentía a veces con su comportamiento como para encima desnudarse delante de extraños.

Se inclinó para sacar ropa de deporte y de repente notó unas manos en su culo, frotándoselo con descaro por encima de la fina tela, lo cual hizo que diera un respingo y mirase por encima del hombro, temerosa de que una de esas dos salidurras intentara convencerla.

—Venga... —canturreó Patrick embistiéndola como si estuvieran en el meollo de la cuestión—, apúntate conmigo, me muero de ganas por ver cómo te lo montas con otra tía, la imaginación se me dispara.

Helen emitió un grito de indignación antes de tragar saliva y farfullar:

—¿Cómo dices? —inquirió moviendo su trasero hacia atrás intentando que se apartara; sin embargo, consiguió el efecto contrario.

—Qué impaciente —se guaseó Patrick metiendo la mano dentro de sus pantalones de deporte.

—Aquí hay sitio de sobra —apuntó Ryan con su voz más sensual—. A las chicas y a mí nos encanta compartir...

—No hace falta que lo animes —gruñó Helen.

—En seguida vamos... —indicó Patrick más contento que unas pascuas sin apartarse ni un milímetro mientras maniobraba para poder llegar a su sexo y tocarla allí, de tal forma que se dejara de bobadas, porque a buen seguro terminaría animándose.

Las dos chicas sin nombre —Ryan no se acordaba de ninguno, ya que su norma era utilizar un «cari» o un «nena» para no meter la pata—, continuaron ocupándose de su polla. La morena, con más énfasis, pues parecía haberse alzado con el triunfo, mientras que la rubia se deslizaba hacia abajo y la emprendía con sus pies, lamiéndoselos sonoramente.

Dedo a dedo.

—Por favor —se quejó Helen al oír los ruidos propios de la succión.

—Ay, joder, yo también quiero eso —dijo Patrick mirando por encima del hombro—, anda, nena, chupetéame los dedos de los pies.

—Ni hablar, eso es una guarrada —protestó Helen más que nada por no darle la razón, pues hubo una época en la que hubiera avasallado a cualquiera que se le pusiera por delante con tal de poder tocarlo.

—Pues yo estoy a punto de correrme —indicó el receptor de tal práctica, exagerando, cómo no—. Oh, joder, qué gustazo...

—¿Camiseta negra o azul? —inquirió la aguafiestas liberándose del actor pulpo.

—A la mierda con las camisetas, que tienes un gusto horrible para la moda — espetó Patrick tirando de ella para que se dejase ahora de la ropa y se centrara en lo importarte—. Mira y aprende... —murmuró poniendo de manifiesto su admiración por la técnica de la rubia. Parecía una podóloga profesional.

—Como si tú pudieras quejarte... —masculló ofendida.

Patrick la sujetó por la cintura, obligándola a mirar de frente lo que en aquella cama ocurría, al tiempo que sus manos tocaban diferentes partes de su cuerpo, deteniéndose especialmente en su delantera, la cual masajeaba encantado mientras se deleitaba con el culo de la morena sin nombre.

Por alguna extraña razón prefería montárselo con su asistente en vez de con cualquiera de esas dos, pese a que, en otros tiempos, hubiera tenido serios problemas a la hora de decidirse, además de que físicamente estaban de toma pan y moja.

Así que, empecinado en seguir adelante, pese a la oposición de la Fea, metió las manos por debajo de la camiseta de la secretaria y atrapó sus pezones.

—Estás cachonda —murmuró complacido junto a su oído al sentir la dureza de estos bajo sus manos.

Helen, hartita ya de todo aquello, quiso soltarse y salir escopeteada; sin embargo, Patrick la tenía bien amarrada. Una excusa de lo más pobre, ya que en realidad sentía la humedad entre sus piernas y un cosquilleo, indicativo más que evidente de su grado de excitación.

Desde la cama, Ryan la miraba atentamente mientras que la rubia gateaba hasta situarse de rodillas junto a su hombro y adelantar las caderas para que él pudiera lamer su coño. Antes de hacerlo, sonrió a su amiga y se humedeció los labios.

Helen gimió a caballo entre la vergüenza y el deseo de que a ella le dedicaran la misma atención.

Cada vez resultaba más complicado no ponerse cachonda con toda aquella estimulación, tanto física como visual.

Patrick se percató de su reacción y deslizó una mano dentro de sus pantalones hasta abarcar su sexo, separando con un dedo sus labios vaginales para alcanzar el clítoris y así estimularlo correctamente.

Ella echó la cabeza hacia atrás, apoyándose completamente sobre él y separando las piernas para así facilitarle el acceso.

—Joder, estás empapada —murmuró Patrick encantado con su rendición.

Entonces comenzó a bajarle los pantalones cortos por las caderas, dispuesto a deshacerse de su pijama y tumbarla en la cama. Debido a la postura le costó algo más desnudarla de cintura para abajo, pero al fin la tenía completamente a su disposición.

Una de las amiguitas de Ryan los miró y sonrió, de un modo lascivo; luego abandonó a su anfitrión para acercarse hasta la pareja recién llegada, se colocó delante y, sin decir ni pío, acercó sus labios a los de Helen y se los lamió.

—¡La hostia puta! —exclamó Patrick encantado por ser testigo de excepción y en

primera fila.

—Lo mismo digo —convino el otro hombre presente en el dormitorio.

Y antes de que se arrepintiera, le subió la camiseta, dejando sus pechos expuestos para que la morena los probase.

—Lámelos —indicó a la chica y esta se inclinó hasta atrapar uno entre sus carnosos labios y succionarlo encantada—. Muérdelos.

Él mismo se encargó de acunarlos bajo sus manos y así ofrecérselos, sintiéndose cada vez más duro con aquel numerito lésbico improvisado.

Helen no entendía su propia reacción, mientras notaba a su espalda el roce de la tela vaquera en su culo, por delante una completa desconocida le estaba chupando los pezones como nunca antes nadie lo había hecho. Una mezcla de suavidad y precisión devastadora.

Aquello no estaba bien, nada bien, o al menos aquella era la cantinela que su mente repetía intentando convencerla, aunque su cuerpo opinaba precisamente lo contrario. Se arqueaba, pidiendo, sin palabras, que aquello fuera a más, que la intensidad de todo aumentara.

A pesar de no estar haciendo absolutamente nada.

Se sentía algo estúpida por no saber muy bien cómo comportarse, así que optó por repartir sus atenciones. Llevó una mano hacia atrás y la metió dentro de los vaqueros de él para agarrarle la polla y empezar a masturbarlo. Patrick se lo puso muy fácil al bajárselo y liberar su erección por completo.

—Joder, sí —gruñó Patrick adelantando las caderas para que ella lo manoseara sin ningún tipo de impedimento.

Y como no podía ser de otro modo, acarició con la otra mano a la desconocida, peinandola con los dedos mientras gemía, cada vez más cerca de correrse.

Situación muy parecida a la de él, ya que la sola visión de la secretaria frotándose y retorciéndose entre su propio cuerpo y el de la chica ya lo tenía bastante encendido como para correrse sin haber sacado completamente su polla de los pantalones.

—Supongo que tendrás condones —dijo Patrick mirando al otro hombre, quien permanecía con la boca entre las piernas de la rubia, a la que dejó un instante para agarrar un paquete de preservativos que andaba desperdigado por la cama y lanzárselo antes de colocarse de nuevo bajo la chica.

—¿Me dejas probar a tu chica? —preguntó la morena con voz sugerente mientras se colocaba de rodillas frente a Helen, deslizando sus manos desde la cintura hasta sus muslos, clavándole levemente sus cuidadas uñas.

—Por supuesto, toda tuya —respondió rápidamente Patrick mientras se deshacía de sus vaqueros.

Casi se enfada por no haberlo pensado él mismo.

Observó cómo la mujer acariciaba el sexo de Helen con suavidad, esparciendo sus fluidos antes de inclinarse y recorrer con la lengua sus pliegues.

—Oh, Dios mío... —acertó a decir Helen con la boca seca.

Patrick la obligó a girar la cabeza y así poder besarla, ahogando cada uno de sus gemidos, dispuesto a follársela en breve.

Mientras la chica continuaba de rodillas lamiendo su coño, Helen mantenía su erección entre su mano, cerrando el puño a su alrededor y meneándosela cada vez con más fuerza hasta que él la detuvo.

—Tengo una idea mejor... —dijo a ambas colocándose el preservativo con presteza.

Sin importarle que la cama ya tuviera ocupantes, se sentó en el borde, tiró de Helen para que se sentara encima y de espaldas a él, de tal forma que pudiera penetrarla y al mismo tiempo su entrepierna quedara a la vista.

No tardó ni medio minuto en metérsela hasta el fondo y con las manos en sus rodillas le abrió las piernas todo lo que pudo para que la morena se colocara entre ellas y retomara sus atenciones.

Mientras bombeaba en su interior, la chica se ocupaba de lamer su clítoris al tiempo que le apretaba a él los testículos con la mano, de tal forma que de seguir así no iba a durar ni cinco minutos, porque además la imagen de los tres en plena faena se reflejaba en el cristal de la puerta del armario, dándole una panorámica increíble.

—Mira... —indicó a su asistente elevándole el rostro para que se diera cuenta—. ¿No te parece absolutamente pervertido que te follan y te coman el coño al mismo tiempo?

—Cielo santo... —balbuceó Helen lamiéndose los labios resecos, intentando asimilar todo lo que sucedía para no sentirse más tarde culpable por ello.

—Voy a correrme dentro de ti —continuó con voz ronca.

Helen prosiguió moviéndose y retorciéndose entre los dos cuerpos, cada vez más cerca de correrse, ya que resultaba imposible soportar la cantidad de estímulos simultáneos que recibía, pues Patrick, aparte de follársela, le estaba pellizcando los pezones sin descanso, sabiendo perfectamente lo que hacía.

Gritó y se agitó al sentir la primera descarga; Patrick la mantuvo bien sujeta hasta que notó cómo se relajaba antes de quedar laxa en sus brazos.

Le extrañó el hecho de no querer apartarla inmediatamente, como hubiera ocurrido en otras ocasiones, para ocuparse de la morena; quiso mantenerla pegada a él y correrse dentro de ella.

—Levántate —ordenó a la desconocida, que se situó de pie frente a ellos a la espera de que fuera su turno.

Sin embargo, Patrick no tenía ganas de follársela, por lo que le pasó el testigo a Helen.

—Haz que se corra —indicó agarrándola de la muñeca para que llevara su mano entre las piernas de la chica y la masturbara.

La chica se mostró levemente sorprendida de que no fuera él quien se la follara, pero obedeció.

Helen abrió los ojos como platos antes de que la amiga de Ryan se inclinara y la

besara de forma obscena y sonora para animarla, mientras que con las manos aún unidas a las de Patrick empezaba a tocarla entre las piernas. Este gimió y, viendo cómo entre ellas se apañaban, se concentró en su propio orgasmo, encantado con el comportamiento de su asistente, que por lo visto sabía muy bien cómo dar placer a otra mujer.

La desconocida empezó a gemir y arquearse mientras los dedos de Helen la penetraban y frotaban todas sus terminaciones nerviosas.

—Un dedo más —pidió la chica agarrando a Helen de la muñeca para no perder el contacto.

Helen notó cómo Patrick embestía ya sin control, mientras martirizaba sus pezones, ya doloridos, justo antes de morderla en el cuello y correrse con un gemido ronco.

—Frótale el clítoris con el pulgar —sugirió él saliendo de ella para no perderse ni un detalle—. Presiona con la yema del dedo... Siente lo duro que está...

Helen obedeció y a los pocos minutos la mujer jadeó y gritó frente a ella.

—Gracias —murmuró la morena inclinándose junto a sus labios para darle un húmedo beso al que Helen respondió sorprendida por la suavidad y la textura. Nunca antes se había atrevido a tanto y ahora no quería llegar a arrepentirse por ello.

Echaba chispas y tenía variados y justificados motivos para ello.

El primero era la noche en vela que había pasado, por darle vueltas una y otra vez a lo sucedido en casa de Ryan. A pesar de que ni él ni Patrick la habían hecho sentirse incómoda tras el inexplicable episodio sexual en el que había participado, ella solita se mortificaba, no necesitaba ayuda para ello.

Presenciar una miniorgía en casa del vecino podía hasta resultar una anécdota graciosa para reírse más adelante, pero su participación en ella ya era otro cantar.

Y, además, sin que tuvieran que obligarla ni amenazarla. Surgió de forma espontánea, como si fuera lo más natural del mundo desnudarse delante de la gente y acabar compartiendo fluidos, y lo que más la corroía por dentro era haber disfrutado como nunca antes.

¿Qué pensaría aquella gente de ella?

Porque no se puede estar todo el santo día despotricando sobre lo que es una inmoralidad para después caerse con todo el equipo.

Si ya lo dice el refrán: «Nunca digas de esta agua no beberé ni este cura no es mi padre».

Tras aquello, quiso disfrazarse de avestruz y esconder no solo la cabeza bajo tierra; para ello era primordial la soledad, pero había regresado a su apartamento acompañada de un actor sonriente, que se dio una ducha, se puso ropa de otro sin bufar como cabría esperar y terminó de pintarle el salón de manera profesional.

Quizá, de haber tenido constancia de las habilidades de Patrick con el rodillo, lo habría invitado antes; eso sí, sin la parejita de calentorras amiguitas de Ryan, vaya dos... Lo curioso del caso es que se quedaron a dos velas, pues don caprichoso las había mirado pero no tocado más allá de un beso de despedida y ambas mostraban la decepción en su bonito rostro cuando abandonaron el dormitorio de Ryan.

Había conseguido, tras múltiples intentos previos, meter a Patrick en un taxi a media tarde, a pesar de que hubiera deseado perderlo de vista mucho antes, pero él se empeñó en acabar con las labores de pintura para marcharse sin dejar trabajos pendientes. Por supuesto antes de cerrar la puerta se encargó de recordarle la cita con su médico a primera hora de la mañana.

Como si pudiera olvidar la humillante propuesta de la noche anterior.

Helen, que no tenía ni la más remota intención de acudir, puso el despertador dos horas antes de lo habitual para escaparse de casa y escaquearse, pero, para su eterno bochorno, se había encontrado a primera hora de la mañana con un actor en la puerta del edificio, sonriente, educado para variar y decidido a acompañarla apoyado en un bonito taxi, en una de sus estudiadas poses.

Si las cosas hasta ese instante ya la habían puesto de mal humor, aún le esperaba

otra sorpresa...

Ahora, mientras caminaba hacia el camerino de ese metomentodo, dispuesta a cantarle las cuarenta, ensayaba mentalmente las palabras precisas para dejarle clara su opinión, porque de no ir con el discurso ensayado él terminaría liándola para salirse con la suya y dejarla en evidencia.

Sin llamar, pues estaba acostumbrada a que él, en un «simpático» gesto, la tuviera esperando más tiempo de la cuenta por el simple hecho de divertirse, o bien a encontrarse el camerino vacío porque se le había antojado cualquier cosa, empujó la puerta y allí lo encontró.

A medio vestir, con sus pantalones de pinzas azul marino que ella misma había planchado y la camisa blanca, aún con los faldones fuera, y con un vaso en la mano.

No dijo nada y se abalanzó sobre él, arrebatándole la bebida y dejando el vaso con brusquedad sobre el aparador.

—¡Ha sido humillante! —le gritó fulminándolo con la mirada.

Iba a resultar muy complicado seguir enfadada con él mientras la miraba con esa carita de pilluelo.

Pero, por intentarlo, que no quedara.

—¿El qué? —preguntó cruzándose de brazos y sonriendo de medio lado.

Esa mañana se había superado a sí misma a la hora de vestir.

Cuando la vio a primera hora, creyó que era producto de la falta de sueño; ahora, a media mañana, confirmó que la Fea se esmeraba para conservar el título.

Aquella falda tubo de estampado de flores con la americana a juego lograba un efecto óptico inquietante. Desconcertante, pues o no sabías dónde mirar o te daban ganas de buscar una regadera y echar un poco de agua a ese jardín.

—¡Pensé que solo era un maldito examen ginecológico! —continuó ella elevando la voz.

—¿Podrías traerme algo de beber que no sea café? —preguntó obviando su queja.

—Como si no fuera ya lo bastante incómodo abrirse de piernas para un desconocido y que te meta... ¡da igual! —farfulló exasperada.

Toda mujer debe pasar al menos una vez al año por la camilla de tortura de su ginecólogo y ver cómo le elevaban los pies para que ese señor, armado con unos utensilios de acero y un foco, haga su trabajo sentado entre sus piernas.

—Es lo más normal del mundo —indicó en tono divertido.

—Pero tú eres retorcido —lo acusó—. No te has conformado con eso: le has enviado una larga lista de preguntas que debía realizarme, a cuál más humillante. ¿Por qué necesitas saber lo que he hecho o dejado de hacer antes de...? —Se detuvo de repente al darse cuenta de un detalle...

Patrick no estaba solo.

Miró al hombre que, apoyado junto a la ventana, la miraba con expresión seria y distante.

Abrió los ojos como platos...

Y no solo por haber sido una bocazas y hablar de algo tan sumamente íntimo delante de un extraño.

Cuando se fijó bien casi se cae de culo.

Aquel desconocido era la versión trajeada y con elegante y sobria corbata de Patrick. El pelo tenía un corte más clásico, pero compartían los mismos ojos, la misma expresión facial... Eso sí, el desconocido estaba perfectamente afeitado.

Patrick, sonriendo como un tonto, pues se divertía con cualquier hecho que a ella le supusiera un apuro, se acercó a él y decidió presentarlo:

—Mi querido hermano gemelo Owen Boston.

Helen abrió desmesuradamente la boca y tardó bastante en volver a cerrarla.

Murmuró un «hola» que sonó estrangulado.

—Y sí, es el multimillonario, excéntrico, reservado y con *jet* privado de serie que todas buscáis. Ahora, no puedo prometerte nada respecto a sus preferencias sexuales, no tengo ni idea de si le gusta sacar la mano a pasear.

—Patrick... —lo advirtió el aludido, molesto no por la descripción, sino por cómo avergonzaba a la mujer.

Con cautela debido al mal gusto de Patrick a la hora de presentar a la gente, Helen se acercó hasta Owen y le tendió la mano.

—Encantada —acertó a decir estrechándole la mano.

Los hombres de traje conseguían que se pusiera tontorrón y si encima este era tan guapo como el que últimamente lograba que hiciera más tonterías de lo habitual...

—Lo mismo digo —respondió educadamente sin sonreír y mirando de reojo a su hermano, deseando quedarse a solas con él para hacerle unas cuantas preguntas.

Helen se dio cuenta de que allí sobraba alguien y ella tenía todas las papeletas, así que, tras susurrar una respuesta educada, se retiró con la intención de pasar por el despacho de John; hacía días que no hablaba con el dueño.

Más tarde, y asegurándose de estar a solas con Patrick, retomaría el asunto del humillante test que había contestado en la consulta médica.

Una vez que la chica se marchó, Owen abandonó la actitud distante que siempre mostraba ante los desconocidos y miró a su gemelo arqueando una ceja a la espera de escuchar una interesante explicación: estaba seguro de que la capacidad inventiva de Patrick le divertiría e intrigaría a partes iguales.

Patrick, que no tenía muchas ganas de complacerlo, terminó de vestirse y se puso a buscar algo decente de beber.

—Maldita sea, la Fea lo ha vuelto a esconder —farfulló.

—¿Te refieres a...? —tanteó Owen haciendo un gesto en dirección a la puerta por la que acababa de salir la mujer.

—¿Mi asistente? Sí, a esa misma. Tiene la extraña fijación de no dejarme beber en el trabajo. ¿Te lo puedes creer?

Owen, que no tenía un pelo de tonto, ya había sacado las pertinentes conclusiones

tras escuchar a la chica, pero quería atar todos los cabos y para ello precisaba hacer hablar a su hermano.

—No me parece tan mala idea, la verdad —comentó en plan distendido antes de entrar en materia—. Por cierto, ¿qué te traes con ella?

Patrick sonrió de medio lado, adoptando una pose enigmática.

—Se ocupa de mí —respondió sin faltar a la verdad.

—¿Hace horas extra? —continuó preguntando en tono de «tú a mí no me la pegas».

—Es una adicta al... trabajo. Más o menos como alguna de tus secretarias... —lo provocó.

—Hasta la fecha nunca me he liado con ninguna de mis asistentes —se defendió sin perder el buen humor. En especial porque la actual rondaba los sesenta y estaba felizmente casada, y porque él jamás mezclaba el deber con el placer—. Y no desvíes la conversación. Esa mujer, por cierto, ¿tiene nombre?

Patrick se encogió de hombros; para él era la Fea, la secretaria o su asistente. Si lo pensaba detenidamente, hasta el momento nunca había utilizado su nombre.

—¿Importa? —inquirió con su habitual indolencia.

—Teniendo en cuenta lo extraño de tu relación con ella, yo diría que sí, importa. Vayamos al grano —insistió—. ¿Te has liado con ella?

—Lo dices como si fuera un crimen.

—No negaré que me sorprende, no es tu tipo —apuntó sin medias tintas.

—No te reprimas, di todo lo que piensas... tiene un gusto deplorable vistiendo, es respondona y me esconde el alcohol.

—Respecto a lo último, la apoyo; lo de respondona, tú sabrás lo que haces, y en cuanto a lo primero, tiene fácil solución, llévala a ver a Berto.

—Ya estuve allí pero... bueno, me despisté. ¿Y qué más da?

—¿Vas en serio con ella?

—Joder, eres peor que Ewan. Ahora vas a ponerte en plan cansino sobre lo inconsciente que soy, lo mal que trato a las mujeres y sobre que ella no es el tipo de chica con la que suelo liarme, y blablablá.

—Ewan tiene razón.

—Es una mosca cojonera, como tú, de eso no te quepa la menor duda.

—Si quieres que te diga la verdad, dejando a un lado su elección de vestuario, puede que hasta merezca la pena —afirmó serio.

No tenía por qué mentir a su hermano sobre sus opiniones y la mujer sin nombre no parecía una cabeza hueca.

Patrick arqueó una ceja.

—¿Cuento entonces con tu exigente aprobación? —inquirió con sorna, pues Owen no dejaba nada al azar. Investigaba a sus colaboradores y nunca se arrepentía por ello.

—Esta al menos tiene pinta de haber aprendido a leer y a escribir —comentó

sonriendo con picardía refiriéndose a la larga fila de pedorras con las que Patrick tenía la manía de enrollarse.

—He mandado a Ewan que la investigue.

—¿Perdón? —inquirió sorprendido por aquella revelación.

—Sí, no me pongas esa cara; puede que sea la oveja negra de la familia, pero algún gen controlador tenía que quedarme.

—¿Y qué ha averiguado? —preguntó intrigado dejando al margen si su gemelo estaba actuando o no influenciado bajo aquel gen; al fin y al cabo, él hubiera procedido del mismo modo. Todavía quedaba un atisbo de esperanza.

—Pues nada, porque el muy puñetero lleva unos días desaparecido en combate —se quejó.

Y hasta se sintió extraño al decirlo, pues lo habitual era protestar porque estaba revoloteando constantemente a su alrededor recordándole su mal comportamiento e intentando, sin éxito, adoctrinarlo.

—Si te sirve de algo mi intuición, no creo que esa mujer sea de las que ocultan cosas, o de las que llevan doble vida, aunque, claro, tú la conoces *mejor* que yo —comentó ocultando su sonrisa.

Patrick tampoco iba a sentirse, a estas alturas, molesto por los comentarios de su hermano, en especial porque ya habían superado hacía tiempo esa etapa y ahora podían hablar sin tapujos.

—Vaya, como ahora resulte que también te interesa... —murmuró cruzándose de brazos. Por lo visto la Fea era un imán para los hombres, él bien lo sabía. Y si por casualidad Owen se fijaba también en ella... vaya panorama.

—No en el sentido que tú sugieres, desde luego —indicó distraído mientras manipulaba su iPhone, cortando la llamada entrante para continuar charlando—. Me he dado cuenta de que tiene tu camerino como los chorros del oro, tu agenda organizada —señaló la misma, que estaba abierta sobre la mesa y dejaba entrever una elegante y pulcra caligrafía, que había hojeado por encima— y, por si fuera poco, consigue que no bebas.

—Olvidémonos de mi asistente —gruñó; ya vería más adelante cómo vengarse de ese compendio de virtudes andante—. ¿Para qué has venido en realidad?

—Mamá —respondió suavemente—. Estos días se encuentra más sensible de lo normal.

Patrick apartó la mirada e inspiró.

—Yo no puedo hacer nada...

—Por lo menos ve a visitarla —le sugirió—, ¿hace cuánto que no vas?

—¿Crees que así se sentirá mejor?

—Al menos estaremos en familia, joder. Se acerca su aniversario de boda y se le hace muy cuesta arriba. Sabes tan bien como yo que se pondrá muy triste.

—Ya lo sé, maldita sea —rezongó resoplando.

Para todos había sido muy dura la pérdida de su padre en un accidente de tráfico

hacía menos de un año, especialmente para la madre de ambos, Melisa. Decir que estaban muy unidos era quedarse corto. Y en esos días, próximos a la fecha de su aniversario de boda, todos temían que ella se derrumbara.

—Me gustaría darle una sorpresa —apuntó Owen—. Poder pasar el día juntos, animarla.

—¿Y crees que así mamá se sentirá mejor? —preguntó dando por hecho que la idea estaba abocada al fracaso.

—¿Tienes una idea mejor? Mira, de lo que se trata es de que no esté sola, que se distraiga. No puedo permitir que se encierre en casa, aún es joven para eso.

Patrick sopesó las palabras de su hermano, intentando convencerse de que nada ni nadie podía llenar el vacío de su padre.

Aunque, la verdad, poco le costaba pasar el día con ella y al menos hacerla sonreír.

—Vale, de acuerdo —aceptó—. Pero con una condición.

—Tú dirás...

—No quiero, bajo ningún concepto, que durante la comida o después me des la chapa con cuestiones relativas a mi herencia.

—Algún día tendrás que asumir la parte que te corresponde; por mucha fama que tengas y por mucho cambio ridículo de apellido, eres quien eres.

—Oye, sabes que me resbala todo lo que a ti te apasiona; yo no podría desayunar con esos informes financieros que tanto te ponen. Además, confío en ti, sé que has heredado el gen banquero y que mi parte está a salvo.

—No voy a insistir, pero te recuerdo que papá así lo quería. Da igual —murmuró dando por perdido ese asalto—. Te llamo y te cuento los detalles. Yo me encargo de todo.

—Vaya novedad —farfulló el actor sonriendo.

Owen se encaminó hacia la puerta con la satisfacción de haber cumplido su objetivo, pero, para su sorpresa, Patrick lo detuvo en el último instante con unas inquietantes palabras:

—Dile a mamá que iré acompañado.

—No me lo puedo creer —rezongó una vez más Helen mientras caminaba furiosa en dirección al despacho de John para reunirse con él.

Necesitaba calmarse un poco y para ello nada mejor que tomar una taza de café con un amigo comprensivo; sin embargo, en su caso, a ese posible candidato, Ryan, no le apetecía verlo, ya que llevaba dos días esquivándolo; verlo desnudo no había supuesto hasta hacía bien poco ningún contratiempo, simplemente podía recrearse la vista, pero ahora la situación había cambiado sustancialmente, pues, por causas que prefería no recordar, lo había contemplado desnudo y en acción.

Así que, descartada la idea de relajarse como antaño, continuó su camino con la vaga esperanza de que en unos días todo pasara a la historia.

Algunos compañeros la saludaron con un gesto a su paso, síntoma de que poco a poco se iba integrando, aunque lo de salir a tomar unas copas después del trabajo quedaba muy lejos y mucho menos relatar sus aventuras en busca de consejo.

Como las cosas siempre pueden ir a peor, tropezó, literalmente, con la petarda *star*.

—A ti precisamente quería yo ver —la interrumpió Maggie ataviada con un vestido tan ajustado que seguramente al quitárselo se haría la depilación definitiva—. Eres amiga del guionista, ¿no?

Una pregunta retórica sin duda, pero mejor no hacérselo notar.

—Sí —respondió intentando ser educada.

—Pues quiero que le pidas que escriba cuanto antes la escena de seducción.

Helen resopló; estaba segura de que Ryan se las apañaba para darle largas y así tenerla más o menos contenta, pero que la petarda no era tan tonta y se daba cuenta de la estrategia saltaba a la vista.

—Quiero que sea tórrida... excitante... caliente...

«Cuántos sinónimos en la misma frase», pensó Helen manteniendo la sonrisa educada.

—Haré lo que pueda. Ahora, si me disculpas...

—No, no te disculpo, porque deberías arrimar el hombro para que todo esto vaya sobre ruedas y, en vez de poner a Patt en mi contra, podrías hacer un esfuerzo y dejar de meter cizaña entre los dos. Yo sé que él te hace caso, aunque la verdad... —la miró como si fuera el cubo de la basura—, no sé por qué te tiene tanto aprecio.

—Yo tampoco —convino. Lo cierto era que en algo podían estar de acuerdo.

¿Quién iba a imaginarlo?, ella y la morritos *star* tenían una cosa en común.

Estuvo a puntito de explicarle que si dejara de llamarlo Patt quizá él se mostraría más proclive a establecer más contacto.

Antes de que Maggie la aburriera con más peticiones absurdas, bueno, no tanto,

pues entendía las ganas que tenía de meter mano a Patrick, se escabulló dejándola con la palabra en la boca.

Se mordió el labio; tarde o temprano tendría que verlo enrollándose con otra, aunque fuera de mentira, así que debería asumirlo. O, ya puestos, él terminaría por aburrirse de ella y restregarle por los morros su nuevo ligue.

Pero ya cruzaría ese puente llegado el momento; lo que ahora la tenía en perpetuo estado de irritación era haberse enterado así, por casualidad, de que Patrick tenía un hermano gemelo, lo cual no hubiese tenido mayor importancia si no fuera por que era uno de los principales hombres de negocios del país, y no solo eso, provenía de una potentada saga familiar, de la que sin duda Patrick era la oveja negra.

¿Cómo se las habían apañado para que no los relacionaran permanentemente?

De acuerdo, en su día circuló cierto rumor sobre su origen pero, como el interesado lo desmintió, se dio por hecho que todo aquello no era más que otra leyenda urbana. Al fin y al cabo, a todos los famosos se les presumía una.

Además, Owen Boston se caracterizaba por su discreción: apenas salía en los medios y guardaba muy bien su vida privada.

Con esa fijación en la cabeza, llegó hasta la zona administrativa y saludó a la becaria que ahora ocupaba su puesto antes de llamar suavemente a la puerta y esperar a que John le diera paso.

—¡Qué alegría! —exclamó Mills nada más verla aparecer.

—Yo también me alegro de verlo —respondió sentándose frente a él, tal y como le indicó su jefe.

—¿Qué tal le va con Baker? Porque, la verdad, yo esperaba que ya hubiese venido, quejándose sobre su... —sonrió cómplice— incompetencia y pidiendo a gritos que la destituyera, pero...

—Lo he intentado —se lamentó admitiendo por su tono el fracaso.

—Tranquila, mujer —apuntó un siempre comprensivo John—. Confío en usted y estoy seguro de que en breve pedirá su despido.

Helen asintió, sintiéndose fatal al mismo tiempo, ya que no le estaba diciendo toda la verdad, pero ¿cómo podía explicarle que en vez de cumplir su misión se acostaba con él?

—Yo creo que sería mejor despedirme...

—Ya le dije que no. Quiero que vuelva a su puesto... ni se imagina lo que la echo de menos. Nada, nada, sigamos con el plan original.

Helen asintió y se despidió con una sonrisa triste. Justo cuando abría la puerta, se giró.

—¿Sabe quién es su hermano? —le preguntó de forma casual, sin mostrar demasiado interés.

—Sí —respondió tranquilamente.

Helen parpadeó; ella, que lo había seguido desde que era adolescente, no tenía controlado ese dato.

¡Para darse de cabezazos contra la pared!

Se suponía que lo había leído todo sobre él, había guardado recortes de prensa, grabado entrevistas...

—Pe... pero cómo...

John le sonrió antes de responder.

—El contrato lo ha firmado con su nombre legal, el verdadero, si es lo que le preocupa. Según se comenta, se lo cambió hace años de cara a su carrera, para evitar complicaciones —adujo John de forma fortuita, sin prestar demasiada atención a la reacción de Helen.

«Mierda», pensó ella. Lo había tenido en sus manos cuando archivó el documento pero ¿por qué iba a dar crédito a un rumor que hacía años que no se mencionaba?

—¿Y la prensa? —continuó indagando, pues en los tiempos que corrían resultaba casi imposible ocultar un parentesco como aquel.

—Su familia controla los suficientes medios de comunicación como para que no se hable de ello. Es algo que se sabe, pero no se comenta. Y aquellos medios en los que no tienen intereses directos prefieren no tocar el tema. Patrick lleva muchos años metido en esto, desde adolescente, así que en la actualidad a nadie le interesa hurgar en su pasado. Además, ya se encarga él de dar nuevos titulares permanentemente, por lo que escarbar en su pasado no tiene sentido alguno.

La explicación resultaba perfectamente entendible y válida; sin embargo, a ella le escocía, pues durante su adolescencia se consideró la fan número uno.

Seguir interrogándolo sobre Patrick podía levantar sospechas, así que prefirió conformarse con esos datos.

Se despidió de John, intranquila y sin serenarse, ya que ahora tenía un elemento más para enfadarse con él.

Primero el bochornoso test del médico sobre su vida sexual, que incluía una pregunta acerca de a qué edad perdió la virginidad. ¿Para qué precisaba ese idiota tal información?

Necesitaba liberar la tensión; en su otra vida ya estaría en el gimnasio sacudiendo un saco, pero había dejado de ir hacía ya meses como parte de su plan de cambiar de aires y dejar de ser perfecta. Por supuesto, los progresos eran visibles, empezando por su culo.

Se pasó por el vestuario para comprobar que las costureras lo tenían todo preparado para la grabación del próximo capítulo. También se acercó a recoger el guion definitivo para poder llevárselo, de tal forma que tuviera tiempo de sobra para estudiarlo.

Con el guion en las manos, se encaminó hacia el camerino, rezando para que Patrick estuviera solo y no tener que disimular ante su recién descubierto hermano gemelo.

Esta vez sí llamó suavemente con los nudillos y esperó a que le dieran paso, lo cual, para su sorpresa, sucedió antes de lo que era habitual.

Suspiró aliviada al encontrarlo a solas, así al menos se ahorra parte de la vergüenza que sentía por haber entrado antes como un elefante en una cacharrería.

—Por fin apareces... Se supone que estás a mi servicio, no te pagan para zascandilear toda la mañana.

—¿Cómo dices? —preguntó perpleja mientras le entregaba de forma brusca el maldito guion que traía para él.

—Pues entonces explícame qué coño has estado haciendo desde que has llegado, porque, lo que se dice atenderme, más bien poco.

—¿Y qué necesitaba el señor? —farfulló recogiendo la ropa tirada por el suelo, a la vez que controlaba su furia para no terminar diciéndole algo contundente y empezar una pelea verbal en la que él, como siempre, terminaría ganando con su peculiar modo de dar la vuelta a la tortilla.

—En primer lugar, que me contaras qué tal te ha ido en el examen médico. Como comprenderás, me atañe su resultado.

Helen gruñó, encima tenía la desfachatez de recordárselo. Pues iba listo si pensaba escuchar de sus labios los detalles.

—Pero como te conozco y sé lo mucho que te gusta tocarme los huevos, en sentido real y figurado —dijo con un guiño perverso—, ya he llamado personalmente y... —su tono a medida que iba soltando perlas fue pasando de recriminatorio a tentador— por lo visto está todo correcto. —Movi6 las cejas sugestivamente—. Por lo que ahora...

Helen puso cara de horror ante lo que sugería, y eso que debería restregarle por la cara su estado de salud.

—Ahora te están esperando en el set de rodaje —lo interrumpió con la precaución de mantenerse alejada, pese a que estaba para comérselo con su atuendo de macarra barriobajero. La camiseta blanca sin mangas y los vaqueros ajustados le quedaban de muerte.

—Por cierto, habla con esas idiotas de vestuario y que me pongan ropa de mi talla, ¡joder! —Se recolocó el paquete, visiblemente incómodo.

—Muy bien —murmuró apuntando el recado en su agenda—. Lo pondré entre hablar con los guionistas para que escriban de una vez una escena de lo más t6rrida y ordenar, otra vez, tu camerino. ¿Algo más?

—¿Una escena t6rrida? —inquirió poniendo cara de asco y perdiendo por completo las ganas de echar un polvo.

—Es tu trabajo. Tu personaje, Ralph, debe reconquistar a la mujer de su vida y, claro, si se esfuerza tanto al menos después ha de tener su recompensa —explicó disimulando con precariedad su regocijo.

—Maldita sea... Joder, como tenga que tocar o, lo que es peor, besar a esa Barbie...

Helen prefirió no echar sal en la herida, ya que él podía terminar volcando su enfado sobre ella, así que decidió que era mejor esperar callada a que llegara ese

inevitable momento, del que, por cierto, disfrutaría.

Se estaba convirtiendo en una cínica, pero con él al lado o aprendía rápido o Patrick acabaría con ella.

Él se paseó enfurruñado y quejándose ante el más que probable devenir del guion con creativos improprios.

Con paciencia, se sentó en el sofá y, con la agenda sobre sus rodillas, esperó a que él se calmara, sin recordarle, para no alterarlo aún más, que lo estaban esperando.

—¿Dónde está mi coche? —preguntó finalmente mirándola de una forma que no prometía nada bueno.

—Aparcado donde lo dejé. ¿Por qué?

—Joder, te di las llaves para que lo usaras. Te lo regalé —recordó de malas maneras.

—No lo quiero.

—¿Por qué, si puede saberse? Con él puedes moverte libremente, no necesitamos estar pendientes de llamar a un taxi y, demonios, a las mujeres os gustan esos detalles. ¡Para una vez que tengo uno contigo!

Patrick intuía por qué la secretaria se negaba a aceptarlo.

—No lo necesito, yo me apaño bastante bien con el transporte público —alegó ella.

¿Qué se pensaba ese hombre? ¿Que debía encontrarse el carruaje preparado a la salida todos los días?

—¿Pretendes que yo suba en un autobús? Límitate a obedecer, que nos irá mejor a todos. Así que ve a buscarlo mientras hago mi trabajo. Después me apetece ir al cine.

—¿Al cine?

—Eso he dicho —murmuró como si su palabra fuera incuestionable, sin dar una explicación coherente.

—¿Por qué? —preguntó suspicaz.

Era una propuesta de lo más inocente viniendo de cualquier otro, pero de Patrick...

—¿Qué pasa, no sabes lo que es? —preguntó con ironía—. Pues es un sitio donde va la gente...

—Gilipollas...

—Pasaré por alto tu falta de respeto —indicó él con indolencia—. Salta a la vista que te queda bastante camino por recorrer antes de convertirte en una buena asistente. —Se acercó a ella y con todo el recochineo del mundo le dio unas palmaditas en la mejilla—. Ahora, si no es mucha molestia, ocúpate de mi transporte y después ven conmigo al set de rodaje, por si te necesito.

A Helen, tras parpadear porque otra cosa no podía hacer, no le quedó más remedio que inspirar profundamente para no cometer una locura. Desde luego todo aquello no tenía ni pies ni cabeza, porque en ese mismo instante, si fuera

mínimamente lista, lo mandaría a paseo y se buscaría otro trabajo.

—Las he visto más rápidas... —la provocó Patrick mirándola por encima del hombro y arqueando una ceja al pillarla mientras ella le hacía burla sacándole la lengua—. ¿Es una propuesta en firme?

Ella puso los ojos en blanco, un tanto mortificada por las risas del actor. Ya debería haber aprendido que, cualquier mínimo apuro que la molestara, para Patrick, simplemente, era un motivo para sonreír con amplitud.

Por suerte para ella, a él en ese momento le parecía más importante que lo acompañara, cualquier cosa, como él decía, para mantener a la petarda *star* alejada y, si esta se concentraba en amargarle la vida a Helen, mejor para él.

Le indicaron dónde debía permanecer mientras se desarrollaba la grabación, a ser posible en silencio. Bueno, esto último resultaría fácil, pues no tenía a nadie con quien comentar la jugada.

Se mantuvo quieta, observando todo el proceso, y se dio cuenta de que, para obtener diez minutos de programa, invertían algo más de dos horas de trabajo.

Ver los entresijos de «Platos rotos» hacía que perdiera todo su encanto, más o menos como si vas a la trastienda de una pastelería: dejas de comer tartas *ipso facto*.

Reconoció en silencio que Maggie podía ser una petarda casi todo el tiempo, pero, cuando se trataba de trabajar, no protestaba ni daba por el saco con absurdas peticiones.

Al igual que Patrick y el resto del reparto. Aguantaban las exigencias del equipo técnico que revoloteaba a su alrededor para que todo saliera perfecto.

Cuando Helen ya no sabía cómo sentarse, y ya bostezaba sin disimular demasiado, el director dio por finalizada la jornada y los encargados empezaron a recoger los trastos.

Patrick se las ingenió para que Maggie ni se le acercara, moviéndose hábilmente entre los cables para acercarse al director y evitar que su «exmujer» le diera la tabarra.

Había que reconocerlo, era listo como pocos. Sonrió para sí y esperó a que él se acercara para darle las últimas instrucciones y poder así marcharse a casa.

—Vamos, ayúdame a quitarme esta jodida ropa de *playboy* de discoteca barata —ordenó agarrándola del brazo para salir de allí—. Espero que te hayas ocupado de tener algo decente con lo que vestirme para salir. —La miró de arriba abajo frunciendo el ceño—. Un día de estos tendré que ocuparme de ti. Por cierto, Berto me ha llamado, te manda saludos y te pide, por favor, que pases por su estudio, por lo visto le has inspirado una colección completa.

—Deja de tomarme el pelo —se quejó. Era tarde, estaba cansada y ya no tenía por qué aguantar más estupideces—. Sabes tan bien como yo que la ropa que diseña Berto no me vale, en todo caso debería coger dos prendas y empalmarlas para que me sirvieran.

—No empieces a provocarme... —advirtió—. Antes de nada necesito una buena

ducha, así que dejemos los empalmes para después.

—¡Ni hablar! —exclamó con rapidez al percatarse de lo que pretendía—. Mi jornada de trabajo ya ha finalizado, así que me voy a mi casa.

—No seas boba.

Caminaron hasta el camerino, donde la hizo entrar pasando por alto sus protestas y, tras cerrar la puerta con llave, empezó a desnudarse como si la ropa que llevara puesta le produjera sarpullido. Una vez desnudo, se acercó a ella, le dio un sonoro beso en la boca y se metió en el cuarto de baño.

—Deberías frotarme la espalda, pero hoy te lo perdono.

Helen terminó negando con la cabeza, sentada en el sofá, mirando las prendas esparcidas por el suelo, y siendo consciente de que no había aprovechado para escabullirse.

Por alguna extraña razón, él sabía que no lo haría.

Y aquello daba que pensar.

Una hora y media más tarde, ya que Patrick jamás se daba una ducha rápida, se bajaban de un taxi en pleno centro. Helen lo siguió más o menos convencida de que ir al cine no suponía una actividad de riesgo y, además, hacía años que no iba a una sala en compañía.

Él, indiferente a todo, parapetado tras sus gafas de sol, pese a ser innecesarias, caminó con tranquilidad, como si la calle le perteneciera, sin hacer ningún comentario sobre el estampado de sofá que iba a su lado, hasta internarse en una calle peatonal.

Sin dar ni una sola explicación, se dirigió hasta la dirección que buscaba y, cuando llegó junto al establecimiento, empujó la puerta.

—¿Aquí? —preguntó el jardín andante a su espalda logrando que se detuviera y la mirase por encima del hombro.

—Pasa y calla —ordenó de malos modos.

—Pe... pero si esto es un... ¡No voy a entrar ahí contigo!

—¿Por qué? —preguntó sin un ápice de paciencia.

—Porque no.

Inmediatamente Patrick destapó su vena sádica, algo que con ella al lado ocurría siempre que se obstinaba en llevarle la contraria.

—¿Qué pasa, vienes tan a menudo que te han dado una tarjeta de descuento y te da vergüenza reconocerlo? —inquirió en tono irónico.

—No digas bobadas —farfulló mirando a su alrededor, pues allí parados y discutiendo llamaban poderosamente la atención.

Patrick, conociéndola, sabía que lo mejor era adoptar la política de hechos consumados, es decir, empujarla hacia dentro y punto.

La agarró de la muñeca, entró con ella a remolque y no paró hasta detenerse junto al mostrador.

—Buenas tardes —les dijo el tipo de la tienda con amabilidad.

Helen se sorprendió del atuendo tan formal, traje y corbata, combinado con los *piercings* de oreja y nariz.

—¿En qué puedo ayudarlos? —continuó el hombre en el mismo tono cordial.

—Vámonos de aquí —murmuró ella ocultándose tras Patrick, no por temor a que la reconocieran, ya que al fin y al cabo podría pasar por una clienta más, sino por lo que él era capaz de decir con tal de abochornarla.

—Necesito hacer un regalo especial —comenzó Patrick como si estuviera en una joyería dispuesto a elegir una chuchería de muchos ceros para una amante—, por eso me he traído a mi asistente, para que me ayude a escoger. —Notó cómo ella le clavaba las uñas en el brazo—. ¿Qué me recomendaría?

—Eso depende de los gustos de la persona en cuestión —respondió amable el dependiente—. Tenemos una sección de «clásicos» que goza de buena aceptación y por supuesto la lencería más atrevida. Para quienes buscan algo más radical, puede escoger algo dentro de la sección «Últimas sensaciones». —Les señaló una estantería.

—Gracias. Una última pregunta, ¿las cabinas de proyección? —preguntó ignorando a una aguafiestas que protestaba en voz baja a su espalda.

—Si son tan amables de seguirme...

—Por supuesto —indicó Patrick—. Después, en función de mi estado de ánimo, elegiré el regalo.

Las salas de vídeo, a diferencia de lo que Helen pensaba, no eran sucios cuartuchos con un sofá de cuero de imitación pegajoso, un televisor, una lamparita con bombilla de pocos vatios y un rollo de papel de cocina sobre una mesita plegable.

Entraron a una habitación pequeña, pero decorada con buen gusto, un ambiente que podría decirse hasta casero, donde encontraron un amplio sofá, un carrito de bebidas, una pantalla gigante y una estantería donde se distinguían libros y revistas, junto con algunos envases de los productos que se vendían en el local.

Todo pensado para la comodidad de los visitantes y, cómo no, para que estos gastaran sin preocupación.

—No pienso sentarme ahí —dijo manteniéndose de pie alejada de cualquier mueble u objeto, por si acaso.

—Joder, mira que eres rara y desagradecida. ¿Es que nunca un tipo te ha invitado al cine?

Responderle significaba caer en su provocación, pues no se había conformado con llamarla rara, sino que daba por hecho que sus citas eran nulas.

Patrick, sin preocuparse por ella, agarró el mando, encendió la pantalla y empezó a seleccionar en el amplio menú de opciones, donde se detallaban las categorías de las películas.

Mientras, ella se paseaba por la sala, intentando no tocar nada. Observó la gran copa de vidrio repleta de condones de todos los colores, las fotografías de desnudos, de buen gusto, colgadas sobre el sofá y, por supuesto, la nutrida representación de productos disponibles sobre una mesita anexa, donde localizó una caja de pañuelos de papel y otra de toallitas húmedas. Eso sí, dentro de unos elegantes estuches decorados con motivos eróticos, para no desentonar, y, a un lado, una discreta papelera metálica con tapa.

—Esta ya la he visto... esta es un bodrio... esta no tiene mala pinta... —Patrick seguía a lo suyo.

Sin querer mirar la pantalla, por miedo a lo que él podía llegar a elegir, nada bueno, eso seguro, continuó su investigación de campo, temerosa de que en algún instante él canturreara algo así como: «¡La encontré!».

Se fijó en cualquier detalle, por tonto que pareciera, como por ejemplo que el color de la tapicería, la pared y las cortinas estaban perfectamente conjuntados. No

había mucho espacio para largos paseos; sin embargo, ella se mantuvo de pie hasta detenerse junto a la puerta y leer la nota allí expuesta.

Se indicaban las normas de obligado cumplimiento, cosa lógica por otro lado, como procurar dejar cualquier residuo en la papelera o indicar en la hoja de pedido cualquier aparato desprecintado, como si se tratara del minibar de un hotel cualquiera.

Cuando leyó la última parte, la referida a las tarifas, casi se desmaya.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó abriendo los ojos como platos.

—Pero ¡si todavía no te he tocado! —bromeó él distraído, leyendo la sinopsis de una película en la pantalla.

—Mira esto —le indicó señalándole la tabla de precios.

—¿Ya has visto algo que te interesa? —prosiguió él sin hacerle mucho caso, pues su atención en aquellos instantes estaba fijada en la pantalla.

—Cobran una fortuna por cada hora que se utilice la sala —dijo molesta por su actitud pasota.

—Lógico, esto no es una ONG —arguyó en el mismo tono pausado.

—Yo me voy —lo amenazó bajando la manilla y su frustración fue en aumento cuando, tras múltiples zarandeos de la puerta, esta se mantuvo cerrada.

—Tú misma —adujo indiferente recostándose en el sofá, como si estuviese en casa. Esperó a que ella se desesperase un poco más antes de añadir—: Yo que tú lo pensaría. Si sales sola, puede que alguien te confunda y acabe por hacerte proposiciones indecentes —el matiz de guasa saltaba a la vista— o, peor aún, termines por aceptarlas y después me quede aquí compuesto y sin asistente. —La miró divertido antes de rematar su alegato—. Anda, deja de desgastar el suelo y siéntate aquí conmigo, que estoy seguro de que te va a encantar mi elección. Escoge alguno de esos juguetes que has estado mirando con tanta atención y deja que te invite a una sesión de cine.

—No pienso tocar nada, gracias —repuso cual gruñona empedernida.

—Vaaaale, pero que conste que si quieres te compro un juguetito de esos. Que tu consolador está muy desgastado.

—Grrr.

—En fin, ¿qué prefieres? ¿Una peli clásica o una sesión en directo?

Helen se cruzó de brazos y refunfuñó, pero terminó por obedecer, eso sí, sentándose en el lado opuesto del sofá, sin tocar ninguno de los artefactos, pese a que la tentación de probarlos seguía ahí.

—¡Mierda, me he olvidado de las palomitas! —se rio él.

Patrick no esperó a que se decidiera: pulsó el botón correspondiente en el mando y estiró las piernas dispuesto a disfrutar de una sesión de cine.

«Desde luego, por los títulos de crédito, esto no parece una peli porno», pensó Helen mientras intentaba encontrar una postura medianamente cómoda y que no diera la impresión de que mil hormigas le recorrían el cuerpo.

La acción comenzaba en un impresionante palacio barroco, donde una joven, elegante, sofisticada y con cara de intelectual, observaba un no menos impresionante salón repleto de espejos, un decorado sin duda inspirado en Versalles.

Helen se preguntó cómo era posible que en una producción de ese tipo se gastara en escenarios, cuando lo más probable era que los protagonistas terminaran tumbados de cualquier manera en el suelo, sudando, jadeando... y ella fingiendo un orgasmo espectacular mientras él se corría sobre cualquier parte de su cuerpo donde fuera bien visible para el espectador.

Miró de reojo a su acompañante, que mostraba una expresión tranquila, casi hasta se podría decir que técnica, pues parecía estar más concentrado en los detalles que en la chica de la pantalla, quien en breve mostraría hasta el carnet de identidad.

—Acércate —murmuró él dando unos golpecitos en el sofá—, no voy a desnudarte, no al menos inmediatamente. Pese a que, tras el informe médico, me está costando cada vez más controlarme.

—Estoy muy bien aquí, gracias —le espetó mintiendo, pues se notaba a la lengua su tensión.

En la pantalla ahora se veía cómo un tipo, tan elegante o más que la protagonista femenina, se acercaba lentamente hasta ella y entablaba una de esas conversaciones a todas luces intrascendentes, pues en seguida se tenían que meter en faena.

—Qué raro... —farfulló Helen al ver que sus predicciones fallaban, pues él, en vez de atacar su ropa, se dedicaba a mostrarle unas pinturas, eso sí, de desnudos y evocadoras.

—¿Decías?

—Llevamos casi diez minutos de película y no ha pasado nada.

—Qué impaciente —se cachondeó él inclinándose hacia ella—. Si lo llego a saber, elijo *Follemon* y listo.

Helen se atragantó al oír el título, pero, claro, en esas producciones la originalidad no siempre era necesaria.

—Se supone que no tienen que hablar precisamente —farfulló; el título todavía seguía dando vueltas en su cabeza.

—Oye, si he escogido esta —señaló la pantalla donde el tipo abrazaba a la chica desde atrás mientras continuaba explicándole los detalles pictóricos— es porque se supone que a las mujeres os gusta ese rollete de la seducción, los abrazos, los besos largos y demás. Pero no te preocupes, follar, van a follar.

—Lo que no entiendo es por qué tienes que venir aquí y pagar una fortuna cuando estoy segura de que en tu casa tienes un excelente surtido de pelis guarras.

Él arqueó una ceja antes de responder.

—¿Es una indirecta para saber mis gustos cinematográficos o para que te meta en mi cama? —preguntó él moviendo las cejas sugestivamente, divirtiéndose mucho más con las reacciones de la Fea que con la acción de la pantalla.

Como era de esperar, obtener una contestación normal suponía una utopía, por lo

que prefirió cerrar el pico y dejar que pasaran los minutos.

La escena iba caldeándose, pues el hombre estaba acariciándola por debajo de la blusa, con delicadeza, nada de alardes de macho en celo dispuesto a romper botones o lo que fuera necesario para llegar al cuerpo de la mujer.

Ella parecía disfrutar de las caricias, bastante acertadas, y se recostaba sobre el tipo, para responderle con igual delicadeza, rozándolo por encima del pantalón.

Los planos, y era de agradecer, no siempre eran tan cerrados, sino que mostraban perspectivas generales y, al estar rodeados de espejos, se podían ver diferentes ángulos de la situación.

Helen quería controlarse, de verdad que sí, aunque no podía. Apretó disimuladamente los muslos, en un vano intento de serenarse, pues temía lo peor si Patrick se percataba de su apuro y no solo porque le pidiera soltar cualquier barbaridad del tipo «desnúdate aquí mismo», sino porque tenía todas las papeletas para que ella cediera, lo que serviría para darle más alas y que luego se pavoneara como el gallo del corral.

Con disimulo, lo observó o, más concretamente, observó su entrepierna, para comprobar los efectos de las imágenes sobre él, pero, bien debido a la postura, bien debido a su autocontrol, no mostraba síntomas claros de excitación.

Ello significaba que ella tenía serios problemas o que, sencillamente, se estaba volviendo una perversa.

—Yo no la hubiera desnudado tan pronto —comentó todo ufano—, siempre tiene un componente especialmente erótico tirarse a una tía a medio vestir.

Como ella no decía nada, hecho que le divertía, pues apostaría cualquier cosa a que hervía por dentro, se fue acercando, dispuesto a mortificarla, pero no de la forma que la secretaria esperaba.

—Siempre es mejor no enseñarlo todo en seguida —prosiguió ya pegado a ella—; vale, tiene un par de tetas impresionantes, mejorando lo presente, pero creo que ese tío no va a saber dejarla satisfecha. —Negó con la cabeza, disgustado—. Ha roto el misterio, ya no te preguntas si tendrá los pezones como galletas María o como galletas Oreo.

Ella giró la cabeza y parpadeó ante los comentarios, políticamente incorrectos pero sumamente graciosos. Como casi siempre, terminó por rendirse a él y empezó a disfrutar de la película, aunque no por su argumento ni mucho menos, sino por las risas y el buen ambiente creado por Patrick.

De una cosa sí se dio perfecta cuenta: puede que sus aportaciones pudieran parecer simples comentarios con el objeto de pasar un buen rato, pero poco a poco cayó en la cuenta de que entendía muy bien de qué hablaba.

Y así, a lo tonto, acabó por aceptar que Patrick no siempre era el tonto despreocupado que se empeñaba en fingir.

Sabía mucho más de lo que dejaba entrever.

Lo cierto era que la temperatura, no solo en la pantalla, iba en aumento. Puede

que la sala estuviera dotada de un excelente sistema de climatización, pero ella ni lo notaba. Quería desprenderse de la chaqueta y así al menos refrigerarse de algún modo, aunque el temor a que él malinterpretase su gesto hizo que bajo la ropa sudara sin necesidad.

Notó cómo él le pasaba el brazo por encima de los hombros, al más puro estilo primera cita quinceañera, y con los dedos empezaba a jugar con el lóbulo de la oreja, logrando que su ya de por sí elevada temperatura pasara a situación peligrosamente calurosa o, mejor dicho, a un paso de deshacerse.

Desde luego, ver cómo a la mujer de la película, abierta de piernas, tumbada en un sofá de lo más rococó, le lamían desde los pies hasta su sexo mientras un tercero observaba la escena desde la penumbra, sentado en otro sillón de diseño, fumando un cigarro, no ayudaba a enfriar su cuerpo.

Patrick, que ya se había fijado en los apuros de la secretaria, dejó que sufriera un poco más; quería saber hasta qué punto era capaz de soportar antes de rendirse a la evidencia.

Era para quitarse el sombrero: ella estaba allí, sentada, rígida, tensa como una cuerda, aguantando el bombardeo de estímulos, antes de saltar.

Se moría de ganas de entender de una vez el porqué de su actitud, por qué cojones se reprimía; quizá había tenido algún amante de esos imbéciles que se acojonaba cuando una mujer se mostraba tal cual, o, peor aún, de aquellos (alguno quedaba) a los que Patrick llamaba los *sesenta y ocho* porque jamás sabían complacer a una mujer.

Continuó sentado, pegado, junto a ella, acariciándola de forma distraída, oyéndola respirar, notando cómo disimulaba mordiéndose el labio inferior cada vez que la actriz gemía (fingía), como si fuera ella la protagonista.

—Si quieres, puedes separar las piernas y tocarte —susurró pegado a su oreja pronunciando cada palabra con una voz de lo más seductora para después sacar la lengua y recorrer la sensible piel de los alrededores.

Helen negó con la cabeza, lamentando no llevar uno de esos elegantes tacones que en otro tiempo utilizaba para clavárselo en el pie.

—¿Prefieres que lo haga yo?

Debería ser lista y tomar una determinación cuanto antes, ya que dejarlo en su mano suponía darle todo el poder de decisión y Patrick sabía muy bien cómo aprovecharlo, no desperdiciaría una oportunidad así.

Sin embargo, estaba demasiado absorta en todo lo que la rodeaba como para reaccionar con la rapidez precisa y, como era de esperar, hubo consecuencias inmediatas.

Por alguna extraña razón que solo un psicólogo de larga trayectoria podría dilucidar, cuando se trataba de recurrir a la fuerza de voluntad y decir que no a ese hombre, era incapaz, lo que desembocaba en actos del todo imprevistos.

Patrick no iba a perder el tiempo, así que la arrinconó contra el reposabrazos, puso una mano sobre su muslo y jugó al tanteo, es decir, a subir y bajar la falda, pero sin concretar. A demorar lo inevitable para ponerla a mil por hora, creando en su interior un debate interno sobre si lo que era capaz de hacerle resultaba malo o muy malo.

Desde luego el juego de la provocación se le daba estupendamente, pues a cada segundo las ganas de gritarle algo contundente iban en aumento; gritarle algo así como: «Déjate de bobadas y ve al meollo de la cuestión».

—Solo tienes que pedirlo —canturreó en su oído, lamiéndola de nuevo en la sensible piel de detrás de la oreja para que sus palabras fueran directamente a su libido, sabedor del dilema interno de ella, pues con solo observar su respiración podía sacar conclusiones bastante acertadas y, ¡qué coño!, tenía ganas de tirársela.

—Deja de jugar conmigo —farfulló inspirando en profundidad.

Presentía uno de sus estúpidos juegos destinados a irritarla y excitarla a partes iguales que la sacaba de sus casillas.

Notó la risa socarrona junto a su oído, lo cual la enervó aún más. Siempre esa maldita actitud de perdonavidas, como si estuviera de vuelta de todo... A veces, pese a ser uno de los pocos hombres que conseguían calentarla de esa manera, tenía ganas de pararle los pies, de decirle abiertamente que no soportaba sus tejemanejes sexuales. Y en ese instante sintió la necesidad de decírselo sin contemplaciones.

Se giró con la idea de plantarle cara, ya estaba bien de tanta estupidez.

No pudo decirle ni esta boca es mía; calculó mal su jugada, pues, nada más ponerse a su alcance, Patrick se abalanzó y avasalló su boca, robándole el aliento, entre otras cosas, y de paso aniquilando las ganas de aplastarle el pie por sus constantes bromas.

Saltaba a la vista que él nunca podría ser considerado, ni amable y mucho menos tierno, pues ya en el primer contacto se mostraba feroz, agresivo, dispuesto a todo.

«Quizá por eso me hace hervir la sangre y manda mi voluntad a paseo»,

reflexionó ella amoldándose a él.

No solo se lanzó a por sus labios; en el proceso fue colocándose con habilidad sobre ella, de tal modo que a Helen no le quedó más remedio que irse recostando sobre el sofá, deslizándose hacia abajo, hasta quedar completamente tumbada, con él encima dispuesto a pasar a mayores en el menor tiempo posible.

—Esto promete...

—Eso espero —convino ella culebreando hasta poder quedar a gusto, pues con él encima no resultaba fácil adoptar una postura elegante.

Sus manos recorrían, por encima de su ropa, cada curva al tiempo que, encajado entre sus piernas, presionaba sobre su sexo, dando fe de que no era un juego de niños.

Helen no se llevó ninguna sorpresa al notar que estaba empalmado, sino todo lo contrario, confirmó que las imágenes parecían haber surtido el mismo efecto que en ella.

—Te quiero desnuda en menos de un minuto —jadeó atacando su ropa, empezando por la chaqueta y la blusa hasta llegar a su práctico y sencillo sujetador blanco.

—Lo mismo digo.

—Porque con esta jodida ropa que te pones es imposible cometer actos impúdicos.

A Helen le hizo gracia la elección de palabras.

La blusa cedió con más o menos facilidad; sin embargo, ella se había puesto sostén, un capricho, pues encerrar ese par de tetas era, como poco, un crimen.

Patrick protestó por no tener el cierre en la parte frontal y se las apañó para meter la mano por detrás y desabrochárselo, liberando así esas dos preciosidades que se moría por mordisquear convenientemente.

De nuevo se movió bajo él y separó las piernas para que Patrick se acomodara mejor, cosa que hizo en el acto, expresando su satisfacción con un gruñido de lo más sexi.

Fue consciente de que así, medio desvestida, no podía lograr todo el contacto que necesitaba, por lo que se ocupó de deshacerse de su ropa, hasta quedarse sin nada de cintura para arriba. Notaba el calor por todo el cuerpo, la necesidad de que acariciara su piel desnuda, sin ningún tipo de barrera, y nada mejor para ello que ocuparse directamente del asunto.

—Ya que estás... —la provocó tirando de su falda, invitándola a que se deshiciera de ella.

Así mataba dos pájaros de un tiro: apartaba de su vista ese esperpento y de paso tenía completo acceso a sus piernas.

—¿Y tú? —preguntó.

Puede que al principio, si lo pensaba detenidamente, que él continuara vestido podía intimidarla, o pensar que estaba en inferioridad de condiciones; no obstante, al observarlo, al comprobar cómo la miraba, se dio cuenta de que tenía la sartén por el

mango.

—Espero instrucciones... —la retó echándose hacia atrás.

Helen aprovechó la oportunidad para maniobrar con la cremallera y bajársela de tal forma que en menos de medio minuto podría mostrarle lo que él consideraba unos muslos tentadores y plenos de los que pocas mujeres podían presumir.

A Patrick se le secó la boca... con unas bragas sencillas daba la perfecta imagen de chica inocente a punto de ser arrastrada al lado oscuro por primera vez y él iba a ser el encargado de abrírle la puerta y llevarla a la perdición.

—Sigues vestido —indicó cuando de repente lo notó reflexivo, algo muy inusual en él, tan aficionado al aquí te pillo, aquí te mato—. No me parece justo.

—Dame una orden, sé una chica valiente —continuó provocándola con esa voz de línea caliente—, puedes tocarme donde quieras... como quieras... solo pídelo. —Hizo una pausa con el claro objeto de crear expectación—. O mejor aún, cógelo tú misma.

No esperó a que se decidiera cruzado de brazos; mientras ella organizaba sus pensamientos, es decir, buscaba la forma de complacerlo, se inclinó sobre sus pechos, los agarró con las manos, elevándoselos antes de bajar la cabeza y atrapar el primero con los labios para tirar de él y conseguir uno de esos escandalosos gemidos que invitan a repetir.

Helen se relamió los labios reseco y le dejó hacer, allí, desnuda, abierta de piernas, en la sala de vídeo de un *sex shop*, bajo un tipo que no se había ni quitado los zapatos. Sentía el constante roce de la tela sobre su piel, la constante presión de su boca en el pezón, que a buen seguro acabaría dolorido...

Todo, absolutamente todo, estaba perfectamente sincronizado para disfrutar como una loca sin tener en cuenta nada más.

—Es que no me canso de tocarte... —gruñó amasando sus pechos sin compasión.

—Vas a dejarme marcas —gimió arqueándose bajo su toque.

Patrick levantó un instante la vista y parpadeó asombrado con la estampa que tenía ante él: la expresión de completa entrega de ella, sin rastro de artificios o poses calculadas que tanto le jodían.

Durante unos fugaces segundos se le pasó por la mente la absurda idea de que su asistente podía significar algo más que unos cuantos memorables revolcones. Negó con la cabeza, dispuesto a concentrarse en el plano físico; sin embargo, tuvo que esforzarse por desechar esa idea, atendiendo para ello lo más evidente: su polla.

—Un poco más fuerte —gimió arqueándose aún más para que él pudiera atender su ruego.

—Viciosilla... —bromeó antes de obedecer como un perro bien entrenado por su amo, porque, aunque no lo reconocería ni muerto porque de hacerlo sería como recibir una patada en los mismísimos, con una mujer como esa empezaba a mostrarse mucho más dócil y obediente, lo que no dejaba de ser preocupante en el caso de tener suficiente sangre en el cerebro como para pensar con nitidez.

A ella no le importó lo más mínimo que utilizara semejante adjetivo, siempre y cuando se aplicara con esa boca tan sumamente experta y continuara excitándola de aquella manera. Porque, aunque jorobase reconocerlo, sabía muy bien qué tratamiento dar a un pezón.

Puede que no tuviera la experiencia de otras mujeres, pero sí la suficiente como para aburrirse soberanamente cuando un tipo se limitaba a pasar la lengua, a babosear más bien la zona, esperando que con eso una se volviera loca; no obstante, lo que lograba era tan excitante como hacer mentalmente la lista de la compra.

Ponerse ahora a recordar viejos fracasos amorios solamente entorpecería la magnífica perspectiva que tenía a la vista, por lo que decidió actuar y dejarse de comparaciones.

«Tienes encima a un tipo dispuesto a regalarte un orgasmo de cine y tú pensando en bobadas», se dijo a sí misma.

Considerando la situación como injusta, pues él continuaba vestido, le pasó una mano por encima de la abultada bragueta, tentándolo, instándole a liberar aquello.

Estiró un brazo y se retorció hasta poder llevar la mano a la hebilla de su cinturón y quitar un estorbo del medio. Después, sin miramientos, se ocupó de la cremallera y él se bajó pantalones y bóxers hasta medio muslo para que ella cogiera lo que quisiera. Helen fue directa a su erección, que atrapó con una mano y apretó en su puño, con cierta brusquedad.

—Ya era hora... —gruñó encantado adelantando las caderas para que pudiera meneársela mejor—. Humedécete la palma de la mano —sugirió.

Helen obedeció y se lamió los dedos uno por uno, mirándolo fijamente antes de volver a agarrársela; aquel gesto tan erótico fue recompensado con una sonrisa de lo más ladina a la par que prometedora.

—¿Así? —inquirió tirando de su erección.

Patrick adelantó las caderas y dejó que ella lo masturbara, pero en todo aquello fallaba algo.

—Espera, esto tiene que ser muchísimo mejor en pelotas.

Se puso en pie de un salto y le ofreció una actuación privada, eso sí, el destape fue atropellado y salpicado de impropiedades, lo cual provocó que Helen sonriera.

Una vez desnudo, se colocó de rodillas frente a ella y le puso una mano en el muslo derecho, separándole las piernas lo máximo posible antes de bajar la cabeza y besarla, comenzando por la rodilla.

Helen no necesitaba más estímulos, ni más preliminares, aquellos lametones la estaban sacando de quicio pero su sufrimiento no duró tanto como esperaba, pues esa lengua juguetona llegó por fin a donde más lo necesitaba.

—Tan mojada... tan caliente...

No hacía falta mencionar lo obvio; sin embargo, a ella le gustaron esas palabras tan vulgares como ciertas. Conseguían que se excitara mucho más al oírlas en voz alta, en ese tono tan sumamente sugerente.

—Y todo para mí —concluyó y pasó la lengua por cada uno de sus pliegues, recorriendo cada milímetro hasta llegar a su clítoris.

Lo presionó con la punta de la lengua, en una sucesión de rápidos movimientos, que directamente resultaron decisivos.

Helen notó los primeros síntomas, estaba a un paso del orgasmo, lo sentía, su cuerpo se preparaba, no iba a aguantar ni un segundo más.

—Córrete, vamos, hazlo en mi boca —ordenó sin dejar de presionar sobre su clítoris al tiempo que con los dedos jugaba en el interior de su sexo, proporcionándole una doble estimulación muy difícil de soportar para una mujer excitada al extremo.

No hacía falta que se lo ordenase. Tensó las piernas, cerró los ojos y se dejó llevar por completo.

Patrick lo saboreó por entero e incluso prolongó aún más aquel momento, dando suaves pasadas con la lengua hasta notar cómo se relajaba del todo, hasta que ella dejó de temblar.

Por extraño que pareciera, y ya iban unos cuantos pensamientos por ese camino, en aquel instante no tuvo la necesidad perentoria de hacer uno de sus comentarios guasones destinados a no solo hacerse el gracioso, sino a dar salida a su vena sádica.

Se mantuvo quieto, apoyado en sus piernas a la espera de que ella hiciera el primer movimiento.

De fondo continuaban las imágenes y los sonidos de la película, pero ya no le interesaba lo más mínimo.

¿Quién iba a excitarse con imágenes teniendo delante un estupendo cuerpo para disfrutar?

Su asistente pareció volver a la vida. Apoyándose en los codos, se sentó en el sofá, privándole de su comfortable almohada, aunque podía apostar cualquier cosa a que él estaba dispuesto a renunciar a su comodidad a cambio de lo que tenía en mente.

—¿Necesitas más tiempo para recuperarte?

—A las mujeres... maduras... —se mordió el labio— nos gusta hacer las cosas sin prisas.

Patrick, que no era ningún veinteañero acelerado, compartía esa afirmación, aunque frunció el ceño, lo había dicho como si fuera muy mayor. Así que, para salir de dudas, nada mejor que preguntar.

—¿Cuántos años tienes?

Helen no quería responder a esa pregunta con la verdad, así que optó por adornarla un poco.

—Dentro de poco cumpliré cuarenta.

Él se extrañó.

Y ella, decidida a que abandonara esa peliaguda línea de pensamiento, decidió darle otro tema del que ocuparse.

Se movió en el sofá, enderezándose levemente y adoptando una expresión

peligrosa.

—Esa mirada... no promete nada bueno.

—Puedes estar seguro.

Él sonrió de medio lado; su voz ronca y su respiración agitada prometían mucho más que un mal comportamiento.

—Me encanta ver a la chica mala... —la animó.

—Ponte de pie.

Helen, sentada frente a él, le agarró del culo, atrayéndolo hacia su boca, una vez que cumplió su orden. Lo miró solo un instante, se lamió los labios y después cerró los ojos.

—Hasta el fondo... —gruñó adelantando las caderas para ver cómo su polla iba adentrándose en su boca, entre aquellos labios suaves y sin colorantes artificiales.

La oyó inspirar por la nariz y relajar su garganta para albergarlo por completo. El instinto le pedía a gritos embestir como un loco, sin tener nada en cuenta; no obstante, apretó los dientes y se conformó con agarrarla del pelo y darle pequeños tirones.

Tirones calculados para proporcionarle leves punzadas de dolor. Agresividad moderada con tal de provocarla. Un gesto tremendamente arisco pero efectivo, pues notó cómo sus labios succionaban con más fuerza.

—Te gusta, ¿eh? —preguntó entre jadeo y jadeo, manteniendo sus impulsos a raya. Cualquiera cosa con tal de que ella llegara hasta el final—. Joder, la chupas de vicio.

Helen sentía la suavidad del tapizado del sofá bajo su trasero desnudo mientras continuaba mamándosela, disfrutando cada segundo. No solo utilizaba su boca: con las manos recorría su estómago, dejando que sus uñas dejaran un rastro acorde con las punzadas de dolor que sentía en el cuero cabelludo.

Continuó atrapándolo entre sus labios al tiempo que con la lengua recorría cada recoveco, presionando y sin dejar de acariciarlo con las manos.

Se sentía cada vez más atrevida, más osada, dispuesta a casi todo con tal de sorprenderlo y, aunque se podía enfadar, decidió que entonces o nunca.

Metió una mano entre sus piernas y, sin darle tiempo a negarse, buscó con su dedo índice hasta encontrar su ano y lo presionó.

—¡Joder! —exclamó empujando hacia delante a consecuencia de esa invasión inesperada.

Hubo un momento en su vida en el cual hizo de todo, sin preocuparse, sin pensar y sin disfrutarlo, pues iba tan colocado que en muchos casos, a la mañana siguiente, no sabía ni cómo se llamaba.

Ahora, con los cinco sentidos en alerta, podía apreciar cada matiz y, a pesar de que en principio no se lo hubiera permitido, ahora su cuerpo reaccionaba de una forma natural, notando cómo subía cada escalón.

—Córrete —murmuró ella imitando la orden de hacía unos minutos. Y para

rematar la jugada, ahora que estaba completamente desatada, empujó el dedo en su interior y añadió—: En mi boca.

Patrick fue un tipo obediente.

—Esto se me está yendo de las manos... —masculló mientras caminaba a paso acelerado por los pasillos de la productora, saludando de refilón a quienes se cruzaban en su camino, ya que llegaba considerablemente tarde a su trabajo.

Vaya nohecita...

Tras llegar a casa e intentar no pensar en lo que había acontecido en aquella sala y darse cuenta de que jamás lo conseguiría, se sumergió en un baño, ignorando a Ryan, quien insistió varias veces en compartir la cena. No estaba de humor y, además, su sonrojo iría en aumento nada más cruzar la mirada con él.

Y conociéndolo, este no dejaría pasar la oportunidad de mortificarla de todas las formas posibles.

Estaba comportándose como una estúpida, pues a buen seguro que, para Ryan, esos episodios de mezcolanza sexual estaban a la orden del día; sin embargo, el mostrarse desnuda, gemir y dejarse follar delante de un amigo no era lo mismo ni de lejos que hacerlo delante de desconocidos.

No tenía que saludarlos al día siguiente ni aguantar sus incómodas indirectas.

El, en principio relajante baño, no surtió efecto y terminó acostada en su cama, con Willy en la mano, recordando las mejores jugadas, como en un partido de fútbol, mirando el fiel vibrador, al que últimamente no prestaba la misma atención.

Definitivamente aquella situación se había descontrolado por completo, ya que, a pesar de sus intentos por decir que no, él siempre se las arreglaba para convencerla.

Resultaba penoso echar la culpa a la otra parte en vez de aceptar, de una vez por todas, una preocupante debilidad de carácter, ya que de esa forma suavizaba su defecto.

Y por si no existían suficientes motivos para preocuparse, a la lista debía añadir uno de lo más inquietante: el señorito caprichoso pertenecía a una de esas familias de renombre, de larga tradición y con una notable influencia, por no mencionar su envidiable posición económica.

Vamos, que ni escribiendo ella misma la sucesión de acontecimientos hubiera organizado un tinglado de semejantes características, a cuál más peligrosa, pues podía echar balones fuera; sin embargo, y muy a su pesar, cada vez que estaba junto a él no solo era deseo, sexo o necesidad de sofocar el calentón que surgía no únicamente entre sus piernas.

Aquel viejo sueño hacía estragos y ahora, cuando se suponía que ya era una mujer adulta, volvía a emocionarse y a imaginar lo que jamás podría ser y a lo que de momento prefería no poner nombre.

Y ahora, con las ojeras puestas, cansada por no haber pegado ojo, intentaba llegar lo antes posible a su puesto para cumplir con su agenda; por ningún motivo del

mundo deseaba desatender sus obligaciones.

Pasar una mala noche no era excusa, aunque, de seguir así las cosas, iba a pasar unas cuantas noches en vela. Debería plantearse la opción de pedir la baja, marcharse y abandonar aquella locura; no obstante, ese maldito sentido de responsabilidad hacia John conseguía frenar esa idea.

Tan acelerada iba que tropezó de frente con una de las puertas acristaladas, dándose un fuerte golpe y cayendo de culo.

Gimió e hizo una mueca, no se podía ser más torpe.

Como pasa siempre en estos casos, es más duro soportar la vergüenza de las risas que el dolor físico, así que prefirió no mirar a su alrededor y ponerse en pie.

—Deja que te ayude.

Helen levantó la vista y se encontró con la cara siempre amable de Ewan, agachado junto a ella y dispuesto a tenderle una mano.

—Gracias —murmuró cohibida. Estaba segura de que él estaba al tanto de su aventura con Patrick y, a pesar de que mantenía la compostura, a saber qué pensaba de ella.

Él no se reía, pero estaba claro que, si había contemplado toda la escena, tendría un buen motivo para descojonarse a su costa en otro momento o, peor aún, le comentaría el incidente a Patrick y este terminaría por aburrirla con sus bromas, de mal gusto, por supuesto.

Ewan recogió sus gafas y con disimulo miró a través del cristal antes de devolvérselas, poniendo especial cuidado en que ella no se percatara de su maniobra. Se fijó atentamente en la chica; desde luego, era una caja de sorpresas.

—¿Te apetece tomar un café? —preguntó él preocupado por si se había lastimado; no mostraba signos de ello, pero nunca se sabía.

—No, lo siento, llego tarde. Tengo que pasar por vestuario y recoger unas cuantas prendas. Si me disculpas... —dijo atropelladamente, con la intención de escapar lo antes posible y evitar seguir hablando con él y buscar excusas, a cuál más tonta.

Ewan la dejó marchar, consciente de que Helen lo evitaba y se mostraba reacia a entablar una conversación con él. Se encaminó hacia el camerino de su representado con el maletín lleno de documentos que a buen seguro este apreciaría.

Llamó a la puerta por educación más que nada y entró.

—Llegas tarde... —gruñó Patrick al ver que se abría la puerta. Tenía ganas de ver a la Fea, así que, cuando reconoció al visitante, cambió el tono—. Ah, joder, pensaba que eras mi asistente, hace diez minutos que debería ocuparse de mí y mira cómo me tiene, ¡abandonado a mi suerte! —Y puesto que podía lamentarse aún más, lo hizo—. Así no voy a poder trabajar hoy.

Ewan puso los ojos en blanco ante el descaro y la exageración de su amigo, que rayaba la tragicomedia, pues con un rápido barrido visual se dio cuenta de algo innegable: aquello estaba como los chorros del oro, algo impensable en otros tiempos, cuando la guerra entre las chicas de la limpieza y Patrick se encontraba en

su punto álgido.

—Buenos días —saludó de buen humor acercándose hasta el sofá donde Patrick permanecía tumbado, cuan largo era, con un *dossier* abierto por la mitad delante de él.

—Llevas desaparecido varios días. ¿No te das cuenta de que, si me llega a pasar algo, tú eres el único que tiene llaves de mi casa y sabe la combinación de la caja fuerte? —preguntó al más puro estilo niño mimado, a lo cual Ewan ni se molestó en rebatir, lo conocía de sobra—. Espero que la periquita con la que te has encerrado en una habitación merezca la pena. —Y por si acaso añadió—: Espero los detalles, amigo, hace tiempo que nos conocemos.

El representante se limitó a abrir su maletín, extraer una carpeta y entregársela, callándose, por supuesto, que la periquita a la que hacía referencia Patrick era una antigua compañera de universidad de Helen; además, no le apetecía compartir los decepcionantes detalles de su encierro, al que tuvo que someterse por un simple intercambio de información.

—Oye, hazme un favor, resume más o menos de qué se trata, lo que voy a ganar o si merece la pena, hoy no tengo cabeza para los negocios. —Y no mentía, no había pegado ojo en toda la noche pensando en las implicaciones que tenía eso de follarse a una de sus subordinadas, lo que en principio carecía de contraindicaciones, pero en su caso empezaba a preocuparse por albergar ciertos sentimientos poco o nada recomendables para un vividor despreocupado como él.

Un día de esos tendría que hablar con Owen; por mucho que su gemelo lo negara, seguro que se tiraba a alguna de sus secretarias o colaboradoras, porque siempre andaba tan ocupado que lo más lógico, para satisfacer las necesidades de todo hombre sano, era darse un revolcón con lo que tienes a mano antes que ir por ahí a buscarte la vida, y teniendo en cuenta que Owen odiaba los actos sociales y a las cazafortunas...

—No se trata de un asunto laboral —le contradijo asiendo la carpeta y sacando una fotografía para mostrársela—. ¿La conoces?

Patrick miró de reojo, poco o nada interesado.

—¿Es la periquita que te has tirado? —le preguntó sin importarle demasiado, por simple curiosidad; él se lo montaba con una fea, así que Ewan tenía derecho a liarse con una «rarita».

—No.

—Menos mal, de haberme dicho que sí te hubiera pedido cita con mi psicólogo. Esa tía da miedo —arguyó simulando un escalofrío.

—Hace años que no vas al psicólogo —le espetó negando con la cabeza; con un poco de suerte algún día maduraría—. Fíjate bien.

Agarró la instantánea y la miró desde todos los ángulos posibles y, como seguía sin establecer la conexión, se la devolvió a su amigo.

—Mmmm... ¿La novia de Eduardo Manostijeras? —preguntó burlón al

contemplar a una mujer con la cara empolvada de blanco como María Antonieta que, además, para resaltarlos, se había recreado con el negro en la zona de los ojos, una de esas que se hacían llamar góticas.

—Presta atención... —le indicó manteniendo la foto en alto.

Por insistencia de su amigo, que no por interés, hizo lo que le pedía.

—Me suena... pero no sé... ¿La conozco? O mejor dicho, ¿la conocí en una de esas noches que no recuerdo y ahora viene diciendo que la dejé embarazada? Pues ya se puede ir olvidando, tú ya sabes que eso es imposible.

—Mira que eres tonto, a esta la has conocido, eso espero, sereno —dijo a modo de pista para ver si reconocía a la mujer en vez de ir soltando estupideces.

Patrick se fijó con más detalle, pero, debido a tanto maquillaje siniestro, el collar de perro, el pelo cardado, las cejas casi inexistentes y la expresión de «te voy a rayar el coche como sigas mirándome así», no terminaba de centrarse.

Quizá tantos años de desfase le habían dejado las neuronas bajo mínimos y ahora le iba a ser imposible reconocer a la chica aficionada al maquillaje extremo.

Conocía a Ewan y su afición a crear expectación o a presumir de sus conocimientos y, como no estaba por la labor, decidió coger un atajo:

—Te mueres por decírmelo. Suéltalo ya —le pidió poniendo los ojos en blanco y haciendo un esfuerzo por recordar si en alguna parte de su camerino había escondido algo de licor.

Ewan sonrió; estaba tentado de sujetarle la mano, por si le daba algo por la impresión, pero con seguridad Patrick rechazaría la ayuda.

No se arriesgó a que le sobreviniera un ataque de ansiedad de tanto pensar sin llegar a una conclusión y optó por darle la pista definitiva.

Siempre resultaría más divertido ver su cara cuando lo descubriese por sí mismo.

—Ponle unas gafas de pasta, un vestido a cuadros, córtale el pelo y...

Patrick achicó los ojos y, utilizando el Photoshop mental... —¿A quién conocía con un deplorable gusto en el vestir, gafas de empollona y el cabello hecho un desastre?—, terminó por descubrir el misterio.

—¡Joder! —exclamó atónito.

Agarró la foto y la acercó y alejó intentando asimilar la noticia.

—Lo mismo dije yo —dijo satisfecho por haber realizado bien su trabajo—. Por lo visto se apuntó a la moda neo punk en su primer año de universidad. Tenías razón, no es lo que aparenta.

—No sé si me he quedado más asombrado por la frase «tenías razón» o por ver esa fotografía. No sé si voy a poder volver a conciliar el sueño...

—No exageres. Mira esta otra imagen.

Ewan le mostró una instantánea en la que aparecía una joven de aspecto modesto, morena, que sonreía discretamente. Patrick no se lo podía creer, parecía otra con ese aire sencillo y pulcro. El pelo liso hasta los hombros, maquillaje suave y sin esas horrendas gafas.

—Es de su último año de instituto. Según he averiguado, conoció a un tipo que la convirtió en la gótica que ves ahí. Estuvieron juntos alrededor de tres años, hasta que a él lo pillaron pasando todo tipo de sustancias y lo encarcelaron; ella se libró de milagro, aunque las malas lenguas aseguran que también se ponía hasta las cejas.

Patrick ya no podía llevarse más sorpresas.

—Ingresó en un programa de rehabilitación —prosiguió Ewan ante el silencio de un amigo que de repente no se mostraba tan locuaz como de costumbre— y acabó sus estudios. —De nuevo extrajo una foto, en la que Helen aparecía con un aspecto radicalmente opuesto.

Vestida con un elegantísimo y entallado traje sastre negro, su melena morena recogida en un moño y maquillada con gusto, era la viva imagen de una mujer profesional, de negocios. Nada que ver con el adefesio que le ordenaba a diario el camerino, le escondía la bebida y lo volvía loco en cuanto se desnudaba, bueno, y sin desnudarse también.

—Esta es del año pasado, de una fiesta de empresa. Trabajaba en un reputado bufete de abogados como secretaria, hasta que la despidieron. Los motivos no están muy claros, pues por lo que he sabido sus anteriores jefes jamás tuvieron un problema con ella. Pero eso tengo que confirmarlo, he conseguido una cita con la exsocio del despacho, la conozco de los juzgados y creo que tú también.

—¿Me he liado con ella? —preguntó distraído sin poder dejar de mirar las tres fotografías. Su capacidad de raciocinio se encontraba bajo mínimos, suficiente hacía con responder a Ewan.

—Lo dudo. Se llama Nicole Sanders y no creo que a su famoso novio le importase partirte la cara si te oyese decir algo así. Está comprometida con Max Scavolini.

—Ah, sí, lo conozco, creo haber coincidido en alguna fiesta con él —murmuró aún absorto con las fotos de la Fea.

—¿Qué tienen en común las tres fotos? —inquirió el representante dispuesto a compartir toda la información obtenida hasta el momento—. Aparte de que son de la misma persona, obviamente.

—No estoy para putos acertijos, Ewan. Di lo que sepas —le espetó rumiando una venganza o, al menos, un severo correctivo.

¿Con qué clase de pirada se estaba acostando?

Una que, por lo visto, cambiaba de estilo de forma tan radical que daba miedo.

Tras contemplar esas fotos en las que, aparte de la siniestra, se veía a una mujer atractiva, ¿qué le habría hecho querer parecer un adefesio?

Sinceramente, por sí mismo era incapaz de establecer una teoría coherente, pues, aparte de que pudiera haberse dado un golpe en la cabeza, no se le ocurría nada más.

Claro que, si se ponía a analizar su propio comportamiento, tendría argumento para una trilogía como poco.

—Las gafas.

—¿Cómo dices? —inquirió Patrick desde su acomodada posición en la inopia.

—Nunca ha llevado gafas —indicó Ewan satisfecho con sus dotes de observación.

—¿Y? —masculló sin comprender, sin querer comprender.

—No las necesita.

—¿Eh? —farfulló Patrick asimilando toda la información y viendo la forma de administrarla.

A su conveniencia, por supuesto.

—Lo he comprobado. En cuanto puedas, cógelas y mira a través del cristal, verás que son sin graduar.

Patrick ya no sabía si emborracharse, salir en su búsqueda y darle cuatro voces o sencillamente no hacer nada, pues a cada descubrimiento le surgían mil interrogantes.

—Ahora resulta que las mujeres atractivas se convierten en patitos feos...

—Tengo su expediente académico. Si bien su aventura universitaria empezó mal, acabó sacando la carrera con excelentes notas. —Le pasó el informe académico para que lo comprobara.

Patrick comenzó a leerlo de manera distraída hasta que llegó a otro dato revelador.

—¡Joder, me ha mentido! —exclamó.

—Creo que a esa conclusión ya habíamos llegado —arguyó con sorna Ewan.

—Me refiero a su edad, según esto —señaló con el dedo un párrafo— tiene treinta y dos años. ¡No cuarenta! La muy zorra...

—¿Eso te dijo? —preguntó Ewan—. Normalmente es al revés, las mujeres se quitan años.

—Pues esta no. Y estoy dispuesto a saber por qué cojones finge, se viste como una abuela y me miente.

—Parece que de verdad te importa... —apuntó con la idea de saber hasta qué punto su amigo estaba afectado.

—Tú sigue investigando, que de lo demás me encargo yo —ordenó rascándose la barbilla sin poder dejar de rumiar toda esa información y cabreado por no hallar ni una gota de alcohol en todo su camerino.

—Tenemos que hablar.

Helen hizo una mueca cuando oyó a sus espaldas la voz de Ryan justo en el momento en el que entraba en su apartamento, con las bolsas de la compra y dispuesta a esquivarlo un día más; pero él, listo como pocos, la esperaba tan pancho, apoyado en la barra de la cocina, con ese aspecto de vecino comprensivo, de los que no rompen un plato, con una elegante copa de vino en las manos.

Vamos, la perfecta imagen de un tipo despreocupado.

—¡Eh, me has robado la frase!

Cerró los ojos. Estaba sumida en una auténtica pesadilla.

—El que faltaba —masculló Helen al reconocer a otro hombre al que pretendía ignorar fuera de su horario laboral.

Se giró y lo vio acceder, con las llaves en la mano, todo ufano, sonriente y también con cara de inocente, como si lo hubieran invitado a cenar y, por supuesto, para no perder la costumbre, con su actitud de perdonavidas.

—No te la robaré mucho tiempo —indicó Ryan acercándose a ella, quien parecía haberse quedado atornillada al suelo, y teniendo el detalle de cogerle la compra y llevarla hasta la encimera de la cocina—. ¿Una cervecita? —preguntó sonriente ejerciendo de anfitrión sin que nadie se lo hubiera pedido.

Sin esperar respuesta, sacó de la nevera las bebidas y le ofreció una a Patrick, que aceptó su botellín sin criticar la marca.

Helen aguantó las ganas de chillar, de romper algo o de liarse a mamporros con esos dos metomentodo.

¿Es que una mujer no tiene derecho a pasar la noche sola?

Como no deseaba montar un escándalo, pues eran dos contra una y ya sabemos lo tercos que son los hombres cuando tienen a otro representante de su género delante para hacerse el gallito, optó por la diplomacia.

—No estoy de humor. Me voy a mi cuarto; cuando salga no quiero ver a nadie en mi casa —les dijo enfadada aunque controlando su tono para que no se pusieran inmediatamente en plan plasta decididos a preguntar una y otra vez «¿qué te pasa?» y ella a responderles «nada», lo cual derivaría en la no menos insoportable conversación de besugos: «Cuando una mujer dice “nada”, algo le pasa».

Ese día no estaba precisamente para tonterías y menos para las de dos tipos dispuestos, cada uno con su estilo particular, a tomarle el pelo. Quería tumbarse en el sofá, cenar algo precocinado y ver en la tele algún programa aburrido para coger el sueño y descansar.

Las noches en vela pasaban factura, especialmente a su carácter, y no quería terminar siendo muy desagradable. Unas horas de sueño le darían las fuerzas

necesarias para salir adelante y poder realizar su trabajo.

Se encerró en su dormitorio, con la precaución de no hacerlo con un portazo y no levantar sospechas, buscó ropa cómoda y se sentó en la cama esperando oír la puerta de la calle; en ese momento saldría y podría relajarse en su espacio sin inoportunos visitantes.

—¡He pedido *pizza*! —vociferó Ryan.

—Joder, qué poco original eres —se quejó Patrick observando las paredes; después de todo no era tan mal pintor y, sí, la verdad que ahora que el blanco había desaparecido del apartamento, ya no daba la sensación de estar en una cámara frigorífica.

—No puede ser... no puede ser... —se lamentó Helen sentada, escuchándolos.

No se le ocurría nada, ni una sola excusa coherente, para mandarlos a freír espárragos.

Iba a tener que soportar a esos dos idiotas quisiera o no, así que terminó por rendirse (de nuevo un serio problema de falta de voluntad), confiando que en poco más de una hora pudiera echarlos.

«Al menos se ocupan de la cena», pensó con ironía.

Para su sorpresa, se los encontró a los dos, cual colegas de toda la vida, compartiendo cervezas, como si se conocieran desde la guardería. De entrada hubiera puesto la mano en el fuego a que los pillaría discutiendo sobre cualquier tontería.

«No sé de qué me extraño —pensó—, los hombres son así, les das una cerveza y se hacen amigos instantáneamente».

—Sin palabras —se guaseó Ryan arqueando una ceja al contemplar su indescriptible camiseta naranja tres tallas más grande y el pantalón de deporte verde vómito. Solo ella era capaz de mostrarse con tales prendas y no temer las represalias —. Siempre me dejas sin palabras —repitió alzando su botellín en un brindis silencioso.

—A mí me pasa igual —apostillo Patrick, dando luego un buen sorbo a su cerveza y preguntándose en silencio si debajo de esa camiseta llevaba sujetador, pues se le marcaban los pezones. Tal vez la combinación cromática hiciera daño a la vista, y, para evitarlo, nada mejor que fijarse en lo realmente importante.

Helen prefirió no responder a ese par de gansos con palabras contundentes, más que nada porque tenían razón, ellos dos ahí, a cuál más atractivo, y ella resaltando como una loca sin criterio estético; como aún no había llegado el repartidor de *pizzas*, se escondió, ahora en el aseo, dispuesta a perder el tiempo en uno de esos largos baños y así evitar oír más comentarios tontos.

Por no mencionar que verlos ahí, a los dos juntos, que no revueltos, le producía cierta inquietud, pues eran de las pocas personas que la habían visto completamente desatada y eso, una vez pasada la euforia, siempre la avergonzaba.

Temía más que nada la idea de que la cuestionaran o que la considerasen algo así como una viciosa o algo peor, pues de todos es sabido que existe el doble rasero.

Preparó la bañera y esperó a que esta se llenara hasta la mitad antes de elegir un gel para darse ese baño.

Puede que vistiendo hubiera hecho un pacto con su peor enemigo, pero en lo que a jabones se refería seguía utilizando los de siempre, así que se zambulló en la bañera y en su agua perfumada con gel de rosas, dispuesta a perder el tiempo.

Lo que no puede hacerse es darse un baño con una sobredosis de testosterona al otro lado de la puerta, pues a los diez minutos interrumpieron su tranquilidad.

—Joder, ¿por qué no has avisado? —preguntó Patrick mirándola, o escaneándola, dentro del agua con evidentes ganas de unirse a ella.

«Mierda, se me olvidó echar el pestillo», pensó.

Era la consecuencia de vivir sola: nunca te preocupas de cerrar las puertas y mucho menos de atrancarlas por dentro, no esperas a que nadie te interrumpa; craso error.

A partir de entonces iba a reconsiderar tal costumbre, en especial cuando últimamente su casa parecía el punto final de una romería.

—¿Qué vas a hacer? —graznó al verlo acercarse al retrete y bajarse la cremallera de los pantalones, ajeno completamente a que ella lo viera.

—Cambiar el agua al canario, que te has encerrado aquí y como esta mierda de apartamento no tiene más que un aseo...

Helen cerró los ojos y esperó a que el señorito con problemas de incontinencia acabara, mortificada por tener que observar semejante escena.

Ello debería ser algo intrascendente, ya que después de lo que habían hecho en común no tendría por qué sentirse incómoda; aun así, no podía evitarlo.

—La próxima vez dame una pista de lo que haces aquí encerrada —protestó acercándose peligrosamente hasta la bañera; se apoyó en el borde y se inclinó hacia ella.

Instintivamente Helen se echó hacia atrás, desconfiando de sus intenciones.

—Quiero estar sola —farfulló intuyendo que al decirlo había cometido un error táctico, pues automáticamente él buscaría la forma de contradecirla.

—Y yo, meterte mano... —Arqueó una ceja divertido.

Por si acaso, ella cerró las piernas y esperó que por una vez en la vida tuviera la decencia de dejarla en paz cuando se lo pedía, aunque... ¿de verdad quería que lo hiciera?

Mejor no responder a esa cuestión.

Por supuesto, él se percató de su maniobra, lo que supuso agitar un trapo rojo delante de un toro bravo, pues, sin preocuparse de acabar mojando la camisa, metió la mano dentro del agua y le pellizcó un pezón, acertando a la primera a pesar de la espuma que lo cubría.

—Esto es un desafío en toda regla —advirtió sonriendo de medio lado.

—No he hecho nada —se defendió achicando los ojos—. Así que haz el favor de salir y...

No pudo continuar: de nuevo atrapó su pezón y lo mantuvo preso unos segundos, consiguiendo que ella jadeara al sentir esa dolorosa presión antes de soltarlo.

Ella giró la cabeza y tragó saliva, sintiendo ese hormigueo, esa inquietud... La puerta del baño entornada podía ofrecer una buena panorámica de lo que allí sucedía y no deseaba que Ryan, que presumía de una imaginación desbordante, por lo que darle ideas solo contribuía a espolearlo innecesariamente, se acercara a echar un vistazo, pese a que en más de una ocasión hubiera fantaseado con hacerlo delante de una tercera persona, hecho que en realidad había sucedido hacía poco.

—No me toques —le espetó sin mucha convicción, la verdad, pues podía haberlo empujado o apartado; sin embargo, se quedó quieta, de nuevo a la espera, de nuevo negando la evidencia.

Alguien podía verlos, en este caso un amigo que no se sorprendería, pero en aquella fantasía siempre, el tercer hombre resultaba ser un extraño, una especie de director de orquesta que daba las pautas que seguir, pero sin intervenir directamente.

—No sé qué estás pensando, pero me gusta... —murmuró Patrick divertido.

Deslizó la mano hacia abajo, empapándose la manga de la camisa, para llegar a su sexo y poder jugar un poco entre sus piernas.

—No.

—¿No? —se burló dejando que su índice fuera separando poco a poco sus labios vaginales hasta encontrar su clítoris y presionar—. Me parece que va a ser que sí.

Apretó de nuevo y se mostró encantado con la reacción de ella, pues su instinto afortunadamente tomó el control, separando los muslos y facilitándole el acceso.

Helen de nuevo miró preocupada en dirección a la puerta y él se dio cuenta, lo que fue un enorme error de cálculo, ya que a esas alturas debería saber que Patrick, con tal de divertirse y de paso atormentarla, aprovechaba cualquier circunstancia.

—¿Lo llamo para que te frote la espalda? —preguntó levantando la voz al tiempo que sus dedos la penetraban—. ¿O solo para que observe cómo te corres aquí en la bañera con mis dedos bien metidos en tu húmedo y caliente coño?

Ella controló sus jadeos, aguantándose las ganas de gritar y de darle su merecido, pero sabía muy bien que se encontraba en inferioridad de condiciones, así que optó por unirse al enemigo y dejar que sucediera, al fin y al cabo enfadarte cuando están a punto de ofrecerte un orgasmo carece de sentido.

—Bésame —le susurró.

Él, encantado con la idea, se aproximó como pudo, debido a lo complicado de la posición, hasta poder acercarse a sus labios y cumplir su orden. Nada más satisfactorio para él que hacerlo, eso sí, sin dejar de jugar en su coño y de esa forma lograr que se corriera en la bañera, ya que a juzgar por su entrega y por cómo se retorció estaba muy cerca.

Profundizó el beso, saboreándola, divertido por cómo ella le pasaba la mano por los hombros, mojándole la camisa. De seguir así iba a tener que desnudarse por completo y darse un remojón.

No era su idea original, pero nunca puede decirse que no a un buen polvo acuático.

—Como sigas así voy a tener que tomar medidas contundentes y meterme contigo ahí dentro.

Helen gimió en su boca sin querer separarse de él, definitivamente estaba a punto y no iba a soltarlo.

—Oye, si vais a follar hacedlo rápido, acaba de llegar la cena y nada sabe más asqueroso que la *pizza* fría —los interrumpió Ryan en tono ocurrente, apoyado en el marco de la puerta, sin perderse detalle y en apariencia tranquilo, como si encontrarse escenas así fuera de lo más común.

Helen no sabía dónde meterse; su respiración agitada no solo respondía a su excitación, sino también a su apuro por haber sido pillados. Quiso apartarse rápidamente, pero a su amante le parecía de lo más habitual tener público.

—Pues echa una mano —sugirió Patrick riéndose ante la cara, todo un poema, que puso ella tras oír sus palabras.

Ryan se rio antes de dar la puntilla.

—Después, ahora me apetece cenar —alegó dejándolos a solas.

Lo apartó de un manotazo, prefería mil veces quedarse insatisfecha que darle el gusto de reírse de ella de esa manera.

Lo empujó y, calculando los riesgos de quedarse desnuda delante de él, se puso en pie y salió como pudo de la bañera, colocándose el albornoz en un tiempo récord.

Antes de salir, él la sujetó por la muñeca, mirándola con esa cara de seductor nato, lo cual lograba que se pusiera de rodillas y mandara a paseo sus principios.

—Niegas la evidencia —la acusó dejando a un lado su actitud distendida; estaba hasta los cojones de que ella fingiera una y otra vez.

Tras mirarla de una forma extraña, la liberó de malos modos y la dejó en el cuarto de baño, mascullando algún que otro creativo juramento no solo por la presión de su bragueta, sino por la actitud incomprensible de su asistente.

Ahora que conocía ciertos aspectos de su pasado, los cuales no pensaba revelar hasta que no le quedara más remedio, estaba mucho más decidido que nunca a averiguar los motivos exactos por los que se comportaba de aquel modo tan ilógico, y para ello nada mejor que estar el máximo tiempo posible pegado a ella. Eso, además, incluía beneficios añadidos, como poder darle una alegría al cuerpo, porque sin duda follar con ella resultaba alucinante.

Dejó que escapara, con lo que se sintió un poco manipulador; eso de manejar información confidencial para después utilizarla a su conveniencia era el gen familiar que él siempre trataba de ocultar.

Debería contárselo a su gemelo, sin duda este se mostraría orgulloso.

Mientras Ryan se ocupaba de recoger los restos de la cena, llevando los platos a la fregadera para que Helen los enjuagara, Patrick, apoltronado en el sofá, pasaba los canales de la televisión ajeno por completo a las labores domésticas, en la cuales no iba a participar bajo ningún concepto.

Ryan comprobó que el actor se encontraba lo bastante entretenido para lanzar su ataque verbal, ya que estaba más que mosqueado con la actitud manifiestamente esquiva de su amiga, y no hacía falta ser un lumbreras para saber el motivo.

Por si fuera poco, acababa de presenciar una estimulante escena en el cuarto de baño que dejaba claro que esos dos estaban manteniendo una interesante relación, a falta de un calificativo mejor, y, ya que se moría de envidia, solo pensaba conformarse si obtenía los detalles más succulentos.

Se acercó hasta ella y se inclinó para poder hablarle al oído y evitar que al invitado le llegara la onda y acabara por interrumpir.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Ryan en voz baja aprovechando que estaban los dos tras la barra de la cocina.

Helen lo fulminó con la mirada.

—Déjame en paz, ¿de acuerdo? —farfulló cabreada por cómo se estaban desarrollando los acontecimientos esa noche.

Tras soportar a los dos payasos durante la cena con sus comentarios, ¡si hasta hablaron de fútbol!, ahora habían acordado disfrutar de una velada delante del televisor como viejos colegas, incluyéndola a ella, que no estaba por la labor.

—Pues, mira por dónde, no te voy a dejar en paz. Joder, Helen, que pareces una niña, tienes que asumir lo que pasa y, por supuesto, admitir que lo que ocurrió te gustó. No sé por qué le das tantas vueltas.

Ella puso mala cara, no hacía falta que le recordaran sus preocupaciones.

—Perdona, pero yo no acostumbro a montármelo en grupo —le espetó sintiéndose un poco ruin por la crítica que iba implícita.

A Ryan eso le encantó y encontró la respuesta idónea.

—No lo parece, la verdad; por lo que pude observar, y eso que estaba a lo mío, te defendiste bastante bien —respondió devolviéndole la pelota.

Pero al parecer su conversación no estaba siendo tan privada como pensaban...

—¿Qué andáis cuchicheando ahí detrás como viejas? —preguntó Patrick para nada interesado en los murmullos que le llegaban, sino más bien en tocar un poco la moral. Aunque intuía por dónde iban los tiros.

Saltaba a la vista que la secretaria aún se sentía incómoda en presencia de Ryan, lo que no cuadraba, pues hasta hacía bien poco creía que esos dos habían compartido mucho más que cenas; también pensó que a lo mejor quería deshacerse de su amigo y

así poder rematar lo que iniciaron en la bañera.

Y, faltaría más, su mente perversa estableció una tercera hipótesis, sin lugar a dudas la más interesante: que ella estaba convenciendo al vecino para que se uniera a ellos. De todos es sabido que las mujeres, de vez en cuando, tienen fantasías de lo más fáciles de complacer. Y quien mejor que un tipo de confianza para satisfacerla...

Frunció el ceño; él, a esas alturas, no iba a sentirse intimidado por la presencia de otro hombre en el dormitorio, pero, y era un gran pero, no tenía muy claro si el tipo que había cenado con ellos podría ser adecuado.

Seguir por esos derroteros lo ponía cachondo y de mala leche a la vez; lo de cachondo saltaba a la vista y no era nada de qué preocuparse, pero lo de mala leche era otro asunto, iba a tener que meditarlo.

¿A él qué más le daba si su asistente quería montarse un trío?

¿Desde cuándo le preocupaba compartir?

Mejor dicho, ¿por qué la idea de compartirla lo preocupaba y lo excitaba sobremanera al mismo tiempo?

De acuerdo, en los últimos tiempos podría decirse que su actitud resultaba hasta de persona decente, pero debía considerarlo como la excepción que confirmaba la regla.

A poca distancia, apenas cuatro metros, la tensión iba en aumento.

—Vas a tener que admitir de una puta vez que por una de esas ironías del destino te has follado a un tipo que seguramente está de vuelta de todo —prosiguió Ryan en voz baja—. Para él, esa clase de encuentros no suponen ninguna novedad, así que aprovecha.

—Y, según tu teoría, debo aceptar someterme a todo lo que me proponga —rezongó fulminándolo con la mirada.

Ryan siseó y sonrió al escuchar el verbo «someter».

—Hasta donde yo sé, querida, nada te ha resultado desagradable —añadió en tono pícaro—. Así que acepta de una vez que, si de verdad no quisieras hacerlo, ya hubieras tomado medidas; sin embargo, me da a mí que el problema eres tú y tus oxidados prejuicios. Si hicieras más caso a tu cuerpo y mandarás a paseo tus reparos, disfrutarías aún mucho más.

—La gente normal...

—¡A la mierda con la gente normal! —la interrumpió antes de tragarse un discursito políticamente de lo más correcto y todavía más aburrido—. Aquí lo que importa eres tú, lo que sientes, lo que te pide el cuerpo, lo que ese tipo está dispuesto a hacerte en cuanto te ponga la mano encima... —A medida que enumeraba sus argumentos su tono de voz iba adquiriendo un matiz sugerente, provocativo... evocador...

—No me apetece seguir escuchándote. Me voy a la cama.

—¿Estás loca? —preguntó deteniéndola—. Ahora mismo vas a llevar ese bonito trasero hasta el sofá, te vas a acurrucar con ese tipo y no vas a abrir la boca, a no ser

que sea para decir «más», «oh, sí» y «dame más».

—Ni hablar.

—¿Apostamos?

—¿Y a ti qué más te da, si puede saberse? —preguntó de malos modos controlándose para no gritar y evitar que cierto actor se uniera a esa más que incómoda conversación.

—Es sencillo, Helen. Necesitas esto, salir, distraerte, tener un motivo para pasarlo bien, quitarte de encima la mala leche, volver a ser tú misma y por lo visto ese... —señaló a Patrick, aparentemente ajeno— quiere dártelo. ¿Qué tiene de malo?

—Solo está conmigo por capricho —alegó menospreciándose a sí misma y dando por hecho que él le daría la patada en cualquier momento, riéndose de ella y sin tener en cuenta para nada sus sentimientos.

—¿Y? Joder, precisamente por eso debes tenerlo claro. ¿Él quiere pasar un buen rato? Pues tú lo mismo. ¿Él se encapricha de otra? Que te quiten lo *bailao*.

Ella no quería darle más vueltas al asunto, porque acabaría enfadada, más incluso, así que de nuevo intentó escabullirse.

Para evitar persecuciones, que la conocía, tiró de ella hasta sentarla en el medio del sofá y, por si acaso, Ryan se acomodó a su lado; ella quedó así encajada entre los dos.

Helen no se lo podía creer: sus planes de soledad y autocompasión se iban al carajo. Se encontraba «prisionera» entre dos tipos con alardes de tocapelotas, dispuestos a amargarla en la medida de lo posible.

La mejor opción era cerrar el pico, porque cualquier palabra sería utilizada en su contra.

Ver para creer, dos pedazos de hombres flanqueándola y ella cabreada; desde luego otras se mostrarían exultantes e incapaces de permanecer quietas en su asiento.

Miró de reojo a Patrick, aparentemente indiferente a su presencia, lo que indicaba a todas luces peligro. Hizo lo mismo a su derecha: Ryan se estiraba cuan largo era dispuesto a acompañarla «en el sentimiento».

—Vaya mierda... ¿cómo es posible que no tengas televisión a la carta? —protestó el señorito poniendo mala cara con el mando en la mano tras apretar todos los botones y no hallar nada acorde con su exquisito paladar.

—Pues no te recomiendo que te acerques a la estantería de devezés, tiene un gusto muy cuestionable —apostilló Ryan sonriente, echándose hacia delante para, obviando completamente a la anfitriona, dirigirse a Patrick.

—Pues ya me dirás qué hacemos para pasar el rato hasta la hora de dormir... —lo dejó caer dando por hecho que, si alguien sugería jugar al parchís, acabaría con el tablero por sombrero.

Aquel comentario alarmó a Helen, quien abandonó su posición semirrelajada para girarse hacia su izquierda y mirarlo como si hubiera cometido un pecado atroz.

—¿Vas a dormir aquí? —graznó evidenciando su inquietud.

Hecho que, por supuesto, a él le encantó.

—Depende... —murmuró cual seductor experimentado arqueando y todo una ceja, sabedor de que ese gesto podía enfadarla y, con un poco de suerte, excitarla al mismo tiempo.

—De si vas a desnudarte con la luz encendida o apagada, tonta —dijo Ryan con sorna sin mirarla, manteniendo una de esas odiosas conversaciones entre seres superiores que excluyen a una simple mujer.

—O de si va a ser capaz de controlarse y no ponerme las manos encima —añadió el otro ganso en el mismo tono.

—Yo no... —farfulló ella.

—Cariño, que a mí no me importa ser tu oscuro objeto del deseo —soltó Patrick sugerente.

—Y a mí no me importa mirar —añadió Ryan en el mismo tono.

Helen aguantó el chaparrón de los dos cómicos invasores mirando fijamente la pantalla como si los anuncios fueran lo más emocionante del mundo.

Desde luego lo primero que iba a hacer al día siguiente era llamar a un cerrajero y cambiar la cerradura de su casa para que Patrick no pudiera entrar sin ser invitado y después bloquear la puerta de la terraza y así dejar a Ryan fuera, que últimamente estaba muy pesado con ese rollo de ser una misma.

Eso de dejarse llevar, disfrutar sin cortapisas... menuda estupidez. Nadie mejor que una misma para saber que ese comportamiento, según Ryan tan simple, no servía para todo el mundo y menos para ella.

Llevaba mucho tiempo comportándose de forma correcta, manteniendo una imagen y procurando que su pasado quedara olvidado para siempre. Aquellos días de descontrol estaban muy lejos y ahora era otra persona muy diferente, nunca más iba a dejarse arrastrar por la influencia, mala influencia, de un hombre.

Porque, sin lugar a dudas, Patrick no era buena influencia para ella; por desgracia su fuerza de voluntad caía en picado cada vez que la provocaba o se acercaba a ella y ahora, teniéndolo tan cerca, debía esforzarse para no abalanzarse sobre él.

Aún estaba excitada tras el episodio interrumpido del baño y, además, ¿por qué negarlo?, con solo mirarlo sus hormonas bailaban una rumba y pedían a gritos un poco de acción.

—Esta parece decente —murmuró Patrick señalando la pantalla con el mando.

—Démosle una oportunidad —añadió Ryan.

Ninguno de los dos le preguntó qué opinaba, pues, como fieles representantes del género masculino, con el mando a distancia en la mano eran incapaces de dialogar.

A Helen ya le traía sin cuidado qué elegían para ver en la televisión y, como siempre, dio la callada por respuesta.

Al parecer le dieron una tregua mientras comenzaba una de esas pelis de machotes, tipos que por colarte en la cola del supermercado te rompen un brazo, que ponen explosivos en tu casa y que, encima, se creen merecedores de una medalla.

Aburrida a no poder más, bostezó, exagerando, para poder escaquearse, pero el siempre oportuno Ryan, que no prestaba atención a la trama de la película, empezó a darle pequeños empujoncitos con el brazo, al tiempo que la iba arrinconando de tal forma que cada vez estaba más pegada a Patrick, quien parecía no fijarse, pese a que ya había pasado el brazo por encima del respaldo; se comportaba como la araña que espera a que su presa caiga en la tela, para después enredarla y devorarla viva.

Helen miró al instigador intentando detenerlo, no le hacía falta su «ayuda». Quiso devolverle el golpe y le movió la rodilla con la intención de atizarlo, pero Ryan fue hábil y la esquivó.

—Vaya mierda de película —murmuró Patrick interrumpiendo la pelea de críos que se desarrollaba a su lado.

No era tan tonto como para no saber que esos dos se traían algo entre manos o, mejor dicho, para no percatarse de que el guionista, por alguna extraña razón, la empujaba a su lado y, como no tenía nada mejor que hacer, decidió provocarla un poco.

Se inclinó hacia ella y, sin importarle tener compañía, comenzó a besarla en el cuello, tras la oreja, inmovilizándola con la mano que tenía sobre sus hombros.

Helen procuró separarse, apartarse, y giró la cabeza hacia la derecha intentando que Ryan dijera algo, pero cuando cruzó la mirada con su amigo se dio cuenta, con temor, de que este, lejos de sentirse incómodo, sonreía, no de modo amigable, sino de forma peligrosa.

No pudo evitar gemir cuando Patrick deslizó la lengua por toda su oreja al tiempo que colocaba una mano sobre su muslo y empezaba a subirla deliberadamente despacio hasta la parte superior y así acabar metiéndola entre sus piernas.

—Mmmm —ronroneó Patrick exagerando antes de apartar la camiseta y darle un mordisco cual vampiro, que a buen seguro dejaría marca, justo en la base del cuello, pasando luego de modo juguetón la lengua antes de retomar el asalto a su oreja.

Por las prisas o por el motivo que fuera, se había olvidado la ropa interior, así que, cuando esa mano se posó sobre su sexo, solo existía una fina barrera de tela y él sonrió contra su piel, sin dejar de lamerla, y presionó sin pudor antes de colarse bajo el elástico de aquellos cuestionables pantalones de deporte, que, a pesar de su estridente y dañino color, no suponían ningún obstáculo.

Patrick hizo que se girase para acceder mejor y quedó frente a su amigo, el cual no sonreía: simple y llanamente la miraba con ¿deseo?

Horrorizada, excitada e inmovilizada, observó cómo Ryan se inclinaba hacia ella y sin el menor reparo reclamaba sus labios.

No llegó a tocárselos...

—Pruébala —ordenó Patrick ofreciéndole sus propios dedos impregnados de los fluidos femeninos. Y Ryan, obediente como pocos, lamió los dedos del actor con sumo cuidado, emitiendo gestos de aprobación.

Patrick volvió a colocar su mano sobre el sexo femenino y Ryan se acercó hasta poder besarla.

Helen se quedó sin aliento, literalmente, al sentir cómo su hasta ahora mejor amigo devoraba su boca, no de una forma avasalladora, sino persuasiva, lenta, como si le estuviera pidiendo permiso para continuar aunque realmente no le diera margen para la negativa.

Una curiosa manera de tomar el control.

Si ella se sentía descolocada, sin capacidad de reacción, Patrick se encontraba en un estado parecido, aunque reaccionó de modo diferente. En vez de rechazar a un integrante imprevisto, se animó aún más, como si en esos momentos tuviera que esforzarse todavía más en complacerla, pues, si se despistaba, la competencia le ganaría terreno.

—No podemos... —balbuceó antes de que su amigo, el traidor, tras saborearla a conciencia, le girase la cabeza para que Patrick inmediatamente respondiera a su endeble objeción atrapando sus labios.

Helen no salía de su asombro, pues ser besada de dos maneras tan diferentes en un espacio de tiempo tan corto hizo que se replanteara muchas cosas, como por ejemplo la inmediata reacción de su cuerpo que, lejos de sentirse mal, solo podía pensar en el siguiente paso.

El contraste entre ambas formas de besar incrementaba su excitación, obligándola a responder a cada una de ellas lo mejor que sabía, lo cual suponía un intenso reto, aunque muy muy reconfortante.

Patrick, sin dejar de recorrer su boca, continuó buscando entre sus piernas y gruñó satisfecho cuando acarició sus pliegues húmedos, aunque lo que realmente le dejó sin palabras fue tropezar con la mano del otro hombre.

—Tan mojada...

—Y suave...

Ryan, consciente de que se estaba arriesgando pues no las tenía todas consigo y lo más probable era que lo mandaran a paseo, decidió ver hasta dónde le permitían participar, pues no eran muchos los que aceptaban a otro hombre en una relación sin haberlo pactado previamente. Además, la curiosidad le podía, ya que, tras el encuentro fortuito cuando esos dos irrumpieron en su dormitorio, quería unirse a ellos. Puede que su relación con Helen fuera todo lo platónica que aparentaba ser; sin

embargo, desde el instante en que la vio entregada y disfrutando, le picó aún más la curiosidad por la sexualidad de su amiga, no desde el punto de vista teórico como hasta ahora, sino a un nivel práctico.

La mano de Ryan recorrió el muslo femenino sin titubear y cuando llegó a la cintura se mostró decidido, pues empezó a bajarle los pantalones para tener mucho mejor acceso.

Patrick se percató de la maniobra y la atrajo hacia sí, reclinándola sobre su cuerpo de tal modo que sus extremidades inferiores quedasen completamente a merced de Ryan y sus descaradas intenciones.

Una vez que la tuvieron desnuda de cintura para abajo no había duda sobre cuál era el siguiente paso y de ello se encargó el actor, levantándole los brazos para quitarle la camiseta.

Helen tembló, no de frío, no de miedo. Tembló debido a lo que todo aquello suponía: debería gritar alto y claro «¡basta ya!» y salir corriendo; sin embargo, basto con cruzar la mirada, primero con Patrick y después con Ryan, para darse cuenta de que iba a suceder y, lo más importante, quería que sucediera.

Con la cabeza en el regazo de Patrick sintió cómo su amigo acariciaba el interior de sus piernas, evitando deliberadamente llegar a su sexo, sensibilizando cada terminación nerviosa, creando la expectación precisa para que, cuando llegara el momento, estuviera tan tan necesitada, tan tan excitada, que aceptara lo que ellos quisieran darle.

Ryan dejó a un lado sus manos, sustituyéndolas por sus labios. Besos suaves, en la rodilla, en sentido ascendente, mientras que Patrick, sin dejar de observar la escena, martirizaba, casi distraídamente, sus pezones, pese a que se moría de ganas de quitarse los pantalones.

Ella debió de leerle el pensamiento, pues se volvió parcialmente de tal forma que pudo ocuparse de la cremallera de sus vaqueros.

—Dale lo que quiere —indicó Ryan mirándolos de reojo mientras su boca se acercaba peligrosamente a su coño.

Patrick maniobró para liberar su erección e inmediatamente sintió unos suaves, pero ávidos, labios sobre su polla.

—Joder... —masculló echando la cabeza hacia atrás, síntoma inequívoco de estar muy cerca del paraíso.

Se mostraba agresiva, devorándolo vivo, mientras Ryan, entre sus piernas, hacía lo propio con ella, lamiéndola y logrando que gimiera, cada vez más desinhibida, siendo él quien disfrutaba cada uno de esos murmullos de placer sobre su polla.

—Eso es, querida, chúpasela... hazle saber cuánto lo deseas... —la animó Ryan antes de volver a retomar sus atenciones.

Helen no podía absorber todas las sensaciones que se agolpaban en su cuerpo, en esos instantes no sabía exactamente cómo iba a ser capaz de superar semejante atrevimiento, pese a que, metida de lleno entre esos dos hombres, solo quería dar el

siguiente paso.

Estaba a punto; Ryan resultaba letal con su lengua, sabía perfectamente qué puntos presionar, cómo tocar su clítoris para que ella se revolucionara, pero también sabía frenarla, de tal modo que, cuando creía que su orgasmo era inminente, él la devolvía a la realidad, enfriándola y, para su desesperación, volviendo a empezar.

Patrick, sin hacer absolutamente nada, se encontraba en la gloria; resultaba tanto o más placentero la simple contemplación de ella, entre ambos, retorciéndose, gimiendo, lamiéndolo con una maestría increíble. No le importaba lo más mínimo adoptar un papel de lo más pasivo, pues le daba la oportunidad de ver ciertos detalles sobre las reacciones femeninas.

Ella se aplicaba en su labor y eso, si él no ponía remedio, terminaría por conducirlo a un orgasmo de esos que hacen época, aunque era consciente de que tal circunstancia jodería el conjunto. Por una vez no quería ser egoísta, deseaba que sus compañeros de aventura sexual, mejor dicho, ella, se corriera entre ambos, que fuera la protagonista y, para ello, aquel sofá resultaba de lo más inconveniente.

Protestó cuando Patrick se apartó. Lo miró sin comprender el motivo por el cual no deseaba que continuara, y parpadeó incrédula al ver el gesto cercano y de cariño que le dedicó: se inclinó y la besó de una forma muy diferente a lo que venía siendo la tónica habitual.

—Será mejor que cambiemos de escenario.

—Estoy completamente de acuerdo —convino Ryan.

Encantado con la sugerencia, ayudó a Helen a levantarse, teniendo la precaución de rodearla con los brazos para que no despertase de esa especie de ensoñación sexual en la que se encontraba, ya que, conociéndola, ella podía reaccionar de manera imprevisible, jorobando todo aquello que de casualidad habían creado entre los tres. Pero por lo visto no era el único que se lo temía, pues vio cómo Patrick la aprisionaba y besaba mientras la arrastraba hacia el dormitorio.

Podía pensarse que lo iban a dejar al margen; sin embargo, no fue así, ya que ni cerraron la puerta ni lo mandaron al carajo.

—Desnúdate —musitó ella colocándose de rodillas en la cama y tirando del cinturón de sus pantalones mientras Patrick, por alguna extraña razón, permanecía inmóvil sin poder quitarle el ojo de encima.

A Ryan no tuvo que pedírselo, pues a los dos minutos se unía a ella, situándose a su espalda para posar los labios sobre su cuello a la espera de que por fin Patrick acatará la orden, pues había percibido el matiz levemente autoritario de Helen, lo que, sin duda, dotaba a todo aquel asunto de un ingrediente idóneo.

—¿A qué esperas? —inquirió Ryan tras ella mirándola sonriente, dejando claro que aquello iba a ir a más, con o sin él.

Helen se acercó al que de repente parecía tímido y se encargó de desabotonar la camisa mientras por detrás sentía unas manos que recorrían su espalda hasta su culo y unos labios que buscaban puntos sensibles en sus hombros y cuello.

Echó la camisa hacia atrás y levantó las manos para posar ambas sobre su pecho, arañándolo, provocándolo, lo cual pareció despertarlo de su letargo.

Patrick reaccionó ante tanto estímulo sensorial y se quitó de malas maneras la camisa para, acto seguido, deshacerse del resto de su ropa. Una vez desnudo, se agarró la polla y empezó a masturbarse frente a ella, esperando que su boca tomara el relevo.

—Déjame a mí —pidió Ryan.

Sin tiempo para decir que no o apartarse, sintió cómo la boca del otro hombre envolvía su erección, quedándose completamente desconcertado ante la extraña situación.

Puede que no fuera la primera vez que lo consentía, pero en aquellas borrosas ocasiones se encontraba puesto hasta las cejas, incapaz de reaccionar o de negarse.

Ahora, plenamente consciente de sus actos, tampoco era capaz de darle un empujón a ese tipo por su atrevimiento; quizá lo que lo convenció para permitirle continuar no fue solo la jodida pericia que demostraba, sino la expresión, absolutamente asombrada, pero intensa al mismo tiempo, de ella.

Helen parpadeó, incrédula, absorta, entusiasmada y, sobre todo, excitada al contemplar la imagen de ellos dos. Nunca antes pensó que ver lo que ahora tenía delante pudiera revolucionarla de semejante forma, ya que hasta la fecha no se había interesado por ese tipo de prácticas. Ver a dos hombres, uno en concreto practicando una felación a otro, hizo que, de repente, una nueva fantasía sexual irrumpiera en su imaginario.

Se acercó a Patrick, dispuesta a mucho más que mirarlo, y este, con los ojos entrecerrados, sin duda a causa del placer, se adelantó, colocándose de rodillas en la cama para que ella pudiera colocarse a su lado.

Sin perder un segundo, ella se situó a un costado, para no molestar a Ryan, que tras modificar su posición, continuaba lamiéndolo, y buscó su boca, devorándosela, absorbiendo cada gemido de él.

—Oh, joder... —gruñó Patrick moviendo sus caderas al ritmo que marcaba la boca del otro hombre.

Se suponía que ella iba a ser el centro de atención, la protagonista absoluta; sin embargo, a su asistente no parecía molestarle para nada ese segundo plano: se aferraba a su cuello, recorría sus labios con la lengua y le acariciaba el pecho y la espalda, mientras su amigo, de rodillas frente a ambos, se ocupaba de su polla.

Iba a durar menos que el agua en un cesto, pues ya venía bastante caliente tras el adelanto recibido en el sofá, así que, a pesar de que le encantaría correrse en su boca, se apartó, eso sí, sin mostrarse arrepentido.

—Creo que ella necesita atención —murmuró besándola con avidez, mientras la ayudaba a tumbarse en el centro de la cama y así poder ser atendida por los dos.

—¿Puedo morder? —preguntó Ryan con picardía, no con la intención de pedir permiso, sino más bien de quitarle solemnidad a aquello, pues nada mejor que unos

cuantos comentarios distendidos para que todos se relajasen.

Como casi todo en esta vida, el humor ayuda y en el sexo no iba a ser una excepción.

Tras su pregunta, se recostó junto a ella y comenzó a poner en práctica sus palabras, mordisqueándole un pezón; notó cómo ella arqueaba la espalda buscando el máximo contacto. Pero Ryan no iba a limitarse a eso: se apoderó de su muslo izquierdo con la mano y luego la metió en la cara interior con clara idea de separar sus piernas.

—Tócala —ordenó Patrick de forma absurda, pues el otro hombre no necesitaba su permiso.

Helen gimió, gimió completamente entregada cuando sintió otra boca en su hasta entonces pezón libre. Aquello resultaba increíble, nunca imaginó que eso pudiera ser realmente posible y ahora, siendo el centro de atención y recibiendo esa doble estimulación, solo podía gemir y jadear, pues, a pesar de tener ambos pezones atendidos al mismo tiempo, el contraste entre cada una de las formas de hacerlo iba a volverla loca.

No podía permanecer impasible ante aquello y movió su mano hasta poder atrapar en ella la erección de Patrick, que, tumbado a su derecha, parecía encantado con la idea de compartirla, pues aún no se había quejado, más bien todo lo contrario.

—Tranquila —murmuró el actor.

—Creo que deberías situarte entre sus piernas —indicó el otro completamente imbuido en su misión de devorar sus pechos.

No tuvo que repetirlo; Helen observó a Patrick deslizarse rápidamente hacia abajo, repasando con su lengua cada centímetro de piel que encontraba en su camino hasta detenerse sobre su sexo.

Antes de entrar en materia, levantó la mirada y la cruzó con la del otro hombre, que, junto a ella, no dejaba de tocarla y excitarla.

—Separa las piernas, cariño, tu amante desea lamer tu bonito coño.

Helen, cerrando los ojos ante esas palabras, tan vulgares como excitantes, obedeció inmediatamente apoyando los talones en el colchón y exponiendo su sexo.

El primer contacto logró no solo que sus jadeos aumentaran de intensidad, sino también que se volviera en busca de algún tipo de contacto, y ahí estaba Ryan para ofrecérselo. Su amigo se colocó de rodillas, junto a sus hombros, invitándola a que le rodeara su erección con la boca.

—Hasta el fondo, cariño —pidió Ryan sujetándose la base del pene para que ella, debido a su posición, no se atragantara.

De nuevo al límite, de nuevo al borde, así es como se sentía Helen entre ambos; su cuerpo, sudado, tenso, se arqueaba ya sin control. Su orgasmo, tan cerca pero tan lejos al mismo tiempo, era la única salida en aquel momento, pues ya no podía más.

—Por favor... —suplicó desarmada por completo siendo mínimamente consciente de que, si se lo proponían, podían mantenerla en ese estado demasiado

tiempo.

—Creo que está pidiendo que te la folles —dijo Ryan con su tono guasón, aunque viendo el estado de ella no iba muy desencaminado.

Patrick levantó la cabeza y se relamió delante de ella, sonriente, demorando más lo inevitable, pero encantado con la idea de llevarla hasta el extremo.

—Creo que aún no está lista —adujo mintiendo descaradamente, pues ahora, mientras la penetraba con dos dedos, comprobaba hasta qué punto se encontraba húmeda, caliente y dispuesta—. Aún tiene que aparecer la fiera... —gruñó sin tener muy claro si esa faceta de ella debía o no compartirla.

Helen, ante ese diálogo, hubiera gritado, de no haber tenido la garganta seca. Respiró profundamente y de nuevo atrapó entre los labios la polla de Ryan.

—Toma. —Este le pasó un preservativo.

Patrick lo aceptó, a pesar de no ser necesario, dado que en esos instantes no le costaba nada usarlo. Ya tendría ocasiones más adelante de montar a pelo.

Tras enfundarse con una rapidez asombrosa, se situó entre sus piernas y la penetró. Ya no era preciso dilatarlo más, ella lo pedía a gritos y él se moría por correrse, que su resistencia iba a empezar a ser legendaria.

—Por fin..., —suspiró encantada.

Con cada embestida, con cada perverso movimiento de Patrick entre sus muslos, ya no podía dar marcha atrás; por si aquello no era suficiente, Ryan se inclinó para, con una mano, llegar hasta su clítoris y friccionarlo.

No dejó de retorcerse, pues entre ambos debió de surgir un mudo entendimiento, por el cual, cuanto mejor se la chupaba a Ryan, más fuerte la penetraba Patrick, y de ese modo no le quedaba más remedio que esforzarse y aplicarse.

Nunca antes imaginó poder satisfacer a dos hombres al mismo tiempo. Dos hombres como aquellos, con una larga experiencia y difíciles de contentar con cualquier cosa. Y por lo visto ella lo estaba logrando, pues los gruñidos, gemidos y demás sonidos propios del sexo sudoroso se oían perfectamente en el dormitorio, mezclándose con los de ella.

Aquello resultó definitivo y su cuerpo, al fin, liberó toda la tensión acumulada; permitió, encantada, que ellos hicieran con su cuerpo lo que considerasen oportuno.

No tuvo reparos en dejar que Ryan se corriera en su boca mientras que Patrick, embistiéndola como un poseso, lo hacía en su interior.

—Esto solo ha sido un aperitivo —bromeó Ryan tumbándose a su izquierda.

—Aún queda lo mejor —convino Patrick haciendo lo propio al otro lado mientras se deshacía del condón.

Ella gimió y cerró los ojos; se encontraba exhausta y ¿todavía querían más?

—No contéis conmigo —apostilló—. Podéis jugar un rato solos.

Nada más decirlo, se dio cuenta de la osadía, aunque, la verdad, haría un esfuerzo por mantener los ojos abiertos.

A Ryan esa propuesta le encantó, pero comprendió que no iba a ser posible.

Helen se percató de que a Patrick no le atraía nada de nada la idea, pese a haberle permitido chupársela. Resultaba complicado salir airosa de esa situación, pues ninguno de los dos estaba por la labor de dejarla escapar.

—Dejémosla dormir un rato —apuntó Ryan con indolencia estirándose en la cama, dando por hecho que él se apuntaba también. Tiró de las sábanas y se acomodó tan pancho.

Patrick arqueó una ceja pero, al ver la cara de sorpresa de ella, sonrió e imitó al otro tipo.

—Vamos a dormir muy apretados —insinuó a ver si con un poco de suerte pillaban la indirecta y la dejaban sola. Porque en una cosa sí tenían razón: la habían dejado para el arrastre.

—Mejor —Patrick le rodeó la cintura con un brazo, atrayéndola hacia sí—, así, apretados... cuerpo a cuerpo... no podrás escapar por si...

—Por si a mitad de la noche nos apetece retomar nuestras actividades —añadió Ryan todo ufano—. Los condones los tengo a mano, así que... —Se encogió de hombros.

—Nada puede fallar —apostilló el actor, sonriente, antes de apagar la luz.

Despertarse cuando aún no ha amanecido del todo y darse cuenta de que lo sucedido la velada anterior no es producto de tu imaginación, sino más bien de tu inconsciencia, debería bastar para decidir poner pies en polvorosa, previo cambio de identidad, y no regresar jamás.

Claro que, si abres un ojo, temerosa de lo que puedas ver, y te encuentras una cabellera rubia despeinada en tu almohada, caes en la cuenta de que la huida por ese flanco no es posible.

Por tanto, giras la cabeza para comprobar tu retaguardia y compruebas, horrorizada, que tampoco existe escapatoria, pues un tipo moreno, durmiendo a pierna suelta, te tiene sujeta por la cintura, está pegado a tu espalda y lo más probable es que, si haces el mínimo movimiento, se despierte.

Suspiró resignada a que amaneciera del todo, ya sin posibilidad de reconciliar el sueño.

Vaya nohecita, ¿quién se lo iba a decir?

Hubo unos años en los que hizo lo que nunca debió hacer, arrastrada por un tipo y tras consumir lo que no debía. Juró no volver a cometer locuras semejantes, aunque la verdad era que nunca había llegado a tanto y ahora ahí estaba...

Seguramente muchas mujeres se pondrían verdes y les saldrían verrugas en la cara de la envidia por ser tan afortunada; sin embargo, continuaba mortificándose.

Sintió cómo a su espalda Patrick se arrimaba aún más y no solamente eso, sino que además se estaba empalmando. Miró por encima de su hombro y comprobó que continuaba dormido.

Intentó separarse un poco y topó con otro cuerpo, con tal mala suerte que Ryan sí abrió el ojo; Helen intentó apartar la mirada, pero él se lo impidió sujetándola de la barbilla.

—Mírame —ordenó Ryan somnoliento pero con su expresión de pillo, para no variar.

A ella no le quedó más remedio que obedecer, agradeciendo en silencio que el dormitorio aún no estuviera completamente iluminado. En la penumbra podía conservar un mínimo de intimidad.

Él se dio perfecta cuenta de su incomodidad y suspiró, ¡joder, qué terca era!

De nuevo esos inútiles prejuicios en acción; a ese paso iba a tener que escribirle un manual de cómo superarlos.

—Mírame —repitió—. Deja de obsesionarte, deja de darle vueltas, y no te preocupes; entre nosotros nada ha cambiado, te lo garantizo.

Qué fácil era decirlo.

—Sí, claro —susurró para nada convencida.

¿Cómo no iban a ser las cosas diferentes a partir de ese momento?

Cierto que conocía a su vecino y sus tendencias sexuales, es decir, no hacer excepciones, pero era bien distinto saberlo a comprobarlo en carne y hueso.

—Ven aquí.

Ryan se inclinó hacia ella y buscó sus labios; los buscó con la intención de besarla y lo hizo a conciencia, ajeno completamente a que otro tipo se encontrara, aún dormido, con ellos en la cama.

—Será mejor que... —farfulló inquieta, pues Patrick no la soltaba y ella se estaba besuqueando con Ryan.

A saber qué pensaría si se despertaba y se los encontraba de aquella manera; nada agradable, seguro, y no le apetecía escuchar lo que con toda probabilidad sería una larga serie de comentarios a cuál más despectivo, porque a la hora de soltar perlas, el actor no tenía rival.

—Olvídate de él —sugirió Ryan sonriendo de medio lado—. Tú y yo ahora. Tengo que aprovechar la ocasión, me extrañaría mucho que tu amante vuelva a permitirme estas libertades.

Helen lo dudaba, porque nunca se mostraba posesivo con ella.

—Anoche te las tomaste sin más —indicó ella haciendo referencia a lo que ocurrió entre los dos hombres.

—Y te excitó, ¿no es cierto? Te puso a mil, como a una perra en celo, ver cómo se la chupaba.

Helen tragó saliva ante sus palabras, que por cierto daban en el clavo. Menos mal que su sonrojo quedaba disimulado en la semioscuridad, porque a buen seguro su cara era un tomate de ensalada.

Ryan se movió con rapidez; le apetecía poner el broche de oro, por así decirlo, a aquel encuentro, y nada mejor para ello que ocuparse de sus propias necesidades matinales y de paso dejarle a su amiga bien claro que el sexo no iba siempre unido a los sentimientos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó temerosa, aunque intuyendo qué pretendía, pues notaba su mano ascendiendo por el muslo.

No le respondió. Manióbró firmemente, recorriendo su pierna y jugando con ventaja, pues estaba convencido de que no gritaría para no alertar a su amante; la puso sobre su coño y comenzó a acariciarla, con cierta dificultad, pues ella no se mostraba muy cooperadora.

—Abre las piernas —ordenó en voz baja, pero firme, jugueteando con la lengua en su oreja—. O... le diré a tu querido actor...

—No me amenes —masculló separando sus extremidades, en parte convencida por sus palabras y en parte por su mano indagadora.

—Así me gusta...

Helen gimió, bajito eso sí, pero al fin y al cabo era un gemido, síntoma inequívoco de que los dedos de Ryan sabían cómo y dónde tocar. Ello resultaba tan

extraño como excitante, ya que no debería reaccionar de ese modo, pero por lo visto últimamente ya nada era como antes.

Sus movimientos pélvicos, al compás de los dedos que recorrían sus pliegues, que frotaban su clítoris y que esparcían sus fluidos, lograron no solo que empezara a sentir el hormigueo, el calor previo a un buen orgasmo, sino que también alertaron al bello durmiente y este, con cara de pocos amigos, abrió los ojos.

—¿Qué cojones estáis haciendo? —inquirió malhumorado.

¿Pensabas correrte abrazada a un hombre mientras otro te masturba, sin que se percate el primero, pedazo de tonta?

Patrick se incorporó apoyándose en un codo y parpadeó al comprobar por sí mismo de qué era capaz ese tipo. Ahí, delante de sus narices, se lo estaba montando con su chica.

De acuerdo, a lo mejor no era su chica en el sentido estricto del término, eso ya lo dilucidaría más tarde, pero la cuestión era que la estaba masturbando sin ni tan siquiera pedirle permiso.

Ryan insertó un tercer dedo, consiguiendo que ella gimiera más fuerte y se arqueara en busca de su liberación.

—Adivínalo —le provocó.

—¡Joderrrrrr! —masculló a la par que se empalmaba por completo y eso, la verdad, no debería suceder; se suponía que tenía que enfadarse, no unirse a la fiesta.

Pero resultaba casi imposible no fijarse en la expresión de la mujer que sujetaba con un brazo, entregada por completo. Dispuesta a alcanzar el clímax sin tener nada más en cuenta.

Increíblemente excitante.

—¿Quieres probar?

Helen contempló atónita cómo extraía los dedos de su coño y, empapados, se los ofrecía a Patrick; aquello no estaba pasando. No obstante, aún podía sorprenderse mucho más, ya que este dejó que se los introdujera en la boca para, tal y como Ryan había propuesto, saborearla.

—No me negarás que es deliciosa...

—A mí me lo vas a decir —corroboró Patrick inclinándose hacia ella y besándola en los labios tras chupar los dedos del guionista.

Helen lo aceptó de inmediato, dejando que devorase su boca y entregándole cada jadeo entrecortado que las manos de otro hombre le producían.

De alguna forma, entre los dos establecieron, otra vez, algún tipo de pacto tácito, por el cual ella carecía de voz y voto, porque la mantuvieron en ese estado de excitación expectante demasiado tiempo, o al menos eso es lo que ella pensó, ya desesperada.

Patrick pareció apiadarse de ella y le dio un respiro, aunque no por mucho tiempo, pues la emprendió con uno de sus pezones para alternarlo con el otro y así torturarla mucho más.

Ryan se acercó a la zona y Helen respiró profundamente; de nuevo iban a besarla, cada uno a su manera, de forma simultánea y se preparó para ello.

—Me muero por hacer una cosa... —murmuró Ryan acunándole el rostro y besándolo.

Helen abrió los ojos como platos al contemplar, justo encima de su pecho, cómo ambos se besaban, cómo Ryan, en su papel de atacante, mantenía el rostro de Patrick inmovilizado para llevar a cabo sus planes y cómo este, una vez pasado el desconcierto inicial, le respondía.

—Mírala —indicó Ryan—. Esto la pone extremadamente cachonda.

Ella observó cómo su vecino de nuevo buscaba la boca del actor para meterle la lengua y cómo este respondía sin apartarse, ofreciéndole a Helen una nueva imagen para excitarse.

—Ya lo veo —convino Patrick antes de regresar a los labios femeninos y ocuparse de ellos, pero sin enfadarse ni soltar una de sus perlas.

Joder, no sabía muy bien qué cojones le pasaba, pues de entrada debería haberle dado un puñetazo en todos los dientes a ese tipo por su atrevimiento; sin embargo, su propia respuesta, natural, no solo le había puesto más cachondo aún, sino que, además, comprobar el resultado en la cara de ella lo volvió loco.

Ryan dejó de frotar su más que sensibilizado clítoris y con los dedos empapados fue moviéndose hasta llegar a su trasero. Dudaba de si ella alguna vez había practicado sexo anal, pero, como en esos casos la lubricación nunca está de más, se ocupó de ella.

—Pero ¿qué...? —chilló ella apartándose para caer entre los brazos de Patrick.

—¿Alguna vez has follado su culo? —le preguntó.

Helen resopló, se suponía que eso debía responderlo ella.

—Pues no, con las prisas se me ha olvidado —le contestó Patrick sarcástico adelantándose a la respuesta de ella.

Ryan aguantó la sonrisa; bueno, pues ese día ese despiste se iba a solventar en breve, por lo que retomó su trabajo; tenía que prepararla convenientemente.

Ella no quería, por lo que se retorció, intentando que Ryan desistiera; todo se estaba descontrolando y debía tomar cartas en el asunto.

—Distráela —indicó Ryan colocándola de costado para tener un perfecto acceso a su retaguardia.

—¿Quién te ha nombrado director? —protestó Patrick.

Y Helen, en medio de ambos, seguía sin entender cómo en un momento así sus egos se ponían en pie de guerra. ¡Hombres! Por mucho que se besen y demás, nunca puede haber dos gallos en el mismo corral.

—No me lo puedo creer... —suspiró tumbada entre ambos, cansada por la demora y de sus tonterías.

—Aquí no manda nadie —sentenció Ryan de buen humor—. Pero si te sientes intimidado... estoy a tu servicio...

El actor recogió el guante y añadió:

—Haz que esté preparada.

Helen gimió atónita, no podía darse una situación más surrealista ni acudiendo al mejor guionista, que, coincidencias de la vida, estaba tras ella, desnudo e intentando dilatar su ano.

Ryan asintió e introdujo el índice con cuidado, esperando que ella fuera aceptando la invasión, que su cuerpo disfrutara y no rechazara esa penetración.

Patrick, por su parte, se encargó de distraerla: teniéndola a su disposición, se aplicó en sus pezones con la boca mientras que deslizaba una mano por su vientre hasta su vello púbico para avanzar un poco más y jugar entre los labios vaginales, con especial cuidado de no rozar su clítoris; de ninguna manera deseaba precipitar los acontecimientos.

Notó la mano de ella entre ambos hasta atrapar su polla y acariciarla; percibió su nerviosismo, su ansia y su necesidad. Por la forma de apretarlo, de masturbarlo, ella no aguantaría mucho más.

Cada uno de sus gemidos le indicaban que estaba muy cerca de correrse, así que decidió apartar la mano de su coño y limitarse a pellizcar sus pezones.

Como era de esperar, ella protestó, apretándole aún más la erección, incluso causándole daño, pero eso significaba que la fiera, su fiera, hacía acto de presencia.

—Date prisa, no creo que aguante mucho más —adujo el actor apretando los dientes, ya que su polla pagaba las consecuencias de la demora.

Cambió de postura, evitando así que ella lo despellejara vivo y, puesto que ahora tenía el mando de la situación, la ayudó a ponerse a cuatro patas; él se situó inmediatamente delante y le acercó su polla a la boca, pidiéndole sin palabras que se la chupara: de esa forma la tendría entretenida.

Vio cómo se relamía antes de satisfacerlo, cómo gemía y emitía murmullos de placer sobre su pene; al parecer Ryan sabía muy bien el modo de estimular su recto para que una práctica, en principio incómoda, pasara a ser agradable.

Cruzó la mirada con el otro tipo y este le hizo un gesto para confirmarle que estaba preparada. Cogió al vuelo uno de los condones y se lo lanzó.

—Pónselo con la boca... —sugirió Ryan con voz ronca junto a su oreja—. Estoy seguro de que te lo agradecerá de por vida.

Patrick rasgó el envoltorio y se lo entregó, sujetándose la polla con una mano para que ella obedeciera.

Debía habérselo imaginado, ya que ella aprovechó el momento para torturarlo, lamiéndole la sensible punta e indagando con la lengua hasta que se colocó el condón entre los labios, sujetándolo de forma obscena, y empezó a desenrollarlo lentamente, logrando no solo prepararlo, sino también que jadeara.

—Qué pena que tengas el pelo corto... —gruñó agarrándola de mala manera—. Me encantaría poder sujetártelo y tirar de él mientras te follo.

—Eso sí que es toda una declaración de intenciones —apostilló Ryan, que

mientras ellos dos tenían su particular momento ya se había ocupado de su propia erección.

Patrick se inclinó un instante y en uno de esos escasos momentos de debilidad la besó con suavidad y dulzura en los labios. Después se sentó en el borde de la cama y tiró de ella para que se sentara, dándole la espalda; se sujetó la erección y la posicionó de tal forma que se fuera introduciendo a medida que ella se dejaba caer.

Con rapidez, Ryan se bajó de la cama, se colocó de rodillas y la ayudó, acariciándola entre las piernas para que la penetración fuera lo menos dolorosa posible.

Helen gritó, y Patrick gruñía al sentir cómo su polla iba entrando; a cada centímetro la presión aumentaba, teniendo que apretar los dientes para no correrse inmediatamente. No pudo protestar cuando sintió las manos del otro hombre acariciándole los testículos, apretándoselos.

—Joder... —acertó a decir cerrando los ojos con fuerza ante la avalancha de sensaciones. Aferró a Helen entre sus brazos, no quería que se separase ni un milímetro; aquello resultaba tan extraño, excitante y abrasador que necesitaba sentir el pulso de ella junto al suyo para ser consciente de que no estaba soñando.

La mantuvo bien sujeta, colocando ambas manos sobre sus pechos, reclinándose levemente para que ella se mantuviese abierta de tal forma que en breve el otro tipo pudiera embestirla.

Ella, por su parte, no podía más, su cuerpo se encontraba al límite, sentía la mezcla de dolor y placer, algo tan extraño como erótico. Tan inusual como perverso, pues a todo ello debía sumar las atenciones que Ryan, de rodillas, le prodigaba con su lengua, azotando sin piedad su clítoris.

—Si quieres penetrarla hazlo ahora, está a punto de correrse... —jadeó Patrick moviéndose en su interior, sin poder entender cómo le afectaba tanto esa mujer.

El aludido entendió a la primera la sugerencia y se incorporó. Con una asombrosa rapidez se puso un condón, la agarró por detrás de las rodillas, levantándoselas hasta obtener el ángulo preciso y se la clavó hasta el fondo.

—Oh, Dios mío... —chilló fuera de sí por completo, aturdida al sentir cómo su cuerpo aceptaba a dos hombres a la vez.

—Aguanta un poco... —gruñó Ryan—. Te prometo que será increíble...

Ambos sincronizaron sus movimientos, de tal forma que si uno se retiraba el otro empujaba y viceversa. Si a eso se añadían los constantes pellizcos en sus pezones, los jadeos de los tres y la estimulación previa, no podía aguantar ni un segundo más.

—Por favor... —gimoteó entre ambos, ya sin pizca de vergüenza, ya sin ningún tipo de prejuicios, los cuales se habían ido de vacaciones hacía ya unas cuantas horas.

Ella clavó las uñas en las muñecas de Patrick y a este no le sorprendió, es más, disfrutó con aquella agresividad.

—¿Te gusta? —preguntó Ryan sin perder el ritmo—. Siente cómo tu cuerpo nos acoge, siéntenos en tu interior, acéptalo, querida.

—¿Alguna vez te habían metido dos pollas al mismo tiempo? —preguntó Patrick sumándose, a su manera, a la idea de soltar obscenidades que animaran aún más el ambiente.

Ella cerró los ojos, no quería pensarlo, únicamente dejar que ocurriera, porque de recapacitar su libido caería en picado, estropeando el momento.

—Un poco más, Helen —ordenó su amigo embistiendo sin descanso dentro de su sexo.

—No puedo, de verdad que no...

Nadie mejor que una misma para saber cuándo su orgasmo la reclamaba y, sin acatar sus ruegos, se corrió, quedándose a su merced, que ellos hicieran cuanto quisieran, ya no opondría resistencia.

Patrick la abrazó al notar sus convulsiones y empujó con más brío para unirse a ella al tiempo que Ryan también alcanzaba su clímax, respirando con la misma agitación que sus dos compañeros.

Patrick cayó hacia atrás en la cama, arrastrándola y, por extraño que pareciera, él se resistió a soltarla: quería apartarla del otro tipo.

Por si acaso.

Ryan fue el primero en poder moverse y, tras deshacerse del necesario preservativo, comprobó a la parejita, ambos abrazados, con los ojos cerrados, ahora ya relajados tras el intenso momento vivido. Para él podía ser una aventura, una locura más, pero saltaba a la vista que para ellos no.

Puede que tanto Patrick como Helen afirmaran hasta la saciedad que solo se trataba de algo temporal, que él solo se divertía con la pobre secretaria y que lo más probable era que terminase mandándola a paseo o que únicamente quisiera reírse de ella.

Pero algo le decía que eso no era así.

Puede que hacer un trío para muchos, como él mismo, solamente significase un buen rato, emociones intensas y posibilidades increíbles, hasta ahí todos de acuerdo; sin embargo, y ahí estaba la diferencia, en algún momento esos dos cabezones acabarían por entender que, cuando acabas, cuando te corres y tu cuerpo llega a la meta, prefieres mantener las distancias, optas por marcharte o limitarte a descansar, compartes cama pero no espacio.

Y ellos no tenían mucha prisa por soltarse.

Los comentarios de Patrick, disfrazados de sarcasmo, dejaban entrever mucho más que una actitud caprichosa, pues desde el principio se había interesado por ella, hasta exigido tenerla a su lado, y apostaría cualquier cosa a que, de haber sido, como ella se obstinaba en aseverar, un simple entretenimiento, haría tiempo que la hubiera mandado a freír espárragos.

Salió tranquilamente del dormitorio, tal y como se comportan los amantes ocasionales: dejando en la estancia las emociones, nada de llevárselas consigo.

Unos días después, Patrick se subía por las paredes. Tenía varios y justificados motivos para ello. El primero era su jornada de trabajo, que lo retenía prácticamente durante todo el día, dejándolo hecho polvo y sin ganas de ir a jugar con su asistente, porque eso de ponerse las pilas y ser responsable lo dejaba a uno para el arrastre.

¿Cómo podía la gente corriente levantarse todos los días y cumplir con su jornada laboral?

Joder, que a ese ritmo iba a envejecer a pasos agigantados.

Y la Fea, además, se mostraba contenta cuando él se quejaba con amargura de lo duro que le resultaba y más aún en esos momentos cuando, por diversos motivos, iban retrasados y debían ponerse al día haciendo horas extra.

Un concepto que él desconocía.

Como las desgracias nunca vienen solas, ese día todo el mundo se encontraba más tenso de lo normal en el set de rodaje, puede que debido a la presencia de una serie de periodistas dispuestos a hacer un reportaje para buscar audiencia antes de la emisión del primer capítulo de la nueva temporada; no obstante, a Patrick se la sudaba, porque si ya suponía un gran esfuerzo estar allí sin poder escaparse, responder a las preguntas (a cuál más estúpida) le crispaba los nervios, lo que desembocaba en falta de concentración y, por consiguiente, en repetir una y otra vez la escena.

Y la cosa no acababa ahí: la petarda *star* —sonrió ante el nombre artístico que su asistente le había endosado—, tenía el ego elevado a la enésima potencia y, deseosa de agradar a la concurrencia, sobreactuaba, así que entre sus confusiones y las tonterías de ella no daban pie con bola.

Y eso no era todo: su querida y añorada «exmujer» había conseguido lo impensable, la jodida escena caliente en la que por fin se metían juntos en la cama, de tal forma que debía simular tirársela, enamorado para más inri.

No era tan buen actor, la verdad.

Y faltaba la guinda del pastel: ¿dónde se había metido la Fea?

De todas las cuestiones, esa última era sin duda la que más amargado lo tenía, pues llevaba todo el día desaparecida, lo que resultaba extraño, porque a competente no la ganaba nadie, así que, cabreado y solo con ganas de enterarse de dónde estaba ella, para echarle la bronca primero y meterle mano después, dejó plantado a todo el equipo.

—Me largo de aquí...

Se encaminó hacia el despacho principal dispuesto a pedir explicaciones al dueño del cotarro, porque estaba al tanto de que era su protegida.

No esperó a que la becaria lo anunciara y entró a la oficina de John.

Este hizo un gesto con la mano para que se sentara mientras acababa su

conversación telefónica y observó cómo su fichaje estrella tamborileaba sobre el reposabrazos, impaciente y ofuscado.

A saber qué le pasaba ahora, aunque, si bien estaba al tanto de sus arrebatos caprichosos, debía admitir que últimamente ya no le llegaban tantas quejas como al principio.

—Buenas tardes —masculló solo por mantener las formas antes de entrar en materia.

—¿Qué te trae por aquí? —inquirió John, siempre afable.

—Mi asistente, ¿dónde cojones se ha metido?

Mills disimuló la sonrisa. Por fin se presentaba ante él cabreado por el comportamiento, poco o nada apropiado, de Helen. «Demasiado has tardado», pensó manteniendo una pose distante en su asiento. Ahora empezaría la larga lista de recriminaciones por el mal proceder de ella para pedir al final su despido, que, por supuesto, aceptaría, y de ese modo volvería a tener a la señorita Fisher como secretaria.

—Estará por ahí, ocupándose de sus asuntos... —alegó intentando disculparla, lo cual, a buen seguro, lo enervaría aún más.

—Pues no, lleva todo el santo día desaparecida.

John sonrió para sus adentros, el actor estaba realmente cabreado, pero debía permanecer impassible y, por supuesto, darle la razón.

—¿No le ha dicho dónde iba?

—¡Ni siquiera se ha presentado a su hora! —exclamó molesto por la actitud tan jodidamente comprensiva de Mills. A esas alturas debería haber puesto el grito en el cielo al saber que una empleada desatendía sus obligaciones.

—Me parece extraño, sí —murmuró frotándose la perilla.

—La verdad, aparte de poco profesional, me parece rarísimo.

—En fin... —John adoptó la posición de jefe—. Tendré que tomar medidas y despedirla de su puesto —anunció ocultando su satisfacción, pues en breve la mejor secretaria del país atendería de nuevo sus asuntos—. Su comportamiento es intolerable.

—¿Eh? ¡No! ¡Ni hablar!

—¿Cómo dice? —preguntó confuso Mills.

—Yo no quiero que la despida bajo ningún concepto —alegó fervientemente Patrick—. Solo quiero saber dónde cojones se mete. Pensé que quizá andaba por aquí.

—¿No quiere que la despida por abandonar su puesto? —repitió extrañado; se suponía que las personas como Patrick pedían la cabeza de un subordinado a las primeras de cambio, por lo que no comprendía muy bien la actitud del actor.

—He dicho que no —insistió poniéndose en pie—. Ni loco voy a prescindir de una mujer como ella. Si aparece por aquí, dígame que se dirija a mi camerino inmediatamente.

John hizo una mueca mientras lo veía salir por la puerta.

—¡Maldita sea! —farfulló, sus planes se iban al garete.

Patrick, con su mal humor en fase ascendente, se dirigió hacia su camerino, dispuesto a encontrar a la esquivia asistente.

Por el camino cambió de idea y varió ligeramente su rumbo, en busca ahora de ese guionista, el jodido *follamigo*; seguro que este sabía algo.

Lo encontró en su oficina y, sin saludarlo primero, le espetó:

—¿Dónde está?

Ryan, recostándose en su sillón, levantó la vista. No entendía la pregunta, así que se vio obligado a indagar.

—¿Quién?

—Joder, ¿quién va a ser? Tu querida amiga. No se ha presentado hoy a trabajar.

—Pues a mí no me preguntes. Hace un par de días que no la veo. He estado ocupado con mis cosas.

—¿Y no has pasado por su apartamento?

—No —respondió encogiéndose de hombros—. Somos amigos y nos respetamos, si ella quiere recluirse en casa... —Estaba mintiendo, pues de vez en cuando sí se encargaba de pincharla y había sido el primero en acosarla para sacarla de su enclaustramiento, aunque en esa ocasión había tenido visitas en su propia casa que le habían mantenido «ocupado».

—Vaya mierda... —masculló Patrick antes de darse la vuelta y salir sin ni tan siquiera despedirse.

Echando humo, rumiando todo tipo de impropiedades y sin detenerse a saludar a quienes se cruzaban en su camino, puso rumbo a su camerino.

En el proceso tropezó con Ewan, quien lo andaba buscando.

—Vaya cara que me traes —dijo Ewan entrando tras él en el camerino—. Pues se te va a poner aún peor cuando veas esto —le mostró una carpeta.

—Mira. —Patrick seguía a lo suyo y le señaló una camisa colgada de una percha.

—¿Y? —preguntó sin entender.

—Qué mierda de planchado —le aclaró y se acercó a otra que le enseñó—. Compara, fíjate bien, ni una puta arruga, los cuellos impecables, los puños...

—¿No me digas que estás de mala hostia porque te han planchado mal una camisa? —inquirió incrédulo. A veces el esnobismo de su amigo rayaba lo estúpido.

—Esta —levantó la primera— me la han traído esas estúpidas de vestuario y esta —levantó la segunda— me la ha planchado mi asistente y da gusto. —Tiró de malas maneras la prenda cuestionada y dejó en el perchero la buena.

—¿Se ocupa de tu ropa? —preguntó sin salir de su asombro.

—¡Por supuesto! —exclamó como si fuera una verdad universal.

—Ver para creer...

Patrick pasó por alto el sarcasmo y rebuscó entre sus cosas para agenciarse las copias de las llaves del apartamento de la Fea, ya que tras intentar infructuosamente

contactar con ella de nuevo vía telefónica no le quedaba más opción que presentarse en su domicilio.

—¿Has traído el coche?

—Sí, ¿por qué?

—Llévame hasta su casa —exigió abriendo la puerta.

Ewan arqueó una ceja pero no se negó. Desde luego algo grave le estaba pasando a su amigo para comportarse de esa forma; aparte de rara, mostraba su preocupación, pues la tontería de la camisa no era sino una pobre excusa para disfrazar sus verdaderas motivaciones.

Una vez en el edificio donde ella vivía, Ewan se quedó perplejo, y ya iban unas cuantas, al verlo saltar del coche y, sin esperarlo, echar a andar; sin llamar primero al telefonillo, sacó las llaves y entró.

—¿Vienes o qué? —le espetó Patrick impaciente.

Resignado a cometer allanamiento de morada, pues estaba seguro de que a Helen no le haría ni puta gracia su intromisión, lo siguió; al menos en caso de necesitarlo tendría asesoramiento legal. Por no mencionar que su lado curioso lo empujaba a contemplar la escena que iba a desarrollarse, ya que a buen seguro no sería una tierna reconciliación.

—Joder, ni siquiera ha cambiado esta cerradura de mierda —masculló Patrick al comprobar que sus llaves la desbloqueaban y podían acceder al interior.

—No montes un escándalo —le sugirió Ewan tras él en voz baja.

—¡Sal ahora mismo! —gritó el actor pasándose por el arco de triunfo la sugerencia de su amigo nada más situarse en el centro del salón.

Ewan negó con la cabeza, así no había manera.

Por una vez las reducidas dimensiones del apartamento jugaron a su favor, pues solo le quedaba un sitio donde mirar y, sin llamar previamente, entró en el dormitorio.

Parpadeó para acostumbrarse a la oscuridad y buscó con la mano el interruptor y lo pulsó; vio un bulto en medio de la cama, tapado con el nórdico hasta las orejas.

—Más vale que estés a punto de morirte, porque, si no, ya puedes ir moviendo tu culo y levantándote. Llevo todo el puto día intentando contactar contigo y tienes el móvil apagado. Sabes perfectamente que debes ocuparte de mis cosas.

Oyó un gemido y se acercó. Se sentó en el borde de la cama y apartó el edredón.

No esperaba encontrarse a su asistente despeinada y tiritando de frío, a pesar de llevar un pijama de felpa.

Extendió el brazo y le tocó la frente.

—Me cago en... ¡Estás ardiendo! —exclamó sorprendido, y ella volvió a intentar cubrirse, tras emitir un tenue lamento—. ¡Ewan!

—¿Qué ocurre?

—Tiene fiebre, ayúdame a levantarla.

—No... —protestó debilitada.

—Aquí no puedo ocuparme de ella como es debido. Me la llevo a casa, Davinia

conoce innumerables remedios caseros y, además, me ayudará a cuidarla.

Patrick se puso en modo salvavidas y, sin atender ningún tipo de quejas por parte de ella, la recogió en sus brazos, envolviéndola con una manta.

—¿Qué vas a hacer? No puedes sacarla así.

El actor, de pie, con ella en brazos, no estaba precisamente para discutir la conveniencia o no de sus actos, así que salió al salón sin soltarla.

—Recoge algo de ropa —ordenó a su representante sin rastro de su tono de estrellita consentida—. No, déjalo, mejor ve al baño y trae su bolsa de aseo, las mujeres se ponen imposibles sin su maquillaje, prefieren estar desnudas antes que sin maquillar. —Por la cara de Ewan dedujo que iba desencaminado—. Tienes razón, esta y la cosmética son agua y aceite. Pues andando, llévame a mi casa.

No tardaron demasiado y de nuevo Patrick se encargó de llevarla en brazos; Ewan se ocupó de abrir el camino. Una vez dentro se encontraron con Davinia, que los miró asustada al ver la escena.

—¿Qué traes ahí? —le preguntó en tono de madre regañona.

—Una nueva alfombra... —respondió irónico—. Es mi asistente, está enferma, tiene fiebre, así que llama al médico, que venga cuanto antes, voy a acostarla.

—Prepararé la habitación de invitados —sugirió Davinia.

—No, la llevo a mi dormitorio, tú ocúpate del doctor.

Estas palabras sorprendieron por igual a Ewan y a Davinia, que se fue en busca del teléfono para poder cumplir el encargo.

El representante siguió a su amigo con la mujer enferma y vio, sin salir de su asombro, cómo la depositaba en la cama y con el cuidado que lo hacía, lo que daba mucho que pensar.

No tenía ni la más remota idea del tiempo que llevaba dormida, solo era consciente que de vez en cuando alguien, con muy mala leche por cierto, le obligaba a tomarse un consomé, la ayudaba a ir al aseo, le ponía el termómetro y de nuevo la acostaba en la cama.

Notaba los músculos entumecidos de tanto reposo. Tenía la sensación de haber permanecido un mes postrada; sin embargo, no podían ser más de cuarenta y ocho horas.

Con la habitación en penumbra llegó a la conclusión de que era de noche, pero no podía precisar la hora. Cambió de postura y se dio perfecta cuenta de que alguien estaba acostado a su lado; eso sí, la cama disponía del suficiente espacio como para ni rozarse.

Aquello no podía ser cierto... Patrick, ¿dormido tras ella?

¿Por qué estaba tan cerca?

¿Él había permanecido tumbado a su lado?

¿Por qué no la había acomodado en un cuarto de invitados?

Cosas más raras se han visto, desde luego, pero ella en esos momentos necesitaba saber la hora para volver a ser persona y ubicarse.

Una referencia temporal siempre resulta práctico para ello.

Se medio incorporó sobre un codo y alcanzó a ver el reloj digital de la mesilla.

—¡Dios santo! —susurró echándose hacia atrás al comprobar que eran las dos de la madrugada.

Se quedó acostada, mirando el techo, y se pasó la mano por la cara hasta el pelo, dándose cuenta de que, aparte de ir como una loca con ese corte casero que ahora ya no tenía remedio, su cabello daba asco, literalmente.

También tenía hambre; una no puede vivir a base de caldos. No obstante, otra necesidad más básica reclamaba su atención: notaba la vejiga llena, así que apartó las sábanas y la manta y se dispuso a levantarse sin hacer mucho ruido.

Empezaba a sentirse como una idiota de tanto esforzarse en no molestarlo, parecía una cazadora furtiva.

Si no recordaba mal, la pared tras el cabecero de la cama daba acceso, sin puerta, al cuarto de baño.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó una voz cabreada a su espalda, deteniéndola.

Helen intentó levantarse de nuevo pero sintió una mano en su frente que permaneció ahí durante unos segundos, inmovilizándola en la cama... Ella apretaba las piernas para no hacerse pis encima.

—Necesito... —comenzó a decir intentando contenerse.

—No me fío —masculló él retirando la mano—. Ya no estás tan caliente, pero prefiero comprobarlo. Espera un segundo.

Se giró y, tras encender la lamparita de noche, le metió un termómetro digital en la boca sin decir nada.

Ella parpadeó para acostumbrarse a la repentina iluminación y farfulló algo parecido a «¿qué haces?» cuando notó que le metían algo en la boca, pero, cuando hizo amago de escupirlo, él negó con la cabeza, muy serio, dando a entender que no estaba por la labor de soportar a niñas de cinco años con rabieta de serie, dispuestas a no dejarse atender.

Cuando oyeron el bip-bip, Patrick fue rápido, se lo sacó de la boca y miró la pantallita.

—Treinta y seis y medio... no sé... —Sacudió el termómetro como se hacía antiguamente con los de mercurio y se acercó de nuevo a ella para colocárselo.

—Estoy bien —dijo resoplando y apartándose para evitar jugar de nuevo a los médicos—. Solo necesito ir al aseo.

Se puso en pie, dejándolo con la palabra en la boca, y, antes de que se empeñara en retenerla, se metió en el cuarto de baño, pero cuando pasó por delante del espejo del lavabo se quedó a cuadros al verse reflejada.

Esa no era ella...

O al menos no se reconocía.

Que su pelo parecía cortado por su peor enemigo con unas tijeras de podar oxidadas lo tenía asumido.

Que sus ojos, tras haber permanecido en la cama dos días, estuvieran hinchados, podía entenderse.

Que su piel, apagada, le diera el aspecto de un cadáver, se comprendía.

Que a buen seguro su nariz se asemejara a un pimiento rojo, lo asumía.

Pero el llevar un camisón, negro, transparente cual visillo, con un escote que rozaba los pezones, que a duras penas llegaba a la altura de los muslos... eso sí que era de *pumba*.

Hubiera esperado cualquier cosa, incluso hasta un horrible pijama de hospital o una de esas camisetas como la que ella tenía por casa, deformada y dos tallas más grande, pero de ninguna manera una prenda de fina lencería, concebida para provocar, insinuar, no para una mujer convaleciente.

Se percató de que él la había seguido hasta el aseo y, cuando iba a preguntarle, se le adelantó.

—Siempre vistes de puta pena, así que aproveché la ocasión... quería verte con algo decente, para variar —aportó él indiferente apoyado en la pared. Caminó hasta el retrete, levantó la tapa y añadió todo servil, pero con guasa—: Su trono, señora.

—¿Decente? —graznó señalándose a sí misma. Y en ese instante otro motivo para preocuparse le vino a la cabeza—. ¿Has ido a comprarlo tú?

Tuvo tentación de cubrirse con los brazos; sin embargo, aparte de ridículo, era ya

del todo innecesario, pues ese amante de las bromas ya se habría recreado la vista mientras se lo colocaba, aprovechándose de su estado febril.

—¡No! —respondió rápidamente—. No digas bobadas —añadió llamándola poco menos que insensata.

Y de nuevo Helen, en una situación surrealista a más no poder, pensó lo peor.

Quería arrancárselo y dejarlo hecho un asco; sin embargo, eso implicaba quedarse desnuda, si no lo estaba ya.

—¿No se te habrá ocurrido ponerme un camisón que alguna de tus amiguitas ha dejado olvidado en tu cama? —preguntó dando por hecho que así era.

Patrick, molesto por su falta de confianza, decidió darle la razón.

Total, ¿para qué sacarla de su error?

Ella ya lo había condenado y poco o nada iba a conseguir explicándole la verdad: que tuvo uno de esos inexplicables arrebatos románticos y había querido tener un detalle con ella, con la idea de entregárselo una vez se recuperase, pero que, comportándose como un tonto, pensó que quizá le gustaría sentirse femenina con una prenda tan favorecedora.

Aparte, claro está, de su propio deleite, pero eso no tenía por qué saberse.

—Supongo, yo que sé... Me lo encontré en el cajón de los calzoncillos y como no era de mi talla decidí darle un mejor uso —alegó encogiéndose de hombros, pese a que no se sentía tan indiferente, y para cortar de raíz el tema de los cojones, preguntó —: ¿No te hacías pis?

Ella asintió pero no se movió, ni de coña iba a sentarse en el retrete con él delante. Ya iba a ser bastante bochornoso orinar y que él oyera desde el dormitorio el inevitable y delator ruidito por no tener una maldita puerta, como para hacerlo delante de él. Conociéndolo, hasta podía ponerse a hacer bromas.

—No tenemos toda la noche —le recordó cruzándose de brazos.

Helen negó con la cabeza...

—Prefiero hacerlo sola. —No podía concentrarse, de verdad que no, y no solo porque él continuara allí mirando, sino porque, además, solo llevaba puestos unos bóxers color burdeos, ajustados, que se lo marcaban «to-do».

Absolutamente «to-do».

—No seas ridícula, por favor. Te he visto todo lo que tenía que ver y te he ayudado estos días, así que no me vengas con vergüenzas ahora.

De nuevo la preocupación acudió a su atribulada cabeza. Empezó a apretar los muslos, para aguantar las ganas de hacer pis.

Por sus palabras se deducían dos hechos importantísimos: primero, se había encargado de ella durante su convalecencia, lo que ya de por sí suponía todo un sorpresón viniendo de un tipo tan sumamente ególatra y egoísta. A saber por qué había actuado de esa forma, pues nadie sufre repentinos ataques de buen samaritano. Se trataba de un asunto del que debería ocuparse una vez estuviera repuesta por completo, Patrick a buen seguro quería algo.

Pero, para cualquier chica, la segunda revelación inquietaba mucho más, dónde va a parar: había hecho sus necesidades delante de un tipo, que además era su jefe y con el que, para más inri, se acostaba... Traducido: una pérdida definitiva de cualquier rastro de glamur.

Como para salir de allí corriendo, cambiar de nombre, irse a otra ciudad y comportarse como un testigo protegido: vivir siempre con el temor de ser reconocido.

—Sal —le indicó a punto de reventar de tanto aguantarse.

—Oye, no seas pедorra —la acusó—. Si te sientes mejor, te diré que a mí eso de la lluvia dorada nunca me ha gustado. —No al menos estando consciente, pues a saber lo que hizo cuando se metía las rayas de cuatro en cuatro.

Helen gimió, más avergonzada ya no podía estar, así que, como prefería no tener en el futuro problemas de incontinencia urinaria de tanto aguantar, caminó hasta el retrete y, evitando en todo momento mirarlo, pese a que se recrearía la vista, se concentró en su quehacer, con la precaución de que sonara lo mínimo posible, regulando el caudal.

Como suele pasar en estos casos, ese control no funcionó, y menos aún en plena noche, sin ningún ruido procedente del exterior que camuflara el sonido.

Patrick, al parecer ajeno a sus vergüenzas, se acercó hasta ella y se ocupó de ofrecerle también papel higiénico, que ella agarró de malos modos, dispuesta a acabar con ese bochornoso trance cuanto antes, pues, cuanto más se empeñara en disimular, más la provocaría él.

Tras tirar de la cadena, se incorporó y se lavó las manos, todo bajo la atenta mirada de un tipo con una extraña perversión.

—¿Te lo estás pasando en grande? —masculló mirándolo de reojo, sabiendo que él ahora tenía la vista fija en su trasero.

Patrick solo sonrió.

Sonrió de esa forma canalla y perversa que los hombres siempre adoptan cuando saben que se han salido con la suya y que, además, obtienen un plus, como en este caso eran las vistas de su culo.

—Ajá —convino él sin casi despegar los labios.

—Grrrr...

Como seguir por ese camino no conduciría a ninguna parte y su pelo daba asco, como seguramente el resto de su cuerpo, se acercó a la ducha y miró los cuatro mandos, intentando averiguar cuál accionaba lo más sencillo, que la roseta superior echara agua.

—¿Necesitas ayuda? —inquirió con sorna adivinando el apuro de la enferma.

—¿Podrías traerme ropa limpia? —preguntó ella a su vez girando uno de los mandos y acertando a la primera. Puede que en todas las casas donde había vivido los cuartos de baño estuvieran equipados con duchas de un solo grifo, pero podía defenderse en las de diseño ultramoderno, ya que a buen seguro el resto solo servían para perder el tiempo y gastar agua.

Patrick frunció el entrecejo; quería que permaneciera un poco más con ese salto de cama, pero, resignado a que jamás la vería como a una mujer normal, se fue a su vestidor en busca de alguna prenda de ropa que pudiera servirle.

Pensó por un instante en acercarse al cuarto donde su asistenta guardaba sus cosas, pero descartó la idea, ya que Davinia, que siempre se mostraba sencilla a la par que elegante, rara vez dejaba en su cuarto algo más que ropa de emergencia, pues era muy puntillosa con el cuidado de las prendas, así que debía apanárselas con su propio armario.

Cinco minutos después apareció con unos pantalones deportivos, una camiseta y unos bóxers nuevos, pues si se le ocurría decirle que podía andar sin bragas seguro que le montaría un buen pollo.

Aún a riesgo de que le colgasen la etiqueta de mirón, *voyeur* para los modernos, se quedó en el cuarto de baño observando cómo ella, de espaldas, se enjabonaba. Todo sin entretenerse, sin «posar» como muchas que parecían vivir constantemente pensando que eran el centro de atención y que todo el mundo las miraba.

La Fea no, se duchaba como una persona normal, nada de frotarse las tetas como si tuviera un orgasmo oliendo el champú, nada de empinar el culo como si el agua la violara... daba gusto la simplicidad de sus movimientos.

Cuando ella abrió la mampara y salió, se limitó a coger la toalla que él había tenido a bien preparar, cual obediente siervo.

Así, con el pelo mojado, echado hacia atrás, y no con ese peinado de loca, parecía otra y la verdad no le importaba para nada haber tomado la decisión de llevarla a su propia casa para cuidarla. La ayuda de Davinia y sus comidas lo habían hecho más fácil, y de haberla dejado sola en su caja de cerillas, también llamado apartamento, a saber cuánto hubiera tardado en recuperarse.

También sin decir ni pío, se vistió, y él llegó a la conclusión de que jamás unos bóxers de los suyos iban a tapar tan bien un culo, lástima que acto seguido se pondría los pantalones.

—He mirado en todos los cajones, baldas y recovecos, pero no he encontrado ningún sujetador. Así que me temo que vas a tener que ir con las domingas sueltas.

Para no salir de su asombro en mucho tiempo, ella, en vez de fulminarlo con la mirada, sonrió como una tonta. A estas alturas de la película ya no siempre se enfadaba por sus comentarios, empezaba a ver el lado positivo de su cinismo.

«La tengo en el bote», pensó contento.

—Sé que no son horas... pero ¿podría picar algo?

Vale, se dijo Patrick, primero alimentaba a la chica y después confirmaba teorías, porque cada minuto que pasaba junto a ella más difícil se le hacía encajar todas las piezas del puzle.

¿Cómo asimilar todo lo que sabía de ella con el comportamiento que presenciaba?

Joder con los misterios femeninos, se iba a graduar *cum laude* una vez que acabara con esta.

Así que diez minutos más tarde Patrick se encontraba frente a su modernísimo microondas, en medio de su sofisticadísima cocina, intentando averiguar cómo se ponía en funcionamiento el jodido trasto.

Mierda, debería haberse fijado un poco más cuando Davinia utilizaba aquel cacharro.

Agradeció en silencio que ella mantuviera la boca cerrada y esperase pacientemente sentada a que él le sirviera una tardía cena.

Porque, gracias a Davinia, tenía un buen surtido de comida preparada en el no menos impresionante frigorífico americano de doble puerta, y se suponía que únicamente debía calentarla, pero para él esos aparatos no eran sino un complemento más, algo que tiene que haber en las casas, eso sí, para que lo usen otros.

Para él la cocina era simplemente una estancia necesaria en una casa pero en la que, para el buen funcionamiento de las cosas, no debía adentrarse a no ser que fuera estrictamente necesario, como era el caso.

Sintió a su espalda desnuda la presencia de ella; joder, a ver si eso de las escenas domésticas iba a tener su punto, pues le entró una especie de arrebató interior que le impulsaba a recrear la famosa escena de *El cartero siempre llama dos veces* y al cuerno con todo.

Bueno, para ello antes debería saber en qué armario guardaba su asistenta la harina, pero algo se podría hacer.

Y si no, ¡qué coño!, lo primero que pillara a mano en la despensa, que se trataba de follar, no de hacer una fiel reproducción de la secuencia original.

Ella pasó la mano por encima de su hombro y encendió a la primera el microondas, dejándole en evidencia, aunque, la verdad, le traía sin cuidado. Lo realmente relevante de esa situación era que la tenía detrás, y que por primera vez en esa cocina se sentía diferente, no solo era una estancia donde realizar actividades domésticas básicas.

El bip-bip del aparato jorobó la escena, sacándolo de su momentánea debilidad y se apartó para que ella pudiera sacar la fuente con la comida.

Se preguntó, al verla con el salvamanteles y los cubiertos, si las mujeres tenían un sexto sentido para localizar esos utensilios en cualquier cocina del mundo, pues no se lo había indicado y ella, a la primera, ya los había encontrado.

—Tiene una pinta estupenda —murmuró sentándose en la mesa. Entonces se dio cuenta de que estaba siendo maleducada y preguntó—: ¿Te apetece compartir?

—No —respondió tranquilamente, sin un ápice de su tono habitual. Ya había compartido bastante, se recordó—. Come tranquila, no tenemos prisa.

—Gracias —musitó algo cohibida por su inusual educación.

Helen hizo una mueca burlona; el reloj del horno marcaba casi las cuatro de la madrugada, pero él seguía a su lado y mostrándose paciente.

Toda una revelación, desde luego, y en ese instante se sintió un poco estúpida por su comportamiento en el cuarto de baño respecto al camisón que se había quedado tirado de cualquier manera en el suelo.

¿Y si la explicación más simple resultaba la más acertada y realmente le había comprado el camisón, impulsado a saber por qué motivo?

Entre bocado y bocado lo observó, allí sentado frente a ella, sin decir ni pío, esperando a que terminase de saciar su apetito, mientras meditaba cómo entablar una conversación, pues aquel silencio resultaba muy incómodo y, en el caso de Patrick, tan aficionado a soltar perlas, muy extraño.

Pero no sabía qué podía decirle, o de qué hablarle, para dejar de parecer dos completos desconocidos, aunque, si se ponía a pensarlo detenidamente, así era.

—Gracias —terminó diciéndole cuando acabó su plato y se dispuso a recogerlo.

—¿Por qué? —inquirió desconcertado.

No esperaba su gratitud; en general no la esperaba de nadie, hacía muchos años que las personas que se le arrimaban solo buscaban sacar rendimientos de su amistad; únicamente Ewan y su familia constituían una excepción.

—Por cuidarme —murmuró finalmente algo avergonzada, no por reconocerlo, sino porque conociéndolo se lo podía tomar como un insulto; con un carácter tan imprevisible como el de Patrick, había que estar preparada para cualquier eventualidad.

Él terminó por encogerse de hombros, efectivamente molesto por la sinceridad del cumplido, pero no de la forma que podía pensarse, pues en esa ocasión su incomodidad provenía de la franqueza de ella, una reacción tan inusual como sorprendente.

No quería o, mejor dicho, no debía, mostrarse tierno, pues ni él mismo podía sopesar las consecuencias de comportarse de ese modo, así que decidió levantarse.

—¿Te apetece algo más? —preguntó volviendo a un tema medianamente seguro—. ¿Café? ¿Un vaso de leche?

—No —contestó negando con la cabeza.

Ella se levantó y se encargó de recoger los utensilios, en silencio, sin atreverse a pronunciar una sola palabra, pues, la verdad, ¿qué podían decirse?

Seguía sin entender a la versión amable y preocupada de Patrick, aunque lo realmente inquietante de todo aquello era su propia reacción, o más bien la ausencia de ella, pues no tenía muy claro de qué modo afrontar esa especie de tregua temporal.

«*Enjoy the silence*, como dice Depeche Mode», pensó Helen tras secarse las manos y dejar aquello recogido. Fue consciente de que él no le quitaba ojo de encima y que a buen seguro esperaba que dejase todo patas arribas para que Davinia tuviera algo que hacer por la mañana.

Caminó hasta situarse tras él y puso el dedo índice en su nuca para, aprovechando

su espalda desnuda, recorrer toda su columna vertebral, justo hasta la cinturilla de sus pantalones de deporte.

A él se le pusieron, para empezar, los pelos de punta. No se movió y, cuando lo besó en la nuca, estuvo a punto de caerse de la silla.

Aquello solo era el comienzo de una larga serie de besos.

Rozó con sus labios cada punto sensible del cuello y los hombros, y vuelta a empezar.

Un nuevo escalofrío lo recorrió o, mejor dicho, cada vez que notaba sus labios sobre la piel contenía la respiración.

Algo tan sencillo, aparentemente inocuo, lo estaba volviendo loco por completo. Apretó los puños para evitar girarse y tumbarla sobre la mesa para follarla como un poseso, porque, de hacerlo, se perdería lo que a buen seguro sería una excelente ración de preliminares.

Inspiró profundamente dispuesto a que por una vez fuera ella quien tomara la iniciativa, llevara las riendas y le hiciera cuanto quisiera.

Patrick era de los que pensaban que para qué dominar si puedes tumbarte a la bartola y esperar a que ocurra lo mejor.

Otra cosa bien distinta era tropezar con alguna petarda dispuesta a no mover un dedo y esperar a que el espíritu santo disfrazado de polla apareciera para tener una experiencia religiosa.

Pero, por lo visto, aquella noche iba a tropezar con una que parecía apuntar maneras si se le cedía el mando, así que solo podía decir «adelante». Y tenía muchas ganas de cederle el mando...

Helen continuó martirizándolo en forma de pequeños besos, todos en su retaguardia, deleitándose con cada una de las reacciones y percibiendo el leve olor a gel de baño, el mismo que ella había utilizado.

Repitió todo aquel proceso sensorial unas cuantas veces, consiguiendo que él estuviese a punto de estallar, ya que no se caracterizaba precisamente por su paciencia; lo percibía, ya que lo oía sisear, notaba su respiración alterada y, por supuesto, veía la erección que le abultaba los pantalones de deporte, pues cada vez que se asomaba por encima de su hombro le resultaba inevitable echar un ojo.

Sabía que estaba tentando al demonio y que en breve estallaría; sin embargo, disfrutaba enormemente provocándolo de esa forma.

Con los labios como referente táctil y un único dedo sobre su piel, lo había conducido a un estado sencillamente incomprensible de excitación, pues Patrick, acostumbrado a todo, necesitaba mucho más que una simple insinuación seguida de un sobeteo para ponerse cardíaco; no obstante, por inexplicable que pareciera, ella, con su aparentemente ingenuo proceder, lo estaba consiguiendo: no podía obviar que estaba duro como una piedra o, como diría alguna cursi, con el mástil listo.

Quería gritarle, agarrarla o cualquier otra cosa que acabara con aquello pero, si lo pensaba detenidamente, su forma de tocarlo, de rozarlo, iba más allá de una sencilla

insinuación sexual, implicaba una intimidad desconocida para él.

¿Quizá confianza?

Porque llevarla a su casa, donde muy pocas podían aseverar haber estado y mucho menos pernoctado, ya había sido un gran paso por parte de él, así que quizá, un quizá enorme, ella había advertido ese gesto y del mismo modo se veía impulsada a actuar con la normalidad que implica compartir un espacio personal.

Se trataba de una cuestión digna de una buena sesión de diván; sin embargo, hacía tiempo que lo de psicoanalizarse había perdido su gracia, por lo que seguramente terminaría en un bar, cómodamente instalado y con unas cuantas cervezas de importación de acompañamiento para discutir estos pormenores con Ewan, un apasionado del comportamiento humano y, sin duda, el único que parecía entenderlo.

—Mmm —ronroneó ella muy cerca de su oído mientras le lamó el lóbulo y lo sacó, sin saberlo, de sus disquisiciones.

Avanzó un poco más y de los besos pasó a los mordisquitos, dejándole alguna que otra marca, aunque en seguida se dio cuenta de que debía comportarse aún peor.

Con ropa deportiva no estaba lo que se dice muy seductora, por lo que iba a tener que esforzarse mucho más. Echó en falta en el acto el camisón negro de la discordia: con esa prenda encima hubiera resultado mucho más sencillo, pues ya tendría la mitad del trabajo hecho. Nada mejor para estimular el sentido de la vista que enseñar a medias.

Puesto que el exceso de iluminación jugaba en su contra, se acercó hasta el interruptor y lo apagó, de tal forma que ahora solo la luz de los electrodomésticos iluminaban la cocina.

Desde luego el ambiente era de lo más propicio.

—Has creado el escenario perfecto, a ver cómo te desenvuelves ahora —la provocó con voz ronca.

Se situó frente a él y pasó las manos por todo su torso desnudo hasta llegar a la parte abultada de sus pantalones, la cual acarició lentamente, por encima de la tela, sin dar muestras de querer profundizar un poco más. Ello suponía un intolerable descuido del que Patrick hizo mención.

—Desnúdame. Ya.

Antes de colocarse de rodillas frente a él, le sonrió de medio lado, imitando tal vez uno de sus gestos más carismáticos.

Se apoyó en sus muslos y le instó a que se levantara levemente para deshacerse de la ropa; se ocupó de quitárselo todo y tenerlo a su merced.

—Espero que sepas lo que vas a hacer —murmuró intentando sonar gracioso, aunque, ciertamente, aquella situación era de todo menos graciosa.

Ella sonrió de medio lado pero no rompió el silencio.

Se inclinó hacia delante y atrapó solo la punta de su polla entre los labios, lo suficiente para que él diera un respingo, al sentir la presión, humedad y calor en la parte de su cuerpo que en ese instante podía considerarse la más sensible.

La mantuvo así, en su boca, sin querer metérsela hasta el fondo, solo lamiéndole el glande, moviendo la lengua de tal forma que estimulaba cada recoveco, sensible en extremo.

—Joderrrrr —siseó dejando caer las manos a los lados para no agarrarla del pelo y embestirla como un poseso.

De nuevo tuvo que sacar fuerzas de a saber dónde para permitirle continuar.

Helen movió su boca, abarcándole aún más, y bajó la cabeza hasta rozar con los labios su vello púbico, dejándolo, literalmente, sin aliento.

Patrick no podía comprender cómo esa mujer lo inmovilizaba de ese modo, pues lo tenía allí sentado, en la cocina, ¡por favor, en la cocina!, que *a priori* nunca había asociado al sexo, pero por lo visto lo doméstico y ella iban de la mano.

—Sigue... —farfulló con los ojos entrecerrados.

Continuó apretando los dientes mientras ella, de rodillas frente a él, recorría toda su erección, una y otra vez, presionando con los labios cada centímetro que abarcaba.

Si ya le estaba resultando difícil permanecer sentado, cuando sintió una mano que le agarraba las pelotas tuvo que echar la cabeza hacia atrás, separar aún más las piernas y decirle, sin palabras, que podía hacerle cuanto quisiera, que estaba en sus manos y que no se oponía a nada.

Helen también lo entendió así y, abandonando momentáneamente su pene, bajó aún más para chupar también sus testículos, arañándose los con los dientes mientras que sus manos, una en el estómago, acariciándolo, y la otra en su polla, masturbándolo, lo mantenían en un constante estado de alerta y tensión.

—Vas a acabar conmigo —gruñó arqueando levemente las caderas, que, de seguir así, comenzarían de un momento a otro a embestir, tal y como su instinto le pedía.

Ella solamente ronroneó, sin dejar de estimularlo con la boca.

Patrick, concentrado como estaba en la mamada del siglo, eso como poco, tardó más de la cuenta en percatarse de que ya no le acariciaba el estómago, sino que esa mano ahora buscaba, tentaba más bien, por debajo de sus pelotas y que se acercaba de forma sigilosa y peligrosa a su perineo y de ese punto a la siguiente parada había muy poco trecho.

Respingó cuando ese dedo presionó por debajo de sus testículos, una zona a la que a buen seguro no había prestado toda la atención que requería, pues se sorprendió por la sensación tan extraña, que no molesta, que percibió.

Si alguna vez alguien le había tocado ahí no lo recordaba; sin embargo, ahora solo deseaba que ella continuara, a ver hasta dónde llegaba.

Puede que se hubiese activado esa alarma interna que todo hombre tiene, pero la mandó acallar a la espera de ver hasta dónde era capaz de llegar su asistente.

Helen, cada vez más animada, repitió la operación, aumentando la presión y dejando que ese dedo resbalase un poco más abajo.

Si él se apartaba, volvería al método tradicional.

Patrick no supo por qué ni cómo, pero su erección reaccionó poniéndose aún más

rígida, como si de un resorte interior se tratara, lo cual, a su edad, ya era toda una revelación, pues pensaba que lo había visto y experimentado todo.

Tuvo que reconocerlo en voz alta, pues su cuerpo respondía de una forma increíble.

—Haz conmigo lo que quieras... —jadeó ya entregado por completo a sus manos, a su boca o a lo que fuera. No tenía sentido cuestionarlo.

Permanecer inmóvil con lo que estaba sintiendo ya no era posible. Necesitaba hacer algo con sus manos y las levantó para posarlas sobre su cabeza y hundir los dedos en su pelo, aún húmedo.

De haberlo tenido largo lo habría enredado en un puño y tirado de él al ritmo de sus lametones.

De nuevo observó, con el extraño juego de luces creado por la iluminación de los electrodomésticos, cómo su polla desaparecía entre esos labios, carentes de maquillaje, naturales. Cada centímetro de su erección era estimulada, pero no solo desde el plano físico, pues todo lo que en ese momento de la madrugada los rodeaba suponía en sí toda una revelación.

Gimió desesperado, escuchando a su cuerpo pedir entrar en acción, dejarse de contenciones. Ante la avalancha de estimulación no podía aguantar indefinidamente y sintió el primer aviso de que su orgasmo era inminente.

—Joder, sí, hasta el fondo... —gruñó arqueándose para metérsela sin contemplaciones.

Ella también lo percibió, así que levantó la mirada y se quedó unos segundos memorizando su expresión de completa entrega, con los ojos entrecerrados a la espera de que le diera el golpe de gracia.

Y no se demoró en ello: succionando con más brío, movió la mano entre sus piernas y lo que había sido un tanteo pasó a mayores. Presionó con un dedo en su ano, ya no solo con la idea de tantearlo y provocarlo, iba a por todas, por lo que, sintiéndose perversa y, sin duda, atrevida, introdujo ese dedo, logrando que él, inmediatamente, se corriera en su boca.

—Más seco que la mojama.

Helen parpadeó y, la verdad, no supo cómo reaccionar, pues no sabía si eso significaba que le había gustado o no, pero no quiso preguntar, pues lo más probable era que se saliera por la tangente, así que simplemente fingió interés.

—¿Mmmm? —inquirió, aún de rodillas frente a él, esperando que añadiera algo más, a ser posible esclarecedor, porque... no sería capaz de quejarse.

¿O sí?

Patrick inspiró en profundidad; se pasó una mano por la cara intentando despejarse para poder decir algo coherente.

Los segundos pasaban y él no hablaba, y, claro, se sintió ridícula, en aquella postura *a priori* de lo más servil, pese a que le tenía cogido por los mismísimos, pero conociéndolo...

—Que me has dejado seco —murmuró aclarándose la garganta una vez más.

Lo cierto es que se estaba quedando corto, pero hasta al cabo de al menos diez minutos no sería persona para armar una frase coherente.

A Helen, tras aquella confesión, de lo más sarcástica para no perder la costumbre, no le quedó más remedio que echarse a reír tras mirarlo de nuevo y comprobar que lo decía completamente en serio.

Solo él era capaz, tras un episodio de sexo oral, de decir algo semejante.

Patrick miró hacia abajo y se unió a ella; joder, el comentario le había salido del alma y sabía que no abarcaba, ni de lejos, cómo se sentía realmente.

Si lo pensaba con detenimiento, lo que acababa de hacerle resultaba difícil de entender, no por el procedimiento en sí, a saber cuántas mamadas le habían hecho a lo largo de los años... Pero, dicho sea de paso, no les prestaba la atención debida, se limitaba a correrse en la boca de una mujer sin nombre o a veces ni tan siquiera eso, pues su cuerpo no siempre disfrutaba del sexo.

Lo que le estaba dando que pensar era todo lo que rodeaba sus encuentros con la Fea, es decir, vale, la parte física la dominaba, pero, y era un gran pero, lo que le preocupaba e inquietaba, pues no sabía muy bien cómo enfrentarse a ello, era lo que giraba alrededor de ambos cuando estaban juntos y ese dato, para un tipo como él, dispuesto a no dejarse llevar por ninguna clase de sentimentalismos, debía encender de inmediato todas las alarmas habidas y por haber.

Sin embargo, allí estaba, sentado en la silla de la cocina, con una mujer arrodillada a sus pies, disfrutando del momento posfelación más extraño, aunque gratificante, de su vida.

Pero lo más importante de todo era que ella sonreía. Eso no tenía por qué resultar relevante, pero así era. Y, la verdad, aparte de surrealista, era para mirarla y no dejar

de hacerlo.

Era otra mujer.

¿Cómo no se había percatado antes de ello?

En un gesto sin precedentes, estiró el brazo y le acarició el rostro de una forma sencilla pero denotando que de alguna manera ella no le era tan indiferente como podía parecer, le importaba.

Ella debió de intuir el rumbo de sus elucubraciones y cambió el gesto. Como si se avergonzara no solo de ello, sino de lo que acababa de hacerle.

La vio levantarse y salir, huir, de la cocina. Así que, a pesar de jorobar su relax posmamada, tuvo que levantarse para seguirla. De ninguna de las maneras iba a permitir que siguiera evitando hablar cara a cara, quería saber la causa de su comportamiento, por qué cojones se encerraba en sí misma.

Sin importarle lo más mínimo que su ropa se quedara tirada en el suelo de la cocina, caminó con decisión hasta el dormitorio, donde a buen seguro la encontraría.

Y así fue; cuando abrió la puerta, ella salía del cuarto de baño para meterse en la cama y acostarse.

Mosqueado, encendió las luces y anduvo hasta el lecho, apartó la inoportuna sábana, sabedor de que ella la querría para taparse, y se sentó apoyándose en el cabecero.

—Tenemos que hablar —murmuró él recurriendo a un tópico en el mundo de las relaciones de pareja.

Puede que esta no se rigiera por los cánones habituales, pero no había otra forma de calificarla.

Como era de esperar, ella lo ignoró y se giró, dándole la espalda, para taparse hasta la barbilla, como si nada ocurriera. Patrick se encargó de que no se ocultase bajo ella y la destapó rápidamente para encontrarse una figura de mujer en posición fetal.

—Puesto que no vamos a pegar ojo y que tenemos una larga conversación pendiente, te sugiero que te pongas cómoda, porque no pienso dejar que duermas hasta no haber aclarado varios puntos.

—No tenemos nada que aclarar y, por favor te lo pido, no me obligues a buscar un taxi a estas horas para irme a casa —le espetó sin moverse de su posición, suplicando en silencio para que se diese por vencido—. Mañana a primera hora te dejaré tranquilo, no sufras, no pienso quedarme en tu casa.

No tenía la menor intención de compartir confidencias de madrugada con un tipo como él. Hasta ahora no lo había hecho y al menos esa parte de su intimidad quedaba intacta, no iba a permitirle que indagara ahí.

—Primero... —prosiguió él haciendo oídos sordos a su ruego—, estoy hasta los cojones de que te encierres en ti misma. Siempre es igual; se supone que a las mujeres os gusta hablar después de follar, pero tú no, siempre te callas, te apartas... En definitiva, te escondes y quiero saber por qué.

Ni de coña iba a ceder, así que, tapada o sin tapar, iba a continuar.

—Por favor... —gimió cubriéndose con la almohada en un gesto de lo más infantil.

—Segundo, tu manía de fingir lo que no eres.

Helen, al oír el primer punto pudo pasar olímpicamente, ya que se limitaba a exponer un hecho, pero el segundo implicaba una acusación y encendió una alarma en su interior.

—Hablemos mañana —rogó intentando ganar tiempo, ya vería el modo de no volver a propiciar una situación tan incómoda e íntima como esa.

Patrick, que se temía una reacción así, se inclinó hacia ella y la obligó a moverse para tenerla cara a cara antes de proseguir.

—He visto fotos tuyas...

Helen apretó los labios.

—No tenías derecho a...

—Parecías otra. Una mujer elegante, sofisticada. Vestida con gusto, con un corte de pelo que te favorecía... ¿qué cojones te pasó para tener esa fijación por el estampado floral de tapicería a la hora de elegir vestuario? Sobre las de tu período punk gótico o lo que sea mejor ni hablamos, me dan yuyu solo de pensarlo.

—No es asunto tuyo...

La vio tragar saliva, sin duda avergonzada, pero continuó su discurso.

—Pues yo creo que sí —la contradujo inclinándose sobre ella; quizá era una pose intimidante, pero necesaria para que no empezara a escaquearse—. Quiero saber por qué me has mentado. ¡No tienes cuarenta años!

Ella aguantó las ganas de llorar y tuvo que esforzarse para no gritar y mandarlo al carajo, por meticón, por tocar una parte de su vida que no deseaba compartir con nadie y por haber investigado a sus espaldas.

Bueno, por esto último no podía quejarse, nadie investiga a una persona proclamándolo previamente a los cuatro vientos.

—Y por si fuera poco, lo de mentirme digo, te comportas de una forma a todas luces incomprensible, en especial cuando me evitas tras darnos un revolcón. Solo mientras follamos creo verte tal y como eres en realidad. Desinhibida, ardiente, pasional... sin embargo, después aparentas ser una mujer sin vida interior, apagada. Quieres pasar desapercibida y, para ello, aplausos por favor, te disfrazas de abuela.

Helen ya no podía más, así que abandonó su postura recostada y se sentó en la cama, apartándolo de un empujón para que al menos le dejara su espacio.

—No tienes ningún derecho a criticarme —le espetó sabiendo que en breve las lágrimas harían su aparición—, me cuestionas, me criticas... y qué me dices de ti. ¿Por qué has tenido que fijarte en mí? ¿Es algún tipo de apuesta?

—No digas chorradas —dijo con su tono de perdonavidas mientras negaba con la cabeza ante lo que con toda probabilidad iba a ser un arranque de histeria femenina.

—¡Contesta! ¿Lo haces para después ir contándolo en una de esas fiestas en las

que gente como tú, aburrida, con dinero y mucho tiempo libre, os contáis las batallitas? Estoy segura de que en la próxima reunión ganarás por goleada.

—Pero mira que dices majaderías. —Le puso una mano en la frente para ver si la fiebre había repuntado, pero ella lo apartó de un manotazo impidiéndole hacer las oportunas comprobaciones.

—Pues entonces explícame por qué yo. Puedes tener a quien se te antoje, tanto mujeres como hombres babea por ti y, sin embargo, me eliges a mí. ¿Es algún trauma psicológico?

—Mira que eres burra...

—Eres impertinente, insoportable, tienes serios problemas a la hora de relacionarte con aquellos que te caen mal, entre los que se incluye la mayoría de la población mundial; no conoces la diplomacia... ¿sigo?

—Esto va para largo, ¿me equivoco? —Suspiró entendiendo que ella había abierto la puerta a las recriminaciones y, la verdad, ¿para qué impedirselo? Al fin y al cabo, le vendría bien desfogarse, a ver si después de sacar todo ese malestar por el que callaba constantemente podía mantener una conversación decente.

Helen se puso en pie y empezó a pasearse por el dormitorio, intentando no distraerse con la visión de él, semidesnudo, sentado en la cama, en una postura casual pero que parecía ensayada, o al menos producía en su interior el mismo efecto.

—Tienes la curiosa costumbre de dar la vuelta a la tortilla, de tergiversar cualquier discurso para salirte con la tuya. Miras a todo el mundo por encima del hombro y te crees poco menos que Dios. Hablas en un tono de perdonavidas que acojona a la gente, pero yo estoy hasta la peineta, de ti y de tus tonterías.

Patrick no se perdía detalle de sus movimientos; con cada palabra que pronunciaba levantaba los brazos para dar más énfasis a su discurso y con ello conseguía que su delantera bamboleara de forma provocadora, pese a que lo que ella decía tenía bastante importancia, pero hay cosas que la mente masculina no puede procesar correctamente con ciertos estímulos visuales. Si quería atender sus demandas, lo mínimo que podía hacer era no moverse tanto, a ver si con un poco de suerte no terminaba viendo su culo, ya que pensar lo que tapaban sus bóxers le ponía cardíaco.

—Y no olvidemos tu comportamiento infantil y caprichoso la mayor parte del tiempo; traes a todos por el camino de la amargura con tus estúpidas peticiones...

Patrick arqueó una ceja ante la sarta de recriminaciones. No, desde luego que no se estaba guardando nada. Se cruzó de brazos y lamentó haber dejado de fumar; escucharla a la par que echarse un cigarrito con aliño especial hubiese sido la hostia.

—Y lo peor de todo: tu irresponsabilidad. Te pasas el día haciendo esperar a los demás, retrasando el trabajo, tirando por la borda el esfuerzo de muchas personas para que todo salga adelante y ¿qué hace el señorito? Montar un *show* porque su camisa tiene una arruga o protestar porque el agua mineral no es de marca megapija de nombre impronunciable.

«Joder, ¿es que no va a acabar nunca?», pensó Patrick escuchando de su boca lo que Ewan se empeñaba en repetirle a la menor oportunidad posible; claro que siempre lo mandaba a freír espárragos, por muy amigo que fuera. Aunque, la verdad, tenía mucha más gracia oírsele decir a ella, en especial por cómo fruncía el entrecejo.

Iba a ser un placer desenfadarla...

—Sigo sin comprender tu comportamiento; por más que lo analizo y lo reflexiono, no entiendo cómo un tipo así ha llegado tan lejos.

—Lo mismo piensa mi hermano —apuntó para que aquello no se convirtiera en un monólogo.

—Y para rematar, juegas conmigo, solo Dios sabe por qué, al buen samaritano, sacándome de mi casa y ocupándote de mí...

Helen hizo una pausa para respirar y para recapacitar.

¿De verdad estaba soltando por su boca todas esas lindezas?

¿Qué estaría pensando don caprichoso, ahí, callado y mirándola fijamente?

Sin duda ya habría establecido una teoría coherente basándose en su comportamiento: estaba loca de remate.

—Me rindo —dijo finalmente resignada.

Había tenido su momento de desquite, pero ya no quería más. Nada iba a cambiar y prefería acostarse, dormir aunque fuera un par de horas y volver a su rutina al día siguiente.

Él esperó a que se acostara antes de retomar lo verdaderamente importante, ya que escuchar sus propias características le aburría.

—¿Has acabado ya? ¿Te has quedado a gusto? —preguntó con recochineo sabiendo que ella con toda probabilidad ya no tendría nada más que decir—. Bien, pues volvamos a lo que me interesa: tu cuestionable y apasionante episodio de locura transitoria, que te ha convertido en la fea más fea de la historia, y tu obsesión por salir en el *Libro Guinness de los récords* como la peor vestida durante más días consecutivos. ¿Vas a contarme qué pasó o tengo que investigarlo?

—¿Por qué te interesa? —preguntó enfurruñada.

—Al final lo averiguaré, no lo dudes —aseveró convencido y notó cómo a ella le inquietaban tales palabras—. Y, por si no te has dado cuenta, ya que pareces conocerme tan bien... —lo dejó caer con ironía—, me interesan pocas cosas pero, y he de confesar que también me sorprende, me interesas tú. Y antes de que lo preguntes, no tengo ni la menor idea del motivo. Pero me importa un carajo.

Con cada palabra Helen se mostraba cada vez más atónita a la par que desconfiada, pues, cuanto más decía, más sospechaba que sus intenciones no podían ser nada buenas.

—Es tarde, averígualo mañana —refunfuñó.

Patrick se echó a reír; por fin un poco de cinismo en vez de tanta jodida sumisión. En apariencia, claro, pues esta no tenía ni un ápice de sumisa.

—Pues va a ser que no. Me he desvelado y, la verdad, esto de pasarse la noche en

vela tiene su atractivo. Ah, como en los viejos tiempos... Pero no desvíes la conversación. Mañana, a primera hora... No, a primera hora no porque estaremos hechos polvo, me acompañarás a casa de Berto. —Ella se puso como un tomate maduro y eso le encantó—. Yo lo decía con la intención de elegir tu nuevo vestuario, aunque por lo que veo tu idea debe de ser muchísimo mejor. Después, correré el riesgo y te arrastraré hasta mi peluquero; te garantizo que, tras partirse el culo de risa al verte, te dejará el cabello decente.

—No pienso ir contigo a ningún sitio. —Se mostró obstinada. Por ahí sí que no pasaba.

Él sonrió de medio lado y se acercó a ella, quedándose tan solo a tres centímetros de su cara para darle a entender que no admitía réplica en ese asunto.

—Ah, y antes de que se me olvide, pese a que aún no lo sé todo sobre ti, quiero que te traslades a vivir conmigo.

—¡¿Cómo?! —graznó completamente descolocada; de todo cuanto podía ocurrírsele, eso era lo más estrambótico de todo—. ¡No pienso vivir contigo! Eres... eres... —balbuceó sin encontrar el calificativo más apropiado.

—Ya sabes cómo soy, lo has dejado bien claro. Así que, ya que me conoces tan bien, ¿quién mejor para convivir conmigo?

Patrick se encargó de cerrarle la boca posando un dedo en su mandíbula y empujándola hacia arriba. Si quería ser sincero, debía admitir que él también estaba bastante sorprendido por su propia petición, pero, a medida que pasaban los segundos y la idea iba tomando forma, le parecía cada vez mejor.

Por supuesto a ella la espantaba, eso como mínimo.

Bien, una vez que había dejado caer la bomba, tocaba pasar a la fase dos y hacerle ver que era una propuesta cojonuda.

—Estás... ¡como una regadera! —exclamó, y luego esperó para que él pudiera organizar sus pensamientos y ofrecerle una explicación razonable.

—No te digo que no —convino con media sonrisa—. Sin embargo, piénsalo bien. Eres mi asistente, tienes que ocuparte de mí y de todos mis asuntos, para ello nada mejor que compartir techo y así te será más fácil saber qué preciso en cada momento. Si, además, tenemos en consideración el innegable atractivo sexual que nos une... o sea, que me gusta follar contigo, para decirlo alto y claro y evitar confusiones, no veo una solución mejor. Tu apartamento es ridículamente pequeño, aquí, si te empeñas... —hizo un gesto burlón—, tendrás tu despacho para llevar al día la agenda y esas cosas de la organización que tanto te ponen.

Helen negó con la cabeza mientras intentaba no insultarlo; con ese hombre no haría carrera, siempre pensando en sí mismo.

—Esto es una pesadilla... —murmuró cerrando los ojos. Quizá, si no prestaba atención, él terminaría por callarse y dejar de soltar estupideces, porque se estaba superando a sí mismo.

—Oye, no te hagas la interesante ni mucho menos la difícil —dijo en tono zalamero tirando de su camiseta con la intención de levantársela—, que hasta la fecha no te has resistido lo que se dice mucho y, la verdad, te lo agradezco.

Como era de esperar, opuso resistencia; sin embargo, no estaba por la labor de forcejear indefinidamente, así que, en un rápido movimiento, se tumbó sobre ella, inmovilizándola y, aprovechando el factor sorpresa, le izó los brazos por encima de la cabeza.

—Ni se te ocurra... —lo previno.

Aunque para lo que le sirvió...

—Esto podemos hacerlo de forma sencilla, rápida e indolora... o por el contrario obligarme a buscar a estas horas un par de cuerdas para amarrarte a la cama y jugar a los esclavos. Ni que decir tiene que yo seré el amo y señor y te advierto que mi lado déspota hace mucho que no sale a jugar. —Movié las cejas sugestivamente para enfatizar su propuesta y que ella solita eligiera, aunque prefería la primera opción, pues a esas horas no le apetecía ni lo más mínimo levantarse y buscar en el garaje... a

saber dónde podía encontrar cuerdas, si las había, claro, porque él solo se acercaba a esa parte de la casa en contadas ocasiones y como ahora no podía ni conducir...

—No estoy de humor —rezongó girando la cabeza para no perderse en su mirada y terminar gritando «¡átame!» o alguna estupidez similar.

—Pues yo sí —murmuró antes de bajar la cabeza.

Helen sabía que iba a besarla y tragó saliva, desde luego le pasaba cada cosa...

Él, sonriendo victorioso, le lamió primero los labios, invitándola a que los separase para poder adentrarse en su boca, cosa que hizo nada más notar cómo ella suspiraba.

La besó a conciencia, metiéndole la lengua a fondo, sin darle tiempo a pensar o a reaccionar. Quería su total rendición, nada de medias tintas.

Sin dejar de posar sus labios sobre su piel, primero devorándole la boca y después buscando cada terminación nerviosa de cuello y oreja, metió las manos bajo su ropa y empezó a desnudarla. Hubiera preferido un numerito de macho alfa «rompe todo lo que se le ponga por delante», pero se encontraba demasiado impaciente como para comprobar la más que probable calidad del tejido de sus propias prendas.

Nunca compraba nada que no fuera de marca, así que, como no tenía unas tijeras a mano, debía desnudarla de una forma más ortodoxa.

Sin nada de cintura para arriba, tenía a su disposición un buen par de tetas a las que mordisquear y lamer, y se puso a ello.

Atrapar el pezón entre los dientes y tirar de él estaba muy visto, así que buscó una alternativa.

Mientras la encontraba, la acarició superficialmente hasta que se le ocurrió el modo perfecto de excitarla, ser creativo y divertirse.

—Cuenta conmigo... —pidió justo antes de apretar un pezón entre los dedos—. Uno, dos, tres...

—No... —jadeó apretando los labios ante el repentino dolor.

¿Dónde estaba el placer?

La respuesta la obtuvo cuando al llegar a diez él aflojó la presión e inmediatamente alivió la zona con un lengüetazo, logrando un gran contraste al sentir la piel húmeda.

—Te quedan divinamente —indicó señalando los bóxers que le había prestado—, pero creo que debajo está lo realmente interesante.

—No puedo creer que después de todo lo que hemos hablado tengas ganas —lo acusó sin ser del todo sincera, pues ella también lo deseaba, con la única salvedad de que negaba la evidencia y él aceptaba sus deseos.

Patrick se encogió de hombros indiferente; no tenía por qué preocuparse por asumir sus necesidades.

—Me has dejado seco, no lo niegues.

—¿Entonces?

—Por alguna extraña razón es así, me muero por follarte, así que dame

facilidades, que no son horas de hacer virguerías.

—Eres imposible...

—Diez... nueve... ocho...

De nuevo empezó a contar, pero esta vez de forma regresiva, para aplicarle al otro pezón la misma práctica.

—Esto es sadismo —apuntó ella arqueándose.

Había empezado a encontrar el placer dentro del dolor y, por increíble que pareciera. Quería más.

—No lo dudes —sentenció satisfecho al saber que sus esfuerzos daban resultado. Terminó lamiéndole el pezón, tal y como había hecho con el otro—. Levanta el culo —ordenó y tiró del elástico para que ninguna prenda se interpusiera entre sus deseos y su cuerpo.

Helen obedeció; aun así no entendía cómo era posible que, tras la reveladora conversación, él actuara como si nada y casi a las cinco de la madrugada estuviera dispuesto a echar un polvo. Saltaba a la vista que a ese hombre le daba exactamente igual lo que le dijese, su libido no se veía afectada con nada.

Bueno, la suya tampoco.

—No sigas —le pidió empujándolo—. No soy como tú, para mí no es tan sencillo.

Él frunció el ceño ante ese tono lastimero.

—Vas lista si crees que poniendo carita de pena vas a conseguir que desista. —Metió una mano entre sus piernas y las yemas de sus dedos se impregnaron de sus fluidos, certificando lo que ya sospechaba—. Estás mojada, caliente... Y no me extraña, después de lo que me has hecho en la cocina deberías estar de rodillas, suplicándome que te folle. Pero, siguiendo tu manía habitual de decir lo contrario de lo que piensas, me mientes. Aunque, como siempre, para el buen funcionamiento de las cosas, no te hago ni puto caso.

Se acomodó entre sus piernas, obligándola a separarlas para acogerlo y, agarrándose la polla con una mano, comenzó a restregarla contra sus labios vaginales, todo ello sin dejar de mirarla fijamente a la cara, observando cada una de sus reacciones.

Si solo se rozaba, ella disimulaba inspirando.

Cuando presionaba y hacía un amago de penetrarla, ella apretaba los labios, preparándose, sin duda, para recibirlo.

Se posicionó sobre su clítoris, estimulándolo eficazmente, y ella gimió; saltaba a la vista que se contenía, así que estaba en sus manos lograr que se expresara sin tantos tapujos, como a él tanto le gustaba.

Como una mujer dispuesta a un polvo inolvidable.

—Ya sabes que me gusta oírte gritar —indicó sin dejar de frotarse al tiempo que inclinaba la cabeza y atrapaba su labio inferior entre los dientes y tiraba de él.

Ella cerró los ojos, ¿cómo se podía tener tan poca fuerza de voluntad?

La respuesta, que había evitado durante demasiado tiempo, resultaba obvia: estaba completamente enamorada de él.

Ya podía tomarle el pelo, vacilarla o soltar esas perlas de ególatra o cualquier otra cosa, que siempre conseguía dominarla y hacerla caer.

Bueno, se dijo, aceptar y reconocer el problema es el primer paso para solucionarlo.

Sin embargo, cuando un hombre, con cuestionables intenciones, está situado entre tus piernas dispuesto a poner en práctica sus *terribles* habilidades sexuales, una no es capaz de enfrentar ninguna situación, pues todas sus hormonas al unísono se rebelan contra la razón y toman el control.

—Y aún no has gritado como es debido —prosiguió sonriendo con aire de suficiencia, sabedor de que acabaría chillando como una posesa—. Eso me da qué pensar... —Hasta se frotó la barbilla, sobreactuando un poco—. ¿Lo estoy haciendo bien? ¿No te has puesto a tono? ¿Tengo que esforzarme más?

Helen resopló, de las tres opciones seguro que aplicaba la segunda y recaía sobre su persona toda la responsabilidad, para no variar.

Terminó esbozando una sonrisa; había que reconocerlo, no perdía el buen humor a pesar de sus constantes puyas; cualquier otro ya hubiera empezado a soltar improperios.

Cierto era que no se mostraba muy colaboradora, a pesar de que, tras el episodio de la cocina, se encontraba más que excitada; sin embargo, con el jarro de agua fría en forma de conversación incómoda, había aplacado levemente su excitación.

—Pues no se hable más, a esforzarme. Te lo debo.

Era lo último que esperaba oír, la verdad, así que, sorprendida por su comentario, no se percató hasta que fue demasiado tarde de que se deslizaba hacia abajo y, antes de que tuviera tiempo de cerrar las piernas, él ya la lamía entre ellas, exagerando, obviamente, con ruiditos de lo más obscenos, con la idea de tentarla aún más.

Cuando le separó los labios vaginales con delicadeza, inspiró profundamente: sabía lo que venía a continuación, pero el cerebro siempre parece empezar de cero a la hora del sexo, como si nunca antes se hubiera disfrutado de aquella experiencia.

—Patrick...

—Repítelo —ordenó bruscamente.

Era la primera vez, y mira que habían follado veces, que ella pronunciaba su nombre, que dicho entre jadeos sonaba como música.

Helen se dio cuenta del atrevimiento, pues hasta el momento se había cuidado muy mucho de ello. Murmurar el nombre en ese tono de completo abandono se acercaba bastante a la idea de mostrar debilidad, o de, al fin y al cabo, delatarse y decirle a las claras que ya podía ir apuntándola al club de las tontas enamoradas de Patrick Baker.

—¡He dicho que lo repitas! —exigió en su tono más seductor insertando un par de dedos en su vagina y curvándolos en su interior.

A ella se le formó un nudo en la garganta y tardó más de la cuenta en obedecer.

—Patrick... —intentó que en esa ocasión sonara mucho más impersonal.

Fingir que era una más de esas tontas cabeza hueca con las que él acostumbraba a acostarse, marcando así un mínimo de distancia, podía ser beneficioso para su paz mental, pues si no se andaba con cuidado también podía aplicarse ese calificativo a su persona.

—Mmmm —murmuró encantado de que por fin mostrara algún gesto, aunque mínimo, de que, igual que para él, aquello no solo era follar.

Había dado el primer paso invitándola a que vivieran juntos... de acuerdo, de una forma un tanto surrealista, pero los hechos son los que cuentan.

Desde luego era un gran avance; hasta la fecha no había querido traerse a casa a ninguna mujer, así que, pese a que podía salir mal, le apetecía intentarlo. Nada de declaraciones melodramáticas y contestaciones llenas de hipidos producto de la emoción. Que fueran pasando los días y después ya se vería.

Como personas adultas, asumiendo cada uno su parte del trato.

Joder, si en el fondo era como su hermano, un negociador nato.

Aparcó tales consideraciones y se dedicó a lo que tenía entre manos, recorriendo con su lengua cada recoveco, cada pliegue, buscando y estimulando cada sensible punto y disfrutando al verla jadear y arquearse, síntoma inequívoco de lo cerca que estaba de correrse.

Podía dárselo. De continuar estimulándola de ese modo en apenas dos minutos ella le tiraría del pelo y se correría en su boca, algo, ni que decir tiene, satisfactorio, pero, por uno de esos extraños caprichos masculinos prefería penetrarla y conducirla al clímax de esa manera «más tradicional».

—¿Qué ocurre? —preguntó al verse privada de lo que hasta aquel instante iba a catalogar como el mejor sexo oral de su vida.

Él sonreía frente a ella, y sin responder bajó la cabeza y la besó sin contemplaciones, compartiendo con ella el propio sabor de su cuerpo que aún permanecía en sus labios, mientras la penetraba en el mismo momento, logrando que ambos gimieran simultáneamente.

No quería limitarse a un perezoso balanceo, así que aceleró sus movimientos, embistiéndola con brusquedad. Puso las manos a ambos lados de su cabeza y, apoyándose sobre sus antebrazos, pudo continuar sus envites mientras que podía observarla.

Así es como un hombre puede perder la cabeza por una mujer. Contemplarla entregada al máximo, respondiendo a cada una de sus acometidas y hasta jadeando al mismo ritmo.

Sin prestar atención a nada más, solo a lo que entre ambos compartían.

—Estás muy cerca... lo noto. O mejor dicho, mi polla lo nota. Cómo me aprietas... —Bajó un instante la cabeza y lamió sus labios.

Sintió las uñas de ella en su trasero; sin duda terminaría con unas buenas marcas,

las cuales luciría orgulloso. Ella al menos obedecía y no se las dejaba donde pudieran verlas sus compañeros de trabajo.

Una pena, la verdad.

Estaba imprimiendo un ritmo frenético, digno de todo un campeón, pero haría cualquier cosa por dejarla satisfecha y totalmente rendida, algo a lo que, por supuesto, él también se uniría.

—Más —exigió azotándolo en el trasero para que no perdiera el ritmo. Estaba demasiado cerca como para detenerse y no deseaba correr riesgos.

—Por supuesto —convino rotando las caderas para que su pelvis la rozara con más intensidad.

Se inclinó de nuevo hacia ella y la besó violentamente, de la misma forma que la estaba embistiendo, sin medias tintas.

Metió una mano entre sus cuerpos hasta localizar su clítoris, el cual friccionó con un dedo, logrando que ella se aferrara con más fuerza a su cuerpo.

—Más... —insistió de nuevo agarrándole ahora del pelo, instándolo a que la mirase mientras se acercaba al orgasmo.

No había espacio para nada más. Únicamente para ellos dos, para lo que en ese instante se estaban diciendo sin articular palabra.

Helen se mordió el labio, clavó los pies en la cama y se arqueó, permitiendo que la penetración fuera más profunda y violenta, y a él le encantó su entrega. Pero no iba a quedarse ahí, tal y como había probado en la cocina buscó entre sus nalgas hasta localizar con un dedo su ano y, mientras él entraba y salía de su cuerpo, ella le insertó un dedo, dejándolo momentáneamente sin respiración antes de que gruñera, sumido totalmente en su clímax.

Para su sorpresa, salió rápidamente de ella, aún con el pene erecto, y se movió hasta poder posar la boca sobre su coño y lograr, en menos de treinta segundos, que ella gimiese y se corriera, saboreando cada segundo de su orgasmo.

Patrick se quedó unos minutos recostado sobre su estómago, disfrutando del silencio y de las caricias de ella, que se entretenía deslizando los dedos en su pelo.

Otro gesto de intimidad y confianza muy complicado de obviar.

Cuando parecía que sus respiraciones ya podían considerarse normales, él se movió hasta situarse a su lado y, para su sorpresa, tarareó una canción en la que ella había pensado no hacía mucho...

*All I ever wanted,
all I ever needed,
is here, in my arms.
Words are very unnecessary.
They can only do harm...*

Cuando ella aún parpadeaba sin comprender cómo había pensado en la misma

canción, Patrick remató la jugada dejándola, una vez más, sin argumentos.

—Buenas noches. —Se estiró para apagar la luz y la rodeó con un brazo para añadir en voz baja—: Por cierto, este domingo comeremos en casa de mi madre.

Una pesadilla.

La noche anterior había tenido una de esas horribles pesadillas.

Fue el primer pensamiento cuando se despertó, casi a las tres del mediodía, y se dio cuenta de que, además de dolerle todo el cuerpo, tenía la sensación de que la situación se le escapaba de las manos.

Era mejor recurrir a ese tópico que analizar seriamente lo ocurrido o, mejor aún, ser una cobarde de tomo y lomo y hacer como que no había oído nada.

No hizo falta girarse para saber que él continuaba dormido a su espalda, como siempre, cual marajá despreocupado.

Sin la menor consideración, se levantó; había aprendido la lección de que, cuando se andaba con sigilo, él se percataba, así que se puso en pie, buscó algo con qué taparse antes de subir las persianas y se marchó del dormitorio convencida de que en aquella casa había más cuartos de baño disponibles.

Patrick ni se inmutó, lo que vino a confirmar su teoría: ese hombre estaba mal de la azotea.

Tras asearse, bajó a la cocina, donde Davinia trasteaba. Daba gusto verla; puede que fuera una especie de ama de llaves encargada de toda la intendencia doméstica, pero iba vestida de forma elegante, nada de horrorosos delantales o chándales zarrapastrosos: unos sencillos pantalones de vestir azul marino y camisa blanca, de corte perfecto.

«¿Dónde hay que firmar para cumplir los cincuenta con ese aspecto?», se preguntó Helen sintiéndose una idiota con su camiseta y pantalón prestados; ni siquiera tenía ropa interior.

—Buenas tardes, Helen, ¿cómo estás?

La aludida sonrió afectuosamente ante la cordialidad de Davinia. Nada de fría educación, todo lo contrario.

—Algo cansada, pero mejor. Gracias por todo.

—Bah, tranquila.

Sin preguntarle, dispuso sobre la mesa lo necesario para servirle la comida, todo con eficiencia pero sin parecer estricta.

Helen se sintió algo fuera de lugar, pues comer allí sola, mientras Davinia permanecía de pie dispuesta a servirla, resultaba incómodo.

¿Cómo plantearle que la acompañara sin que se sintiera violenta?

Sin embargo, la mujer interpretó correctamente su silencio y dijo:

—No te preocupes por mí.

Helen le ofreció una sonrisa amable y se dispuso a comer, pues, la verdad, la intensa actividad nocturna tras un par de días enferma habían dejado sus defensas

bajo mínimos.

—¡Podrías haberme esperado, odio comer solo!

Casi se atraganta con la interrupción, ¿es que no podía saludar como todo el mundo?

Patrick se acercó hasta Davinia y la saludó con un maternal beso en la mejilla y esta lo retuvo unos instantes para decirle en voz baja:

—Compórtate, no se te ocurra hacer alguna de tus payasadas ni mucho menos quiero ver una salida de tono. ¿Estamos?

Él se quedó desconcertado ante la severidad de las palabras.

De acuerdo, dando por hecho que allí estaba en minoría, pensó mirando a ambas, se comportaría medianamente bien hasta que Davinia desapareciera, pues a buen seguro en breve querría coger un trapo y algún producto de limpieza para adecentar su dormitorio.

Se sentó a la mesa junto a su asistente y futura compañera de piso (y con el tiempo, lo más probable, algo más) y esperó, sin decir ni pío, a que le sirvieran.

Helen hizo una mueca. Maldita fuera, daba gusto verlo. Recién duchado, camisa blanca estudiadamente arrugada y pantalón vaquero hacía estragos en su voluntad; además, saberse en inferioridad de condiciones dado su aspecto acrecentaba esa sensación de ser una especie de adosada pobre a la que le hacen un favor inmenso.

—Avisaré a Ewan para que llame a una empresa de mudanzas y traiga aquí tus cosas —comentó una vez que se quedaron a solas.

Helen negó con la cabeza.

—No voy a vivir aquí.

—Aunque, la verdad, mejor sería no traer nada, ya que me ocuparé personalmente de que vuelvas a parecer una mujer elegante, así que toda tu cuestionable ropa irá a parar a la beneficencia, aunque me temo que lo quemarán directamente —continuó obviando, una vez más, sus deseos.

—Voy a pedir un taxi y me voy.

—También me ocuparé, como te indiqué, de montarte un despacho, no vaya a ser que por mi culpa no puedas llevar la agenda al día, que no seré yo quien frene tu carrera profesional.

A Helen no le pasó desapercibida la ironía de esto último.

Se puso en pie, cansada no solo por la actividad sexual, sino también por enfrentarse a sus caprichos.

—Quiero que te quede claro: no voy a abandonar mi apartamento. No voy a ser tu juguete y mucho menos a vivir aquí, aguantándote, soportando tus excentricidades y caprichos, solo para que al final tengas el dudoso placer de deshacerte de mí, echándome por la puerta trasera.

Patrick se retrepó en su silla y la miró.

—Desde luego, mira que eres tonta del culo —aseveró sin alzar la voz.

—Grrr...

—¿No te has parado a pensar que yo tengo mucho más que perder que tú?

—¡Lo que me faltaba por oír!

—Deja de hacerte la tonta, que tu coeficiente intelectual es envidiable, y piensa un poco. ¿Quién se está arriesgando? Yo. ¿Quién puede salir perjudicado si vives conmigo y decides airear mis intimidades a los cuatro vientos? Yo. ¿A quién preguntarán una y mil veces por qué estoy contigo y no con una modelo de infarto? A mí.

Si Helen oía alguna estupidez propia de una persona tan egoísta disfrazada de razón, volcaría sobre su impoluta camisa blanca toda la comida, pese a disgustar a Davinia.

—¿Y esos son motivos suficientes para pedirme que conviva contigo?

—Yo creo que he sido claro, no te he prometido nada que no pueda cumplir, evitaremos desilusiones y, reconócelo, tú estatus social se verá incrementado. De ahí mi interés en supervisar tu vestuario, no lo olvides.

—¡Qué manía tenéis la gente rica de hacer obras de caridad!

Patrick estiró las piernas; presentía una sarta de tonterías para rechazar una oferta inmejorable.

La escucharía, para que luego no fuera diciendo que no era un hombre comprensivo. No obstante, actuaría tal y como tenía previsto.

—No es caridad, es algo necesario. A ti no te va a costar nada y a mí me pone cachondo elegir tu ropa. Yo lo veo un trato justo.

—Es por dignidad. Yo sola puedo comprarme lo necesario, no quiero que un hombre, al que le sobra el dinero, gaste unos céntimos, como si yo fuera poco menos que una inútil incapaz de ocuparme de mí misma. Las mujeres no queremos regalos materiales, que para tipos como tú apenas suponen el esfuerzo de levantar el teléfono y pedirlos, como si fueran comida a domicilio.

—Joder, ahora tendré que anular el pedido del collar de diamantes... con lo que me costó decidirme —apuntó con ironía.

—¿Ves? Te lo tomas a cachondeo, no me escuchas, te importa un pimiento lo que yo sienta o lo que deje de sentir, haces cualquier cosa con tal de salirte con la tuya. —Hizo una pausa para respirar—. Únicamente importa tu punto de vista.

—A ver, que yo me entere, ¿qué debo hacer para que aceptes mi propuesta?

Helen levantó los brazos, pidiendo paciencia ante la cabezonería de ese hombre; así no había manera... Si le hablara a la pared, quizá obtendría mayor comprensión.

—¡Nada! —gritó frustrada—. ¡Absolutamente nada! ¿Es que no te das cuenta? No puedes obligar a las personas a someterse a tus dictados, que, dicho sea de paso, son caprichos pueriles, y menos aún sobornarlas con regalos.

—¿Qué significa «pueriles»? —preguntó para cabrearla.

Patrick sopesó las palabras; vale, quizá ella no se vendía por cuatro trapos y dos diamantes. Tal vez estaba acostumbrado a mujeres deseosas de vivir del cuento y satisfacer sus más tontos deseos para no perder su favor.

—¿Y si te lo pido por favor? —sugirió adoptando una actitud seria.

Tan seria que ella no se lo creía.

¿Dónde estaba la trampa?

—Mira, tienes que comprenderlo. Acepta que lo que nos ha pasado... —Se detuvo, pues se sentía bastante estúpida, ya que aquella escena, propia de un culebrón sentimentaloides, no tenía ni pies ni cabeza y había palabras que era mejor no utilizar — ha sido únicamente un... accidente.

Patrick se quedó callado, reflexionando.

Vale, ella era hábil, pues al igual que él mismo eludía la verdadera cuestión.

Tenía miedo de decir en voz alta ciertas palabras que sonarían cursis o ñoñas. Hacer referencia a los sentimientos personales no siempre resulta fácil para todo el mundo.

Nadie mejor que él para saberlo: se había declarado un montón de veces, siguiendo un guion, y al mismo tiempo se había sentido tan gilipollas pensando en si alguna vez tendría que hacer semejante majadería en la vida real.

La diferencia fundamental era que ahora no estaban dentro de un peli romántica, ni en medio de una novela con *happy end*, donde todo el mundo es bueno, donde nadie mete la pata (si lo hace, se le perdona tras pronunciar un triste «lo siento») y donde decir «te quiero» hasta el final de los días unas cien veces es lo más normal de mundo.

—Vale, siguiendo tu teoría del accidente... ¿Y si nos limitamos a ver qué pasa?

—No quiero, sé que al final serás cruel conmigo y no pretendo ser el objeto de tus burlas.

—Pues haberlo pensado antes, porque, la verdad, ahora ya no tienes escapatoria —aseveró mostrándose inflexible—. No te compraré ropa, de acuerdo, pero sí supervisaré tus elecciones —ofreció sacando su vena negociadora.

—Una oferta tentadora... sin embargo, sigues sin comprenderlo.

Patrick ya no sabía qué más alegar a favor de su causa, así que optó por pasar de la diplomacia a los hechos. Se incorporó y se acercó hasta ella, para acorralarla entre su cuerpo y la encimera de la cocina.

—Se acabó la tontería —murmuró bajando el tono para que sonara más amenazador.

Ella lo fulminó con la mirada. ¿No pensaría utilizar técnicas de macho dominante para convencerla?

—Estoy de acuerdo. Si eres tan amable de llamar a un taxi...

Patrick la agarró de las muñecas y la inmovilizó sujetándoselas a la espalda.

—Vas a obedecer. Te quiero aquí, conmigo, a mi lado. No me preguntes más por qué. Me importa una mierda el motivo, tu opinión y lo que piensen los demás. He sido sincero contigo, y no voy a mentirte, no sé adónde nos llevará todo esto, pero deja ya de marear la perdiz. Te mueres por decir que sí, lo noto...

Bajó la cabeza y buscó con los labios ese punto sensible en su cuello para lamerlo

y después continuar su avance en pos de la conquista.

—No vas a salirte con la tuya... y menos con una técnica tan manida como el sexo. Quieres confundirme.

—Eso ya lo veremos —alegó apretándose contra ella y restregándose de forma provocadora—. Sé que te cuesta aceptarlo, pero después de un revolcón vespertino estoy seguro de que cambiarás de parecer.

—¿Otra vez? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Las que hagan falta con tal de que te entre en la cabeza —adujo jugueteón calculando el tiempo que podía tardar Davinia en recoger su cuarto para poder llevarla allí.

Helen lo miró, iba en serio, de eso no había duda, pero ¿podría ella?

—Estoy... dolorida —musitó avergonzada y escuchó la risa de él junto a su cuello.

—Entonces tendré que ser extremadamente suave.

Dejó que la besara, tocara, excitara y, mientras su cuerpo iba reaccionando a todas esas atenciones, supo lo que debía hacer.

Eso sería una especie de despedida, el broche de oro.

Cuando él acabase rendido, se despediría en silencio y se marcharía a su casa.

Hablaría con John, le explicaría la situación y, con todo el dolor de su corazón, se despediría del trabajo.

Las manos de él ya se habían metido hacía unos minutos bajo su camiseta y la ausencia de sujetador daba más que facilidades a sus dedos, que, tal y como había prometido, la tocaban de forma suave, pero igual de efectiva que cuando se movían en modo brusco.

Patrick se sintió eufórico y la levantó para sentarla en la encimera de tal manera que pudo colocarse entre sus piernas y estimularla aún más, pues metió una mano dentro del pantalón y la encontró empapada.

No perdió el tiempo y le insertó un par de dedos, eso sí, con suavidad, nada de ir a lo bruto, que la chica había dicho que estaba dolorida. Muy bien, a sensible no lo ganaba nadie y, oye, se suponía que iba a convencerla, así que nada de arrebatos; todo candidez y suavidad.

Ella gimió y separó aún más las piernas, convencida de que, cuando fuera una anciana, tendría una bonita historia que contar a sus compañeras de residencia; comenzaría así: «Una vez estuve con un actor famoso...».

Una tos lo hizo detenerse inmediatamente y Helen, colorada a más no poder, vio cómo él sacaba los dedos de su interior y sin disimulo alguno se los lamía delante de ella, poniendo cara de auténtico placer.

Davinia pasó por la cocina, negando con la cabeza, en dirección al lavadero para ocuparse de las sábanas que traía del dormitorio principal.

Y él, divertido, sabiendo que ya tenía su alcoba lista, tiró de ella dispuesto a continuar en privado lo que habían comenzado.

Helen lo siguió, repitiéndose a sí misma: «Esto es el final».

Se sentía observada, no podía evitarlo, a pesar de no haber dicho nada a nadie y de haberse cubierto las espaldas, exigiendo a Patrick que mantuviera, por una vez en la vida, la boca cerrada hasta que todo se normalizara, so pena de desaparecer para siempre previo rapado de la cabeza. Eso último a él lo había horrorizado, pero terminó por aceptarlo.

Ahora, en el trabajo, realizando sus funciones, buscaba la manera de que no se notara su nerviosismo, porque, de verdad, no daba una a derechas y, claro, su fama de eficiente la predecía, por lo que todos aprovecharían para señalarla y de paso amplificar sus meteduras de pata.

Empezando por Ryan, quien, por extraño que pareciera, no se había dejado ver mucho y tampoco la había acosado, como venía siendo su costumbre.

Ella sospechaba que se debía a las intensas jornadas de trabajo en las que ahora se veía involucrado, porque debido a los resultados de la emisión de los primeros episodios grabados, habían decidido modificar parte de la trama para que Ralph, el personaje de Patrick, ganara protagonismo y tuviera muchas más intervenciones de las previstas inicialmente. Eso emocionaba a la petarda *star*, pero cabreaba a los guionistas porque tenían que retocar todo su trabajo y, sin duda, el más enfadado por todo aquello era el actor, pues ahora debía, como él remarcaba, aprenderse mucho más texto y, sobre todo, tener que estar más tiempo trabajando y en compañía de la Barbie, a quien seguía evitando como si de la peste se tratara.

En un principio, eso a ella podía venirle de perlas —ya que obtenía su espacio y él no la acosaba como hasta entonces—, pero, como siempre, él encontraba el modo de descargar culpas; en ese caso, ella era la diana de todos sus dardos, porque buscaba cualquier excusa para señalarla.

Y Helen, que empezaba a no hacerle tanto caso como debiera, se mostraba más o menos exasperada, para no perder la costumbre, aunque en el fondo podía comprender su mala leche; eso sí, se daba el gusto de hacerle notar que se pasaba tres pueblos.

—¡Qué cara te vendes! —exclamó Ryan al verla sentada en la cafetería.

Se sentó junto a ella y, como en los viejos tiempos, compartieron mesa, sin, de momento, mencionar lo sucedido entre ambos.

Helen se mostraba encantada de poder dejar ese tema en el baúl de los recuerdos y al parecer Ryan, tan acostumbrado a esos menesteres sexuales, lo consideraba uno más de tantos, así que no hacía falta mencionarlo.

—Estoy hasta los topes.

—Qué me vas a contar... —convino él, sonriéndole—. Y dime, ¿qué hay de... —bajó la voz— ese otro asunto que tú y yo sabemos y del que te empeñas en no

presumir por los pasillos? Y habla rápido, que no tengo todo el día. —Suspiró con un deje teatral, como a él le gustaba.

—Todo sigue igual —mintió.

Y, la verdad, se sintió bastante mal ocultándole información. Pero, por mucho que él insistiera en lo contrario, las cosas sí habían cambiado entre ambos.

—O sea, que te lo beneficias, pero mantienes la boca cerrada. Mmmm, interesante.

—Mmmm, ¿qué?

—Pues que hay rumores... —lo dejó caer, a ver si ella mordía el anzuelo y soltaba prenda.

—¿No habrás...?

—No, pero eso de haber «desaparecido» y que «don protesto por todo» también, sin poner el grito en el cielo por tu ausencia, da qué pensar.

—Deja de especular. Simplemente estuve enferma y me cuidó. Y por si acaso vas a decir una estupidez, no lo hizo por desinterés, sino porque le resulto útil.

—Eso no te lo crees ni tú. Patrick no es de esos... El otro día...

Helen sospechó de esas palabras, Ryan daba a entender que sabía más de lo que decía, por lo que con toda probabilidad alguien se había ido de la lengua.

—¿Has hablado con él? —preguntó recelosa por la posible respuesta.

—Pues sí, ahora tenemos cierta... *confianza*. Tú ya me entiendes.

—No me lo puedo creer...

—Así que, ¿cuándo es la fiesta de bienvenida a tu nuevo hogar?

—Ryan, por una vez, sé sincero. ¿Es una locura como creo yo?

—Claro que es una locura, pero una de las buenas. ¿De verdad no quieres correr ese riesgo?

Con esa capciosa pregunta dándole vueltas en la cabeza, se quedó sola en la cafetería, pues Ryan debía volver con rapidez a una reunión con los productores.

Apuró su café y se dirigió al camerino, allí se ocuparía de recoger los cachivaches que Patrick iba dejando desperdigados a su paso y de esa forma no pensaría en la clase de lío en el que estaba a punto de meterse.

Entró sin llamar previamente, tal y como tenía instrucciones de hacer, y su gozo en un pozo.

—Más vale que tengas una excusa decente para justificar tu abandono. —De ese modo la recibió Patrick poniéndose en pie, tras tirar de malas maneras el guion que tenía entre las manos, cayendo este al suelo.

Helen, como cabría esperar dentro de sus atribuciones, se acercó y lo recogió, para dejarlo luego perfectamente cerrado sobre la mesa auxiliar.

—Bueno, da igual, no te esfuerces, ya estás aquí. Necesito tu ayuda para ensayar. —Se fue a por el guion y se lo entregó—. Esta vez se han superado, ¿sabes que tengo que fingir que me follo a la morritos *star* y que además me gusta?

—Es tu trabajo —murmuró negando con la cabeza—. No creo que a estas alturas

te cueste seducir a una mujer.

Patrick arrugó el entrecejo.

—Ya, no te lo niego, pero... ¿tú la has visto bien? —Tembló sin tener que fingir —. ¡Tengo que besarla!

—¿Y cuál es el problema? —preguntó tratándolo como si fuera un niño pequeño.

—Que entre la cursilada de diálogo, el cual no consigo aprender, y la idea de que esa petarda me toque... no me concentro. Así que, venga, ensaya conmigo, a ver si lo logro y no hago el ridículo.

Helen no sabía si se sorprendía más por verlo tan preocupado por su trabajo, toda una novedad digna de mención, o por que la escogiera a ella como replicante.

—¿Qué? ¡Yo no sé actuar!

—Oye, finges constantemente, así que haz un esfuerzo. Venga, ve leyendo las entradas del personaje de Angelica.

—¿Y por qué no ensayas con ella? —apuntó como una salida lógica.

—Porque no la soporto. Porque se supone que estás conmigo en esto y porque tu jodido sentido de la responsabilidad no puede permitir que yo meta la pata —alegó malhumorado—. Lee de una puta vez.

Helen, resignada, aceptó una nueva atribución dentro de su ya innumerable lista de ellas y agarró de mala manera el guion para leer.

—¿Por dónde empiezo? —inquirió dispuesta a pasar ese mal trance cuanto antes.

—Aquí. —Le señaló el texto que debía leer.

—De acuerdo. —Inspiró y leyó su frase—: *¿Por qué has venido esta noche?*

Helen esperó a que él le diera la réplica, tal y como se supone que debe hacerse, pero en vez de eso la estaba mirando como si tuviera antenas y acabara de bajarse de una nave espacial.

Ante su silencio, ella, por si acaso, repitió:

—*¿Por qué has venido esta noche?*

Patrick puso los ojos en blanco.

—¿Y con esa mierda de entonación, como si estuvieras comprando pan, voy a querer tumbarte sobre la cama? Pon un poco de emoción al asunto —sugirió con sarcasmo.

—Muy bien. *¿Por qué has venido esta noche?* —repitió sin variar ni un ápice su tono.

Él, en vista de que no iba a mejorar, decidió pasar por alto su penosa interpretación y avanzar un poco.

—*Sé que quieres que esté aquí.*

Helen tragó saliva... oh, con ese tono ronco que ella ya conocía, pero que no dejaba de ensimismarla, ¡qué buen actor era!

—*Yo no quiero que estés aquí.*

—*Pues no lo parece...* ¿Ves, a que es una mierda de diálogo? Da igual, sigamos —refunfuñó fiel a su estilo de niño imposible de contentar.

—¿Qué haces? —chilló al ver que se situaba frente a ella, sin dejar una separación de seguridad.

—Meterme en el papel. No puedo seducirte a distancia. Venga, di tu frase.

Ella no lo creía posible, pues tan cerca no se podía concentrar; sin embargo, hizo un esfuerzo.

—*Esta noche quiero estar sola...*

—*Tú no sabes lo que quieres...* —Patrick, o mejor dicho Ralph, la acorraló contra la pared antes de proseguir su discurso seductor—. *Por eso estoy aquí.*

«Qué arrogante, pero qué palabras más ciertas», pensó intentando que el nudo en la garganta le permitiera continuar con su fracasado intento de interpretación.

¡Y quería llevarla a su casa!

¡Actuaba, porque eso es lo que hacía, en privado para ella!

«Céntrate —se recordó—, todavía puede que solo sea un capricho y dentro de una semana se le olvide y te mande a la porra».

—Joder, pon un poco más de interés, porque entre la cursilada de diálogo y tu apatía no voy a poder hacerlo.

—*Esta noche no...* —leyó ella sin entonar correctamente.

Y Patrick, cansado de repetir algo que resultaba tan sencillo, estalló:

—Maldita sea, se supone que voy a seducirte, que te voy a meter de todo menos miedo y que solo dices que no para ponerme a prueba, así que haz el favor de hablar como si estuvieras excitada.

«Si a ese punto ya he llegado», pensó Helen.

—*Esta noche no...* —murmuró poniendo un tono sugerente.

—*No tiene sentido retrasar lo inevitable, Angelica* —añadió sumándose al clima que poco a poco se iba creando.

—*No puedo volver a dejar que entres en mi vida, Ralph.*

Ralph colocó una mano en su cadera y se apretó contra ella, inclinándose junto al oído para proseguir con su diálogo.

—*Esta vez será distinto, mi amor.*

—*No te creo, ya me hiciste daño una vez.*

—*He vuelto por ti, solo por ti* —ronroneó y atrapó el lóbulo de su oreja.

—Déjame respirar.

—Eso no viene en el guion —la reprendió sin separar los labios de su piel—. Venga, continúa...

—*Ahora...* —como pudo leyó de reojo, ya que él le tapaba la luz—, *ahora ya no soy la misma de antes.*

—Mmmm...

—¡Eso no está aquí escrito! —protestó señalando con fervor las palabras escritas que en nada se asemejaban a lo que él estaba haciendo.

—A la mierda el guion. —Se lo arrancó de las manos y lo tiró sin ningún cuidado para después meter la mano bajo esa blusa de catequista de un amarillo ofensivo y

recorrer sus costados hasta alcanzar las copas del sujetador.

—¡Tienes que estar en el set de rodaje dentro de quince minutos! —exclamó forcejeando para apartarlo.

—Me sobran cinco para tumbarte, follarte y así poder relajarme...

—¿Estás loco?

—Estoy cachondo. Eres la peor actriz de la historia, pero, oye, me he empalmado escuchándote, así que, venga, hazme un apaño rapidito, que necesito estímulos para poder besar luego a esa petarda.

Palmeó su trasero en busca de la cremallera de su falda y se la bajó de cualquier manera hasta que la dejó en bragas y con la camisa arrugada en las axilas.

Patrick tiró de su ropa interior y, al oponer resistencia, como esperaba, optó por romperlas para, acto seguido, levantarle una pierna y, al más puro estilo apresurado, frotarse contra ella, haciéndole saber que iba en serio.

Como pudo para que no se le escapara, se desabrochó los vaqueros, dos tallas más pequeñas y que le apretaban como nunca, y se los bajó hasta que su erección saltó libre y dispuesta a seguir el camino natural.

Pero aquella postura, que queda muy bien en teoría, dejó a Patrick frustrado, y se apartó.

—Vamos al sofá, no estoy para acrobacias.

Se distanció lo imprescindible, agarrándose el pantalón para no caerse de culo con las prisas, y caminó hacia atrás, tirando de ella. Se sentó con rapidez tras apartar su ropa para tener más libertad de movimientos y, agarrándola para que lo montara a horcajadas, cumplir su promesa de resolver aquel asunto en menos de diez minutos.

Como el tiempo apremiaba, no tardó ni treinta segundos en agarrarse la polla y posicionar a su replicante para clavársela hasta el fondo.

Sin medias tintas.

Como a él le encantaba.

Como ella disfrutaba.

—La puerta no tiene echado el pestillo —jadeó ella al sentir su primera embestida, la más brusca, la más especial.

—Me importa un carajo. Desabróchate la blusa y ponme uno de esos pezones que escondes en la boca, me apetece lamerlo.

Helen negó con la cabeza, dispuesta a complacerlo, pero a su manera.

Cabalgándolo mientras él la sujetaba por la cintura, fue soltando los botones hasta mostrar lo que había pedido y, apartando el sujetador, se lo enseñó pero no se lo dejó tocar, a pesar de que él hizo amago de acariciarla.

Levantó la mano y, en vez de sujetarse un pecho para ponérselo en la boca, llevó el dedo índice hasta sus labios entreabiertos y después se lo introdujo; él lo aceptó sonriendo por su audacia y se dedicó a succionarlo de forma ávida y, sobre todo, sonora.

Cuando ella lo consideró oportuno, se lo retiró y lo llevó a uno de sus pezones,

duro y necesitado, humedeciéndoselo repetidas veces, bajo su atenta mirada, antes de ya por fin ponérselo a la altura de su boca.

Patrick se lanzó en picado, atrapándolo entre sus labios para dedicarle pequeños tirones mientras no dejaba de empujar, elevándola al ritmo de cada una de sus embestidas.

—Delicioso... —murmuró jadeando y pasando al otro pezón para no dejar cabos sueltos.

Helen, por su parte, sumida en su propia excitación, no quería adelantarse y correrse antes que él, y se esmeró en ello, pero resultaba muy complicado, pues la mezcla de la penetración y los mordiscos en sus sensibles pezones la estaban conduciendo al orgasmo sin poder esperar.

—Joder, eres la hostia... —gruñó apartándose un instante para coger aire—. Aprietas mi polla de una forma... en un rato, cuando tenga que fingir follarme a la rubia pechugona, todavía tendré tu olor encima. Mmmm, ¿no te parece una idea sensacional?

—Deja de decir tonterías, que vas a llegar tarde —lo corrigió.

—Oh, pero que exigente te pones, *cariñito*...

Helen terminó sonriendo ante el sarcasmo; con ese hombre, desde luego, aburrirse más bien poco, pues siempre encontraba la forma de decir lo más inapropiado en cada momento, de tal modo que la dejaba primero sin palabras y, en segundo lugar, sonriente ante su ingenio.

—Vamos, dame argumentos... —exigió con la voz más ronca, sin perder el ritmo, sin dejar de moverse bajo ella, consiguiendo que las patas del sofá chirriaran con los envites, cada vez más impetuosos y desesperados.

—Usa tu imaginación —le respondió gimiendo, sintiéndose al borde, desesperada por que él se uniera.

—Joder, porque voy mal de tiempo, que de no ser así explotaría un amplio surtido de mi imaginación —retrucó antes de dar la estocada final y clavarle las uñas en esas espléndidas caderas que tan poco meneaba en su presencia.

—No sé por qué te hago caso —refunfuñó avanzando tras él hasta llegar junto al ascensor que los conduciría al lujoso ático donde vivía la madre de Patrick.

Le dedicó una de sus miradas arrogantes, antes de responderle; no había dejado de alegar mil y una razones, a cuál más absurda, para escaquearse, pero él no había cedido.

—Muy sencillo, eres una buena chica, obediente y educada. Y porque te lo he pedido yo. ¿Qué te cuesta visitar a una pobre viuda?

Helen torció el gesto, tenía razón.

Durante el trayecto en taxi, ya que ella se negaba por activa y por pasiva a tocar el coche que Patrick *amablemente* le había regalado, escuchó la triste historia de la pérdida de su padre, hacía poco menos de un año. William Boston había fallecido debido a un accidente de tráfico y Marisa, su madre, no conseguía superarlo.

El simple hecho de que él compartiera con ella asuntos tan personales la conmovió en profundidad, ya que hasta la fecha no se habían hecho muchas confidencias; ahora bien, que le hablara de su familia suponía un punto de inflexión en su extraña y surrealista relación.

Por lo visto su propuesta iba realmente en serio, no se trataba de un capricho más de su larga lista de antojos. Podía considerarse todo un avance.

También había escuchado las súplicas de Patrick en las que insistía en que, tras los muchos disgustos que había procurado a sus padres, ahora podría presentarse delante de su madre en compañía de una mujer, quien, además, no era una petarda ni una buscona; al menos así la pobre tendría otra visión del bala perdida de su hijo.

Helen se ablandó ante su petición y, aunque tendría que fingir, y sus dotes como actriz ya habían sido penosamente puestas en evidencia, quería hacer el esfuerzo para que la mujer viera a su hijo de otra forma y alegrarle, aunque fuera por unas horas, la vida.

—Antes de que se me olvide —dijo él deteniéndola—, mi madre tiene... ¿cómo decirlo? Unos principios bastante estrictos en lo que a relaciones de pareja se refiere.

Helen se sobresaltó; ya estaba lo suficientemente acojonada como para que encima él le diera esos sustos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó preocupada.

—Verás, ella procede de una familia muy conservadora; estudió en un internado de monjas y no creo que entienda que tú y yo convivamos sin estar casados. Así que he pensado decirle, eso sí, en privado, que tengo la intención de comprometerme contigo —explicó Patrick con gesto serio a una cada vez más atónita Helen.

—Pero... —titubeó mientras notaba cómo el nudo de nervios con el que había salido de casa se estrechaba con cada palabra que oía.

¡La tela de araña que iba tejiendo ese hombre...!

—Tranquila, sabrá guardar el secreto. Y no te atosigaré, ya que se supone que aún no te lo he pedido —apostilló dando por hecho que soportaría el escrutinio de una madre ultraconservadora sin inmutarse.

—No sé... —balbuceó insegura.

Si no estaba ya lo bastante nerviosa, ahora tendría que esforzarse aún más para no meter la pata y quedar en evidencia.

—Tú sígueme la corriente —indicó él agarrándola de la mano cual parejita feliz a punto de pasar la ineludible prueba de las presentaciones familiares—. Owen lo sabe y nos ayudará.

Helen se mostró indecisa; eso eran palabras mayores y podía, sin querer, hablar más de la cuenta, destapando la farsa.

¿Qué pensaría esa mujer de ella si descubriría su engaño?

De su hijo, seguramente, no se sorprendería, pero ella no era más que una desconocida y, claro, eso jugaba en su contra.

Inspiró profundamente y, ante la cara de perrito abandonado que Patrick puso, terminó por asentir, confiando en sus inexistentes dotes de actriz para lograrlo.

Claro que cualquier día a Patrick le daría por exigir reciprocidad y tendría que llevarlo a conocer a sus padres, lo cual, sin un aviso previo, causaría un gran revuelo, ya que a su madre le daría poco menos que un patatús.

Y no digamos ya al exagerado de Ryan; este era capaz de contratar una página completa de un diario y publicitar la noticia.

Pero ya vería la forma de aplazar ese encuentro, porque, hasta que aquello que Patrick proponía como simple y conveniente convivencia no fuera algo más serio, no pensaba decir ni pío a nadie.

Para comenzar el espectáculo y transmitirle confianza, Patrick la besó en la mejilla, cual atento caballero, justo antes de llamar a la puerta.

—Tranquila —murmuró en ese tono que solo emplean los enamorados deseosos de agradar, lo cual resultaba extraño por no decir poco creíble.

Patrick observó de reojo a la Fea y agradeció en silencio la intervención de Ryan a la hora de elegir vestuario, porque, la verdad, ese traje gris oscuro, de chaqueta corte sastre, le daba una apariencia profesional, discreta y elegante.

Ahora solo faltaba convencerla de que aceptar la ropa diseñada para ella por Berto era lo correcto y deshacerse de su vestuario, una cláusula innegociable.

Les abrió una de las mujeres de servicio que atendían a su madre y les indicó que pasaran a la terraza, donde los esperaba Marisa.

Helen prefirió caminar tras él y dejar que hiciera las presentaciones.

Nada más poner un pie en el exterior del ático, una mujer, vestida de manera informal, con vaqueros y camiseta negra, se puso en pie y se acercó a ellos.

Por el parecido dedujo que debía tratarse de alguien de la familia, una prima o algo así.

—Hola, cariño. ¡Ya era hora de que llegases! —saludó ella abrazando afectuosamente a Patrick y besándolo sin ningún reparo.

—Y tú debes de ser Helen —dijo acercándose y ofreciéndole la mano en un gesto cordial pero no frío.

—Sí —respondió sencillamente a falta de algo mejor que decir; debía tratarse de alguna amiga de la familia.

—Sí, es ella, mamá —apuntó Patrick tranquilamente.

Helen lo miró atónita y él, como siempre, se mostró indiferente.

¿Mamá?

¿Esa era su madre?

¿Esa era la viuda desconsolada de ultraconservadores principios?

¿Dónde había que firmar para llegar así a esa edad?

—¿Os apetece tomar algo mientras esperamos a Owen? —preguntó la anfitriona sonriendo a su hijo a la espera de poder pillarlo a solas e interrogarlo sobre la chica.

Como no decía nada, Patrick la ayudó a sentarse en uno de los sillones y se encargó de servir las bebidas sin preguntarle.

Mientras Helen intentaba conciliar, sin éxito, la triste historia que él le había narrado con la mujer, elegante pero sin parecer distante, que tenía delante, pues no cuadraba ninguno de los hechos, Patrick se comportaba como si nada, sonriente y atento.

Una de dos: o Marisa disimulaba muy bien y se escondía bajo su apariencia moderna o Patrick se la había vuelto a meter doblada para salirse con la suya.

No hacía falta ni sexto sentido ni pensarlo mucho, la segunda opción era la correcta.

Cuando lo pillase por banda...

Primero le aplaudiría, por tan magnífica actuación, desde luego, pero después le pondría los puntos sobre las íes.

Intentó no mostrar su malestar por la película que Patrick se había montado y se comportó de forma adecuada.

—Y dime, Helen, ¿cómo te las apañas con los caprichos de Patrick?

La aludida sonrió tímida, ¿cómo decirle a una madre la verdad sobre un hijo?

—Mamá, ya me conoces, hago todo lo posible para importunarla, pero he de reconocer que es la mejor asistente que he tenido —se adelantó a decir don caprichoso poniendo cara de inocente.

—No sé para qué te mandamos a los mejores colegios... —dijo Marisa riéndose—. Tranquila, lo mejor es no hacerle mucho caso.

—Ya me he dado cuenta —consiguió decir intentando no ser grosera, mirando de reojo al peliculero más grande de la historia.

En ese instante apareció Owen, que se acercó a su madre y la besó con afecto, gesto que ella devolvió.

Helen lo miró y, para su sorpresa, no sintió ese cosquilleo habitual que los

hombres trajeados y atractivos siempre le provocaban. En esta ocasión simplemente admiró su estilo, su porte, pero nada más, ni hormigueos ni ganas irrefrenables de agarrarle de la corbata para cometer alguna locura.

—Tengo que hacer un par de llamadas antes de comer, disculpadme.

—Joder, ¿no puedes apagar el móvil? —inquirió su gemelo en broma.

—Pues no. Y, por cierto, deberías acompañarme al estudio; ya que es imposible lograr que te pases por el banco, al menos podré comentarte unos asuntos sobre tus acciones. —Y como lo conocía, añadió en tono serio—: Es importante.

—No me des la chapa con eso —adujo con una mueca de disgusto—. Relájate, hombre, que así no vas a llegar a los cuarenta. Aprende a tomarte la vida con más tranquilidad, con menos estrés, que te va a dar algo.

Solo de pensar en balances, informes, gráficos y demás se ponía de mal humor.

—Es lo que papá quería —murmuró Owen amablemente, sin perder su habitual seriedad.

Cada uno tenía una visión de la vida y a esas alturas no iban a modificar sus posiciones ni a molestarse por los comentarios que se dedicaban.

—Ya lo sé, pero confío en ti. Haz lo que consideres oportuno. Si algún día tuviera que ocuparme de todo eso, se acabaría el legado familiar —alegó pensando en la larga tradición familiar que en sus manos terminaría en un suspiro.

—Ve con tu hermano —sugirió la madre—. Y no te preocupes por nuestra invitada, yo cuidaré de ella.

A regañadientes, Patrick siguió a su hermano y las dejó solas en la terraza, lo que suponía un gran contratiempo para Helen, que temía meter la pata a la primera de cambio.

—No lo parece, pero son las dos caras de la misma moneda —apuntó sonriendo—. Patrick ha salido a mí, un tanto irresponsable, culo de mal asiento.

Helen había observado a los dos hermanos, su forma de expresarse, sus gestos... y sí, Marisa estaba en lo cierto.

—Tiene sus momentos, sí —murmuró tímida.

La madre de ambos sonrió cómplice; entendía en cierto modo el comportamiento educado y cauteloso de la chica, y por eso prefirió hablarle como si se tratara de una vieja amiga de la familia. Al fin y al cabo, era la primera en mucho tiempo que acompañaba a su hijo sin parecer sacada de una guardería.

—Conozco perfectamente cómo es, así que nada de lo que digas podrá sorprenderme. Lo que no me cuadra es que se haya fijado en ti.

Helen tragó saliva: ya estaba, la primera puñalada.

—Es difícil de explicar...

—Oh, perdona, no te lo tomes mal —se disculpó rápidamente Marisa al ver la cara de la muchacha—, me refiero a que, por desgracia, durante muchos años he tenido que soportar a un montón de estúpidas, cabeza huecas y demás pululando a su alrededor, así que para mí es una sorpresa agradable que por fin esté con alguien

normal.

De nuevo se sintió mal; la amabilidad de sus palabras la habían descolocado y no quería engañarla.

—Señora Boston, verá...

—¿Señora Boston? Oh, por favor, qué formal suena eso —se quejó—, todavía no me he acostumbrado a que me llamen así después de tantos años. Cuando me casé y se dirigían a mí de esa forma, ni siquiera atendía. William siempre se enfadaba, pero a una chica sencilla, que vivía en Ibiza, en una comuna *hippy*, todo esto le venía grande.

—¿Perdón? —logró preguntar parpadeando.

—Pensé que Patrick te lo había contado, siempre se ríe de esa historia y la verdad es que no es para menos —sonrió divertida—. Conocí a mi marido mientras estaba en un puesto del mercadillo vendiendo los collares que hacíamos.

—Pero...

—William pasaba por allí, con unos amigos. Se trataba de los típicos chicos de clase alta a punto de tener su aventura mediterránea antes de regresar a sus obligaciones. Eran los años setenta... —se encogió de hombros sin perder la sonrisa— nos caímos bien y él acabó viniéndose a vivir conmigo durante las vacaciones, mandando al cuerno sus obligaciones.

Helen observó el cariño con el que la mujer hablaba.

—¿Y pudo hacerlo? —inquirió interesada.

—Tres meses —respondió sin perder su sonrisa—. Tuvo que marcharse y, aunque me pidió que me fuera a vivir con él, le dije que no. William y yo no teníamos futuro, yo estaba convencida y él al final lo aceptó.

—Pero ¿después...?

—Un amigo suyo volvió unos meses después y me vio. Yo estaba de ocho meses y le fue con el cuento... —Torció el gesto—. Pensarás que estaba loca, pero en aquella época se pensaba de esa forma, así que, cuando William vino a buscarme, me arrastró literalmente a su casa, obligándome a casarme con él y a vivir aquí. Sus palabras fueron: «Bajo ningún concepto voy a permitir que mi hijo viva alejado de mí, ni tú tampoco». Entonces no sabía que venían dos, así que tuve que cambiar completamente de vida y a veces todavía me resulta extraño. Pero él tenía responsabilidades y... —Marisa se detuvo, emocionada.

Helen no era muy dada a mostrar sus afectos en público, pero la verdad era que toda esa historia la conmovía.

Vio cómo inspiraba suavemente para controlarse antes de seguir hablando.

—Owen es igual que su padre, nunca nos ha dado un disgusto, y siempre ha asumido sus responsabilidades sin rechistar. Desde muy joven aprendió codo con codo junto a William cómo ocuparse del negocio, cosa que a mí y a Patrick nunca nos interesó.

—Yo... no sé muy bien qué decir.

—Y te lo agradezco. Estoy aburrida de las falsas muestras de lástima, prefiero el silencio a vanas palabras sin sentido.

Helen la entendió y sonrió.

Entonces decidió ponerla al día sobre lo que su hijo, el culo de mal asiento, iba contando por ahí.

—Patrick me dijo que te criaste en un colegio de monjas ultraconservador y que...

Las carcajadas de Marisa hicieron que se detuviera y al final se unió a ellas porque había que reconocer que, como guionista, Patrick tenía futuro.

—Mi hijo siempre tan imaginativo... En fin, no tiene remedio, desde niño ha sido así. Y creo que a estas alturas es mejor que no cambie. ¿No te parece?

—No sabría qué decir; la verdad es que te acabas acostumbrando a su manera de ser —convino sin entrar en detalles de todos y cada uno de los comentarios, a cuál más estrafalario, que había tenido que soportar.

—Espero que Patrick en esta ocasión se comporte con madurez —dijo Marisa poniéndose de pie—. Creo que toca ir a buscarlos, ¿me acompañas?

Helen asintió y siguió a la mujer hasta el despacho. Al entrar se fijó inmediatamente en la actitud de ambos. Se mostraban atentos a los diversos documentos que tenían esparcidos sobre la mesa; aunque la postura de Owen era mucho más profesional, se sorprendió al ver a Patrick con cara de concentración, leyendo y escuchando al mismo tiempo las explicaciones de su hermano.

Eso sí, nada más percatarse de la presencia de Helen y su madre, cambió de inmediato y adoptó su expresión de «todo me resbala» tan habitual en él.

—Si no os importa dejar el trabajo para otra ocasión... —les pidió su madre—, tenemos una invitada y no quiero hacerla esperar.

—Ya sabes que todo es culpa de él —señaló a Owen— y de su adicción al trabajo.

—Firma esos documentos y deja de hacer el tonto —adujo el hermano serio negando con la cabeza. Qué poca fuerza de voluntad, pues sabía hacía tiempo que Patrick tenía capacidad para llevar eso y mucho más; ahora bien, su desapego, o más bien vagancia, hacía imposible darle tareas de responsabilidad.

—No me vuelvas tarumba... —se quejó cogiendo una estilográfica y deseando firmar como un loco con tal de quitarse ese marrón de encima.

—¿No vas a leerlo antes por si acaso? —inquirió Owen en tono condescendiente.

—Joder, ¿quieres que me dé un patatús? —Se giró, vio a su asistente y la llamó—. Toma, haz algo útil, lee esto por mí, hazme un resumen y luego lo firmo.

—Pero... pero son papeles confidenciales, yo...

—Mejor, así tengo testigos de que mi hermano quiere engañarme —se los tendió de nuevo—, trabaja un poco.

Marisa se rio ante la cara de la chica, que al final tuvo que acceder y sentarse para ponerse a ello.

Owen, para nada molesto con la insinuación de su hermano, pues no era la primera vez ni sería la última, observó a la chica; su forma de disponer los documentos, su cara de concentración, su organización, cómo inconscientemente tomó un lápiz y el taco de notas para apuntar lo que consideraba relevante... Una asistente cualquiera metida a perro faldero de un actor no manejaría así las cosas y eso le dio qué pensar.

Desde el primer día que la vio sospechó que esa mujer tenía una formación especial.

—Quiero comentarte una cosa en privado —le dijo a Patrick—, así podrá trabajar sin molestias. ¿Necesitas algo más? —inquirió amablemente a Helen.

—No, gracias.

—Bueno, mientras voy a ocuparme de que todo esté servido —intervino Marisa alejándose.

Los dos hermanos dejaron trabajar a Helen y, nada más comprobar que ella no podía oírlos, Owen preguntó a su gemelo:

—¿De dónde la has sacado?

—Se la robé al dueño de la productora, era su secretaria —contestó sin entender a santo de qué venía esa pregunta, pero tardó diez segundos en sospechar—. Eh, un momento, no me vengas con paranoias sobre que puede ser una espía industrial y que viene a sonsacarme información.

—¿Qué sabes de ella? —insistió pasando por alto el retorcido sentido del humor de Patrick.

—Ewan la investigó.

Owen arqueó una ceja y sonrió complacido, una de esas extrañas veces en que lo hacía.

—Vaya, vaya...

—Pues sí, mira por dónde de vez en cuando sale a la luz mi gen obsesivo controlador.

—Y... —lo invitó a continuar.

Patrick le explicó lo que Ewan había averiguado y Owen escuchó atentamente, confirmando sus sospechas; esa chica, aparte de necesitar un estilista, tenía pinta de ser una excelente profesional y si de algo presumía él era de rodearse siempre de los mejores.

—¿Contento? —inquirió Patrick finalizada su exposición de los hechos.

—Mucho —respondió con cautela, sin mostrar, de momento, sus intenciones, porque a saber cómo se lo tomaba su hermano.

Regresaron junto a Helen, que ya había acabado de repasar los documentos; esta se puso en pie y le señaló a Patrick los huecos donde tenía que firmar.

—¿Todo bien? —preguntó este esperando que no le explicara punto por punto todo lo que allí ponía.

—Yo no debería ver esto —contestó entre dientes—, son informes confidenciales

y no creo que vaya a pasarte nada por dedicarles cinco minutos.

Owen ocultó su sonrisa.

—Para eso te tengo; además, si no te doy trabajo serio, luego me vienes protestando porque te aburres —apostilló Patrick firmando tranquilamente ahora que contaba con el visto bueno de su chica.

De todas formas, pondría la mano en el fuego por su hermano, pero, pasándole la horrible tarea de supervisión a su asistente, tenía un trabajo menos del que ocuparse.

Helen sabía que a esas alturas tenía que tomar una dolorosa decisión. Tras pasar un día inolvidable con la familia de Patrick —la cual, por cierto, se había mostrado encantada de recibirla, incluyendo a Owen, quien, pese a su seriedad, en ningún momento hizo que se sintiera incómoda—, decidió que no tenía estómago para seguir con aquella farsa y que estaba posponiendo esa decisión de forma absurda.

Había llegado a primera hora para hablar con John y presentar su renuncia.

Le dolía en el alma, pero seguir trabajando allí solo desembocaría en más complicaciones y ya no podía más.

Por desgracia, ese día Mills se encontraba fuera y hasta última hora de la tarde no podría verlo, así que se encargó de dejarlo todo bien organizado para que, si la sustituían, hecho poco probable dado el carácter insoportable de Patrick, encontraran las cosas en su sitio.

No sabía cómo enfrentarse a él, si comportarse de forma cobarde y dejarle una nota o bien decírselo a la cara, pues, con un carácter tan imprevisible, a saber qué le sentaría peor.

Mientras rumiaba qué dirección tomar, se encaminó hacia el camerino; a esas horas estaba segura de no encontrarlo allí, pues sabía que estaba en el plató de rodaje.

—Vaya, por fin te encuentro —soltó una voz a sus espaldas sobresaltándola—. ¿Dónde estabas?

—¡No me des esos sustos! —se quejó Helen al girarse y toparse con Patrick y su cara de pocos amigos.

—Te he hecho una pregunta —insistió cabreado.

—¿Qué ha pasado? Se supone que tenías grabación...

—La petarda *star* hoy estaba más idiota de lo habitual y ha pedido descansar un rato, así que ahora a los demás nos toca perder el tiempo hasta que a la caprichosa le dé por retomar sus obligaciones.

Helen arqueó una ceja ante sus protestas, ya que tenía narices que él, precisamente él, dijera algo así.

—Acompáñame —ordenó Patrick sujetándola por el brazo para que no se le escapara, ya que llevaba dos días bastante esquiva y eso no le gustaba nada.

Ella se soltó, incómoda por dos motivos: el primero y más obvio era que esa actitud tan prepotente la sacaba de quicio y, el segundo, que cualquiera podía malinterpretar aquella familiaridad y nunca había sido amiga de chismorreos.

Caminó tras él, como corresponde a una buena asistente, admirando eso sí su retaguardia. Había que reconocer que las chicas de vestuario y su obsesión por los vaqueros ajustados le alegraban el día a cualquiera.

Solo por ese detalle hasta podía reconsiderar su decisión.

«No —se recordó—, tienes que poner punto final a esta locura».

Patrick la miró por encima del hombro cuando llegaron a su camerino; mostraba una extraña expresión, como si sospechara de ella, pero por suerte se impuso la lógica y no dijo nada. Si quería pedir explicaciones, lo haría a puerta cerrada.

Él giró el pomo y, en unos de esos escasos alardes de caballerosidad, la dejó pasar primero, pero ella se detuvo en seco, lo que hizo que la empujara al topar con su espalda.

—Pero ¿qué cojones haces...? —Se calló en el acto al levantar la vista.

Reñirla por quedarse como un pasmarote en la entrada carecía de sentido ante lo que estaba viendo.

—¡Joder! —exclamó Ewan incorporándose rápidamente y abrochándose los pantalones.

—¡Ay, Dios mío! —chilló una voz femenina.

—¡Qué asco! —protestó Patrick poniendo los ojos en blanco al reconocer a la mujer—. Ese es mi sofá. ¿Cómo has podido? —preguntó ultrajado.

—No me lo puedo creer —murmuró Helen en voz baja aprovechando el desconcierto para largarse de allí, pues estaba segura de que Patrick iba a atosigarla.

El actor no se percató de su huida, pues seguía mirando fijamente a su mejor amigo, ahora ya con los pantalones abrochados, sin poder dar crédito.

—¡Es mi mujer! —exclamó Patrick con recochineo señalando con la barbilla a la petarda *star*.

—No me jodas —masculló Ewan ayudándola a taparse—, no me jodas.

Y como pasa siempre en estos casos, cuanto más veloz quieres ir, más se atasca la ropa.

—Estábamos intentando arreglarlo... —continuó el actor metido en su papel de marido ultrajado—. Y tú, mi mejor amigo, te la estabas tirando, ¡y en mi sofá, donde tantas noches he pasado en vela pensando en cómo recuperarla!

—No te pases —rezongó el representante achicando los ojos ante el tono marcadamente guasón disfrazado de lastimero.

—Me voy —susurró Maggie, colorada como un tomate maduro, ahora ya tapada. Se escabulló como pudo y sin cerrar la puerta tras ella.

—Podrías dejar de tocar los huevos, ¿no?

—Por lo visto eso te lo estaba haciendo mi mujer —contraatacó Patrick acercándose hasta su ropa, dispuesto a quitarse su «traje de faena».

—¿Y por qué no has llamado antes de entrar?

—Sí, claro, cuando llego a mi camerino, llamo con los nudillos y entro gritando «¡Hola, camerino!», por si algún colega utiliza mi sofá para follar, no te jode.

—Bueno, vale, tienes razón. Debería haberme ido a otro lado. Pero estaba esperándote para comentarte mis últimos descubrimientos y apareció ella. Cansada, enfadada, hablando pestes sobre ti y una cosa llevó a la otra y...

—Cuando te sugerí que te la tirases me llamaste loco, no sé qué mosca te ha

picado para cambiar de opinión. Porque dudo de que así, de repente, tengas problemas para encontrar compañía femenina decente.

—Yo tampoco me lo explico, pero... joder, no sé, la vi tan hecha polvo, tan diferente. Me he fijado, cuando no hay cámaras delante es una mujer normal.

Patrick arqueó una ceja ante ese tono sospechosamente romántico.

Terminó de cambiarse de ropa antes de continuar indagando sobre el trastorno de Ewan en cuanto a su elección de amantes, ya que ese tema daba mucho de sí y porque también debía supervisarlos, por si acaso.

—Como no te andes con cuidado y me vengas diciendo que esa petarda te ha enredado, dejo de hablarte de por vida.

—No seas bruto, maldita sea. Quizá la gente simplemente no se molesta en conocerla de verdad, se han hecho una imagen estereotipada de ella y después ni siquiera la ven tal y como es. —Su defensa de la actriz sonaba sospechosa.

—De momento, por si acaso, voy a mandar cambiar ese sofá, ni loco voy a sentarme ahí, a saber cuánto ADN habéis soltado —alegó poniendo cara de asco.

—Gilipollas... —masculló Ewan acercándose a su cartera para sacar los documentos—. Aquí tienes, un informe sobre tu querida Helen.

—Hazme un resumen, sabes que detesto gastar neuronas leyendo.

—He averiguado el motivo por el que la despidieron de su anterior puesto como secretaria...

Patrick escuchó atentamente la versión de los hechos y se quedó contrariado cuando supo el motivo de despido.

¿Desde cuándo se echa a la calle a una excelente empleada por enamorarse de su jefe?

¿Desde cuándo un jefe desaprovecha la oportunidad de enrollarse con una empleada dispuesta, más aún cuando esta tiene una apariencia agradable?

Joder, él se la había beneficiado cuando parecía poco menos que un adefesio; de haberla conocido en sus buenos momentos, aquello hubiera sido infinitamente mejor.

«Mi propio comportamiento es poco menos que de medalla», pensó Patrick.

Hay tipos muy raros por el mundo.

Pero, tras reflexionarlo unos segundos, se preguntó si, de haberla conocido tal cual mostraban las fotos, no las de apariencia gótica, por Dios, sino las de la profesional elegante, hubiera reaccionado igual.

—Vaya cara que has puesto —murmuró Ewan guardando los documentos.

—Debo reconocer que todo esto es extraño. De acuerdo, las mujeres en caso de engaños amorosos lo primero que hacen es ir a la peluquería a cambiarse el *look*, pero por lo visto esta se ha ido donde su peor enemigo, porque no me lo explico.

—Creo que eso solo ella lo sabe —apuntó—. Y ahora, si no te importa, voy a buscar a Maggie. Te pido por favor que, por una vez, te comportes y, si no puedes decir nada agradable, cierras el pico y no la ofendas.

—Me preocupas... —dijo con retintín.

—Tú ocúpate de tus asuntos —adujo antes de dejarlo a solas.

Patrick evitó, tal y como había dicho, sentarse en ese, desde ahora, maldito sofá y lo hizo en una de las sillas. Tenía mucho en lo que pensar, pues la información obtenida de su asistente lo confundía e intrigaba a partes iguales.

Tarde o temprano ella le ofrecería las pertinentes explicaciones, porque, la verdad, eso de sentirse desconcertado y por una mujer no iba con él.

Hasta ahora las féminas le intrigaban lo suficiente hasta que se las beneficiaba, después le resbalaban, así que verse en esa situación lo traía por el camino de la amargura, ya que por primera vez quería hacer bien las cosas. Ver hasta dónde podían llegar, sin presiones ni falsas promesas. No quería desilusionarla y, aunque sonara pragmático a la par que poco apasionado, convivir y comprobar día a día el resultado era lo más acertado.

Claro que la lógica femenina siempre echa por tierra cualquier pensamiento mínimamente racional.

En ese instante llamaron suavemente a la puerta y ni se molestó en contestar, pues ella y su jodida buena educación tendrían que aprender a entrar sin tanta ceremonia.

Cabreado ante la insistencia, se levantó y abrió con cara de pocos amigos, dispuesto a abroncarla un poco y después terminar de montar el rompecabezas de ella, siempre y cuando no se distrajese averiguando de qué color llevaba las bragas.

—Ya era hora de que... —se detuvo al ver a John en la puerta, con expresión seria—. ¿Qué ha ocurrido? —preguntó invitándolo a pasar.

Algo grave, sin duda, pues era la primera vez que se presentaba en su camerino.

—Esto. —Le tendió una hoja de papel.

Y por deferencia, que no por interés, Patrick la tomó.

Echó un vistazo rápido y a medida que procesaba su contenido iba soltando improperios al comprender lo que aquello significaba.

—Joder, cuando la pille por banda...

—Es culpa tuya —le soltó John a bocajarro sin andarse con zarandajas—. Te has encargado de putearla día sí y día también. Ella estaba a gusto como mi secretaria y por darte el capricho cedí, esperando que ese antojo fuera pasajero, pero no, te has empeñado en mantenerla a tu lado por el simple hecho de vengarte por el error que cometió el primer día.

Patrick no sabía si alegrarse porque Mills pensara aquello, lo que indicaba que no tenía ni pajolera idea de lo ocurrido entre ambos, o cabrearse de lo lindo por llamarlo poco menos que niño vengativo.

—Pues bien que os habéis ocupado de maquinar a mis espaldas —le espetó; nada mejor que un buen ataque a modo de defensa.

Disimuló la sonrisa al ver la cara de estupefacción del hombre.

—No es lo que piensas —se justificó John.

—¿Ah, no? ¿Permitir que fuera mi asistente con claras instrucciones de hacer un lamentable trabajo para que yo la rechazara y así recuperarla no es jugar sucio?

—¿Lo sabías?

—Lo averigüé el día que fui a tu despacho a protestar. Te costó Dios y ayuda disimular tu alegría, porque pensaste que por fin la mandarías a paseo. Por si fuera poco, tu cara de decepción al saber que no me importaba perdonarla me confirmó lo que ya sospechaba. —También estaba el hecho de que un día escuchó por casualidad cómo John se quejaba de que su plan no daba resultado, pero eso no iba a decirlo.

Joder, de vez en cuando comportarse según el estándar familiar tenía sus recompensas.

—De acuerdo, lo admito. Sin embargo, ahora Helen ha decidido marcharse y yo la quiero de vuelta cuanto antes. Así que voy a localizarla, hablar con ella y prometerle que bajo ningún concepto trabajará bajo tus órdenes.

Mills se fue dando un portazo, lo cual ni lo inmutó, pues tenía sus propios medios para ocuparse del asunto.

Buscó sus cosas y, haciendo memoria de cómo se hacía, pidió un taxi para ir en su busca.

Pero colgó tras el segundo tono de llamada, y marcó el número de su hermano; sin duda este sabría mucho mejor cómo tratar a una empleada díscola.

Refunfuñando, accedió a acercarse al despacho de Owen, ya que este, viendo su apuro, aprovechó la situación en su beneficio para resolver papeleo pendiente que Patrick se negaba a atender, alegando que los números le provocaban jaqueca.

Se montó en el taxi e indicó al conductor la dirección.

Siempre le daba una especie de repelús ir allí. Por alguna razón, recorrer los pasillos y entrar en las salas donde colgaban los retratos de su familia le producía una especie de ataque de responsabilidad. ¿Qué pensaría toda esa gente de su forma de vivir?

Mejor no saberlo.

Así que, cinco horas más tarde, con la cabeza como un bombo debido a la cantidad de datos, informes y demás asuntos bancarios que Owen había insistido en contarle, sin tener muy claro cómo salirse con la suya, ya que su gemelo, carente de toda experiencia en cuestiones de pareja, no le había dado ningún consejo válido, y dudando de su propia capacidad de oratoria para convencerla de que debían estar juntos, salió de las oficinas agradeciendo, eso sí, que al menos Owen sirviera para algo, ya que puso a su disposición uno de los coches de empresa con chófer para desplazarse; le evitó así volver a ocuparse de un trámite tan ordinario, desagradable y plebeyo como llamar a un taxi.

—¿Dónde cojones está?

Ryan se giró al oír el portazo que alguien, no muy contento, había dado mientras él preparaba la cena en casa de Helen. Tocaba velada entre amigos, momento confidencias y achuchones cariñosos, que no sexuales, para animarla.

—Y no me digas que no lo sabes, porque no te creo —apostilló Patrick guardándose las llaves en el bolsillo y caminando hasta meterse tras la barra de la cocina, coger un vaso de agua, abrir el grifo, llenarlo y bebérselo. Ya se había acostumbrado a que ella jamás tuviera agua mineral decente en el frigorífico.

—Sí, por supuesto que sé dónde se halla, pero...

—¿Dónde se *halla*? —preguntó frunciendo el entrecejo.

—Perdona, esto de escribir y buscar sinónimos constantemente tiene sus efectos colaterales —aclaró Ryan como si tal cosa—. Está en la bañera, hace cinco minutos que ha entrado, así que te pido por favor que no la molestes, necesita relajarse.

A Patrick no le dio buena espina aquello y tiró a dar.

—Y tú, mientras, jugando al chico comprensivo y cocinando para ella, ¿no? —atacó sin piedad al tipo, que ya empezaba a caerle gordo. No solo porque tuviera influencia sobre ella, sino porque con toda probabilidad conocía sus secretos.

—Si estás insinuando que después voy a follármela, te equivocas totalmente —explicó tan pancho mientras revolvía la salsa en la sartén.

—Y yo soy tan tonto que me lo creo —apuntó con cinismo—. ¿Por qué iba a creerte teniendo en cuenta tus antecedentes con ella?

—Uy, pero qué melodramático estás, debería apuntarme este diálogo para una escena.

—Déjate de chorradas —lo increpó molesto por su actitud burlona—. Te agradecería que nos dejases a solas. —Y, por si acaso no lo pillaba, añadió—: En el supuesto caso de que te necesitemos, ya te avisaremos.

—¿Sabes? Creo que te estás equivocando; aun a riesgo de perder el tiempo, te lo explicaré: no me interesa Helen en el plano sexual. Y si fueras un poco listo te hubieras dado cuenta tú solito de que, de desearla, como sospechas, no habría desperdiciado las mil oportunidades que he tenido antes de que ella te conociera.

Patrick no se quedó muy conforme con esa excusa, pero tenía su punto de razón, salvo por un detalle.

—Entonces... ¿por qué accediste a compartirla conmigo?

Ryan se rio ante su ingenuidad.

—Porque rara vez digo que no a una oportunidad como esa y porque, no lo voy a negar, besarte fue una de las mejores experiencias de mi vida.

No hizo falta mencionar en voz alta que no solo se habían besado.

—Pues si no estás interesado en ella, ¿qué haces todavía aquí?

—Comportarme como un buen vecino, para empezar, y en segundo lugar vigilar que ningún gilipollas le haga daño. ¿Y qué vas a hacer? ¿Entrar a saco, molestarla y ponerte a discutir con ella?

—¿A ti quién te ha dado vela en este entierro? —preguntó cabreado por su constante intromisión—. Mira, esto es entre ella y yo.

—¿Mmmm?

—Mmmm, ¿qué?

—No sabía yo que tenías esa vena tan posesiva con ella...

A Patrick no le pasó desapercibido el tonito acusatorio. Pero no iba a defenderse de ello; prefería, ya que Ryan no estaba por la labor de abandonar su papel de amiguito comprensivo, sonsacar algo de información.

—¿Cuánto hace que la conoces? —inquirió pillándolo por sorpresa por el cambio brusco de tema y de tono.

—Bastante —respondió con cautela.

—Entonces estarás al tanto de su digamos... locura estética transitoria... Y, por favor, evita hacerte el tonto, sabes a lo que me refiero.

—Eso es algo que solo le atañe a ella, yo no soy quién para contarte sus secretos —alegó Ryan mientras apagaba el fuego y se ocupaba de la comida.

—Joder... —Ya sabía que iba a encontrarse con un muro solidario, pero jodía bastante esa maldita lealtad.

—No la presiones —advirtió dejando a un lado su carácter amable y despreocupado—. Tiene sus razones.

—Ya...

—Aunque, si te sirve de algo, no las comparto.

—Eso es de gran ayuda, gracias —apuntó con ironía.

—En fin, creo que debo marcharme. Cuando salga, dile que solo tiene que calentarlo un par de minutos en el microondas —señaló la fuente.

Patrick no se fiaba ni un pelo de esa repentina desaparición, pero tampoco podía hacer nada, así que se encaminó hacia el cuarto de baño dispuesto a sacarla a rastras si era necesario.

Se detuvo en el último segundo y cambió de idea.

Aprovechando la situación, se metió en el dormitorio, así ella tendría su baño relajante y con toda probabilidad la encontraría más predispuesta a hablar y, sin pensarlo dos veces, abrió la puerta del armario, dispuesto a recoger su ropa y demás enseres que ella pudiera tener.

—Maldita sea..., qué horror... —masculló poniendo los ojos en blanco ante aquella apología del mal gusto, que no por conocida dejaba de horrorizarlo.

Movió las perchas de un lado a otro y llegó a la conclusión de que nada podía salvarse. Así que se dirigió a los cajones, esperanzado de que la ropa interior lo animase un poco y encontrar algún que otro secretillo, en forma de juguete sexual,

que ella, a buen seguro y como el resto de las mujeres, escondía entre sus bragas.

Se sintió decepcionado al encontrar solo prendas íntimas, eso sí, al menos para compensar eran aceptables, aunque él se encargaría de que llevara alguna que otra cosilla más atrevida. Cerró ese cajón y pasó al siguiente, donde, aparte de un montón de camisetas perfectamente dobladas, no encontró nada significativo. Por lo que pasó al tercero y último...

Tuvo una especie de remordimiento al darse cuenta de que estaba invadiendo la intimidad de otra persona, pero le duró lo que el agua en un cesto.

—Está plenamente justificado —murmuró.

Encontró ropa doblada, como siempre en perfecto estado de revista, y sonrió; al menos no discutirían por temas de desorden doméstico.

Movió las prendas y tropezó con una pequeña caja metálica, escondida al fondo, que inmediatamente llamó su atención.

Sonriendo como un niño travieso a punto de ver su primera revista guarra, agarró la caja y se sentó en la cama dispuesto a comprobar el grado de perversión femenina en función de sus adquisiciones eróticas.

Levantó la tapa y su gozo en un pozo, pues solo había un montón de papeles. Revolvió un poco pero sin mucho entusiasmo, si al menos hubiera un diario comprometedor donde ella relatará todas sus andanzas... pero no, solo había recortes de periódico y fotografías.

Sacó una al azar y no se sorprendió, ya había visto una similar. A ella con su maquillaje gótico y su expresión siniestra, como corresponde. Encontró algunas más; sin embargo, ya no le llamaban tanto la atención: ella había tenido su período oscuro, al igual que él, la única diferencia era que seguramente él ganaría por goleada en cuanto a desfase veinteañero.

Fue a dejarlo todo en su sitio cuando se cayó uno de los recortes. Estiró el brazo para devolverlo a su sitio, aunque, llevado por la inercia, lo desdobló.

—¡La madre que...!

Se quedó ojiplático, completamente atónito al reconocer la fotografía granulada de periódico en blanco y negro.

Era él, con apenas dieciocho años, en una de sus primeras entrevistas tras alcanzar el éxito con aquella serie para adolescentes pijos, despreocupados y con papás ricos, que lo dio a conocer.

El recorte de prensa se encontraba bien conservado y le dio qué pensar.

¿Ella también lo había investigado?

Eso, aparte de molestarlo un poco, no tenía mucho mérito, pues san Google resultaba un excelente chivato; sin embargo, se dio cuenta de que ese trozo de papel indicaba algo más...

A pesar de su buen estado de conservación, saltaba a la vista que era original, nada de fotocopias o una impresión reciente.

Sacó todo el contenido de la caja y extendió las fotografías de ella sobre la cama,

sonriendo como un tonto; joder, si hasta era guapa. Escogió las que más le gustaron y se las guardó en la cartera, luego ya encontraría la forma de devolvérselas, tras haberse hecho las pertinentes copias. Bueno, a lo mejor se quedaba con ellas para siempre.

Después la emprendió con el resto de los papeles, trozos de periódico y revistas en su mayoría. A medida que iba desdoblándolos, se fue percatando de que allí solo había recortes de él, nada de otros actores o ídolos juveniles.

Únicamente de él...

Recortes de entrevistas y de noticias referidas a escándalos, a sus detenciones... toda su vida pública y no tan pública guardada ahí.

No hacía falta ser un lince para llegar a la conclusión de que eso no era una investigación reciente; ella, a lo largo de los años, lo había seguido.

—Joder... —repitió a falta de una expresión mejor que resumiera la situación.

Porque, aparte de perplejo, no era para menos, aquello significaba muchas cosas, empezando porque ella, con toda probabilidad, había sido una de esas fans maniáticas que siempre despreció, por pesadas, pero que seguían con gran interés cada uno de sus pasos.

Comenzó a recogerlo todo con la idea de dejarlo como lo había encontrado; ya vería la forma de digerir aquella inesperada información, pues a buen seguro ella se mostraría muy cabreada si lo mencionaba; aunque, atendiendo a su gen familiar de «guárdalo por si acaso», decidió archivarlo en su memoria.

Sin embargo, cuando pensaba que ya no podía sorprenderse más, encontró la prueba definitiva de que su asistente personal era algo más que una seguidora incondicional.

—No me lo puedo creer... —murmuró sosteniendo ante sus ojos el carné de socia fundadora de uno de sus muchos clubes de fans, y ella era nada más y nada menos que la presidenta.

Con ese documento en la mano se quedó paralizado, mirándolo con incredulidad una y otra vez. Intentaba asimilar aquello y poco a poco fue comprendiendo la actitud de ella...

Debía de ser algo así como una inmensa contradicción haberle conocido y ya no digamos haber terminado follando con él...

—Pero ¿qué...?

Patrick salió de su aturdimiento al oír el chillido femenino; debía de haberse quedado en modo *off* durante demasiado tiempo y, claro, un baño relajante dura un buen rato, pero no eternamente.

Ella lo había pillado in fraganti y sin darle tiempo a preparar una excusa coherente.

—¡Eres un hijo de puta! —le gritó limpiándose las lágrimas.

Patrick, por primera vez, supo que tenía razón. Joder, qué metedura de pata. La miró e intentó buscar esas palabras de disculpa, pero estaba seguro de que decir «lo

siento» sonaría poco o nada sincero, pues esta vez se había pasado tres pueblos.

Ella se sujetó bien la toalla y rápidamente se dispuso a recogerlo todo, como si escondiéndolo de nuevo borrara las huellas.

Se sintió una mierda por verla llorar, pero de nuevo se quedó paralizado, sin saber cómo actuar. Ella no fingía, no exageraba el llanto con la intención de conmoverlo; a las mujeres que utilizaban ese truco las tenía caladas hacía tiempo.

—¡Lárgate! —exclamó rabiosa sin entender por qué continuaba mirándola como si de verdad le importase.

—Escucha...

—Eres lo peor, ¡me oyes!

—Cálmate...

—No quiero volver a verte. Esta es la última canallada que me haces. No pienso consentir que sigas riéndote de mí. ¡Se acabó!

—Deja de decir estupideces —insistió con voz serena para apaciguarla, pese a que por dentro se sentía bastante jodido y, esa vez, seguramente por primera vez, el enfado era consigo mismo.

—¡Vete a la mierda! ¿Entendido?

—Alto y claro —convino poniéndose en pie, conteniéndose para no abrazarla y transmitirle así su arrepentimiento.

La observó en silencio recoger todo y acercarse al armario con la intención de guardarlo, pero en el último segundo pareció cambiar de idea y tiró todo el contenido sobre la colcha.

Agarró unos cuantos recortes, los arrugó en sus manos y empezó a lanzárselos como si de proyectiles se trataran.

—Deja de hacer eso —indicó sin ni tan siquiera hacer amago de apartarse, ya que una bola de papel, lo que se dice daño, no podía hacerle. Lo que realmente lo estaba mortificando era verla así, tan alterada, y todo por su irresponsabilidad.

Maldita fuera, tenía que haber algo que la apaciguase.

—¡No! —le chilló a un paso de la histeria.

¿Cómo había tenido la desfachatez de hurgar en sus cosas y encima mantenerse impasible, como si tal cosa?

¿Hasta dónde era capaz de llegar con tal de salirse con la suya?

Saltaba a la vista que no conocía límites.

La había mandado investigar y no contento con ello, además, se colaba en su cuarto y sin ningún disimulo revolvía entre sus pertenencias.

Ya daba todo igual, así que, abatida, humillada y con los ojos rojos, se sentó en la cama, esperando a que al menos tuviera la decencia de marcharse y no volver a presentarse nunca más.

Patrick esperó paciente a que se desahogara; entendía la necesidad de ello y, por tanto, se mantuvo en silencio. Pedirle que se calmase o chorradas por el estilo solamente serviría para que se exaltase más. Su enfado, comprensible, precisaba el

tiempo necesario para ir desapareciendo.

¿Qué hacían los tipos sensibles en esos casos?

¿Una caja de bombones?

¿Ponerse de rodillas?

¿Suplicar perdón?

Joder, cada opción le parecía ridícula a no poder más.

¿Y un abrazo?

¿Por qué no?

No lo pensó más; con decisión, se situó tras ella, colocándose de rodillas sobre la cama para desde atrás rodearla con los brazos, sin dejarle tiempo de reacción.

—Escúchame bien —comenzó junto a su oído—, no voy a soltarte, ni a largarme ni a permitir que llores ni un segundo más.

Hasta él mismo se sorprendió de lo sincero que había sonado; después de todo sí parecía funcionar. A ver si era verdad eso de que la solución más sencilla resultaba probablemente la más acertada.

—A partir de este momento tienes permiso para, día a día, vengarte de mí, hacerme sufrir y todo lo que se te ocurra —prosiguió en el mismo tono, esperando no volver a verla llorar nunca más, no al menos por un motivo así.

—Te odio —dijo entre hipidos.

Él se abstuvo de sonreír; al menos ella no forcejeaba para liberarse y eso, dadas las circunstancias, ya suponía todo un avance.

—Lo sé —convino abrazándola aún más fuerte—. Por eso no voy a dejarte escapar. Como verás, estoy en tus manos, en desventaja, puedes hacer lo que quieras y tendré que asumirlo.

—No bromees, por favor.

—No lo hago —dijo intentando contenerse con todas sus fuerzas—. No voy a pedirte perdón...

Ella se giró en sus brazos, ¿cómo podía ser así después de todo?

Patrick le sonrió con cariño y aprovechó para limpiarle las lágrimas y después acariciar sus labios con el pulgar.

—Voy a hacer mucho más que eso...

No le importó ni lo más mínimo que el pelo de ella le empapara la camisa, ahora no estaba para pijadas de ese tipo.

La camisa podía quedar hecha una piltrafa, que le importaba un pimiento. Lo que ahora le preocupaba era cómo comportarse ante una crisis de llanto, pues lo desconocía porque era la primera vez, y deseaba no meter la pata.

Con cuidado, la peinó y bajó las manos por su piel húmeda hasta detenerse en el borde de la toalla que ella aferraba como si le fuera la vida en ello.

—Deja que cumpla mi promesa —pidió en voz baja apartando sus manos con suavidad; quería que ella asumiera lo inevitable, no había marcha atrás.

La agresividad que en otras ocasiones tanto disfrutaban debía aparcarse para tiempos mejores. No era tan tonto como para desconocer algo así, pese a que hasta la fecha no se había preocupado de ello.

Helen tenía claro que no debía permitirselo, en ese preciso instante tendría que estar gritándole y echándolo a patadas de su casa; sin embargo, algo de lo que dijo, o más bien por cómo lo dijo, había conseguido conmoverla.

Un error imperdonable del que acabaría arrepintiéndose.

Lo sabía y de igual modo sabía que carecía de fuerza de voluntad.

¿Cuántas veces iba a caer en la misma trampa?

Por lo visto infinitas veces, pues, mientras ella daba vueltas en su cabeza a esa cuestión, él ya se había ocupado de dejarla sin la toalla, completamente desnuda y a su merced.

Una vez más.

—No te imaginas el placer que me produce acariciarte aquí... —susurró inclinándose para lamer uno de sus pezones, húmedo por la ducha, duro por su boca y mojado por su saliva—. Y aquí... —añadió pasando al otro para con la misma suavidad tocarlo y estimularlo.

Consiguió recostarla, pues de esa forma resultaba más sencillo proseguir con sus atenciones, que dicho sea de paso representaban toda una novedad para él, pues ya ni se acordaba de cuándo fue la última vez que se puso en situación con la única idea en mente de dar sin más. Probablemente desde la adolescencia, cuando descubrió, a base de mujeres complacientes, que con ocuparse de sí mismo ya bastaba.

Había hecho una promesa, puede que difícil de cumplir dada su trayectoria, pero no imposible, así que a esforzarse, que no pasaba nada por hacerlo.

Siempre hay una primera vez para todo.

No prestó atención a que aún quedaban papeles, fotos y demás recuerdos esparcidos en la cama; tiró la toalla arrugada al suelo, pasó el dorso de la mano, con cierta reverencia, desde sus pechos hasta el ombligo, donde hizo una leve pausa antes

de llegar hasta su vello púbico y rozarlo suavemente, una, dos veces; observó cada una de sus reacciones, cada parpadeo, cada suspiro, cualquier gesto para saber qué dirección tomar.

Bajo ningún concepto deseaba incomodarla.

Helen le permitió seguir, esta faceta tan aparentemente amable y considerada no podía durar mucho. El carácter de él, imprevisible e impaciente, tiraría por la borda aquellos esfuerzos, bien lo sabía ella.

Pero, como siempre, le resultaba imposible permanecer inactiva, menos aún con esas atenciones tan sutiles como efectivas, así que movió los brazos para llegar hasta su cintura y tirar de la camisa, sacándosela de los pantalones para poder meter las manos debajo y así empezar a tocarlo, después ya lo desnudaría.

Solo permitió que acariciara su espalda, durante unos segundos, encantado de sentir esas manos en su piel, aunque debía apartarla, porque de continuar sintiéndola podría desviarse del camino trazado.

Ella no se detuvo ahí y maniobró hasta desabrocharle los pantalones y meter la mano dentro, agarrándole la polla y atrapándola entre su mano, causándole serios problemas de concentración.

—No —la contradijo dificultando sus maniobras—. No quiero que muevas ni un solo dedo, ya tendrás tiempo de hacer conmigo lo que quieras.

Era una prometedora sugerencia que Helen quería acatar cuanto antes, pero que, por pura cabezonería, Patrick no estaba dispuesto a satisfacer.

—Pero... —La protesta se vio interrumpida al sentir unos labios sobre los suyos, pidiendo paso y mordiéndoselos con delicadeza.

—Hoy solamente disfruta, siente... —jadeó contra su oreja, concentrándose para poder cumplir su objetivo, pues la tentación de arrancarse la ropa y dejar que ella lo atormentase aumentaba por momentos.

—Yo quiero... —musitó cuando sintió una mano subiendo entre sus muslos e indagar entre sus labios vaginales para con un dedo ir separándolos, esparciendo sus fluidos, murmurando su aprobación.

—Lo sé, y me encanta sentir cómo me pones las manos encima, lo que eres capaz de hacer con esa boca y, por supuesto, cada vez que me muerdes, me arañas y me aprietas el culo; sin embargo, en esta ocasión tendrás que contenerme o terminarás atada a la cama.

Introdujo un dedo y sonrió complacido al verla arquearse en respuesta.

Helen parpadeó, vaya forma que tenía de complacerla.

—Esto es solo un adelanto... —susurró abandonando su interior para, delante de ella y sin el menor pudor, lamerse el dedo cual gato goloso.

Quiso de nuevo intervenir, moviendo un pie hasta posarlo sobre su erección y agitarlo sinuosamente, pero él, con una mueca triste, negó con la cabeza y la apartó.

Puede que fuera tonta por seguir allí, por desearlo de nuevo y por obedecerlo, pero una de las cosas positivas de él era precisamente eso, que no le imponía nada,

desde el primer minuto había aceptado lo que ella consideraba arriesgado como natural y nunca ponía pegas a su iniciativa. Así que si de repente se comportara como un controlador insufrible daría qué pensar.

Aún más, en todo caso.

Aunque si continuaba reflexionando iba a perderse muchas cosas, por ejemplo la sensación de que él recorriera con la lengua la separación entre sus pechos para ir bajando hasta jugar con la misma entre el ombligo y arrancarle uno de los primeros gemidos.

Sentir su aliento a la altura del estómago le causaba ese tipo de sensaciones producto de la anticipación y del deseo que, sencillamente, la volvían loca.

En esa ocasión no disimuló, se expresó tal cual lo sentía; no era el momento de la contención ni de mucho menos fingir que aquello no la derretía.

—Voy a conseguir que jadees mucho más fuerte... —arañó la suave piel de su vientre con los dientes al tiempo que posaba las manos sobre ambos lados de sus caderas para mantenerla quieta—. Que grites y me destroces los tímpanos con cada arremetida de mi lengua, porque hoy va a ser ese día en el que pienso lamerte de arriba abajo y puede que, cuando acabe y no quede ni un solo milímetro sin tocar, empiece de nuevo. No vaya a ser que me haya pasado alguno por alto —bromeó recuperando su tono de granuja medio arrepentido.

Ese tono tan suyo que aparte de hacerle irresistible conseguía que cualquiera, hombre o mujer, se derritiera de gusto.

Y Patrick sabía muy bien utilizar todos los recursos a su alcance.

La besó alrededor del ombligo, poniéndola en el disparador con cada deliberada y desquiciante caricia, pues por alguna extraña razón había decidido que todo fuera a cámara lenta.

—¿Podrías... —hizo una pausa cuando notó sus dientes pellizcándola— ir un poco más... —de nuevo se detuvo pues él tiró de su vello púbico— rápido?

Que él se riera estando entre sus piernas no ayudaba. Estuvo tentada de levantar un pie y darle unos toquitos en la espalda para animarlo a continuar sin hacer tantas paradas, pero resopló confiando en que se diera cuenta por sí mismo de sus necesidades.

—No —respondió levantando un instante la mirada y arqueando una ceja, adoptando una posición tan indolente como seductora.

Helen echó la cabeza hacia atrás, resignada a lo que quisiera entretenerse y llegando a la conclusión de que a cada protesta solamente conseguiría que él se recreara aún más.

Por mucho que suplicara, cosa que le encantaría, no iba a ceder y, por tanto, cuando movió las piernas, invitándolo a mucho más que mirar, sonrió y se deslizó todavía más abajo. Su sonrisa se ensanchó aún más al comprobar su cara de disgusto, pero las cosas tenían que ser así.

Se colocó de rodillas frente a ella y comenzó un maquiavélico masaje desde las

rodillas hasta la parte superior de los muslos, todo ello evitando rozar su coño. Solo tocaba la parte interior, esa piel tan sensible y a veces tan olvidada.

—Vas a acabar con mi paciencia —masculló moviéndose ligeramente sobre la cama. De seguir así terminaría por levantarse e ir a buscar a Willy, que por cierto llevaba mucho tiempo en el dique seco.

—Después me lo agradecerás —aseveró entre beso y beso sin variar ni un ápice su postura, para descontento de ella y diversión de él.

«No estoy tan segura», pensó, porque vaya manera que tenía de contentarla...

Con sus labios fue dejando un rastro húmedo por el interior de su pierna, llegando hasta el tobillo. Cada suspiro de ella, cada movimiento, por leve que fuera, le indicaba cómo se iba excitando, así que cuando empezó la ascensión por la otra pierna se percató de que estaba tensando la cuerda de más y podía obtener el efecto contrario, por lo que se inclinó y posó sus labios sobre la rodilla para ir subiendo, esta vez con más rapidez, hasta llegar a su sexo, donde procedió a besarla primero y a lamerla después, separando con la lengua cada pliegue hasta atrapar entre los labios su clítoris, mientras que con las manos le acariciaba el interior de los muslos.

Helen tragó saliva, se arqueó y se llevó la mano a la boca para sofocar un grito a todas luces escandaloso, pues, a pesar de saber lo que iba a ocurrir, la sensación fue tan arrebatadora como la primera vez.

—Por fin —suspiró.

—Abre las piernas, querida... —murmuró él al sentirlas a modo de tenaza junto a su cabeza.

Retomó sus atenciones y de nuevo sintió la presión de sus muslos y tuvo que tomar cartas en el asunto, así que metió las manos bajo su culo de tal forma que ella le pasó las piernas por encima de los hombros, y sus pies quedaron apoyados en su espalda.

—Sigue...

Con la lengua no solo recorría sus labios vaginales, también la saboreaba en profundidad y hasta tanteó la entrada de su vagina. Realizó unos perversos y rápidos movimientos, a los que ella respondió con más gemidos y contoneos pélvicos, incapaz de permanecer quieta en el sitio.

Introdujo un par de dedos, girándolos en su interior en busca de un punto especialmente sensible, pero teniendo la precaución de no rozarlo de forma brusca, pues podía sentir dolor en vez de placer, dando al traste con todos los esfuerzos previos.

Helen se sintió inquieta, incómoda cuando notó la primera punzada. Había oído hablar de ese famosísimo punto, aunque ella dudaba de su existencia; sin embargo, algo le decía que Patrick estaba a punto de encontrarlo, y sin localizador GPS.

Tenía la boca seca y tragó saliva intentando serenarse, pero, cuando él tocó por primera vez esa terminación nerviosa tan especial, sintió ganas de hacer pis, lo cual lo arruinaría todo.

En una reacción involuntaria, tensó sus músculos internos y él se percató de ello; resultaba imprescindible que se mantuviera tranquila, nada de apretar.

—Relájate, respira —indicó sin dejar de meterle los dedos al tiempo que atrapaba su clítoris entre los labios, tirando suavemente de él—. Deja que pase lo que tenga que pasar, no lo fuerces, no te tenses...

—No es tan fácil... —se quejó respirando cada vez de forma más agitada; le resultaba imposible inhalar y exhalar de manera regular.

—Vas a correrte en mi boca —prosiguió él—, quiero sentirlo, quiero que me lo des... Y no solamente eso, voy a lograr que te corras como nunca antes.

Su tono, a medio camino entre la exigencia y el deseo, incrementaba mucho más su excitación. Poco a poco las ganas de orinar pasaron a la historia, ahora su cuerpo se preparaba para un orgasmo real pero diferente.

—¡Patrick! —chilló desesperada frotándose contra su boca, buscando el máximo contacto.

—Deja que ocurra... —musitó sin apartarse de su piel.

Él quería mucho más que un clímax intenso, deseaba lograr lo que una prostituta de lujo le contó una vez sobre la eyaculación femenina, algo que al principio le había provocado risas pero que luego, cuando se le pasó la borrachera, le intrigó.

Lo cierto era que hasta ese instante solo se había preocupado de la teoría, básicamente porque le importaba poco menos que una mierda la satisfacción de las mujeres que se follaba; unas veces por comodidad y otras porque sencillamente iba puesto hasta las cejas, y como antes de su asistente llevaba un largo período de autosatisfacción manual, la verdad era que poco o nada podía haber llevado a la práctica.

Se había informado leyendo artículos y opiniones de mujeres que afirmaban que resultaba una experiencia increíble, completamente distinta a lo que una relación sexual más o menos estándar ofrecía, así que tenía muchas ganas de comprobarlo por sí mismo.

Y tenía que ser con ella con quien lo experimentara y para ello debía concentrarse y obviar la cada vez más insoportable presión de su miembro confinado dentro de la ropa, pero ya llegaría después su turno.

Continuó presionando en el interior. La yema de su índice rozaba, ahora con mayor intensidad, esa zona esponjosa, todo ello sin abandonar su clítoris, que seguía azotando con su lengua.

Debía combinar estimulación interna junto con la acción de su boca el tiempo suficiente para que todo llegara a buen puerto.

—No puedo más... —gimió cerca, tan cerca que ni ella podía creérselo.

Todos sus músculos internos en estado de máxima expectativa se preparaban para un orgasmo que a buen seguro la dejaría sin fuerzas y completamente exhausta, pero también confundida, pues el comportamiento de él daba mucho que pensar.

Un nuevo tirón, un nuevo escalofrío...

—No aprietes —repitió de nuevo sintiendo cómo ella tensaba los músculos vaginales.

—No puedo... —se quejó una vez más intentando seguir sus instrucciones.

—Córrete. —No fue una orden, sino una petición, como si los papeles estuvieran intercambiados y él fuera quien estuviera tumbado en la cama soportando toda aquella tensión.

No llegó a gritar, el sonido se atascó en su garganta; ante tal intensidad, su cuerpo se quedó rígido durante unos segundos antes de quedar laxo y desfallecido.

En aquel instante fue consciente, y se avergonzó por ello, de que a buen seguro no había controlado bien sus funciones corporales, pues la humedad entre sus piernas le pareció excesiva.

«Oh, Dios mío —pensó—, ¿y si me he hecho pis encima?».

¿Cómo comportarse ahora?

¿Qué decir?

—Joder, me has dejado impresionado —murmuró incorporándose para arrancarse la camisa y ofrecerle un rápido *striptease*.

Helen oyó los botones cayendo al suelo pero ni se movió, aún colorada como un tomate; estaba segura de que él no mencionaba nada para no ponerla más en evidencia.

—Pensé que no era posible —prosiguió mirándola con una expresión rara desde su ubicación entre las piernas, lo cual la confundió todavía más, pero, para su total estupefacción, extendió un brazo y recogió entre sus dedos sus fluidos y se los mostró —, joder, ahora sé que es cierto...

Helen se concentró en su propia respiración mientras él, ya desnudo, se acercaba a ella o, mejor dicho, la acechaba, porque por su mirada saltaba a la vista que ahora iba a desfogarse. Tenía la mirada fija en ella, como la de un tigre a punto de echar la zarpa a su presa.

Y no podía impedírselo, al fin y al cabo él se había esforzado como nunca y necesitaba su momento.

Patrick se tumbó sobre ella dispuesto a echar el polvo más rápido de la historia moderna, nada de posturas raras, nada de acrobacias; el misionero de toda la vida, lo típico de una parejita estresada dispuesta a follar un sábado por la noche.

Ahora le traía sin cuidado; regresar a los clásicos de vez en cuando resulta bueno y en su caso, dado el recalentamiento global corporal y en especial su zona pélvica, no estaba para consideraciones.

Ella tragó saliva ante su expresión de auténtica determinación; aquello, pese a que ella tenía escrito en la frente la palabra «merienda», iba a disfrutarlo.

La penetró a lo salvaje, sin preguntar tan siquiera qué tal se encontraba, simplemente actuó llevado por un instinto.

Un instinto de lo más primario.

Para su enorme satisfacción, ella lo acogió encantada y no únicamente eso, gimió regalándole un instante inolvidable. Se apoyó en los brazos, incorporándose a medias para poder así mirarla.

—Joder... —gruñó empujando con fuerza—, no veía el momento de metértela.

Helen sonrió de medio lado.

—¿Y por qué has tardado tanto? —inquirió llevando ambas manos hasta su trasero para pellizcarlo con fuerza, recreándose en la sensación de su estupenda retaguardia y de paso espoleándolo para que no perdiera el ritmo.

A partir de ese momento, aquello se convirtió en una lucha cuerpo a cuerpo, en la que, a cada embestida de él, Helen respondía arqueando sus caderas, saliendo a cada paso a su encuentro para que sus cuerpos no se separasen, para permanecer unidos el mayor tiempo posible.

Bajo ese ritmo endiablado, Patrick, que había soportado a duras penas unos preliminares angustiosos, sabía que iba a aguantar poco o nada, pero no se le pueden pedir tantos sacrificios a un hombre en su estado.

—Decir que estoy en la gloria es quedarme corto... —jadeó rotando sus caderas entre las de ella—. Me vuelve loco cómo me aprietas, cómo me calientas... Joder, mi polla y yo te lo agradecemos...

Solo alguien como Patrick podía hacer un comentario así en aquellas circunstancias.

No quiso rebatirlo ni contradecirlo, así que se limitó a jadear, sudar y arañar bajo su cuerpo, recibéndolo y olvidándose de todo lo demás.

Nada parecía poder detenerlo en ese instante, pues entraba y salía de su cuerpo como si le fuera la vida en ello.

Ella, aún hipersensibilizada tras la ronda anterior, no sabía muy bien cómo soportarlo. Quedaría en evidencia, pues apenas la había penetrado y ya estaba de nuevo al borde. Intentó pensar en algo desagradable, hacer mentalmente la lista de la compra, enumerar las razones por las que aquello estaba abocado al desastre... Nada, absolutamente nada surtió efecto y, sintiéndose una egoísta por ni tan siquiera esperararlo, se corrió, mientras se mordía el labio.

—¿Ya? —preguntó con un gruñido al notarlo y ella asintió con cara de disculpa—. Pues ahora concéntrate que me toca a mí.

Helen le agarró del pelo y se movió con tal de atrapar su boca y darle exactamente lo que Patrick reclamaba.

Lo besó de forma sonoramente obscena mientras que movía una mano hacia abajo y la posaba con total descaro sobre ese espléndido culo, el cual azotó primero y arañó después, aportando a todo aquello el ingrediente extra con el que lograban pasar de bueno a excelente. Por supuesto introdujo un dedo entre sus nalgas, acariciando su ano y dándole motivos para embestir como un poseso.

—¡Helen!

Sintió su estremecimiento, sintió su tensión y lo abrazó cuando él se corrió, con uno de esos gruñidos tan masculinos, a la par que le dejaba una buena marca en el hombro. Claro que ella tampoco se había quedado atrás, pues le clavó las uñas con bastante saña en sus nalgas.

Patrick necesitaba respirar y rodó a un lado, lamentando la pérdida de su calor, pero no quería aplastarla. Con los ojos cerrados, fue lentamente recuperando sus constantes vitales habituales.

Hay ocasiones en las que el silencio resulta más significativo que cualquier sonido; sin embargo, Helen no podía callar por más tiempo, aun a riesgo de estropearlo todo.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella en un murmullo.

Con lo bien que se estaba así, tumbados uno junto al otro, recreándose en los mejores momentos...

Giró la cabeza para mirarla y comprender el motivo de su pregunta.

—¿A qué te refieres? —inquirió también en voz baja, propia de los instantes confidenciales poscoitales.

Aunque, la verdad, le apetecía poco o nada entrar en ese camino, ya que intuía que estaba lleno de baches, porque dudaba que ella le pidiera otra ronda.

—No sé tú, pero creo que lo que acaba de pasar no ha solucionado nada —añadió tumbada a su lado sin querer moverse.

Patrick se rascó la barbilla, más que nada para parecer que lo reflexionaba, cosa

que hizo, ya que según su punto de vista aquello había sido poco menos que espectacular.

—No estoy preparado para oír de nuevo una retahíla de razones por las que te obstinas en ver la botella medio vacía.

—Te empeñas en no querer ver la realidad —se quejó negando con la cabeza.

¿Qué más tenía que pasar para que viera la luz?

—Y tú en poner trabas —la reprendió sabiendo que contradecirla no abogaba en su favor, pero dorar la píldora a una mujer inteligente era una pérdida de tiempo.

—¿Crees que acostándonos despejas el camino? —preguntó dando unos golpecitos en el colchón para así enfatizar sus palabras.

—A mí siempre me ha parecido que el polvo de la reconciliación es el mejor, ya que me preguntas —adujo encogiéndose de hombros.

Su teoría era bien cierta, ¿para qué marear la perdiz con conversaciones plagadas de frases ambiguas? O, lo que es peor, saturadas de cautela y miedo a ofender. Y ya la repanocha, esos malditos topicazos de novela romántica que siempre le resultaban, además de cursis, insufribles y ridículos.

—Oh, por favor, qué argumento más masculino... —rezongó—. Sin embargo, yo no estoy de acuerdo. ¡No tenemos nada en común! ¡Me criticas siempre! ¡Husmeas en mi pasado!

Patrick inspiró y sin querer cabrearse dio la vuelta a la tortilla, ya que esa mujer y su obsesión por analizarlo todo hasta le hacían gracia.

—Si fueras igual que yo no te soportaría. Te critico para tener algo de qué hablar y, respecto a tu pasado, era lógico, me intrigas y como soy curioso por naturaleza...

De nuevo ese tono de perdonavidas, como si encima le estuviera haciendo un favor, y ella no sabía si reír o atizarle con la almohada.

—Pero solo sabes una parte... —musitó avergonzada.

En ese instante se giró, dándole la espalda.

Patrick, intuyendo uno de esos momentos de autoflagelación que tanto parecen disfrutar las mujeres, se acercó a ella, dispuesto de una vez por todas a solucionar ese asunto, pues ya tenían una edad para andar jugando al «te ajunto, no te ajunto».

—Vamos a ver, ¿qué hiciste para que ahora te avergüences? —La rodeó con los brazos, acercándola a su cuerpo y, venciendo su resistencia, impedir que se levantara y lo dejara de nuevo plantado—. Cuéntame tus más terribles pecados.

—¡Deja ya de tomártelo todo a broma! —exclamó rabiosa mientras intentaba soltarse; sin embargo, no lo logró, pues él la mantenía fuertemente amarrada—. No soy lo que aparento —añadió dando muestras de su vergüenza—. Yo... hice cosas que...

Helen le contó su llegada a la universidad, cómo allí una chica sencilla conoció al peor de los caraduras, y teniendo en cuenta que delante había uno con medalla olímpica, ya era mucho decir. Habló de aquellos primeros años, cuando simplemente empezó a coquetear con lo que allí se ofrecía. Cómo a veces, por el simple hecho de

no quedar relegada, probaba lo que los demás insistían en proclamar como alucinante y cómo, poco a poco, se metió en una espiral de drogas, fiestas y descontrol muy difícil de frenar.

Tuvo que hacer una pausa antes de continuar, pues aún quedaba la peor parte, admitir que un día acabó en urgencias, por sobredosis.

Y cómo a partir de aquel terrible momento se dio cuenta del peligro que corría y se prometió a sí misma cambiar, ser otra y olvidarse de las malas influencias. Abandonó a aquel grupo y se concentró en sus estudios. Cambió su imagen, nada de estridencias, y se convirtió en una mujer elegante, competente, educada, de comportamiento irreprochable, hasta que se enamoró de un jefe aparentemente tan perfecto como ella y, tras soportar innumerables desplantes y ser ninguneada, terminó por ser despedida pese a no haber faltado ni un solo día a su puesto.

Patrick, aguantando las ganas de interrumpir, esperó a que ella concluyera su relato.

Analizó toda la información y prefirió no mencionar que ya estaba más o menos al tanto de todo, aunque, la verdad, agradecía los detalles extra.

—Vale, te desmadraste en la universidad, fuiste una chica mala pero al final viste la luz. ¿Eso es todo?

—¡Será posible...! ¿Cómo puedes tomártelo a cachondeo? —inquirió furiosa por su maldito desdén.

—Estás hablando con el *number one* del desmadre, querida. Nada de lo que hayas hecho puede sorprenderme.

Ella se incorporó sobre un codo y lo miró; vale, puede que su tono fuera de guasa, pero saltaba a la vista que el asunto no lo era.

—Es algo de lo que nadie creo que deba presumir —susurró volviéndose a tumbar.

—Mira, estoy de acuerdo, no es para que te cuelguen una medalla, pero si quieres saber lo que es descontrol pásate una semana prácticamente sin dormir, empalmando una fiesta con otra, donde, además de buena comida y bebida, tienes coca a tutiplén. En donde hay un montón de tías buenas dispuestas a esnifar una raya sobre tu polla. ¿Has oído alguna vez lo que puede lograrse si pones un poco sobre una erección? Pues es cierto, no se te baja con nada. Follas sin parar y no te corres.

Ella escuchó su historia sabiendo que, pese al tono ligero, seguía luchando en su interior para no volver a aquellos días.

—Mi familia, preocupada, se pasaba meses sin saber nada de mi paradero. Porque yo me las apañaba para esconderme en casa de alguien que decía ser un amigo, pero que solo pretendía vivir a mi costa. Gastaba más dinero del que ganaba, pagaba cantidades astronómicas por vivir en hoteles de lujo y por tener a mi alrededor a una serie de personas dispuestas a hacerme la pelota. La primera vez que acabé en un hospital, con veintidós años, me prometí a mí mismo dejarlo, pero ¿sabes qué? Tardé tres meses en recaer y, de nuevo, pese a saber que mis padres sufrían y ver a mi

madre llorar, retomé mi rutina de desenfreno. Tuve un montón de recaídas, cada vez más frecuentes porque mi cuerpo se encontraba al límite, pero no podía parar. Quienes me hacían la pelota y se gastaban el dinero que cada vez escaseaba más, solo me daban palmaditas de ánimo, con tal de hacerme creer el tipo más cojonudo, el más divertido. Y yo, como un gilipollas, me lo creía. Con mi fama de juguista problemático cada vez recibía menos ofertas, hasta que empecé a gastarme el dinero que tenía asignado, pero mis padres me cortaron el suministro con la idea de que así volvería al redil, pero ¿sabes? Me las apañé haciendo cosas humillantes para sacar más dinero. Como aquel vídeo porno o las supuestas fotos robadas en las que aparecía en pelotas.

—No hace falta que me cuentes más —dijo en voz baja sin atreverse a tocarlo: estaba segura de que no quería más parabienes ni palabras de aliento.

—No, déjame terminar. Mis verdaderos amigos, aquellos que intentaban abrirme los ojos, entre ellos Ewan, acabaron por desistir y yo los mandé a la mierda. «¡Son unos *pringaos!*», me decía para autoconvencerme. Hasta que mi cuerpo dijo basta... Aquellos hijos de puta pensaron que estaba actuando, fingiendo un ataque al corazón, y se rieron, se descojonaron y no hicieron nada por ayudarme. Estábamos en una *suite* de hotel y por suerte los residentes de la habitación contigua protestaron en recepción por la música alta y el alboroto que causábamos y apareció el gerente. Fue quien me encontró, inconsciente, tirado en el suelo. Uno de aquellos cabrones dio el número de teléfono de Ewan, que se presentó en el hospital nada más recibir la llamada, pese a que yo lo había insultado de lo lindo.

Patrick, incómodo, no por hablarle de ello, sino por recordar lo que sintió cuando despertó y se enteró de todo, respiró profundamente, esperando que ella, ahora con muchos más argumentos para mandarlo a paseo, se vistiera y lo dejara plantado.

«No, eso no lo haré, estamos en su apartamento», pensó haciendo una mueca ante la ironía.

Ella permaneció en silencio, ya que nada podía añadir a aquel relato. En esas situaciones no se sabe bien si preguntar interesándote por la historia, ya que puede interpretarse como simple curiosidad malsana.

Por cómo lo había narrado, estaba claro que ya había pasado su propio vía crucis, así que no necesitaba a nadie más que le diera latigazos para expiar sus pecados. Nadie mejor que uno mismo para castigarse, ella bien lo sabía.

—¿No dices nada? —preguntó girándose para colocarse de costado, esperando que ella hiciera lo mismo y poder ver su cara.

Helen lo hizo y él agradeció no haberla hecho llorar; si le había contado sus peripecias era para que supiera que él no la juzgaría por un error del pasado, ahora ya superado, no para recibir un montón de palabras complacientes y jodidamente comprensivas.

—No voy a seguir trabajando como tu asistente.

Patrick sonrió, aquella era una buena señal.

—De acuerdo, puedes volver a ser la secretaria de Mills, está loco por recuperarte —adujo en plan comprensivo.

Helen negó con la cabeza, sorprendiéndolo.

Patrick esperaba un poco de alegría por su parte, pero al ver que ella no se mostraba todo lo efusiva que cabría esperar, añadió una concesión más:

—Y puedes ir a trabajar con esas horribles gafas, claro que te exigiré ponértelas como único complemento cuando me apetezca. Ya sabes, lo de la secretaria cachonda y todo eso.

La estupidez le costó un manotazo.

—Me han ofrecido el puesto que siempre he querido —comentó sosteniéndole la mirada.

—¿Dónde? —inquirió suspicaz.

La conocía y era capaz de aceptar un trabajo a miles de kilómetros y, la verdad, no le apetecía hacer una mudanza.

—En una empresa —respondió.

—¿Dónde? —insistió pasando por alto su evasiva.

—Del sector financiero —explicó sin comprometerse.

—Mmm... Dame más datos y los investigo.

—Ni hablar, esto es algo que solo me atañe a mí. Regla número uno, no te metas en mis asuntos...

—No empieces con las reglas, que aún no estamos viviendo juntos —protestó él —. De acuerdo, dime al menos cómo se llama tu jefe.

—Solo diré que es un hombre serio, responsable, educado, elegante y que trabajar a su lado será una oportunidad única.

—Joder —masculló—. ¿Es guapo?

Ella disimuló mal una sonrisa, de esas tontorronas femeninas cuando ven a un tipo atractivo, lo que le sentó como una patada en los huevos.

—Contesta, ¿qué edad tiene?

—La misma que tú.

—Oye, regla número dos, no tener secretos conmigo.

—No es ningún secreto, cuando empiece a trabajar podrás ir a buscarme y hablar con él, estoy segura de que tenéis mucho en común.

—No me fío... ¿Por qué no hacemos un trato?

—Ni hablar, porque te conozco y sé que siempre lo manipulas todo para que esté a tu conveniencia.

—Qué bien me conoces...

Eso era verdad, pero no iba a quedarse de brazos cruzados, pediría a Ewan que investigase a ese tipo y más valía que fuera decente y un buen jefe, si no, le cortaría las pelotas.

—Bueno, ¿y ahora qué?

—Ahora, puesto que te empeñas en empezar esta relación con secretos, creo que

deberías ponerte boca abajo y escuchar el resto de las normas...

Ella sospechó inmediatamente; sin embargo, al oír ese tono tan sumamente pervertido sobre normas, obedeció.

—Y espero que te las aprendas a la primera... —pasó una mano por toda su columna vertebral hasta su culo, al que atizó sin contemplaciones, sobresaltándola y dejándole una buena marca colorada.

—¡Ay! No seas bruto, siempre dices que no te gustan estas cosas.

Patrick adoptó su cara de «yo no he roto un plato en mi vida», con sonrisita incluida, y se inclinó para morderla en la misma nalga.

—Helen, haz el favor de prestar atención...

Ella casi se echa a llorar cuando, por segunda vez en una noche, lo oyó pronunciar su nombre, pero se obligó a aplazar el momento lacrimógeno, porque él continuó explicándole las estrictas normas que regirían su relación.

Epílogo

Helen apartó la vista un instante del monitor y comprobó la hora en su reloj; parpadeó incrédula... ¡Solo faltaban cinco minutos para que finalizara su jornada laboral!

Entre una cosa y otra se le había pasado el tiempo volando. Apenas había hecho un receso a la hora del almuerzo y en seguida se había reincorporado a su puesto con la intención de dejar todo cuanto fuera posible al día. Aunque hubiera informes no urgentes, siempre prefería no dejarlos para última hora, hecho que sucedía bastante a menudo, ya que disfrutaba enormemente de su trabajo, así como de los beneficios añadidos: un jefe atractivo, educado, comprensivo, elegante... es decir, la envidia de cualquier secretaria de dirección.

De ello era bien consciente, pues las asistentes de otros departamentos siempre la miraban con cierta envidia.

Por si esos adjetivos no le hacían justicia, además podía mencionar su impecable gusto en el vestir, tanto en la versión seria y respetable con trajes hechos a medida, corbatas de diseño, zapatos igualmente hechos para él... como en la versión *sport*, con sus vaqueros, camisetas de marca y prendas de cuero.

Ella era la encargada de anotarle en la agenda sus visitas a la sastrería, entre otras funciones; lo único en lo que él siempre se mostraba reacio era en su vida personal. Apenas sabía nada de él, solo su dirección, por si era necesario en caso de emergencia, pero poco más.

Su jefe sabía muy bien cómo marcar las distancias sin parecer inaccesible. Otorgaba cierta confianza dejando muy claro qué límites no atravesar.

Cualquiera podía pensar que trabajar para un hombre así conllevaba una contrapartida, como por ejemplo que el tipo en cuestión fuera inaguantable, egocéntrico, irascible, negrero... o cualquier atributo negativo que una secretaria pudiera dedicar a su patrón.

Pues se equivocaban por completo.

Su superior siempre se mostraba exigente, empezando por él mismo para dar ejemplo, y pretendía que quienes formaban su equipo se implicaran de igual modo, pero eso no lo convertía en un ogro insensible.

Te marcaba unas directrices de trabajo, era consciente de que la flexibilidad resultaba necesaria y premiaba la iniciativa. Sabía escuchar y ello facilitaba enormemente su cometido.

Era el primero en enviarla a casa cuando quería terminar algún informe fuera de sus horas convenidas. La «obligaba» a hacer una pausa a la hora de la comida cuando a ella se le olvidaba, o incluso le pedía amablemente que lo acompañara mientras charlaban distendidamente de temas ajenos a la empresa. Por supuesto temas alejados de cualquier insinuación personal.

Hasta el momento ni una sola palabra fuera de lugar.

Helen estaba encantada de haber aceptado esa oferta.

Y lo que para ella suponía la mayor de las ventajas era trabajar junto a un hombre así y no sentir por él ningún deseo sexual.

Lo que siempre había deseado.

Puede que en el pasado hubiera tenido sus quebraderos de cabeza al haber estado tan cerca de un tipo así; no obstante, ahora podía admirarlo, no era ciega, y simplemente recrearse la vista, sabiendo que no surgirían complicaciones.

El dechado de virtudes abrió la puerta de su despacho y frunció el ceño al verla allí sentada.

—¿No deberías haberte marchado ya?

Ella lo miró con una sonrisa de disculpa; con sus elucubraciones se le había pasado el tiempo y permanecía allí sentada como un pasmarote.

—Lo sé —admitió apagando su ordenador y recogiendo todas sus cosas para dejar su escritorio en perfecto estado de revista.

Después se incorporó y se acercó hasta el armario donde guardaba sus efectos personales, de donde sacó el bolso.

—Te acompaño, yo también he acabado por hoy.

Juntos se encaminaron hacia los ascensores, conversando tranquilamente mientras esperaban; él, cómo no, le cedió el paso cuando las puertas se abrieron.

Helen no podía dejar de contemplarlo, ya que iba realmente elegante, por completo de negro a excepción de la corbata gris plata. Los espejos traseros de la cabina resultaban unos excelentes chivatos para ver su retaguardia.

«Qué suerte tengo», se recordó en silencio.

Cuando llegaron a la planta baja, de nuevo él la dejó pasar para después acompañarla hasta la recepción, donde la esperaba su novio, sonriente, despeinado, es decir, la versión macarra de su jefe.

—Espero que este negrero te pague las horas extra como corresponde —indicó Patrick nada más tenerla a su lado, sujetándola por la cintura y mirando a su gemelo con expresión burlona. Sin pensarlo dos veces, la besó en el cuello antes de saludarla —: Hola, nena.

—Si de mí dependiera, sabes perfectamente que la mandaría a casa mucho antes, pero ya la conoces —arguyó Owen sin caer en la provocación de su hermano.

—Ha sido culpa mía —apuntó Helen intentando separarse un poco, ya que le parecía violento estar tan pegada a Patrick delante de tanta gente. No terminaba de sentirse cómoda con la afición de él por mostrar en público su afecto.

La señora de la limpieza que por allí andaba siguió a lo suyo y el guardia de seguridad de recepción, tres cuartos de lo mismo.

—Nada de disculpas —la contradijo su novio—, conozco a este desde que nació, es un adicto al trabajo.

—Muy gracioso —murmuró Owen manteniendo su habitual serenidad.

—Bueno, pues nos vamos. Hasta el lunes —se despidió Patrick contento mientras arrastraba a su chica con la intención de dar por finalizada la conversación.

—¿Cómo que hasta el lunes? —inquirió ella deteniéndolo.

—Mañana es viernes —apuntó Owen arqueando una ceja—. Te recuerdo que para el común de los mortales es un día laborable.

—Sí, bueno, ¿y? Yo me la llevo y tú te apañas sin ella, al fin y al cabo hay días que pasa más horas contigo que conmigo y no quiero ser malpensado.

—Patrick, por favor —lo reprendió Helen molesta.

Owen sonrió de medio lado; conocía a su gemelo y sabía que solo bromeaba. Además, no se sentía atraído sexualmente por su secretaria, a pesar de que de un tiempo a esa parte había mejorado visiblemente su aspecto, puede que influenciada por el capullo de Patrick o simplemente porque ella lo había decidido así. Sea como fuere, no tenía tiempo, ni mucho menos ganas, de tirarse a la mejor secretaria que había tenido hasta el momento. Por no mencionar que, de atreverse, su hermano le partiría la cara.

—De acuerdo, puedes tomarte el día libre —accedió antes de despedirse y dejarlos a solas.

—No puedes hacer eso —se quejó ella frunciendo el ceño—. Me gusta lo que hago, Owen me trata estupendamente y tengo asuntos pendientes. Y él jamás ha insinuado nada, ni ha dicho nada que...

—Nena...

—Ni nena ni leches. Mañana debes acudir a tu trabajo, como todo el mundo. Aunque seas la estrella no puedes pretender que todos bailen a tu son.

Patrick aguantó la sonrisa y dejó que ella lo riñera como a un niño pequeño porque hasta aquello le gustaba, tener a la gruñona responsable para él solo.

—No me estás escuchando —le dijo ella sabiendo de sobra que era cierto.

—Pues no. —Y sin más tonterías, alargó el brazo, la sujetó por la cintura, tiró de ella para acercarla y allí, a la vista de los guardias de seguridad y la señora de la limpieza, devoró su boca de una forma excesivamente sonora y obscena para que callara un poco y se relajara. Tenía planes a corto plazo y no deseaba ningún tipo de contratiempo.

—¡Patrick! —consiguió decir entre asalto y asalto bucal, sonrojada e intentando liberarse.

—Mmm, no te resistas... —murmuró pegándose aún más a ella para frotarse convenientemente.

Si iba a escandalizarla, al menos debía hacerlo correctamente.

—Nos están mirando —adujo ella entre dientes.

Tras otro beso de esos intensos y demasiado profundos como para dejarlo en ese punto, Patrick permitió que se apartase, aunque no mucho. Le cogió la mano y la dirigió hacia la puerta de acceso a la zona de *parking* privado reservado para empleados o, como era su caso, para hermanos del dueño.

Sin demostrar abiertamente sus intenciones, para que ella no pusiera el grito en el cielo, la condujo hasta el coche, un Ford Fiesta; una mierda de utilitario que ella se había empeñado en comprar con su sueldo, pese a que Patrick había insistido por activa y por pasiva que en que aceptara el jodido Mercedes nuevo que se moría de asco en el garaje, el cual le había comprado como regalo.

Nada más detenerse junto al vehículo, le arrebató las llaves, desbloqueó las puertas, le quitó el bolso y lo tiró en el asiento; a continuación maldijo por el hecho de que el coche no contara con puertas traseras y verse obligado a avanzar el asiento delantero para poder ocupar la plaza trasera; luego la empujó hacia dentro, porque si entraba él primero ella se le escaparía, y, tras todos esos pasos, se abalanzó sobre ella sin darle un segundo.

—¡Estás loco! —farfulló intentando quitarse de encima a un actor cachondo dispuesto a meterle mano delante de las cámaras de seguridad de las oficinas de su hermano y donde, además, ella trabajaba como secretaria.

—Eso ya lo sabes —respondió con voz insinuante—. Venga, quiero ver a la fiera. Debajo de ese uniforme de chica buena tiene que estar mi secretaria cachonda preferida.

Helen arqueó una ceja ante semejante piropo, aunque terminó sonriéndole.

—¿Por qué no nos vamos a casa y allí saco las garras? —preguntó sin colaborar demasiado con él, que intentaba subirle la falda.

—No me hagas esperar, que, si no, el próximo día te levanto la falda delante de tu jefe y terminamos follando en el despacho principal o en la sala de juntas. Siempre he querido hacerlo en un ambiente tan solemne.

—¡Estás loco! ¿Debajo de los retratos de todos tus antepasados?

—Ellos lo entenderán, estoy seguro de que si esos muebles hablaran...

—Ni se te ocurra, ¿me oyes?

En vez de responderle con palabras, Patrick optó por los hechos y puso la mano de ella sobre su erección, de tal forma que estableciera por sí misma una explicación lógica a su comportamiento.

Helen no podía negarse, estaba tan mono con su pinta de *enfant terrible*...

Así que tomó inmediatamente el control, confiando en que los guardias de seguridad hicieran la vista gorda. Por si acaso, miró de reojo la cámara dispuesta sobre la columna cercana, y se convenció de que por el ángulo solo captaría la parte delante de la carrocería y no el interior.

Patrick sonrió al darse cuenta de su preocupación.

—En el fondo te pone cachonda —susurró bajándole las bragas hasta dejarlas de cualquier manera en la moqueta del coche—. Saber que alguien va a observarte, saber que van a verte desnuda, follando como una loca dentro del coche...

Helen jadeó y terminó por asentir, pues carecía de sentido mentirle y mucho menos mentirse a sí misma negando la realidad. Desde la primera vez que él la «obligó» a dejarse llevar delante de un extraño, pese a sus temores racionales, se

desataba en su interior la fiera que él siempre buscaba, de tal forma que la excitación se multiplicaba por diez.

—Así que sonrío... Y creo que deberías actuar delante de las cámaras... Le vamos a dar al porno casero en cuanto lleguemos a casa —prosiguió tentándola con cada palabra al tiempo que hacía lo propio con las manos entre sus piernas.

—¡Ni muerta!

Helen las separó por completo y dejó que la penetrara con los dedos mientras que ella se ocupaba de desabrocharle los vaqueros hasta conseguir meter la mano y agarrarle la polla.

Le costó trabajo, pues el espacio reducido y la postura no facilitaban precisamente la tarea, pero, una vez que puso la mano sobre su piel, comenzó a masturbarlo.

Pero aquello la parecía insuficiente, así que lo apartó y se movió con rapidez hasta ponerse a cuatro patas e inclinarse para poder atrapar su erección entre los labios y saborearlo concienzudamente.

—¡Joder! ¡Qué boca, cariño! —exclamó recostándose hacia atrás para que ella pudiera hacerle una mamada sin sufrir un tirón cervical.

Mientras le chupaba la polla con maestría, acunándole de paso los testículos con la mano y tentando con los dedos su ano, él estiró el brazo y consiguió colocarlo entre sus muslos, de tal modo que pudiera acariciar su sexo.

Gimió con fuerza sobre su erección al sentir cómo unos dedos acariciaban y excitaban cada terminación de su vagina, frotaban su clítoris e indagando en su trasero, de manera que tardaría apenas dos minutos en correrse.

—Vamos, nena, tú puedes... —la espoleó entre jadeo y jadeo—. Estoy seguro de que el guardia de seguridad se la está meneando al ver cómo nos lo montamos... Espero que lo grabe todo y me mande una copia...

Ella gimió de nuevo con fuerza; la vergüenza y la excitación mantenían un mano a mano mientras practicaba sexo oral con el perverso de su novio en un asiento trasero y en el *parking* de su lugar de trabajo, para más inri.

Sus palabras, lejos de cohibirla, lograron que succionara con más vigor aún, notando cómo él se tensaba y levantaba las caderas para metérsela más profundamente, síntoma de que, al igual que ella, iba a correrse en breve.

Humedeció el dedo índice para, sin dejar de chupársela, presionar sobre su ano y, tras estimularlo, penetrarlo, revolucionando también su interior.

Notó cómo él gruñía y la acariciaba a su vez con más fuerza, acercándola al clímax apenas unos segundos antes de sentir el sabor del semen en su boca. Continuó lamiéndolo, ahora con más suavidad, al tiempo que él la penetraba con los dedos.

—Córrete... —ordenó metiendo la otra mano en el escote de su blusa para pellizcarle un pezón—. Muévete sobre mi mano...

No hizo falta repetírselo, pues la reacción a sus palabras fue inmediata.

Gimió una vez más antes de apretar los muslos, temblando y experimentando un orgasmo de esos que te relajan a la perfección.

Como pudo, se fue moviendo con la idea de recuperar sus bragas y así regresar a casa perfectamente ataviada.

—Ven aquí —indicó el hombre más relajado del planeta ayudándola a que se sentara a horcajadas sobre él—. Quiero besarte como es debido.

Helen se situó tal y como indicaba y, por supuesto, no le dio tiempo a nada, pues ella misma acercó los labios a los suyos, lamiéndole primero el borde para después profundizar en su boca, consiguiendo que el proceso de reanimación se acortara visiblemente y, al mismo tiempo, que las posibilidades de salir del *parking* se retrasaran considerablemente.

FIN



No me gusta hablar de mi misma, me da un poco de corte, pero allá voy.

Nací en Burgos, donde sigo residiendo y donde trabajo en la empresa familiar; haciendo de casi todo pero donde tengo un pelín de libertad para mis cosas.

Algún día descubriré que es eso de conciliar la vida familiar y la vida laboral.

Me aficioné a la lectura en cuanto acabé el instituto y dejaron de obligarme a leer. Recuerdo que *El perfume* fue el último libro que me mandaron leer y que me aburrió sobremanera.

Empecé con la novela histórica y un día de esos tontos me dejaron un libro de romántica y de ahí, por casualidad, me enganché.

Y de qué manera.

Todavía conservo muchos de los primeros libros que compré, aunque ahora, con los años, muchos de ellos me resulten chocantes. Con el tiempo, inevitablemente, una se vuelve más selectiva.

Vivía en mi mundo particular hasta que internet y los foros de novela obraron el milagro de poder hablar de lo que me gusta con más gente, compartir opiniones y así, a lo tonto, pues aquí estamos.

Me encantaba escribir reseñas y así empecé a contactar con otras foreras, a conocernos y a hablar de todo.

Durante mucho tiempo escribía cosas sueltas, relatos, que siguen por ahí a la espera

de darles el último retoque. Hasta que alguien muy especial me animó a ponerme a escribir en serio y a presentarlo a las editoriales. Y he aquí el resultado.

He escrito varias novelas, ambientadas en diferentes épocas. La primera fue *Divorcio* (2011), que pertenece a la serie «Boston» y en la que se incluye también *A contracorriente* (ganadora del VII Premio Terciopelo de Novela). Entre las de ambientación contemporánea cabe mencionar *Treinta noches con Olivia* (2012), que forma parte de una serie divertida y desenfadada compuesta por seis títulos más. También me he aventurado con novelas de temática histórica como *No te pertenezco* (2015) y *No te he olvidado* (2016). Otras de corte más intimista, como *Sin reservas* (2015) y su desenlace, *Sin palabras* (2016). Asimismo he publicado títulos independientes como *Tal vez igual que ayer* (2016), varias novelas en formato digital, entre las que destaca *No se lo cuentes a nadie* (2017) y, por supuesto, no hay que olvidar la serie «más gamberra» de las que hasta la fecha he publicado: *Quiero lo mismo que tú* (2014), *Dímelo al oído* y *Edición limitada* (2017). Y no podía faltar una de investigación: *Inútil ilusión traicionera* (2018).